



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ACATLÁN**

**EL BÁRBARO MODERNO.
LA REPRESENTACIÓN DEL ZAPATISMO EN LA PRENSA POLÍTICO-
SATÍRICA CAPITALINA (1911-1913)**

**TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
LICENCIADO EN HISTORIA**

**PRESENTA:
ZEUS DE JESÚS ROMERO RAYA**

**ASESOR DE TESIS:
DRA. IRMA HERNÁNDEZ BOLAÑOS**

Santa Cruz Acatlán, Naucalpan, Estado de México, marzo de 2020



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
I. LA MODERNIZACIÓN Y LA GUERRA	22
1.1. La modernización de la economía en el Estado de Morelos a finales del Porfiriato 23	
1.2. La guerra (1911-1913).....	31
II. LA PRENSA: ESPACIO DEL PODER DE LAS ÉLITES SOCIALES PORFIRIANAS	43
2.1. La prensa como espacio de poder de las élites sociales modernas	43
2.2. <i>El Mañana</i> , <i>El Ahuizote</i> y <i>Multicolor</i> ¿Trincheras de los “científicos”?.....	53
2.3. Jesús M. Rábago y <i>El Mañana</i>	57
2.4. Miguel Ordorica Castillo, José G. Ugarte, Gonzalo de la Parra, Guillermo Aguirre y Fierro. Los directores <i>El Ahuizote</i>	64
2.5. El Ahuizote. Semanario político de caricaturas	72
2.6. Mario Vitoria, José F. Elizondo, Santiago R. de la Vega y Carlos Fernández Benedicto. Los directores de <i>Multicolor</i>	76
2.7. Multicolor. Semanario humorístico ilustrado	82
III. CIVILIZACIÓN Y BARBARIE EN EL PENSAMIENTO DE LAS ÉLITES SOCIALES PORFIRIANAS	85
3.1. Modernidad y Civilización	86
3.2. La modernidad capitalista.....	89
3.3. El paradigma social de la modernidad capitalista.....	92
3.4. La modernidad porfiriana	98
3.5. Consideraciones sobre la idea de barbarie	110
3.6. La idea de barbarie en el contexto del surgimiento del Estado-nación liberal en México	113
3.7. La idea barbarie en el contexto sociocultural de las élites sociales porfirianas a finales del siglo XIX y comienzo del XX.....	119
IV. LA BARBARIE RACIALIZADA	139
4.1. El racismo como forma de poder del Estado-nación moderno	139
4.2. Las bases del racismo científicista del régimen porfiriano	144
4.3. La racialización de la barbarie	152
V. EL BÁRBARO-ZAPATISTA.....	160

5.1. “Los chimpancés del gorila Emiliano Zapata”. La teoría biológica como basamento de la representación del bárbaro-zapatista	160
5.2. El zapatismo contra la “sociedad honrada” y la Nación	173
5.3. ¿Nueva Guerra de Castas? La negación absoluta del carácter agrario del conflicto zapatista	196
5.4. “Zapata no tiene más gobierno que sus pistolas”. La soberanía de los pueblos versus la soberanía nacional.....	215
5.5 “Zapata está a las puertas de Roma”. La barbarie rural versus la civilización urbana	225
VI. UN ANÁLISIS ICONOLÓGICO DE LAS CARICATURAS DEL ZAPATISMO EN EL AHUIZOTE Y MULTICOLOR	239
6.1. Iconología. Historia del arte como Historia cultural.....	239
6.2. Principios básicos del método iconológico.....	241
6.3. Una breve historia de la gráfica satírica de la prensa capitalina decimonónica.....	250
6.4. Los ilustradores profesionales de comienzos del siglo XX en México. Consideraciones sobre la producción artística de los caricaturistas de <i>El Ahuizote</i> y <i>Multicolor</i>	258
6.5. La prensa de entretenimiento de la Ciudad de México a comienzos del siglo XX .	263
6.6. La “iconografía de la barbarie rural” y las caricaturas del zapatismo	268
6.7. El charro-Zapata	270
6.8. Lo indio en la gráfica del bárbaro-zapatista.....	279
6.9. La ferocidad del Atila del Sur. El tipo gráfico facial de Zapata.	284
6.10. “Promesas imposibles” y manipulación. La representación de Zapata y el zapatismo en relación con el contexto político	290
6.11. Calaveras, sangre, armas, monstruosidad. Los símbolos de la guerra y del miedo	295
CONCLUSIONES.....	314
APENDICE DE IMÁGENES	325
FUENTES.....	345

INTRODUCCIÓN

El día 18 de junio de 1911 tuvo lugar en la Ciudad de México una reunión de hacendados y comerciantes del Estado de Morelos organizados en el “Club Republicano José María Morelos”, ideado por los potentados de la industria azucarera morelense Tomás Ruiz de Velasco y Luis García Pimentel. En dicha reunión se discutió la delicada situación que imperaba en aquella entidad debido a la violenta sublevación de los campesinos —que empezaban a ser llamados “zapatistas”—, y se acusó que hasta ese momento el líder de la revolución de 1910, Francisco I. Madero, no había pasado de los comentarios a la acción para solucionar este problema, del que lo responsabilizaban directamente. De tal suerte, hacendados y comerciantes lanzaron una advertencia: “estamos frente a un problema pavoroso [...] debemos proceder ya sin contemplaciones; protestaremos en nombre de todas las fuerzas vivas, *por medio de la prensa*, para que nuestra actitud sea conocida por toda la República; para que se sepa que el estado de Morelos es una víctima de la revolución”.¹

Esta declaración del grupo de empresarios morelenses fue publicada por *El Imparcial* el 19 de junio de 1911, y ella anunció la alianza que éstos trabarían con las élites políticas del centro del país y con un sector (mayoritario) de la prensa capitalina en contra del zapatismo, en una lucha común por consolidar la hegemonía de su discurso,² es decir, por imponer su verdad sobre el zapatismo con el objetivo de restaurar el orden social y económico que la rebelión campesina había puesto en vilo. A la mañana siguiente *El Imparcial* publicó aquel memorable encabezado en su primera plana: “Zapata es el Moderno Atila”. Y coincidentemente a partir de aquel momento Zapata y el zapatismo estuvieron en el centro de la discusión pública de toda la prensa de la capital del país. Y coincidentemente, también, la mayoría adoptó el mote de “Atila” para referirse al jefe

¹ *El Imparcial*, “Es espantoso lo que está pasando en el Estado de Morelos”, 19 de junio de 1911, México D. F., Tomo XXX, Núm. 6 287, 1ª y 5ª planas. Cursivas son mías.

² Estamos utilizando la definición del concepto *hegemonía* que propone Teun Van Dijk: “Si nuestro discurso puede hacer que las personas tengan las creencias apropiadas y así controlamos indirectamente sus acciones, de modo que ellas respondan a nuestros intereses, los hemos manipulado exitosamente mediante el texto escrito o el habla. En este caso, suele utilizarse el término *hegemonía* para hacer referencia al poder social: el poder hegemónico hace que las personas actúen como si ello fuera natural, normal o simplemente existiese consenso”; Teun Van Dijk, “El discurso como interacción en sociedad”. Teun Van Dijk (coomp.), *El discurso como interacción social. Estudios sobre el Discurso II. Una introducción multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 43.

principal de aquella insurrección, de la misma manera que reprodujo la imagen de un zapatismo bárbaro en coherencia con aquel simbólico nombre.

El presente trabajo de investigación se ocupa de estudiar este discurso público sobre el bárbaro moderno, es decir, el “bárbaro-zapatista”, a través de los casos concretos de tres publicaciones periódicas de la capital que destacaron por su intransigente antizapatismo entre los años 1911 y 1914. Nos referimos a *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*. Representantes de un tipo de prensa que hemos denominado “político-satírica” a falta de un concepto que defina mejor lo que estas tres publicaciones tenían en común, puesto que ciertamente sus características son disímbolas; *El Mañana* fue un bisemanario consagrado al género de opinión y al debate político, que se autodefinió como “doctrinario” para marcar su distancia con la prensa dedicada a las noticias, y cuyas páginas no contaron con más ilustraciones que las correspondientes a la publicidad comercial; fue poseedor de un estilo muy particular basado en la sátira y el sarcasmo. Mientras que *El Ahuizote* declaró que su inspiración eran publicaciones extranjeras como *Punch* y *Puck* de los Estados Unidos, la *Judge* británica o *Simplicissimus* de Alemania, por citar algunas, las cuales eran revistas de crítica política pródigamente ilustradas con caricaturas de la misma naturaleza. Al tiempo que *Multicolor* fue una revista semanal ilustrada que se quería dedicada al humor y al entretenimiento (teatral y taurino principalmente), y cuya influencia también provenía de publicaciones extranjeras como *Le Rire* de Francia, aunque no obstante, en razón del contexto, su producción también se politizó.

En cuanto a la delimitación temporal de nuestro trabajo, ésta corresponde a los periodos en que se publicaron los tres órganos de prensa anteriormente citados, los cuales, dicho sea de paso, dibujan sugerentes paralelismos que nos hablan de lo efervescente del contexto y, quizá, de su posicionamiento ante la revolución que estalló en noviembre 1910; de las tres publicaciones periódicas que nos ocupan *Multicolor* fue la primera en aparecer y también la que se publicó durante más tiempo: su primer número vio la luz el 18 de mayo de 1911, mientras que el último corresponde al día 30 de julio de 1914. A la vez que *El Mañana* fue la segunda más “longeva”, siendo que su primera edición data del 15 de junio de 1911 y la edición final del 28 de febrero de 1913. Quedando por último *El Ahuizote* como la

publicación de más efímera existencia, dado que apareció el 27 de mayo de 1911 y desapareció hacia diciembre de 1912.

Por otra parte, para llevar a cabo el análisis y la interpretación del discurso textual y gráfico que las citadas publicaciones político-satíricas construyeron con respecto al zapatismo entre 1911 y 1914, partimos del supuesto teórico de que dicho discurso es una *representación*, es decir: un producto cultural propio de su época; no una reproducción fiel e inmediata de la realidad a la que hacía referencia, sino, por el contrario, una construcción intelectual y estética subjetiva, mediada por el contexto socio-cultural en el que tuvo lugar su creación. Podemos citar distintas acepciones del concepto *representación/representar* que nos remiten a este hecho: la realidad y la *representación* de la realidad son dos cosas bien distintas; la primera es un signo referente dado por el mundo y la segunda es una creación intelectual humana, una imagen mental que sustituye a la primera, y en la distancia que hay entre ellas media la imaginación y las palabras. Así lo implica el *Diccionario de la Lengua Española*; *representación* es: “Figura, idea o imagen que sustituye a la realidad”,³ y *representar* es: “hacer presente algo con palabras y figuras que la imaginación retiene”.⁴ Otros diccionarios inciden en lo mismo; *representación* como: “idea o imagen mental de la realidad”,⁵ a la vez que *representar* se define como: “hacer ver o conocer una cosa o una persona con palabras o gestos”;⁶ “hacer presente una cosa en la imaginación por medio de palabras o figuras”;⁷ “evocar, hacer presente a alguien o algo en la imaginación”,⁸ y como equivalente de “significar, implicar, suponer”⁹ algo en relación con la realidad.

Así, pues, a partir de lo que estas acepciones conllevan, podría sostenerse, en síntesis, que *representar* algo implica asignar un significado a la realidad; tomar un signo dado por el mundo y ponerlo en relación con palabras que lo harán asible para la mente. A la vez que reconocemos, con Roger Chartier, que este proceso de significación de la realidad se halla irremediabilmente condicionado por el contexto socio-cultural de creación. Así lo explica

³ *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, vol. II, 22ª edición, 2001, p. 1951.

⁴ *Loc. cit.*

⁵ *Gran Diccionario de la Lengua Española* (prólogo de Francisco Rico), Barcelona, SEPES Editorial, 2001, p. 1513.

⁶ *Loc. cit.*

⁷ Julio Casares, *Diccionario ideológico de la Lengua Española*, Barcelona, Editorial Gustavo Gilly, 1997, p. 725.

⁸ *El Larousse de bolsillo. Lengua y cultura*, México, Ediciones Larousse, 2008, p. 618.

⁹ *Loc. cit.*

dicho autor, por ejemplo, con respecto a las *representaciones* de lo social: “Cualquiera que sean, las representaciones no mantienen nunca una relación de inmediatez y de transparencia con las prácticas sociales que dan a leer o a ver”, en cambio: “Todas remiten a las modalidades específicas de su producción, comenzando por las intenciones que las habitan, hasta los destinatarios que ellas apuntan, a los géneros en cuales ellas se moldean”.¹⁰ Y adelante complementa que todo producto cultural, toda *representación*:

inscribe en sus formas y en sus temas una relación con las estructuras fundamentales que en un momento y en un lugar dados, organizan y singularizan la distribución del poder, la organización de la sociedad o la economía de la personalidad. Pensado (y pensándose) como un demiurgo, el artista o el pensador inventa sin embargo bajo coacción (obligación social). Coacción en relación a las reglas del patronazgo, del mecenazgo, del mercado que definen su condición. Coacción más fundamental aún en relación con las determinaciones ignoradas que habitan la obra y que hacen que ella sea concebible, comunicable, comprensible [sic].¹¹

En este orden de ideas, debemos advertir que al entender el discurso textual y gráfico de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* sobre el zapatismo como una *representación*, nuestra investigación no apunta a formar parte de la historiografía del zapatismo, sino que más bien el objetivo central es distinguir cuáles fueron las constricciones o determinaciones socio-culturales que “habitan” dicha *representación* cultural del movimiento campesino nacido en el Estado de Morelos el año de 1911. De manera que el presente trabajo de investigación se inscribe en el marco teórico-metodológico de la Historia cultural, entendida ésta según lo propone Chartier: como “una historia de las representaciones”, es decir, una “historia de la producción de la significación” o, más específicamente, del proceso de construcción de significados a través de los cuales, en un momento dado, un grupo social comprende el mundo y se comprende a sí mismo en relación con la sociedad a la que pertenece.

Luego, el objeto de estudio de la Historia de la cultura definida en los términos anteriores radica en la tensión que articula “la capacidad inventiva” de individuos y grupos con los constreñimientos, normas, creencias, valores, categorías de pensamiento y criterios de verdad que en un lugar y momento particulares determinan lo que es posible pensar y enunciar.¹² Por esta razón es que nuestros intereses se apartan de la historia fáctica del zapatismo y, en cambio, nos concentramos aquí en indagar sobre las posibles influencias

¹⁰ Roger Chartier, *El Mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2ª edición, 1995, p. VIII.

¹¹ *Idem.*, p. XI.

¹² *Idem.*, p. IX-X.

ideológicas y las bases epistemológicas que dieron lugar a la *representación* cultural de un bárbaro-zapatista en el discurso textual y gráfico de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*.

En orden de alcanzar tal objetivo, esta investigación sigue el mismo esquema de trabajo que Chartier propone como el más adecuado para el historiador de la cultura, puesto que éste no implica desarrollar una metodología específica ni muy compleja, sino que únicamente se señala la doble dimensión del campo de investigación en el que debemos ubicar el producto cultural que pretendemos estudiar:

El historiador busca situar e interpretar el artefacto [cultural] temporariamente en un campo donde se cruzan dos líneas. Una es vertical o diacrónica por la cual establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con una expresión previa de la misma rama de actividad cultural (pintura, política, etc.). La otra es horizontal o sincrónica; por medio de ésta establece la relación del contenido del objeto intelectual con lo que aparece en otras ramas o aspectos de una cultura al mismo tiempo.¹³

Extrapolando este esquema de trabajo al marco concreto que delimita nuestra investigación, procedemos situando el discurso escrito y gráfico de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* respecto del zapatismo en la intersección de una línea vertical (diacrónica) que nos lleva a analizar la relación que esta *representación* guarda con el discurso que la prensa mexicana del siglo XIX construyó en lo referente a las rebeliones campesinas que se multiplicaron hacía la segunda mitad de aquella centuria, así como con las construcciones que sobre el mismo tema se desarrollaron en el contexto de la cultura política de las élites liberales decimonónicas en lo general. Y una línea horizontal (sincrónica) a través de la cual tratamos de definir cuál es la relación que la *representación* del zapatismo de las citadas publicaciones mantiene con la cultura de las modernas élites porfirianas, a quienes tenemos como emisoras y receptoras de la producción de dichos órganos de prensa.

La hipótesis fundamental de la que partimos es que la *representación* cultural del bárbaro-zapatista en el discurso de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* guarda relación con el significado o significados que las élites modernizantes porfirianas asignaban al *ser* indio, es decir, con su concepción de lo que era “indio”; la cual visión, a su vez, se habría definido en función de la influencia que el positivismo, el evolucionismo, los principios del liberalismo político y los fundamentos del liberalismo económico (el modo de producción-

¹³ *Idem.*, p. 41.

consumo capitalista) ejercían en el pensamiento de dicho grupo social. Igualmente, creemos que esta *representación* de un zapatismo bárbaro se definió en relación con los significados que la clase dirigente porfiriana asignó a los conceptos “civilización” y “barbarie”. Así en cuanto a la dimensión horizontal o sincrónica del contexto socio-cultural de creación. Y por el influjo de la *representación* que la prensa liberal decimonónica y la cultura política liberal en general construyeron en torno a las rebeliones campesinas de aquella misma época en cuanto a la dimensión vertical o diacrónica, es decir, que consideramos que tal fue la referencia cognitiva inmediata anterior que determinó la forma en la que las publicaciones que nos ocupan percibieron la rebelión campesina de los pueblos del centro-sur del país a comienzos del siglo XX.

Así, pues, diríamos que nuestra aspiración es que el presente trabajo de investigación aporte elementos para reflexionar sobre la historia de la cultura de las élites modernizantes mexicanas y, más específicamente, sobre las formas en las que estos grupos dominantes han *representado* históricamente la cultura de los sectores populares y mayoritarios de la sociedad nacional. Se trata, en otros términos, si cabe la definición, de hacer Historia cultural sobre la cultura hegemónica del México moderno en el ámbito específico de sus *representaciones* de lo social. Y en esta lógica, resulta necesario indicar cuál es la definición de “cultura” a la que nos adherimos, porque es a partir de tal concepción de lo cultural que procedemos a analizar los textos y las imágenes con los que se construyó la *representación* del bárbaro-zapatista en *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*.

La definición de cultura que consideramos más precisa y útil para establecer las bases de una investigación sobre Historia cultural la adoptamos de Bolívar Echeverría, quien define cultura como: “Cultivo dialectico de la singularidad de una forma de humanidad en una circunstancia histórica determinada. En otras palabras, cultura: la vida, vivida como el ‘uso’ o ‘habla’ de una versión particular del código universal de lo humano [el código lingüístico]”.¹⁴ A la vez que en otra parte el citado autor se refiere a la estructura del código lingüístico como el “núcleo en el que se definen las posibilidades y los límites de la comunicación humana como instancia posibilitante del sentido del mundo de la vida”.¹⁵

¹⁴ Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, México, Ediciones Era, 2ª edición, 2000, p. 161.

¹⁵ *Idem.*, p. 21.

Una definición coincidente e igualmente valiosa es aquella por la que se decanta Chartier: cultura como “norma de significados transmitidos históricamente, personificados en símbolos, un sistema de concepciones heredadas expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento de la vida y sus actitudes con respecto a ésta”.¹⁶ En otras palabras, diríamos que se trata de entender la cultura como la actividad propia de los seres humanos, a través de la cual éstos, a diferencia del resto de los animales, le asignan un significado a su vida y al cosmos, siendo, a su vez, que esta actividad humana no puede realizarse sino por medio de la lengua, o más específicamente, por el hecho de que un grupo social humano comparta y cultive, en un momento dado, un determinado código lingüístico.

Por último, resulta importante destacar que un fenómeno inherente al uso de un código lingüístico es que, al tiempo que éste determina la cosmovisión y, por ende, los comportamientos y prácticas de un grupo, también está siendo transformado constantemente por sus hablantes y por el contexto general. Razón por la cual Echeverría propone que la identidad cultural (tanto la de un grupo social o étnico como la de una época histórica determinada) debe ser comprendida, no como una sustancia, sino más bien como un “estado de código”, y al entenderlo de tal manera nos estaremos remitiendo directamente a la clave en la que radica la historicidad de lo cultural.¹⁷ Lucien Febvre, por su parte, emitió previamente un razonamiento —en el cual también apoyamos nuestra interpretación— que se aproxima a la anterior definición de identidad cultural, en su caso para caracterizar algo así como el *Zeitgeist* o “espíritu de la época” a la que perteneció Rabelais; lo que Echeverría define como “estado de código” Febvre lo refiere como “utillaje mental”, que implica: “el estado de la lengua, en su léxico y sintaxis, las herramientas y el lenguaje científico disponible, y también ‘el apoyo sensible del pensamiento’ que es el sistema de percepciones”,¹⁸ complementando que:

¹⁶ Chartier, *Op. cit.*, p. 43-44.

¹⁷ “Si la identidad cultural deja de ser concebida como una sustancia y es vista más bien como un ‘estado de código’ —como una peculiar configuración transitoria de la subcodificación que vuelve usable, ‘hablable’ dicho código—, entonces, esa ‘identidad’ puede mostrarse también como una realidad evanescente, como una entidad histórica que, al mismo tiempo que determina los comportamientos de los sujetos que la usan o ‘hablan’, está siendo hecha, transformada, modificada por ellos”. Echeverría, *Op. cit.*, p. 31.

¹⁸ Chartier, *Op. cit.*, p. 19.

En una época dada, el cruce de estos diferentes soportes (lingüísticos, conceptuales, afectivos) gobiernan las ‘formas de pensar y de sentir’ que troquelan las configuraciones intelectuales específicas (por ejemplo sobre los límites entre lo posible y lo imposible o sobre las fronteras entre lo natural y lo sobrenatural). La primera tarea del historiador, como la del etnólogo, es la de encontrar estas representaciones del pasado en su especificidad irreductible, sin recubrirlas con categorías anacrónicas [...].¹⁹

Luego, pues, a estas consideraciones obedece la atención que aquí ponemos a estos aspectos en el análisis del discurso de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*; tratando de definir cuál es el estado de código o estado de la lengua que fue matriz y condición de posibilidad e inteligibilidad de esta *representación* del bárbaro-zapatista.

En cuanto a la estructura, hay que indicar que este trabajo se compone de seis capítulos y un apartado anexo de imágenes. Siendo que el primer capítulo está dedicado a establecer un panorama general del contexto socio-político al que hacen referencia las publicaciones que nos ocupan. En primer lugar explicando muy brevemente las características del proceso de modernización económica y productiva por el que atravesó el Estado de Morelos hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, puesto que según Felipe Ávila, autor del que consideramos el mejor estudio actual sobre los orígenes del zapatismo,²⁰ fue dicho proceso el que preparó y provocó el estallido de la insurrección de los pueblos de aquella entidad a comienzos de 1911. Y en segundo lugar destacando los hechos más relevantes de la guerra que sostuvieron los pueblos del centro-sur y el Estado entre los años 1911 y 1913, puesto que son estos años los que documentan las publicaciones que nos atañen en esta investigación.

En el segundo capítulo argumentamos por qué *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* pueden y deber ser entendidos no únicamente como medios de comunicación, sino sobre todo como espacios efectivos del ejercicio del poder de las élites dirigentes porfirianas. Con este objeto recurrimos a algunos planteamientos de la teoría del periodismo y del análisis crítico del discurso de los medios de comunicación, según los cuales se ponen de relieve los distintos controles que las élites sociales modernas ejercen sobre el discurso público de la prensa en todos los niveles, estableciendo así las bases para perpetuar su hegemonía y la asimetría de las relaciones sociales de poder. De la misma manera que exponemos una serie

¹⁹ *Idem.*, p. 20.

²⁰ Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México/IIH-UNAM, 2001, 332 pp.

de indicios que sugieren la relación que los directores, gerentes y colaboradores de estas tres publicaciones guardaban con personalidades o espacios de influencia de la élite política conocida como los “científicos”, o que incluso señalan el financiamiento de éstas por parte de empresarios ligados a dicha facción de las élites sociales porfirianas. Lo anterior a través un análisis de las biografías profesionales de los distintos directores y gerentes de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*. Por último, el segundo capítulo contiene la caracterización de estas fuentes primarias y lo relativo a su historia, su línea política editorial, así como sobre características físicas y de contenido.

El tercer capítulo lo dedicamos a analizar los significados con los que la clase dirigente porfiriana comprendía los conceptos opuestos de “civilización” y “barbarie”, puesto que resulta evidente que esta dicotomía funge como el eje rector que organiza el discurso textual y gráfico de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* sobre el zapatismo. En efecto: la *representación* del zapatismo de estas tres publicaciones coincide en el acto de significar la guerra de los pueblos del centro-sur contra la oligarquía regional y el poder federal como una guerra de la barbarie contra la civilización. Tal como lo denota la tensión entre cadenas opuestas de significados; de un lado del conflicto (el de las élites sociales porfirianas) lo moderno, lo moral, lo racional, el progreso, lo liberal, lo urbano, lo nacional, el orden social en suma, es decir: la civilización; y del otro lado (el del zapatismo) lo arcaico, inmoral, irracional, el retroceso, el despotismo, lo rural, lo antinacional y, en fin, el caos social, que es la barbarie.

En este orden de ideas, el capítulo tercero abreva de planteamientos, reflexiones y conceptos propios de la teoría crítica de la escuela de Frankfurt, específicamente a partir de los aportes y temas desarrollados por Bolívar Echeverría (quien a su vez retoma en gran medida el trabajo de los filósofos alemanes Max Horkheimer, Theodor Adorno y Walter Benjamin, entre otros autores. Los cuales, a su vez, parten de la crítica marxista, por lo que *El Capital* y otros textos de crítica política de Marx son fundamentales en las obras de Echeverría). Siendo el objetivo de este tercer apartado comprender la modernidad no sólo como una época histórica, sino sobre todo como un esquema-proyecto civilizatorio de carácter totalizador y pretensiones de universalidad, que, en cuanto tal, implica (e impone por doquier) un nuevo paradigma cultural, un nuevo “estado de código” o cosmovisión y,

por ende, una visión inédita de la humanidad y de lo social, en la que las formas sociales pre-modernas o “tradicionales” son concebidas como un des-orden propio de sub-humanos (barbarie). Nuevo paradigma cultural que se inscribe, además, en la larga duración histórica, y cuya universalidad data mínimamente del siglo XVIII, por lo que cabe afirmar que las élites sociales porfirianas fueron partícipes de esta nueva visión del mundo, y que ésta dio lugar a y determinó las características de la *representación* del zapatismo bárbaro en la prensa.

Restando por señalar que la definición de “barbarie” a la que nos ceñimos en este tercer capítulo para analizar el pensamiento de la clase dirigente porfiriana es la que propone Leopoldo Zea, quien reflexiona sobre las raíces etimológicas de dicho vocablo y concluye que su implicación esencial —que es también la más persistente en términos históricos— es la de designar otras lenguas (o estados de código, en términos de Echeverría), luego, por lógica, otras culturas y otras visiones del mundo, como errores o des-ordenes.²¹

El cuarto capítulo, por otra parte, es prácticamente una extensión del tercero; en éste se analiza el papel del racismo como una forma o tecnología de poder de los Estados-nación modernos. Al mismo tiempo que exponemos brevemente los argumentos que señalan al Porfiriato como la época en la que se sentaron las bases para que dicha forma de poder se consolidara efectivamente como un fundamento político del Estado-nación en México. Esto en razón de que el discurso sobre el zapatismo de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* se halla lleno de conceptos e ideas tomados de la teoría biológica, lo que invariablemente remite al hecho de que lo social se piensa en términos de raza, además de que

²¹ “Bárbaros; bárbaro, palabra onomatopéyica que el latín traduce como *balbus*, esto es, el que balbuce, tartamudea [...] Bárbaro es el que habla mal el griego [...] Para el griego, bárbaro es el no griego, el extranjero. Esto es, el hombre que está afuera del ámbito griego o al margen del mundo que así califica. Bárbaro será, también, sinónimo de salvaje, inculto, esto es no cultivado de conformidad con el que parece el modo de ser del hombre mismo por excelencia, el griego. La calificación la daba así el griego, en aquellos lejanos tiempos, a partir de su propio lenguaje y del mundo al que aquel lenguaje dada sentido. Es obvio que, para el bárbaro, el griego, al expresarse en otro lenguaje que no era el propio, barbarizaba, balbucía, hablaba igualmente mal. Pero no es esto lo que interesa al hombre que hace la historia y al griego que la relata; según éste, el no griego balbuce el griego, pero no le importa cómo se expresa en su propio lenguaje. El logos griego —como otras expresiones del mismo a lo largo de la historia. Que continuará en Roma, Europa y el mundo occidental—, será un logos predominante y, por ende, dominante. Cualquier otro logos, habla o expresión tendrá que justificarse ante el logos por excelencia. Logos que implica el sentido del mundo del que él mismo es expresión: la cultura, el modo de ser y la concepción de su propio mundo. Será este logos el paradigma para calificar cualquier otro logos, cualquier otra cultura, modo de ser o concepción del mundo. Leopoldo Zea, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 27-28.

ocasionalmente también se pretende encontrar la explicación de los actos del zapatismo en función de lo racial (sobre todo en el caso particular de *El Mañana*). Y así también porque al margen de estas evocaciones explícitas de lo racial, en todo el discurso del bárbaro-zapatista subyace una sorda exigencia de *blanquitud* cultural o civilizatoria.

Huelga decir que los fundamentos teóricos y conceptuales del cuarto capítulo están dados, principalmente, por las reflexiones de Michel Foucault sobre la genealogía del racismo moderno²² y, sobre todo, por los aportes de Echeverría, quien propone el agudo concepto de *blanquitud*²³ para referirse al hecho de que el racismo normal e inherente al funcionamiento de los Estados modernos implica el requisito, para los individuos singulares y para la sociedad nacional en su conjunto, de interiorizar la ética productivista que históricamente ha caracterizado a las sociedades étnicamente blancas del norte de Europa y de los Estados Unidos.

Pero además, también resulta preciso indicar que este cuarto apartado se inspira en la punzante y provocativa propuesta que funge como guía de la obra *El Estado Mestizo. Literatura y raza en México*, de Joshua Lund, puesto que allí dicho autor llama la atención sobre el hecho de que en nuestro país hacen falta trabajos de Historia en los que se estudie de forma crítica el papel de la raza, es decir, partiendo de entender la raza como un constructo de la cultura hegemónica moderna; como una categoría política histórica que incide decisivamente en los proyectos nacionales de desarrollo económico y nacionalización de los recursos productivos de un territorio (el que comprende las fronteras de México en este caso). Esto es, en términos del propio Lund, que debería estudiarse la raza no ya como una cuestión de sangre, ni como una cuestión de identidad étnica, sino sobre todo: “como una cuestión de espacio o, más específicamente, de tierra”, pues dicho autor sostiene que: “la raza se vuelve significativa en el mundo real sólo en tanto opera en la división histórica de los recursos materiales y en la vigilancia institucional sobre dicha división”; ahí radica la importancia de comprender la raza como una categoría política: “Después de todo, esa historia de producción y naturalización de la desigualdad es, en

²² Michel Foucault, *Genealogía del racismo. De la guerra de razas al racismo de Estado*, Argentina, Editorial Altamira, 2013, 224 pp.

²³ Echeverría desarrolla este concepto en: Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México, Ediciones Era, 2016, 243 pp.

última instancia, la apuesta política central del Estado moderno y de su acompañante, la forma nación.”.²⁴

Así, pues, luego de este ciertamente denso preámbulo teórico y a partir del mismo, el quinto capítulo está consagrado al análisis e interpretación de los temas, las configuraciones y las categorías textuales que constituyen la *representación* del bárbaro-zapatista en el discurso de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*. Dicho capítulo está dividido en cinco sub apartados; el primero dedicado a destacar los conceptos biológicos que, como anticipamos, se presentan como la explicación sustancial (prácticamente *a priori*) del zapatismo, mientras que los otros cuatro corresponden a los temas más recurrentes, más desarrollados y reflexionados por el discurso de estas tres publicaciones en relación con el zapatismo, o en otros términos, los temas que constituyeron su “agenda pública” en cuanto a la rebelión de los pueblos del centro-sur entre los años 1911 y 1914.

Finalmente, el sexto y último capítulo está dedicado al análisis e interpretación de una muestra de las caricaturas del zapatismo que *El Ahuizote* y *Multicolor* crearon entre los años 1911 y 1914. Y no resulta superfluo indicar que la elaboración de dicho apartado implicó uno de los mayores retos de esta investigación, puesto que desde el primer momento se presentó una cuestión de método; no era nuestro objetivo realizar un estudio sobre el estilo de las caricaturas, ni tampoco concentrarnos en ahondar en la relación de estas imágenes con el contexto político coyuntural al que estaban haciendo referencia. En cambio queríamos saber cuáles eran las condiciones culturales de posibilidad e inteligibilidad de esta *representación* gráfica del zapatismo; al igual que con la parte textual del discurso, nuestra aspiración era que la interpretación de las caricaturas del zapatismo de las publicaciones que nos ocupan pudiera arrojar luz sobre el “estado de código” de las élites porfirianas a quienes teníamos como productoras y consumidoras principales de dicha *representación*. Es decir, en otras palabras, que buscábamos hacer Historia cultural de estas imágenes del zapatismo. Empero, no era del todo viable ni suficiente proceder a analizar las imágenes a través de los mismos criterios con los que analizamos el texto, razón por la cual dicho capítulo fue construido a partir de una metodología propia para llevar a cabo una Historia cultural de la imágenes. Nos referimos a la iconología.

²⁴ Joshua Lund, *El Estado mestizo. Literatura y raza en México*, México, Malpaso Ediciones, 2017, p. 14.

Partiendo fundamentalmente de lo expuesto por Rafael García Mahiques en su excelente obra introductoria *Iconografía e Iconología. Historia del arte como Historia Cultural*,²⁵ en el capítulo sexto de este trabajo entendemos la iconología no como teoría del arte, sino como una estrategia o método que busca vincular la Historia del arte con las disciplinas y temas de estudio que convergen en la Historia cultural, ya que su objetivo es superar la tradición historiográfica que enfoca la Historia del arte como un devenir de las formas y las técnicas (estilo); siendo, en cambio, que lo que la iconología persigue es aproximarse lo más posible a comprender el “sentido originario” (o significado original) de la creación artística en el momento en el que fue concebida. Así porque se parte de la convicción de que la creación artística no tiene únicamente fines estéticos, sino que, por el contrario, esta producción constituye, junto con el lenguaje, una herramienta fundamental para la comunicación y la reproducción de la cultura. Luego, entonces, desde la perspectiva de la iconología, las imágenes artísticas no debieran ser vistas como reproducciones fieles de la realidad, ni como objetos creados sólo para el deleite estético, y en vez de esto lo primero que hay que tener en cuenta es que las imágenes “han sido siempre un fenómeno visual vivo que opera en la historia transformando aspectos de la vida del hombre y la sociedad”,²⁶ es decir, que son un artefactos culturales que, como el lenguaje, definen y denotan la cosmovisión de una sociedad.

Esta postura teórico-metodológica de la iconología se desarrolló a través de los años en el seno de la Historia del arte. Y resulta de interés citar brevemente el pensamiento de los autores que aportaron más decisivamente para que el campo de estudio de la estrategia iconológica se definiera según lo indicamos en el párrafo anterior. En este sentido, obligado es mencionar, por ejemplo, a Jacob Burckhardt, quien realizó sus estudios sobre el arte del Renacimiento a partir del supuesto de que esta expresión de la cultura era indisoluble del contexto cultural general; que todos los fenómenos culturales del Renacimiento (arte, economía, religión, política, etc.) participaban del mismo “espíritu” de la época. O también Aby Warburg, historiador del arte que sostuvo que en la obra artística era posible (y deseable) ver manifestados los rasgos fundamentales de la cultura en la que fue creada; las

²⁵ Rafael García Mahiques, *Iconografía e Iconología. Historia del arte como Historia cultural*, Madrid, Editorial Encuentro, 2008, 496 pp.

²⁶ *Idem.*, p. 13.

“actitudes dominantes” —en términos del propio Warburg— de un periodo, una nación o un grupo social en un momento histórico determinado. Y finalmente el autor que sistematizó el método iconológico hacía el último tercio del siglo XX: Erwin Panofsky, para quien la creación artística formaba parte de una “cultura total”, por lo que su historia era incomprensible si no se tenía el conocimiento del contexto general de los hombres que la crearon, y quien sostuvo también que la Historia del arte corría el riesgo de caer en la irrelevancia y el error si no establecía las relaciones entre la obra de arte y la “historia íntegra”, la filosofía y “la cultura toda” del contexto de creación.

En este orden de ideas, la estrategia que empelamos en el sexto capítulo para interpretar las caricaturas del zapatismo que constituyen nuestra muestra sigue el esquema que García Mahiques esboza en su citada obra de introducción a la iconología; el cual esquema no es, sin embargo, de su autoría, sino más bien una propuesta para delimitar el campo de trabajo del historiador del arte como iconólogo que se ha venido desarrollando paulatinamente gracias a los aportes de diferentes autores. Así —en coincidencia con la esquematización bidimensional (vertical o anacrónica y horizontal o sincrónica) que Chartier propuso como la mejor estrategia para estudiar una *representación*— la iconología, partiendo de entender la creación artística básicamente como un acto de “interpretación” cultural, sugiere que el historiador del arte debe situar la obra u obras artísticas que pretende estudiar en el punto en el que se cruzan dos “contextos culturales” (como se los conoce en iconología); el uno que sería diacrónico (vertical), puesto que insta al historiador a tener presente que una imagen artística es una interpretación realizada con base en referencias culturales anteriores en el ámbito del arte, las cuales constituyen lo que la iconología define como “tradicción cultural convencionalizada”; a la vez que el otro contexto cultural sería sincrónico (horizontal), dado que implica reconocer que la creación artística es un acto de interpretación por parte del artista, y que invariablemente el artista realiza dicha interpretación a partir de su contexto cultural inmediato y contemporáneo, puesto que éste se encuentra inserto en un “diálogo” con la sociedad a la que pertenece. A este contexto sincrónico en iconología se lo define como el “ámbito conceptual e imaginario”.²⁷

²⁷ Sobre estos contextos históricos: “Ámbito conceptual e imaginario y tradición cultural convencionalizada”, *Idem.*, p. 238-257.

Así, en el sexto capítulo de este trabajo nuestra interpretación del significado de las caricaturas del zapatismo parte establecer la relación de éstas con los antedichos contextos culturales históricos; la “tradicón cultural convencionalizada” (contexto diacrónico) constituida —según es nuestra intuición y propuesta— por la gráfica satírica de los tipos sociales rurales en la prensa capitalina de humor y entretenimiento de los últimos años del Porfiriato (concretamente a través de la producción de los semanarios ilustrados *Cómico* y *La Risa*), así como también por la imagen conceptual que de los mismos actores sociales existía en el imaginario de la élite intelectual y artística porfiriana. Y el “ámbito conceptual e imaginario”, conformado por el contexto cultural (sincrónico) o “estado de la lengua” de la sociedad a la que pertenecían los artistas que crearon dichas imágenes del zapatismo y con la cual mantenían un diálogo que fue la condición de posibilidad e inteligibilidad de aquella *representación* gráfica del bárbaro-zapatista.

Finalmente, la última sección del presente trabajo de investigación es un apéndice que contiene la muestra de cincuenta y nueve imágenes que se analizan e interpretan a lo largo del sexto capítulo. Diez de las cuales son representaciones del charro y del indio publicadas por los semanarios humorísticos *Cómico* y *La risa* entre 1898 y 1910. Mientras que las restantes cuarenta y nueve son una selección de las caricaturas del zapatismo producidas por *El Ahuizote* y *Multicolor* entre 1911 y 1914.

Por último, para cerrar este apartado introductorio habría que indicar cuál es, a juicio nuestro, la relevancia de llevar a cabo una investigación sobre la *representación* cultural del zapatismo en el discurso público de la prensa capitalina de comienzos del siglo XX, y también el porqué de enfatizar y basar nuestra interpretación en el hecho de que el fondo epistemológico de esta representación y el eje rector del discurso de la prensa sobre el zapatismo es la dicotomía civilización-barbarie tal y como la define el pensamiento occidental moderno y capitalista. En este sentido, debemos reconocer, en primer lugar, que la nuestra en el presente trabajo también es una interpretación que se halla irremediabilmente mediada por el contexto socio-cultural al que pertenecemos; que consideramos, por esta razón, que tratar de sostener la objetividad y neutralidad de nuestro

trabajo como historiadores es un buen ejercicio ético y profesional, pero, en los hechos, una imposibilidad práctica.²⁸

Así, pues, resulta que la elección de este tema, así como de los enfoques teórico-metodológicos y las bases conceptuales en los que se funda nuestra interpretación, obedece esencialmente a la profunda incertidumbre y preocupación por las agudas problemáticas que definen nuestra época y que marcan la realidad de nuestro país, sobre las cuales creemos, junto con Echeverría, que no son resultado de un determinado régimen político —como se empeña en presentarlo la clase política que subsiste parasitariamente a través del sistema de partidos—, ni de una mala estrategia económica, y mucho menos de una deficiencia oculta en el “carácter” mexicano —como es la creencia común que hasta la fecha promueve la cultura hegemónica a través de los medios de comunicación y del sistema educativo con base en un racismo soterrado y en el mito de la meritocracia—, sino que en cambio nuestra convicción es que la actual es una problemática más profunda, que delata la existencia de una “crisis civilizatoria”, tal como lo propone el antedicho autor:

Puede decirse que cada vez es menos imprecisa la captación que tenemos de las dimensiones reales de la crisis de nuestro tiempo [...] Resulta ya evidente que no es sólo lo económico, lo social, lo político o lo cultural, o una determinada combinación de ellos, lo que no alcanza a recomponerse de manera más o menos viable y duradera desde hace ya más de cien años. El modo como las distintas crisis se imbrican, se sustituyen y complementan entre sí, parece indicar que la cuestión está en un plano más radical; habla de una crisis que estaría en la base de todas ellas: una crisis civilizatoria.²⁹

En este mismo sentido, nos parece que podríamos hacer nuestro el argumento con el cual Guillermo Bonfil Batalla justificó la temática de su obra, *México profundo. Una civilización negada*, pues éste es un argumento que parece igual o tanto más válido ahora que hace poco más de tres décadas (cuando fue formulado):

²⁸ Reconocemos, con Habermas, que: “Dado que nuestro contacto con el mundo está mediado lingüísticamente, el mundo se sustrae a un acceso directo de los sentidos como una constitución inmediata a través de las formas de la intuición y los conceptos del entendimiento. La objetividad del mundo, esta objetividad que suponemos en el habla y en la acción, está tan fuertemente imbricada con la intersubjetividad del entendimiento sobre algo en el mundo que no podemos burlar ni ir más allá de ese nexo, es decir, no podemos escapar del horizonte de nuestro mundo de la vida intersubjetivamente compartido, un horizonte que se nos abre a través del lenguaje”. Citado en: Alejandro Raiter, “Representaciones sociales”, en Alejandro Raiter, et. al., *Representaciones Sociales*, Buenos Aires, Eudeba, 2002, p. 11.

²⁹ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 33-34.

Podría parecer que reflexionar sobre el problema de la civilización es inoportuno, cuando el país atraviesa por circunstancias difíciles y afronta problemas de todo orden (económicos, políticos, sociales) que exigen una solución inmediata; ante la urgencia de las demandas actuales, ¿qué sentido tiene pensar en la civilización...? Yo creo que lo tiene, y muy profundo. Más aún: planteo que los problemas inmediatos, los que hoy nos agobian con su presencia crecida y simultánea, se comprenderán sólo aislada y parcialmente (y, en consecuencia, se podrán resolver sólo parcial y aisladamente en el mejor de los casos) si no se enmarcan en el dilema no resuelto que nos plantea la presencia de dos civilizaciones. Porque dos civilizaciones significan dos proyectos civilizatorios, dos modelos ideales de sociedad a la que se aspira, dos futuros posibles diferentes.³⁰

Y agregaríamos que otro factor que alienta en lo esencial la presente investigación sobre la *representación* cultural del bárbaro-zapatista en el discurso de la prensa capitalina a comienzos del siglo XX es la convicción de que el tiempo más fundamental y relevante de la Historia es la larga duración; en oposición a la Historia oficial que se impone desde el Estado y que se reproduce como parte de la cultura hegemónica ante a la necesidad de crear un mito nacional enfatizando los momentos coyunturales y las grandes personalidades, creemos con firmeza que no se trata de que la Historia se repita, sino de que la mayoría de los procesos históricos más significativos son bastante más longevos que lo que dura la vida de un ser humano.

En este orden de ideas, desde nuestra perspectiva resulta evidente que la dicotomía civilización-barbarie que fungió como base epistemológica de la *representación* del zapatismo que aquí estudiamos y como fundamento de la guerra que los diferentes regímenes nacionales le hicieron a los pueblos del centro-sur del país entre los años 1911 y 1919 es, en lo general, la misma base epistemológica que subyace hoy en los proyectos políticos, sociales y económicos que el Estado y la cultura hegemónica proponen como panacea y claves del llamado desarrollo nacional, pero que, en el fondo, más bien son estrategias para seguir librando la guerra entre la civilización (representada por el proyecto civilizatorio de las élites modernizantes mexicanas actuales) y la barbarie (representada por todo rasgo cultural tradicional o pre-moderno que persiste en el ámbito social de nuestro país, e incluso por todo aspecto de la vida y de la Naturaleza que no ha sido conquistado por el sistema capitalista de producción y consumo). Una guerra que, por lo demás, no se inscribe solamente en la realidad del México actual, sino que es un fenómeno global que,

³⁰ Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. Una civilización negada*, México, Editorial Debolsillo, 2014, p. 9.

de continuar como hasta ahora, muy probablemente culminará, como advierte Echeverría, en un escenario apocalíptico con la destrucción del planeta.³¹

Así, pues, esperamos que las siguientes páginas contribuyan reflexionar desde una perspectiva crítica, a partir de la conciencia histórica, sobre los mecanismos y la forma en la que la cultura hegemónica de nuestro país *representa* el proyecto civilizatorio que considera como el único destino posible, la única forma viable de ser humano; y, correlativamente, sobre la forma y los mecanismos a través de los cuales se *representa* a la sociedad a la que pretende imponer dicho esquema de civilización; cómo *representa*, también, la resistencia y las luchas sociales que se le oponen, y sobre cuál es el papel de los medios de comunicación en dichos conflictos. Aspiramos, en suma, a que se reflexione sobre las continuidades y discontinuidades históricas de la *representación* cultural de la barbarie moderna en México.

³¹ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 35.

I. LA MODERNIZACIÓN Y LA GUERRA

En las primeras líneas del apartado introductorio hablamos de cómo, en junio de 1911, *El Imparcial* anunció la alianza que la élite económica del Estado de Morelos planeaba establecer con la prensa capitalina en contra del zapatismo. Empero, es preciso señalar que el agrupamiento en torno a la prensa no fue la primera respuesta de la oligarquía porfiriana ante la insurrección de los pueblos de Morelos, sino que esto ocurrió después de que el aparato de dominación basado en la coerción y el monopolio de la violencia había sido ampliamente rebasado por la rebelión, pues para el momento en el que la élite económica de Morelos se encontraba en la Ciudad de México convocando a la prensa, los campesinos insurrectos ya habían superado a la policía rural, habían expulsado e incluso ejecutado a algunos jefes políticos y habían arrebatado Cuautla, la segunda ciudad más importante del Estado de Morelos, de manos de un prestigioso regimiento del ejército federal: el llamado “Quinto de Oro”. Esto es: para mediados de 1911 las élites regionales y el poder federal habían perdido el monopolio de la violencia y se encontraron en una situación de amenaza. Así fue que se vieron obligados a reforzar otro fundamento de su poder: el monopolio de la verdad. En este caso a través de su acceso privilegiado al discurso público de la prensa.³²

Sin embargo, como se verá en este capítulo, la ofensiva antizapatista no pudo prosperar en su objetivo; la rebelión campesina nacida en el Estado de Morelos no pudo ser derrotada definitivamente sino que, de forma opuesta, poco a poco fue cobrando fuerza, comenzó a extenderse fuera de su pequeña región de origen y fue radicalizándose al grado de subvertir las bases mismas del sistema político y social vigente, desconociendo sucesivamente a los gobiernos emanados de la revolución de 1910 y deslegitimando el sistema hacendario de tenencia de la tierra así como las relaciones sociales imperantes en el campo.

La guerra protagonizada por el campesinado zapatista cambió para siempre el equilibrio en las relaciones de poder regionales tan sólo durante los primeros dos años de la revolución. Pero la violencia por sí sola no explica las características del discurso de la prensa sobre el

³² El poder no se constituye de un único elemento, en este sentido, Van Dijk señala que los poderosos gozan de un acceso privilegiado a recursos materiales escasos, pero también a recursos simbólicos como lo son el conocimiento, la educación, la fama, el respeto y el discurso público. De los cuales quizá el más importante es precisamente el acceso y el control del discurso público; “el acceso preferencial al discurso público es un recurso vital de poder”. Van Dijk, *Op. cit.*, p. 44-45.

bárbaro-zapatista. En este sentido, cabe afirmar que si la guerra del zapatismo en contra de los poderes regional y federal fue significada como un movimiento bárbaro a través del discurso de la prensa fue sobre todo en razón de su origen plebeyo y “tradicional”, pues es un hecho que la rebelión campesina de Morelos fue protagonizada por aquellos sectores de la sociedad mexicana que para las élites modernizantes porfirianas representaban la anti-modernidad, es decir, el des-orden social o la barbarie.

En este orden de reflexiones, consideramos que es preciso hacer un breve análisis de los acontecimientos más trascendentes del proceso mediante el cual el zapatismo reconfiguró los equilibrios de poder vigentes en la región donde extendió su influencia entre los años 1911 y 1913. Espacio de tiempo que Ávila ilustra elocuentemente al definirlo como la “etapa formativa” del zapatismo, que implicó la concreción de una identidad y de un proyecto propios del movimiento campesino suriano dentro el contexto más amplio del movimiento revolucionario que se propagó por el país en proporciones diferentes desde 1910, así como el incremento gradual de su ascendente político hasta llegar a convertirse en una de las fuerzas más importantes e influyentes a nivel nacional. Hechos que fueron el preludeo del protagonismo zapatista durante la etapa constitucionalista de la revolución mexicana.³³

Un análisis de este proceso de reconfiguración en las relaciones de poder es además indispensable para el tipo de estudio que queremos desarrollar, donde tratamos de revelar la relación del texto con el contexto que lo hizo posible y en donde encontró significación, porque como indica Van Dijk: “el poder es una noción clave en el estudio de las relaciones grupales en la sociedad. Si alguna característica del contexto y de la sociedad en general tiene efecto sobre el texto y el habla (y viceversa), esa característica es el poder”.³⁴ Por último, no sobra mencionar que de esta forma estableceremos el marco de referencia para que no resulten extraños los temas que se discuten y comentan en las páginas de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* en relación con el zapatismo, así como para establecer su cronología.

1.1. La modernización de la economía en el Estado de Morelos a finales del Porfiriato

³³ Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Op. cit.*, p. 253.

³⁴ Van Dijk, *Op. cit.*, p. 27.

En primer lugar debemos señalar, entonces, que tanto Felipe Ávila como John Womack, dos historiadores del zapatismo que desde nuestra perspectiva resultan fundamentales para comprender este movimiento social, coinciden al indicar que el factor que mayor incidencia tuvo en el origen de la rebelión zapatista fue la aceleración del proceso de modernización económica por el que atravesó el Estado de Morelos desde el último tercio del siglo XIX, pero sobre todo durante la primera década del siglo XX. Modernización económica que también podemos definir como una expansión del sistema capitalista que impactó en los sectores mayoritarios de la sociedad rural morelense, cuyos modos de producción y consumo eran determinados por una visión del mundo que aún era predominantemente tradicional, opuesta a las exigencias de la modernidad capitalista. Así, por ejemplo, lo advierte Womack en el primer párrafo de su obra más famosa sobre el zapatismo, a través de una retórica que nos remite a la persistencia del “tradicionalismo” (o anti-modernidad) que animó la rebelión:

Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución. Nunca imaginaron un destino tan singular. Lloviera o tronase, llegaran agitadores de fuera o noticias de tierras prometidas fuera de su lugar, lo único que querían era permanecer en sus pueblos y aldeas, puesto que en ellos habían crecido y en ellos sus antepasados, por centenares de años, vivieron y murieron: en ese diminuto estado de Morelos del centro-sur de México.³⁵

Ávila, por su parte, también sugiere que fue el avance acelerado de la modernización industrial sobre las comunidades campesinas tradicionales lo que provocó la ruptura del precario equilibrio que mantenía la paz social en el campo morelense a comienzos del siglo XX, y su trabajo sobre los orígenes del zapatismo es particularmente valioso puesto que profundiza en las características del proceso modernizador por el que atravesó el Estado de Morelos desde finales del siglo XIX, con lo que consigue aportar matices significativos sobre este tema.

Así, por ejemplo, los planteamientos de Ávila superan un lugar común de la narrativa histórica sobre el zapatismo que atribuye el estallido de la rebelión campesina a la expansión de los latifundios que habría tenido lugar en los años finales del porfiriato, pues según el citado autor, aunque en el Morelos porfiriano este fenómeno fue absolutamente real, ciertamente no se desarrolló de forma aguda en aquellos años, sino que más bien

³⁵ John Womack Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 28ª edición, 2008, p. XI.

provenía desde los primeros siglos del régimen colonial. En cambio, la transformación productiva que provocó la ruptura de la paz en el campo morelense a comienzos del siglo XX habría tenido como ejes fundamentales la modernización tecnológica del proceso de producción industrial de la caña de azúcar y la revolución en el transporte provocada por la ampliación de la red ferrocarrilera en la región de los Valles Centrales de Morelos.³⁶ Pero veamos algunos detalles.

A comienzos del Porfiriato la industria azucarera del estado de Morelos permanecía en una fase de producción heredada de la época colonial, empleando tecnología de bajo rendimiento que, además, implicaba pérdidas por concepto de transporte, ya que éste se realizaba aún con animales de tiro. Aunque no obstante, durante el último tercio del siglo XIX esta entidad se mantuvo como el principal productor del país, gracias en gran medida a su cercanía geográfica con los centros urbanos más importantes de la región: las ciudades de México, Querétaro y Puebla.³⁷ Pero fue hacia los últimos veinte años del Porfiriato cuando la industria azucarera morelense atravesó por un proceso acelerado de modernización técnica que mejoró cuantitativa y cualitativamente la producción de las haciendas y los ingenios azucareros. Lo que aunado a un incremento en la demanda tanto del mercado interno como del externo hizo de Morelos uno de los principales productores no sólo de México, sino del mundo, al punto de que esta pequeña entidad del centro-sur del país llegó a ocupar el tercer lugar mundial como productor industrial de caña de azúcar, sólo detrás de Hawái y Puerto Rico.³⁸

Dicho auge de la producción agroindustrial morelense —nos dice Ávila— no obedeció al incremento en la extensión de los latifundios, sino más bien en una auténtica revolución tecnológica, de la cual uno de los elementos más importantes fue la introducción del ferrocarril en la región de los Valles Centrales de Morelos, ya que esto disminuyó notablemente los costos y el tiempo de transportación, a la vez que inauguró la oportunidad de mover grandes volúmenes a distancias mayores.³⁹ Mientras que el segundo hecho decisivo para la consolidación económica de la industria azucarera de Morelos fue la

³⁶ Ávila, *Op. cit.*, p. 68-85.

³⁷ Armando Bartra (coord.), *De haciendas, cañeros y paraestatales. Cien años de la agroindustria cañero-azucarera en México: 1880-1980*, México, UNAM, 1993, p. 15-60.

³⁸ Francisco Pineda Gómez, *La irrupción zapatista. 1911*, México, Era, 1997, p. 25.

³⁹ Ávila, *Op. cit.*, p. 73-74.

modernización de la infraestructura vinculada al proceso de producción de caña de azúcar, destacando sobre todo el mejoramiento técnico de la infraestructura hidráulica. Sobre esto, Ávila apunta que, contrario a lo que comúnmente se piensa, las haciendas más productivas no eran las que poseían más extensión territorial, sino las que tenían mejor irrigación por superficie.⁴⁰

Tales fueron los factores más determinantes para que la industria azucarera del Estado de Morelos creciera al punto de poder cubrir las demandas interna y externa. Empero, como no podía ser de otra forma, esta modernización productiva se desarrolló en tensión con los modos de producción propios de los sectores más tradicionales del campo morelense: los pueblos tradicionales. En este sentido, Ávila indica, como hemos dicho, que si bien hacía los años finales del Porfiriato no se dio una aceleración del proceso de despojo territorial sobre las comunidades campesinas de Morelos, es un hecho que este proceso había venido progresando desde los primeros años de la colonia y hacia la primera mitad del siglo XIX estaba ya bastante avanzado, “antes incluso de la aplicación de las Leyes de Reforma sobre desamortización de terrenos comunales y de la puesta en marcha de las Leyes de Baldíos [de la administración porfiriana]”.⁴¹ De tal suerte que hacia las postrimerías del Porfiriato las haciendas azucareras ya se hallaban en posesión de los territorios más fértiles y acaparaban en buena medida los otros recursos productivos del territorio.⁴² Luego, a lo largo del Porfiriato, sobrevinieron el crecimiento demográfico y la modernización industrial.

No obstante, a pesar de la presión creciente que la modernización productiva ejercía sobre las comunidades campesinas de Morelos, que de por sí ya padecían el acceso limitado a los recursos productivos, éstas habían conseguido adaptarse, y resistieron durante muchos años en medio de esta situación asimétrica y desventajosa mediante un sistema que Ávila define

⁴⁰ *Idem.*, p. 71-73.

⁴¹ *Idem.*, p. 70-71.

⁴² “Para 1910, del total de tierras con sistemas de riego, las haciendas concentraban 86%, los pueblos tenían el 13% y menos de 1% era propiedad de los ranchos. Las haciendas controlaban también 625 de las tierras de temporal, en las que se cultivaba principalmente maíz y otros productos tradicionales; los pueblos de la zona poseían 33% y los ranchos 5 por ciento. El resto de las tierras, que correspondían a terrenos de agostadero, monte y erial, también pertenecía mayoritariamente a las haciendas, las cuales poseían 62%, en tanto que los pueblos tenían 29% y los ranchos 9 por ciento. Estas cifras muestran cristalinamente la magnitud de la concentración y centralización de los recursos productivos en manos de los 23 ingenios azucareros que existían en Morelos a finales del porfiriato”. *Idem.*, p. 70-71.

como la “economía del pacto moral”, cuya base era el arrendamiento.⁴³ Esto es, básicamente, que según los ciclos agrícolas las haciendas permitían a las comunidades próximas disponer de sus terrenos improductivos para el cultivo del maíz y otros productos a cambio de una compensación. Siendo que la ruptura del equilibrio sobrevino cuando el aumento en la demanda, la modernización de la infraestructura hidráulica de las haciendas y la revolución del transporte hicieron posible que éstas pudieran explotar también aquellos terrenos improductivos que antes arrendaban a las comunidades vecinas que dependían de dicho sistema. Lo que aunado al crecimiento demográfico tanto de los mismos pueblos como de las dos principales ciudades del estado (Cuernavaca y Cuautla) eventualmente devino en una crisis de subsistencias para estas comunidades y para las comunidades cercanas a éstas que ahora se veían sometidas a una mayor presión económica. Así explica Ávila este fenómeno:

En lo que respecta a la fuerza de trabajo y la relación de las haciendas y los ingenios con los pueblos aledaños, este proceso de reconversión productiva afectó mayormente a las comunidades arrendatarias de las tierras de temporal [...] El impacto económico y social para el sector de campesinos arrendatarios que fueron desplazados, en un lapso breve, de las tierras que arrendaban fue enorme. Las tierras de temporal de los pueblos no bastaban para remediar el desplazamiento de que eran objeto esos grupos, pues representaban sólo la mitad de aquellas de las que habían sido desplazados y eran, por lo tanto, insuficientes. Por otra parte, no todas esas familias desplazadas fueron absorbidas por las necesidades crecientes de mano de obra para la siembra y cosecha de los cañaverales que, a pesar de todo el adelanto técnico, seguían siendo estacionales. Así, pues, ese sector desplazado de las haciendas más productivas tuvo que ser absorbido por la economía tradicional de los pueblos, villas y rancherías de las zonas aledañas, en un proceso que significó una carga mayor para esas comunidades [...].⁴⁴

Empero, observa Ávila, a pesar de que el avance de la modernidad estaba incrementando las tensiones entre los grupos que componían la sociedad morelense: “desde el punto de vista de los dueños de las haciendas y los ingenios y de los responsables de la política nacional era difícil vislumbrar que se hubiera llegado o estuviera a punto de llegarse a una situación límite”. La élite económica de Morelos, al igual que sus aliados políticos del centro, los “científicos”, creían “que la dinámica de crecimiento económico y

⁴³ Sobre el sistema de “economía moral” entre haciendas y pueblos de Morelos: *Idem.*, p. 76-80.

⁴⁴ *Idem.*, p. 74-75.

modernización descrita era capaz de sostenerse por más tiempo, sometiendo las resistencias y manteniendo un ciclo largo de expansión económica”.⁴⁵

El objetivo de la clase industrial morelense, compartido con las élites políticas del centro, era, entonces, incrementar y expandir su control sobre la totalidad de las actividades y los recursos productivos de la región como vía para mantener aquel crecimiento económico acelerado.⁴⁶ Pero desafortunadamente había un obstáculo frente a ellos: la cúpula del poder político, es decir, el gobierno del Estado de Morelos, que era un ámbito sobre el que aún no ejercían un control pleno, pues hacia los años finales del Porfiriato el gobierno de aquella entidad, en manos del coronel Manuel Alarcón desde 1894, aún representaba cierto equilibrio entre las principales fuerzas políticas regionales.⁴⁷ Así, pues, comenzando el siglo XX la élite económica de Morelos precisaba con urgencia consolidar también una hegemonía política que les permitiera controlar la economía regional sin contratiempos para poder mantener el ritmo del crecimiento económico. Y la oportunidad se les presentó en diciembre de 1908, con la muerte del gobernador Alarcón.

Tras el repentino deceso de Alarcón los hacendados se movilizaron rápidamente para extender su poder político hasta aquella instancia decisiva postulando a un candidato proveniente de su grupo: el coronel Pablo Escandón, dueño de la hacienda de Atlihuahayán, además que jefe del Estado mayor del presidente Díaz y primo del gobernador del distrito Federal, Guillermo de Landa y Escandón.⁴⁸ Para aquel entonces los industriales de Morelos habían trabado una alianza con los “científicos”, el grupo que estaba adquiriendo mayor ascendente político dentro de la cúpula del régimen porfiriano, y así fue como consiguieron que Díaz designara a Escandón como candidato oficial para la gubernatura del Estado de

⁴⁵ *Idem.*, p. 83.

⁴⁶ En contradicción con la creencia de que las tensiones en el agro morelense durante las postrimerías del Porfiriato se debieron a la expansión territorial de las haciendas, Ávila propone que se trató más de un incremento en el control sobre todas las actividades económicas y sobre los recursos productivos: “Es posible afirmar, entonces, que el avance y predominio de las haciendas en el porfiriato no se produjo sobre la base de un crecimiento físico de la gran propiedad, sino a partir del predominio de las relaciones mercantiles y el mayor control económico y dominio de las haciendas sobre el trabajo, la mano de obra, los recursos productivos y los productos del trabajo, mediante relaciones sociales capitalistas, estructuradas cada vez más alrededor de las necesidades de producción y comercialización del azúcar y sus derivados.” *Idem.*, p. 82-83.

⁴⁷ François Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, vol. II, 2008, p. 105-110.

⁴⁸ Ávila, *Op. cit.*, p. 89.

Morelos. Sin embargo no todo resultó tan sencillo para la élite económica del estado, pues ante su avance con la designación oficial de Escandón, las restantes fuerzas políticas regionales se organizaron para proponer una candidatura de oposición; se acercaron al viejo caudillo juarista Francisco Leyva y acordaron que su hijo, el ingeniero Patricio Leyva, los representaría como candidato de oposición.

Ciertamente —apunta Ávila— ni Leyva ni sus colaboradores de campaña buscaban desafiar seriamente al régimen porfiriano. Más bien lo que buscaban era poner en marcha el mecanismo usual del sistema que F. X. Guerra definió como “la ficción democrática”, pues dada la importancia estratégica de los gobiernos de los estados, cada que se tenía que elegir a un gobernador las distintas fuerzas políticas regionales trataban de inclinar la balanza a su favor con un candidato procedente de sus respectivas facciones.⁴⁹ Luego, cuando un candidato representaba el predominio de una facción sobre las otras se recurría a las candidaturas de oposición y a las movilizaciones populares controladas para obligar a Díaz a intervenir y negociar proponiendo a algún personaje que representara, cuando menos, un equilibrio entre los poderes regionales. Normalmente Díaz intervenía, a decir de F. X. Guerra, no sólo por la presión de las movilizaciones, sino porque al imponer gobernadores neutrales él mismo se volvía indispensable. Sin embargo, este mecanismo de la democracia porfiriana no funcionó como solía en aquella ocasión y los comicios para el gobierno del Estado de Morelos del año de 1909 fueron la extensión de un fenómeno político que venía gestándose a lo largo de la primera década del siglo XX a nivel nacional: la consolidación y el predominio del poder del grupo de los “científicos” y su cadena de solidaridades sobre el resto de fuerzas políticas.⁵⁰

⁴⁹ Según F. X. Guerra, los gobiernos de los estados eran las posiciones más importantes dentro del sistema político porfiriano porque era el punto de articulación entre las fuerzas regionales y el poder central. El puesto de gobernador de estado era exclusivo para miembros de la coalición de poderes que llevaron a Díaz al poder bajo la bandera del Plan de Tuxtepec en 1876, es decir, sus seguidores y compañeros de armas, motivo por el cual en las estadísticas de puestos públicos, el cargo de gobernador presenta el índice más bajo de movilidad; los gobernadores eran removidos sólo en ocasiones extraordinarias, de las cuales la muerte era la más común. *Idem.*, p. 93.

⁵⁰ F. X. Guerra ha desarrollado puntualmente el análisis del avance del grupo de los “científicos” y propone que durante toda la primera década del siglo XX el crecimiento de su influencia y poder es exponencial. Las evidencias de este crecimiento son, por ejemplo, las elecciones federales de 1904, cuando Díaz ofreció la vicepresidencia de la República a José Yves Limantour (personaje que para aquel momento ya era el líder del grupo), ofrecimiento que éste declinó. Sin embargo Díaz volvió sobre el tema y pidió a Limantour que le aconsejara un nombre, de donde surgió el de Ramón Corral. El gabinete de los últimos años del porfiriato es

Así, pues, contra las predicciones, Díaz no sólo no intervino resolviendo el conflicto con un personaje neutral, sino que reprimió las movilizaciones a favor de Leyva cuando estas comenzaron a crecer y a demostrar un carácter popular. Finalmente, Escandón fue impuesto como nuevo gobernador y de esa forma se encumbró el poder de la élite económica morelense y sus aliados “científicos” sobre todos sus rivales políticos locales.

Esta situación fue especialmente desalentadora para un actor social que se había sumado de forma sorpresiva a la campaña en favor de Leyva: los pueblos tradicionales de Morelos, que habían decidido aprovechar aquella coyuntura política participando en la movilización organizada por las facciones relegadas porque la modernización productiva había roto el equilibrio que durante muchos años había hecho posible la convivencia pacífica entre éstos y las haciendas. Y es que ante la oferta de oportunidades que había inaugurado la modernización del proceso de producción, la élite económica del estado comenzó a percibir que el sistema de economía moral resultaba un lastre para el crecimiento de sus empresas. De forma que se comenzó a operar el cambio de actitud que hizo del pacto intransigencia, como lo demuestra una declaración del administrador de la hacienda El Hospital, quien en el año de 1908, al ser cuestionado sobre su resolución respecto a la solicitud de arrendamiento que le hacía el pueblo de San Miguel Anenecuilco (el pueblo de Zapata), envió a decir que: “si los de Anenecuilco quieren sembrar, que siembren en maceta [...]”.⁵¹

La situación en algunos pueblos llegó a puntos críticos, como fue nuevamente el caso de Anenecuilco, que en abril de 1910, probablemente después de sufrir otro rechazo por parte del dueño de la hacienda de El Hospital, envió una carta al gobernador del estado, Pablo

otra evidencia del predominio de los científicos, en este sentido Guerra señala: “No quedan, entre los no científicos en el gabinete, más que dos ‘reliquias’ de la época gloriosa del liberalismo, el general Manuel González Cosío, ministro de Fomento y después de Guerra, e Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones Exteriores”. Pero ninguno de los acontecimientos antes mencionados hubiesen sido relevantes si la influencia de los científicos no se hubiese extendido a las posiciones estratégicas más importantes del régimen: los gobiernos de los estados. F. X. Guerra propone que fue la dimisión de Joaquín Baranda de la secretaria de Gobernación y su reemplazo por Miguel Macedo, destacado miembro del grupo de los científicos lo que “dio al grupo científico una libertad de acción nueva en el ámbito al que hasta entonces no tenía acceso. La consecuencia fue el reemplazo progresivo, conforme aparecían las vacantes, de los gobernadores de la primera generación porfirista por científicos o por hombres recientemente unidos a este grupo”. F. X. Guerra, *Op. cit.*, pp. 79-143.

⁵¹ Citado en: Enrique Krauze, *El amor a la tierra. Emiliano Zapata*, México, FCE, colección Biografía del Poder, 2002, p. 36.

Escandón, en un tono de súplica e incluso de resignación con respecto a la eventual pérdida de los litigios que mantenían para recuperar su territorio:

Que estando próximo el temporal de aguas pluviales, nosotros los labradores pobres debemos comenzar a preparar los terrenos de nuestras siembras de maíz [...] ocurrimos al Supremo Gobierno del Estado, implorando su protección [...] nosotros estamos dispuestos a reconocer al que resulte dueño de dichos terrenos, sea el pueblo de San Miguel Anenecuilco o sea otra persona; pero deseamos sembrar los dichos terrenos, porque la siembra es la que nos da la vida, de ella sacamos nuestro sustento y el de nuestras familias.⁵²

Así, pues, quedaron establecidas las condiciones para que en 1911, ante las noticias del avance de la revolución maderista en los estados del norte, las comunidades tradicionales del campo morelense, los pueblos, decidieran unirse a la lucha armada en contra del régimen porfiriano.

1.2. La guerra (1911-1913)

Según el estudio de Ávila, fueron tres grandes grupos conspiradores los que organizaron y propagaron la rebelión maderista por el Estado de Morelos; uno de la región Villa de Ayala-Anenecuilco, el segundo en la zona Jojutla-Tlaquiltenango-Tlaltizapán, y el tercero en Santa María Ahuacatitán-Huitzilac.⁵³ Luego, estos grupos, a pesar de ser relativamente pequeños y focalizados, pudieron extender la rebelión por el resto del estado gracias a múltiples factores, de los cuales el citado autor destaca:

[los] viejos y localizados problemas agrarios; agravios recientes contra las localidades por parte de hacendados, jefes políticos y autoridades locales; represión, persecución y amenazas contra algunos de los conspiradores locales; desencanto respecto del régimen central de Díaz; nuevos líderes con cierto grado de reconocimiento y prestigio, vínculo de parentesco entre varios de ellos, redes y relaciones de solidaridad entre sí y con sus comunidades, identificación con la problemática de éstas; experiencia política compartida en la campaña leyvista; frustración de sus expectativas legales ante la represión oficial; desengaño respecto de los líderes leyvistas; nuevas expectativas ante un llamado exterior a la rebelión contra el régimen porfiriano, encabezada por el principal líder opositor del país [...].⁵⁴

La revuelta estalló en las primeras semanas de marzo de 1911, cuando el día 7 el grupo de Jojutla-Tlaquiltenango-Tlaltizapán lanzó un ataque furtivo sobre la ciudad de Jojutla. Luego, el día 10 el grupo de Anenecuilco entró en Villa de Ayala. En los días siguientes se ocuparon otras localidades más pequeñas. Hasta que el 22 de marzo ambos grupos juntaron

⁵² *Idem.*, p. 37.

⁵³ Ávila, *Op. cit.*, p. 105-106.

⁵⁴ *Idem.*, p. 109.

sus fuerzas y consiguieron ocupar Jojutla, la tercera ciudad más importante del Estado de Morelos. Con esto: “los rebeldes se estaban convirtiendo en un desafío para el gobierno estatal y, debido a la cercanía de la región con el Distrito Federal, comenzaron a preocupar al gobierno federal [...]”.⁵⁵

Después de Jojutla otras poblaciones del estado fueron cayendo rápidamente en manos de los campesinos insurrectos, incluso Chietla, en el estado de Puebla. La rebelión estaba creciendo con rapidez. Y durante este estallido inicial los alzados ejecutaron una violencia social de carácter vindicativo que Ávila define como “violencia de clase”,⁵⁶ cuyo patrón fue: “quema de oficinas públicas y archivos, saqueo de comercios, destrucción de puentes, vías de ferrocarril, líneas de teléfono y telégrafo, liberación de presos, imposición de préstamos forzosos a comerciantes, confiscación de armas y caballos, y, en ocasiones, fusilamiento de jefes políticos, prefectos y jefes de policía”.⁵⁷ En otros términos, se trataba de la ejecución de una violencia simbólica, puesto que su objetivo eran, “los símbolos de la dominación más desacreditados del sistema”, los que de manera directa agravaban a las clases bajas del campo morelense: la policía rural, los jefes políticos y un sector de la élite económica (principalmente los comerciantes).⁵⁸

Empero, lo que para los sectores populares de la sociedad rural morelense eran símbolos de dominación, para las élites económicas locales y para la élite política nacional eran símbolos de modernidad y civilización. Por este motivo, la violencia de clase que el campesinado rebelde llevó a cabo durante los primeros meses de guerra fue sin lugar a dudas el factor decisivo para que la figura del bárbaro-zapatista naciera en las páginas de la prensa capitalina.

⁵⁵ *Idem.*, p. 110.

⁵⁶ Sobre la violencia de clase, Ávila apunta que: en el estallido de la violencia campesina, “jugaron un papel preponderante los agravios cometidos en contra de amplios sectores de las clases subordinadas agrarias de la región, los cuales, con el crecimiento de las fuerzas de los grupos rebeldes y, en forma inversa, la disminución del poder de control y disuasión estatal, ejercieron gran violencia en contra de los símbolos (individuos e instituciones) más débiles y desacreditados del sistema de dominación: autoridades locales, policía rural, así como parte de las elites económicas, principalmente los comerciantes y, de manera incipiente, los hacendados. La rebelión creció pronto, con fuertes rasgos de violencia de clase de carácter reivindicatorio y justiciero, aunque sin demandas positivas claras [...]”. *Idem.*, p. 97-98.

⁵⁷ *Idem.*, p. 111.

⁵⁸ *Loc. cit.*

Cabe señalar aquí que los ataques a las haciendas ocurrieron sólo de manera aislada durante aquella etapa inicial del levantamiento, porque, como ha sugerido Ávila, para ese momento un programa de reforma agraria propio del movimiento campesino aún era inexistente. Los alzados habrían esperado en cambio que la revolución sirviera para reestablecer la economía del pacto moral y para que se hiciera justicia en cuestión de litigios y agravios. Aún no se cuestionaban profundamente los mecanismos jurídicos ni las relaciones socioeconómicas vigentes en el campo.

Sin embargo, a tres meses del levantamiento su fuerza ya era notable, como quedó de manifiesto en las acciones de armas que tuvieron lugar entre el 12 y el 21 de mayo de 1911, cuando los rebeldes pusieron sitio y conquistaron la ciudad de Cuautla, derrotando a un prestigioso regimiento del ejército federal: el Quinto Regimiento de Oro. Contribuyendo de esta forma a incrementar el debilitamiento del régimen. Tres días después de la toma de Cuautla por los zapatistas, Díaz renunció, y en el exilio declaró a la prensa francesa: “estuve tranquilo hasta que se levantó el Sur”.⁵⁹

El poder que había conseguido el campesinado rebelde ya era reconocido por los poderes centrales y también por los mismos insurgentes:

El saldo de los tres meses que había durado la insurrección era que, en cierta medida, las cosas ya habían comenzado a cambiar. Los rebeldes y la población que los secundó habían comenzado a hacerse justicia por su propia mano: habían liberado presos de muchas cárceles municipales [...] habían quemado documentos de los archivos, papeles con los que la justicia porfiriana los había condenado a prisión o en los que constaba el despojo legal de sus tierras y aguas [...].⁶⁰

Tal era la situación en el Estado de Morelos al iniciar el interinato de Francisco León de la Barra en mayo de 1911. Los rebeldes habían tomado conciencia de su fuerza y, desafortunadamente para el nuevo gobierno, para las élites locales y las del centro, así como también para un sector del maderismo, se rehusaron a deponer las armas de forma incondicional. En cambio exigieron que se les incluyera como miembros de la policía rural, que la gubernatura del estado quedara en manos de un revolucionario maderista y que se comenzaran a resolver los litigios por la tierra. Sin embargo esto implicaba una redefinición

⁵⁹ Krauze, *Op. cit.*, p. 58.

⁶⁰ Ávila, *Op. cit.*, p. 139.

de los equilibrios entre los poderes regionales, y una coalición de intereses se opuso a que el gobierno interino cediera ante las condiciones.⁶¹

Así, los intentos para desactivar la rebelión zapatista comenzaron el 14 de junio de 1911, y progresaron muy poco hasta finalizar el mes de julio, tiempo para el cual las tensiones entre Francisco I. Madero, el zapatismo, las élites regionales y de la capital se habían incrementado, en gran medida gracias a la labor insidiosa de la prensa capitalina.⁶² No obstante, los enemigos de la insurgencia morelense consiguieron por fin, en agosto de 1911, que el ejército federal, comandado por el general Victoriano Huerta, ingresara en el Estado de Morelos con la misión de garantizar la seguridad de la población civil mientras se conseguía un licenciamiento total. Sobra decir que el objetivo real de la incursión era aniquilar al movimiento campesino, porque de esta manera, por una parte, el gobierno interino de Francisco L. de la Barra cumplía con su propósito principal, que era poner los intereses de las élites dominantes a salvo de la revolución plebeya.⁶³ Mientras que, por otra parte, el ejército federal, o su sector más reaccionario específicamente, encabezado por Huerta, veía en la campaña de Morelos una oportunidad única de consagrarse ante los ojos de las élites porfirianas como la única institución que garantizaba el regreso al orden y la estabilidad, poniendo fin a un movimiento cuya mala fama crecía cada vez más gracias a la opinión pública de la capital.⁶⁴ Además de que, como nos recuerda Ávila, se trataba de destruir uno de los principales sostenes de la fuerza del maderismo, porque el zapatismo era un movimiento surgido desde abajo, con una de las bases populares más importantes.⁶⁵

⁶¹ Sobre los actores de esta coalición antizapatista, dice Felipe Ávila: “El 14 de junio de 1911 inició el primer licenciamiento [...] en las semanas siguientes metieron las manos en el conflicto los sectores pudientes locales –hacendados y comerciantes–, la prensa nacional, el gobierno interino encabezado por León de la Barra, el ejército federal, el grupo figueroísta y diversos actores de la población civil morelense, los cuales hicieron ori sus voces y participaron, en mayor o menor medida, defendiendo sus puntos de vista e intereses y afectando el curso de las negociaciones.”. *Idem.*, p. 151.

⁶² Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Entre el porfiriato y la Revolución: el gobierno interino de Francisco León de la Barra*, México, IIH-UNAM, 2005, p. 81.

⁶³ *Idem.*, p. 13.

⁶⁴ Para un análisis de la escisión dentro del ejército durante los últimos meses del régimen maderista: Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la decena trágica*, México, Era, 2013, 198 pp.

⁶⁵ Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 158.

En esta lógica, mientras Madero acudía a negociar con Zapata y otros jefes de la insurgencia intentando ser él quien pudiera adjudicarse la desactivación de la rebelión,⁶⁶ De la Barra y el ejército federal, en coordinación con las fuerzas del jefe de la revolución maderista del Estado de Guerrero, Federico Figueroa, hostilizaron a los zapatistas durante todo el mes de agosto mientras éstos no se podían defender con efectividad porque se mantenían en vilo en medio de las negociaciones con Madero. Y finalmente, el 19 de agosto de 1911 se realizó una maniobra coordinada entre Huerta y Figueroa que puso en desbandada a las fuerzas zapatistas. De esta forma el ejército consiguió, por un breve tiempo, controlar el Estado de Morelos, e inmediatamente Huerta se puso a trabajar para “pacificar” la región recurriendo, entre otras cosas, al acoso y a la intimidación de la población pacífica. Decisión que en el corto plazo resultó contraproducente porque los campesinos que escapaban de los abusos del ejército se unían a Zapata, de manera que hacia finales de septiembre los rebeldes se encontraban de nuevo realizando incursiones en algunas zonas limítrofes del Estado de Morelos.⁶⁷

Este fue el primer gran fracaso de la oligarquía porfiriana en su intento por recuperar el orden perdido. Porque no solamente no aniquilaron el movimiento, sino que además lo obligaron a salir de su epicentro y buscar refugio en las zonas colindantes de otros estados, como Puebla, Guerrero, el Estado de México y el sur de la Ciudad de México, regiones en donde el zapatismo consolidó solidaridades y sumó más pueblos a su lucha, recuperándose al punto de poder regresar a Morelos a lanzar ataques furtivos sobre posiciones federales, y más aún: un nuevo amago sobre Cuautla en el mes de octubre.⁶⁸

Ávila ha atribuido la rápida propagación del zapatismo entre los pueblos de las entidades colindantes con el Estado de Morelos sobre todo a la identificación de clase, esto es, que en

⁶⁶ Ávila sugiere que más que una intención verdadera de atender las demandas del zapatismo, los intentos conciliadores de Madero durante el mes de agosto de 1911 pudieron obedecer, más bien, al hecho de que el líder de la revolución se percataba de que lo que estaba en juego en Morelos era capital político, que obtendría el que consiguiera desactivar la rebelión campesina: “Madero se daba cuenta de que su capital político y su prestigio estaban siendo minados por los grupos conservadores y por la prensa los cuales explotaban su incapacidad de meter en cintura a los grupos radicales y se enfrentaba al desafío de neutralizarlos, procurando, al mismo tiempo, mantener la coalición de sectores y personalidades que había aglutinado y que se estaba desgajando”. *Idem.*, p. 178.

⁶⁷ *Idem.*, p. 184-189.

⁶⁸ Sobre la expansión de la influencia zapatista y las acciones de armas de los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1911: Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 184-198; y Womack, *Op. cit.*, capítulo “IV. El ejército entra en campaña”, p. 95-125.

las regiones en las que los rebeldes de Morelos se refugiaron existían comunidades campesinas que enfrentaban problemáticas similares a las que aquejaban a los morelenses: abusos de autoridades, caciques y oligarquías locales, y la aspiración de que se resolvieran los conflictos agrarios y laborales.⁶⁹ Pero también destaca el hecho de que existía una identidad cultural histórica regional que cohesionaba a las comunidades campesinas tradicionales que integraban aquella región territorial evocada como “el Sur”.⁷⁰ A la vez que Pineda Gómez, por otra parte, también subraya la cuestión de la identidad cultural como el factor al que puede atribuírsele la expansión del zapatismo y que, según dicho autor, ha sido soslayado por la historiografía del zapatismo.⁷¹

Consideramos que estas interpretaciones sobre el fortalecimiento zapatista son atinadas y se complementan, sin embargo no es nuestro objetivo profundizar en este sentido. Lo que es un hecho es que la militarización de Morelos resultó en contra de sus instigadores de una manera que no imaginaban. La rebelión extendió su influencia fuera de los límites territoriales de la entidad y, lo más grave, además de disputar el monopolio de la violencia a las elites dominantes, estaba comenzando a fracturar también su monopolio de la verdad: entre los intelectuales y políticos de la Ciudad de México ya se escuchaban voces que reconocían el carácter agrario del conflicto zapatista,⁷² a pesar de que la prensa hacía todo lo posible por negar esta bandera a los insurgentes del Sur.

El zapatismo maduró la definición de su identidad político-social a los largo de los meses que duró el interinato de León de la Barra, durante sus correrías por las sierras de Puebla,

⁶⁹ Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 194.

⁷⁰ Ver: “La identidad del Sur”, en *Idem.*,

⁷¹ Pineda retoma un estudio de Catalina de Giménez sobre los corridos zapatistas en donde la autora observó que la zona de difusión de los corridos, “al poniente del valle de Toluca, al oriente del estado de Puebla, al norte el Valle de México y al sur hasta la costa chica de Guerrero, corresponde no sólo con el área de extensión del zapatismo, sino con un territorio de habla náhuatl [...]”. Por lo que la autora invita a que se valore la identidad cultural en la interpretación histórica del zapatismo. Concluyendo que: “el pensamiento zapatista está impregnado de memoria étnica y que su lucha quizá tuvo algo de guerra de castas”. Francisco Pineda Gómez, *Op. cit.*, p. 62-63.

⁷² Ávila destaca el hecho de que, apenas al inicio del mandato constitucional de Madero, en noviembre de 1911, las opiniones con respecto a los reclamos zapatistas ya se habían polarizado entre intelectuales de la ciudad de México: “El zapatismo había comenzado a polarizar las opiniones, por lo menos de una parte de la sociedad más participativa de la época. Los más conservadores eran partidarios de acabar con él. Otros, progresistas, consideraban que sus demandas eran legítimas y que había que atenderlas, aunque discreparan de los métodos violentos que usaban para conseguirlas.”. Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 201-202.

Guerrero, Oaxaca y los valles de la cuenca de México; en la interacción con otros pueblos, donde se dieron cuenta de que era necesaria una reforma agraria y social que reivindicara el derecho de las comunidades sobre los territorios, lo que incluía no sólo a las comunidades que poseyeran los títulos de propiedad, sino también a todo pueblo que lo necesitara.⁷³ Esta experiencia, sumada al incremento de fuerza que habían conseguido, pronto se materializó en un programa completo que contemplaba lo económico, lo político y lo social: el Plan de Ayala.

El Plan de Ayala es en muchos sentidos la subversión de la hegemonía de las elites dominantes por parte de los sectores populares del campo de la región centro-sur de México. Es el discurso de oposición y resistencia a la dominación mediante el cual el movimiento campesino disputaba la verdad y los símbolos a los poderosos. Primero, porque desconocían a Madero como líder de la revolución y se asumían como los legítimos continuadores de la lucha “del pueblo mexicano” que el coahuilense había traicionado. A la vez que se apropiaron también del lenguaje liberal que el gobierno usaba en su contra: los conceptos patria, soberanía, nación, tiranía, libertad, justicia y ley, se repiten varias veces a lo largo del texto.⁷⁴ Paralelamente, con este plan respondieron al discurso de la mayoría de la prensa capitalina que los estaba presentando como un movimiento sin fines políticos o sociales y movido, en cambio, por pasiones inconfesables e inclinación criminal.⁷⁵

Además, el Plan de Ayala reivindicaba el derecho de los oprimidos a ejercer una violencia justa para contrarrestar la violencia injusta de los opresores, al proclamar que los pueblos no únicamente podían, sino que tenían como deber defender los territorios que les pertenecían “con las armas en la mano”.⁷⁶ Así, podríamos afirmar que este documento-proyecto de la revolución del Sur se convirtió también en el certificado de defunción de la hacienda como institución económica y social porque, como menciona Ávila, en los meses

⁷³ Artículo 6º del Plan de Ayala, en la versión publicada en diciembre de 1911 por *El Diario del Hogar*, que es la versión que incluye John Womack Jr. en la sección de apéndices de su obra. Womack, *Op. cit.*, p. 395-396.

⁷⁴ Ver el análisis de Womack: *Idem.*, p. 387-394.

⁷⁵ Así lo confirma el testimonio de un ex combatiente zapatista recuperado por Pineda Gómez: era necesario un plan, “porque nos tenían por puros bandidos y comevacas y asesinos y que no peleábamos por una bandera, y ya don Emiliano quiso que se hiciera ese Plan de Ayala para que fuera nuestra bandera”. Pineda Gómez, *Op. cit.*, p. 192.

⁷⁶ Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 208. Ver también el artículo 6º del Plan de Ayala en: Womack, *Op. cit.*, p. 396.

que siguieron al lanzamiento del Plan de Ayala los ataques a las haciendas incrementaron y se volvieron comunes prácticas como la imposición de una contribución monetaria forzosa y la quema de las cosechas de caña, hechos que provocaron en el corto plazo pérdidas graves para los industriales.⁷⁷ De esta manera, a escasos días de haber asumido el poder ejecutivo, Madero se encontró con que el movimiento campesino del sur se había vuelto en su contra y ahora tenían un proyecto político propio. El restablecimiento del orden era cada vez un desafío mayor. Y así se percibía además porque a comienzos de 1912, los ataques zapatistas nuevamente aumentaron en envergadura hasta convertirse formalmente, en algunas zonas, en una guerra de posiciones.⁷⁸

En este contexto se emprendió el segundo gran esfuerzo por tratar de recuperar el orden: el 10 de enero de 1912 el presidente Francisco I. Madero envió al Congreso una iniciativa de ley para suspender las garantías constitucionales en los estados de Morelos y Guerrero, lo mismo que en los distritos Acatlán, Izúcar, Atlixco, Cholula y Huejotzingo en el Estado de Puebla, y los de Chalco y Tenancingo en el Estado de México. Siendo que dicha Ley de Suspensión de Garantías sancionaba: “la pena de muerte para los individuos que cometieran los delitos de rebelión, plagio, robo con violencia, y ataque a las vías férreas y a las líneas telegráficas y telefónicas”.⁷⁹ Los sujetos que fueran sorprendidos *in fraganti* incidiendo en estos delitos podían ser ejecutados solamente con el requisito previo de que se levantara un acta. La ley fue aprobada el 15 de enero de 1912.

Desde nuestra perspectiva esta ley era la base de una estrategia militar que hoy podríamos definir como contrainsurgencia; un método empleado por los poderes modernizantes del mundo occidental en contra de las insurrecciones protagonizadas por sociedades campesinas tradicionales en diferentes partes del mundo, y que básicamente consiste en

⁷⁷ Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 218. En este sentido, también Womack apunta que las pérdidas económicas se agudizaron al punto de que algunos hacendados prefirieron poner a la venta sus propiedades: “Las tristes perspectivas del establecimiento del orden eran especialmente vívidas para los hacendados, que habían perdido una barbaridad en la última zafra. Cuando una oficina federal inició un estudio en materia de compra de tierras para venderlas a los agricultores pobres, varios hacendados de Morelos ofrecieron en venta sus propiedades.”. Womack, *Op. cit.*, p. 139.

⁷⁸ El ejemplo más claro de esto, a decir de Ávila, fueron los intensos combates que los zapatistas trabaron con el ejército federal en la zona del descenso del Ajusco hacia Cuernavaca durante aquellos días. En este punto, dice el citado autor, era “evidente que los controles tradicionales y la legitimidad del aparato de dominación habían sido rebasados por la insurrección, que se estaba convirtiendo, así, en un efectivo desafío al poder estatal y regional”. Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 217.

⁷⁹ *Idem.*, 221.

atacar y destruir las bases sociales de las milicias campesinas. Creemos que Ávila nos ofrece los fundamentos para sostener esta idea al afirmar que:

En realidad la medida consistía en dar apariencia de legalidad a la guerra sin cuartel que ya se practicaba [...] Esta ley draconiana no solamente colocaba fuera de la legalidad a los zapatistas y legalizaba la represión, sino que, entre otros objetivos, intentaba aislarlos de las poblaciones con la implantación de la pena de muerte para los que les ayudaran en sus acciones o les vendieran armas.⁸⁰

Además, como complemento de la Ley de Suspensión de Garantías, en febrero de 1912 el general Arnoldo Casso López, jefe de las fuerzas federales que ocupaban el Estado de Morelos, fue sustituido por el general Juvencio Robles, veterano, igual que Huerta, de las guerras en contra de los pueblos indígenas del norte de México.⁸¹ Robles consiguió controlar la región al poco tiempo de su designación, gracias a factores diferentes, de entre los cuales destaca su estrategia militar, la cual se caracterizó por el empleo de una estrategia contrainsurgente conocida como “guerra de recolonización”, ensayada primero por el ejército español en la guerra contra los independentistas cubanos y por el ejército británico en la guerra boer de Sudáfrica.⁸² Dicha estrategia consistía en sacar a la población pacífica de sus poblados y reubicarlos en campos de concentración, de esta forma se evitaba que este tipo de movimientos insurgentes con fuertes bases populares siguieran obteniendo apoyo y, además, una vez que se había puesto “a salvo” a la población civil, se podía tratar como enemigo a cualquiera que la milicia encontrara en su camino. Además de que Robles añadió a la estrategia una dosis de terror mediante el incendio y depredación de los poblados que eran objeto de la recolonización.⁸³

De esta forma, hacia el mes de marzo el ejército federal ya controlaba la mayor parte del estado de Morelos.⁸⁴ Empero, por muy poco tiempo, puesto que de nueva cuenta los abusos

⁸⁰ *Idem.*, p. 222.

⁸¹ Sobre la experiencia militar de Juvencio Robles al momento de su designación como jefe militar del Estado de Morelos, Womack señala que: “Años antes, en la guerra contra los indios de la frontera norte, había aprendido los procedimientos del ejército para aplastar rebeliones y ahora que lo habían enviado al sur se proponía luchar contra los campesinos y los rancheros tal y como había peleado con los indios de las tribus”. Womack, *Op. cit.*, p. 134.

⁸² *Idem.*, p. 135.

⁸³ Sobre detalles de la estrategia militar de Juvencio Robles, ver: Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 230-239; Womack, *Op. cit.*, p. 134-135; Gilly, *Op. cit.*, p. 23.

⁸⁴ Aunque cabe destacar que la iniciativa de Robles no fue el único elemento que contribuyó a la disminución del brío de la sublevación. En este sentido, Ávila recuerda que el zapatismo era el movimiento de una sociedad campesina, y esto se vio reflejado en la intensidad de la guerra, como durante la primavera

del ejército engrosaron las filas zapatistas, de forma que entre los meses de junio y julio los rebeldes reanudaron las acciones militares importantes, con ataques casi diarios en contra de los puestos avanzados federales y los trenes, tanto militares como civiles.⁸⁵ Y así se diluyeron nuevamente las esperanzas de los directores del régimen de volver al orden en el Sur.

La frustración del gobierno maderista ante este nuevo fracaso quizá fue el impulsó a para que por primera vez se intentara dar una solución “diplomática” al conflicto. Tal fue el sentido con el que se realizó la sustitución de Juvencio Robles por el general Felipe Ángeles en agosto de 1912. El nuevo jefe de la campaña en Morelos puso en marcha una estrategia un tanto diferente a las de Huerta y Robles, que consistió, básicamente, en reparar los daños que las campañas anteriores habían ocasionado;⁸⁶ puesto que Ángeles estaba convencido de que mucho de lo que se sabía de los zapatistas en la capital era más labor de la prensa reaccionaria que realidad, su plan era tratar de establecer pactos con los jefes del movimiento rebelde, en un intento de resarcir la maltrecha autoridad del gobierno de Madero, del que era un convencido y fiel partidario.

Esta estrategia consiguió nuevamente una reducción de la violencia en Morelos, esta vez de manera más efectiva porque en vez de sumar campesinos a las filas insurgentes los sacaba de ellas, en razón de que muchos combatientes retornaban a sus comunidades para participar en la labor de reconstrucción. Según Womack, Zapata y Genovevo de la O reconocerían en el futuro que fue durante este periodo cuando en verdad creyeron que la rebelión sería derrotada.⁸⁷ Porque incluso durante las últimas semanas de agosto de 1912, cuando en la Ciudad de México se unificaron las voces de la prensa exigiendo mano dura

de 1912 (los meses de marzo, abril y mayo), cuando era temporada de trabajos agrícolas y muchos combatientes se transformaron de nuevo en labradores, reincorporándose a las filas de la insurgencia hasta que dio inicio la temporada de lluvias. Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 239-245.

⁸⁵ Sobre la reactivación de la violencia y las acciones de armas en los meses de junio, julio y agosto de 1912: Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 239-253; y Womack, *Op. cit.*, capítulo “V. Los revolucionarios oficiales actúan”, p. 126-155.

⁸⁶ Womack, *Op. cit.*, p. 144-145.

⁸⁷ Womack, *Op. cit.*, p. 148-149.

en contra de los rebeldes de Morelos después del ataque a un tren en el que fallecieron treinta civiles —incluidos dos periodistas—, no se reanuda la estrategia de recolonización.⁸⁸

Además, otro factor decisivo que contribuyó a debilitar al zapatismo fue la esperanza de algunos alzados de que los conflictos agrarios se resolvieran de forma legal en la legislatura del Estado de Morelos. Porque al tiempo que Ángeles trabajaba en la conciliación, en el Congreso del estado había una nueva Legislatura que estaba tratando de llevar a cabo una reforma agraria, aunque no muy radical. Sin embargo, el tiempo de estos legisladores “reformadores” terminó y sus sucesores enterraron el proyecto. Así se desvanecieron las esperanzas de que el conflicto se resolviera legalmente y los jefes zapatistas se consagraron nuevamente ante los ojos de las comunidades como los únicos defensores de la causa de los pueblos.⁸⁹

De esta forma fracasó el último intento de pacificar el Sur durante el régimen de Madero. Entre los meses de noviembre y diciembre de 1912 la violencia se reactivó. Y había también una nueva estrategia por parte del zapatismo, la cual consistía en hacer recaer el costo de la guerra en las haciendas: se estableció una cuota semanal obligatoria a todas las haciendas de Morelos, definiendo zonas de recaudación para facilitar los cobros, y si los propietarios se negaban a dar la contribución el castigo era la quema de los campos de caña y las cosechas. Tal fue el final del sistema socio-económico hacendario en Morelos y en general en el centro-sur del país. Las élites económicas de la región habían perdido la batalla en contra de la insurgencia de los sectores bajos del campo. La violencia surgida de abajo barrió con todo el aparato de dominación en la zona que estuvo bajo su control en tan sólo 21 meses, contando de mayo de 1911, mes en el que se realizaron las primeras

⁸⁸ El 12 de agosto de 1912 en la localidad de Ticumán, ubicada en el camino entre Yautepec y Jojutla, un destacamento rebelde al mando de Amador Salazar atacó un tren y en la acción murieron más de treinta soldados federales y treinta civiles, entre los que se encontraban los periodistas Humberto Levi Strauss e Ignacio Herreras; “En México se levantaron inmediatamente las más desenfrenadas peticiones de venganza. Pero el general Ángeles se negó a ampliar la guerra. Y la respuesta de Palacio Nacional fue dejar que los funcionarios de Cuernavaca reaccionaran magnánimamente en vez de obligarlos a comenzar nuevas recolonizaciones.”. Womack, *Op. cit.*, p. 147. También Víctor Rayón García, en su trabajo de tesis doctoral sobre los debates de la prensa en el régimen maderista, menciona que, a pesar de que los principales órganos periodísticos solían diferir en su tratamiento de los temas de la agenda, durante los días siguientes al ataque de Ticumán hasta los órganos más críticos del gobierno maderista llamaron a cerrar filas en torno al presidente para combatir al zapatismo. Víctor Rayón García, *El gobierno maderista. Ideas y debates en la Gran Prensa capitalina*, tesis de doctorado en historia, Facultad de Filosofía y Letras-IIH, 2012.

⁸⁹ Womack, *Op. cit.*, p. 153.

acciones militares de gran envergadura, destacando la toma de Cuautla, hasta febrero de 1913. Un reflejo de la intensidad con la que el zapatismo hizo la guerra al poder.

A juicio de Pineda Gómez, con el que coincidimos, la radicalidad de la violencia de los grupos más subestimados y desacreditados de la sociedad fue lo que subvirtió toda lógica en el pensamiento de las élites porfirianas y provocó los enconados ataques, fundados en un racismo científicista, que llenaron las páginas de la prensa:

En la oligarquía, la imagen del zapatista es una variedad de monstruo. El caos radica en la subversión de las relaciones de sentido; en la percepción del zapatista simultáneamente como siervo-alzado, humilde-poderoso, peón-opulento, miserable-invencible, bárbaro con dinamita, inculto en posición de árbitro y señor. Las posibles combinaciones del caos en la interdiscursividad del racismo son innumerables, dan lugar a concebir un juez ebrio de sangre, el siervo convertido de la noche a la mañana en profanador de cadáveres o la chusma superando a la burguesía. La revolución desde que nace representa otra semiótica de las fuerzas, los humildes se vuelven fuertes y los poderosos, débiles.⁹⁰

El bárbaro con connotaciones de monstruo, esto fue lo que para la oligarquía porfiriana significó la afirmación violenta de la sociedad rural del centro-sur de México que resentían el avance de la modernización industrial y la imposición de la sociabilidad capitalista, y utilizando su acceso privilegiado al discurso público de la prensa trataron de imponer su percepción de la realidad con el objetivo de propiciar una acción específica contra la amenaza: el exterminio.

Pero ahora es preciso preguntarse para comenzar, ¿cómo es que la prensa construye la realidad? Luego, específicamente, ¿cómo construye la realidad la prensa político-satírica mediante los recursos que empleaba en su producción?, ¿por qué las élites que habían perdido el monopolio de la violencia se aglutinaron alrededor de determinadas publicaciones para defender sus intereses? En el siguiente apartado trataremos de responder a estas cuestiones destacando la dimensión del discurso de la prensa que funge como espacio en el que las élites las sociedades del mundo occidental ejercen el poder y reproducen la dominación en la época moderna. Con lo cual se pondrá de relieve, como es nuestra intención, el hecho de que la representación del bárbaro-zapatista de publicaciones como *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* es una representación cuyo lugar de enunciación es el poder.

⁹⁰ Francisco Pineda Gómez, "La representación del indio. Fiesta y guerra de la oligarquía", *Cuicuilco*, vol. 9, núm. 24, enero-abril 2002, México, ENAH, p. 18.

II. LA PRENSA: ESPACIO DEL PODER DE LAS ÉLITES SOCIALES PORFIRIANAS

2.1. La prensa como espacio de poder de las élites sociales modernas

Debemos comenzar advirtiendo que la imagen de la realidad que presenta la prensa está lejos de ser reproducción objetiva del mundo real a pesar de los esfuerzos pluralistas y mediadores que puedan realizarse, porque en la práctica y técnicamente existen diferentes limitaciones que vuelven más o menos arbitrario el contenido de su discurso. Sin embargo, la prensa suele presentarse a sí misma como un canal de comunicación social indisociable de los valores de neutralidad y objetividad, y el consenso social acepta esto como verdad. Bajo este prestigio de la prensa como una de las instituciones fundamentales de la democracia moderna en el mundo occidental, queda oculta comúnmente la dimensión de su producción mediante la que se ejerce el poder social y puede reproducirse la dominación por parte de las élites de una sociedad determinada. En este sentido Héctor Borrat ha destacado las imágenes que los teóricos de la comunicación relacionan con esta otra cara de la producción periodística soslayada bajo la misma semántica del término *medio*, que remite a la idea de la prensa como mediador y no como participante de los conflictos sociales:

El periódico también es presentado [por los teóricos] como una plataforma que hace posible transmitir opiniones (acceso) y escuchar voces escogidas. O como un medio de control representado según las imágenes más variadas: la de integración, proclive por tanto al consenso; la de señalización, en cuanto dirige nuestra atención hacia aspectos seleccionados de la realidad; la de filtro, que presenta sólo una visión restringida y distorsionada de la realidad; la de pantalla o barrera, en cuanto nos aísla de la verdadera información y de la posibilidad de comprender nuestra experiencia.⁹¹

La noción de acceso, que retoma Borrat de los especialistas en comunicación, es el primer concepto que nos remite a la imagen que queremos destacar del discurso público de la prensa como espacio en donde las élites ejercen el poder social. Esto es así porque a pesar de que se supone que cualquier individuo o grupo tiene las mismas oportunidades de acceder a los discursos públicos, como lo sanciona la libertad de expresión esencial para un régimen democrático moderno, en la práctica no es así debido a que el acceso a los discursos públicos está condicionado por el acceso igualmente desigual a los recursos materiales escasos y a los recursos simbólicos. De los cuales para el orden del discurso

⁹¹ Héctor Borrat, *El periódico, actor político*, Barcelona, Gustavo Gili, 1989, p. 30.

quizá los más relevantes sean los segundos, esto es: recursos como el conocimiento, la formación académica, el prestigio social o la fama. Pues dentro de la sociedad no se enuncia desde el lugar de “hablante”, sino desde un lugar social, es decir, como miembros de grupos, profesiones, comunidades, etc., y estos lugares sociales de enunciación están jerarquizados por consenso social, no todos disponen de la misma autoridad ni de la capacidad para acceder al discurso público.⁹²

Por ejemplo, en el caso del discurso público de la prensa, ahora, igual que en los albores del siglo XX, un campesino no goza del mismo prestigio social que un periodista, por lo cual sus discursos no tienen el mismo poder de influencia; luego, un campesino tampoco tiene la formación académica de un periodista, motivo por el que su aparición en un periódico no podría ser en calidad de autor del contenido. Se trata del tercer nivel de control del discurso del que habla Foucault, mediante el cual se imponen ciertos requisitos al usuario del lenguaje para evitar que cualquier individuo tenga acceso: “enrarecimiento, esta vez, de los sujetos que hablan; nadie entrará en el orden del discurso si no satisface ciertas exigencias o si no está, de entrada, calificado para hacerlo”.⁹³

Este tipo de consideraciones llevan a Van Dijk a sostener que estos patrones de control sobre el acceso al discurso son indisociables del poder social de las elites, porque: “mientras la gente común sólo tiene acceso activo a y control sobre géneros de discurso como puedan ser las conversaciones cotidianas [...] las élites disponen de acceso y control sobre un espectro mucho más amplio, tanto a nivel informal como sobre las formas públicas e institucionales de texto y habla”.⁹⁴

Por otra parte, el control que las élites sociales pueden ejercer sobre el discurso público de la prensa no se limita a mantener una accesibilidad diferenciada, sino que se hace extensivo al control de la estructura misma del discurso en todos sus niveles. Este control se ejerce

⁹² Alejandro Raiter dice sobre las jerarquías de los lugares sociales de enunciación: “[...] dentro de la sociedad no enunciamos desde el lugar de “hablante”, sino desde nuestro lugar social (padres, docentes, funcionarios, políticos, periodistas, etc.) y estos lugares sociales no tienen oportunidades iguales de enunciar, ni lo que enuncian tiene el mismo prestigio. Por esta razón no todos los estímulos lingüísticos tienen la misma fuerza”. Alejandro Raiter, “Representaciones sociales”..., p. 15.; Sobre los lugares de enunciación social también conviene ver: Teun Van Dijk, *Op. cit.*, p. 22-23.

⁹³ Michel Foucault, *El orden del discurso*, México, Tusquets, 2015, p. 38-39.

⁹⁴ Teun Van Dijk, *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 19.

efectivamente en la prensa, en un primer nivel, desde el momento en el que ningún periódico presenta un panorama total de los conflictos sociales, sino que de dicho conjunto cada publicación decide hacer sus inclusiones y exclusiones, y de los conflictos que se decidió incluir, a la vez, se hacen jerarquizaciones mediante ubicación, comentarios, etcétera.⁹⁵ Selectividad que coincide con las imágenes que relacionan a la prensa con un medio de control social, puesto que efectivamente señala y filtra la realidad. Por este motivo Borrat afirma que la producción periodística es ejercicio de poder desde los niveles más básicos de interpretación, es decir, desde la presentación del contenido noticioso; es poder que otorga a los hechos su carácter público.⁹⁶

Pero incluso suponiendo que un periódico pudiera dar cabida a todos los conflictos de una sociedad, aún persiste el lenguaje como esa barrera infranqueable que nos separa del mundo real y que se extiende a todos los ámbitos de la comunicación y de la cognición, sin que el discurso de la prensa sea una excepción porque, como indica Lorenzo Gomis, convertir un acontecimiento en noticia es básicamente una operación lingüística, y el lenguaje no es y no puede ser objetivo: “Al definir el hecho en términos verbales, con palabras, la interpretación de la realidad es ya forzosamente selectiva. Califica de algo a alguien, describe con un verbo y no con otro la acción [...] el lenguaje no puede dar cuenta de la realidad sin caracterizarla, sin escoger unos aspectos y olvidar otros, sin definir la realidad en términos excluyentes”.⁹⁷

La afirmación anterior nos remite al control que se ejerce sobre los niveles textuales del discurso de la prensa, esto es: en la sintaxis, la semántica, el estilo, la lexicalización, la retórica y la pragmática. Elementos fundamentales para completar el sistema mediante el cual el discurso de la prensa consolida el control de los procesos cognitivos, ya que es en estos niveles en donde se produce el significado y se determina la comprensión. Pues los que tienen el acceso al discurso público no sólo controlan el suceso comunicativo, es decir,

⁹⁵ “Los conflictos narrados y comentados en el discurso polifónico del periódico son solamente una parte reducida del conjunto de conflictos conocidos por el periódico. Sobre este conjunto, el periódico decide hacer sus inclusiones y exclusiones y, entre los conflictos incluidos, sus jerarquizaciones [...] El hecho de que el conflicto incluido en información de lugar a bloques y/o a series de textos informativos y sea objeto de comentarios editoriales y/o comentarios de los colaboradores, genera a su vez la presunción simple de que ese conflicto es jerarquizado como más importante [...]” en, Borrat, *Op. cit.*, p. 41.

⁹⁶ *Idem.*, p. 120.

⁹⁷ Lorenzo Gomis, *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*, México, Paidós, 1991, p. 42.

de qué se habla, quién habla y cuándo, sino también cómo se habla. Estos niveles estructurales más específicos (textuales) son cruciales para controlar los comportamientos y actitudes en relación con los acontecimientos sociales, pues mientras en los primeros niveles de interpretación se señala qué es lo importante para discutir, en los siguientes niveles se persuade para que el público piense el fenómeno social de una forma específica.

El acceso preferente a, y el control sobre el discurso y sus propiedades son formas de la representación directa del poder social o institucional, que permiten a los actores sociales específicos hacer uso (verbal) de una acción que está vedada a los demás, o que puede forzar u obligar a otros a participar de un discurso o utilizar las propiedades del mismo, tal y como lo desea el actor con poder y que por ende limitará la libertad (luego el poder) del menos poderoso. El discurso, sin embargo, no se limita a la acción verbal, sino que también involucra significado, interpretación y comprensión, lo cual significa que el acceso preferente al discurso público o el control sobre sus propiedades también puede afectar al pensamiento de los demás. En otras palabras, los actores sociales con poder, además de controlar la acción comunicativa también hacen lo propio con el pensamiento de sus receptores.⁹⁸

En este orden de reflexiones, podemos afirmar que los discursos públicos, incluyendo al de la prensa, están íntimamente ligados al ejercicio de poder de las élites dominantes de las sociedades modernas, porque éstas controlan el acceso al discurso con base en su acceso preferente a los recursos materiales escasos y a los recursos simbólicos, de suerte que se forma un círculo de dominación, ya que el discurso público está condicionado por el desequilibrio en las relaciones de poder social, a la vez que reproduce dicho desequilibrio puesto que mediante el control de los niveles textuales del discurso, en donde se produce la

⁹⁸ Van Dijk, *Racismo y análisis crítico de los medios...*, p. 21. Cabe mencionar que actualmente algunos especialistas de la comunicación consideran que la influencia de los medios es menos determinante de lo que comúnmente se cree, y que tampoco es unidireccional, es decir, que no se ejerce únicamente desde la cúpula de las élites sociales hacia los sectores populares, sino que los medios establecerían la agenda pública en función de lo que saben que puede interesar a la gente. Y de esta forma se aseguraría el requisito fundamental para que la producción de los medios pueda ser influyente, esto es: capturar la atención del público. Por lo que incluso se arguye que es la sociedad la que influye en sí misma a través de los medios de comunicación. No obstante, creemos que estas valoraciones subestiman el poder de influencia de los medios y, lo que es más cuestionable, dan a entender que a pesar de la desigualdad en el acceso, la prensa representa los intereses de las élites y los sectores populares de forma más o menos equilibrada. Un argumento inconsistente si tomamos en cuenta, con Van Dijk, el hecho de que la conformación de los intereses de un público no es el resultado de un proceso autónomo, sino que se fundamenta en las ideologías o creencias dominantes en el seno de una sociedad determinada, en cuya conformación los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental: “En lugar de transmitir las creencias dominantes directamente, los medios de comunicación construyen una estructura interpretativa [...] no solamente delimitan las fronteras sino que también aportan el material de construcción para el consenso público, y de este modo fijan las condiciones de mantenimiento de una hegemonía ideológica”. *Idem.*, p. 70.

significación, las élites sociales pueden influenciar los comportamientos en favor de sus intereses, perpetuando así la asimetría en las relaciones de poder social.

Ahora, extrapolando estas consideraciones al marco concreto que delimita nuestro tema de investigación, diremos que es posible afirmar que la prensa político-satírica sí funcionó como un espacio efectivo del ejercicio de poder de la oligarquía porfiriana y no como un “medio mediador” neutral en el contexto del conflicto revolucionario. Pues mediante su acceso preferente al discurso de la prensa las élites sociales porfirianas pudieron difundir públicamente su visión sobre la rebelión de los pueblos del centro-sur, reproduciendo de forma pública y masiva los prejuicios y valoraciones negativas que venían gestándose desde comienzos de la era independiente en torno a las luchas sociales de los sectores populares del campo mediante la reactivación del signo-bárbaro;⁹⁹ una representación social creada por la prensa nacional decimonónica que, a decir de Pineda Gómez, era poderosamente persuasiva en razón de que apelaba esencialmente al impulso básico del miedo:

[...] el símbolo del bárbaro y la guerra de exterminio marchan unidos, conforman un solo dispositivo de poder [...] Nombrar a Zapata como Atila [símbolo con el que históricamente la prensa relacionó las rebeliones indígenas] del Sur contenía una instrucción para la acción, además de la evocación clasificatoria y la pretensión de suscitar emociones de terror. Se invocaba lo monstruoso, lo incorregible y la salud de la sociedad para matar ‘legítimamente’ a quienes significaban un peligro decisivo, biológico y satánico [...] La unidad relativa de ese discurso fue posible debido a que la oposición entre la ‘civilización’ y la ‘la barbarie’ operó

⁹⁹ Utilizamos el término *signo-bárbaro* comprendiéndolo desde la perspectiva de la semiótica, esto es: partimos de entender que el conocimiento del mundo exterior está mediado por el lenguaje y que cada estímulo exterior a la mente es interpretado partiendo de una cognición previa, es decir, de una relación previa de significante-significado (signo) determinada por el entorno cultural. Es decir, que el pensamiento es una concatenación de signos que se desplazan entre diferentes campos semánticos, como lo sugieren las teorías de Charles Peirce, quien negó “la posibilidad de que un conocimiento, en la medida en que se lo entienda como una relación entre signos, no éste a su vez determinado por otro conocimiento, y así hasta el infinito”. Lo que equivale a decir que: “toda la realidad es un signo, un proceso dinámico de significados. Así, la semiosis infinita se concibe no como una propiedad exclusiva del conocer sino además, y al mismo tiempo, como una propiedad de lo real”. Christian Cardozo, “Breves consideraciones acerca de la problemática del signo y de las nociones de verdad y realidad en la Lógica-Semiótica de Charles Sanders Peirce y en el Pragmatismo Filosófico de Richard Rorty”, en Mariana Gómez y Tamara Liponetzky (compiladoras), *Sociosemiótica. Análisis de los discursos sociales*, Córdoba, Editorial Brujas, 2006, p. 13-46. En este orden de reflexiones, cuando hablamos del *signo-bárbaro* hacemos referencia a un símbolo de múltiples significados negativos en los campos semánticos de la política, la economía, la moral, la religión, la biología, etcétera. Pineda Gómez, “La representación del indio. Fiesta y guerra de la oligarquía” ..., p. 23.

como el eje simbólico de otras interpretaciones, sea de clase, sexo, religión o jurídicas y éticas [...].¹⁰⁰

De esta forma, fue natural y resultó relativamente fácil para la prensa porfiriana evocar el signo-bárbaro para inscribir en su campo semiótico¹⁰¹ al zapatismo, puesto que:

Las imágenes que ya son representaciones sociales, por su parte, ya tienen el prestigio y un grado de verosimilitud tales que les dan la posibilidad de constituirse en creencia individual de cada uno de los miembros de la comunidad, en el sentido de que es muy difícil no conocerlas, es muy difícil que no estén presentes en el momento de procesar nuevos estímulos. Muchas veces estas representaciones sociales, aunque conocidas por todos, no ofrecen ninguna posibilidad de comprobación.¹⁰²

Además, creemos que las élites modernizantes porfirianas ejercieron su poder utilizando a los órganos político-satíricos como las principales herramientas de persuasión para impulsar políticas de exterminio en contra de los campesinos rebeldes del Sur, debido a que en este tipo de publicaciones se dio preferencia al contenido opinativo en detrimento del contenido informativo o noticioso. Y todos los géneros periodísticos cumplen funciones sociales en relación con la asimilación de la realidad social. En este sentido, el contenido informativo, es decir, la noticia, resuelve las cuestiones “qué” y “qué significa el hecho”, mientras que el contenido opinativo, esto es, el comentario en sus variantes, resuelve las cuestiones “cómo me afecta el hecho” y “qué puedo hacer”.¹⁰³ Por este motivo se dice que el género de opinión es de naturaleza activadora para la acción social.¹⁰⁴

Luego, en lo que respecta a la capacidad de persuasión de una opinión o comentario, se puede decir que los intelectuales orgánicos, o “la élite simbólica”, como los llama Van Dijk, además de ser los encargados de animar la estructura ideológica que sustenta el poder hegemónico, son también los más capaces para construir una retórica persuasiva puesto que son ellos los que tienen conocimiento de los elementos del lenguaje que funcionan mejor

¹⁰⁰ Pineda Gómez, “La representación del indio. Fiesta y guerra de la oligarquía”..., p. 23.

¹⁰¹ En vista de que los procesos cognitivos mediante los cuales construimos el saber en relación con el mundo exterior no pueden realizarse nunca sino a partir de la articulación de cadenas de signos (significante y significado) en una dinámica que podría extenderse hasta el infinito (o más bien hasta donde el lenguaje lo permita), cuando nos referimos al “campo semiótico” del *signo-bárbaro* pensamos en la red de signos que daban significado a la idea de barbarie en el pensamiento de las élites mexicanas de finales del siglo XIX y principios del XX. Para una aproximación a la disciplina semiótica: Cristian Cardozo, “Breves consideraciones acerca de la problemática del signo y de las nociones de verdad y realidad en la lógica-semiótica de Charles Sanders Peirce y en el pragmatismo filosófico de Richard Rorty”..., p. 13-183.

¹⁰² Raiter, *Op. cit.*, p. 16.

¹⁰³ Gomis, *Op. cit.*, p. 44-47.

¹⁰⁴ *Idem.*, p. 114.

para influir el pensamiento.¹⁰⁵ Porque si bien el contenido de opinión es incentivador de por sí, un comentario en el que un escritor articula con habilidad los recursos retóricos es más capaz de despertar el interés y activar la acción. En palabras de Borrat: cuando el escritor “es un filósofo o un literato —precisamente por ese bagaje de recursos conceptuales y expresivos que le confiere su especialización— puede lograr efectos de persuasión más fuertes que los propios periodistas especializados en política”.¹⁰⁶ De lo que podemos deducir que el empleo de los recursos retóricos es también ejercicio de poder, porque es la élite simbólica la que tiene el acceso y el conocimiento para poder articular las herramientas retóricas del lenguaje en la estructura textual del discurso público. Y en esta parte, la prensa político-satírica —como *El Mañana*, *El Ahuizote* o *Multicolor*— también destacó, puesto que no sólo se trataba de que en sus páginas predominara el contenido de opinión, sino que además, la mayoría de los comentarios se realizaban a través de esquemas retóricos.

Pero profundizaremos de manera más específica aquellas características de la producción de periódicos como *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* que devenían en punzantes incentivadores para hacer la guerra a los campesinos rebeldes del Sur. Comenzando por subrayar las propiedades de la opinión como género periodístico que busca la claridad de un mensaje con contenido ideológico explícito.¹⁰⁷ Insistimos en este género periodístico porque es la materia prima con la que se construyó el discurso de las publicaciones que nos ocupan. Quizá porque no podía ser diferente en razón de la situación coyuntural del

¹⁰⁵ Horacio Hernández Casillas cita a Gramsci sobre los intelectuales orgánicos (élite simbólica para Van Dijk): “[...] en el nivel de la difusión de la ideología, los intelectuales son los encargados de animar y administrar la estructura ideológica de la clase dominante en el seno de las organizaciones de la sociedad civil (iglesia, sistema escolar, sindicatos, partidos) y su material de difusión (*mass media*) [...]”. Y agrega que estos intelectuales o elite simbólica son los principales responsables de difundir y generar el consenso en torno a las ideologías de las elites dominantes, puesto que son ellos los que tienen el conocimiento para articular estructuras del discurso y herramientas del lenguaje que permiten manipular el pensamiento: “A través del análisis crítico del discurso es posible comprender los recursos de manipulación y de dominación utilizados por dichos intelectuales, pues son los que tienen un control específico sobre el discurso público [...] Se considera que el poder de los intelectuales es discursivo, pues a través de la comunicación se produce lo que se denomina una manufacturación del consenso [...]”. Horacio Hernández Casillas, *Racismo y poder: la negación del indio en la prensa del s. XIX*, México, INAH-CONACULTA, 2007, p. 20.

¹⁰⁶ Borrat, *Op. cit.*, 135-136.

¹⁰⁷ “Pasar del relato al comentario es entrar en un campo vastísimo: el de la opinión. La opinión se articula con la interpretación explícita: es interpretación explícita con evaluación. Es el autor del texto el que hace la evaluación, el que comunica públicamente su toma de posición decidida en función de valores, normas e intereses [...] los comentarios proporcionan opiniones explícitas, que aspiran a su comunicación pública de la manera más diáfana y unívoca mediante el texto mismo [...]”. Borrat, *Op. cit.*, p. 132-133.

contexto, pues con el estallido de la violencia popular la difusión de la ideología de la élite dominante tuvo que realizarse de forma más explícita, con dos objetivos: primero, como hemos dicho, para construir el consenso sobre la “verdad” de la insurrección y, en segundo lugar, para coordinar de la manera más efectiva la respuesta de los grupos sociales amenazados por la revolución.¹⁰⁸

Ante la situación de riesgo que supuso para la élite dominante el levantamiento zapatista, y la revolución en general, parece lógico el surgimiento de prensa dedicada a reproducir de forma clara y directa las ideas que debían hacer posible la reacción defensiva. La respuesta debía ser inmediata y específica (la guerra), de forma que debía reducirse libertad de interpretación que implicaba la noticia sin comentarios — e inherente por lo demás a todo proceso cognitivo. Y esa es la función de un comentario, pues, según Gomis, existen tres niveles de interpretación en el discurso de la prensa, de los cuales el comentario representa el máximo nivel de control de la interpretación por parte del emisor, a la vez que mínima (que no nula) libertad de interpretación por parte del receptor. Así se expresa esta correspondencia en un esquema:

- 1.- Interpretación implícita, de primer grado o de hechos. El texto no hace explícita su interpretación de la realidad, pero es posible inferirla a partir de las exclusiones, inclusiones y jerarquizaciones. Compone el presente social como un mosaico de hechos. Su género común es la noticia.
- 2.- Interpretación explícita, de segundo grado o de situaciones. El texto interpreta sin emitir juicio positivo o negativo. Aborda personajes y situaciones en algún ámbito temático. Sus géneros comunes son el reportaje y la crónica.

¹⁰⁸ Según Van Dijk, preparar la respuesta defensiva del grupo es, de hecho, la función primordial de las ideologías, y se ejecuta mediante la activación de las representaciones sociales que comparte el grupo y que debe funcionar como guía de su actuación en medio del conflicto social: “las ideologías se desarrollan para coordinar las representaciones socialmente compartidas que definen y protegen las respuestas que cada grupo proporciona para poder manejar problemas y cuestiones sociales fundamentales en relación con, o en conflicto con, las de otros grupos”. Complementando que: “Una vez compartidas, las ideologías aseguran que los miembros de un grupo actúen de modos similares, serán capaces de cooperar en tareas conjuntas, y contribuirán a la cohesión grupal, la solidaridad y la reproducción exitosa del grupo. Esto es especialmente importante en situaciones de amenaza y competencia, donde la falta de coordinación y solidaridad puede llevar a la pérdida del poder, la desintegración o la derrota”. Van Dijk, “El discurso como interacción en sociedad” ..., p. 52-53.

3.- Interpretación explícita con evaluación o interpretación moral. Es interpretación explícita más evaluación. Analiza y juzga hechos y situaciones. Define si un hecho es bueno o malo y busca proyectar esos juicios para incidir de una forma específica en la realidad social. Su género común es el comentario en sus variantes: editorial, artículos, columnas y chistes, tanto literarios como gráficos (caricaturas).¹⁰⁹

Pero el comentario, además de ser el vehículo más directo para comunicar una ideología, es el lugar ideal para su reproducción plena, porque la opinión es evaluación y, como señala Van Dijk, las evaluaciones no pueden provenir de otro lugar del pensamiento que no sea el sistema de creencias y representaciones grupales.¹¹⁰

Por otra parte, antes hablamos de otra característica del discurso de este tipo de prensa sobre la cual consideramos pertinente abundar también: el empleo generalizado de estructuras retóricas en el discurso antizapatista. Ya que una retórica poderosa resultaba indispensable para un discurso cuya fuerza persuasiva radicaba en el miedo, de ahí la abundancia de construcciones dirigidas a activar el campo semiótico de los miedos más profundos del ser humano como ser social (específicamente como ser social occidental) a través del empleo recurrente de metáforas, hipérboles, binomios antitéticos y comparaciones, entre otros tantos.

La relación del miedo y el poder social es de larga duración y tendiente a consolidar posiciones de control y dominación, pero se requiere de capacidad de persuasión para capitalizar el miedo individual y colectivo.¹¹¹ Además, el miedo de otro también sirve para

¹⁰⁹ Este esquema sobre los niveles de interpretación en el discurso de la prensa lo retomamos de: Gomis, *Op. cit.*, p. 109.

¹¹⁰ "Todos sabemos que son la energía nuclear, el aborto y la inmigración, pero diferentes ideologías controlan si algunos grupos están a favor o en contra de estos fenómenos sociales [...] las ideologías regulan no sólo el conocimiento sino también, y específicamente, los sistemas de creencias evaluativas (actitudes) que los grupos comparten acerca de ciertas cuestiones sociales [...] las ideologías son las representaciones mentales que forman la base de la cognición social, esto es, del conocimiento y actitudes compartidos de un grupo. Es decir, además de una función social de coordinación [...] también tiene funciones cognitivas de organización de las creencias: en un nivel muy general de pensamiento, les dicen a las personas cuál es su posición y qué deben pensar acerca de las cuestiones sociales". Van Dijk, "El discurso como interacción en sociedad"..., p. 56.

¹¹¹ "Puesto que el peligro es la proximidad de lo temible, el control del peligro o la capacidad de medir los riesgos en cualquier situación son cualidades que consolidan las posiciones de dominio. Así el miedo de la mayoría pudo convertirse en el soporte del poder, y la posibilidad de manipular el miedo colectivo fue y

conjurar el propio, y para los grupos de poder a lo largo de la historia no han pasado desapercibidas las ventajas de provocar y difundir el miedo entre la sociedad;¹¹² la oligarquía porfiriana amenazada trataba de convencer de que su miedo a la pérdida de su hegemonía era el miedo común a la destrucción de la sociedad y la civilización, así se explica el empleo generalizado de las formas retóricas en la estructura del discurso del bárbaro-zapatista. Se trataba de construir el consenso sobre la naturaleza inhumana del zapatismo y sumar voluntades a la cruzada por la civilización y la vida, y de la capacidad de persuasión del discurso de la prensa dependía el éxito en esta empresa.¹¹³

Así, en resumen, el objetivo de este epígrafe era señalar las condiciones que convierten al discurso de la prensa en un espacio de ejercicio del poder de los grupos dominantes en las sociedades modernas. Luego, extrapolamos esta determinación al discurso de la prensa político-satírica de la primera fase de la Revolución Mexicana partiendo del ejemplo de nuestras fuentes (*El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*) para destacar su carácter de producto cultural del poder social dominante en México en los albores del siglo XX. Pues según la teoría del periodismo y el análisis crítico del discurso de los medios, existen límites que se traducen en la arbitrariedad de la producción periodística, como lo son: a) la cuestión del acceso, porque mientras la creencia común es que el discurso público es eso, público, en la práctica existen controles que vinculan este discurso con los recursos de poder de las clases dominantes, y el control sobre las estructuras del discurso, mediante lo cual se seleccionan aspectos específicos de la realidad social, se produce la significación de ésta y se controlan las actitudes de la sociedad con respecto al conflicto social.

Finalmente, señalamos las características del discurso de la prensa político-satírica que se tradujeron en punzantes incentivos para hacer la guerra a los pueblos rebeldes del centro-

sigue siendo un recurso en manos de quienes ostentan la autoridad". Pilar Gonzalbo Aizpuru, Anne Staples y Valentina Torres Septién (editoras), *Una historia de los usos del miedo*, México, COLMEX-UIA, 2009, p. 22.

¹¹² "Es probable que la consideración de la importancia del miedo nos ayude a entender los abusos de poder de quienes pretenden así conjurar su propio miedo y comprar seguridad amedrentando a otros [...] Entre vislumbrar posibles ventajas del miedo ajeno y provocar las circunstancias que lo propicien sólo hay un paso y ese paso se ha dado muchas veces en la historia". *Idem.*, p. 27-28.

¹¹³ "Se sea o no un político profesional [...] hay que estar en condiciones de comunicar los propios intereses e ideas, discutirlos con otros, articular las demandas y los apoyos para participar activamente en política. En toda forma de participación el requisito mínimo es la competencia lingüística [...] La capacidad con que cada político —y cada periódico— utiliza los instrumentos del lenguaje adaptándose a las necesidades de su audiencia y a los objetivos que se propone alcanzar resulta un factor determinante para el éxito o el fracaso de su actuación". Borrat, *Op. cit.*, p. 97.

sur del país. Con lo que buscamos demostrar por qué sostenemos que periódicos como *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* funcionaron como espacios efectivos del poder dominante en contra de los grupos subalternos del campo (dominación).

Ahora surge una pregunta obligada: cuando decimos que la prensa político-satírica fue el espacio del poder de las élites porfirianas, ¿a qué grupo o grupos sociales nos referimos específicamente? Pues bien, en el siguiente epígrafe expondremos los indicios que sugieren que periódicos como *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* surgieron dentro de la órbita del poder de los “científicos” y su cadena de lealtades. Como se deja ver a través del contenido ideológico que los intelectuales que animaban estas publicaciones imprimían en su discurso; personajes que, como veremos a continuación, desarrollaron su actividad intelectual, profesional y política en escenarios próximos al poder de los “científicos”. Muchos de ellos específicamente en las entrañas de lo que bien podríamos definir como el órgano oficial de los “científicos”: *El Imparcial*. Aunado a los indicios que sugieren que el financiamiento de estos periódicos provino de las élites económicas ligadas a dicha facción política porfiriana.

2.2. El Mañana, El Ahuizote y Multicolor ¿*Trincheras de los “científicos”*?

Diferentes autores que han investigado la historia de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, o en general de la prensa que nosotros denominamos político-satírica, coinciden en afirmar que ésta fue representante cabal de las preocupaciones e intereses del “porfirismo” amenazado y sacudido por la revolución de 1910. Sin embargo, cuando retomamos, por ejemplo, la valoración de F. X. Guerra, recordamos que “el porfirismo”, entendido como la totalidad de componentes de la oligarquía que dirigía los destinos de México durante el Porfiriato, se comenzó a dividir en dos facciones más o menos bien definidas hacia la primera década del siglo XX: “científicos” y reyistas, además de que entre 1909 y 1910 estos últimos conformaron las bases del movimiento antirreeleccionista.¹¹⁴ No obstante, la cuestión es que si bien dichos autores no especifican claramente a que facción del “porfirismo” representaba la prensa político-satírica, sí han destacado las ligas de sus directores y de algunos colaboradores con el círculo de intelectuales identificados como, o

¹¹⁴ Sobre el proceso de escisión entre la oligarquía porfirista: F. X. Guerra, “XI. La querrela de las élites”, en *Op. cit.*, pp. 79-143.

vinculados a, los “científicos”. Comenzando por el hecho de que casi todos directores y gerentes de los tres periódicos que analizamos, en mayor o menor medida, se desarrollaron profesionalmente en el ámbito del periodismo dentro del emporio periodístico de Rafael Reyes Spíndola,¹¹⁵ fundador y director de *El Imparcial*; periódico famoso, antes como ahora, por encarnar la filosofía de este grupo de tecnócratas¹¹⁶ y contar con el mecenazgo de su líder, José Yves Limantour.

Así, pues, aplicaremos algunos principios básicos de análisis historiográfico para esbozar una biografía intelectual y política de los directores y gerentes de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*. Mediante lo cual creemos que se confirmarán los lazos que vinculaban a esta prensa con el poder y la ideología del grupo que durante la primera década del siglo XX se convirtió en el poder político hegemónico en México.

Empero, antes debemos subrayar que ciertamente el signo-bárbaro reproducido por la prensa mexicana durante la segunda mitad del siglo XIX y a comienzos del XX era una representación social que, a pesar de adquirir los matices propios de las diferentes circunstancias históricas, persistió y se transmitió de las élites liberales decimonónicas a las élites porfirianas sin importar su tendencia política; “científicos”, reyistas, maderistas y

¹¹⁵ Juan Manuel Aurrecochea y Armando Bartra esbozan la siguiente semblanza biográfica de Rafael Reyes Spíndola en cuanto a su actividad como periodista antes de fundar *El Imparcial*, en 1896: “Tránsfuga del seminario, Rafael Reyes Spíndola crea su primer periódico en 1885, cuando tiene 25 años y es aún estudiante de leyes en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca. Para 1888, compra *El Universal* y pretende transformarlo en un diario noticioso y moderno donde el reportero ocupe el lugar del editorialista. Pero al poco tiempo la empresa fracasa y Spíndola tiene que vender. Su siguiente intento es *El Mundo*, publicado en Puebla, en 1894. Esta vez se trata de un semanario para familias, profusamente ilustrado, que contiene crónica social, modas, deportes, música, esparcimiento y muy poca política [...] Al parecer el semanario tiene éxito y en menos de un año presume haber alcanzado los 5 000 suscriptores. Pero Spíndola aspira a publicar un gran cotidiano cuyo ideario formula por primera vez en los comentarios editoriales de *El Mundo*: el diario moderno debe vivir por la noticia y para la noticia [...]”. Juan Manuel Aurrecochea y Armando Bartra, *Puros cuentos. La historia de la historieta en México, 1874-1934*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Museo Nacional de Culturas Populares, Grijalbo, 1988, p. 88. A partir de 1896, además de *El Imparcial*, el consorcio periodístico de Spíndola comprende las publicaciones: *El Mundo diario*, *El Herald*, *El Debate*, *El Mundo Ilustrado*, *Actualidades*, *La Revista Universal*, *Cómico* e *Ilustración Popular*.

¹¹⁶ “La verdadera política, y en ello el calificativo de científico conviene perfectamente a Limantour, así como a los demás miembros de su grupo, es la que resulta del estudio, de los datos verificables, de la razón que trabaja en el silencio de un gabinete o en una reunión de expertos. La diversidad de las situaciones concretas, las relaciones humanas que no son mensurables, las costumbres que configuran las relaciones entre los actores, son elementos perturbadores en una política que, anticipadamente, podría ser calificada de ‘tecnocrática’”. F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. II, p. 86.

católicos, todos percibieron la rebelión campesina nacida en el Estado de Morelos como la irrupción de la barbarie.¹¹⁷

Dicho esto, en los párrafos siguientes prestaremos especial atención a las biografías intelectuales y profesionales de los directores de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, como primer paso para acercarnos a las condiciones de producción del texto, porque: “si conocemos el medio [contexto] podemos acercarnos a la obra. Si conocemos al autor, podemos acercarnos al medio [contexto]”.¹¹⁸ Se trata del primer paso para comprender los significados que una obra determinada pueda tener: “La primera pregunta que nos debemos hacer siempre que nos acercamos a un texto es ¿quién es el autor? [...] Conocer al autor íntimamente nos permitirá comprender más a fondo su obra, su origen y composición [...]”.¹¹⁹ Sin que esto signifique que todos los detalles biográficos del autor sean igual de relevantes. Lo realmente importante a destacar de dicha biografía son los aspectos intelectuales, el contexto familiar, el origen socio-económico, los aspectos de su educación formal e informal, las instituciones en las que estudió, los profesores y maestros de quienes fue discípulo, así como sus relaciones socio-culturales y socio-políticas.¹²⁰

Y aquí debemos indicar que a pesar de que reconocemos que la producción periodística es polifónica¹²¹ y que el periódico es un actor político-social de carácter colectivo,¹²²

¹¹⁷ Víctor Rayón García ha propuesto, por ejemplo, que la versión común en la historiografía de la Revolución Mexicana sobre el papel determinante de la prensa en el derrumbamiento del régimen maderista no es del todo correcta, puesto que la crítica al gobierno de Madero no fue monolítica, sino que existieron temas que dividieron y unificaron las voces de la gran prensa capitalina y que, incluso, provocaron la solidaridad de ésta con el gobierno. Y el mejor ejemplo de esto, según el citado autor, lo brinda la cuestión del zapatismo, puesto que por lo regular la opinión pública celebró cuando Madero fue enérgico en contra de los campesinos rebeldes, e incluso, cuando la violencia zapatista alcanzó puntos críticos, como en el ataque de Ticumán de agosto de 1912, distintos órganos que eran férreos críticos del maderismo llamaron a cerrar filas en torno al gobierno de Madero para hacer frente a las “chusmas salvajes del zapatismo”. Aunado a esta argumentación de Rayón, a través de las notas periodísticas referentes al zapatismo, resalta el hecho de que el discurso que presentaba al zapatismo como bárbaro, salvaje y peligro para la civilización, es reproducido de forma general por la gran prensa capitalina. Rayón García, *Op. cit.*, p. 157-237.

¹¹⁸ Manuel Ordoñez Aguilar, “Principios básicos del análisis historiográfico”, en Manuel Ordoñez Aguilar (coord.), *Introducción al análisis historiográfico: problemas generales de teoría y filosofía de la historia y estudios de caso*, México, UNAM-FES Acatlán, 2010, p. 16.

¹¹⁹ *Idem.*, p. 14-15.

¹²⁰ *Idem.*, p. 15, y 23-24.

¹²¹ Borrat explica que el discurso del periódico es polifónico en razón de que lo componen múltiples “voces”: “parte de las voces del discurso polifónico pertenece a la plantilla del periódico: son las voces de los redactores. Parte de esas voces es externa a la plantilla: son las voces de los colaboradores, sean ellos

consideramos que la validez de un análisis centrado en la biografía intelectual de los directores de los periódicos encuentra sustento en la importancia que ejercen las jerarquías en el espacio de producción del discurso de la prensa: la sala de redacción del periódico. En este sentido, nos parece útil retomar el concepto *gatekeeper* o guardabarreras, empleado por Gomis.¹²³ Dicho concepto hace referencia a todos los miembros de la redacción de un periódico y a su facultad de filtrar y manipular la información. Aunque en concreto —dice Gomis— a pesar de que todos los miembros de la redacción tienen la facultad de ser guardabarreras, esto es, de filtrar y manipular la información, no todos gozan del mismo margen de libertad para hacerlo, puesto que dicha libertad está directamente relacionada con los niveles jerárquicos que organizan la redacción de un periódico, en donde a dueños, editores, y directores corresponde la mayor libertad de manipulación de la información, mientras que en la medida en la que se desciende en la escala jerárquica esta libertad es cada vez menor.

Aunado a lo anterior, es importante destacar que los directores de los periódicos que analizamos no sólo eran eso, directores o gerentes, y por lo tanto, los “guardabarreras” que disponían de mayor libertad para manipular la información, sino que también tenían otras atribuciones dentro de la jerarquía: en el caso de *El Mañana*, por ejemplo, se sabe que Jesús M. Rábago no solamente era el Director, sino que además era prácticamente el único autor de los textos. Mientras que con *El Ahuizote* ocurría algo similar, puesto que Miguel Ordorica Castillo, director de esta publicación, participaba muchas veces redactando los artículos más importantes, además de que este personaje gustaba de ejercer un control total en la sala de redacción, imponiendo su autoridad y sus ideas no sólo sobre sus subordinados, sino en ocasiones también sobre sus superiores.¹²⁴

frecuentes u ocasionales. Todas esas voces ocupan los escenarios de la superficie redaccional del periódico, que está delimitada y penetrada por la superficie publicitaria”. Borrat, *Op. cit.*, p. 10.

¹²² El carácter polifónico de la producción periodística define al periódico como un actor político de carácter colectivo involucrado en el conflicto social en los niveles *intra* (entre sus componentes o animadores), *extra* (como narrador y comentarista externo) e *inter* (cuando el periódico participa directamente en el conflicto); Borrat, *Op. cit.*, p. 10, y 28-29.

¹²³ Un desarrollo amplio de este concepto en: “El oscuro e influyente ‘gatekeeper’ escoge las noticias”, en Gomis, *Op. cit.*, pp. 75-87.

¹²⁴ El biógrafo de Miguel Ordorica, Miguel Ángel Jasso, dice acerca del control que ejercía este periodista sobre la información que llegaba a su sala de redacción: “Don Miguel Ordorica tenía una forma muy personal de dirigir un periódico. Valoraba personalmente toda la información nacional e internacional que

En esta lógica, en los siguientes párrafos expondremos cómo fue que los directores de estos periódicos desarrollaron su formación profesional; siempre próximos al poder de las élites que dirigían los destinos del régimen a comienzos del siglo XX; en instituciones porfirianas como el ejército, o dentro del emporio industrial de Reyes Spíndola; relacionados con la élite intelectual que estructuraba ideológicamente el papel dominante de la oligarquía.

2.3. Jesús M. Rábago y *El Mañana*

Jesús M. Rábago, nacido en Zimapán, Hidalgo, en el año de 1860, se formó como abogado en la ciudad de Pachuca y después en la Ciudad de México, pero también se interesó en el periodismo desde joven, de forma que se lo encontraba colaborando con *Novedades* desde 1882, donde firmaba bajo el seudónimo “Pablo de Góngora”, más o menos a la edad de 22 años. A partir de este momento Rábago acumuló experiencia como periodista y, antes de fundar *El Mañana* en 1911, ya había participado en la revista *Cronos*, en *El Semanario Ilustrado* y en *El Universal*, bajo la dirección de Ramón Prida.¹²⁵

Jesús Méndez Reyes, autor de la semblanza biográfica más completa sobre Rábago, argumenta que este personaje “disfrutó de los círculos intelectuales y financieros del cientificismo, aunque se distanció de Limantour en los últimos años de la administración porfiriana”.¹²⁶ La influencia de esta relación con la intelectualidad de los “científicos” se ve reflejada en las múltiples ocasiones que Rábago, desde las páginas de *El Mañana*, manifestó públicamente su desprecio por la democracia y su inconformidad por el hecho de que la reelección causara polémica.¹²⁷ Para Rábago, inmerso en el pensamiento positivista

se recibía. Marcaba con una ‘A’ las notas de poca significación; con una A-2 (‘cuadrada’), las que debían ir en primera plana, y con una A-3 (‘cúbica’), las que ostentarían los principales encabezados. A la vez, les ponía ‘guías’ para los encabezados. De esta manera le marcaba su sello al ‘alma del periódico’. Además, se sabe que entre 1948-49 Ordorica renunció a la dirección de la importante cadena de periódicos de José García Valseca porque el dueño de la cadena habría coartado su libertad. Según las palabras del mismo Ordorica: “No me concedió autonomía plena y pretendió violarla varias veces”; Miguel Ángel Jasso Espinosa, *Miguel Ordorica Castillo (1884-1963). El periodista non de América*, México, Cámara de Diputados/LXI Legislatura, 2010, p. 10 y p. 38-39.

¹²⁵ Sobre los datos biográficos básicos de Rábago: Ricardo Pérez Monfort, “La imagen del régimen maderista en el periódico *El Mañana*”, *Sólo Historia*, no. 6, octubre-diciembre, 1999, p. 36-37; Jesús Méndez Reyes, “La prensa opositora al maderismo, trinchera de la reacción. El caso de el periódico *El Mañana*”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM-IIH, núm. 21, enero-junio, 2001, p. 36; Ricardo Cruz García, *Nueva Era y la prensa en el maderismo*, México, IIH-UNAM, 2013, p. 71.

¹²⁶ Méndez Reyes, *Op. cit.*, p. 37.

¹²⁷ *Idem.*, p. 41.

que permeaba el ambiente intelectual de las élites en los años finales del Porfiriato, la democracia resultaba un insulto metafísico a la razón y un lastre para el progreso; así afirmaba el abogado hidalguense en un editorial de *El Mañana*: “el Estado no debe estar jamás en manos de aprendices y desheredados ambiciosos, las clases dirigentes los son por la fuerza positiva del talento, la propiedad, la civilización, la cultura y la moral [...]”.¹²⁸

A partir de la renuncia de Díaz como presidente y de su exilio, Rábago se convirtió en uno de los más intransigentes opositores del nuevo régimen revolucionario y su actividad política fue intensa; desde junio de 1911 figuró entre los fundadores del Partido Popular Evolucionista (PPE), órgano que postuló al en ese entonces presidente interino, Francisco León de la Barra, como candidato de oposición a Madero para la presidencia de la República. Un año más tarde competiría por una diputación como abanderado de ese mismo partido, cuyo líder era Jorge Vera Estañol.¹²⁹ Trabajo político que siempre desarrolló complementariamente a su actividad periodística de oposición en *El Mañana*.

Finalmente, una vez que Huerta se encumbró en el poder tras el golpe de Estado contra Madero en febrero de 1913, Rábago se incorporó al gabinete del general nada menos que como su Secretario Particular, y en agosto de ese mismo año fue nombrado subsecretario de Gobernación. La “pesadilla maderista” parecía haber llegado a su fin, sin embargo esto no duró mucho tiempo, y en 1914, ante el avance arrollador de la revolución constitucionalista, Huerta tuvo que renunciar, y Rábago, que había decidido unir su suerte con la del régimen golpista, se exilió en los Estados Unidos. Después de esta fecha no se tiene información sobre su actividad periodística o política, únicamente sabemos que falleció en la ciudad de México el año de 1939.¹³⁰

El Mañana fue el periódico que le valió un lugar en la historia de la revolución mexicana a Jesús M. Rábago; su primera edición data del día 15 de junio de 1911, cuando anunció que: “se publicará los días jueves y domingos de cada semana. La suscripción por serie de 24 números sucesivos, importará un peso plata. En los Estados de la República y en el Extranjero, 3 pesos por semestre, computado a razón de 48 números progresivos”. Las

¹²⁸ *Idem.*, p. 47.

¹²⁹ *Idem.*, p. 37.

¹³⁰ Para los datos biográficos de Rábago entre los años 1913-14: *Idem.*, p. 38.

solicitudes de suscripción, de anuncios y otros asuntos debían ser remitidas a las oficinas de la administración en: Primera de Estanco de Hombres número 18, México D. F.¹³¹ El precio por unidad de *El Mañana* era de dos centavos en la capital de la República y de cinco en los estados.

Físicamente este bisemanario se constituía de seis planas, a seis columnas cada una. Cuyas dimensiones eran de 36.6 centímetros de altura por 27.6 de base (aprox.). No contenía más ilustraciones que las correspondientes a la publicidad, ésta a su vez concentrada sobre todo en las últimas dos planas. Y entre sus anunciantes más destacados se encontraban: El Palacio de Hierro, la compañía de Auto-taxímetros Mexicanos S. A. de C. V.; seguros para automóviles de la Compañía Mexicana de Seguros contra Riesgos y Accidentes S. A. de C. V.; también para automóviles, la “Naftolina” de la Cía. Mexicana de Petróleo El Águila, y de la misma empresa el combustible “Excélsior” para lámparas; también la Cía. Bancaria de Fomento y Bienes Raíces de México S. A. de C. V.; la tabacalera El Buen Tono; la Cervecería Toluca; la Lotería Nacional y establecimientos del centro de la Ciudad de México como el Restaurant Tarditi de comida italiana o el Café Inglés.

Jesús Méndez Reyes afirma que tras el triunfo electoral de Madero en los comicios de octubre de 1911 algunos grupos porfiristas se habrían aglutinado en torno de *El Mañana* al valorar el potencial creativo de su director, vislumbrando en esta publicación un contrapeso de oposición al gobierno maderista, lo cual, según el citado autor, se reflejó en el hecho de que: “para finales de 1911 [*El Mañana*] pasó de ser un escueto cuadernillo de seis hojas a un periódico en toda forma”.¹³² Sin embargo, ni en el archivo digital de la Hemeroteca Nacional de México, así como tampoco en el volumen correspondiente al periodo 1911-1912 que tuvimos a nuestra disposición en el Fondo Reservado de la misma institución pudimos observar la transformación que apunta Méndez Reyes. En ambos archivos, y durante el periodo de aproximadamente un año y ocho meses que se publicó el bisemanario, de junio de 1911 a febrero de 1913, observamos la misma superficie redaccional de seis planas.

¹³¹ *El Mañana*, 15 de junio de 1911, serie III, núm. 1, p. 1.

¹³² Méndez Reyes, *Op. cit.*, p. 42.

Aunque lo anterior ciertamente no desacredita la valoración de Méndez Reyes respecto al hecho de que la estabilidad económica de esta empresa periodística hubiera provenido del apoyo de empresarios, anunciantes y políticos que simpatizaban con la línea política del bisemanario y con la habilidad de su director.¹³³ Cabe recordar, para comenzar, que desde agosto de 1911, en su edición número 18, *El Mañana* hizo pública su adhesión a la candidatura de Francisco León De la Barra para la presidencia de la república por parte del PPE.¹³⁴ Partido del que prácticamente fue órgano oficial. De lo que podríamos inferir que mínimamente las élites porfirianas agrupadas en torno a dicho partido político eran lectores de *El Mañana*. No obstante, existen argumentos que revelan que la circulación de este bisemanario no se acotó a los simpatizantes del PPE, sino que verdaderamente se trató de uno de los órganos de prensa que guio la discusión pública en aquellos años, como veremos en las siguientes líneas.

Por otra parte, con respecto al financiamiento directo de *El Mañana*, también resulta relevante destacar la declaración de otra de las publicaciones que nos ocupan en esta investigación: *El Ahuizote*, semanario que en una nota editorial del 16 de noviembre de 1912 afirmó que Ignacio de la Torre y Mier, propietario de la hacienda de Tenextepango en el Estado de Morelos —y a la sazón yerno del presidente Porfirio Díaz—, fue quien financió *El Mañana* en una etapa inicial.¹³⁵ Y consideramos que tal declaración tiene pocos visos de estar dirigida a desacreditar la independencia de *El Mañana*, puesto que *El Ahuizote* en distintas ocasiones hizo público su respeto y admiración por la forma de hacer periodismo de Jesús M. Rábago, llegando a dedicarle también algunas caricaturas sin encono, e incluso una francamente laudatoria en la que se lo representó como la versión de *El Ahuizote* de “El hombre de la espada”, del pintor holandés Frans Hals; añadiendo que quizá *Nueva Era*, el

¹³³ *Idem.*, p. 39-40.

¹³⁴ *El Mañana*, 14 de agosto de 1911, serie III, núm. 18, p. 1.

¹³⁵ *El Ahuizote*, 16 de noviembre de 1912, año II, núm. 74, p. 1. La nota a que hacemos alusión discurre sobre la aprehensión de Pablo Escandón y la persecución a otros hacendados que para aquel momento, ante los fracasos de las campañas federales y de las medidas del gobierno como la Ley de Suspensión de Garantías, habían decidido pagar la cuota que había establecido la dirigencia zapatista para no arrasar la producción de las haciendas, motivo por el cual fueron acusados por el gobierno maderista de proteger a los rebeldes.

órgano oficialista del gobierno maderista, preferiría rebautizar esta ilustración de Rábago como “El Rayo de la Guerra”, en alusión a un destacado militar español del siglo XVI.¹³⁶

Sabemos también, porque Rábago lo señaló públicamente, que el propósito de *El Mañana* era dejar registro para la historia de la “época sombría de la democracia plebeya”¹³⁷ inaugurada por la revolución de 1910, así que su política editorial podría denominarse, en términos generales, como antirrevolucionaria o antimaderista; antirrevolucionaria porque se asignó la responsabilidad de censurar la “anarquía” instaurada por la violencia de las clases bajas de la sociedad. Y antimaderista en el sentido de que su preocupación central fue contrarrestar la fuerza política que había ganado Madero. Empero, al margen del razonamiento anterior, no hay nada mejor para conocer la tendencia política de *El Mañana* que su propia “Síntesis de Programa”, publicada en la primera plana de su edición número 1, en donde dejó claro que su contenido sería puramente político, opinativo y hasta doctrinario. Dicho resumen de su política informativa comenzaba acusando que:

La idea del periódico razonador está casi perdida en el cerebro colectivo. El vicio de la información banal, de las bagatelas sociales y de los elogios nutridamente adjetivados, nos ha hecho olvidar la frase reflexiva que nos invita con sensatez y mesura al estudio de los grandes problemas de perfeccionamiento moral, y del que tanto necesita nuestra raza nerviosa, pasional y violenta.

El pensamiento moderno, saturado de socialismo y de falsas creencias sobre inmediatos mejoramientos, invade de preferencia la prensa y la tribuna, donde se irguen los teorizantes, axiomando sobre las fórmulas de libertades niveladoras, que conviertan de golpe a la humanidad en unidades de una sola talla, con abolición de toda supremacía psíquica o etnológica [...].¹³⁸

En las líneas posteriores Rábago manifestó su desdén por el periodismo puramente informativo al señalar que “las teorías niveladoras y de libertades” no podían ser comprendidas por un público que tenía “el reportazgo como artículo de fe política, y el título grueso y venenoso, como sección emotiva para sus anhelos indefinidos”. Y continuaba:

Queremos ser doctrinarios, en estos momentos de profundos errores en la colectividad social. Vamos seleccionando los antónimos que han hecho la revolución escrita; dejemos en honrado abandono el criterio de los ‘enviados especiales’, el de la Prensa Asociada y el de los corresponsales provincianos [...].

¹³⁶ *El Ahuizote*, 3 de agosto de 1912, año II, núm. 59, p. 9.

¹³⁷ *Idem.*, p. 38.

¹³⁸ “Síntesis de Programa”, *El Mañana*, 15 de junio de 1911, serie III, núm. 1, p. 1.

No ha existido por tanto, el periódico indicador, la publicación brújula, la que refleje los estados de conciencia de las sociedades y el pensamiento del pueblo; ese niño eterno que vive de su rudo trabajo y que paga siempre todos los desmanes y todas las injusticias.

La tesis contraria no exige mayores explicaciones, sino es una sola que ha de ser bien definida. Señalar con valor civil a los traficantes de la política, que con criminal verborrea adulan a las masas y las extravían perversamente, repartiéndoles serpentinas democráticas, con derroche tan superadmirable [sic.], que ni una sola de ellas se dejan para su consumo particular. A estos instrumentos de tiranía disfrazados de libertadores del pueblo, habrá que minarles el monumento de sus glorias, precursoras de inacabables infortunios [...].¹³⁹

Finalmente, se advirtió que el estilo de *El Mañana* buscaba ser pedagógico; lenguaje simple y popular para hacer llegar a las masas una filosofía profunda que las rescatara del extravío en el que las había sumido el maderismo:

Creemos que una forma ligera y epigramática, es siempre un correctivo de oportunidad. No todos los espíritus, ni todos los cerebros se concentran para el análisis de las graves cuestiones al debate diario. Es más próspera a las veces, en la multitud incolora, una frase que profile alguna caricatura, que un hondo pensamiento de estructura didáctica, y que acaso no sabremos expresar con la precisión exigida. Algo habrá de dedicarse, por tanto, a la psicología pueril de las multitudes, sin olvidar por ello que el contorno festivo reviste su filosofía profunda que nos conduce directamente a un verdadero sentimiento de justicia. Esta es la síntesis de nuestro franco y mediato programa.¹⁴⁰

Durante el periodo previo a las elecciones presidenciales de octubre de 1911, la actuación política de *El Mañana* consistió primordialmente en desacreditar a Madero al tiempo que promovía la imagen de Francisco León de la Barra como única opción de retornar al orden y alcanzar la paz.¹⁴¹ Pero a decir de Méndez Reyes, un momento clave para el discurso de *El Mañana* fue la derrota que sufrió Rábago en las elecciones en las que compitió por una diputación por parte del PPE. Sobre este acontecimiento el citado autor sostiene que: “el saldo negativo de la experiencia política cambió la postura de *El Mañana*, Rábago dejó de creer en la vía política como contrapeso al maderismo y su periódico comenzó a coquetear con el ejército federal [...]”.¹⁴² De manera que a partir del mes de agosto de 1912 desde sus páginas se exhortó al ejército a intervenir en contra de Madero, incluyendo dirigidos específicamente a la División de Huerta.¹⁴³

¹³⁹ *Loc. cit.*

¹⁴⁰ *Loc. cit.*

¹⁴¹ Méndez Reyes, *Op. cit.*, p. 42.

¹⁴² *Idem.*, p. 46.

¹⁴³ Cruz García, *Op. cit.*, p. 73.

Durante los días que duró la llamada Decena Trágica se puede observar que la periodicidad se vio alterada, pues la edición número 173 apareció el día 7 de febrero de 1913, y el número siguiente, 174, no vio la luz pública sino hasta el 21 de febrero del mismo año. Siendo en dicha edición número 174 que *El Mañana* celebró el derrocamiento de Madero a través de una nota editorial titulada “La tragedia ha terminado. La historia se repite y la patria se salva”.¹⁴⁴ Finalmente Rábago decidió que *El Mañana* ya no tenía razón de existir porque su objetivo se había cumplido. En su última edición, la número 176, correspondiente al día 28 de febrero de 1913, se anunció públicamente el final de la publicación.

Así desapareció uno de los órganos periodísticos más destacados de aquella época efervescente. Uno que en opinión de Ricardo Pérez Monfort no fue “sólo un periódico de opinión y crítica, como los hubo muchos”.¹⁴⁵ Y efectivamente, no se trató solamente de que *El Mañana* destacara entre sus homólogos por su actitud abiertamente insidiosa y provocativa, sino que el lector que se acerca a este semanario no puede evitar quedar enganchado por el talento literario de su director.¹⁴⁶ La pericia de Rábago se hace patente en el dominio de recursos retóricos y literarios como lo son, por mencionar algunos, las metáforas, la ironía, o el epigrama. José Elguero incluso definió a Rábago como: “inventor de un nuevo género de periodismo, creando un estilo especial de ironía y burla”.¹⁴⁷

Este lenguaje característico de *El Mañana* fue para los testigos de aquel entonces, no una evidencia de su inclinación pedagógica y popular, sino una señal inequívoca de que su público eran las élites urbanas; el diario católico *El País*, por ejemplo, señaló sobre el bisemanario de Rábago: “es periódico aristocrático, así por su estilo, como por sus ideas; va con la última moda y viste de frac y corbata blanca; piensa que lo popular en el sentido plebeyo, es lo malo, y si no expusiera con sinceridad su programa político, diría que el gobierno debe residir en las clases superiores por la inteligencia y por la posición social”.¹⁴⁸ Por su parte, José Elguero apuntó que *El Mañana* “jamás llegó a las masas, por varias

¹⁴⁴ *Idem.*, p. 52-53.

¹⁴⁵ Pérez Monfort, “La imagen del régimen maderista en el periódico El Mañana”..., p. 36.

¹⁴⁶ Así describe Méndez Reyes el talento literario de Rábago: “la retórica de Jesús M. Rábago es admirable; el retruécano y la metáfora, fascinante; la prosa y el verso, subyugante”. Méndez Reyes, *Op. cit.*, p. 43.

¹⁴⁷ Cruz García, *Op. cit.*, p. 73.

¹⁴⁸ Citado en: Méndez Reyes, *Op. cit.*, p. 40.

razones, porque no saben leer y porque aunque supieran hacerlo, no lo habrían comprendido. Pero en las clases medias y altas circuló con grandísima profusión [...]”.¹⁴⁹

Como corolario a esta breve reseña histórica de *El Mañana*, retomaremos una reflexión de Méndez Reyes sobre las ideologías rectoras del pensamiento de Rábago reflejadas en sus textos de *El Mañana* cuando se refiere al pueblo bajo o al indígena: “No puede encontrarse en esos tiempos mejor lección de positivismo, evolucionismo, incluso de fascismo o nacionalsocialismo, si se me permite el ahistoricismo, o bien fue *la manifestación de alguna ideología oscura emparentada con esos movimientos ulteriores*”.¹⁵⁰ Nosotros podemos afirmar que esa “ideología oscura” emparentada tanto con el evolucionismo como con el nazismo, es el racismo. En esta lógica, si bien en términos generales se puede argumentar que la línea política de *El Mañana* es antirrevolucionaria o antimaderista, en lo referente a su tratamiento del zapatismo su línea argumental fundamental es el racismo científicista.

2.4. Miguel Ordorica Castillo, José G. Ugarte, Gonzalo de la Parra, Guillermo Aguirre y Fierro. Los directores El Ahuizote

A diferencia de *El Mañana*, cuyo único director fue Jesús M. Rábago, *El Ahuizote* experimentó varios cambios en sus puestos directivos a raíz de la persecución de Miguel Ordorica Castillo por parte del gobierno maderista en el mes de marzo de 1912. De manera que en su edición número 44, correspondiente al día 16 de marzo de 1912, José Ugarte anunció que asumiría la dirección de *El Ahuizote*, prometiendo mantener un periódico objetivo y de calidad, que conservaría las mismas “16 paginas encuadernadas y con ilustraciones en el texto” con las que había contado desde su fundación en junio de 1911, a pesar de que las oficinas de esta empresa acababan de ser visitadas y desmanteladas por “representantes de la autoridad”, según acusaba Ugarte con bastante tacto y corrección política. El mismo día en el cuadro indicador de *El Ahuizote*, ya no aparece Ordorica como Gerente. En su lugar se lee el nombre de Gonzalo de la Parra.

¹⁴⁹ Citado en: *Idem.*, p. 38.

¹⁵⁰ Méndez Reyes, *Op. cit.*, p. 47. Las cursivas son mías.

Poco tiempo duró esta nueva administración, puesto que en la edición número 46, del 4 de mayo de 1912, en del cuadro indicador desaparecen los nombres de José Ugarte y Gonzalo de la Parra. En su lugar únicamente se señala a José Luis Velasco como Director. Y casi tres meses después, el 27 de julio de 1912, a partir de la edición 58, desaparece el nombre de Velasco. A partir de esta fecha el indicador arroja el nombre de Francisco Carreras con el cargo de Administrador. Situación que se mantiene hasta el mes de noviembre de 1912, cuando nuevamente aparece José Ugarte como Director de *El Ahuizote*. Otra vez por poco tiempo, puesto que en diciembre del mismo año el nombre de Ugarte deja de figurar, siendo que en las últimas ediciones de esta publicación se indica que el director es Guillermo Aguirre y Fierro y el gerente Juan Corona.

De estos cinco personajes que sucedieron a Ordorica como directores, gerentes o administradores de *El Ahuizote*, únicamente hallamos datos biográficos de tres de ellos: Ugarte, De la Parra y Gonzalo Aguirre. Nada obtuvimos en cambio sobre José Luis Velasco y Juan Corona. No obstante, consideramos que con esbozar las semblanzas biográficas de cuatro de los seis hombres que estuvieron al frente de *El Ahuizote* tendremos los fundamentos suficientes para un análisis historiográfico válido, que nos aproxime a la comprensión del contexto en el que el discurso del bárbaro-zapatista de esta publicación encontró significación según la fórmula que indicamos antes.¹⁵¹ Siendo, además, que todos estos periodistas de los que hablaremos en los párrafos siguientes comparten historias similares; formados en institutos educativos reconocidos de sus respectivas ciudades de origen; emigrados a la Ciudad de México en su juventud, en donde se sumaron como colaboradores al consorcio periodístico de Rafael Reyes Spíndola; empujados al exilio tras la caída del régimen de Victoriano Huerta y, tras el fin del conflicto armado, participantes en las empresas periodísticas más importantes del México posrevolucionario.

1. En este orden de cosas, comenzaremos por contornear una biografía intelectual y política del periodista que fundó *El Ahuizote* y que permaneció por más tiempo al frente de la empresa. Personaje que es, también, el directivo de *El Ahuizote* que cuenta con una obra biográfica en toda forma, escrita por Miguel Ángel Jasso y publicada por el Congreso de la Unión. Nos referimos a Miguel Ordorica Castillo, quien nació en Teocaliche, Jalisco, el año

¹⁵¹ Vid. *supra.*, p. 44.

de 1884. Emparentado con una tradición militar por parte de su abuelo materno, el capitán Juan Castillo, quien combatió y murió en la guerra contra la intervención francesa. Ordorica, influido por la imagen de su abuelo, viajó a la ciudad de México e ingresó en el Colegio Militar a la edad de 14 años. Jasso destaca por medio de testimonios de la prensa capitalina que durante su época como estudiante Ordorica sobresalió en aprovechamiento y recibió diferentes condecoraciones. Posteriormente, el jalisciense se desempeñó como instructor de equitación y profesor de matemáticas dentro de la misma institución. En el año de 1902 recibió el grado de Teniente de Artillería Táctica y prestó servicios en la Maestranza Nacional.¹⁵²

La separación de Ordorica de la institución castrense se produjo en 1906, cuando él mismo solicitó su baja permanente. Jasso sugiere que esta decisión pudo obedecer a que los ejercicios de artillería le causaron un daño irreversible al oído. Después de esto hizo su incursión en el periodismo, según sus propias palabras, por invitación de Rafael Reyes Spíndola, personaje que Ordorica reconocería más tarde como su Maestro. Siendo sus primeras responsabilidades como periodista: la jefatura de la Sección Extranjera de *El Imparcial*, y luego la secretaria de redacción y la jefatura de redacción en la misma empresa. En 1910, también participó de la fundación del primer suplemento periodístico ilustrado a colores de un diario mexicano: *El Imparcial, Ilustración Popular*.¹⁵³

Ante el crecimiento del conflicto armado que había estallado en 1910, Ordorica participó como fundador del “semanario político de caricaturas” *El Ahuizote*, del cual también fue Director. Al frente de esta publicación Ordorica dirigió incesantes ataques a Francisco I. Madero sus aliados. De suerte que a comienzos de 1912 sus ataques al régimen maderista desde *El Ahuizote* le valieron la persecución por parte del gobierno.¹⁵⁴

¹⁵² Jasso Espinosa, *Op. cit.*, p. 15.

¹⁵³ *Idem.*, p. 16.

¹⁵⁴ Sobre esto, Jasso cita una noticia aparecida en *El Heraldo de Occidente*: “México, marzo 12 [1912].- Continúa la persecución de periodistas. Hoy fue encerrado en la penitenciaría del Distrito Federal, el director del semanario de caricaturas Ojo Parado y la policía anda buscando al director y a los redactores de El Ahuizote [...] El señor Miguel Ordorica, director del semanario El Ahuizote, cuyas oficinas fueron visitadas por la policía reservada en una forma bastante digna de asustar, ha dirigido una carta a los directores de los diarios capitalinos protestando contra la persecución de que está siendo víctima por parte del Gobierno y preguntando si ha llegado el momento de ponerse fuera de la ley a lado de Emiliano Zapata o permanecer

Jasso argumenta que la impresión de *El Ahuizote* se suspendió a partir de este momento. Sin embargo nosotros hemos podido consultar esta publicación hasta el mes de diciembre de 1912 en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México. Por otra parte, Ordorica volvió a aparecer en escena pública hasta comienzos de 1913, nada menos que participando del régimen de Huerta. De acuerdo con distintas fuentes, Jasso señala que Ordorica se desempeñó como diputado propietario por el estado de Sonora e integrante del segundo XXVI Congreso General, cargo que ejerció entre octubre de 1913 y julio de 1914. Además, paralelamente fue jefe de redacción del diario *El País*, entre julio de 1913 y mayo de 1914, y realizó algunas colaboraciones en inglés para el *Mexican Herald*.¹⁵⁵

Tras el derrumbe del régimen huertista, Ordorica decidió exiliarse para evitar las represalias de Carranza, pues éste dispuso someter a juicio a los personajes que habían colaborado con el gobierno de Huerta, y para nadie era un secreto que Ordorica había sido diputado huertista, además de que se conocía su lealtad para con Reyes Spíndola. El destino del ex director de *El Ahuizote* fue La Habana, Cuba. Según Jasso, habría escogido este lugar siguiendo a su Maestro Spíndola. Pero el autor no agrega información sobre su encuentro en el país caribeño, si es que sucedió.¹⁵⁶

Lo que sí se sabe es que Ordorica de inmediato se incorporó a la redacción de *El Heraldo de Cuba*, periódico en el que asumiría la gerencia a un año de su llegada, en 1915. Por su actividad al frente de este rotativo, Ordorica sufrió una nueva persecución, esta vez por parte del presidente de Cuba, Mario Menocal, motivo por el que tuvo que surcar nuevamente el Atlántico, esta vez hacia Nueva York.¹⁵⁷ Jasso no brinda detalles sobre los motivos que provocaron la clausura de *El Heraldo de Cuba*, pero resume en los siguientes términos su actividad periodística durante su destierro en Nueva York:

De 1917 a 1918 Miguel Ordorica desempeñó además el cargo de corresponsal del diario mexicano *El Universal* en Nueva York. Fundó en 1919 en esa ciudad con Abraham Retner *El Magazine de la Raza*, semanario a colores de información mundial que circuló en toda

dentro de la ley con los señores Gustavo Madero o con las demás personas de la incondicional camarilla del Gobierno [...]". *Idem.*, p. 17.

¹⁵⁵ *Idem.*, p. 19.

¹⁵⁶ "Es probable que la razón por la cual Miguel Ordorica decidió huir de México a La Habana y no directamente hacia Nueva York, radique en que iba siguiendo a su maestro Rafael Reyes Spíndola"; *Idem.*, p. 21.

¹⁵⁷ *Idem.*, p. 20.

Hispanoamérica. De 1922 a 1932, corresponsal en Nueva York de *El Mundo* de La Habana, de la Interocean Press, así como de *Excélsior* de México.¹⁵⁸

Hacia el año de 1924 regresó a Cuba, en donde continuó su prolífica actividad como periodista, fundando en La Habana el *Anuario Almanaque del Mundo*, luego, en 1933, como director de *El Heraldo de Cuba*. Jasso señala que mediante su investigación sobre el personaje no obtuvo detalles de su viaje de regreso a Cuba, pero destaca que sus fuentes coinciden en apuntar el año de 1934 como el de su regreso a México.¹⁵⁹

Tras salir del destierro, Miguel Ordorica llegó a México a continuar con su intensa y polémica actividad periodística, y a acrecentar su ascendente político asumiendo inicialmente la dirección del diario *La Prensa*, puesto desde donde provocó la antipatía de varios políticos callistas del primer gabinete de Lázaro Cárdenas. Pero fue específicamente el Secretario de Gobernación, Juan de Dios Bojórquez, el que movió influencias para expulsar a Ordorica de *La Prensa*.¹⁶⁰ El enfrentamiento con Bojórquez llegó a ser verbal, y sobre dicho episodio existe testimonio de Salvador Novo, según el cual Ordorica, al ser intimidado por el Secretario de Gobernación aludiendo a su pasado huertista, habría respondido reafirmando su convicción política antirrevolucionaria:

Llamado a comparecer ante la módica majestad del ministro de Gobernación, Ordorica aguardó, sobre ascuas, dos horas en la antesala. Cuando al fin destruyó uno por uno los débiles argumentos de un censor [...], Bojórquez el ex callista, le asestó a Ordorica este cargo, aparentemente mortal: “Además, creo que usted fue huertista”. Ordorica enrojeció de ira hasta la punta de los cabellos. Respiró hondo, miró fijamente a su interlocutor, y le dijo: “Usa usted mal los verbos, señor ministro. No lo fui; lo soy. Hay pocas personas dotadas del valor de mantener sus convicciones políticas, ¿o no lo cree usted así?”¹⁶¹

Después de este episodio y de su salida de *La Prensa*, el experimentado periodista se incorporó a la casa *Excélsior*, en donde participó de la fundación, en 1936, del vespertino *Últimas Noticias*, publicación que experimentó un crecimiento exponencial gracias al estallido de la Segunda Guerra Mundial. A través de sus páginas Ordorica protagonizó una nueva polémica, esta vez de carácter internacional: en 1940 nuestro personaje fue separado de la dirección de *Últimas Noticias* por presiones de los anunciantes partidarios de los

¹⁵⁸ *Idem.*, p. 22.

¹⁵⁹ *Idem.*, p. 22-23.

¹⁶⁰ Sobre el conflicto de Ordorica con los políticos callistas: *Idem.*, p. 24-27.

¹⁶¹ *Idem.*, p. 27.

Aliados, quienes identificaban a este periodista como pro nazi. Jasso cita la investigación de José Luis Ortiz Garza sobre este nuevo conflicto profesional en la carrera de Ordorica:

Desde 1938, los dos grandes periódicos nacionales, *Excélsior* y *El Universal*, habían estado asumiendo una actitud de simpatía hacia el movimiento nazista [...] La persistencia de *Excélsior* se mantuvo, sobre todo a través de la primera edición de *Últimas Noticias*, muy poco afecta a alentar la causa de los Aliados, pero terminaría cediendo también, como resultado del boicot realizado por los anunciantes Aliados, quienes logran la expulsión de don Miguel Ordorica, director del vespertino, mismo que, junto con Rodrigo de Llano, era calificado en Washington como nazista.¹⁶²

Al finalizar la guerra, Ordorica se reincorporó a la casa *Excélsior*, pero por muy breve tiempo, puesto que José García Valseca se acercó a él para invitarlo a dirigir su empresa periodística y para encomendarle la fundación de un periódico en la capital de su estado natal. Así nació *El Sol de Guadalajara*, el primero de una familia de “Soles” que dominaría las ciudades del país en los años por venir. Ordorica atravesaba por un buen momento profesional, sin embargo, se vio enfrentado a García Valseca porque éste, según sus propias palabras, habría limitado su libertad de expresión en la dirección de *El Sol de Guadalajara*, motivo por el cual presentó su renuncia al empresario.¹⁶³

Durante el periodo que se mantuvo lejos de García Valseca, Ordorica trabó amistad con el entonces presidente de la República, Miguel Alemán Valdés, quien lo habría empleado como corresponsal en los Estados Unidos.¹⁶⁴ No obstante, su distanciamiento con García Valseca fue temporal; el industrial se acercó nuevamente a Ordorica y lo restituyó como “Director General de la Cadena García Valseca”, el emporio periodístico más grande del país durante la segunda mitad del siglo XX, cargo que desempeñó sin interrupción desde 1952, hasta el año de su muerte en 1963.¹⁶⁵

Así finalizaron más de sesenta años de incesante labor periodística, actividad que, por las convicciones políticas de Ordorica, fue relegada de la historia de la prensa mexicana

¹⁶² *Idem.*, p. 29.

¹⁶³ *Idem.*, pp. 36-39.

¹⁶⁴ “[...] Ordorica y Miguel Alemán, al paso del tiempo, lograron consolidar una amistad fundada en la lealtad recíproca. Pero también existía el vínculo laboral por el cual –ya en la ciudad de México- el escritor se comprometía a seguir entregando periódicamente resúmenes noticiosos de utilidad al ciudadano presidente de la república”; *Idem.*, p. 41.

¹⁶⁵ *Idem.*, pp. 41-43.

durante más de medio siglo, a pesar de ser pieza clave de la industria periodística mexicana más importante del siglo XX, es decir, la cadena García Valseca.

2. Por su parte, José Gómez Ugarte, el periodista que sustituyó a Ordorica desde mediados de marzo de 1912 en la dirección de *El Ahuizote*, también era de origen jalisciense; nació el 17 de enero de 1874 en Zapotlán el Grande (después nombrada Ciudad Guzmán, Jalisco), producto del matrimonio entre Mariano Gómez y Eduwiges Ugarte, ambos padres originarios de la ciudad de Guadalajara, Jalisco.¹⁶⁶

Su formación intelectual básica discurrió en el Seminario Conciliar de Ciudad Guzmán. Y a la precoz edad de catorce años Ugarte se inició en el periodismo fundando *El Coloso de Rodas*, una publicación modesta que sin embargo habría alcanzado imprimir hasta treinta números.

En 1892, a la edad de 18 años, se mudó a la ciudad de Guadalajara e ingresó como aprendiz a la Escuela de Artes y Oficios, en donde debemos suponer que su aprovechamiento fue sobresaliente puesto que en julio del año siguiente fue nombrado profesor de tipografía y además director de dicha institución.

En el año de 1900 Ugarte abandonó su cómoda posición en Guadalajara y emigró a la Ciudad de México, en donde pronto se sumó al equipo de colaboradores de *El Imparcial*. También, hacia 1907 se lo hallaba como Jefe de Redacción del semanario *El Mundo Ilustrado*, fundado por Rafael Reyes Spíndola y dirigido por Luis G. Urbina. Por lo que podemos inferir que su añeja relación con Spíndola fue lo que lo llevo a tomar la dirección de *El Ahuizote* de marzo de 1912 hasta comienzos de mayo del mismo año, cuando por circunstancias que ignoramos fue sustituido por José Luis Velasco. Para después ocupar por segunda ocasión el cargo de director de *El Ahuizote* durante el efímero periodo de noviembre a diciembre de 1912.

Parece ser que Ugarte no se vio obligado a exiliarse tras la caída del régimen de Huerta a pesar de sus vínculos con Reyes Spíndola y de su actividad como director de *El Ahuizote*,

¹⁶⁶ Todas las referencias biográficas sobre José Ugarte que retomamos aquí y en los párrafos siguientes fueron obtenidas de dos sitios: <http://www.ciudadguzman.gob.mx/Pagina.aspx?id=da6c95e7-63d7-4028-9cb8-5a9171c283dd>. Fecha de consulta: 02 de septiembre de 2019. Y de: <https://cambiodigital.com.mx/mosno.php?nota=361355>. Fecha de consulta: 02 de septiembre de 2019.

pues hacia 1914 el jalisciense continuaba radicando en la Ciudad de México y desempeñándose como director de la *Revista de Revistas*, y un año después ocupando el mismo cargo en *El Herald de México*. Además, a partir de 1916 formo parte del equipo de *El Universal*. Periódico en el que dos años después fue nombrado subdirector y un poco más tarde director. Ocupando este cargo hasta el año de su muerte, acaecida en marzo de 1943.¹⁶⁷

3. Sobre Gonzalo de la Parra, el personaje que ocupó el puesto de Gerente de *El Ahuizote* desde la salida de Ordorica en marzo de 1912, el *Diccionario de escritores mexicanos, siglo XX* señala que nació en Villa Escobedo, Chihuahua, el 26 de febrero de 1892, aunque no ofrece información sobre quiénes fueron sus padres.¹⁶⁸

Según el mismo *Diccionario*, de la Parra habría cursado sus primeros estudios en el Colegio Ignacio Ramírez de Sombrerete, Zacatecas. Posteriormente (no se menciona la fecha) migró a la Ciudad de México para hacer estudios de bachillerato, los cuales abandonó para dedicarse al periodismo, incorporándose al equipo de *El Imparcial* como reportero. Aunque también ocupó cargos más importantes como la jefatura de redacción de *El Diario* entre 1910-1911. Y en 1912, durante un breve periodo de poco más de cuatro meses, el cargo de gerente de *El Ahuizote*.

Gonzalo de la Parra, lo mismo que Ugarte, se vio exento de exiliarse tras la caída del régimen huertista. En este caso debido a que en 1915: “[de la Parra] se entregó a la causa constitucionalista, como periodista, editorialista y corresponsal en Puebla y Veracruz, para algunos de los periódicos que apoyaban a Carranza, entre los que estaban *La Vanguardia*, *La Prensa* y *El Pueblo*, bajo las ordenes de Félix Palavicini”.¹⁶⁹

¹⁶⁷ Sobre la obra de José Ugarte como literato y poeta: “Dejó [...] tres volúmenes, sin contar sus numerosas obras aún no coleccionadas. *El Pan nuestro de cada día* (1920), dedicado a su futura esposa. *Cuentas de mi rosario* (1922), contiene un prólogo muy extenso, escrito por el poeta, escritor y diplomático veracruzano José de Jesús Núñez y Domínguez. Y *Predicando en el desierto* (1926), cuyo prólogo fue escrito por don Genaro Fernández Mac Gregor.” En: <http://www.ciudadguzman.gob.mx/Pagina.aspx?id=da6c95e7-63d7-4028-9cb8-5a9171c283dd>. Fecha de consulta: 02 de septiembre de 2019.

¹⁶⁸ *Diccionario de escritores mexicanos del siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y Novelistas de la Revolución hasta nuestros días*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, tomo VI (N-Q), 2002, p. 278.

¹⁶⁹ *Loc. cit.*

También, a partir de 1919 formó parte de la plantilla de redactores de *El Universal*. Posteriormente, sabemos que en 1921 se desempeñaba como Director de *El Heraldo de México*. Y entre 1939-1940 fungió como director de *La Prensa*, “órgano del Partido Revolucionario de Unificación Nacional”, que impulsó la campaña presidencial de Juan Andrew Almazán por aquellos mismos años. Estas entre otras empresas periodísticas menos relevantes que ocuparon su actividad hasta su muerte en febrero de 1953, en la Ciudad de México.¹⁷⁰

4. Finalmente, Guillermo Aguirre y Fierro fue el hombre que asumió la dirección de *El Ahuizote* durante los últimos días que se publicó este semanario de caricaturas, en el mes de diciembre de 1912. Sobre este personaje hallamos muy poca información biográfica. Únicamente sabemos que nació en la ciudad de San Luis Potosí el 24 de septiembre de 1887. También que estudió en el Seminario Conciliar y en el Instituto Científico y Literario, aunque sin concluir ninguna carrera. Hasta que en 1901 inició su carrera en el periodismo colaborando para *El Popular*, de la ciudad de Gómez Palacio, Durango, firmando con los seudónimos “Caifas” y “Chantecler”. A la vez que participó en *El Demófilo*, de la ciudad de San Luis Potosí, bajo la dirección de Juan Sarabia.¹⁷¹

Hacia 1909 Aguirre y Fierro fundó *El Tecolote* (aunque ignoramos en qué ciudad). Y durante el mes de diciembre de 1912 tomó la dirección de *El Ahuizote*. Al año siguiente ocupó la misma posición pero ahora en *El Heraldo Independiente* y *El Noticioso Mexicano*. En lo tocante a sus convicciones políticas, se lo define como “antimaderista”, y quizá por este motivo fue que en 1915 partió al exilio en El Paso, Texas. Y aunque desconocemos la fecha en la que regresó a México, sabemos que hacia 1937 se hallaba de regreso en San Luis Potosí como director del periódico *Vanguardia*. Después regresaría a la Ciudad de México, donde murió el 8 de noviembre de 1949.

2.5. *El Ahuizote. Semanario político de caricaturas*

Esta publicación apareció el 27 de mayo de 1911. Su nombre completo fue *El Ahuizote. Semanario político de caricaturas*. Anunció que se publicaría los días sábado de cada

¹⁷⁰ *Idem.*, p. 279.

¹⁷¹ Todas las referencias biográficas de Guillermo Aguirre y fierro fueron obtenidas del sitio: <http://bibliografiapotosina.mx/escritores/items/show/8>. Fecha de consulta: 02 de septiembre de 2019.

semana a un precio por unidad de diez centavos en la capital de la República y quince en los estados. Las suscripciones se ofertaban a tres pesos por seis meses y cinco pesos por un año. Las solicitudes de suscripción, anuncios y otros asuntos debían remitirse a las oficinas de *El Ahuizote*, en la 1ª de López, número 8, México D. F. Desde la fecha de la primera edición y hasta marzo de 1912, el cuadro indicador de este semanario señalaba a Miguel Ordorica como gerente, a Pedro Malabehar como jefe de redacción y Celio R. Jiménez como subgerente.

Físicamente *El Ahuizote* se componía de entre 16 y 20 páginas por edición. Encuadernadas en “papel de forros”, el cual se imprimía a colores, siendo que todo el tiempo que duró en circulación los forros se imprimieron con una caricatura en la portada y la parte posterior con una imagen publicitaria, también a todo color, de los cigarros “Flor de Liz” de la tabacalera El Buen Tono. Sus medidas eran de 31.7 cm. de altura por 21.5 de base (aprox.). En su edición número 18, correspondiente al día 23 de septiembre de 1911, *El Ahuizote* anunció que la publicación contaría con seis páginas a color diariamente, a parte de los forros. Y añadió que esta empresa periodística estaba inspirada en “periódicos ilustrados de carácter político” como el *Simplicissimus* de Múnich, *Pasquino* y *Faschietto* de Turín, *L'assiette au beurre* francés, la revista *Punch* británica, así como en las revistas *Puck* y *Judge* de Estados Unidos.¹⁷²

En la edición 19, del 30 de septiembre de 1911, *El Ahuizote* publicó una nota en la que anunciaba que contaba con sus propios talleres tipográficos, los cuales dispondrían de una prensa “Michelle” y de una prensa “Goldie”, esta última especial para tiros a colores. Se incluyeron fotografías de los talleres y de las prensas a las que se estaba haciendo mención.¹⁷³

Al igual que con *El Mañana*, podríamos definir la línea política de *El Ahuizote*, como antirrevolucionaria y antimaderista, a grandes rasgos. Sobre todo a partir de noviembre de 1911, cuando, tras asumir Madero la presidencia de la República, el semanario advirtió que: “Antes, nuestro periódico hizo de censor. Ahora será juez. Antes, era una voz estridente que se levantaba en medio del fragor del zapatismo, del vandalismo, de entre las ruinas

¹⁷² *El Ahuizote*, 23 de septiembre de 1911, año I, núm. 18, p. 15.

¹⁷³ *El Ahuizote*, 29 de septiembre de 1911, año I, núm. 19, p. 20.

humeantes [...] Ahora será Ministerio Público”.¹⁷⁴ A través de sus páginas también se impulsó a Francisco León de la Barra rumbo a las elecciones de octubre de 1911. Igualmente, exaltó la imagen del ejército federal de forma permanente.

Algunos autores que han tratado la historia de este periódico coinciden en señalar que su financiamiento provino de los “científicos”, aunque no proporcionan los nombres de los “inversores”, ni cifras específicas. Por ejemplo, Aurrecochea y Bartra, quienes incluso sugieren que el dueño de esta publicación era Reyes Spíndola: “El regreso a las fuentes de la caricatura política, pero ahora con una intención conservadora, se hace aún más evidente en mayo de 1911, cuando Spíndola publica un nuevo semanario que retoma el cabalístico nombre de *El Ahuizote*”.¹⁷⁵ Los antedichos autores también se refieren al semanario dirigido por Ordorica como “el engendro de Spíndola”, y reiteran que: “apareció dos días después de la renuncia de Porfirio Díaz; está financiado por los ‘científicos’ y tiene como único cometido crucificar a Madero”.¹⁷⁶ Por su parte, Salvador Pruneda señala que: “Dos días después de haber sido aceptada la renuncia de Díaz, salió a la luz pública con el nombre de *El Ahuizote*, un semanario que aprovechó el prestigio que tuvo en años anteriores el semanario de combate de ese mismo nombre. Con los mismos ‘altos ideales’ del anterior, y en condiciones semejantes, se prestó a la maniobra de los ‘científicos’ derrotados”.¹⁷⁷ Y después añade que: “El grupo que formaba el Partido Científico, sintiéndose derrotado, anticipadamente y junto con todos sus elementos, preparaba su trinchera [...] este periódico sostenido por los científicos [...] fue fundado únicamente con el objeto de atacar a la revolución”.¹⁷⁸

Ciertamente, el aparato de infraestructura de que disponía *El Ahuizote* nos induce a tomar en consideración las valoraciones que señalamos arriba con respecto al financiamiento directo de la empresa. Sin embargo, como también dijimos, los autores que hacen estas propuestas no ofrecen nombres ni cifras específicas. En cualquier caso, lo cierto es que en sus páginas se anunciaban muchas de las empresas más relevantes de comienzos del siglo XX, como El Palacio de Hierro (empresa que prácticamente tenía la exclusividad en el

¹⁷⁴ *El Ahuizote*, 11 de noviembre de 1911, año I, núm. 26, p. 1.

¹⁷⁵ Aurrecochea y Bartra, *Op. cit.*, p. 360-361.

¹⁷⁶ *Loc. cit.*

¹⁷⁷ Salvador Pruneda, *La caricatura como arma política* (facsimilar), México, INEHRM, 2003, p. 360-361.

¹⁷⁸ *Idem.*, p. 370.

interior de los forros de este semanario) la Compañía Mexicana de Petróleo El Águila, la Tampico News Co., los Auto-taxímetros Mexicanos S. A., los Teléfonos Ericsson S. A., los cigarros “Flor de Liz” de El Buen Tono (con exclusividad sobre la cubierta trasera de forros) y los “Supremos” de la Tabacalera Mexicana S. A.. También los discos y equipos fonográficos de la compañía Columbia o los pianos de la firma Chickering. Igualmente, ocupaban espacios permanentes la Empresa de Toros S. A. y las carteleras de la plaza de toros El Toreo. Y no faltaban los establecimientos de la ciudad como la zapatería El Elefante, los almacenes de ropa La Pariciense y los de La Villa de París. Sin dejar de mencionar que se ofrecían impresiones de gran calidad y buen precio en los mismos Talleres Tipográficos de El Ahuizote.

En cuanto a la parte gráfica del discurso de *El Ahuizote*, podemos afirmar que en sus páginas convergieron los lápices más destacados de principios de siglo: el catalán Rafael Lillo, el futuro muralista José Clemente Orozco, Santiago R. de la Vega, y Ernesto García Cabral, quinees fueron los creadores de las caricaturas que ilustraban este semanario y que cobraron fama por su gran calidad e implacable destructividad. Empero sobre estos destacados colaboradores de *El Ahuizote* hablaremos en el capítulo correspondiente a la representación gráfica del bárbaro-zapatista.

Ya hemos visto que a partir de marzo de 1912 la inestabilidad en los puestos directivos de *El Ahuizote* no cesó. Sin embargo, es un hecho que el periódico continuó imprimiéndose con regularidad hasta finalizar aquel mismo año.¹⁷⁹ Fue tan agresivo el discurso y la gráfica de *El Ahuizote* en contra del gobierno emanado de la revolución de 1910, que para algunos autores implica una ironía, puesto que el nombre de este semanario remite a una tradición periodística liberal (jacobina si se quiere) siempre comprometida con su postura crítica del gobierno, que se mantuvo vigente durante el último tercio del siglo XIX y la primera década del XX. Así lo perciben Aurrecoechea y Bartra: “Este heredero putativo de la revista que animara Riva Palacio treinta y siete años antes, poco tiene que ver con el liberalismo radical, cuyos auténticos continuadores fueron [Daniel] Cabrera y [Jesús

¹⁷⁹ El último número de *El Ahuizote* que resguarda el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México es el 80, del año II, correspondiente al día 28 de diciembre de 1912.

Martínez] Carrión con *El Hijo del Ahuizote, El Colmillo Público y El Ahuizote Jacobino*".¹⁸⁰

2.6. Mario Vitoria, José F. Elizondo, Santiago R. de la Vega y Carlos Fernández Benedicto. Los directores de *Multicolor*

A principios del año 1912 el semanario *Multicolor*, al igual que *El Ahuizote*, comenzó a experimentar cambios en sus puestos directivos. Desde su creación en mayo de 1911 y hasta el fin de ese mismo año el director de esta publicación fue el español Mario Vitoria, pero el 4 de enero de 1912 el cuadro indicador de *Multicolor* ya señalaba a José F. Elizondo como director; puesto que éste ocupó hasta julio del mismo año, cuando fue sustituido por el dibujante Santiago R. de la Vega. Casi un año permaneció este último personaje como director de la revista, pues en junio de 1913 de la Vega anunció que dejaba el puesto, que sería retomado por Vitoria. Finalmente, en octubre de 1913 se comunicó que Vitoria había regresado a su país de origen, siendo que a partir de esta fecha y hasta que se dejó de publicar, en julio de 1914, el director de *Multicolor* fue Carlos Fernández Benedicto.

1. Mario Vitoria fue un escritor humorístico y empresario teatral de origen español que destacó en el género conocido como teatro de revista; fue el primer director de *Multicolor*. Su producción fue prolífica durante las primeras dos décadas del siglo XX y su nombre figuró constantemente en el ámbito del entretenimiento teatral. Sin embargo la información biográfica respecto a este personaje resulta muy escasa; desconocemos la fecha de su nacimiento y el lugar exacto de España de donde era originario, así como también ignoramos lo referente a su formación intelectual y los detalles sobre su emigración a México.

Lo poco que sabemos de Vitoria es que antes de ser director de *Multicolor* desempeñó el cargo de jefe de redacción en el semanario humorístico *Frivolidades*, en donde también escribía con el seudónimo "Gorritz". También es sobradamente conocido que a comienzos del año de 1912 este personaje fue objeto de la persecución por parte del gobierno maderista, que pretendió expulsarlo del país clasificándolo como "extranjero pernicioso" en

¹⁸⁰ Armando Bartra, "El periodismo gráfico en las dos primeras décadas del siglo: de la subvención a la restauración con intermedio escapista", en Aurora Cano Andaluz (coord.), *Las publicaciones periódicas y la historia de México*, UNAM-IIB, 1995, p. 99.

razón de su actividad como director de *Multicolor*. No obstante, Vitoria habría conseguido evitar la expulsión renunciando a la dirección del insidioso semanario humorístico ilustrado, y permaneció en México por varios meses más, de suerte que incluso ocupó la dirección de dicha publicación por un segundo periodo de aproximadamente cuatro meses, de junio a octubre de 1913.

A través de las mismas páginas de *Multicolor*, en el dicho mes de octubre de 1913, se informó que Mario Vitoria abandonaba nuevamente la dirección del semanario porque “ha vuelto a su patria”. Declaración que bien podemos interpretar como un eufemismo que traducía el hecho de que este personaje decidió huir a su país ante la inminente victoria de la revolución constitucionalista y la caída del régimen huertista. Empero, también es un hecho que su destierro duró poco tiempo, tan sólo diez meses aproximadamente, pues en agosto de 1914 *El Correo Español* anunció que Vitoria había regresado a México,¹⁸¹ agregando más tarde que el escritor español se hallaba indispuerto a reanudar su actividad como periodista debido a la reciente muerte de su padre, por lo que suspendería la publicación del semanario *Multicolor*.¹⁸²

Después de esta fecha las noticias sobre la actividad de Mario Vitoria en el teatro o en la prensa son aparentemente nulas. Así hasta el año de 1921, cuando encontramos que *El Universal* anunció con gran aparato que el 29 de julio de aquel año tendría lugar en el teatro Esperanza Iris un evento inédito: la presentación de un monologo ilustrado con guion de Vitoria y dibujos “ejecutados a la vista del público” por Ernesto “el chango” García Cabral;¹⁸³ ambos personajes habían trabajado juntos en *Multicolor*, y ambos tuvieron que salir del país debido a la agitación política, pero tras el fin del conflicto revolucionario reaparecían en los escenarios más importantes de la actividad cultural de México; García Cabral regresaba de estudiar en Francia y se había consagrado inmediatamente como uno de los artistas gráficos más importantes y cotizados del país, mientras que Vitoria, “el español que había tenido que huir, ahora era uno de los empresarios teatrales más

¹⁸¹ “Mario Vitoria”, *El Correo Español*, 3 de agosto de 1914, Año XXVI, Núm. 7198, p. 2.

¹⁸² “Multicolor”, *El Correo Español*, 8 de agosto de 1914, Año XXVI, Núm. 7201, p. 2.

¹⁸³ “La noche gloriosa de Mario Vitoria y El Chango García Cabral”, *Nexos*, 1 de julio 2011. De: <https://www.nexos.com.mx/?p=14369>. Fecha de consulta: 02 de septiembre de 2019.

importantes del país”, y para aquel momento se desempeñaba como director artístico de la Compañía Velasco.

Sin embargo, desafortunadamente es para nosotros un misterio lo relativo a su actividad durante las siguientes décadas posrevolucionarias, como también lo es la fecha y el lugar de defunción de éste que fue el fundador del semanario humorístico ilustrado *Multicolor*.

2. José Francisco Elizondo Sagredo se convirtió en el segundo director de *Multicolor*, tras sustituir a Vitoria en enero de 1912. Fue un pródigo escritor humorístico que dominó géneros como el teatro de revista o la zarzuela. Aunque también incursionó con éxito en el drama, la poesía, el ensayo y la música. Nació en la ciudad de Aguascalientes el 29 de enero de 1880. Cursó sus primeros estudios en dicha ciudad y apenas con 13 años fundó una publicación que llevaba el nombre de *El Estudiante*.¹⁸⁴

Unos años más tarde se mudó a la ciudad de Puebla, en donde trabajó como taquígrafo oficial del Congreso del Estado. Posteriormente se trasladó a la Ciudad de México y se desempeñó como jefe de redacción del semanario humorístico *La Risa*. Y poco tiempo después comenzó a colaborar con *Multicolor*, y asumió la dirección de esta publicación después de que el gobierno maderista obligara la salida de Mario Vitoria empezando el año de 1912. También, durante el segundo semestre del mismo 1912, tras su separación de la dirección de *Multicolor*, asumió el mismo puesto en *El Mundo Ilustrado*, uno de los órganos del emporio periodístico de Reyes Spíndola.

En 1914, ante el colapso del régimen huertista, se exilió en La Habana, Cuba. Desconocemos los detalles de su actividad en el destierro y la fecha exacta de su regreso a México. Pero sí sabemos que a partir de 1920 se incorporó a la plantilla de colaboradores del diario *Excélsior*, en el cual publicó “un epigrama diario durante 23 años”. Igualmente, sabemos que tuvo una participación en el cine, escribiendo algunos diálogos para la película *El gendarme desconocido*, dirigida por Miguel M. Delgado y protagonizada por Mario Moreno “Cantinflas”.

¹⁸⁴ Los datos biográficos de José F. Elizondo que reproducimos en lo subsecuente fueron obtenidos de dos sitios: http://escritores.cinemexicano.unam.mx/biografias/E/ELIZONDO_sagredo_jose_francisco/biografia.html. Fecha de consulta: 02 de septiembre de 2019. Y de: <http://humorsapiens.com/clasicos-del-humor/jose-francisco-elizondo>. Fecha de Consulta: 02 de septiembre de 2019.

Durante la mayor parte de su vida José F. Elizondo fue uno de los más relevantes personajes del teatro en México, y uno de los escritores festivos más destacados. Manteniéndose así hasta su muerte en el año de 1943.

3. A partir de julio de 1912, cuando José F. Elizondo se separó de *Multicolor* para dirigir *El Mundo Ilustrado*, la dirección de esta publicación recayó en el periodista y dibujante de origen regiomontano Santiago R. de la Vega, siendo éste el personaje que permanecería por más tiempo al frente del dicho semanario, sumando once meses hasta el momento de su salida en junio de 1913, cuando Mario Vitoria ocupó la dirección de la revista por segunda ocasión.

Nació en febrero de 1885 en la ciudad de Monterrey, Nuevo León. Aurrecoechea y Bartra indican que de la Vega no contó con formación académica como artista gráfico, y desconocemos en dónde realizó sus estudios básicos generales. Pero el *Diccionario biográfico de caricaturistas* indica que su carrera como caricaturista comenzó en 1903 en las páginas de *Mefistófeles* y que poco tiempo después, en 1904, fundó en la ciudad de San Antonio, Texas, un periódico para obreros llamado *La Humanidad*.¹⁸⁵

En función de sus convicciones liberales militó en el Partido Liberal Mexicano, aunque desconocemos desde qué año. Lo que sí sabemos, por cuenta de *El Ahuizote*, es que en 1900 formó parte del Club Ponciano Arriaga y fue víctima de la represión de Bernardo Reyes, quien disolvió dicho club liberal. Sin embargo, en 1903 el club volvió a reaparecer, pero nuevamente fue objeto de la mano dura de Reyes y, esta vez, también de la del presidente Díaz, quien ordenó la aprehensión de Santiago y de sus compañeros, pues de la Vega fue un activo colaborador de *El Hijo de El Ahuizote* y *El Ahuizote Jacobino*, en donde trabajó junto a varios de los más férreos críticos del régimen porfiriano como Jesús Martínez Carrión, Juan Sarabia, Santiago de la Hoz, Ricardo y Enrique Flores Magón, Alfonso Cravioto, entre otros.¹⁸⁶ De la Vega fue preso en San Juan de Ulúa, pero desconocemos el tiempo exacto que permaneció privado de la libertad.

¹⁸⁵ Agustín Sánchez González, *Diccionario biográfico ilustrado de la caricatura en México*, México, Limusa, SMC, 1997, p. 220.

¹⁸⁶ "Gente de pluma y lápiz. Santiago R. de la Vega", *El Ahuizote*, 24 de agosto de 1912, año II, núm. 62, p. 10.

No obstante, como observan Aurrecoechea y Bartra, a pesar de esta intensa actividad como miembro del PLM y como escritor y caricaturista de combate en los periódicos de oposición más intransigentes del Porfiriato, no pudo evitar caer dentro de la nómina de Rafael Reyes Spíndola; puesto que su trabajo para *El Hijo del Ahuizote* y *El Ahuizote Jacobino* no le retribuía casi nada, tuvo que realizar “colaboraciones alimenticias” ilustrando las páginas de *El Mundo Ilustrado* y del semanario humorístico *Cómico*.¹⁸⁷ Y también se convirtió en un colaborador regular de las revistas *La Risa* y *Frivolidades*, en las que estuvo bajo la dirección de Elizondo y Vitoria respectivamente.

Una vez que estallo la Revolución, de la Vega se convirtió en caricaturista titular de *Multicolor*, y además, entre julio de 1912 y junio de 1913, en su director. Luego, tras el derrumbe del régimen huertista —y muy probablemente en razón de su actividad en *Multicolor* entre 1911 y 1914—, de la Vega decidió exiliarse en Texas, en donde colaboró con *El Padre Padilla* de El Paso, y *Claridades*, de San Antonio.¹⁸⁸

Desconocemos la fecha exacta de su regreso a México, pero Aurrecoechea Y Bartra destacan el hecho de que en 1919 de la Vega se encontraba en el equipo de ilustradores y caricaturistas de *El Heraldo de México*, periódico que los citados autores definen como “el vehículo inicial y decisivo del cómic mexicano de los años veinte”. En las páginas de *El Heraldo* desde 1919 comenzaron a publicarse tiras cómicas de autores mexicanos, siendo que una de las primeras fue creada por Santiago R. de la Vega, la cual se publicaba cada domingo bajo el título *Historieta para niños* y cuyo contenido consistía en adaptaciones de las fábulas de Esopo, una por entrega.¹⁸⁹

Posteriormente nuestro personaje abandonaría el cómic para dedicarse nuevamente a la caricatura política y al periodismo escrito, destacando en este sentido su trabajo para *El Universal*. Santiago R. de la Vega falleció en la Ciudad de México en 1950.

4. Carlos Fernández Benedicto, mejor conocido como “Hipólito Zendejas”, fue el último director del semanario ilustrado *Multicolor*; asumió la dirección de esta publicación desde octubre de 1913, cuando en sus mismas páginas se indicó que Vitoria abandonaba la

¹⁸⁷ Aurrecoechea y Bartra, *Op. cit.*, p. 103.

¹⁸⁸ Sánchez González, *Op. cit.*, p. 220.

¹⁸⁹ Aurrecoechea y Bartra, *Op. cit.*, p. 209.

dirección debido a que había “regresado a su patria”, y permaneció en dicho puesto hasta julio de 1914 cuando la revista dejó de publicarse. Empero, desafortunadamente la información biográfica de Fernández Benedicto es escasa antes de 1921, año en el que se su nombre, o más bien su seudónimo (“Hipólito Zendejas”), se popularizó en las páginas de *El Heraldo de México* como autor de texto de la primera gran historieta nacional estilo *comic* norteamericano: *Don Catarino y su apreciable familia*.

Desconocemos su fecha y lugar de nacimiento, lo mismo que las instituciones en las que cursó su formación básica y profesional. Y también ignoramos cuándo y en dónde comenzó su carrera como escritor humorístico. En este sentido, lo único que sabemos —por cuenta de Aurrecoechea y Bartra—, es que hacia 1911 Fernández Benedicto se hallaba realizando crónicas satíricas para *La Risa*.¹⁹⁰ Luego, su actividad profesional en la prensa entre los años de 1911 y 1913 también nos resulta un enigma, hasta que tenemos conocimiento de su lugar como director de *Multicolor* entre octubre de 1913 y julio de 1914. Siendo otro misterio cuál fue su destino tras la caída del régimen de Huerta y durante los años finales del conflicto revolucionario.

Lo que es un hecho es que Fernández Benedicto estaba en México a comienzos de la década de los veinte del siglo pasado y que era colaborador de *El Heraldo de México*, donde trabajó bajo la dirección de Gonzalo de la Parra (el mismo personaje que dirigió *El Ahuizote* entre marzo y mayo de 1911). Como también es sabido que en las páginas de *El Heraldo*, firmando con el seudónimo “Hipólito Zendejas”, fue coautor de la historieta *Don Catarino y su apreciable familia*, junto con el monero Salvador Pruneda.

Como autor del guion de *Don Catarino*, Aurrecoechea y Bartra lo definen así: “escritor desbordado, que disfruta subvirtiendo las palabras y la sintaxis. En su discurso, que proviene del habla popular, se mezclan los giros verbales de las distintas provincias del país y el caló de los barrios de la urbe. A Zendejas le encanta retorcer el significado de las palabras, jugar al sinsentido y al absurdo”, por lo que los citados autores lo definen como un importante precursor de lo que posteriormente se denominará “cantinflismo”.¹⁹¹

¹⁹⁰ *Idem.*, p. 213.

¹⁹¹ *Idem.*, p. 214.

Posteriormente, a finales de la década de los veinte, Fernández Benedicto, o “Hipólito Zendejas”, colaboró también con *El Universal*, en donde nuevamente fue autor de varios guiones humorísticos exitosos, como el de las historietas *El Sr. Pestaña* y *S. M. Segundo I, rey de Moscabia*.

Desconocemos la fecha y el lugar de defunción de Fernández Benedicto, así como su actividad después de los años en los que creó las ideas de las exitosas historietas de *El Heraldo* y *El Universal*. Empero, Aurrecochea y Bartra destacan el legado de su obra y su decisiva influencia sobre los autores de las historietas más populares del siglo XX mexicano en los siguientes términos: “Hipólito Zendejas”

después de haber sido el alma del grupo de *El Heraldo*, con los guiones de *Don Catarino y Chon y Smith*, lo es también del equipo de *El Universal*. Zendejas es, sin duda, el autor más importante de esta generación; el narrador más eficaz; el que aporta las ideas más sugerentes. Su estilo argumental lo copian Jesús Acosta, Montalvo, Collantes y León y su huella es evidente en todas las historietas de la época [...] la influencia de Zendejas también estará presente en la obra de historietistas posteriores tan destacados como Gaspar Bolaños, Germán Butze y Gabriel Vargas.¹⁹²

2.7. *Multicolor. Semanario humorístico ilustrado*

Multicolor hizo su aparición el día 18 de mayo de 1911, ofreciéndose a diez centavos en la capital del país y quince centavos en los estados de la República. Mientras que las suscripciones tenían un valor de tres pesos a cambio de veinte números consecutivos. El subtítulo de la publicación era: *Semanario humorístico ilustrado*. Y ciertamente esta denominación es una buena advertencia de su contenido, pues estaba fundamentalmente consagrada a reproducir y difundir el género teatral conocido como teatro de revista. Las notas editoriales de carácter político fueron pocas, siendo que la carga política de *Multicolor* recaía casi enteramente en la producción gráfica; en las caricaturas que sobre la revolución y sus personajes hacían Ernesto García Cabral, Santiago R. de la Vega, Rafael Lillo y Atenedoro Pérez y Soto, entre otros colaboradores. Sobra decir que, aún sin abundantes textos de opinión política, la gráfica satírica de esta revista fue suficiente para que ésta fuera objeto de la represión gubernamental.

¹⁹² *Idem.*, p. 229.

Físicamente la revista medía 27.0 cm. de altura (25.7 las primeras ediciones) por 17.0 de base (aprox.). Y el número de páginas oscilaba entre las 15 y 20 cada edición. Al igual que *El Ahuizote*, *Multicolor* contaba con papel de forros que encuadernaba las páginas, impreso a color en la caratula.

Los autores que han investigado la historia de *Multicolor* sugieren que el financiamiento de esta revista fue provisto por los “científicos”; según Salvador Pruneda, *Multicolor* “formó parte del núcleo de los periódicos que fundaron los ‘científicos’, para utilizarlos desde el principio en una campaña en contra del movimiento revolucionario [...]”.¹⁹³ Mientras Aurrecochea y Bartra señalan que fue “una revista creada días después de la renuncia de don Porfirio y dirigida a socavar las fuerzas de la revolución triunfante, desde las posiciones de un poder político y económico que vislumbra el peligro pero aún se siente incólume”.¹⁹⁴

Empero, paralelo a estas especulaciones, la revista contaba con múltiples e importantes patrocinadores, como la Empresa Editora Revista de Revistas S. A., la Agencia de Noticias y Telegramas Fortunato Herrerías, la Agencia de Información Fotográfica Casasola y Herrerías; los cigarros “Alfonso XIII” de El Buen Tono, los cigarros “Yucatecos” de La Paz. Así como los almacenes de ropa París-Viena, La Ciudad de Londres, La Francia o La Internacional. Entre otros servicios más modestos. También es de notar que hacía 1914 se multiplicaron los anuncios de empresas petroleras; figurando la Compañía Petrolera Cuauhtémoc S. A., la Compañía Mexicana de Petróleo La Esperanza y la Compañía de Petróleo El Álamo del Pánuco S. A., sin mencionar la publicidad permanente que se hacía a los espectáculos de la plaza de toros El Toreo y el Teatro Abreu, por la que podemos suponer que también recibía retribución.

Como dijimos antes, no fue necesario que *Multicolor* desarrollara las profundas y sesudas reflexiones que sí hizo *El Mañana* para que el gobierno de Madero acosara a sus animadores a comienzos de 1912, con un intento de deportación para Mario Vitoria por su condición de extranjero y un exilio en forma de beca para estudiar en Francia para García Cabral, quien partir de ese momento tuvo que ser sustituido por Atenedoro Pérez y Soto.

¹⁹³ Pruneda, *Op. cit.*, p. 368.

¹⁹⁴ Aurrecochea y Bartra, *Op. cit.*, p. 100.

Sin embargo, el periódico nunca dejó de publicarse de forma regular desde mayo de 1911 hasta su desaparición en julio de 1914, salvo durante el breve periodo de tiempo en el que se desarrollaron los acontecimientos de la Decena Trágica, pues el número 91 apareció el día 6 de febrero de 1913, siendo el único número publicado durante ese mes. El número 92 fue publicado hasta el 6 de marzo del mismo año.

Como se puede ver, todas estas publicaciones, a través de sus directores y de su línea política, existieron dentro de la órbita del poder y de la influencia de los “científicos”. Así, retomando una metáfora militar empleada por Ariel Rodríguez Kuri, en la que se refiere a *El Imparcial* como “Estado Mayor” de las élites porfirianas sacudidas por la revolución de 1910 en razón de que este diario funcionó como aglutinador y coordinador de la defensa de la oligarquía amenazada al establecer la agenda política en función de las preocupaciones e intereses de este grupo,¹⁹⁵ nosotros podríamos decir que periódicos como *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, fueron una autentica avanzada —también en el sentido militar— de la misma oligarquía amenazada por la revolución. Pues la avanzada o vanguardia de un ejército, es un destacamento que separa de la formación principal con misiones diferentes: reconocimiento del terreno, ocupación de posiciones estratégicas como puntos altos o de atrincheramiento, contención del enemigo y hostigamiento y persecución del mismo. En este sentido, mientras *El Imparcial*, gracias a sus cuantiosos recursos materiales y simbólicos,¹⁹⁶ continuaba guiando la discusión pública, imponiendo los temas y las políticas de oposición, así como estructurando los planes de acción, los órganos de la prensa político-satírica, como *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, retomaron esos temas que interesaban a la oligarquía y los profundizaron dirigiendo ataques directos y constantes en contra de la revolución y sus hombres.

¹⁹⁵ Sobre el papel político de *El Imparcial* en el contexto de la primera etapa de la revolución y su función integradora de la oligarquía porfiriana: Ariel Rodríguez Kuri, “El discurso del miedo: El Imparcial y Francisco I. Madero”, *Historia Mexicana*, XL, 4, 1991, p. 697-740.

¹⁹⁶ “*El Imparcial* era todavía el periódico de mayor tiraje, el más moderno, donde el capital prefería contratar publicidad y el que contaba con una extensa nómina de reporteros que le permitía ampliar su cobertura informativa; como consecuencia de su éxito empresarial, adquirió en noviembre de 1911 nuevas y mejores instalaciones. El diario, a pesar de quedar sin la protección gubernamental y sumarse a la oposición, seguía sin enfrentar competencia en los ámbitos noticioso y tecnológico, debido a que la mayoría de los periódicos enfocó sus energías hacia el terreno político”; Cruz García, *Op. cit.*, p. 58.

III. CIVILIZACIÓN Y BARBARIE EN EL PENSAMIENTO DE LAS ÉLITES SOCIALES PORFIRIANAS

Según el filósofo Bolívar Echeverría, la modernidad surgió originalmente como una alternativa civilizatoria inédita que prometía la libertad del ser humano con respecto a lo Otro (o la Naturaleza) en el ámbito cultural de las sociedades europeas aproximadamente hacia el siglo X de nuestra era. Empero, es a partir del siglo XVI, teniendo como proceso fundamental la expansión colonialista europea, que dicho proyecto civilizatorio de cuño occidental comenzó a convertirse en el esquema civilizatorio universal, dado que fue impuesto sobre el orden de la vida de todas las sociedades humanas que sobrevivieron al “genocidio colonizador”, como acertadamente lo define Foucault.¹⁹⁷

Así, partiendo de este planteamiento que sugiere la equivalencia entre los conceptos de modernidad y civilización (universal), nos hemos de atrever a sostener, por ejemplo, que cuando el órgano periodístico más importante del país a comienzos del siglo XX dedicó por primera vez su espacio principal al tema de la rebelión zapatista bajo el título “Zapata es el Moderno Atila”,¹⁹⁸ se estaba revelando nada más y nada menos que el basamento epistemológico que hizo posible y definió las características del discurso que en lo subsecuente toda la prensa capitalina reproduciría, en diferentes proporciones, respecto al movimiento zapatista. Siendo el eje rector de este discurso la oposición dicotómica entre las ideas de “civilización” y “barbarie” tal y como eran comprendidas en su significado por los emisores y receptores de esta representación: las élites sociales mexicanas de las postrimerías del Porfiriato.

El símbolo “Atila” y la invocación a la modernidad sintetizan esta oposición fundamental; el primero como el más efectivo condensador de conceptos ligados a la idea de barbarie en relación con la guerra.¹⁹⁹ Mientras que la invocación a la modernidad no puede ser entendida solamente como el recurso retórico para traer al presente a un personaje histórico pre-moderno, sino que la modernidad misma es el paradigma civilizatorio, el *logos*²⁰⁰, la

¹⁹⁷ Michel Foucault, *Genealogía del racismo. De la guerra de razas al Racismo de Estado...*, p. 223.

¹⁹⁸ *El Imparcial*, 20 de junio 1911, tomo XXX, núm. 6, 288, México D. F., 1ª plana.

¹⁹⁹ Francisco Pineda Gómez, “La representación del indio. Fiesta y guerra de la oligarquía”..., p. 16.

²⁰⁰ Entendemos el concepto *logos* a través de las dos acepciones de su significado que advierte Leopoldo Zea: “El logos tiene, desde su lejano origen griego hasta nuestros días, dos acepciones: la de razón y la de

matriz cultural o “estado de código” que hacía posible hablar de un bárbaro-zapatista, un “Moderno Atila”. Esto es, en términos más simples, que debemos entender la modernidad no sólo como un periodo histórico, sino también, y sobre todo, como la esencia misma del esquema civilizatorio occidental y, en proporciones diferentes, del mundo en el que éste esquema fue impuesto a partir del siglo XVI. Luego, lógicamente, creemos que la visión de lo social —y en general la cosmovisión— de las élites sociales porfirianas se hallaba indudablemente regida por el paradigma civilizatorio de la modernidad.

Por esta razón, consideramos que un análisis sobre las influencias culturales de aquel contexto histórico particular que dotaban de significado los conceptos opuestos “civilización” y “barbarie”, ordenadores del discurso del bárbaro-zapatista, sería inviable si previamente no existe una reflexión en torno a las características de la modernidad entendida como el esquema o paradigma civilizatorio que otorgaba significado y daba “forma” al mundo en la época que correspondió vivir a la élites sociales porfirianas que produjeron y consumieron esta representación.

3.1. Modernidad y Civilización

Comúnmente se define a la modernidad como una nueva era en la historia de la humanidad que arranca en el siglo XVI como resultado, básicamente, de un salto cualitativo en la producción de tecnología. Otras interpretaciones sitúan el inicio de la modernidad entre los siglos XVIII y XIX, tomando como punto de referencia la Revolución Industrial y la consolidación de los grandes centros urbanos alrededor del mundo, entre otros fenómenos que tuvieron lugar en esos siglos.²⁰¹ Y realmente estas aproximaciones son acertadas. Pero también es cierto que la modernidad implica mucho más que una revolución en la tecnología.

palabra. Razonar es tomar conciencia de lo externo que ha de ser sometido a las categorías de comprensión internas, a la razón [...] Definir es, también, saber la palabra precisa que permite deslindar lo conocido en relación con otras cosas igualmente conocidas [...] Fuera del logos, capaz de definir lo que [el griego] conocía, sólo estaba la nada, aquello de lo que no se podía hablar [...] fuera de la razón está lo indefinible, lo inefable, lo ambiguo y por ello ajeno a la razón. El logos es, también, palabra, capacidad de poder comunicar a otro lo conocido y definido [...] Logos es, así, razón que aclara y define lo que se conoce, y palabra la posibilidad de expresar este conocimiento a otros”. Zea, *Op. cit.*, p. 29-30.

²⁰¹ Estas interpretaciones son solo algunas de una amplia reflexión en torno a los orígenes de la modernidad. Para una imagen más completa ver: Bolívar Echeverría, “Definición de la modernidad”, en *Modernidad y Blanquitud...*, p. 13-34.

La reflexión filosófica de las últimas décadas en torno al concepto modernidad lo ha profundizado y enriquecido tanto teórica como conceptualmente, ampliando su capacidad explicativa de los fenómenos históricos modernos tales como el desarrollo y perfeccionamiento sistemático de tecnología, la reubicación del lugar propio de lo humano en el espacio urbano, el surgimiento del Estado-nación como principal instancia ordenadora de la socialización humana, la institución del individualismo como fundamento de la organización social, el surgimiento y devenir del racionalismo que surgió con el movimiento de la Ilustración, la creencia de que el “progreso” es la dinámica que rige el tiempo, así como la relación simbiótica entre la modernidad en tanto esquema civilizatorio y el sistema de producción-consumo capitalista, entre otros fenómenos que se desprenden de estos que son considerados los principales.²⁰²

En cuanto al origen histórico-social de la modernidad, estas reflexiones también han planteado nuevas perspectivas, en algunos casos incluso señalando rasgos “proto-modernos” en el pensamiento de los autores clásicos de la Grecia antigua.²⁰³ No obstante, en este sentido la propuesta que queremos destacar es la de Echeverría, que considera el siglo X como origen de la modernidad. Entendiendo dicho origen como la gestación de la revolución técnica más radical y trascendental en la historia de la humanidad. En efecto, la interpretación que Echeverría hace de la modernidad en su origen o esencia la define como un momento en la historia de la técnica que arranca en Europa hacia el siglo X como un proceso de perfeccionamiento cualitativo radical de ésta; revolución técnica que presupuso la opción-promesa inédita de superar por completo la escases que hasta entonces marcaba invariablemente la relación entre el ser humano y la Naturaleza,²⁰⁴ es decir, que prometía un proyecto civilizatorio superior, más perfecto que los esquemas civilizatorios pre-modernos o “tradicionales”.

²⁰² “El encuentro/desencuentro de la modernidad y el capitalismo –la primera como posibilidad histórica inédita de una existencia abundante y emancipada, y este último como la mediación real de su realización– confiere a la vida social moderna una peculiaridad muy marcada, que suele describirse mediante una serie de determinaciones características, en la que coinciden numerosos autores: el racionalismo, el individualismo, el urbanicismo, el economicismo, el nacionalismo, etcétera”. Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 149-150.

²⁰³ Echeverría, “Definición de la modernidad”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 13-34.

²⁰⁴ *Idem.*, p 21-26.

Sin embargo, la modernidad entendida de esta forma, es decir, como un ideal o una promesa de libertad e independencia absoluta del ser humano con respecto a la Naturaleza a través de la nueva técnica, se distingue radicalmente de la modernidad “realmente existente” en el mundo a partir del siglo X. Esto es, que debemos advertir la diferencia entre dos modernidades: una ideal o potencial y otra modernidad práctica o realmente existente, siendo que esta última corresponde a las respuestas con las que distintas sociedades han enfrentado el reto de emplear la nueva técnica para conseguir la autonomía del ser humano que la modernidad ideal promete.²⁰⁵ De la misma manera que cabe afirmar que las respuestas o proyectos modernizadores que la sociedad europea ha desarrollado han sido los más decisivos para la conformación de un proyecto o esquema civilizatorio de carácter universal tal y como es su naturaleza en la actualidad, gracias sobre todo —como hemos repetido— al proceso colonizador, así como a los posteriores procesos del imperialismo y el postcolonialismo, y a la devastación que éstos implicaron (e implican) para las múltiples civilizaciones sobre las que se impuso la modernidad, cuyas bases humanas se vieron obligadas a adaptarse al nuevo esquema, aunque nunca reproduciendo la cultura impuesta de forma íntegra, sino antes bien asimilándose desde su particular forma de ver el mundo.²⁰⁶ De esta manera, modernidad (realmente existente) y civilización (civilizaciones humanas) se han ligado fundamentalmente desde el siglo XVI, y “esencialmente” hacia el siglo XVIII, en una relación simbiótica que ha convertido estos conceptos en sinónimos:

Poco a poco, y de manera indudable desde el siglo XVIII, se ha vuelto imposible separar los rasgos propios de la vida civilizada en general de los que corresponden particularmente a la vida moderna. La presencia de estos últimos parece, si no agotar, sí constituir una parte sustancial de las condiciones de posibilidad de los primeros. La modernidad, que fue una modalidad de la civilización humana, por la que ésta optó en un determinado momento de su historia, ha dejado de ser sólo eso, una modificación en principio reversible de ella, y ha pasado a formar parte de su esencia. Sin modernidad, la civilización en cuanto tal se ha vuelto ya inconsistente.²⁰⁷

En efecto, como se ve de lo anterior, también es importante comprender que si bien la modernidad viene convirtiéndose en esencia de la civilización humana mínimamente desde

²⁰⁵ “Como es característico de toda realidad humana, también la modernidad está constituida por el juego de dos niveles diferentes de presencia real: el posible o potencial y el actual o efectivo”. Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 144.

²⁰⁶ *Idem.*, p. 55-56.

²⁰⁷ *Idem.*, p. 34.

el siglo XVI, es sobre todo el siglo XVIII un momento crucial, puesto que en dicha centuria corresponde el comienzo de “el indetenible asenso de la modernidad capitalista como esquema civilizatorio universal, de la consolidación de su monolitismo”. Esto como consecuencia de la afirmación de un proyecto modernizador por sobre las demás respuestas a la modernidad que se gestaron entre las mismas sociedades europeas. Es decir, el proyecto formulado por el sector social que desde el siglo XIV se perfilaba como nuevo protagonista del acontecer político-social en Europa gracias al mercantilismo capitalista y al capital usurario: la burguesía europea. Pero veremos algunos detalles de este proceso en el que la modernidad se fusionó con el capitalismo.

3.2. *La modernidad capitalista*

Ciertamente, el sistema de producción y consumo de la riqueza material conocido como capitalismo emergió plenamente como tal en el siglo XVIII. No obstante, Echeverría apunta al siglo XIV como el inicio de una hegemonía de la modernidad de naturaleza capitalista tomando como referencia la consolidación de la ciudad burguesa y “la aceleración en la circulación mercantil de la riqueza que sólo es posible gracias a su conversión en circulación mercantil propiamente capitalista” en Europa.²⁰⁸ Luego, entonces, esta especie de espíritu proto-capitalista que definía al mercantilismo europeo “descubrió” en la modernidad original, es decir, en la nueva técnica, una oportunidad inédita de incrementar la productividad de las empresas privadas y la ganancia excedente, de forma que fomentó decididamente la innovación y el perfeccionamiento sistemático de la nueva técnica desde el comienzo. En esta interacción se vieron combinados capitalismo y modernidad (nueva técnica), fortaleciéndose mutuamente a través del tiempo hasta que en el siglo XVIII esta simbiosis alcanzó su primer punto clímax, cristalizado en la Revolución Industrial y en el encumbramiento de la acumulación del capital como fin primero del trabajo humano. Había nacido la “modernidad capitalista”:

La modernidad, esta respuesta autorrevolucionaria que la civilización milenaria da al desafío que le lanza el apareamiento de la neotécnica, queda de esta manera atada en Occidente al método con el que allí se formuló esa respuesta. Queda atada al órgano del que se sirvió para potenciar exitosamente el aspecto multiplicador de la neotécnica, queda confundida con el capitalismo. El capitalismo se transforma en un “*servo padrone*” de la modernidad: invitado por ella a ser su instrumento de respuesta al revolucionamiento de la neotécnica, se convierte

²⁰⁸ *Idem.*, p. 40-43.

en su amo, en el señor de la modernidad. Se puede decir entonces que, a partir de ese siglo [XVIII], la modernidad “realmente existente”, primero en Europa “y después en el mundo entero”, es una actualización de la esencia de la modernidad a la que está justificado llamar “modernidad capitalista”.²⁰⁹

Podríamos detenernos aquí y tendríamos una definición suficientemente certera de lo que es la modernidad capitalista, el proyecto civilizatorio que a partir del siglo XVIII se convirtió en el paradigma civilizatorio universal. No obstante consideramos importante destacar un momento decisivo en la historia de la modernidad capitalista que define en gran medida las características de la vida moderna en sociedad mínimamente desde finales del siglo XIX y hasta la actualidad, aunque su origen se remonta al siglo XVI. Nos referimos a la escisión o bifurcación en el proyecto de la modernidad capitalista que tuvo lugar con la Reforma Protestante y que derivó en una actualización de éste, perfeccionando de forma espontánea su práctica y llevándolo a experimentar los topes de su desarrollo.²¹⁰ A continuación algunos detalles generales.

El sistema capitalista de producción-consumo de la riqueza material exige para su realización un comportamiento específico por parte tanto del individuo como del conjunto social, un comportamiento de “autorrepresión productivista”²¹¹ —como lo define Echeverría— que busca consolidar un tipo de ser humano bien dispuesto a subordinar todos los aspectos prácticos de la vida bajo la lógica de la acumulación de capital. En palabras de Max Weber, lo que el capitalismo requiere es una ética de: “entrega al trabajo, de ascesis en el mundo, de conducta moderada y virtuosa, de racionalidad productiva”.²¹² Exigencia que provocó que la Europa “tradicional” opusiera cierto grado de resistencia ante el avance de la modernización capitalista. Salvo entre las sociedades del noroccidente de Europa en las que había tenido arraigo el cristianismo protestante, puesto que la racionalidad religiosa que éstas habían desarrollado y que dominaba profundamente todos los aspectos prácticos de su vida no sólo era coincidente con las demandas del capitalismo, sino que además le dotó de un impulso “místico” y a la vez racional que desataría su máximo potencial, como se vería reflejado con claridad a partir del siglo XIX en su versión americana.

²⁰⁹ Echeverría, *Modernidad y blanquitud...*, p. 29-30.

²¹⁰ Ver: Echeverría, “La modernidad americana (claves para su comprensión)”, en *Idem.*, pp. 87-114.

²¹¹ *Idem.*, p. 57.

²¹² *Loc. cit.*

Con base en lo expuesto por Weber en su *Ética protestante...*²¹³ podemos destacar, a grandes rasgos, dos claves que hicieron de la ética racionalista del cristianismo reformado la base ideal para consolidar un proceso de acumulación de capital casi perfecto. Nos referimos, por una parte, a la concepción ascética del trabajo o profesión y, en segundo lugar, al dogma de la predestinación; la primera concebía la actividad productiva del hombre como “observancia de sus deberes a su paso por el mundo”, como “llamado” de Dios para acrecentar su gloria entre los hombres. Mientras que el segundo sentenciaba que Dios, “para manifestar su omnipotencia”, había predestinado secretamente a unos hombres a la salvación y a otros a la condena. Dogmas que dieron lugar a la creencia de que el único indicio de que un individuo había sido predestinado a la vida eterna se hallaba en la productividad de su profesión, en su capacidad de producir y reproducir la riqueza material. Lo que finalmente derivó, entre los cristianos reformados, en una actitud de subordinación total de la vida práctica en función de la actividad productiva.

De esta forma —nos dice Echeverría—, el capitalismo, sobre la base del racionalismo del protestantismo calvinista, al ser trasplantado y puesto en práctica en aquel “nuevo” y vasto territorio que dio en llamarse América, sin más obstáculos “tradicionales” para su realización que la resistencia ofrecida por sus habitantes originales (inferiores a los europeos en tecnología y considerados como Naturaleza que no servía de “materia prima”), pudo experimentar los límites de su desarrollo, llegando a superar en este sentido a su contraparte Europea al punto de poder volver sobre ella en el siglo XX para subsanar su estado de crisis y entronizarse como el esquema civilizatorio universal.

La “americanización” de la modernidad durante el siglo XX es un fenómeno general: no hay un solo rasgo de la vida civilizada de ese siglo que no presente de una manera u otra una sobredeterminación en la que el “americanismo” o la “identidad americana” no haya puesto su marca. Se trata de un fenómeno que no se da solamente, como sería de esperarse, en las sociedades de Norteamérica, donde se gestó a partir del siglo XVII, sino que se hace presente, ya desde finales del siglo XIX, a todo lo ancho del planeta.²¹⁴

Así, en suma, es un hecho que la modernidad realmente existente en el mundo a partir del siglo XVIII, es decir, la modernidad capitalista propiamente dicha, se constituye como un esquema o proyecto civilizatorio totalizador. Y en cuanto tal implica una novedosa

²¹³ Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, España, Globus Comunicación, 2013, 379 pp.

²¹⁴ Echeverría, “La modernidad americana (claves para su comprensión)”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 87.

percepción del mundo y del lugar que la humanidad ocupa en él. Esto es, el proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista establece un nuevo paradigma sobre el “código” de lo humano, una actualización del *logos* o toma de conciencia con respecto al mundo real que sirve como “moldura” o referencia normativa que determina las “formas” y el significado de la experiencia humana en el mundo.

3.3. El paradigma social de la modernidad capitalista

En el ámbito de la vida humana en sociedad, sustrato básico de cualquier esquema civilizatorio, dicha determinación paradigmática implicó una reconfiguración profunda de los valores e instancias que ordenaban lo social hasta antes de la emergencia de la modernidad. Este hecho, como apunta Echeverría, otorgó a la vida moderna en sociedad, mínimamente a partir del siglo XVIII, una serie de rasgos característicos e inéditos que presuponían una superioridad con respecto al orden pre-moderno o “tradicional” de las formas sociales, pero que, en la práctica, más que materializar la libertad del hombre implica para éste la supeditación de todos los aspectos de la vida al proceso de acumulación de capital propio de la modernidad realmente existente en los últimos siglos.

Luego, dado que entendemos la modernidad capitalista como el paradigma civilizatorio que hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX se encontraba en plena consolidación como el esquema civilizatorio universal tras supeditar a las civilizaciones pre-modernas, sostenemos aquí que el significado que las élites sociales porfirianas (occidentalizadas y modernizantes) asignaban a su experiencia en el mundo era determinado invariablemente por el esquema civilizatorio propio de la modernidad capitalista. Por tal motivo, consideramos de importancia central realizar un breve análisis de los rasgos más característicos que definen el paradigma civilizatorio de la modernidad capitalista en su fundamento: el ordenamiento de la sociabilidad humana.

Con este objeto, diremos que Echeverría plantea la existencia de varios fenómenos modernos principales o “mayores” que se materializan en lo social imbricándose y complementándose entre sí de manera que podemos entenderlos como los ejes esenciales del paradigma civilizatorio propio de la modernidad capitalista. Entre estos, el citado autor destaca en primer lugar la aparición de una inédita confianza en la capacidad técnica del ser

humano, la cual se fundamenta en el empleo de una razón que excluye y rechaza toda posibilidad de una mediación “mágica” o “mística” entre el ser humano y la Naturaleza, y que en cambio percibe la construcción del conocimiento físico-matemático como la única opción viable para conquistar la independencia del ser humano con respecto a la Naturaleza. En palabras del citado autor, se trata de:

[...] una confianza práctica en la “dimensión” puramente “física —es decir, no metafísica—” de la capacidad técnica del ser humano; la confianza en la técnica basada en el uso de una razón que se protege del delirio mediante un autocontrol de consistencia matemática, y que atiende así de manera preferente o exclusiva al funcionamiento profano o no sagrado de la naturaleza del mundo. Lo central en este primer fenómeno moderno está en la confianza, que se presenta en el comportamiento cotidiano, en la capacidad del ser humano de aproximarse o enfrentarse a la naturaleza en términos puramente mundanos y de alcanzar, mediante una acción programada y calculada a partir del conocimiento matematizado de la misma, efectos más favorables para él que los que podía garantizar la aproximación tradicional a lo otro, que era una aproximación de orden mágico. En la confianza en una técnica eficientista inmediata (“terrenal”), desentendida de cualquier implicación mediata (“celestial”) que no sea inteligible en términos de una causalidad racional-matemática.²¹⁵

Este fenómeno ha sido referido como racionalismo/razón instrumental o matematizante, e implica: “la reducción de la especificidad de lo humano al desarrollo de la facultad racionante y la reducción de ésta al modo en que ella se realiza en la práctica puramente técnica o instrumentalizadora del mundo [...]”.²¹⁶ Siendo, a la vez, que lo que se persigue a través de su realización es, fundamentalmente, conquistar la autonomía-dominio del ser humano con respecto a lo Otro, que es todo aquello ajeno o externo al sujeto racionante, todo lo que es Naturaleza, incluyendo a los otros: los seres “semi-humanos” privados de la razón verdaderamente humana. Todo esto es lo Otro que desde la perspectiva del racionalismo moderno representa un auténtico caos amenazante y que, por tanto, implica un profundo temor para el *logos* occidental. Un caos urgido de ser “domesticado” para neutralizar la amenaza; “Nada debe estar afuera [...] sólo si el caos que se muestra en la consistencia concreta de las cosas llegara a consistir plenamente en una mera proyección negativa del sujeto y su cosmos, a ser exclusivamente aquello “aún no” conquistado e invadido por él, el temor a lo otro podría desvanecerse en el sujeto ilustrado [racional]”.²¹⁷ Empero, mientras esto ocurre el capitalismo ofrece un instrumento para cuantificar el avance de la conquista sobre lo Otro y apaciguar, así, la ansiedad y el temor del sujeto

²¹⁵ Echeverría, “Definición de la modernidad”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 14

²¹⁶ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 151.

²¹⁷ Echeverría, “Acepciones de la Ilustración”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 56.

ilustrado y racional: la riqueza material. Así la razón matematizante “deviene en un instrumento para elevar al máximo la riqueza mediante el incremento de la racionalidad tecnológica”.²¹⁸

Naturaleza es, pues, todo lo ajeno al ser humano moderno y racional; aquello que somete su mente a la incertidumbre y el temor de forma permanente. Sin embargo, el racionalismo moderno, a través de la nueva técnica, pretende haber encontrado la clave para superar por fin el estado de incertidumbre, la vía para develar las leyes del Universo y acrecentar así el poder y el dominio del ser humano sobre lo Otro. De lo que se desprende otro eje paradigmático de la modernidad realmente existente: la noción del progreso.

El paradigma del progreso implica una nueva forma de percibir el tiempo, la cual niega y busca desplazar la tradicional noción de un tiempo universal de carácter cíclico, y en cambio concibe el transcurrir del tiempo como una trayectoria o devenir que es invariablemente vertical y ascendente, sobre todo en lo que se refiere al tiempo de la existencia del ser humano, cuyo destino creciente como rector del Universo parecía haber sido definido tras la emergencia de la nueva técnica y su promesa de autonomía y libertad. En palabras de Echeverría, la noción del progreso implica:

[...] la convicción empírica de que el ser humano, que estaría sobre la tierra para dominar sobre ella, ejerce su capacidad conquistadora de manera creciente, aumentando y extendiendo su dominio con el tiempo, siguiendo una línea temporal recta y ascendente que es la línea del progreso [...] Por sobre la confianza práctica en la temporalidad cíclica del “eterno retorno” aparece entonces una nueva confianza, que consiste en contar con que la vida humana y su historia están lanzadas hacia arriba y hacia adelante, en el sentido del mejoramiento que viene con el tiempo.²¹⁹

Así, pues, desde la perspectiva “progresista”, el tiempo pasado es percibido como lugar de la imperfección, mientras el presente adquiere un ritmo vertiginoso y vacío de significado puesto que únicamente funciona como transición entre el pasado siempre imperfecto y un futuro ideal próximo a la perfección.²²⁰

²¹⁸ David Ruslam Sánchez Pacheco, “Construcción del imaginario en tiempos de la razón instrumental, un análisis desde Adorno y Horkheimer”, en Mauricio Pilatowski coordinador, *La configuración de la nación mexicana: un proyecto de inclusión y exclusión*, México, Ediciones Acatlán, 2013, p. 109-110.

²¹⁹ Echeverría, “Definición de la modernidad”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 15.

²²⁰ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 152-153.

No obstante, la noción del progreso no se acota únicamente al plano subjetivo de la percepción del tiempo, sino que, como señala Echeverría, se ve materializado en la negación de la percepción tradicional del espacio rural como lugar en el que debía transcurrir la experiencia del ser humano en el mundo; siendo, en cambio, que ahora se considera el espacio urbano como destino ideal del hombre civilizado. Dentro del proyecto de la modernidad capitalista, ese pequeño espacio geográfico, la ciudad, simboliza: “la materialización incesante del tiempo del progreso”;²²¹ el triunfo creciente de la razón matematizante y de la capacidad técnico-práctica del ser humano sobre los poderes de la Naturaleza, conformando así otro eje paradigmático específico de la modernidad que puede ser denominado “urbanicismo”, es decir: “la determinación citadina del lugar propio de lo humano”.²²²

El urbanicismo como uno de los ejes fundamentales del esquema civilizatorio de la modernidad capitalista comenzó a gestarse en Europa durante el siglo XIV, cuando la ciudad burguesa se convirtió en el centro efectivo del poder económico, social y cultural, reconfigurando así las relaciones de poder vigentes hasta aquel momento, cuyo orden era determinado por el sistema de vasallaje feudal. A partir de entonces surgió un nuevo tipo de sociabilidad que implicó una ruptura con la actividad política tradicional y del cual se desprendieron otros fenómenos típicamente modernos: “La economía mercantil capitalista —que, al conectar lo rural con lo urbano, inserta la existencia local en el escenario mundial— se ha convertido en la base de un nuevo tipo de vida, y tanto la legislación como la administración de la ciudad han inaugurado la política moderna”.²²³ Efectivamente, en el ámbito de la vida en sociedad la ciudad burguesa fue origen de otra radical transformación que se convirtió en paradigma de la modernidad capitalista, puesto que en ese lugar las leyes de vasallaje perdieron influjo, pero en cambio floreció la interacción entre individuos constituidos como propietarios privados.²²⁴ Se trataba de la emergencia del individualismo o la exaltación del individuo-propietario privado singular e independiente como único dueño de sí mismo y como sustancia básica de la organización social en el proyecto de la

²²¹ *Idem.*, p. 153.

²²² Echeverría, “Definición de la modernidad”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 15.

²²³ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...* p. 141.

²²⁴ “El aire citadino libera; las relaciones personales de producción y consumo (el vasallaje feudal) han sido rebasadas por las relaciones entre propietarios privados”. *Loc. cit.*

modernidad capitalista.²²⁵ Este fenómeno moderno, al igual que los anteriores, implica una ruptura profunda con respecto al orden social de la pre-modernidad que se hallaba ineludiblemente fundamentado en la concepción de la comunidad como instancia básica de lo social.²²⁶

No obstante, como advierte Echeverría, la sustitución de la sociabilidad comunitaria tradicional por la sociabilidad del sistema capitalista, que reduce la identidad del individuo a la categoría de propietario privado suscrito a una “clase” social determinada, no satisface la necesidad del ser humano de identificarse con alguna forma social concreta a través de la cual asignar un significado realmente complejo o trascendente a su experiencia en el mundo. Por esta razón el individualismo como elemento ordenador de la sociabilidad en la modernidad capitalista requiere siempre de un complemento que permita su funcionalidad; una problemática que tras la emergencia de los primeros Estados-nación nacidos de las revoluciones burguesas del siglo XVIII se ha tratado de resolver a través de la creación de una identidad nacional que, desde entonces, para satisfacer la necesidad de la que es respuesta, se ve inmersa en un complejo proceso de inclusión y exclusión de elementos identitarios tomados de las bases humanas reales que sirven como sustento del Estado-nación.²²⁷

Pero también hay que agregar que la sustitución de la tradición comunitaria por el individualismo no fue la única alteración que la modernidad capitalista introdujo en el nivel organizativo de lo social, sino que la política, entendida aquí como la actividad exclusiva de la especie humana a través de la cual ésta asigna significado y una forma específica a su naturaleza gregaria, también atravesó por una reorientación radical de su sentido pragmático original, en el que “lo político tiene primaria y fundamentalmente que ver con lo cultural, es decir, con la reproducción identitaria de la sociedad”.²²⁸ En cambio, un fenómeno característico del paradigma social inherente a la modernidad capitalista es el hecho de que la actividad política, definida en los términos anteriores, está supeditada a la

²²⁵ Echeverría, “Definición de la modernidad”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 16-17.

²²⁶ El individualismo “es un fenómeno moderno que se encuentra siempre en proceso de imponerse sobre la tradición ancestral del comunitarismo, es decir, sobre la convicción de que el átomo de la sociedad no es el individuo singular sino un conjunto de individuos, un individuo colectivo, una comunidad, por mínima que esta sea: una familia, por ejemplo [...]”. *Idem.*, p. 17.

²²⁷ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 154-155.

²²⁸ Echeverría, “Definición de la modernidad”, *Modernidad y blanquitud...*, p.16.

lógica de la acumulación de capital; es decir, que ahora tiene más que ver con el desarrollo económico que con la reproducción de la identidad. Dicha determinación de la actividad política en la modernidad capitalista ha sido referida indistintamente por Echeverría como la “secularización de lo político”, “materialismo político” o “economicismo”, que implica: “el hecho de que en la vida social aparece una primacía de la ‘política económica’ sobre otro tipo de ‘políticas’ que uno pueda imaginar o, puesto en otros términos, la primacía de la ‘sociedad civil’ o ‘burguesa’ en la definición de los asuntos del Estado”.²²⁹

Como consecuencia de lo anterior, la naturaleza del Estado-nación moderno, que por lo demás representa la cristalización del ascenso y consolidación de las burguesías del mundo occidental en la cúspide del poder social,²³⁰ se nos presenta como una suerte de empresa privada fundada primero por la burguesía europea y después, en el resto del mundo, por las élites económicas dominantes identificadas con el proyecto de la modernidad capitalista. Así, el Estado-nación se constituye en la instancia fundamental y “monopolizadora de la re-socialización de los individuos en el sentido del capitalismo”.²³¹ Y esto no solamente al interior del Estado, es decir, entre los individuos-propietarios privados que se encuentran adscritos a un determinado contrato social entre sí y cohesionados por una identidad nacional particular, sino también al exterior, en el ámbito internacional, donde tiene lugar una relación que es de competencia entre empresas nacionales por el mercado mundial.²³²

En resumen: consagración de la capacidad técnica como esencia de la razón humana, fe en el progreso, convicción de que el lugar correspondiente al ser humano en el mundo es el espacio urbano, el individualismo como sustituto de la tradición comunitaria, surgimiento

²²⁹ Echeverría, *loc. cit.*

²³⁰ “La organización política bajo la forma del Estado-nación corresponde históricamente a la organización económica del sistema industrial capitalista y responde a la necesidad política de controlar hegemoníamente un amplio territorio y sus habitantes”. Jorge Gómez Izquierdo, “Nacionalismo, racismo y autonomía indígena”, en José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Plaza y Valdés Ed., 2005, p. 14.

²³¹ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 165.

²³² “La empresa Estado es la actividad coordinada de una masa históricamente particularizada de propietarios privados que, sobre el territorio común de sus comportamientos productivos y consuntivos [...] de acuerdo a un proyecto y una finalidad peculiares; actividad que defienden violentamente tal organización contra sectores no integrables de la misma masa de propietarios privados y contra las actividades estatales concurrentes que se le oponen desde el exterior”. Bolívar Echeverría, “El problema de la nación desde la crítica de la economía política”, en *Cuadernos Políticos*, número 29, México D. F., Editorial Era, julio-septiembre de 1981, p. 14.

del Estado-nación como centro rector de la sociabilidad y lo económico como primer criterio del Estado moderno para ordenar lo social. Tal es el paradigma que la modernidad capitalista impuso a la vida en todo el mundo desde el siglo XVIII como mínimo.

Pero la imposición universal del esquema civilizatorio de la modernidad capitalista, que implica la creación de un tipo nuevo de ser humano y una nueva percepción del mundo, ha sido gradual y su proceso se inscribe en la larga duración, pues aún hoy la modernidad capitalista continúa en vía de erradicar los esquemas civilizatorios tradicionales o premodernas con el objetivo de homogeneizar lo humano dentro de las formas que más convienen al sistema capitalista de producción-consumo de la riqueza material.²³³ Y lo que hoy conocemos como México no ha sido la excepción e esta regla; los primeros impulsos modernizadores se remontan al momento mismo del encuentro de Occidente con las sociedades originarias de lo que se llamó Mesoamérica, donde la imposición de la modernidad dio comienzo a través de la conquista material y simbólica de los pueblos. Empero, tampoco en México la modernidad capitalista se consolidó en poco tiempo, sino que, al contrario, su afirmación fue muy lenta y de corto alcance durante toda la época colonial. Siendo solamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando podemos percibir un predominio de la modernidad capitalista sobre los otros esquemas de modernidad vigentes entre la sociedad colonial, y el Porfiriato representa su momento de mayor ascendente en este sentido.²³⁴

3.4. *La modernidad porfiriana*

²³³ Echeverría, "Definición de la modernidad", *Modernidad y blanquitud...*, p. 14.

²³⁴ Sobre esto, Echeverría dice que: "En México, el proceso de modernización fue tan largo como en Alemania, pero más complejo y en esa medida menos explosivo. Comenzó en los tiempos de la primera prueba de existencia de la modernidad capitalista, junto con la impugnación abierta del mundo medieval y junto con la manifestación política de la misma en la construcción del primer Estado nacional moderno, el Estado imperial español de Isabel la Católica. Pero después de este *shock* primero y traumático de modernización, que dio lugar al México barroco y jesuítico del siglo XVII, pasó por otros más, como el *shock* del Despotismo Ilustrado o el de la construcción republicana del siglo XIX, hasta el *shock* de modernización del nacionalismo económico y el último, el de la globalización neoliberal". Echeverría, "La modernidad y la anti-modernidad de los mexicanos", *Modernidad y blanquitud...*, p. 239. Pero el mismo autor agrega que en México, igual que en el resto de la América colonizada por España, fue en el siglo barroco, el XVII, cuando se afirmó el esquema de modernidad más duradero a pesar de los sucesivos impulsos del poder para imponer la modernidad capitalista, el de una modernidad barroca: "La modernización de la América Latina en la época 'barroca' parece haber sido tan profunda que las otras que vinieron después —la del colonialismo ilustrado en el siglo XVIII, la de la nacionalización republicana en el siglo XIX y la de la capitalización dependiente en este siglo [XX], por identificarlas de algún modo— no han sido capaces de alterar sustancialmente lo que ella fundó en su tiempo". Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 57.

En efecto, sobre todo durante la última década del siglo XIX y la primera del XX, la modernidad capitalista en México atravesó por una etapa de expansión acelerada como no había experimentado nunca hasta ese momento, gracias a una multiplicidad de factores que no cabe señalar aquí, pero que han sido desarrollados ampliamente por François X. Guerra.²³⁵ Empero, sí podemos destacar la influencia que para este hecho representó la consolidación en el poder de la élite política conocida como los “científicos”, y su cadena de solidaridades, puesto que entre los sectores que conformaban la oligarquía porfiriana fue dicho grupo el que impulsó más decididamente la modernización de México partiendo de una visión del mundo definida por el racionalismo positivista. Aunque, ciertamente, también es importante subrayar que sin importar si estaban ligados o no a los “científicos”, y sin importar que fueran o no estudiosos de la filosofía positivista, el paradigma de la modernidad capitalista, por su carácter universal y totalizador, se hallaba bien extendido entre la totalidad de las élites sociales de México a finales del siglo XIX y comienzos del XX, por lo que podemos suponer que las este sector de la sociedad compartía más o menos la misma visión del mundo, y quizá por esto sea válido denominarlas en lo general como las “élites modernizantes porfirianas”.

En esta lógica, cuando nos preguntamos por el significado que la palabra “Civilización” tenía para estas élites sociales, lo primero que podemos destacar es la influencia que el paradigma progresista ejercía sobre su pensamiento: la oligarquía mexicana del Porfiriato, al igual que el resto de las élites modernizantes al rededor del mundo hacía finales del siglo XIX, no pensaba en la civilización como un estado de cosas unívoco —aunque sí se creía que existía sólo una forma de vida civilizada—, sino que más bien se pensaba en la existencia histórica de distintos niveles de desarrollo o progreso civilizatorio que apuntaban todos a la misma dirección.

Esta creencia se puso de manifiesto en el pensamiento de las élites porfirianas, de una forma básica, a través de una esquematización que distinguía tres momentos sucesivos en el devenir de la humanidad: salvajismo, barbarie y civilización en ese orden cronológico. Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en el pensamiento del intelectual porfiriano Rafael Zayas Enríquez, quien afirmaba que “la humanidad pasa del mal al bien, de la ignorancia a

²³⁵ F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I y II.

la ciencia, del estado salvaje a la barbarie y de la barbarie a la civilización”, y añadía que “el hombre primitivo ocupaba un grado más alto que el de los animales irracionales; pero en cierto modo, más cercano al de ellos que al del hombre bárbaro, como nos lo demuestra de un modo indiscutible el salvaje”.²³⁶

En un nivel superior de reflexión el esquema anterior fue desarrollado a través de los tres estados de evolución del intelecto humano propuestos por la filosofía positivista, es decir, los estados teológico, metafísico y positivo. Pero también a través de la ideología evolucionista emanada de las reflexiones científicas en el campo de la biología, destacando en este sentido la obra de Charles Darwin. De forma tal que la historia del género humano fue concebida como el “progreso” de su humanidad a partir del estado animal mediante el perfeccionamiento gradual de su intelecto y moral; elementos que la filosofía positivista reducía, el primero, a la facultad matematizante e instrumentalizadora del mundo, mientras el segundo a la “civilidad” que en la convivencia social debía hacer prevalecer la razón sobre los instintos animales.²³⁷

En lo tocante a la interpretación que la élite porfiriana hizo de la historia nacional, las mismas influencias definieron la construcción de una narración “en la cual la nación va marchado por un solo camino, con tropiezos en ocasiones, pero siempre cubriendo y superando etapas, en su marcha hacia el futuro prometedor”,²³⁸ es decir, el estado positivo de civilización encarnado en el régimen porfiriano, tras haber sido superadas la etapa teológica representada por los tres siglos de régimen colonial y la etapa metafísica equivalente a los convulsos años del México independiente.

Una de las versiones más sintetizadas de esta narración fue aquella que se puso en escena con motivo de la celebración del Centenario de la independencia de México en 1900 con el

²³⁶ Beatriz Urías Horcasitas, *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México 1871-1921*, México, UIA, 2000, p. 151.

²³⁷ “El dogma del progreso no puede, pues, hacerse suficientemente filosófico sino después de una exacta apreciación general de lo que constituye sobre todo este continuo mejoramiento de nuestra propia naturaleza, principal objeto del adelanto humano [...] este perfeccionamiento consiste esencialmente, sea para el individuo o para la especie, en hacer prevalecer cada vez más los atributos eminentes que mejor distinguen nuestra humanidad de la mera animalidad; es decir, de un lado, la inteligencia [razón], de otro, la sociabilidad, facultades naturalmente solidarias, que sirven mutuamente de medio y de fin”. Augusto Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, España, Globus Comunicación, 2013, p. 114-115.

²³⁸ Nora Elizundia Pérez-Rayón, *México 1900: Percepciones y valores en la Gran Prensa capitalina*, México, UAM-Azcapotzalco/Miguel Ángel Porrúa, 2001, p. 243.

objetivo de redefinir un mito fundacional apropiado para un Estado-nación moderno, al mismo tiempo que estableció lo que desde la perspectiva de las élites porfirianas era el espacio simbólico de lo propio y lo ajeno, de lo moderno y lo arcaico, de la civilización y la barbarie: “la Celebración del centenario estaba destinada a marcar el ingreso de México a la etapa de madurez [...] y a grabar el arribo del país al concierto de las naciones civilizadas”.²³⁹ Y como ha puesto de relieve Pineda Gómez, el lugar que la élite porfiriana se asignó a sí misma dentro de esta narración fue como afianzadora del estado positivo de civilización nacional. En tal sentido, y dado que los obstáculos que los dos estadios anteriores ofrecieron al progreso presuntamente habían sido superados, el distanciamiento con lo indio tanto pasado como presente ocupó un lugar central en el intento de articular la imagen de una Nación moderna, blanca, urbana y civilizada.

Pero si lo indio era, en términos generales, lo anti-moderno, la no-civilización, ¿cuál era entonces el polo opuesto? Si el camino a la civilización era único y constaba de diferentes niveles ¿quién o quiénes encabezaban la marcha? Para las élites modernizantes porfirianas la respuesta era clara: en la cúspide de la civilización humana se encontraban las sociedades del norte de Europa y los Estados Unidos; sociedades industrializadas y mayormente organizadas en función del sistema capitalista de producción y consumo de la riqueza material.

En efecto, para la clase dirigente porfiriana civilización era sinónimo de capitalismo: una sociedad civilizada debía ser, antes que nada, una sociedad industrializada y organizada en torno a la división e intensificación racional del trabajo industrial moderno. Tal era la clave, la piedra angular para hacer que la Nación transitara plenamente a la modernidad y alcanzara un grado superior de civilización, equiparable al de los Estados Unidos o las naciones más destacadas de Europa. En el mismo sentido, el trabajo industrial era comparado con una fuerza natural que tenía el poder de catalizar la evolución biológica tanto en el individuo como en la sociedad. Así lo confirma, por ejemplo, Nora Pérez-Rayón al analizar el discurso de *El Imparcial* en lo tocante a las víctimas de accidentes en el trabajo industrial: los accidentes —se argumentaba en las páginas del gran diario nacional— “son el resultado de leyes casi fatales que apenas pretendemos evadir, procurando que

²³⁹ Pineda Gómez, “La representación del indio. Fiesta y guerra de la oligarquía”..., p. 3.

disminuyan las víctimas que caen en aras del progreso, deidad implacable que no cuenta los individuos, sino que atiende al desarrollo y perfeccionamiento de la especie”.²⁴⁰

En el pensamiento anterior es de observarse la influencia de la filosofía positivista, pues era ésta la que planteaba explícitamente que la subordinación de lo social al trabajo industrial era el medio por excelencia para conseguir que el intelecto humano transitara de un estado “primitivo” (teológico), cercano a la animalidad, a un estado positivo que era el “normal” para la razón humana, es decir, que era el estado mental propio de la humanidad plena, madura y en la cúspide del desarrollo civilizatorio:

Haciendo prevalecer cada vez más la vida industrial, la sociabilidad moderna debe, pues, secundar poderosamente la gran revolución mental que hoy en día eleva nuestra inteligencia, definitivamente, del régimen teológico al régimen positivo [...] en efecto, la vida industrial es, en el fondo, directamente contraria a todo optimismo providencial, puesto que supone necesariamente que el orden natural es bastante imperfecto para exigir sin cesar la intervención humana, mientras que la teología no admite lógicamente otro medio de modificarlo que solicitar un apoyo sobrenatural [...] esta oposición, inherente al conjunto de nuestras concepciones industriales, se reproduce continuamente, en formas muy variadas, en el cumplimiento especial de nuestras operaciones, en que debemos considerar el mundo exterior, no como dirigido por cualesquiera voluntades, sino como sometido a leyes, susceptibles de permitirnos una suficiente previsión, sin la cual nuestra actividad práctica carecería de toda base racional.²⁴¹

Empero, como lo ha puesto de relieve Beatriz Urías, la clase dirigente porfiriana estaba convencida de que la anhelada industrialización de la sociedad nacional no dependía únicamente del esfuerzo de la clase propietaria, sino que resultaba indispensable que toda la sociedad participara de este esfuerzo asumiendo con responsabilidad su rol productivo o su “destino social”.²⁴²

[...] el progreso no se mide en términos de acrecentamiento de riqueza, del aumento de los conocimientos o de la elevación del estado moral: éstos son sólo los síntomas. El sentido profundo del progreso está ligado a los cambios en la estructura interna de la sociedad que se expresan en la profundización del proceso de la división del trabajo social, concebido a su vez como fenómeno natural.²⁴³

En este orden de reflexiones, la moral encontraba su expresión más valiosa y lograda a ojos de las élites modernizantes porfirianas cuando un individuo abrazaba con abnegación su

²⁴⁰ Pérez-Rayón, *Op. cit.*, p. 298-299.

²⁴¹ Comte, *Op. cit.*, p. 73-74.

²⁴² *Idem.*, p. 150.

²⁴³ Beatriz Urías Horcasitas, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político del siglo XIX*, México, ISS-UNAM, 1996, p. 167-168.

“destino social”, es decir, su lugar dentro del proceso productivo capitalista nacional. Nuevamente así lo observó Pérez-Rayón en el discurso del periódico oficialista del régimen:

[...] se señala en *El imparcial* que no es posible exigir el mismo grado de cultura a todos los grupos sociales, ni pretender que todos ellos tengan cultivadas con el mismo esmero las altas nociones morales que se exigen en “las clases directoras”; pero hay una noción cuyo conocimiento es indispensable para todos los que forman la masa útil de la población; es la del deber en el trabajo. Si ese deber se desconoce, o si se falta a él de manera sistemática, se produce un desequilibrio que altera el orden general y afecta las condiciones económicas de todo un pueblo, añade el citado diario.²⁴⁴

Desde una perspectiva crítica de la modernidad podemos sostener que esta percepción de lo moral traduce el afán de las élites modernizantes porfirianas por imponer la socialización capitalista sobre todos los aspectos de la vida individual y colectiva de la sociedad mexicana de comienzos del siglo XX. Así como también es una reiteración de la influencia que la filosofía positivista tenía en su pensamiento, pues es de notar que Comte, por ejemplo, ya había sentenciado que una sociedad solamente podría alcanzar el estado positivo de civilización cuando se encontrara bien delimitada y sincronizada entre sus polos fundamentales, es decir, obreros e industriales:

Desde que la acción real de la Humanidad sobre el mundo exterior ha comenzado, entre los modernos, a organizarse espontáneamente, exige la combinación continua de dos clases distintas, muy desiguales en número pero de igual modo indispensables: por una parte, los *empresarios* propiamente dichos, siempre poco numerosos, que, poseyendo los diversos materiales convenientes, incluso el dinero y el crédito, dirigen el conjunto de cada operación, asumiendo desde ese momento la principal responsabilidad de los resultados, sean cualesquiera; por otra parte, los *operarios* directos, que viven de un salario periódico y forman la inmensa mayoría de los trabajadores, que ejecutan, en una especie de intención abstracta, cada uno de los actos elementales, sin preocuparse especialmente de su concurso final [...] Esta feliz disposición, tan favorable al orden universal como a la verdadera felicidad personal, adquirirá algún día mucha importancia normal, por la sistematización de las relaciones generales que deben existir entre esos dos elementos extremos de la sociedad positiva.²⁴⁵

Tal orden de lo social invariablemente implicaba la preminencia del economicismo o materialismo político como eje fundamental de la actividad política y social del país o, en otras palabras, la subordinación de la mayoría de la población a las decisiones de la burguesía porfiriana. Hecho que los intelectuales del régimen justificaban a través del

²⁴⁴ Pérez-Rayón, *Op. cit.*, p. 288.

²⁴⁵ Comte, *Op. cit.*, p. 149-150.

discurso organicista, en el cual la sociedad era presentada como un organismo vivo en el que cada individuo equivalía a una célula, cada grupo era un órgano y, así, todos se hallaban irreductiblemente obligados a cumplir con su destino “orgánico”, es decir, obligados a asumir su rol dentro de las fuerzas productivas. El orden “científico” de las cosas era sinónimo de civilización, y en el organicismo esgrimido como argumento por la élite, ésta se concebía a sí misma como el órgano más importante: el cerebro.

De la imagen de una sociedad cuyas diferencias internas han sido equiparadas a las funciones que los diferentes grupos desempeñan de acuerdo con la división social del trabajo, se desprendió la posibilidad de legitimar un poder desmesurado. En efecto, mediante la figura de un organismo vivo que al crecer y desarrollarse se identifica con los designios de la cabeza del cuerpo, los positivistas [porfirianos] anularon toda manifestación política independiente.²⁴⁶

Por otra parte, es igualmente importante destacar que el economicismo fundado en el pensamiento organicista también funcionaba como principal criterio de la política exterior nacional; las élites porfirianas, en sintonía con el consenso de las élites modernizantes internacionales, veía en Europa y los Estados Unidos el “cerebro” del organismo que era la humanidad. Y la oligarquía mexicana asumía con responsabilidad el lugar que correspondía a México entre las fuerzas productivas mundiales como suministrador de la materia prima para las grandes industrias de aquellos.²⁴⁷

Efectivamente, en un país predominantemente rural como lo era el México porfiriano, la clase gobernante cifraba la clave de la industrialización en la agricultura o, más concretamente, en la modernización de la agricultura a través de la implementación de adelantos técnicos en beneficio de la productividad, así como en el impulso a los cultivos comerciales de exportación. Agroindustrias mexicanas ejemplares en este sentido fueron, por citar las más relevantes, la del henequén, el cacao, el café o la del azúcar.²⁴⁸ Sin dejar de mencionar la industria ferrocarrilera, que sin ser propiamente agrícola era la columna

²⁴⁶ Urías Horcasitas, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político del siglo XIX...*, p. 192.

²⁴⁷ “Para 1889, el plan porfirista para el desarrollo económico nacional se orientaba a reforzar la participación de México en la Revolución Industrial como suministrador de materias primas y consumidor de tecnología internacional. Fomentar la industrialización mediante inventos tecnológicos autóctonos era un lugar común de la retórica, pero de hecho la élite mexicana ya había abandonado la idea de emparejarse a la rápida marcha de la tecnología industrial y sólo aspiraba a ser un rico proveedor cosmopolita de materias primas”. Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998, p. 187.

²⁴⁸ *Idem.*, p. 58.

vertebral del proyecto modernizador porfiriano al conectar el medio rural industrializado con los centros urbanos y las salidas portuarias.²⁴⁹

En este contexto la Hacienda adquiría importancia central, pues de esta institución económico-social dependía casi en su totalidad la economía nacional. Y aún más: el progreso civilizatorio de un país cuya población mayoritaria habitaba en el campo; la Hacienda debía afirmar la civilización en el mundo rural mediante la aglutinación y organización de esta población en torno al trabajo industrial agrícola moderno.²⁵⁰

Y por esta razón era igualmente importante toda la infraestructura que funcionaba como vínculo entre el medio rural dominado por la Hacienda y los centros urbanos. Destacando, en este sentido, la red de comunicaciones, especialmente en dos ramos; el ferrocarrilero, “emblema por excelencia del modernismo finisecular”,²⁵¹ y el telegráfico, “uno de los mejores títulos de presentación del país en el mundo”.²⁵² Sin dejar de mencionar los restantes elementos de la infraestructura dirigida a comunicar el territorio nacional, como eran puertos, caminos y puentes. Obras materiales que también formaban parte del significado de la civilización, como nos dice Pérez-Rayón: “El entusiasmo [por la inauguración de obras públicas en 1900] derivaba tanto de la utilidad práctica de tales obras como de la imagen simbólica con la que se asociaban: el cambio, la modernidad, el progreso, la identificación con los países civilizados”.²⁵³

Por otra parte, para afirmar la sociabilidad moderna, además de instaurar el ordenamiento de la sociedad en torno a la intensificación y especialización del trabajo industrial, era indispensable hacer prevalecer la socialización entre individuos-propietarios privados sujetos a un contrato social emanado de la legislación nacional por sobre cualquier otro tipo de socialización. Lo que se vio reflejado, por ejemplo, en la legislación penal del régimen,

²⁴⁹ Sobre las características de la modernización capitalista del México porfiriano: F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 324-337.

²⁵⁰ “El mundo rural es antes que nada el de la hacienda, no porque reúna a la mayoría de los campesinos –hemos visto que no reunía en promedio más que de 10 a 20% de los habitantes del campo– sino porque por su extensión, sus salarios y sus condiciones de trabajo marca toda la vida rural con su sello”. *Idem.*, p. 359.

²⁵¹ Tenorio Trillo, *Op. cit.*, p. 160.

²⁵² Pérez-Rayón, *Op. cit.*, p. 309.

²⁵³ *Idem.*, p. 318-319.

en cuyo texto quedaba patente la homologación entre individuo y propiedad privada.²⁵⁴ A la vez que estos esfuerzos de la élite por instaurar la lógica del capitalismo como principio ordenador de la socialización, como no podía ser de otra forma, iban de la mano de las reflexiones y proyectos culturales destinados a fortalecer la presencia del Estado-nación y la conciencia nacional entre los miembros de la sociedad, sobre todo en una tan diversa como la del México porfiriano. Así, en suma, propio de la civilización era cumplir responsablemente con el destino productivo que correspondía a cada cual, lo mismo que participar del contrato social nacional en calidad de individuo-propietario privado. Pero también era civilizado profesar respeto y obediencia a los principios fundamentales del Estado-nación, tales como la democracia y el sufragio, el contrato social expuesto en la Constitución de 1857 y la religión cívica.

Por ocasión diversa, en el significado que el concepto civilización tenía para la clase dirigente porfiriana también se pone de relieve la influencia determinante del paradigma moderno del racionalismo. Sobre todo, nuevamente, entre la élite intelectual de los “científicos”, el grupo que mejor conocía y dominaba el lenguaje a través del cual se expresaba el racionalismo a finales del siglo XIX en el mundo occidental, es decir: el positivismo;²⁵⁵ la filosofía que presentaba al hecho observable como condición de lo real y como clave para conquistar a la Naturaleza. A la misma vez que veía en el método científico (experimentación y observación), enfocado únicamente en descubrir leyes y no causas, el instrumento más perfecto para conseguir esta afirmación. En palabras de Comte:

En las leyes de los fenómenos es en lo que consiste, realmente, la ciencia, [...]. Considerando el destino constante de estas leyes, se puede decir, sin exageración alguna, que la verdadera ciencia, lejos de estar formada de meras observaciones, tiende siempre a dispensar, en cuanto es posible, de la exploración directa, sustituyéndola por aquella previsión racional [...] Así, el verdadero espíritu positivo consiste, ente todo, en ver para prever, en estudiar lo que es, a fin

²⁵⁴ “A los delitos contra las personas seguían en orden de importancia los atentados contra la propiedad. Se trata de un aspecto muy cuidado por las leyes penales, pues constituye uno de los fundamentos pilares de la sociedad liberal”. Así, “hacia 1903 en México la pena por robo (en modalidad violenta, estafa o fraude) era penado hasta con un máximo de nueve años de prisión, casi lo mismo que el homicidio simple. [...]”. Elisa Speckman Guerra, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México-UNAM, 2002, p. 43.

²⁵⁵ “Es claro que la versión más acabada de la ciencia ilustrada [instrumentalizadora del mundo] es el positivismo: ‘El positivismo llega a ser la expresión ideológica del movimiento de la razón hacia la afirmación [...] el positivismo filosófico y práctico [...] constituye el momento final de la ilustración [razón instrumental]’.”. Sánchez Pacheco, “Construcción del imaginario en tiempos de la razón instrumental, un análisis desde Adorno y Horkheimer” ..., p. 108-109.

de concluir de ello lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales.²⁵⁶

Las élites modernizantes porfirianas, en sintonía con el consenso presente en el mundo occidental a finales del siglo XIX, concebía la idea de civilización como sinónimo de racionalidad científica bajo la premisa de descubrir leyes que permitieran conquistar la Naturaleza (razón instrumental). De esta forma —con la élite de los “científicos” consolidada en el poder— el discurso político del régimen abrevó de los planteamientos teóricos y del lenguaje de la ciencia para enfrentar la principal tarea del gobierno, es decir, impulsar el crecimiento económico de México según el modelo capitalista: “los positivistas hicieron de la ciencia el principio y fundamento del nuevo orden social. La ciencia se convirtió así en una instancia superior, equiparable a la instancia religiosa durante la época colonial, susceptible de ordenar todas las manifestaciones de la vida social hacia la realización de un proyecto coherente”.²⁵⁷

Pero no solo la clase política era incapaz de concebir un gobierno sin fundamento científico, sino que también la comunidad científica porfiriana consideraba estéril o poco trascendente cualquier investigación que no aportara conocimiento útil para impulsar el proyecto modernizador del régimen.²⁵⁸ Así, la biología, la química, la física, las matemáticas, la estadística, la etnología, la antropología, la medicina, entre otras, tenían la tarea de servir al desarrollo nacional aportando conocimiento sobre los recursos del país, así como sobre la forma más eficiente de explotarlos.

El racionalismo de la clase dirigente porfiriana, sin embargo, no se acotaba únicamente a su idea de un gobierno moderno, es decir, científico y racional, sino que permeaba también el ámbito de la vida cotidiana. En este sentido, ligado también al paradigma del progreso, el

²⁵⁶ Comte, *Op. cit.*, p. 51-52.

²⁵⁷ Urías Horcasitas, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político del siglo XIX...*, p. 163. En el mismo sentido, la autora agrega que: “Para 1889 ya se le había dado a la vida política y cultural de México un cariz científico, el cual se hacía eco de la tendencia occidental, presente en todo el mundo, de enmarcar todo conocimiento en un formato científico [...] durante el porfiriato, las élites urbanas de México crearon un entorno científico que incluía el concepto de la política científica, cuya terminología se reproducía hasta el cansancio en ensayos, discursos políticos y textos literarios. Dada la consolidación del poder en manos del grupo de los Científicos, el problema del desarrollo del país sólo podía atacarse mediante explicaciones científicas”; *Idem.*, p. 164.

²⁵⁸ Irma Hernández Bolaños, *Manuel Martínez Gracida y su visión del indio oaxaqueño*, tesis de maestría en Historiografía, México, UAM-Azcapotzalco, 2010, p. 63. Y Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 155.

urbanicismo era un elemento fundamental del significado que el concepto civilización tenía para las élites modernizantes porfirianas; la vida verdaderamente civilizada se desarrollaba únicamente en los centros urbanos del país, enclaves de la modernidad en medio de un territorio dominado por una sociedad rural tradicional, destacando entre todos la Ciudad de México.²⁵⁹

Las ciudades representaban la imposición de la racionalidad científica sobre las fuerzas de la naturaleza; eran el lugar en el que los elementos eran sometidos y confinados a espacios domésticos; agua en tuberías y fuego controlado para servir en hogares o establecimientos comerciales y fabriles; los frutos de la tierra llegaban del campo a la ciudad gracias al interés comercial, sin la necesidad de que el consumidor se viera involucrado en el trabajo del campo. Mientras que, por su parte, los monumentos y espacios públicos de los centros urbanos brindaban la certeza tangible del progreso económico, político, y estético del país.²⁶⁰ Y hasta los elementos ornamentales de los espacios públicos eran altamente valorados por las élites urbanas porfirianas pues se les concebía como fruto de la evolución del intelecto y del refinamiento cultural de los ciudadanos, como se enunciaba en *El Imparcial* empezando el siglo XX:

De un cuarto de siglo a esta parte [...] data la nueva era del ornato público en México. A medida que la ilustración penetra en todas las clases sociales, parece despertarse entre nosotros ese afán que distingue a todas las naciones cultas de mostrar en las plazas de las ciudades, en las glorietas de sus jardines, a lo largo de sus lujosas avenidas, manifestaciones tangibles de su progreso y amor al arte, consistentes en estatuas [...] fuentes [...].²⁶¹

Igualmente, como lo deja ver la cita anterior, el espacio urbano no era solamente el símbolo material del triunfo de la razón instrumental y de la capacidad técnica emanada de ésta sobre el caos proveniente de la Naturaleza, sino que la ciudad era también el lugar en el que la cultura de la Ilustración se reproducía y desarrollaba a plenitud. Pues desde la perspectiva de las élites porfirianas y de sus homologas internacionales, el nivel de desarrollo civilizatorio en el que se hallaba una sociedad también se reflejaba en la posesión

²⁵⁹ “Otra consecuencia de la modernización es el crecimiento de las ciudades. Las ciudades que sobrepasan los 20 000 habitantes pasan de 22 a 29 entre 1985 y 1910 [...] su peso en la población total pasa de 9.2% a 11%. Sin embargo –y este débil porcentaje lo demuestra bien–, el país sigue siendo rural en su mayor parte. Sólo dos ciudades sobrepasan los 100 000 habitantes: México, que cuenta con 470 000, y Guadalajara, con 119 000”. F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 347.

²⁶⁰ Tenorio Trillo, *Op. cit.*, p. 182.

²⁶¹ Pérez-Rayón, *Op. cit.*, p. 320.

de determinados valores y prácticas culturales invariablemente relacionadas con la racionalidad de la Ilustración.²⁶² De lo anterior se desprende la noción de “cosmopolitismo” que aborda Mauricio Tenorio Trillo, la cual se puede traducir en términos generales como un ideal cultural que animaba entre las élites y la emergente clase media de los centros urbanos y que implicaba, básicamente, el afán de sincronizar hábitos y costumbres con otras élites urbanas del mundo, especialmente con las europeas.²⁶³

Empero, ¿cuáles eran aquellos rasgos culturales que evidenciaban la ilustración de una sociedad? Podemos decir que, en lo general, se trataba de valores y prácticas ligados a la noción de “civilidad”, la cual es producto —según Bartra— de uno de los componentes de la identidad cultural occidental: la separación entre la Naturaleza y la cultura.²⁶⁴ En este sentido, los valores y prácticas de una sociedad civilizada eran los que propiciaban una socialización ordenada según la lógica racional de conquista sobre la Naturaleza, es decir, valores que buscaban sepultar cualquier atisbo de comportamiento animal en la vida cotidiana del ser humano. Comenzando por los instintos, que en el sujeto civilizado debían encontrarse permanentemente sometidos al dominio de la razón, sobre todo en lo tocante a los apetitos sexuales y la violencia. Pero igualmente importantes resultaban los hábitos, los modales y la cortesía, que ritualizaban el comportamiento corporal desde el vestido mismo.²⁶⁵ De aquí la importancia que las élites porfirianas otorgaban los modales y al “buen gusto” en el vestir, beber y comer. Así como a los intereses culturales como la literatura, la música, el teatro, las artes plásticas, entre otras expresiones culturales, pero siempre provenientes de la cultura de las élites europeas y norteamericanas.

²⁶² Sobre la manera en la que el racionalismo inherente al paradigma de la modernidad define toda la producción cultural de la cultura occidental: Weber, *Op. cit.*, pp. 31-52.

²⁶³ El “creciente nacionalismo radical coincidió con una expansión del cosmopolitismo cultural, pues entre las modernas clases medias urbanas surgió un modelo internacional común de valores y modas”. Tenorio Trillo, *Op. cit.*, p. 114.

²⁶⁴ Roger Bartra distingue tres componentes míticos de la identidad de la sociedad occidental: “1] la separación entre la naturaleza y la cultura, que da lugar a la noción de *civilidad*; 2] la delimitación del amor como fuerza interior, estrechamente asociada a la individualidad erótica; 3] la secularización de la idea de felicidad, con respecto a los ámbitos de lo sagrado”. Roger Bartra, *El salvaje en el espejo*, México, Era-UNAM, 1992, p. 134.

²⁶⁵ Roger Bartra, retomando la obra de Norbert Elias, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, subraya “la gran importancia de la evolución de las costumbres y los modales en la definición de la civilización moderna. Las normas de etiqueta y los modales aceptados giraban (y giran todavía) en torno al cuerpo humano, a sus movimientos y a sus necesidades físicas: sólo el adecuado control de la corporalidad podía abrir paso a una feliz y amorosa civilidad”. Roger Bartra, *Op. cit.*, p. 133.

Hasta este punto hemos tratado de exponer cómo el paradigma de la modernidad capitalista se expresó en el pensamiento y en la experiencia de las élites modernizantes porfirianas, y cómo este paradigma definió el significado que dicho grupo asignó al concepto de civilización; uno de los dos polos fundamentales de la dicotomía que les sirvió de base epistemológica para crear el discurso del bárbaro-zapatista como respuesta a la rebelión campesina surgida en el Estado de Morelos a comienzos de 1911. Ahora, resta indagar en la construcción de la otra mitad de esta dicotomía, es decir, el significado con el que la oligarquía porfiriana entendía el concepto “barbarie”, del cual partió la representación que la prensa capitalina hizo del zapatismo.

3.5. Consideraciones sobre la idea de barbarie

Nos hemos acostumbrado a designar con el término “civilización” las expresiones más complejas de la actividad política y cultural humanas. Como si dicho concepto y su significación fundamental fuese de carácter universal, como si estuviera presente en todas las lenguas nombrando lo mismo. No obstante, la palabra “civilización”, como subraya Roger Bartra, es ciertamente una noción “estrechamente vinculada a la cultura occidental”, una “idea indispensable pero escurridiza que se ha ido elaborando a lo largo de milenios” en el seno de la cultura occidental, dotando a ésta de una identidad específica que se refleja en su *praxis*.²⁶⁶

Y en este proceso de definición y redefinición de la idea de civilización, fundamental para comprender el devenir histórico cultura occidental, la idea “barbarie” ha desempeñado un papel crucial, tan importante como la misma noción de civilización, básicamente porque su función es definir lo que es propio de la civilización, el orden humano por excelencia, y lo que es ajeno, el des-orden sub-humano o semi animal. Efectivamente: a pesar de que la idea de barbarie ha experimentado variaciones en el nivel semántico a lo largo de su devenir histórico desde que dicho vocablo apareció en Grecia designando a los pueblos que no poseían la lengua griega y que, por esta razón, no veían el mundo de la misma manera que el griego, se ha mantenido este sentido fundamental que designa los órdenes sociales diferentes al emanado del *logos* occidental como des-ordenes, como caos, y a sus protagonistas, los seres humanos no occidentales, como seres semi-humanos.

²⁶⁶ *Idem.*, p. 8.

Este significado esencial de la idea de barbarie responde a una determinación del *logos* occidental de la modernidad, de la cual hemos hecho mención antes: la incapacidad de percibir en lo Otro nada más que caos, y aún más, un caos que lo hostiliza y lo hunde en el temor. Neutralizar y conquistar esta amenaza proveniente de lo Otro, de la Naturaleza, es el motivo esencial de la razón matematizante e instrumentalizadora propia de la modernidad. A la vez que, como también indicamos, desde la perspectiva del *logos* de la modernidad lo Otro o Naturaleza no se acota a lo no-humano, sino que las sociedades humanas diferentes a las occidentales también son concebidas como parte de la Naturaleza, y como tal presuponen una amenaza y temor para el *logos* de Occidente. En esta lógica, también estas “sub-humanidades” deberán ser sometidas al escrutinio y la potencia de la razón para su posterior neutralización y conquista. Así lo explica Echeverría refiriéndose a un paradigma de la modernidad que se imbrica entre y engloba a todos los demás (aunque su manifestación más directa ocurre a través de la razón instrumental): el “humanismo”.

Por “humanismo” debe entenderse, siguiendo a Heidegger, un antropocentrismo exagerado, llevado hasta el umbral de una “antropolatría”. No solamente la tendencia de la vida humana a crear para sí un mundo (un cosmos) autónomo y dotado de una autosuficiencia relativa respecto de lo Otro (el caos), sino más bien su pretensión de supeditar la realidad misma de lo Otro (todo lo extra-humano, infra-humano o sobre-humano) a la suya propia; su afán de constituirse en calidad de “Hombre” o sujeto independiente, frente a otro convertido en puro objeto, en mera contraparte suya, en “Naturaleza”.

No simple expulsión, sino aniquilación sistemática y permanente del Caos —que en el universo de lo social, trae consigo una eliminación o colonización siempre renovada de la “Barbarie”—, el humanismo afirma un orden e impone una civilización que tienen en su origen el triunfo aparentemente definitivo de la técnica racionalizada sobre la técnica mágica.²⁶⁷

Así, como resultado de este afán por ordenar el “caos” proveniente de la Naturaleza, que incluye los órdenes sociales de humanidades diferentes a la occidental, la idea de barbarie ha servido históricamente como justificación de la dominación, explotación y exterminio de dichas humanidades por parte de los distintos centros de poder hegemónicos en Occidente, a partir de los cuales se establece una relación constante de centro-periferia, de dependencia que define lo propio del orden humano y lo propio del des-orden sub-

²⁶⁷ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 150.

humano;²⁶⁸ originalmente, en Grecia designaba, en su acepción básica pero que resulta la más determinante y persistente en términos históricos, a todo pueblo privado de la lengua y razón propias del griego, esto es, en términos llanos: a toda sociedad que no compartiera la cosmovisión del griego. Luego, en Roma, convertida en un nuevo centro de poder dominante en Occidente, el concepto experimentó una variación; el criterio fundamental para definir lo que era barbarie dejó de ser la lengua; no era bárbaro el pueblo que no hablaba latín, sino el pueblo que no participaba del orden legal romano. Tras la decadencia y división del Imperio Romano el concepto atravesó por una nueva variación de significado; con el Imperio Bizantino y el Sacro Imperio Romano y, con estos, el cristianismo, como herederos del poder en Occidente, la barbarie no era lo que estaba fuera del orden legal imperial, sino más bien lo que estaba fuera del orden cristiano del mundo terrenal.²⁶⁹

Finalmente, un nuevo centro de poder y con éste una redefinición en el significado de la idea de barbarie, que perdura hasta la actualidad. El “imperio burgués”, como lo define Leopoldo Zea, que irradia desde Europa y los Estados Unidos, y el sistema capitalista de producción-consumo de la riqueza material consolidados como el poder hegemónico en el mundo hasta nuestros días, estableciendo un nuevo significado para la idea de barbarie: lo bárbaro ya no es más aquello no convertido al orden cristiano, sino cualquier orden social no organizado estrictamente en función de la *praxis* capitalista.²⁷⁰

Ahora, sobre el origen y devenir de la idea de barbarie en la historia de México, sabemos primero que se remonta al momento mismo del contacto entre los invasores europeos con las sociedades originarias de lo que se ha dado en llamar Mesoamérica, pues éstas contaban con complejas organizaciones sociales resultado de siglos de desarrollo. Un orden social forjado por generaciones de seres humanos no occidentales fue lo que los invasores europeos encontraron, más aún, un orden completamente desconocido hasta entonces por ellos, y por este motivo, ante sus ojos, el des-orden más formidable; cuando los exploradores europeos avistaron por vez primera la península de Yucatán no habían

²⁶⁸ “La dicotomía civilización/barbarie como signos de poder y dependencia, de centro y periferia. Pueblos dominantes y pueblos destinados a ser dominados por ser bárbaros, esto es por no ser copia exacta de sus dominadores”. Zea, *Op. cit.*, p. 21.

²⁶⁹ Para un desarrollo amplio del devenir semántico del concepto barbarie en la historia: *Idem.*, p. 17-62.

²⁷⁰ Echeverría, “Acepciones de la ilustración”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 54-56.

descubierto solamente tierra firme, sino también una nueva expresión de barbarie. Las obras documentales de religiosos y soldados dan cuenta de su asombro y repulsión ante la nueva forma de barbarie encarnada en los llamados “indios” y su cultura.²⁷¹

La conquista de esta nueva barbarie se llevó a cabo, el reino cristiano de España estableció una colonia sobre sus restos: la Nueva España, y al igual que antes en Europa, cuando las relaciones de poder cambiaron, también se modificaron otro tanto las implicaciones semánticas de la idea de barbarie; así como durante el Imperio romano el bárbaro dejaba de serlo cuando se alineaba al orden legal, en las posesiones trasatlánticas del Imperio español el bárbaro dejó de serlo cuando fue convertido en vasallo de la Corona y fiel de la Iglesia católica. Desde ese momento el bárbaro se convirtió en un infante o, lo que es igual, en un buen salvaje, sin que esto implicara que la barbarie dejara de existir, pues aún existían grupos humanos que no se entregaban al vasallaje colonial; eran ahora ellos la barbarie que debía ser conquistada.

Así, enfocando el hecho desde la perspectiva nacional, podemos decir que la barbarie ha estado presente desde los orígenes de la historia de México. Sin embargo aquí nos limitaremos a analizar el sentido que la idea de barbarie adquirió a raíz de la afirmación del Estado liberal mexicano, momento que marca el acenso del proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista. Enfatizando específicamente el fenómeno histórico de las rebeliones de la sociedad rural en contra de la expansión del esquema político liberal.

3.6. La idea de barbarie en el contexto del surgimiento del Estado-nación liberal en México

El motivo pragmático de abordar el significado de la idea barbarie en el contexto de la afirmación del Estado-nación en México, que arranca a mediados del siglo XIX, es que se trata del nuevo centro de poder hegemónico que redefinió el significado de las ideas civilización y barbarie. Nuevo centro de poder del que la oligarquía porfiriana fue protagonista, razón por la cual ésta partió de entender la barbarie fundamentalmente a

²⁷¹ Para una imagen general de las reflexiones desarrolladas por los europeos a raíz de su contacto con las sociedades del “Nuevo Mundo”, conviene ver: Juan A. Ortega y Medina, “¿Bestias u Hombres?”, en Juan A. Ortega y Medina, *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1987, p. 29-48.

través del significado que dicho concepto comenzó a adquirir a raíz del triunfo liberal. Aunado al hecho de que el discurso sobre la guerra de la barbarie contra la civilización en el México del siglo XIX se reprodujo principalmente a través de la prensa, ligado, como veremos, a las rebeliones de comunidades campesinas definidas como “indígenas”. De manera que para la intelectualidad porfiriana encargada de la producción de la prensa capitalina a comienzos del siglo XX, el referente cognitivo inmediato del que partió su percepción de la rebelión zapatista fue, sin duda, el conjunto de ideas y temas que articulaban en lo fundamental el discurso de la prensa decimonónica sobre la barbarie de las rebeliones campesinas.

¿Cuáles fueron, entonces, las ideas generales con las que la prensa mexicana decimonónica construyó el significado de la barbarie en medio del proyecto modernizador liberal? Para responder esta cuestión consideramos preciso indicar primero que nosotros, partiendo de las definiciones que plantean Zea y Echeverría sobre el concepto de barbarie como una idea que esencialmente designa a los órdenes sociales no occidentales y no modernos como des-ordenes, sostenemos que la idea de barbarie en la prensa decimonónica mexicana y en la cultura política general de aquella época, se constituye de dos niveles: el *explícito*, en el que se utiliza la palabra “barbarie”, “bárbaro” y “bárbaros”, y se hace (comúnmente) en relación con las rebeliones campesinas de grupos considerados indígenas, las cuales incluso son definidas explícitamente como guerras de la barbarie versus la civilización. Y el nivel que nosotros llamaremos *implícito*, el cual guardaría relación con las reflexiones y valoraciones de las élites liberales mexicanas del siglo XIX en torno a los distintos aspectos culturales tradicionales o pre-modernos que definían la sociabilidad y los modos de producción de los sectores populares rurales y que entraban en aguda contradicción con los principios fundamentales del proyecto modernizador de las clases dirigentes. En el nivel *implícito* puede usarse o no el término “barbarie”, pero siempre se acusa un des-orden, algo que debe ser corregido en la cultura de las masas populares, concretamente: sus hábitos, prácticas, instituciones sociales y, sobre todo, sus modos de producción. Lo que obedece,

como sugiere F. X. Guerra, a que la sociedad mexicana decimonónica estaba lejos de ser un pueblo en el sentido liberal del término.²⁷²

No obstante, debemos indicar que indagar en los rasgos del nivel *implícito* del discurso sobre la barbarie se aparta del objetivo de nuestra investigación. En cambio queremos concentrarnos en el nivel *explícito*, pues éste, repetimos, al estar estrechamente ligado a las rebeliones campesinas del siglo XIX, se constituyó en la base cognitiva de la que partió la representación de la rebelión zapatista en el discurso de la prensa porfiriana de la capital. Basta con tener presente que el famoso mote de “Atila”, con el que *El Imparcial* rebautizó a Emiliano Zapata de forma pública en junio de 1911 y que después se reprodujo en muchas otras publicaciones, no fue original: a mediados del siglo XIX, por ejemplo, *El Diario Oficial* se refería a los rebeldes lozadistas de Jalisco como: “esos modernos hunos”.²⁷³ O también *El Monitor Republicano*, que describió la agitación rural en el Estado de Hidalgo en los siguientes términos: “Los pueblos de todos los distritos de Actopan y Pachuca, del estado de Hidalgo, siguen apoderándose de las haciendas y avanzando cada día más en sus depredaciones [...] en una extensión bastante considerable parece que ha dejado sus huellas la maldecida raza de Atila”.²⁷⁴

En este orden de reflexiones, debemos comenzar señalando que al analizar y comparar diferentes investigaciones que se ocupan del tema de la representación construida por la prensa nacional decimonónica y, en general, por el debate político de las élites liberales en relación con las rebeliones indígenas del siglo XIX, distinguimos tres ejes ordenadores o características generales de su discurso: 1) siendo, en primer lugar, que si algo contribuyó a que dichas luchas sociales fueran significadas como guerras de la barbarie contra la civilización, ese algo fue la amenaza éstas que implicaban para la integridad de la propiedad privada individual; 2) en segundo lugar, porque las rebeliones campesinas

²⁷² Sobre las diferencias entre el ideal de “pueblo” formulado por el liberalismo y la realidad de la sociedad a la que se denominaba en estos términos: F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. II, p. 182-183.

²⁷³ María Herrerías Guerra, *Las construcciones de la idea del indio rebelde en la prensa del siglo XIX: el caso de Manuel Lozada*, tesis de maestría UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México 2007, p. 31.

²⁷⁴ Antonio Santoyo, “Indios vs progreso y nación. Visiones de la cuestión indígena en los hombres de letras durante la consumación del triunfo liberal en México (1867-1880)”, en Yael Bitrán (coord.), *México: historia y alteridad. Perspectivas multidisciplinares sobre la cuestión indígena*, México, Universidad Iberoamericana, 2001, p. 192.

representaban un serio cuestionamiento para la soberanía nacional; 3) y por último, la negación del origen político-económico de esta problemática social.

En cuanto a la primera de estas tres características generales de la representación del indio-bárbaro en el pensamiento liberal decimonónico, María Herrerías Guerra nos ofrece un ejemplo a través de su estudio sobre la imagen de la rebelión de Manuel Lozada en la prensa:

Una de las características principales del liberalismo y por lo tanto de la civilización, era el derecho a la propiedad privada. Por ello, la amenaza principal del movimiento lozadista a lo largo de los veinte años que duró fue, en el pensamiento de la mayoría de los autores de la prensa de la época, las invasiones [de haciendas], el reparto de tierras y el llamado “comunismo agrario”.²⁷⁵

Y adelante la citada autora reafirma este planteamiento sobre la equivalencia entre la barbarie de las insurrecciones campesinas y el temor por la destrucción de la propiedad privada individual: “La amenaza del indio a la propiedad privada fue vista como un claro ejemplo del estado de barbarie en el que se encontraba. Sus actitudes anti-modernas y anti-ilustradas alarmaban a los propietarios cuando sus sagrados derechos eran amenazados”.²⁷⁶

En segundo lugar, como apuntamos, se observa que la significación de las rebeliones campesinas como expresión de la barbarie obedecía a que éstas representaban un grave elemento de menoscabo y humillación para la soberanía nacional, pues no debemos olvidar que este tipo de rebeliones implicaron, para el Estado liberal, la pérdida de control sobre amplios territorios y durante periodos prolongados de tiempo. Nuevamente un ejemplo ilustrativo de este hecho fueron las dos décadas que duró la rebelión de los pueblos tepehuanos, coras y huicholes de Jalisco, la cual también llevó a crear una nueva zona militar que después se convertiría en el Estado de Nayarit. Pero quizá el ejemplo ideal sea la rebelión de los mayas *cruzoob* de la región este de la península de Yucatán, que fundaron un Estado propio (Chan Santa Cruz) y consiguieron mantenerse independientes de México por más de medio siglo.²⁷⁷ En palabras de Nelson Reed en su estudio clásico sobre la Guerra de Castas de Yucatán, a partir de 1855, año en el que “finalizo” la Guerra de Castas

²⁷⁵ Herrerías Guerra, *Op. cit.*, p. 147.

²⁷⁶ *Idem.*, p. 152.

²⁷⁷ Laura Caso Barrera, “Entre civilización y barbarie. La visión de los historiadores liberales sobre la Guerra de Castas de Yucatán”, en Yael Bitrán (coord.), *México: historia y alteridad. Perspectivas multidisciplinares sobre la cuestión indígena*, México, Universidad Iberoamericana, 2001, p. 177.

sin que los liberales yucatecos consiguieran derrotar por completo a las milicias *cruzoob* que controlaban el oriente de la península, se comenzó a esbozar la realidad: ya no se trataba de una simple rebelión, ni siquiera de una guerra de castas, “sino más bien de una contienda entre dos potencias soberanas: México y Chan Santa Cruz”.²⁷⁸

Finalmente, la tercera característica general de la representación del indio-bárbaro en la prensa decimonónica, y en el debate político general, fue el argumento de que las rebeliones campesinas eran criminalidad simple (latrocinio, usurpación, homicidio, etcétera) y violencia irracional, ya que las élites liberales negaban tajantemente la posibilidad de que estos movimientos tuvieran como origen el sistema político-económico. Sobre lo primero, Urías Horcasitas indica que:

Una concepción específica de la delincuencia fue asociada a las sublevaciones indígenas que se multiplicaron aproximadamente durante el mismo periodo. En las noticias que aparecen en la prensa sobre los movimientos que estallaron en Yucatán, Chiapas, Sonora, Chihuahua y la huasteca, el desorden social aparece generalmente vinculado a la naturaleza “bárbara” y “salvaje” del indio que se consideraba naturalmente orientado hacia la rebelión [...] Este instinto irracional hacia la violencia podía ser identificado en criminales individuales [...] Pero también podía ser identificado en el caso de rebeliones comunitarias, que fueron concebidas y abordadas como delitos del orden común en los que no existían móviles políticos.²⁷⁹

Mientras que, como se observa de la cita anterior, una de las explicaciones recurrentes en torno a la irracionalidad de las rebeliones fue la de una supuesta determinación biológica. Es decir, se creía que de forma instintiva los indígenas sentían el impulso de violentar, por esta razón cometían crímenes y se agrupaban para guerrear. Una creencia que dio lugar a crónicas protagonizadas por el sadismo:

La violencia que un indio era capaz de ejercer contra quien fuera, nunca podría compararse con nada. Pareciera que los articulistas ven en ellos el resurgimiento de su herencia sanguinaria ancestral y estuvieran todos listos a volver a los sacrificios humanos aztecas, pero ya no como parte de un ritual religioso, sino porque estaba en su raza la necesidad de ver brotar sangre y de escuchar los alaridos de dolor de sus víctimas. Por eso, en la construcción de esta idea del indio rebelde, el sadismo y el disfrute de los asesinatos serán una constante. No les basta querer exterminar al blanco, quieren que sufra como si eso ayudara en la consecución de sus reivindicaciones.²⁸⁰

²⁷⁸ Nelson Reed, *La Guerra de Castas de Yucatán*, México, Ediciones Era, 2016, p. 158.

²⁷⁹ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 56.

²⁸⁰ Herrerías Guerra, *Op. cit.*, p. 197.

Igualmente, otra explicación recurrente sobre el origen “irracional” de las rebeliones fue el del odio que las masas indias sentían por la raza blanca, probablemente como consecuencia de los abusos de la época colonial. Así como en razón de un presunto carácter psicológico profundamente rencoroso, el cual, a juicio de las élites modernizantes liberales, provocaba que no olvidaran el trauma de la conquista y que buscaran vengarse y recuperar su territorio. Otra vez Herrerías Guerra nos brinda un testimonio de esta visión en el periódico liberal *Juan Panadero*, a través de un discurso ficticio atribuido al líder de la rebelión tepehua-cora-huichol, Manuel Lozada en 1873. Según el citado diario, Lozada había arengado a sus guerreros diciendo:

[...] ha llegado el tiempo de que todo cambie, de que volvamos a mandar en esta tierra que nos usurparon los españoles, y en donde gobiernan hoy sus hijos; es necesario que estos terrenos nos pertenezcan, y que los quitemos a los que no son indios; es tiempo que no soportemos su yugo, como si fuéramos bueyes; que nos dejen sus ciudades y sus casas, y que nos sirvan o que se larguen a casa de todos los diablos. Dentro de poco los indios dominaremos todo el país, pondremos un gobierno y nos entenderemos con las naciones extranjeras, teniendo nuestro emperador y caciques, como los había antes [...] es preciso que todos vean que somos los más hombres entre los indios.²⁸¹

A partir de estas consideraciones podemos deducir el gran impacto que las rebeliones campesinas de comunidades consideradas indígenas en el siglo XIX provocaron en el pensamiento de las élites modernizantes mexicanas de aquella centuria, pues éstas tuvieron que acostumbrarse a vivir con la amenaza latente de no poder vencer sobre rebeliones que se extendían por amplios territorios y que se prolongaban en el tiempo; la amenaza, también, de que las rebeliones se multiplicaran o de que tomaran la forma de una rebelión general entre una población mayoritariamente “indígena”. Por esta razón, ante el surgimiento de una insurrección armada que guardaba una gran semejanza con las rebeliones campesinas del siglo XIX, fue inevitable que la prensa porfiriana de la capital partiera del discurso del indio-bárbaro para conformar su representación del zapatismo.

No obstante, la imagen del indio-bárbaro creada por la prensa liberal decimonónica como respuesta a estas rebeliones no explica en su totalidad el significado con el que clase dirigente porfiriana comprendía el concepto de barbarie. Ni nos resulta suficiente para comprender todas las características del discurso con el que la prensa que nos ocupa construyó la figura del bárbaro-zapatista. Creemos que esto es así porque la oligarquía

²⁸¹ *Idem.*, p. 172.

porfiriana, igual que los liberales del siglo XIX, expresaba el significado de la barbarie a través de un discurso compuesto de dos niveles: uno *implícito* y otro *explícito*; el primero ligado al des-orden que la élite porfiriana percibía en el panorama social mexicano de finales del siglo XIX y comienzos de XX, y el segundo que fue respuesta ante la violencia plebeya de la Revolución Mexicana.

Creemos que el segundo nivel no se puede comprender completamente sin el primero; el discurso del bárbaro-zapatista es posible e inteligible a partir de una base semiótica en la que el significado profundo de la idea barbarie guarda relación con la personalidad cultural de la sociedad rural mexicana de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Lo que incluso dio como resultado que la figura del bárbaro-zapatista se perfilara en el discurso de la prensa capitalina un par de años antes de la irrupción zapatista de 1911 —como veremos a continuación. Por esta razón consideramos indispensable abundar en el significado que la oligarquía porfiriana asignaba a la barbarie entendida en un sentido amplio como el desorden que los directores del régimen percibían en las formas de sociabilidad anti-modernas que persistían entre los sectores mayoritarios de la población y que estaban lejos de ser favorables para el desarrollo óptimo de la modernidad capitalista en el país.

3.7. La idea barbarie en el contexto sociocultural de las élites sociales porfirianas a finales del siglo XIX y comienzo del XX

¿Qué más significaba, entonces, la idea de barbarie? En primera instancia podemos afirmar que dentro del panorama social del México de finales del siglo XIX e inicios del XX, a juicio de las élites modernizantes porfirianas, el símbolo por excelencia de anti-modernidad y antítesis de la civilización era el indígena contemporáneo:²⁸² “El indio es lo ajeno al

²⁸² “Podría sostenerse que el indio vivo resultó ser el otro, el adversario de la consolidación de la nacionalidad, pero ya no proveniente del exterior sino instalado a todo lo largo y ancho del país. El indio vivo fue convertido en elemento esencial de aglutinamiento por los, ciertamente, no homogéneos ni armónicos grupos adueñados del poder político y económico. Sirvió al mundo blanco y mestizo como referencia constante en su construcción del hecho y el sentimiento nacionales. Al haber cesado en 1867 la amenaza externa, representada por la ocupación francesa, y la interna, encarnada por el proyecto conservador [...] [los liberales] ubicaron en los grupos indios contemporáneos la amenaza interna a la consumación de sus metas más caras: la civilidad y el individualismo burgueses, el librecambismo, la preeminencia de la propiedad privada, la comunión de idioma, de valores y de esquemas de vida, el orden, el control pleno del territorio por parte del Estado, etcétera”. Antonio Santoyo, “Indios vs progreso y nación. Visiones de la cuestión indígena en los hombres de letras durante la consumación del triunfo liberal en México (1867-1880)”..., p. 183.

mestizo [el ciudadano mexicano liberal],²⁸³ el Otro por excelencia. Allá está, separado, hosco, extraño. Su mundo, sus valores, son radicalmente distintos, permanecen hostiles a todo el universo en que vive el mestizo. Lo indígena es lo no mestizo, la alteridad más radical”.²⁸⁴

En este sentido, debemos decir que efectivamente, como lo veremos, la prensa capitalina reprodujo en el discurso del bárbaro-zapatista diversos elementos del discurso que la intelectualidad porfiriana construyó en torno al indio contemporáneo y su cultura. Lo mismo que elementos del discurso de la prensa decimonónica sobre las rebeliones indígenas. Luego, ¿esto quiere decir que la intelectualidad porfiriana identificaba al zapatista como indio? Afirmarlo de esta forma no sería del todo correcto, porque a pesar de la evidente relación que guardan estos discursos, al analizar la producción de la prensa capitalina nos damos cuenta de que no es común que se defina al zapatismo como movimiento “indio” de forma explícita. En todo caso, lo que define el empleo de este concepto en el discurso de un periódico como *El Mañana*, por ejemplo, es la ambigüedad y la conveniencia en relación con tal o cual argumentación.

Esto puede decirnos que los intelectuales porfirianos que animaban la producción de la prensa capitalina vieron en el zapatismo el reflejo del primitivismo que el discurso científicista atribuía al indígena vivo; la procedencia rural, el comunitarismo, la lucha por preservar la propiedad comunal de la tierra, entre otros rasgos del zapatismo, parecían confirmar su naturaleza india. Sin embargo, en términos de la etnología y la antropología modernas, el campesinado morelense no podía ya ser definido estrictamente como pueblo indígena, puesto que los criterios objetivos para definir qué era un pueblo indígena partían de lo lingüístico, lo cultural y lo fisonómico,²⁸⁵ elementos que entre las comunidades campesinas que conformaban las bases del zapatismo se habían difuminado (más o menos)

²⁸³ Luis Villoro, partiendo de las reflexiones de Andrés Molina Enríquez, emplea el término “mestizo”, así, entre comillas, porque el intelectual porfiriano no habla del mestizo como categoría racial, sino como sinónimo de la clase burguesa y liberal que, “aliada a una parte de los ‘criollos’, lleva a cabo la reforma y, tras varias luchas, llega, con Juárez, al poder”. Esto es, el término “mestizo” designa en Molina a la élite modernizante liberal consolidada en el poder desde hacía el último tercio del siglo XIX. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición, 2014, 188-191.

²⁸⁴ *Idem.*, p. 198.

²⁸⁵ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 62.

en razón del proceso de modernización por el que travesó la región centro-sur desde el comienzo del periodo colonial y, sobre todo, durante la primera década del siglo XX.²⁸⁶

Aunque también puede ser válida y complementaria la hipótesis de que la ambigüedad en el empleo del término “indio” o “indígena” en relación con el movimiento zapatista tenía que ver con el hecho de que estos conceptos implicaban un dilema ideológico. Pues, como advierte Joshua Lund, varios pensadores liberales de la segunda mitad del siglo XIX no pasaron por alto el hecho de que había una histórica dinámica de dominación implícita en la expansión de la modernidad.²⁸⁷ La cual incluía el proceso de despojo territorial y explotación económica, que cada vez adquirió más relevancia como parte del *corpus* teórico del llamado “problema indio”. En otros términos, creemos que es probable que la ambigüedad obedecía a que periódicos férreamente antizapatistas como *El Mañana* o *El Ahuizote* no estaban dispuestos a reconocer que el movimiento campesino del centro-sur era un conflicto de carácter agrario que tenía relación con el sistema económico liberal, y a finales del Porfiriato el concepto “indio”/“indígena” evocaba en buena medida la realidad histórica del despojo territorial y la dominación económica, es decir, que definir al zapatismo como “indio” implicaba reconocer de algún modo que su lucha era justa en los propios términos del liberalismo teórico mexicano.²⁸⁸

En cualquier caso, la anti-modernidad estaba ahí como esencia del zapatismo, y la reacción lógica de la intelectualidad porfiriana atrincherada en la prensa fue asociarla con la representación histórica del indio y su cultura. Sobre todo partiendo de la actualización semántica que la élite liberal en el poder desde la segunda mitad del siglo XIX construyó en torno a esta representación. Así, podríamos arriesgarnos a proponer que el discurso de la prensa porfiriana de la capital sobre el bárbaro-zapatista es ejemplo de una representación de lo indio, más que una representación del indio.

²⁸⁶ El mejor estudio sobre el proceso de modernización en la región de Morelos desde la conquista hasta la revolución es el que ha realizado Felipe Ávila. Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 37-95.

²⁸⁷ A decir de Joshua Lund, la evidente dinámica histórica de dominación “que dibujaba la tensión entre la expansión capitalista y la soberanía popular, creó dilemas morales y filosóficos para los liberales, algunos de quienes estaban al tanto del sufrimiento histórico de las comunidades indígenas a manos de las diversas formaciones estatales (tanto coloniales como nacionales)”. Joshua Lund, *Op. cit.*, p. 27.

²⁸⁸ Aquí estamos coincidiendo Joshua Lund cuando sostiene que: “Para finales del Porfiriato (1900-1910), la tesis de ‘el indio como víctima de la historia’ ya era convencional”. *Idem.*, p. 28.

En efecto, el hecho de que el discurso de la prensa porfiriana sobre el movimiento zapatista guarde evidentes paralelismos con los discursos de la élite liberal y su homóloga del Porfiriato sobre los grupos indígenas contemporáneos y su cultura a pesar de que no se le definía como un movimiento indígena de forma explícita y constante nos sugiere que para la oligarquía porfiriana el significado *implícito* de la barbarie era determinado no solamente por la presencia del indio vivo y su cultura en el panorama social, sino también por las características “pre-modernas” o tradicionales de la cultura que cotidianamente se reproducía entre los sectores populares de la sociedad porfiriana, la cual era, como ha subrayado F. X. Guerra, una sociedad “tradicional” en plena transición.²⁸⁹ Aunque a la misma vez, debido a las circunstancias históricas, en el contexto cultural de las élites modernizantes porfirianas el tradicionalismo o la anti-modernidad de las masas sí se hallaba estrechamente relacionado con su idea de lo indio, como lo advierte con elocuencia Andrea Revueltas: “La élite adopta la ideología del progreso y de la modernidad porque para ella el progreso es forzosamente ‘civilizador’, mientras que todo lo tradicional significa la ‘barbarie’, y en un contexto como el mexicano esto se concretiza en una actitud de desprecio profundo hacia todo lo indígena, cuya cultura carece de importancia y puede desaparecer”.²⁹⁰

Esta determinación responde al hecho de que la forma básica que adopta la oposición civilización-barbarie (inherente al *logos* o cosmovisión histórica de Occidente) en la modernidad es, precisamente, la oposición entre la modernidad y la tradición, donde el concepto “tradición” designa a los esquemas civilizatorios pre-modernos, que son considerados “primitivos”, imperfectos y obsoletos. El problema, o mejor, el drama del colonialismo occidental resulta del hecho de que la imposición del esquema civilizatorio propio de la modernidad alrededor del mundo no se ha realizado nunca sobre un espacio neutral o vacío de civilización, “sino por el contrario sobre un mundo que ya está civilizado, aunque de una manera diferente”.²⁹¹ Es decir, que la imposición de la modernidad ocurre en un mundo civilizado de manera pre-moderna o tradicional. De forma

²⁸⁹ Guerra, *Op. cit.*, pp. 302-375.

²⁹⁰ Andrea Revueltas, “Modernidad y tradición en el imaginario político mexicano”, en Carmen Nava y Mario Alejandro Carillo (coordinadores), *México en el imaginario*, México, Universidad Pierre Mendès France y UAM, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Política y Cultura, 1995, p. 265.

²⁹¹ Echeverría, “La modernidad y la anti-modernidad de los mexicanos”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 231.

tal que históricamente las élites modernizantes del mundo occidental han tenido que combatir a la barbarie en alguna de sus múltiples formas en sus intentos por afianzar el orden de la modernidad capitalista alrededor del planeta.

Adoptar la modernidad implica así siempre una actitud combativa de la sociedad civil [burguesa] frente aquello que las civilizaciones no occidentales y las pre-modernas parecen tener en común, comparadas con la modernidad; es decir, combativa frente al oscurantismo, frente a la confianza en unas fuerzas productivas y una técnica “encantadas”, permeadas de magia, reacias a la explicación científico-matematizadora del universo y la sociedad.²⁹²

En este sentido, la oligarquía porfiriana, igual que antes la élite liberal decimonónica, no estuvo exenta de enfrentar el dilema secular; se vio obligada a combatir el des-orden que, a su juicio, imperaba entre los amplios sectores de la sociedad mexicana que permanecían al margen del proyecto modernizador del régimen y anclados en el pasado.

Para la clase política porfirista, no habían ninguna duda: el porfiriato es el régimen del partido liberal en el poder, que actúa para transformar una sociedad todavía impregnada de los valores antiguos y reacia al cambio. El que la sociedad no fuera el “pueblo” postulado por la ideología moderna, era ya indudable. Para la inmensa mayoría de esta élite, un determinado número de hechos —tales como la resistencia provocada por las leyes de Reforma, las revueltas agrarias y religiosas en nombre de la “religión” y los “fueros”, los compromisos locales que los caudillos porfiristas tuvieron que pactar con los católicos y con muchas comunidades campesinas— están ahí para probar que la “liberación de las tinieblas” no era espontánea en la mayoría de los mexicanos.²⁹³

Efectivamente, la sociedad mexicana de finales del siglo XIX y comienzos del XX era fundamentalmente una sociedad que estaba siendo transformada por los impulsos de la modernidad capitalista llevados a cabo por del régimen porfiriano y que, sin embargo, aún se hallaba mayormente organizada en torno a las formas sociales tradicionales o pre-modernas que se gestaron durante el periodo colonial como resultado de la interacción de la cultura de la sociedad dominada, portadora de los diversos elementos culturales de las sociedades prehispánicas, con el esquema civilizatorio impuesto a raíz de la conquista.²⁹⁴

En este orden de reflexiones la dicotomía civilización-barbarie, condición de posibilidad e inteligibilidad del discurso de la prensa capitalina sobre el bárbaro-zapatista, puede esquematizarse de la siguiente forma: modernidad (capitalista) versus tradicionalismo representado por la cultura de las masas rurales. Y la prueba de que esta afirmación puede

²⁹² *Idem.*, p. 231-232.

²⁹³ F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 182.

²⁹⁴ Para los detalles de este proceso: Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 47-56.

sostenerse es que fue en virtud de la dicotomía civilización-barbarie entendida según los términos anteriores que la figura del bárbaro-zapatista comenzó a perfilarse en el discurso de la prensa capitalina del Porfiriato incluso antes de la irrupción zapatista en 1911. Veamos los detalles.

Debemos situarnos concretamente en el año de 1909, cuando en el Estado de Morelos se combinaron dos coyunturas: una en el ámbito del poder político y otra de carácter más bien social; por un lado el fallecimiento del gobernador del estado, Manuel Alarcón, que desató una lucha por el poder entre las fuerzas políticas locales, siendo la élite económica morelense el grupo más pujante en este sentido. Mientras que por otro lado se hallaban los pueblos tradicionales de Morelos que, acosados por los embates modernizadores que se habían agudizado en la región a lo largo de la primera década del siglo XX, vieron en la coyuntura política una oportunidad para reestablecer el equilibrio que antes existía entre pueblos y haciendas.²⁹⁵

El preludeo de aquella coyuntura política que luego adquirió carácter social sobrevino cuando la élite económica de Morelos gestionó ante Díaz para que el nuevo gobernador del estado fuera un miembro de su grupo: Pablo Escandón, propietario de la hacienda de Atlihuayán y miembro del Estado Mayor del presidente Díaz. Mientras que, por su parte, las demás fuerzas políticas del estado, cada vez más supeditadas al poder creciente de la clase industrial, se organizaron para proponer a un candidato de oposición. Postularon al ingeniero Patricio Leyva, y Díaz dio su “autorización”.

No obstante, el presidente, lo mismo que todo el mundo familiarizado con los mecanismos de poder del régimen, contaba con que las movilizaciones en torno a la candidatura de oposición fueran “simuladas”. La alarma sobrevino entre las élites urbanas, y se vio reflejada en el discurso de la prensa, cuando advirtieron que las movilizaciones en favor de Leyva no estaban siendo simuladas, sino que eran reales y además estaban siendo protagonizadas por un actor inesperado (e indeseado): las comunidades campesinas tradicionales del estado (las mismas que meses después conformarían las bases del movimiento zapatista).

²⁹⁵ Sobre este episodio coyuntural: Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 110-119. También: Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 85-96.

En este contexto un periódico destacó por su oficiosidad a favor de la candidatura impulsada por la élite económica de Morelos: *El Diario*. El discurso de dicha publicación en lo referente a la coyuntura política de 1909 en Morelos es un ejemplo ilustrativo de la forma en la que la prensa capitalina que se involucró con aquel proceso electoral fue definiendo gradualmente su discurso con base en la dicotomía civilización-barbarie, según los términos señalados antes, pasando de un nivel esquemático a uno casi explícito. Así lo podemos comprobar, por ejemplo, a través de una reveladora nota publicada por *El Diario* cuando las campañas habían concluido, pues en dicho texto se presentó un sumario de lo ocurrido como una contienda entre la civilización y la barbarie. Comenzando por el encabezado, donde se oponían elementos de la vestimenta propia del hombre civilizado contra elementos de la vestimenta considerada característica de los indígenas: “La lucha electoral en Morelos. El huarache contra el zapato, el calzón contra el pantalón”.²⁹⁶

Lo anterior resulta sumamente revelador puesto que, como se puede ver, no se definía al campesinado morelense como indio, pero sí se implicaba lo indio del campesinado simbolizado por la vestimenta. Esto vendría a confirmarnos que, en el pensamiento de la élite porfiriana, más que el indio propiamente dicho, es lo indio lo que constituye lo peor del “carácter mexicano”, el origen mismo de su barbarie. En el mismo sentido, ciertamente lo más relevante no es el título de la nota, sino la estructura general de la misma, donde *El Diario* definió los polos de la contienda política oponiendo y contrastando los símbolos de la civilización con los de la barbarie: Escandón era respaldado por los industriales, por la gente de razón, progresista, trabajadora, educada, culta y liberal del estado de Morelos. Mientras que a Leyva, según el mismo periódico, lo seguían individuos a los que se les atribuyeron valores negativos idénticos a los que el discurso de la élite porfiriana presentaba como claves del llamado “problema indio”: los partidarios de Leyva, según *El Diario*, eran individuos irracionales, analfabetas, alcohólicos, ociosos, violentos,

²⁹⁶ En este enunciado que titulaba la nota de *El Diario* sobre el balance final de las campañas electorales de 1909 en el Estado de Morelos quizá pueda haber una reminiscencia de lo que, según Franice Chassen-López, fue “el principal movimiento indígena de protesta en el porfiriato”: la “guerra de los pantalones”. Una violenta insurrección acaecida en el Estado de Oaxaca hacia 1896 como reacción ante la imposición de una nueva carga fiscal sobre el valor de la propiedad e inaugurada con un grito de guerra que parecía declarar una nueva guerra de castas: “Muerte a todos los de pantalones”. Franice Chassen-López, “Las revueltas contra los impuestos de 1896: La guerra de los pantalones”, *Oaxaca. Entre el liberalismo y la revolución. La perspectiva del sur (1867-1911)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa-Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 2010, p 457-465.

rencorosos, anárquicos y criminales por naturaleza. A continuación presentamos una cita *in extenso* de la mencionada nota, por lo significativo de ésta con respecto al significado *implícito* de la idea de barbarie en el pensamiento de la clase dirigente porfiriana, y también porque representa una síntesis del discurso que *El Diario* fue construyendo a lo largo de los días que duró el proceso electoral de 1909 en Morelos:

Tras una lucha un poco ruda en que por desgracia no dejó de revelarse en algunos incidentes, el instinto salvaje y aún no enteramente domado de nuestro pueblo bajo, la candidatura del señor Teniente Coronel Pablo Escandón ha triunfado por completo en el estado de Morelos [...]

La gira por el estado de Morelos, debemos confesarlo sin ambages, ha dejado en nuestro ánimo un sentimiento profundamente desconsolador. En vez de una lucha serena, en que dos partidos cultos, con altas y progresistas tendencias se disputaran el triunfo, hemos presenciado la guerra desenfadada del huarache contra el zapato, del calzón blanco contra el pantalón.

Toda la gente que en Morelos tiene alguna propiedad que cuidar y acrecentar, toda la gente medianamente culta, es partidaria acérrima del señor Escandón... toda la gente analfabeta, de instintos un tanto brutales, con esperanzas de pillaje y alcohol en abundancia, es partidaria del señor Leyva, y hacía su propaganda con los excesos y los instintos que en todas partes caracterizan al populacho analfabeta.

Y como por desgracia en el Estado de Morelos, como en toda la República, la gente culta está en una mínima proporción con las masas analfabetas, resulta que al decir de los partidarios del señor Leyva, éste era el candidato popular, porque unas cuantas docenas de ebrios sin zapatos y otras tantas mujeres desgreñadas del pueblo bajo, intoxicadas en las pulquerías, gritaban por las calles con voz aguardentosa y ademanes insolentes, ¡Viva Leyva! [...]

La democracia alta, de principios civilizadores, que promete una libertad templada por la razón y el respeto al derecho de los demás, nos deslumbra y nos fascina. La democracia de la chusma, que arroja piedras al que razones, que se inspira en la pulquería, que espera sólo el primer grito para lanzarse al pillaje y al saqueo, nos causa asco y terror.

Ojalá que en este despertar de ideales y de esperanzas, el triunfo sea de la gente culta y de trabajo, y no de las masas ignaras y salvajes. Sólo así podrá nuestra patria conservar y acrecentar el progreso alcanzado a fuerza de tantos sacrificios.²⁹⁷

Finalmente, también resulta muy interesante analizar la conclusión de esta nota, pues se advierte en el pensamiento del redactor la naturaleza latente y volátil con la que se percibía la barbarie atribuida a los sectores populares de la sociedad, y el temor de las élites ante la posibilidad de que las masas bárbaras declararan la guerra a la civilización movidas por un odio irracional en contra de la clase directora:

¡Ay de la República si en toda ella, agentes desalmados empiezan a resucitar odios extintos y codicias brutales, moviendo a las masas ignaras con promesas fementidas!

²⁹⁷ "La lucha electoral en Morelos. El huarache contra el zapato, el calzón contra el pantalón", *El Diario*, 13 de febrero de 1909, México, vol. VI, No. 853, p. 1

La restricción de sufragio quitará a los movimientos electorales que en lo sucesivo se inicien, las manifestaciones de salvajismo que los malolientes partidarios del señor Leyva desplegaron en el estado de Morelos.

Tras de esos movimientos anárquicos, apenas contenidos por el rigor tristemente necesario, asoma siempre su faz negra y horrible, la hidra, la revolución.²⁹⁸

En función de lo mencionado hasta aquí consideramos que la construcción del marco interpretativo más adecuado para analizar el significado de la idea de barbarie a partir del cual la prensa capitalina construyó el discurso sobre el bárbaro-zapatista versus la civilización forzosamente debe partir del análisis de las ideas que determinaron la percepción del pueblo bajo y sus formas anti-modernas o tradicionales, impregnadas de lo indio, como encarnación de la barbarie en el contexto cultural de las élites modernizantes porfirianas.

Así, pues, para comenzar tal vez sea pertinente indicar la “doble ficción” (como la ha definido F. X. Guerra) que marca la realidad política de México desde los primeros años de independencia hasta tiempos recientes, pues desde un principio los valores del liberalismo y de la Ilustración fueron adoptados solamente por un sector de las élites mexicanas, mientras que la mayoría de la sociedad continuó arraigada a las formas sociales forjadas en el periodo colonial; no existía un pueblo en el sentido del liberalismo, es decir, conformado por ciudadanos constituidos en individuos-propietarios privados adscritos al contrato social del Estado-nación, en cambio había una sociedad aun predominantemente corporativa ligada por vínculos antiguos. Fenómeno que a su vez implicó un problema de legitimidad para el modelo de Estado-nación que las élites buscaban afirmar, puesto que la identidad de la mayoría de la población se definía más por su pertenencia a una comunidad particular de origen que por la identificación de ésta con un proyecto nacional en el sentido del liberalismo. Además, los sectores populares tampoco compartían la convicción de las élites en torno a la supuesta superioridad y conveniencia del modelo liberal en comparación con las formas sociales que existían.²⁹⁹

Tal era la imagen general de la barbarie, del des-orden que señalaba el camino a la clase dirigente porfiriana: culminar la labor histórica del liberalismo mexicano; “construir una

²⁹⁸ *Loc. cit.*

²⁹⁹ Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 183-193.

nación y crear un pueblo moderno”.³⁰⁰ Y como hemos dicho, la condición primera para la existencia de una Nación y una sociedad modernas era que su sociabilidad se fundara en la actividad productiva y consuntiva en el sentido del capitalismo. Sin embargo, la sociabilidad vigente entre los sectores populares de la sociedad mexicana de comienzos del siglo XX no emanaba de la racionalidad liberal capitalista, sino de una racionalidad tradicional que ponía a la comunidad en el centro, relegando lo económico a segundo término; la “libertad civil”, entendida como la observancia y cumplimiento puntual del contrato social expuesto en la Constitución de 1857 por parte de los ciudadanos-individuos-propietarios mexicanos, era, según la visión de la élite liberal, como luego también de la porfiriana, el fundamento del progreso, la prosperidad y la felicidad de las naciones. No obstante, dice F. X. Guerra: “esta felicidad y esta libertad civil, tan estimadas por el individualismo de las élites modernas, estaban sin embargo muy lejos del ideal de la mayoría de los habitantes del campo y particularmente de los indígenas. Para éstos lo más importante es la cohesión de la comunidad, como ocurre en el Morelos de Zapata, durante la revolución”.³⁰¹

El México de comienzos del siglo XX era, en efecto, un país en el que la población rural aún representaba aproximadamente 80% de la población total.³⁰² A su vez, como se ve de la cita anterior, el mundo rural o campesino del México de aquel momento era un mundo en el que privaba el comunitarismo como fundamento de la socialización, y en donde “el ideal del hombre que vive en sociedad sigue siendo la comunidad campesina, el pueblo, con sus instituciones propias en el Estado y su independencia respecto de las haciendas”.³⁰³ Esto sobre todo en las regiones centro y sur del país.

Ahora, la existencia de este México corporativo dependía fundamentalmente de la existencia de la propiedad de tipo comunal, tanto de la tierra como de otros bienes materiales. Hecho que socavaba el proyecto civilizatorio de la élite porfiriana en sus cimientos mismos y desde dos flancos: primero porque, como indicamos antes, el individuo-propietario privado es la base de la sociabilidad en la modernidad capitalista,

³⁰⁰ *Idem.*, p. 194.

³⁰¹ *Idem.*, p. 261.

³⁰² *Idem.*, p. 249.

³⁰³ *Loc. cit.*

mientras que la sociabilidad de los sectores populares era dominada por las relaciones entre colectividades; y en segundo lugar porque la pequeña propiedad privada era la condición para que existiera un individuo-propietario privado y, aún más, la instancia básica del proceso de acumulación de capital y del librecambismo que rigen la actividad productiva en la modernidad capitalista, mientras que, por el contrario, entre amplios sectores de la sociedad rural persistía, “contra la ley” y tras más de medio siglo de ofensivas liberales, la propiedad comunal de la tierra y de otros bienes.³⁰⁴ Además de que la autonomía política que poseían las corporaciones del mundo rural, depositada en la institución municipal tal y como había sido definida por la legislación colonial, representaba un serio escollo para el poder centralizante y normalizador que la élite porfiriana buscaba ejercer desde el Estado.³⁰⁵

Por todo esto, en suma, ante la mirada de los directores del régimen, la realidad de los sectores populares de la sociedad urgía de ser transformada, el des-orden debía ser ordenado; había que “destruir los cuerpos del Antiguo Régimen que son los pueblos [...] y dividir la gran propiedad tradicional, que es un obstáculo para el desarrollo económico y para el poderío del estado”.³⁰⁶ En este sentido —apunta F. X. Guerra— hacía los últimos años del porfiriato y en coincidencia con el ascenso de los “científicos” a puestos clave de poder dentro del régimen, se registró una nueva ofensiva modernizante en contra de la sociabilidad comunitaria de la población rural a través de una serie de reformas tendientes a incrementar el control del Estado porfiriano sobre la vida política en el nivel local y con el lanzamiento de una nueva ley agraria en 1894:

Al principio de los años 1890 el régimen parece definitivamente asentado [...] La construcción de los ferrocarriles va por buen camino, la modernización de la economía y de la sociedad ocupa el sitio de honor. Esta modernización se quiere hacer de nuevo mediante la institución de una propiedad individual plena, que sería la única garantía de progreso. La propiedad de los pueblos, en las regiones a las que llega la economía moderna, es nuevamente juzgada arcaica e insoportable por el neoliberalismo [sic.] de los científicos.³⁰⁷

Así, pues, el hecho de que la sociabilidad vigente entre los sectores populares tuviera como ejes rectores la reproducción de la identidad particular de cada comunidad y el

³⁰⁴ *Idem.*, p. 250-251.

³⁰⁵ *Idem.*, pp. 273-279.

³⁰⁶ *Idem.*, p. 272.

³⁰⁷ *Idem.*, p. 285.

mantenimiento de la cohesión grupal en detrimento de la producción y acumulación de la riqueza material y de la racionalidad ilustrada de conquista y dominio sobre la Naturaleza, fue, sin lugar a dudas, el factor más determinante para que la oligarquía porfiriana percibiera la cultura de los sectores populares como un des-orden, es decir, como materialización de la barbarie que urgía de ser conquistada.

El caos reinaba en la cultura y la sociabilidad de las masas rurales y los intelectuales del régimen se encargaron de destacar los aspectos más graves de esta situación. En este sentido, uno de los lugares más comunes de su discurso, como también del discurso la intelectualidad liberal decimonónica en el siglo anterior, consistía en presentar la racionalidad comunitaria y muchas veces tendiente a la autarquía como inmoralidad, es decir, como una inclinación natural de los sectores populares de la sociedad a la holgazanería, los vicios, la superstición, y el despilfarro irracional.³⁰⁸ Así lo ilustra, por ejemplo, Justo Sierra, quien denunciaba que: “El pulque, los aguardientes extraídos del maguey y los cirios para los santos, he aquí lo que tiene encadenado al indígena y aún al mestizo rural a un estado de inferioridad desesperante”.³⁰⁹ En el mismo sentido, Pérez-Rayón advierte que: “[...] el trabajo como fuente de riqueza y camino al progreso y la civilización es obstruido —a juicio de las élites políticas e intelectuales [porfirianas]— por una proclividad al asueto y a las fiestas que atribuyen a la naturaleza peculiar de los mexicanos”.³¹⁰ Mientras que, por su parte, Tenorio Trillo ratifica la afirmación anterior cuando subraya que entre la oligarquía porfiriana existía: “un consenso acerca de la escasez y baja productividad de los trabajadores mestizos e indígenas y acerca de la superioridad cultural y física de los migrantes blancos. Estos últimos, se creía, llegarían con el tiempo a producir la modernización económica, cultural y racial del país”.³¹¹

También, según hemos reiterado, en el pensamiento de las élites modernizantes porfirianas la industria era percibida como la principal fuerza civilizadora. Sin embargo, desafortunadamente para ellos, el pueblo bajo era la antítesis de la industria, pues sus

³⁰⁸ “O sea que la autarquía, contraria a una economía moderna de intercambio, era un elemento natural —ya que relacionado con la naturaleza perezosa— de la vida del indígena [...]”. Evelyn Sánchez, “Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados”, *Nuevo mundo – Mundos nuevos*, CERMA, 2007, p. 11.

³⁰⁹ *Idem.*, p. 12.

³¹⁰ Pérez-Rayón, *Op. cit.*, p. 275-276.

³¹¹ Tenorio Trillo, *Op. cit.*, p. 63.

prácticas económicas y sociales en general impedían su pleno desarrollo en México. Más aun, la élite se preocupaba centralmente por construir un marco legal que protegiera el capital y la propiedad privada de las ambiciones de un pueblo que, según lo percibían, despreciaba el trabajo, pero que en cambio había demostrado estar siempre dispuesto y al acecho de la mínima oportunidad para entregarse al saqueo de los bienes que eran fruto del trabajo ajeno.

Además, si las masas populares no asumían con responsabilidad su rol productivo era imposible que percibiera mejores ingresos, que le permitieran, además de sobrevivir, poner en práctica otro de los valores modernos más ponderados por la élite porfiriana: el ahorro. Para la clase dirigente esta era otro grave problema: los mexicanos, a diferencia de los pueblos civilizados del norte de Europa y los Estados Unidos, no solamente no ahorran, sino que estaban lejos de saber lo que significaba tal concepto.³¹² Luego, entonces, no se acumulaba capital y éste no se invertía para generar y acumular más capital.

De donde emergía otro obstáculo formidable para la concreción del proyecto modernizante de la clase gobernante: el pueblo bajo no tenía ápice de espíritu empresarial. Ni tampoco comercial; el mexicano no gastaba para acrecentar su patrimonio, sino que prefería despilfarrar lo poco que ganaba en vicios, fiestas u otras frivolidades, por lo que a ojos de la clase dirigente, la consolidación de un mercado interno verdaderamente robusto, quizá como el de los Estados Unidos, parecía una meta distante.

Por otra parte, el celo que la mayoría de la sociedad mexicana del Porfiriato manifestaba con respecto al mantenimiento de la propiedad de tipo comunal, así como su apego a prácticas económicas y sociales también predominantemente comunitarias y discordantes con una economía de alto rendimiento productivo y de libre intercambio, se relacionaba invariablemente, según la reflexión de la élite porfiriana, con la ignorancia y la incultura producto de una educación deficiente o de plano nula entre los sectores mayoritarios de la sociedad. Empero, siguiendo a F. X. Guerra, aquí resulta importante advertir que cuando la clase dirigente porfiriana planteaba la ignorancia y la incultura como una de las claves del des-orden imperante en la realidad cotidiana de los sectores populares, no se hacía referencia únicamente a la ausencia de conocimientos e instrucción básicos, sino también, y

³¹² *Idem.*, p. 278-283.

quizá primordialmente, a la ignorancia o indiferencia de las masas con respecto al ideal de hombre y de sociedad que proyectaba el pensamiento de la clase dirigente porfiriana.³¹³

En efecto, F. X. Guerra ha enfatizado el hecho de que la sociedad mexicana de finales del siglo XIX y comienzos del XX no se hallaba sumida en un estado de ignorancia e incultura absolutas, sino que se trataba más bien de una sociedad parcialmente alfabetizada, pero —aquí la clave— cuya formación cultural concreta discurría entre los diversos establecimientos educativos de Antiguo Régimen y su pertenencia al mundo rural, espacios en los que las ideas de la Ilustración no encontraban eco.³¹⁴ De manera que se puede afirmar que la ignorancia y la incultura que los directores del régimen percibían como origen de la barbarie de las masas partía esencialmente de la distancia que existía entre éstas y la racionalidad individualista, instrumentalizadora y productivista inherente al paradigma de la modernidad; racionalidad que era concebida como la cúspide del pensamiento humano desde la perspectiva de las élites modernizantes porfirianas. En los elocuentes términos de F. X. Guerra: “El error no es la ausencia de cultura, es precisamente la posesión de una cultura que no es la de la Ilustración”.³¹⁵

En consecuencia, la fórmula para imponer el orden ideal resultaba obvia para la clase dirigente: la formación cultural general de la sociedad mayoritaria debía emanar del Estado, y no más de un sistema educativo anclado a la misma sociedad bárbara que querían transformar. En este ámbito de las políticas públicas, como en muchos otros, se tenía la convicción de que “el ‘progreso’ y la ‘Ilustración’ sólo podían venir de un sistema educativo desvinculado de la sociedad y de sus valores”.³¹⁶ Por esto F. X. Guerra advierte que cuando los liberales en el poder pugnaban por una educación laica no lo hacían pensando sólo en erradicar las escuelas del clero, sino que más bien el ideal era el de un sistema educativo que produjera una auténtica revolución cultural entre las masas, un sistema que fuera capaz de arrancar de su mentalidad los valores anti-modernos y afirmar en su lugar los del liberalismo y la Ilustración, con el objetivo de crear “individuos políticos

³¹³ F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 395-396.

³¹⁴ *Loc. cit.*

³¹⁵ *Idem.*, p. 396.

³¹⁶ *Loc. cit.*

nuevos, leales a la nación, que actúen como agentes económicos autónomos”.³¹⁷ En razón de esto hacía el cambio de siglo se registró una reactivación del combate del Estado liberal moderno, ahora encarnado por el régimen porfiriano, en contra de la “ignorancia” del pueblo bajo. Dando como resultado que: para 1900, “20% de las escuelas depende de los municipios, 80 % depende de la Federación y de los Estados”. Cifras que se habían invertido en comparación con las tres décadas precedentes.³¹⁸

Finalmente, otro elemento importante que incidía en la percepción de los sectores populares y su cultura como símbolos de la barbarie en el pensamiento de la oligarquía porfiriana se encontraba ligado al paradigma moderno del urbanicismo o, más concretamente, a la dicotomía urbano-rural constitutiva de dicho paradigma. Puesto que en la modernidad el espacio urbano, como señalamos antes, es concebido como el lugar propio de lo humano, y representa el triunfo de las luces de la razón sobre las fuerzas de la Naturaleza, así como también la materialización del progreso. Mientras que fuera del espacio urbano, “como reducto del pasado, dependiente y dominado, separado de la periferia natural o salvaje por una frontera inestable, se encuentra el espacio rural, el mosaico de recortes agrarios dejados o instalados por la red de interconexiones urbanas, el lugar del tiempo agonizante o apenas vitalizado por contagio”.³¹⁹

En esta lógica, efectivamente podemos afirmar que las masas eran sinónimo de barbarie para la clase dirigente en razón de su existencia *extramuros*, fuera del espacio urbano. Para este grupo de élite profundamente occidentalizado e identificado con la modernidad, “ciudad” significaba lo mismo que *polis* en la Grecia antigua, es decir: civilización. Mientras que lo opuesto a la *polis* era el espacio agreste, lugar salvaje y cuna de seres salvajes a medio camino entre lo animal y lo humano.³²⁰ También, igual que para Aristóteles, quien afirmaba que el hombre solamente podía aprender la moral en la *polis*,³²¹ para la oligarquía porfiriana, dueña de los centros urbanos más grandes y dinámicos del

³¹⁷ *Idem.*, p. 205.

³¹⁸ *Idem.*, p. 418.

³¹⁹ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 153.

³²⁰ Roger Bartra, *Op. cit.*, p. 16.

³²¹ “Los bárbaros, para Aristóteles, no tenían acceso al logos, a la razón, debido a que el hombre aprende sus capacidades morales sólo en la ciudad”. *Idem.*, p. 16.

país,³²² la vida civilizada y verdaderamente humana se desarrollaba dentro del espacio urbano, mientras que el México rural era concebido como lugar de la barbarie sub-humana. Así lo demuestra, por ejemplo, el pensamiento del intelectual porfiriano Agustín Basave, quien advertía: “Al lado de nosotros, cerca de nuestras ciudades en que impera la vida moderna hecha de comodidad, de lujo, de energía, de trabajo inteligente, de codicia y de todas las vanidades [...] hay poblaciones primitivas, vírgenes y sencillas que no tienen más necesidades que las puramente animales comunes a las bestias”.³²³

Desafortunadamente para los directores del régimen porfiriano, el México de su época era, como dijimos, predominantemente rural y sólo ínfimamente urbano. Por tal motivo, como lo destaca Tenorio Trillo, cuando la intelectualidad porfiriana trataba de construir la imagen de un México moderno para presentarla en el escaparate de las ferias universales, un elemento importante de su discurso eran las imágenes del medio rural, de sus habitantes y su cultura; del espacio rural se destacaba, sobre todo, la riqueza natural, con el objetivo de atraer las inversiones de las potencias industriales y comerciales, y se exaltaba la infraestructura y las obras públicas que vinculaban este medio con los centros urbanos y que anunciaban “la transformación tecnológica del medio salvaje”.³²⁴ Pero también se ofrecía una imagen que oscilaba entre lo bucólico y lo exótico destinada a fascinar a los espíritus aventureros y conquistadores de europeos y norteamericanos.³²⁵

En lo que respecta a la sociedad rural del México porfiriano, nos interesa destacar un ejemplo del discurso gráfico construido por la élite gobernante; se trata de la imagen de una sociedad rural que si bien no era moderna, sí estaba atravesando por un proceso de modernización gracias a la acción del Estado. Nos referimos al análisis que realizó Ariel Arnal sobre la representación de la policía rural en el discurso fotográfico de la prensa

³²² “En las grandes ciudades y en su cúspide, una élite social restringida; grandes hacendados, que raramente viven en sus haciendas, algunos industriales y banqueros, los miembros más eminentes de las profesiones liberales [...]”. F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 355.

³²³ Urías Horcasitas, “De la inferioridad a la desigualdad: el estudio etnológico de las razas en la Sociedad Indianista Mexicana (1910-1914)”..., p. 229.

³²⁴ Tenorio Trillo, *Op. cit.*, p. 136.

³²⁵ Aquí nos basamos en lo señalado por Tenorio Trillo respecto a las obras pictóricas naturalistas de José María Velasco que conformaban la base de la exposición artística que el gobierno mexicano presentó en París 1889: “Para el mundo industrializado, la pintura de paisaje ofrecía imágenes idealizadas que contrastaban con la vida en muchas ciudades y poblaciones industriales. Lienzos como los de Velasco eran visiones bucólicas de un paraíso perdido [...] escena bucólica que podía proporcionar un contraste con el mundo recientemente industrializado”. *Idem.*, p. 161.

capitalina del Porfiriato, el cual es un ejemplo no solo ilustrativo, sino sintetizador, pues este autor señala que las características comunes de las imágenes de rurales conforman “lo que bien podemos denominar la civilización de lo mexicano”.³²⁶ Esto es, según el citado autor, que en el contexto de un medio rural marcado culturalmente por la presencia viva de lo indígena, el tipo fotográfico del rural negaba esta realidad y promovía, en cambio, la imagen de un medio rural moralmente moderno y occidental en términos de mestizaje cultural. Por esa razón, en síntesis, el tipo fotográfico del rural buscaba simbolizar: “la civilización de la barbarie rural y campesina del 85 por ciento de la población de la República”.³²⁷

Según lo señalado hasta aquí, en resumen, reafirmaríamos que para la élite dirigente porfiriana el significado de la barbarie, entendida como des-orden social, se hallaba determinado por la presencia del indio vivo y su cultura en el panorama social de México a comienzos del siglo XX. Pero también, y quizá principalmente, en función de las características anti-modernas o tradicionales que definían la cultura que se reproducía cotidianamente entre los sectores populares y mayoritarios de la sociedad. Características anti-modernas que la élite porfiriana, partiendo de las reflexiones que sobre este tema desarrollaron las élites políticas e intelectuales liberales a lo largo del siglo XIX, sí relacionaba con la representación histórica de una cultura indígena que de suyo era bárbara, caótica, y que encima, por fatalidad del destino, había sido envilecida al extremo por obra de la Iglesia católica y las sombrías instituciones coloniales durante trescientos largos años.

El resultado de esta infeliz coincidencia histórica fue el estado de barbarie en el que se encontraba la mayoría de la sociedad mexicana en los umbrales del siglo XX. Realidad que no correspondía con el ideal de civilización de la oligarquía porfiriana y que, antes bien, se oponía a éste en aspectos cruciales; si el ideal de los directores del régimen era una sociedad individualista consagrada a la actividad productiva y consuntiva en el sentido del capitalismo, lo que existía era una sociedad predominantemente corporativa y arraigada a una economía preindustrial que no se ceñía estrictamente a la racionalidad productivista moderna; si la Ilustración era el estado mental y el código cultural ideal, el único que podía

³²⁶ Ariel Arnal, *Atila de Tinta y Plata. Fotografía del zapatismo en la prensa de la Ciudad de México entre 1910 y 1915*, México, INAH, 2010, p. 59.

³²⁷ *Idem.*, p. 63.

considerarse verdaderamente humano, sus luces no irradiaban sobre el pueblo bajo mexicano, entre quienes la razón no era libre, sino que se hallaba ofuscada por los vínculos que ataban al individuo a las arcaicas instituciones sociales del mundo rural; mundo salvaje que definía la personalidad bárbara de las masas y que envolvía amenazante los pocos espacios en donde se desarrollaba la vida civilizada en México: los centros urbanos.

El Estado-nación, esfera de poder de las élites, era el centro del que debía irradiar una acción ordenadora, civilizadora. Sin embargo, los intentos modernizantes impulsados desde el aparato estatal se veían constantemente saboteados por una sociedad que no se identificaba plenamente con el proyecto de las élites y que, por la misma razón, comúnmente desconocía la autoridad que éstas necesitaban que se les reconociera. Esto es: en México, la Nación, la forma de organización social más perfecta, racional y civilizada, no se hallaba afirmada plenamente. Imperaba, en cambio, la sociabilidad más atomizada y caótica.

Ahora, hasta aquí hemos destacado la influencia que el paradigma de la modernidad capitalista ejerció en la configuración del significado con el que la élite porfiriana comprendía la noción de barbarie, indispensable, a su vez, para definir el significado de la noción de civilización, tan importante para la cultura hegemónica del mundo occidental. Sin embargo, resta profundizar en el discurso con el que los directores del régimen explicaron la barbarie de la sociedad que pretendían gobernar. Pues si bien señalamos que dicho discurso partió de las reflexiones que sobre el mismo tema realizaran los pensadores liberales a lo largo del siglo XIX, ciertamente para comienzos de la nueva centuria el discurso de la élite porfiriana ya había adoptado un nuevo enfoque, que no sustituyó al anterior, sino que más bien lo complementó y actualizó.

En efecto, como hemos venido señalando, las reflexiones en torno a la barbarie, entendida como lo opuesto al orden liberal y capitalista nacional, se desarrollaron a lo largo del siglo XIX combinando un enfoque referido a lo histórico-cultural con otro enfoque más “positivo”: el que provenía de las emergentes ciencias biológicas y sociales. Este último enfoque comenzó a dominar las reflexiones de las élites mexicanas en el poder hacia el último tercio de la centuria decimonónica. Pero veamos los detalles de esta actualización del discurso sobre la barbarie.

En tal sentido, debemos resaltar la racionalidad del progreso como determinante del enfoque que apuntaba a los factores histórico-culturales como causales de la barbarie que regía lo social en el México decimonónico, pues las diferencias culturales de las sociedades humanas se relacionaban con la escala lineal de progreso civilizatorio, cuyas etapas generales eran: salvajismo, barbarie y civilización, “las cuales respondían a formas de organización cultural más o menos avanzadas”.³²⁸ Posteriormente, entrado el último tercio del siglo XIX, con la consolidación del racionalismo positivista y de las ciencias biológicas, este enfoque “desarrollista”, como lo define Urías Horcasitas, “adquirió un cariz biológico”, científicista.³²⁹ De forma que la diferencia cultural se atribuyó ahora principalmente a factores de tipo biológico que se hallaban inscritos en los organismos humanos.

Desde esta perspectiva, lo nuevo fue explicar la alteridad cultural y la anti-modernidad de las masas como defecto biológico de lo que comenzó a ser concebido como la raza mexicana, así como apuntar dicho defecto como determinante del “carácter nacional”; una suerte de personalidad colectiva que incidía directamente en el éxito o fracaso de las empresas nacionales. Así lo comprueban las reflexiones de los primeros intelectuales mexicanos que reflexionaron sobre dicho concepto desde el enfoque científicista, pues éstos “consideraron que entre los principales obstáculos al progreso se encontraba el ‘carácter nacional’. Suponían que en este ‘carácter’ se reflejaban atavismos [herencia genética] de la raza indígena como la pasividad, la hipocresía y la capacidad de sufrimiento”.³³⁰

Según esto, podemos decir que el racismo, entendido no solamente como la diferenciación y discriminación entre razas, sino sobre todo como el conjunto de teorías científicistas que sobre esta noción se desarrollaron en el mundo occidental a lo largo del siglo XIX y que comenzaron a afirmarse como una nueva herramienta de poder de los modernos Estados-nación a partir del último tercio de aquella centuria, es el discurso que brindó a la élite porfiriana el marco teórico y los conceptos básicos a partir de los cuales reflexionaron sobre la realidad bárbara de las masas y, posteriormente, también sobre la naturaleza de la

³²⁸ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 73.

³²⁹ *Loc. cit.*

³³⁰ Urías Horcasitas, “De la inferioridad a la desigualdad. El estudio etnológico de las razas en la Sociedad Indianista Mexicana (1910-1914)”..., p. 218.

rebelión zapatista. Por este motivo en el siguiente apartado abordaremos el pensamiento racista en el contexto de las relaciones de poder que se establecieron con el surgimiento de los Estados-nación modernos. Ahondando específicamente en las influencias que conformaron el discurso racista de los directores del régimen porfiriano.

IV. LA BARBARIE RACIALIZADA

4.1. *El racismo como forma de poder del Estado-nación moderno*

Ciertamente en México, como en el resto del mundo occidental moderno, la percepción negativa y prejuiciosa de la alteridad humana, así como la justificación de la discriminación social y del abuso de poder fundado en la creencia de que existen razas humanas que son unas superiores y las otras inferiores, no apareció junto con el auge de la razón instrumental durante la primera mitad del siglo XX. En cualquier caso, el positivismo y las ciencias positivas únicamente ofrecieron los elementos conceptuales y teóricos para construir un discurso racista aparentemente más racional u objetivo, que sirvió y sirve aún para legitimar la dominación que las fuerzas modernizantes de Occidente imponen por todo el mundo. Antes bien, el origen del racismo, como lo sugirió Foucault y otros autores después de él, podría remontarse al inicio de la era moderna y tendría en la base dos procesos fundamentales: primero el colonialismo, cuando Occidente se vio enfrentado más directamente con la diversidad de lo humano. Y en segundo lugar, el surgimiento de los Estados modernos, que tendían cada vez más a centralizar el ejercicio del poder, incrementando así el control sobre la población.³³¹

Este último concepto, “población”, es de hecho la clave que revela la naturaleza del racismo intrínseco al ejercicio de poder de los Estados modernos; su relación con el dominio que ejercen sobre la vida de las sociedades humanas, pues mientras en el Antiguo Régimen el control y la tecnología disciplinaria se dirigían al individuo, u “hombre-cuerpo”, como lo define Foucault, con el advenimiento del Estado moderno a finales del siglo XVIII a esta forma de poder sobre la vida se sumó una nueva tecnología de poder, que el filósofo francés denominó “biopolítica”, cuyo objeto de saber y de control es el “hombre-masa” —que se expresa mediante la noción de “población”— y sus fenómenos inherentes tales como: la reproducción, la natalidad, la mortandad, la enfermedad y longevidad.³³² “Nos encontramos entonces frente a un poder que tomó a su cargo el cuerpo y la vida, o si

³³¹ Michel Foucault, *Genealogía del racismo...*, p. 208. Igualmente Gómez Izquierdo, quién argumenta que: “Los vínculos del racismo con el nacionalismo son obvios; ambos productos de la modernidad industrial y de las ciencias ilustradas, insisten en la necesidad de preservar la pureza racial, cultural y lingüística”, en “Nacionalismo, racismo y autonomía indígena”..., p. 54.

³³² Foucault, *Genealogía del racismo...*, p. 196-197.

se quiere, que tomó a su cargo la vida en general, en dos polos: cuerpo y población”.³³³ Esta nueva forma de poder fue definida por el multicitado autor como “biopoder”.

Luego, Foucault planteó la interrogante de cómo es posible administrar la muerte a través de un poder como éste que se ha adjudicado un control total sobre la vida humana y que además se presenta como “protector” de ésta. Porque no se debe olvidar que en la base del poder del Estado-nación moderno se hallan los mecanismos o la “tecnología” de la normalización de la sociedad. Entonces, ¿cómo es que el Estado-nación justifica y legitima ante la sociedad la necesidad inherente a su ejercicio de poder de excluir y eliminar a los individuos y grupos que no se ajustan a la norma? La respuesta de nuestro autor es: a través del racismo, esto es, a través de clasificar a la humanidad en razas y de señalar a unas como buenas y otras como malas. Este es el modo en el que el Estado moderno puede legitimar y separar “entre lo que debe vivir y lo que debe morir”; es la forma de “producir un desequilibrio entre los grupos que conforman la población”, de establecer la censura en la continuidad biológica de la especie humana sobre la que un Estado asumió jurisdicción.³³⁴

Este hecho explica que a partir del siglo XIX se estableciera un vínculo estrechísimo entre el discurso racista del poder y las teorías que durante aquella centuria se desarrollaron en el campo de la biología, destacando sobre todo los aportes del evolucionismo, que proponía la jerarquía de especies, la selección natural o supervivencia de los organismos más aptos y la lucha por la supervivencia.³³⁵ Lo que era un discurso de poder y puramente político, al vincularse con las teorías evolucionistas, adquirió un fundamento aparentemente racional, objetivo. Y a partir de esta combinación discursiva las distintas élites modernizantes del mundo occidental obtuvieron una nueva perspectiva de reflexión en torno a fenómenos problemáticos para su proyecto civilizatorio, como lo eran la diversidad de lo humano, la colonización, la guerra, la división de las sociedades en clases sociales, la criminalidad o la locura.³³⁶

Por lo anterior es que se puede afirmar que “el racismo moderno está ligado al funcionamiento de un Estado que está obligado a valerse de la raza, de la eliminación de

³³³ *Idem.*, p. 204.

³³⁴ *Idem.*, p. 206.

³³⁵ *Idem.*, pp. 207-211.

³³⁶ *Idem.*, p. 207-208.

razas o la purificación de la raza para ejercer su poder soberano”.³³⁷ Lo que también explicaría “que los estados más homicidas sean también los más racistas”.³³⁸ El ejemplo antonomástico de este hecho es el nazismo. Fenómeno sobre el cual, no obstante, Foucault afirma categóricamente: “El nazismo sólo llevó a su paroxismo el juego entre el derecho soberano de matar y los mecanismos del biopoder. Pero este juego está inscrito efectivamente en el funcionamiento de todos los Estados, de todos los Estados modernos, de todos los Estados capitalistas. Y no sólo de éstos”.³³⁹

Según lo señalado hasta aquí, tenemos ya una imagen bastante clara del lugar que el racismo ocupa como uno de los mecanismos (o tecnología) fundantes del poder sobre el que se erige el Estado-nación moderno. No obstante, consideramos necesario complementar esta imagen con las reflexiones que Bolívar Echeverría desarrolló sobre este tema, pues a partir de lo expuesto por este autor podemos advertir que la normalización de la sociedad que persigue el Estado moderno, racismo de por medio, no siempre implica la eliminación biológica de los individuos o grupos “anormales”, es decir, no siempre se ejecuta por medio de prácticas de regulación homicidas o genocidas, sino que más bien, según el citado autor, ésta sería la manifestación más radical de un racismo “tolerante” que es el más común cuando el Estado-nación moderno y la sociedad a la que da forma no atraviesan por estados de crisis coyuntural.³⁴⁰

En efecto, según Echeverría, dado que el Estado moderno es invariablemente un producto cultural emanado del paradigma de la modernidad capitalista, el nivel básico e indispensable de normalización o de homogeneización de lo humano que requiere para funcionar implica la exigencia para el individuo y la sociedad en general de interiorizar una ética “de autorrepresión productivista” que sea capaz de satisfacer el espíritu del capitalismo y llevar a buen destino una determinada empresa nacional.³⁴¹ En este sentido, la ética y el proyecto civilizatorio más concordantes con las exigencias del capitalismo y que, por cuanto tal, han sido los más decisivos en la definición de las características de la vida moderna, se gestaron, “casualmente”, entre las sociedades étnicamente blancas adscritas al

³³⁷ *Idem.*, p. 209.

³³⁸ *Loc. cit.*

³³⁹ *Idem.*, p. 211.

³⁴⁰ Ver: Echeverría, “Imágenes de la *blanquitud*”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 57-86.

³⁴¹ *Idem.*, p. 57.

cristianismo reformado de corte calvinista del noroeste de Europa. Razón por la cual el racismo de la modernidad establece como “grado cero de identidad”, o norma básica, la interiorización en los seres humanos de la ética y el proyecto civilizatorio formulado por dichas sociedades:

Distintos elementos determinantes de los modos de vida tradicionales, distintas subcodificaciones de los sistemas semióticos y lingüísticos heredados, distintos usos y costumbres pre-modernos [...] son oprimidos y reprimidos sistemática e implacablemente en la dinámica del mercado a lo largo de la historia, en el camino que lleva a este grado cero de la identidad humana moderna. Son precisamente aquellas determinaciones identitarias que estorban en la construcción del nuevo tipo de ser humano requerido para el mejor funcionamiento de la producción capitalista de mercancía y que deben ser reconstruidas de acuerdo con la versión realista, puritana o “protestante-calvinista” del *ethos* histórico capitalista.³⁴²

Es por esto que para Echeverría el común denominador del racismo de la modernidad no es tanto la exigencia de homogeneidad en torno a la blancura étnica o biológica, sino la exigencia de uniformidad en torno a la ética y la cultura que dieron lugar al esquema civilizatorio que actualizó y potenció el sistema capitalista a partir del siglo XV. Es decir, que el racismo “normal” de la modernidad capitalista es un racismo “promotor de la *blanquitud* civilizatoria, que no de la *blancura* étnica —es decir, un racismo tolerante, dispuesto a aceptar (condicionadamente) un buen número de rasgos raciales y ‘culturales’ *alien*, ‘ajenos’ o ‘extranjeros’— es constitutivo del tipo de ser humano moderno y capitalista”.³⁴³

No obstante, agrega Echeverría, “por más ‘abierto’ que sea, este racismo identitario-civilizatorio no deja de ser un racismo, y puede fácilmente, en situaciones de excepción, readoptar un radicalismo o fundamentalismo virulento [...]”.³⁴⁴ Situaciones en las que el discurso racista propiamente dicho, en su actualización científicista pretendidamente racional, es retomado nuevamente por los grupos adueñados del poder en el mundo occidental para poner en marcha la intervención del Estado en el ámbito de lo biológico que su poder inviste.

³⁴² *Idem.*, p. 58-59.

³⁴³ *Idem.*, p. 63.

³⁴⁴ *Loc. cit.*

Finalmente, nos interesa subrayar otra función del racismo como instrumento del poder del Estado moderno. Pues además de ser una exigencia de asimilación cultural en el sentido totalizador del *logos* occidental moderno y capitalista, y además de ser la condición de posibilidad y legitimidad para que el Estado administre la vida y la muerte entre las sociedades nacionalizadas, es también un marco cognitivo que contribuyó (y contribuye aún) decisivamente a naturalizar —en el sentido biológico del término— el colonialismo y el imperialismo; fenómenos modernos que implican la dominación y la explotación que las élites modernizantes del mundo occidental ejercen invariablemente sobre sociedades supuestamente bárbaras. Así lo observa Hernández Casillas refiriéndose al discurso racista científicista decimonónico en Occidente: “A partir de la segunda mitad del siglo XIX en el contexto de la expansión del capitalismo comercial e industrial de algunos países europeos y de Estados Unidos, surge la necesidad de crear un consenso acerca de la superioridad de la raza blanca sobre las otras [...] En este sentido, la ciencia adquiere una connotación ideológica en función de la sustentación de la dominación”.³⁴⁵

Así, en síntesis, podemos decir que el pensamiento racista es desde su origen un producto del *logos* occidental moderno y de su ejercicio del poder en relación con las humanidades no occidentales y no modernas; surgió como respuesta a la necesidad de conquistar la diversidad de lo humano en el contexto de la expansión colonialista y su posterior desarrollo obedeció a la nueva dinámica de poder inherente a los Estados modernos, los cuales persiguen un control totalizador sobre los procesos biológicos. Pero existe también como requisito de identidad básica del ser humano moderno, pues sin importar de cuál Estado-nación se trate, todos persiguen la homogeneidad de la sociedad nacional en torno a la interiorización de la ética productivista más funcional para el desarrollo del capitalismo (“blanquitud”). E implica, además, la dimensión cognitiva, desde la cual los grupos de poder en el mundo occidental naturalizan sus propios afanes colonizadores, pero atribuyendo los motivos y los efectos de este afán a los sujetos mismos de la colonización.

Estas son las características más relevantes de la relación innegable que existe entre el racismo y el poder del Estado moderno. Características que se inscriben también en la

³⁴⁵ Hernández Casillas, *Op. cit.*, p. 76.

historia de las relaciones de poder entre el Estado y la sociedad en México, como veremos a continuación.

4.2. Las bases del racismo cientificista del régimen porfiriano

Distintos investigadores que se han ocupado del tema del racismo en México ubican sus orígenes en las primeras reflexiones que desarrollaron los europeos a raíz de su encuentro con las sociedades originarias del territorio que después sería México, así como en las clasificaciones raciales que articulaban el sistema estamental de castas durante la época colonial.³⁴⁶ Sin embargo, no es nuestro objetivo profundizar en las características del pensamiento racial gestado durante los siglos coloniales, ni en las transformaciones que éste experimentó en la época independiente, a lo largo del siglo XIX. En cambio nos enfocaremos en las características del discurso racista que construyeron las élites modernizantes del régimen porfiriano durante las últimas tres décadas del siglo XIX y la primera del XX.

En este sentido, debemos decir que nuestro interés por indagar en los detalles de la versión porfiriana del discurso racista es pragmático, puesto que como apuntan diferentes autores, fue durante el Porfiriato cuando el discurso racista en México adquirió carácter científico y comenzó a afirmarse como un nuevo paradigma que definió la forma en la que los directores del régimen percibieron los fenómenos sociales que planteaban problemas para su proyecto de Nación, incluyendo la rebelión campesina que surgió en Morelos el año de 1911. Así lo pudo comprobar, por ejemplo, Herrerías Guerra en su texto “El zapatismo visto desde la modernidad”, donde la autora advierte que el discurso de la prensa porfiriana sobre el zapatismo refleja la profunda influencia de las ideas raciales cientificistas en torno al llamado problema indio: “El problema de la raza fue un tema constante a lo largo del siglo XIX [...] aunque las fuentes que manejo no centran su discusión en este temario, si

³⁴⁶ Entre otros, un trabajo que ilustra claramente el devenir del racismo en México desde la época colonial es: José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Plaza y Valdés Ed., 2005, 181 pp.

queda claro que el problema indio permeó en parte la visión que se tenía del zapatismo, pues los juicios que dan van muy ligados a prejuicios raciales y conceptos evolutivos”.³⁴⁷

Y es que, en efecto, la investigación reciente apunta al Porfiriato como el periodo en el que se gestó la transición, en el seno del Estado mexicano, del racismo heredado del pasado colonial, al racismo moderno que se desarrolló a lo largo del siglo XX. O bien, en términos de Lund —que a su vez parte de planteamientos de Foucault— se trata del periodo en el que se operó el viraje de un discurso racista que se nutría de y reproducía el antagonismo cultural, a un discurso racista que interiorizó esta tensión buscando encauzarla dentro de una agenda biopolítica moderna, dando lugar a un embrionario “racismo de Estado” que se manifestó en la creciente influencia que el discurso racista científicista ejerció respecto a la creación y orientación de las políticas públicas del régimen porfiriano.³⁴⁸

Por otra parte, es necesario señalar que la actualización científicista que se operó en el pensamiento racista de las élites mexicanas hacía el último tercio del siglo XIX, como mencionamos, no sustituyó las ideas racistas que se gestaron a lo largo de aquella centuria, ni las que persistían desde la época colonial.³⁴⁹ Sino que más bien el enfoque científico sirvió para retomar, desde una nueva perspectiva, la problemática que desde el inicio de la época independiente se presentó a las élites ilustradas y modernizantes que buscaban la creación de una Nación moderna: la anti-modernidad de la mayoría de la sociedad. Por esta razón en el México porfiriano las élites políticas e intelectuales demostraron un interés particular por las teorías de la biología y de las ciencias sociales que podían ofrecer

³⁴⁷ María Herrerías Guerra, “El zapatismo visto desde la modernidad en la prensa de la época, 1911-1919”, en Celia del Palacio Montiel (coord.), *La prensa como fuente para la historia*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001, p. 173.

³⁴⁸ Sobre los detalles del proceso de transición del Estado mexicano al racismo moderno resultan iluminadores sobre todo los primeros dos capítulos de la obra de Lund, *El Estado mestizo*, dedicados al análisis de los textos de los intelectuales porfirianos Luis Alva e Ignacio Manuel Altamirano: Lund, “Colonización e indianización en el México liberal: el caso de Luis Alva” y “La carga de Altamirano”, en *Op. cit.*, pp. 23-55 y 57-107. Ver también: Evelyne Sánchez, *Op. cit.*

³⁴⁹ En este sentido nos interesa subrayar la valoración de Antonio Santoyo: “El enraizamiento de los valores sociales desarrollados a lo largo de los siglos coloniales se denota igualmente en el racismo que caracterizaba el sentir y el pensar de los intelectuales decimonónicos [...] Al respecto se puede considerar que en el país ha existido una mínima o nula correlación entre las ideologías o filosofías como el liberalismo, el conservadurismo y el positivismo, por una parte, y el racismo por la otra. Éste posee una trayectoria autónoma, profunda y continua en la cultura mexicana. Se conformó durante la época colonial y de ahí ha llegado hasta nuestros días [...]”. Santoyo, “Indios vs Progreso y nación. visiones de la cuestión indígena en los hombres de letras, durante la consumación del triunfo liberal en México (1867-1880)”..., p. 208-209. Igualmente ver: Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 108-109 y 113.

explicaciones y soluciones para la diversidad y la anti-modernidad cultural que marcaban la realidad de la sociedad mexicana, puesto que se buscaba construir una Nación moderna, lo que implicaba sobre todo, como dijimos, la homogeneidad cultural de la población en el sentido del paradigma de la modernidad capitalista, o la “blanquitud civilizatoria” —en términos de Echeverría. Así, a decir de Urías Horcasitas, el desarrollo del enfoque científicista sobre la noción de raza en México permitió:

[...] dar una explicación racional y “científica” al atraso de una parte de la sociedad que no entraba dentro de un esquema moderno de nación y de Estado [...] Si bien las teorías sobre las razas no fueron utilizadas para examinar la distancia que separaba a la civilización de los pueblos “exóticos”, sino para reflexionar acerca de los problemas inherentes a una sociedad que para modernizarse debía ser más homogénea.³⁵⁰

En este sentido, el positivismo en particular, sin ser una teoría biológica propiamente dicha, sino más bien una corriente filosófica, fue uno de los fundamentos principales del discurso racista de la élite porfiriana, pues proponía que en la modernidad coexistían grupos humanos o razas que atravesaban por diferentes etapas de desarrollo evolutivo según la escala que dividía el devenir de la humanidad y de la vida del individuo en tres estados: teológico, metafísico y positivo, los cuales, según Comte, se caracterizaban de la siguiente manera:

[...] el primer estado debe considerarse siempre, desde ahora, como provisional y preparatorio; el segundo, que no constituye en realidad más que una modificación disolvente de aquel, no supone nunca más que un simple destino transitorio, a fin de conducir gradualmente al tercero; en este, el único plenamente normal, es en el que consiste, en todos los géneros, el régimen definitivo de la razón humana.³⁵¹

De esta forma, la alteridad cultural marcadamente anti-moderna de los grupos indígenas y de los sectores populares de la sociedad porfiriana en general, comenzó a ser definida como primitivismo y atraso puesto que, como sentenciaba el filósofo francés, el estado mental de las razas o individuos que permanecían en el estado teológico “apenas difiere del estado mental en que se quedan los animales superiores”.³⁵²

Sin embargo, es importante señalar que el positivismo de la élite porfiriana no se limitaba a los planteamientos de Comte, sino que también reflejó importantes aportes procedentes del

³⁵⁰ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 65.

³⁵¹ Comte, *Op. cit.*, p. 33.

³⁵² *Idem.*, p. 35.

pensamiento de Herbert Spencer y John Stuart Mills.³⁵³ Además, el positivismo de la élite porfiriana se caracterizó también por incorporar a sus reflexiones las premisas del llamado positivismo jurídico o positivismo criminológico italiano; corriente de pensamiento que significó una ruptura con la concepción de la criminalidad propia del derecho liberal al rechazar el libre albedrío como origen del acto criminal y proponiendo, en cambio, que el origen del crimen era biológico, inherente al organismo del individuo criminal y que se reflejaba en lo fisonómico. Motivo por el cual los seguidores de dicha corriente mostraban un gran interés por construir un discurso visual del criminal, pues según Cesare Lombroso, autor que ejerció una gran influencia sobre los positivistas mexicanos, lo moral se podía y debía deducir a partir de lo físico.³⁵⁴

Pero además, en México el positivismo criminológico bien pronto se amalgamó con otras influencias intelectuales, dando como resultado la representación del crimen como un fenómeno propio de los sujetos “anormales” de la sociedad, es decir, los indígenas y los sectores populares en general. Por ejemplo, es evidente la relación entre las tesis centrales de la filosofía positivista y las premisas del positivismo criminológico por una parte, y la teoría del atavismo (o herencia genética interrumpida) por la otra, para crear una fórmula que explicaba que los grupos populares eran primitivos, como lo reflejaba su cultura, su situación material y su aspecto físico, y el primitivismo, a su vez, era sinónimo de inmoralidad y criminalidad por ser retorno a un estado casi animal. Y era principalmente entre los grupos indígenas donde se comprobaba “la existencia de la doble tendencia que estaba presente en la teoría del atavismo: por una parte la tendencia regresiva hacia un estado salvaje; por otra parte la tendencia hacia la criminalidad provocada por esta regresión”.³⁵⁵

³⁵³ “El movimiento intelectual que en México se conoce como positivismo se apartó en muchos aspectos de la corriente europea. No obstante, la influencia ejercida por Comte por una parte, y Spencer, Stuart Mills y Darwin por la otra, es innegable [...] Spencer ejerció una influencia preponderante en la segunda generación de positivistas [...]”. Urías Horcasitas, *Historia de una negación. La idea de igualdad en el pensamiento político del siglo XIX...*, p. 163.

³⁵⁴ Cesare Lombroso “sostuvo que los delincuentes presentaban rasgos físicos diferentes al resto de los hombres y propuso el concepto de tipo criminal, es decir, afirmó que los criminales de todas las razas tendían hacia un tipo uniforme, resultante de una degeneración mórbida”. Speckman Guerra, *Op. cit.*, p. 94.

³⁵⁵ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 166. No obstante, es necesario indicar un matiz, porque Beatriz Urías indica que la influencia del positivismo criminológico no fue la misma en todos los ámbitos de la cultura de la clase dirigente, y no propició la transformación de las legislaciones vigentes de cuño liberal

Otro elemento clave en el discurso racista de la élite porfiriana fueron los planteamientos de la biología que se inscriben en el paradigma del evolucionismo, siendo el darwinismo social una de las influencias más importantes para el ejercicio de poder del régimen, puesto que a través de esta corriente de pensamiento la anti-modernidad de las masas populares fue presentada como evidencia de un estado evolutivo inferior, cuasi salvaje, por lo que la voluntad civilizadora de los directores del régimen quedaba plenamente justificada. En efecto, el evolucionismo adaptado al discurso político del régimen porfiriano sirvió para legitimar y naturalizar, esta vez de forma “objetiva” y “racional”, los fenómenos inherentes al proceso de expansión capitalista, como la dominación, la explotación y, en última instancia, el exterminio de grupos humanos. La intelectualidad porfiriana afirmaba que al influjo de las leyes de la evolución “se debe que las razas inferiores desaparezcan ante el creciente empuje de las superiores y que las razas aborígenes cedan poco a poco el terreno ante las razas conquistadoras o colonizadoras, no obstante las medidas de protección que pueda dictar una legislación filantrópica [...]”.³⁵⁶ Así, el despojo de territorios en contra de los pueblos, la cruzada en contra del sistema económico-social que daba sustento a la existencia de comunidades tradicionales y en general el predominio de la clase dirigente porfiriana por sobre todos los otros sectores de la sociedad, era justificada por el discurso del poder invocando las leyes positivas de la competencia, la selección natural y la supervivencia de los más aptos.

Por otra parte, la teoría lamarckiana sobre la evolución también fue esencial en la configuración del discurso racista de los científicos sociales porfirianos, quienes profundizaron concretamente en la noción de “atavismo” planteada por dicha teoría. Veamos algunos detalles: Lamarck había propuesto que el mecanismo clave de la evolución era la herencia genética, a través de la cual se transmitían avances entre los organismos vivos. Aunque si bien dicho mecanismo tendía al progreso, en ocasiones podía volverse contra algunos individuos o grupos trasladando códigos genéticos arquetípicos a organismos procedentes de padres más evolucionados, es decir, que podía manifestarse en situaciones excepcionales como una reaparición anacrónica de determinadas características

clásico, sino que su impacto se hizo patente sobre todo en el ámbito de la docencia, en los programas de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, así como en la orientación que el régimen dio a las instituciones de control social, como el sistema carcelario o el discurso médico, por ejemplo. *Idem.*, p. 154.

³⁵⁶ Pérez-Rayón, *Op. cit.*, p. 305.

en los organismos de las distintas especies, siendo que entre una población animal “normal” era posible la aparición de individuos anormales, por ser iguales a sus antepasados y no a sus contemporáneos. A este fenómeno degenerativo se le llamó “atavismo”.³⁵⁷

Luego, esta teoría, adaptada al discurso del poder —en donde adquirió connotaciones de ley comprobada—, funcionó como vínculo entre el paradigma del progreso y el pensamiento racista, pues a las sociedades prehispánicas se les reconocía cierto desarrollo civilizatorio, pero el propio de su estado evolutivo, es decir, eran pueblos semisalvajes, bárbaros en el mejor de los casos. Primitivos, en una palabra. Luego, a través de la teoría del atavismo, las élites modernizantes porfirianas explicaron la anti-modernidad de los sectores populares de la sociedad como consecuencia de la reaparición en éstos de un estado físico, psíquico y moral propio de sus antepasados precolombinos o, aún más, de los primeros pobladores de América.³⁵⁸ “La antropología influida por la concepción biológica evolucionista utilizó la noción de atavismo para explicar el atraso o desviaciones en determinadas razas, en términos de la reaparición de caracteres que habían estado presentes en el hombre primitivo”.³⁵⁹

La antropología y la etnología, por otra parte, cada una con sus respectivas corrientes de investigación a finales del siglo XIX, también ejercieron una influencia notable en el pensamiento de la intelectualidad porfiriana que se preocupaba por descubrir las leyes de los fenómenos sociales nacionales. Dichas disciplinas científicas surgieron en Occidente como extensión del proceso de colonización imperialista del siglo XIX, ofreciendo un enfoque supuestamente racional ante los problemas que planteaba la diversidad de lo humano para la modernidad. Por esto, en el México porfiriano los estudios en antropología y etnología recibieron el fuerte impulso de un régimen sumamente interesado en diseccionar la alteridad cultural del país, siempre con el objetivo de poder solucionar este “problema”. Y pronto el discurso institucional emanado de estos estudios pasó a formar parte del discurso de poder del Estado.

³⁵⁷ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 98.

³⁵⁸ Por ejemplo, el médico porfiriano Francisco Martínez Baca, basado en sus estudios antropométricos de osamentas de indígenas, afirmaba que las medidas revelaban “un atavismo que los aproxima [a los indios] a los primeros pobladores de este continente y los aleja del hombre más civilizado y más perfecto de la época presente”. *Idem*, p. 163.

³⁵⁹ *Idem.*, p. 164.

En este sentido, la antropología física fue una de las corrientes de pensamiento antropológico que más interés despertó entre la intelectualidad porfiriana que buscaba respuestas para la anti-modernidad de la sociedad nacional, pues, a decir de Urías Horcasitas, ésta “tuvo un papel importante en la configuración de una idea moderna de nación al ofrecer una visión específica, singular e inédita acerca de los grupos indígenas, basada en la sistematización de la influencia que el factor racial (abordado a través del estudio de los caracteres fisiológicos) ejercía sobre el comportamiento humano en el nivel social”.³⁶⁰ En efecto, como se ve de la cita anterior, la antropología física buscaba, en términos generales, deducir las explicaciones del comportamiento humano en el ámbito de lo social partiendo de observaciones fisiológicas, y el influjo de esta perspectiva antropológica se manifestó claramente en la importancia que la intelectualidad porfiriana otorgó a la construcción de un discurso visual sobre las razas que componían en pueblo bajo mexicano, ya a través de fotografías o bien mediante la medición de osamentas y cerebros (antropometría y frenología) tanto de los grupos llamados indígenas como de otros individuos procedentes de los sectores populares de la sociedad.³⁶¹

Igualmente, la antropología biológica fue otra corriente del pensamiento que repercutió de manera profunda en las reflexiones de los intelectuales mexicanos de las dos primeras décadas del siglo XX.³⁶² La antropología biológica, de forma similar que la antropología física, buscaba ofrecer respuestas sobre los fenómenos sociales modernos a partir de la observación y cuantificación de las características propias de los organismos de las distintas razas humanas.³⁶³

Mientras que la etnología, por su parte, al igual que la antropología, comenzó a ser empleada para explicar la diversidad cultural de México a partir de las dos décadas finales del siglo XIX, siendo la tradición etnológica francesa la que influyó más

³⁶⁰ *Idem.*, p. 184.

³⁶¹ Así lo explica Urías Horcasitas: “Es interesante observar que tanto los antropólogos como los etnólogos y los observadores de la vida social [en México] compartieron el interés por el estudio de las razas, y una fascinación por la imagen que puede ser apreciada en las fotografías de indígenas que aparecen en la mayor parte de sus publicaciones [...]”. *Idem.*, p. 170.

³⁶² *Idem.*, p. 67.

³⁶³ Sobre los orígenes de la antropología biológica: *Idem.*, p. 75.

determinantemente el pensamiento de la intelectualidad porfiriana, debido a la francofilia característica del régimen, a decir de Hernández Casillas.³⁶⁴

Llegados a esta parte resulta necesario subrayar, siguiendo a Urías Horcasitas, la ruptura que se dio entre la corriente antropológica y la etnológica en el escenario mexicano y en lo tocante al discurso racista, puesto que mientras la primera presentaba la anti-modernidad de las razas que componían la masa del pueblo bajo mexicano como determinado fatídicamente por las leyes de la evolución, la segunda enfatizaba la influencia de los elementos culturales del contexto como causales de dicha anti-modernidad, respaldando así las esperanzas asimilacionistas de muchos pensadores porfirianos.³⁶⁵

Finalmente, debemos destacar la importancia del pensamiento degeneracionista en el discurso de la élite porfiriana sobre la alteridad y el “atraso” cultural de los sectores populares, pues las teorías degeneracionistas que se desarrollaron primero en Europa y luego en el resto del mundo occidental durante el siglo XIX,³⁶⁶ sin ser emanadas concretamente de la biología sino más bien una corriente de pensamiento que recibió aportaciones de diferentes campos, tales como la medicina, las ciencias sociales, la historia o la política, fue central, lo mismo en México que en Europa, para reflexionar sobre la “decadencia moral” de las naciones, la cual se reflejaba en fenómenos de desintegración social como la criminalidad, los vicios o la violencia.³⁶⁷ Siendo que hacía el último tercio del siglo XIX que en el pensamiento degeneracionista “se impuso la racionalidad médica acerca de las patologías y las enfermedades que estaban en el origen de la decadencia de las naciones”.³⁶⁸ De manera que el degeneracionismo pronto se vinculó con corrientes del discurso médico tales como la higiene y la eugenesia, lo que dio como resultado el germen de las políticas de limpieza étnica que se desarrollarían, con más o menos fuerza, durante la primera mitad del siglo XX en el mundo occidental.³⁶⁹ Para el caso mexicano, el influjo de

³⁶⁴ Hernández Casillas, *Op. cit.*, p. 78.

³⁶⁵ Ver el texto: Urías Horcasitas, “De la inferioridad a la desigualdad: el estudio etnológico de las razas en la Sociedad Indianista Mexicana (1910-1914)”, en Yael Bitrán (coord.), *Op. cit.*, pp. 213-242.

³⁶⁶ Conviene ver el texto de Fernanda Núñez Becerra, “La degeneración de la raza a fines del siglo XIX. Un fantasma ‘científico’ recorre el mundo”, en José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Op. cit.*, pp. 67-88.

³⁶⁷ Urías Horcasitas, “De la inferioridad a la desigualdad: el estudio etnológico de las razas en la Sociedad Indianista Mexicana (1910-1914)”..., p. 217.

³⁶⁸ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 77.

³⁶⁹ *Idem.*, pp. 74-79.

estas corrientes de pensamiento se hizo presente entre las élites liberales desde el último tercio del siglo XIX y se profundizó en las décadas posteriores de la nueva centuria.³⁷⁰

Así, en suma, mediante la influencia del positivismo, el evolucionismo, el darwinismo social de Spencer, la antropología y la etnología con sus respectivas corrientes, el organicismo y el degeneracionismo, por citar las más relevantes, la clase dirigente porfiriana pudo plantear una explicación novedosa para un problema tan viejo como el “descubrimiento” de lo que fue llamado América: la conquista sobre el des-orden de los sub-humanos, es decir, sobre la barbarie, que en la época porfiriana se traducía como la anti-modernidad de la sociedad.

4.3. La racialización de la barbarie

Como expusimos en el apartado precedente, sostenemos que el significado de la barbarie entre los directores del régimen porfiriano se hallaba definido por la presencia del sujeto social definido como indio y su cultura en el panorama social del México de comienzos del siglo XX. Pero también por las características tradicionales o anti-modernas de la cultura que cotidianamente reproducían los sectores mayoritarios de la sociedad y que representaban un serio escollo para la realización del proyecto civilizatorio de las élites modernizantes porfirianas.

Luego, para instaurar el orden era preciso identificar los orígenes de la anti-modernidad de las masas a través de una rigurosa racionalidad científica. Y el primer paso fue, entonces, definir cuál era la composición racial de la sociedad nacionalizada tras el triunfo liberal. Lo que llevó a los pensadores porfirianos a retomar las clasificaciones novohispanas para resignificarlas en función de las ideas imperantes a finales del siglo XIX y con base en sus afanes modernizadores.³⁷¹ Así, pues, la teorización científicista de la élite liberal finisecular

³⁷⁰ “En México, la eugenesia tuvo mucha importancia en las primeras décadas del siglo XX [...] Hacia 1920 la eugenesia había sido plenamente asimilada a los debates médico-sociales acerca de la transformación de la nueva sociedad, en los que fueron abordados temas tan diversos como el feminismo, la crianza de los niños y la esterilización de los criminales con el propósito de ejercer una acción profiláctica o de higiene racial”. *Idem.*, p. 75-76.

³⁷¹ Sobre los orígenes coloniales del racismo moderno en México, Urías Horcasitas ha dicho, por ejemplo, que el enfoque científico sobre la raza comenzó a difundirse en el país a partir de 1860, pero sobre la base de “una tradición de pensamiento acerca del indígena que se originó en la época del descubrimiento y la conquista”. Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 100. Para un análisis más profundo de los orígenes del

comenzó a destacar, en lo general, la relevancia de dos grandes grupos raciales como componentes fundamentales de la identidad racial de la sociedad nacional mexicana: la raza india y la raza mestiza.³⁷²

En comparación con las distinciones raciales coloniales la nueva clasificación resultaba aún más reduccionista: la variedad de castas que articulaban el sistema colonial se había reducido a dos principales.³⁷³ Lo que obedecería, según autores como Villoro y Lund, al hecho de que hacia el último tercio de la centuria decimonónica en México, estas nociones raciales —indio y mestizo— eran un código que traducía las preocupaciones e intereses de orden económico y político de las élites porfirianas empeñadas en la construcción de una Nación moderna.³⁷⁴ Es decir, básicamente, que en buena medida la identidad racial que los directores del régimen definían como como india refería a los sectores sociales y espacios geográficos menos integrados al proyecto capitalista de empresa nacional. Mientras que la identidad racial definida como mestiza implicaba, por el contrario, a los sectores sociales y espacios que habían sido integrados más exitosamente al proyecto nacional.³⁷⁵

racismo mexicano y su transformación en el contexto de la emergencia del Estado liberal son recomendables los textos: Hernández Casillas, “Construyendo las diferencias: la estigmatización del indio”..., p. 65-94. Y Evelyné Sánchez, “Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados...”.

³⁷² Sobre esto, Lund afirma que si bien fue en los años posrevolucionarios cuando los intelectuales del Estado comenzaron a profundizar en la supuesta identidad mestiza e india de la sociedad nacional, esta idea había sido desarrollada con anterioridad, durante el Porfiriato: “En realidad, los pilares identitarios de la política racial mexicana —mestizo e indio— fueron trabajados en el nivel teórico durante el último cuarto del siglo XIX”. Lund, *Op. cit.*, p. 24.

³⁷³ “En contraste con el barroquismo de las razas que ilustran bellas pinturas coloniales, con la Independencia se simplifican estas clasificaciones, por ejemplo, una estadística de 1889 las reduce cuatro. De un total de 11 250 000 habitantes, ‘aproximadamente cinco son mestizos, cuatro indios, dos europeos y 250 000 negros’”. Moisés González Navarro, “Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910”, en *Historia Mexicana* 37, no. 4, 1988, p. 20.

³⁷⁴ Villoro propone que en el pensamiento de los destacados pensadores porfirianos Francisco Pimentel, Francisco Bulnes y Andrés Molina Enríquez, la identidad racial de la sociedad comenzó a ser definida en relación con los distintos modos de producción y las distinciones de clase social existentes entre la sociedad mexicana de su tiempo. Así lo explica el citado autor señalando a Molina Enríquez como el pensador que desarrollo más profundamente este enfoque: en las reflexiones de Molina “raza y clase se implican mutuamente. Intenta hacer una clasificación de los sectores sociales del país en la que se mezclan los componentes étnicos y los elementos propiamente económicos y sociales. Se utilizan conceptos raciales para designar propiamente clases y, aunque el autor permanece siempre consciente de su separación a la par que mutua dependencia, se toman constantemente grupos sociales para designar caracteres étnicos y a la inversa”. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México...*, p. 188.

³⁷⁵ Así lo explica Lund: En tiempos de Altamirano, *indio*, al igual que *mestizo*, era una categoría social que abarcaba una amplia red. En general, sin embargo, era posible definir a los *indios* de manera negativa como

En efecto, según lo anterior, se puede afirmar que los pensadores porfirianos estaban sentando las bases del discurso nacionalista posrevolucionario que exaltaría la figura del mestizo como origen y destino de la identidad nacional mexicana, al mismo tiempo que trataría de reivindicar a la llamada raza india pugnando por su incorporación a la Nación, lo que invariablemente implicaba para los sectores “indios” la exigencia de abandonar su cultura anti-moderna para adoptar la cultura de la modernidad y la Ilustración, así como el abandono de su economía pre-moderna para poder sumarse al proyecto de acumulación de la empresa nacional mexicana.³⁷⁶

Sin embargo aquí cabe señalar un matiz, pues el hecho de que durante el Porfiriato hicieran su aparición las primeras líneas del discurso mestizófilo que sería ampliado en las décadas siguientes desde el Estado posrevolucionario, no significa que entre la clase dirigente porfiriana se estuvieran derrumbando por completo los prejuicios negativos que marcaban su percepción de los sectores sociales concretos que ésta consideraba como “mestizos”, pues paralelamente a las valoraciones que presentaban a este grupo racial como el motor de los cambios políticos y sociales más trascendentales en la historia del país y como la parte más activa del sistema económico nacional, existía también un consenso más o menos generalizado, sobre todo entre la comunidad científica, en torno a la innegable inferioridad de la llamada raza mestiza, sobre todo cuando se la comparaba con la raza blanca del norte de Europa. Esta suspicacia sobre la inestabilidad de la denominada raza mestiza constantemente se puso de manifiesto en el pensamiento de notables autores porfirianos a través de la idea recurrente de que el mestizo precisaba ser corregido mediante la acción del Estado. Por ejemplo, Pimentel que sostuvo que “El mestizo puede corregirse con sólo que se le modere por medio de una saludable disciplina”;³⁷⁷ igual Molina Enríquez, quien afirmaba que “el mestizo era y es tipo de raza inferior” porque “le ha faltado el pulimento

sujetos o comunidades que no habían experimentado una penetración completa de las normas y prácticas culturales eurocéntricas, sobre todo del capitalismo moderno”. Lund, *Op. cit.*, p. 64.

³⁷⁶ El tono reivindicativo del discurso indigenista de las élites modernizantes mexicanas de finales del siglo XIX revela que “redimir al indio [...] y desarrollar la nación son el mismo proyecto”. Lund, *Op. cit.*, p. 49. O en palabras de Villoro: “La salvación del indio reside en su incorporación al sistema económico de esa clase ‘mestiza’ que aspira a la industrialización”. Villoro, *Op. cit.*, p. 796.

³⁷⁷ Villoro, *Op. cit.*, p. 190.

del bienestar largo tiempo sostenido”,³⁷⁸ o Bulnes, quien creía que el mestizo era “fácilmente salvable” y “susceptible de una gran civilización”.³⁷⁹

Como lo advierte Echeverría en su texto sobre “La modernidad y la anti-modernidad de los mexicanos”, es un hecho que históricamente las élites modernizantes adueñadas del poder, en México como en el resto del mundo occidental, omiten el hecho de que la imposición del esquema civilizatorio de la modernidad capitalista no se lleva a cabo sobre sociedades bárbaras, sin civilización, sino siempre sobre sociedades con civilizaciones propias y diversas.³⁸⁰ En el caso del México porfiriano, esta omisión, que traducía la alteridad cultural de la sociedad nacionalizada a raíz de la Independencia como barbarie, se expresó en términos raciales. Y, como hemos repetido, la clase dirigente comenzó a enfrentar este dilema secular del liberalismo mexicano partiendo de una racionalidad pretendidamente positiva y científica que teorizaba la supuesta influencia que las determinaciones raciales ejercían en el comportamiento social. Esto es, diríamos nosotros, que se comenzó a operar una auténtica racialización de la barbarie.

Lund, en su análisis del discurso racista mestizófilo y de su parte correlativa, es decir, el discurso racista indigenista, que empezó a delinear la intelectualidad liberal a partir del triunfo republicano en 1867, da sustento a nuestra afirmación anterior y va más allá señalando que dicho binomio discursivo, que implica un ideal nacionalista de homogeneidad o normalización social en el sentido de la modernidad capitalista, “tiene una lógica culturalista establecida de manera mucho más explícita que el segregacionismo duro en el contexto estadounidense”.³⁸¹ Esto básicamente en razón de que el racismo del Estado liberal mexicano buscaba ante todo la *blanquitud* civilizatoria de la sociedad nacional; luego, entonces, “los comportamientos, las prácticas y el estatus social pasan a primer plano en la política racial del México moderno”.³⁸²

Y aquí hemos regresado al punto de donde partimos en el presente capítulo, cuando señalamos los vínculos que convierten al racismo “científico” en un dispositivo fundante

³⁷⁸ Hernández Casillas, *Op. cit.*, p. 85.

³⁷⁹ Villoro, *Op. cit.*, p. 190.

³⁸⁰ Echeverría, “La modernidad y la anti-modernidad de los mexicanos”, *Modernidad y blanquitud...*, p. 231.

³⁸¹ Lund, *Op. cit.*, p. 69.

³⁸² *Loc. cit.*

del poder del Estado moderno, a través del cual solventa el requisito (intrínseco a su funcionamiento) de normalización de la sociedad mediante lo que Foucault denominó biopolítica, y a través de la argumentación científicista que posibilita la regulación de la diferencia en aras de la expansión del esquema civilizatorio de la modernidad capitalista. Pues Lund propone con acierto que el discurso racista de finales del siglo XIX en México es “raza vuelta cultura o, por el contrario, cultura vuelta biología: la biopolitización de las prácticas culturales”.³⁸³

Racialización de la alteridad cultural que obstaculizaba el desarrollo pleno de la modernidad capitalista en México, o sea, racialización de la barbarie que ofreció a los directores del régimen alternativas presuntamente más objetivas para reorganizar la acción civilizadora que debía irradiar del Estado hacia aquella sociedad anti-moderna que querían transformar, esta vez mediante la elaboración de políticas profilácticas y de limpieza étnica, como lo observa Lund en su análisis de las ideas racistas del escritor porfiriano Luis Alva: “La retórica cada vez más optimista del mestizaje, invocada por los primeros positivistas como una metáfora del progreso histórico (véase la ‘Oración cívica’ de Gabino Barreda), había comenzado a revelar, para la época de los escritos de Alva, la posibilidad de un programa social protoeugenésico activo”.³⁸⁴

Esto es, que en los umbrales del siglo XX la voluntad modernizante de los directores del régimen porfiriano, así como la resistencia que la sociedad tradicional oponía a dicha voluntad, comenzó a expresarse invariablemente en términos de raza y desde un enfoque científicista. Y el discurso racista científicista de los directores del régimen porfiriano buscaba vislumbrar las líneas de acción e intervención del Estado liberal directamente en el ámbito del biopoder, es decir, en los niveles individual y colectivo de la vida de los grupos que componían la sociedad mexicana de finales del siglo XIX y comienzos del XX, con el objetivo de expandir y consolidar el esquema civilizatorio de la modernidad capitalista.

Un ejemplo de la argumentación racista con la que la intelectualidad porfiriana fundamentó la intervención autoritaria del Estado en el ámbito social en aras del éxito de la empresa nacional lo encontramos en Molina Enríquez, quien partiendo simplemente de una histórica

³⁸³ *Loc. cit.*

³⁸⁴ *Idem.*, p. 45.

percepción negativa de las organizaciones políticas orientales y del supuesto origen asiático de las razas indias de América y, luego por ende, también de la raza mestiza de México, sostuvo que la forma de gobierno más conveniente para la sociedad mexicana era un “régimen de cooperación obligatoria”, “un poder patriarcal en manos de gobernantes despóticos que actuaban al margen de la ley”, por ser la organización natural para razas asiáticas.³⁸⁵ Pero quizá el parámetro más sintético para analizar el ascenso de la biopolítica moderna en México durante el Porfiriato se halle en las celebraciones del Centenario de la Independencia de México, llevados a cabo durante todo el mes de septiembre de 1910. Donde, como ha puesto de relieve Pineda Gómez a través de un punzante análisis, la primera fase, que el autor denomina del “desprendimiento simbólico”, estuvo consagrada a simbolizar que México se estaba deshaciendo de aquello que aún le impedía transitar plenamente a la modernidad.³⁸⁶ Resultando que, en general, los actos principales de esta primera fase tenían como sujeto a los sectores populares de la sociedad.

Efectivamente, en el marco de las celebraciones del Centenario se pone de relieve que, desde la mirada de la élite intelectual porfiriana, las masas urgían de ser sometidas sistemáticamente al control, la vigilancia y la corrección del Estado debido a su inferioridad biológica, porque sólo así México sería apto para progresar en civilización. Partiendo de este razonamiento fue inaugurado el Manicomio General y se colocó la primera piedra de la Cárcel General de San Jerónimo. Igualmente, se montaron grandes exposiciones de higiene y medicina organizadas por el Consejo Superior de Salubridad,³⁸⁷ confirmando el afán de la élite porfiriana por construir la imagen de un régimen que se guiaba por una política social científica y que se preocupaba por purificar a las malas razas, higienizando así el cuerpo social en conjunto.

Otros actos del Centenario igualmente importantes fueron la inauguración de un nuevo edificio para la Escuela Nacional de Maestros, la inauguración de escuelas primarias y de nivel superior, la procesión de 38 mil niños que presentaron honores a la bandera de México y la organización de un Congreso Pedagógico. Actos que, si los observamos partiendo de los aportes de Foucault, se inscribían invariablemente en la misma voluntad de

³⁸⁵ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 124.

³⁸⁶ Pineda Gómez, “La representación del indio. Fiesta y guerra de la oligarquía”..., p.

³⁸⁷ *El Imparcial*, tomo XXIX, no. 5,093, México D. F., Sábado 3 de Septiembre de 1910, p. 4.

la élite porfiriana por vigilar, clasificar y controlar a la mayoría de la población, así como de encauzar la conducta y normalizar a los individuos en el sentido de la socialización capitalista moderna.³⁸⁸ Así, consideramos que no fue casual que las instancias de gobierno que protagonizaron la primera fase de la ceremonia del Centenario fueran el Consejo Superior de Salubridad y la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

En suma, la celebración del Centenario representa un prelude de la institucionalización del racismo que se profundizaría en los años finales del Porfiriato, sentando las bases del racismo de Estado del siglo XX mexicano. Y en este contexto, a juicio de Lund, un acontecimiento resulta particularmente significativo: la fundación de la Sociedad Indianista Mexicana en el año de 1910; acontecimiento que, según el citado autor, representa “la institucionalización del problema indio”.³⁸⁹ Muy probablemente como respuesta de los directores del régimen porfiriano ante la creciente tensión que se estaba generando en el medio rural del país como consecuencia de la intensificación de los embates modernizadores durante la primera década del siglo XX:

Menos de un año después [de la inauguración de la Sociedad Indianista Mexicana] Díaz se hallaba en un barco rumbo a Francia. Sin embargo, la coincidencia es sugerente: la institucionalización formal del interés del Estado en las comunidades indígenas en tanto problema *racial* parecía ir de la mano con la creciente tensión en el campo que terminaría por desparramarse en la gran crisis *nacional* del siglo.³⁹⁰

Por su parte, Urías Horcasitas (retomando planteamientos de Alan Knight) también esboza esta hipótesis sobre la relación entre el auge del tema de la raza y la tensión creciente generada por los impulsos modernizantes y la resistencia que la sociedad tradicional oponía a estos esfuerzos en el México de finales del siglo XIX:

En las dos últimas décadas del siglo XIX se acrecentó el interés por estudiar la influencia de las razas en la definición del carácter de las naciones. Este fenómeno ha sido vinculado por un historiador del periodo al hecho de que durante el porfiriato se agudizaron dos procesos que se habían iniciado previamente. En primer término, la consolidación del Estado liberal que requería la homogeneización de las diferencias sociales y culturales [...] En segundo término, el desarrollo de una economía capitalista orientada hacia la exportación que requería

³⁸⁸ Para una excelente síntesis del pensamiento de Foucault en torno al sistema educativo en la modernidad expuesto en su trabajo *Vigilar y castigar*, ver: Mariano Urraco-Solanilla y Gema Nogales-Bermejo, “Michel Foucault: El funcionamiento de la institución escolar propio de la modernidad”, en revista *Anduli*, Universidad de Extremadura, no. 12-2013, 2013, p. 153-167.

³⁸⁹ Lund, *Op. cit.*, p. 127.

³⁹⁰ *Loc. cit.*, Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 167.

de la disolución definitiva de la propiedad agrícola comunitaria, así como de los lazos corporativos. El auge de las reflexiones sobre las razas en la última parte del siglo XIX ha sido interpretada, desde esta perspectiva, como una respuesta a la resistencia que los campesinos opusieron a estos procesos.

La Revolución Mexicana fue esa “gran crisis nacional”, y la rebelión zapatista fue una de sus manifestaciones más agudas y, por lo tanto, también uno de los hechos más trascendentales e influyentes para definir la política racial mexicana de las décadas posteriores. Así lo confirma Lund tras analizar *Forjando patria*, la obra cumbre de Manuel Gamio, autor al que Lund considera “punto de partida del indigenismo moderno en México”³⁹¹ y pieza clave en la conformación de la biopolítica nacional moderna.³⁹² Pues en el capítulo “Urgente obra nacionalista”, Gamio evalúa la relación de distintas comunidades indígenas con la Nación mexicana, resultando que “el momento más iluminador es cuando se centra en Morelos”, donde aborda el tema del zapatismo y lo presenta prácticamente como una consecuencia de la incapacidad del Estado para resolver el problema indio y la guerra de razas latente que desgarraba a la sociedad mexicana³⁹³ mediante la consolidación de una “raza nacional”.³⁹⁴ Es decir, que el zapatismo se originó, a juicio de Gamio, en el fracaso de un Estado que no pudo negociar la soberanía con la sociedad “india” que se hallaba en los márgenes del proyecto modernizador porfiriano y que, por esta razón, tampoco logró establecer una sociabilidad homogénea consagrada al desarrollo (económico) de la empresa nacional.

Así, pues, los apartados siguientes de esta investigación estarán dedicados a analizar las categorías y las cadenas de significantes con las que las élites políticas e intelectuales porfirianas presentaron aquella nueva guerra de castas que parecía ser el zapatismo, a través del discurso escrito y gráfico de los órganos de prensa que nos ocupan.

³⁹¹ *Idem.*, p. 129.

³⁹² “*Forjando patria* de Gamio es la bisagra entre la guerra de razas y el racismo de Estado, lo cual no significa que se más racista, en el sentido convencional, que la cultura intelectual en la que residía [...]”, su ensayo marca “el giro hacia el racismo de Estado en el sentido literal y técnico de Foucault: asume la tarea de racializar a la nación en un lenguaje sistemático y científico. Además, vincula este lenguaje con la política estatal concreta”. *Idem.*, p. 140-141.

³⁹³ *Idem.*, p. 139.

³⁹⁴ Lund subraya que a pesar de que Gamio evita caer en el determinismo biológico cuando habla de la raza, otorgando a la vez más atención a las diferencias culturales, “el proyecto ideológico fundamental [de su obra] seguirá enmarcado en la necesidad de forjar patria, es decir, como veremos adelante, de producir una raza nacional”. *Idem.*, p. 130.

V. EL BÁRBARO-ZAPATISTA

Al analizar el discurso que *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* construyeron en torno a la rebelión zapatista se hace evidente que el fondo epistemológico que hizo posible la representación de un bárbaro-zapatista fue dado por los elementos políticos fundamentales del paradigma civilizatorio de la modernidad capitalista. En el espíritu de los textos se hace patente la convicción de que la única civilización posible consistía en organizar lo social según lo exigía la forma de producción-consumo capitalista; la concepción progresista del tiempo; la fe en que lo que hacía la diferencia entre el ser humano y el reino animal era el empleo de la razón instrumentalizadora del mundo; la creencia de que una sociedad civilizada debía fundarse en la interacción de individuos y no de comunidades, a la vez que esta socialización inter-individual debía ser ordenada por un Estado-nación conformado por las instituciones del liberalismo; así como la seguridad de que el espacio urbano era el lugar de la vida civilizada, y de que, en contraparte, el espacio rural y sus habitantes precisaban ser civilizados desde la ciudad.

Pero el paradigma de la modernidad capitalista es sobre todo un proyecto. Su ejecución práctica depende de la mediación del lenguaje. En este sentido, definir los dos polos de la dicotomía civilización-barbarie es fundamental para orientar el proyecto. Y lo que se observa es que entre la intelectualidad que animó la producción de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, la conceptualización de esta dicotomía en relación con el zapatismo abrevó de diferentes sistemas ideológicos tales como el liberalismo, la filosofía positivista, la moderna teoría biológica o la historia que las élites liberales decimonónicas construyeron respecto a la secular agitación del México rural, entre otras. Así pues, este apartado tiene como objetivo destacar cómo estas influencias en su conjunto definieron las principales cadenas de significados que constituyeron la representación del actor social que definimos como bárbaro-zapatista.

5.1. “Los chimpancés del gorila Emiliano Zapata”. La teoría biológica como basamento de la representación del bárbaro-zapatista

En este sentido, consideramos preciso comenzar por analizar la matriz conceptual que fue el basamento (prácticamente *a priori*) del discurso del bárbaro-zapatista. Nos referimos a la

teoría biológica. En efecto, al estudiar el discurso conjunto de los tres periódicos que nos ocupan se hace evidente la influencia de diferentes paradigmas procedentes de la teoría biológica y el positivismo. Siendo específicamente dos los más trascendentes como fuentes de conceptos para definir y explicar qué era el zapatismo en *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*: primero, el evolucionismo, a través del cual se señaló la inferioridad racial, el salvajismo y la degeneración biológica de los campesinos insurrectos. Y en segundo lugar una concepción profundamente organicista de lo social expresada mediante el lenguaje médico de finales del siglo XIX.

Debemos recordar que las rebeliones de comunidades campesinas en México fueron consideradas desde el comienzo como un crimen de orden común³⁹⁵ —o quizá la suma de todos ellos. A la vez que entre las élites porfirianas la forma de pensar el fenómeno de la criminalidad se encontraba sumamente influida por los supuestos teóricos del positivismo, el evolucionismo, la antropología criminal y la antropología física que se desarrollaban en Europa y los Estados Unidos. De suerte que el crimen comenzó a ser comprendido más como un fenómeno biológico que social. Y se valoró seriamente la idea de que la criminalidad era un brote atávico del salvajismo de la humanidad primitiva. Por ejemplo, el doctor Francisco Martínez Baca afirmó que: “entre el criminal y el salvaje, psicológicamente considerados, no es grande la diferencia, el atavismo los une”.³⁹⁶ O el abogado Rafael de Zayas Enríquez, que sostuvo que el criminal era: “un anacronismo, un salvaje en un país civilizado, una especie de monstruo, algo comparable a un animal que, nacido de padres domesticados desde hace tiempo [...] apareciera bruscamente con el salvajismo indomable de sus primeros antepasados”.³⁹⁷

Luego, si bien es cierto que la medicina y el derecho fueron los ámbitos intelectuales en los que calaron más hondo las nuevas ideas sobre la criminalidad durante el Porfiriato,³⁹⁸ el lenguaje que emplearon las publicaciones que analizamos demuestra que estos supuestos emanados de la teoría biológica se hallaban bien extendidos entre las clases medias y altas de la capital, pues en las tres publicaciones se reiteraron los conceptos que enfatizaban el

³⁹⁵ Ver: Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 53-59.

³⁹⁶ *Idem.*, p. 166.

³⁹⁷ Speckman Guerra, *Crimen y castigo...*, p. 99.

³⁹⁸ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 169.

salvajismo de los campesinos rebeldes, que fueron definidos como los “caribes”, las “fieras humanas”, “tribus desbandadas”, “salvajes hordas”, “la horda canibalesca”, manada de “jabalíes”, o “manada de chimpancés con hidrofobia”, entre otros. Mientras que Zapata fue designado como “el siniestro chacal que lleva un nombre casi de gente”,³⁹⁹ el “chimpancé suriano a quien tan impropiamente se le ha llamado Atila”⁴⁰⁰, el “salvaje de las cañas”,⁴⁰¹ “tipo quintaesenciado de ferocidad humana”,⁴⁰² un “criminal típico, posible solamente en naciones o en razas que se descomponen, como Italia, como España, como México”.⁴⁰³ En suma, decía *El Mañana*: “los Zapata y los De la O surgen de las cavernas para recordarnos, como en el memento homo, que fieras somos y en fieras nos hemos de convertir”.⁴⁰⁴ Y en el mismo sentido, se afirmó que lo que ocurría en el Estado de Morelos era una guerra de otro tiempo; ahí había “hecatombes y ruinas que plagian los combates canibalescos de los primeros siglos [...]”.⁴⁰⁵

El Mañana empleó esta retórica para hacer un llamado a los elementos “sanos y honrados” con el objetivo impulsar la organización defensiva y evitar caer “en lo que llaman los zapatistas el concierto de la civilización”.⁴⁰⁶ Porque desde la perspectiva de esta publicación los campesinos insurrectos eran la reencarnación de alguna tribu salvaje de los primeros milenios, y el resurgimiento de la guerra, actividad que desde la perspectiva del positivismo, y de la modernidad en general, era (y aún es) concebida como una actividad propia de las sociedades menos civilizadas, o “bárbaras”:⁴⁰⁷

³⁹⁹ “Zapata funesto. Ojalá y pronto se haga justicia”, *El Ahuizote*, 2 de septiembre de 1911, año I, núm. 15, p. 6.

⁴⁰⁰ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 14 de noviembre de 1911, serie III, núm. 44, p. 4.

⁴⁰¹ *Loc. cit.*

⁴⁰² “El gravísimo conflicto en el Estado de Morelos. Aclaraciones importantes”, *El Mañana*, 22 de junio de 1911, serie III, núm. 3, p. 2.

⁴⁰³ “Un procedimiento dictatorial”, *El Ahuizote*, 16 de septiembre de 1911, año I, núm. 17, p. 10.

⁴⁰⁴ “Las regresiones del hombre y los progresos del ciudadano”, *El Mañana*, 23 de febrero de 1912, serie IV, núm. 73, p. 1.

⁴⁰⁵ “La ley del incendio. El Gobierno es el Gobierno”, *El Mañana*, 23 de febrero de 1912, serie IV, núm. 73, p. 1.

⁴⁰⁶ *El Mañana*, 23 de julio de 1911, serie III, núm. 12, p. 1.

⁴⁰⁷ “En la teoría de la modernización late, de manera más o menos tácita, la hipótesis de una modernidad sin violencia. El tránsito de la resolución violenta de los conflictos intrasociales a un actuar sin violencia en la regulación de los conflictos es considerado precisamente como una parte integrante, y definitiva, de las sociedades modernas [...] En la cosmovisión del liberalismo, las guerras y los conflictos resueltos de manera violenta aparecían como parte de la *prehistoria* de la humanidad civilizada, y los que pervivían eran interpretados como reliquias de una época en tránsito de desaparición, aún no iluminada por la luz de la

Procedamos por los inmutables métodos de la naturaleza: primero hay que defender la existencia. Desde los bosquimanos hasta los sedentarios caribes —de los cuales estamos ya muy próximos— el instinto magno ha sido rechazar las agresiones de las tribus enemigas, y así han luchado en combate primitivo los dahomellanos, los achantis, los abisinios y los hotenotes [...].⁴⁰⁸

Empero, los lectores no eran ninguna tribu anacrónica, la guerra era algo superado por su cultura, por eso después se añadió que la organización defensiva para los que “no duermen con las cananas” debía ser organización civil: agruparse en torno al gobierno interino de Francisco L. de la Barra y negar el voto a Madero en las elecciones de octubre de 1911.

Bajo la misma lógica, los conceptos con los que constantemente se construyó la imagen de Emiliano Zapata remiten a la creencia en el fenómeno del atavismo. En específico, observamos que se le caracterizó como un guerrero primitivo transportado al presente por los mecanismos de la genética. Así consideramos que lo indican las referencias a su “organismo guerrero”, o el temor ante la violencia que era constitutiva de su biología; de poco servía simplemente quitarle las armas y devolverlo a su primitivo refugio cuando la guerra estaba en sus genes y en cualquier momento podía lanzarse de nuevo a la batalla:

Nada importa que el señor General Zapata intigado [sic.] de sus labores patrióticas se retire a la vida privada en su chalet de techumbre de paja y hojas plátano [...] si todo ello no es definitivo [...] Un día cualquiera el distinguido hombre de Estado —nos referimos al mismo señor General— vuelve a inflamarse en ardorosos bríos, propios de su índole guerrera, y con la rapidez que imprime a sus actos, comunica nuevo fuego patriótico a sus valerosos subordinados y se renovan entonces las campañas heroicas entre los dependientes de las haciendas y las fuerzas libertadoras.⁴⁰⁹

El caudillo del Sur fue también señalado como “el natural rebelde”, e incluso se aludió su particular comunidad (¿o tribu?) de origen: era “el guerrero de anenecuales”.⁴¹⁰ Ejemplos en los que también creemos advertir la influencia de teorizaciones como la de Julio Guerrero, destacado representante de la antropología criminal en México, quien aportó una novedosa concepción de relevantes actores políticos de la sociedad rural: “jefes militares, gobernadores, caciques, pronunciados e indios bárbaros”. Es decir, una serie de poderes regionales que disputaron con efectividad el ejercicio de la soberanía al Estado liberal

Ilustración, como la expresión de una confrontación entre civilización y barbarie”; Hans Joas (Bernardo Moreno traductor), *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 68-69.

⁴⁰⁸ “La defensa social”, *El Mañana*, 23 de julio de 1911, serie III, núm. 12, p.1.

⁴⁰⁹ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 27 de julio de 1911, serie III, núm. 13, p. 4.

⁴¹⁰ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 30 de julio de 1911, serie III, núm. 14, p. 4.

durante el siglo XIX, los cuales fueron definidos por Guerrero como “tipos monstruosos del delito”, y “casos de hipertrofia de un instinto sanguinario desarrollado en una parte de la sociedad mexicana” como consecuencia del ambiente “de ferocidad general” que implicó el permanente estado de guerra por el que atravesó el país a lo largo del siglo XIX.⁴¹¹

La antropofagia, por otra parte, lo mismo que la guerra, era concebida como una práctica inherente a las sociedades humanas primitivas. Como tal, fue la metáfora perfecta para aludir al impulso salvaje que supuestamente se hallaba en el origen de la guerra que los zapatistas hacían al Estado y a la oligarquía. Recordemos que fueron definidos como “la horda canibalesca”, y también: “la horda de caníbales que manda el antropófago Zapata”;⁴¹² protagonistas de los “combates canibalescos” que tenían lugar en el Estado de Morelos.

En *Multicolor* y *El Ahuizote* esta relación entre la antropofagia y el salvajismo del campesinado rebelde se profundizó a través de chistes literarios. Como ejemplo algunos versos publicados por *El Ahuizote* bajo el título “Hambres Santas”: “Mientras pague mi métrica un tirano, mientras pueda agarrarme de un madero, mientras el gran Zapata, el gran guerrero, almuerce carne humana en pleno llano; mientras me aguante el pueblo mexicano, yo, gusano de todo estercolero, he de cantar las ansias del dinero que reinan en mi bolsa y en mi mano [...]”.⁴¹³

De igual manera, otro ejemplo obligatorio del salvajismo del bárbaro-zapatista simbolizado por la antropofagia lo hallamos en una crónica satírica referente a la adhesión del joven pasante de medicina Juan Andrew Almazán al movimiento zapatista, que fue publicada por *Multicolor* con el título “Zapata está triste”:

Zapata está decepcionado, y el portavoz de su melancolía es el antiguo estudiante de farmacia, inventor de las pastillas para la tos, (pastillas de Andrew) y hoy general Andrew Almazán...

[...] Después de abandonar las aulas, Andrew se presentó una bella mañana en el campamento de Zapata y se anunció ante un edecán de huarache, taparrabo y rabo sin tapa, como un estudiante que había abandonado los estudios por simpatía a la revolución en

⁴¹¹ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 188-189. Esto es evidente sobre todo en el discurso de *El Mañana*, que publicó una serie de artículos bajo el tema “Antropología Criminal. Tipos Revolucionarios”. Extensas disertaciones sobre la naturaleza patológica de las rebeliones y sus liderazgos, “con base en las doctrinas de los notables criminalistas europeos, Lombroso, Garafalo y Ferry”.

⁴¹² “Testerazos. Emilio y Emiliano”, *El Ahuizote*, 19 de agosto de 1911, año 1, núm. 13, p. 8.

⁴¹³ “Hambres Santas”, *El Ahuizote*, 14 de septiembre de 1912, año II, núm. 65, p. 9.

general y a D. Emiliano en particular. El huarachudo “feld mariscal” interpretó el mensaje y díjole a Zapata: —General: ahí te busca un señor que dice que ha “destripado” por tu causa. Zapata puso los ojos en blanco. —¿Que ha destripado, dices? Pues que pase. Esos hombres son los que yo necesito, porque todavía tengo mucho que destripar.

Y Almazán y Zapata sellaron el pacto de sus futuras acciones con una tripa de refino, que se agotó sin que ninguno hiciera de tripas corazón [...]

Zapata, decepcionado, es una víctima de la injusticia humana. Lo escarnecen, lo befan, olvidan sus hazañas de general tablaero y ese amor al prójimo que lo llevó hasta a comerse crudos a sus semejantes, sin la menor repugnancia.⁴¹⁴

Por otra parte, la influencia del evolucionismo en la construcción del bárbaro-zapatista también se manifestó a través de la representación del campesinado rebelde como un grupo mentalmente incapacitado e intelectualmente disminuido debido a la degeneración. Lo anterior es patente sobre todo en el discurso de *El Mañana*, que reiteradamente se refirió a Zapata y sus hombres como cretinos e imbéciles. Términos que desde nuestro contexto pudieran interpretarse como simples insultos, pero que ciertamente son términos clásicos de la medicina caídos en desuso. Por ejemplo, la imbecilidad es definida en un texto médico de la época como: “un estado de debilidad intelectual caracterizado clínicamente por aptitudes psíquicas rudimentarias, consecutivas de un desarrollo intelectual insuficiente, congénito o adquirido”.⁴¹⁵ Mientras el cretinismo se define como: “estado morboso congénito que se caracteriza por una detención del desarrollo físico y mental a causa de una disfunción o ausencia de la glándula tiroides”.⁴¹⁶

Así, pues, por un lado estaban las masas populares degeneradas mentalmente y del otro líderes demagogos que se aprovechaban de esta situación y manipulaban a las multitudes al ritmo de sus intereses. Para *El Mañana* tal había sido el origen de la revolución maderista, luego también del zapatismo, y así lamentó esta realidad en un editorial titulado “Locura y crimen”:

No son los que modestamente se han llamado caudillos por aspirar a la tiranía, ni los que se han titulado libertadores para apoderarse de los bienes asechados, éstos tienen una finalidad perversa, pero explicable; son las comunidades imbéciles las plásticas para el crimen, y las

⁴¹⁴ “Zapata está triste”, *Multicolor*, 5 de octubre de 1911, año I, núm. 21, p. 7.

⁴¹⁵ Dr. Guillermo Uribe Cualla, “Exposición médico-legal sobre la acepción precisa de los conceptos: demencia, imbecilidad, idiotismo y locura furiosa, que preceptúa el artículo 1504 del código civil y el artículo 8º de la ley 95 de 1890”, en *Revista de la Facultad de Medicina-Bogotá*, p. 707.

⁴¹⁶ “Cretinismo”, en: <https://educalingo.com/es/dic-es/cretinismo>. Fecha de consulta 28 de junio de 2019.

debilitadas en el vicio hasta llegar a la locura, son las masas que sienten la indigestión de ideales cargados de picantes [...].⁴¹⁷

Lo más angustiante de esta situación era —como se expresa al final de la cita anterior mediante el símil gástrico— que los principios que esgrimían los demagogos jamás podrían ser comprendidos por las comunidades campesinas debido a su incompetencia mental, a su imbecilidad, con lo que únicamente quedaban las pasiones enardecidas impulsando por inercia la rebelión. Así lo advirtió con pesadumbre *El Mañana* en octubre de 1911 al discurrir sobre el fracaso de la militarización de Morelos: Los pueblos se hallaban desbandados y no repararían ante ningún principio político, “así vengan esos púgiles que doman panteras a metérselos a martillazos en los cráneos angulosos que recubren la maraña cerebral del hombre inculto [...]”.⁴¹⁸ Creer lo opuesto era una quimera, y sin embargo los instigadores continuaban surgiendo valiéndose de:

la tesis de que la revolución ha hecho tangibles los derechos del hombre y que éste ha despertado a la bella alborada del sufragio con una fuerza mental que podría muscularse como los bíceps de un gladiador: con la única mistificación de que al cretino y al degenerado ya no se le engaña en materia política, porque tonificado con el Plan de San Luis adquirió la madurez y la conciencia de su naturaleza como pueblo libre, culto sin conocer el alfabeto, civilizado por su desnudez de australiano e inteligente por sus opacidades cerebrales que no le permiten hacer distingos entre el bimanao y el cuadrumano [...].⁴¹⁹

Como se ve de estos dos últimos ejemplos, en *El Mañana* las referencias al cerebro también son constantes. Lo que nos remite a las observaciones de Urías Horcasitas sobre el hecho de que los seguidores de la antropología criminal en el Porfiriato consideraban que el tamaño y el peso del cerebro revelaban el grado evolución humana, influenciados por la teoría de Broca, “según la cual el tamaño y el peso de este órgano guardaban relación proporcional con el grado de civilización y perfeccionamiento de los individuos y de las razas”.⁴²⁰ Por otro lado, los “cráneos angulosos que recubren la maraña cerebral del hombre inculto” también suponían un problema, porque se afirmaba que la forma del cráneo era otro factor que incidía en la capacidad cerebral provocando “perturbaciones en el orden moral o en el psíquico” de los individuos que padecían la “atipia craneana”.⁴²¹

⁴¹⁷ “Locura y Crimen”, *El Mañana*, 25 de agosto de 1911, serie III, núm. 21, p. 1.

⁴¹⁸ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 13 de octubre de 1911, serie III, núm. 35, p. 4.

⁴¹⁹ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 10 de noviembre de 1911, serie III, núm. 43, p. 4.

⁴²⁰ Urías Horcasitas, *Indígena y criminal...*, p. 162.

⁴²¹ *Loc. cit.*

Muy probablemente *El Mañana* partió de este corpus teórico cuando habló de las “insipencias cerebrales”, los “cerebros incipientes” o los “cerebros rudimentarios” del campesinado rebelde. Y de que la insurrección zapatista no podía ser exterminada porque primero Madero y luego otros líderes insidiosos se dieron a la tarea de recorrer el campo para llevar la teoría “socialista” del reparto agrario a cada “cerebro rural y borroso”.⁴²² Mientras que Zapata, por su parte, contó con un estribillo propio: “cerebro incipiente”. De manera que cuando se designaba “el organismo guerrero de cerebro incipiente”,⁴²³ los lectores regulares de *El Mañana* sabían que el enunciado se refería a Zapata.

Pero el atavismo, el cretinismo y la imbecilidad no fueron los únicos fenómenos degenerativos que conformaron la representación del bárbaro-Zapata. En los textos de las tres publicaciones que nos ocupan también destacan dos temas recurrentes: el alcoholismo y una libido rayana en depravación sexual. Emiliano Zapata fue definido, por mencionar un ejemplo sintetizador, como: el “caballerango de Tenextepango, hombre sanguinario, intemperante lo mismo con las mujeres que con el alcohol, antiguo deudor de la justicia y cuyo camino [...] se halla marcado por una estela de sangre, violación, orgía e incendio [...]”.⁴²⁴

El alcoholismo, como hemos visto, también era considerado como una patología que afectaba sobre todo a las masas populares y en particular a los indios. Por tal motivo a este vicio se le atribuyeron otros fenómenos como la criminalidad o violencia en general, así como la misma incapacidad mental que supuestamente padecían los sectores inferiores de la sociedad.

Igualmente, los intelectuales porfirianos estudiosos del fenómeno de la criminalidad supusieron que el comportamiento sexual incidía de forma importante. Por ejemplo, Carlos Romuagnac, quien “buscó probar que existía una correlación entre desviación sexual y conducta criminal, le interesaba el pasado amoroso de los reos y antecedentes de

⁴²² “La situación en Morelos. Aclaraciones importantes”, *El Mañana*, 16 de enero de 1912, serie IV, núm. 62, p. 1.

⁴²³ “El amago sigue en pie. Actualidades en el Estado de Morelos”, *El Mañana*, 6 de julio de 1911, serie III, núm. 7, p. 1 y 2.

⁴²⁴ “Insolencia de Palafraneros”, *El Mañana*, 21 de agosto de 1911, serie III, núm. 20, p. 1 y 3.

homosexualidad y hermafroditismo”.⁴²⁵ O también Julio Guerrero, que en su *Génesis del crimen...* “dividió a la sociedad en cuatro grupos, tomando como criterio de clasificación el patrón de comportamiento sexual; y postuló que la inmoralidad y la criminalidad eran privativas de los sectores menos privilegiados”.⁴²⁶ Ideas que posiblemente expliquen uno de tantos enunciados como el siguiente de *El Ahuizote*, en dónde el desenfreno sexual se conceptualizó a través del símbolo del Macho Cabrío al que se le dedicaban los aquelarres: El Ministro de Gobernación (Emilio Vázquez Gómez), —decía el semanario de caricaturas—, se ocupaba de absurdos, “mientras el Macho Cabrío de Morelos [Zapata] exigía a los pacíficos ciudadanos el tributo de las once mil vírgenes y con su mesnada de jabalíes en canícula, llevaba en nombre de la democracia la deshonra y la infamia a todos los hogares”.⁴²⁷

En suma: salvajismo, guerra, degeneración física, mental y moral, instintos básicos, vicios, muerte y antropofagia. Con significados como estos la intervención del Estado en el ámbito de la vida (biopoder) recibía sobrada justificación y, más aún, se hacía obligada.

En esta lógica, *El Mañana*, por ejemplo, defendió, o mejor dicho, exaltó la estrategia de recolonización empleada por el general federal Juvencio Robles en la campaña de Morelos —la misma que solía culminar con el incendio de los pueblos— en un editorial de primera plana titulado “La ley del incendio. El Gobierno es el Gobierno”: “Es tan grande la tensión del espíritu público en el peligro social que nos amenaza con la invasión impetuosa de la anarquía vandálica de los campos, que ya se pide sin disimulo el exterminio y se pide fuego, mucho fuego para las fieras humanas que olfatean la carne muerta en el viento que sopla del desierto [...]”.⁴²⁸

Evidentemente el ejército federal no estaba venciendo sobre las milicias zapatistas; la guerra había sido llevada a las bases, a las comunidades, pero la piedad no era ninguna opción ante las “fieras humanas”. Así continuaba la nota: “una protesta moral que nace de

⁴²⁵ Speckman Guerra, *Crimen y castigo...*, p. 102.

⁴²⁶ *Idem.*, 103-104.

⁴²⁷ “Testerazos. Emilio y Emiliano”, *El Ahuizote*, 19 de agosto de 1911, año I, núm. 13, p. 8.

⁴²⁸ “La ley del incendio. El Gobierno es el Gobierno”, *El Mañana*, 23 de febrero de 1912, serie IV, núm. 73, p. 1.

la conciencia para recordar nuestra civilizadora cristiandad, es por ahora una complicidad con los criminales socialistas”.⁴²⁹ El racismo científicista justificando la guerra de Estado.

Por otra parte, aquellos “criminales socialistas” de los que no se debía ser cómplice eran personalidades como Madero, que promovían entre las clases populares sermones sobre la democracia, la libertad y la igualdad sin tomar en cuenta: “la ley fisiológica de la fuerza y de la superioridad del más apto”.⁴³⁰ Ésta era la lógica de la “disolvente teoría socialista” que *El Mañana* acusó tantas veces como origen de la crisis revolucionaria. Lo que nos remite a la visión profundamente organicista que marcó el discurso del bárbaro-zapatista en este bisemanario. Y no sólo de éste, sino también de *El Ahuizote* y *Multicolor*. Porque la libertad y la igualdad en el orden social se presentaba como una imposibilidad o un absurdo cuando se comprendía que la sociedad era un organismo vivo sometido a leyes naturales que la sociología comenzaba a develar; las élites dirigentes lo eran porque era una ley del orden natural, así como las clases inferiores eran tales porque el mismo orden lo requería.

Bajo esta lógica fue que *El Mañana* censuró acremente a Madero cuando durante su primera gira por el Estado de Morelos declaró que en esa entidad la “revolución salvadora” había arrancado desde 1909, cuando los pueblos se movilizaron contra la imposición de Pablo Escandón. Pues el bisemanario reconoció que este personaje no era estadista ni fue popular entre las clases populares, pero sí era una cosa: “honrado”, es decir: “perteneciente a la clase privilegiada que ninguna revuelta puede destruir, porque sería voltear de revés todos los principios positivos que rigen las sociedades”.⁴³¹ Como se observa, el privilegio aparece aquí como un orden natural, porque para *El Mañana* la democracia era sobre todo teoría política, mientras que: “la sociedad es una institución humana que ha establecido sus jerarquías por leyes inflexibles que no pueden alterar ninguna razón de Estado [...] Con estos principios elementales de sociología, el señor Madero habría prescindido de sus frases encomiásticas a la multitud morelense [...]” y se habría ahorrado una ofensa a la clase honrada del Estado.⁴³²

⁴²⁹ *Loc. cit.*

⁴³⁰ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 5 de diciembre de 1911, serie IV, núm. 50, p. 2.

⁴³¹ “Hiriente paralelismo. El Caballero y el Plebeyo”, *El Mañana*, 22 de junio de 1911, serie III, núm. 3, p. 1.

⁴³² *Loc. cit.*

Después, cuando en octubre de 1911 sobrevino el gran fracaso de la campaña militar en Morelos, *El Mañana* reflexionó anhelante sobre las leyes sociológicas que, de ser comprendidas y aceptadas por las masas rurales, podrían acabar efectivamente con la insurrección; “el proletariado del campo” —como se refirió al campesinado zapatista— asumiría su lugar y dejaría de disputar el que le correspondía a las élites políticas y, sobre todo, a las económicas. Lo que nos recuerda que la sociedad moderna se organiza en torno al Estado-nación, y éste es poco más que una gran empresa de acumulación capitalista; luego, resultaba que las leyes “naturales” del orden social y las leyes de producción eran una misma cosa:

Si llegara alguna vez al pueblo malo, pero de cualquier manera factor positivo de trabajo, un destello de lucidez para distinguir clara y distintamente su verdadera posición en la balanza económica del país [...] si el labrador bueno o perverso se posesionara de la ley sociológica inviolable de que el mejoramiento económico, se obtiene solamente por la aptitud, por el esfuerzo y por las condiciones superiores de personal resistencia, desistiría desde luego de los embates insensatos a los bienes ajenos y se adaptarían sin protestas, para formar parte del engranaje de producción, procurando conquistar para sí los mayores beneficios, en debida consonancia a sus actividades y a su fuerza objetiva en la colectividad.⁴³³

Desde nuestra perspectiva lo que se ve de la cita anterior no es otra cosa que la reproducción y justificación teóricamente “racional” y “científica” del economicismo paradigmático de la modernidad capitalista: lo normal, lo “natural”, era que la burguesía porfiriana definiera el rumbo del Estado y que las clases inferiores se subordinaran a sus decisiones; la libertad y la igualdad del hombre, como ser social que era, resultaban ideales sin fundamento racional.⁴³⁴ Únicamente la evolución biológica podía consolidar la libertad e igualdad, y solamente el tiempo y el trabajo industrial podían impulsar con seguridad el progreso individual y colectivo.⁴³⁵

Es muy probable que *El Mañana* partiera de este tipo de concepciones cuando realizó una valoración de los dos candidatos que competían por el gobierno del Estado de Morelos en

⁴³³ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 13 de octubre de 1911, serie III, núm. 35, p. 4.

⁴³⁴ Beatriz Urías analiza e ilustra este hecho a través del pensamiento de Justo Sierra. Autor para el que la libertad y la igualdad eran “dogmas metafísicos”, pues argumentaba, por ejemplo, que: “el hombre no es libre en la naturaleza, sino sometido a la infinita complicación de leyes fatales; la naturaleza no conoce de igualdad: la desigualdad es su manifestación perenne [...]”. Visión desde la cual: “Las libertades políticas no son pues concebidas como derechos naturalmente adquiridos por el hombre sino como ideales que las sociedades tienden a alcanzar en el curso de su evolución”. Urías Horcasitas, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político del siglo XIX en México...*, p. 188-189.

⁴³⁵ *Idem.*, p. 169.

las elecciones de agosto de 1912 advirtiendo que uno era “socialista” y, como tal, creía inocente o quizá malévolamente en que las leyes del orden social podían invertirse, y que las clases populares podían tomar decisiones propias y gobernar como la raza blanca de “ojos azules”. Mientras que el otro candidato era positivista y sabía que para que las masas pudieran alcanzar ese nivel de libertad aún debían pasar mucho tiempo bajo la dirección de las élites:

Los candidatos [...] son los señores ingenieros Don Patricio Leyva y Don Agustín Aragón. El primero es socialista; de esos peligrosos amigos del pueblo pobre [...] que aspiran a que el analfabeta gobierne y el indigente mande [...] Vamos, todo un regenerador de la escuela de 1910, que cree con fanatismo que con paciencia y saliva los ojos azules se vuelven garzos y la nariz roma se convierte en prominencia borbónica. Que no hay más que darle el agua y las tierras a los pobres, nivelar la propiedad y dotar a cada individuo de la misma cantidad de inteligencia, para que quede rigurosamente trazada la línea de la igualdad común que nos haga a todos perfectamente semejantes, más semejantes todavía que como lo ha dispuesto la naturaleza.⁴³⁶

Por otra parte, del candidato Aragón se dijo: “es de otra índole: su ideal es la evolución lenta y no a saltos [...] inflexibilidad de las leyes naturales, psicología perfectamente eslabonada con la psicología del individuo, persistencia de la especie y supervivencia del más apto”.⁴³⁷ Finalmente, esta nota concluía planteando un dilema retórico: *El Mañana* invitó al lector a que reflexionara sobre cuál era el proyecto pertinente para un territorio en donde las leyes “naturales” de lo social se habían alterado y tenían más peso jefes zapatistas como el “tuerto” Morales o Genovevo de la O que la cultura de la Ilustración: “Aplique Ud. Las teorías de ambos [candidatos] a este pobre Estado donde tiene más importancia el tuerto Morales que Voltaire y más significación sociológica Genovevo de la O, que Darwin”.⁴³⁸

Por su parte, *Multicolor* demostró que compartía la misma visión organicista de lo social cuando definió al zapatismo como un “problema sociológico” en una crónica satírica sobre cómo Madero había difundido la teoría “socialista” de igualdad y libertad en el medio rural: “El señor Madero, con un gesto copiado de una estampa antigua, con palabra apostólica y barata, se dio a predicar por villas y pueblos que todos éramos iguales bajo la maternal

⁴³⁶ “Candidatos en las urnas. Socialismo o Positivismo”, *El Mañana*, 6 de agosto de 1912, serie V, núm. 120, p. 2.

⁴³⁷ *Loc. cit.*

⁴³⁸ *Loc. cit.*

mirada de la Democracia (muchos la tomaron por la virgen María) y que en lo de adelante ya no habría amo ni siervo, que todos eran iguales [...]”.⁴³⁹ De entre la multitud —continuaba la narración— se alzó una voz incrédula que cuestionó a Madero: “¿cómo voy a ser igual que Rufino el dueño de la tienda, yo que le hago los mandados?”. A lo que el líder respondió: “don Rufino es de echo igual a ustedes [...] pero ha monopolizado el comercio, es decir, os ha despojado a todos aquellos de vosotros que tuvieran aptitudes comerciales [...]”. Ante tales argumentos “el concurso abre la boca asombrado [...] Y así continua el apóstol democrático su nociva propaganda. Y aquí censura el comercio monopolizador, y allá ataca la gran propiedad, y acullá reniega de los sombreros boleados y la camisa limpia”.⁴⁴⁰

Así se había sembrado “la semilla socialista disolvente”, y la cosecha era el zapatismo. Por eso *Multicolor* concluía con un amargo sarcasmo: como según los “socialistas” las leyes y jerarquías positivas de la naturaleza nada importaban y ningún fundamento tenían, se debían abolir en todos los ámbitos, incluso en la misma sala de redacción de la revista: “Ayudemos a que el Gobierno del señor Madero se consolide; suprimamos los guantes, que huelen a rancias y arbitrarias supremacías [...] ¡Por Dios! acabemos de comprender la igualdad. Fuera los odiosos jefes de sección, colocados en infamantes sitios superiores; fuera el oficial mayor y el comandante; aquí todos somos unos”.⁴⁴¹

Finalmente, ante la inversión de poderes que la rebelión campesina provocó en el centro-sur —y que fue considerada una auténtica aberración del orden social natural— el lenguaje del organicismo también fungió como una herramienta para articular la retórica que debía promover y sostener la intervención de las fuerzas armadas del Estado. En este sentido, los campesinos rebeldes fueron definidos, por citar unos, como: el “elemento insano”, “el mal”, los “gérmenes del desorden” o el “cáncer” que enfermaban el organismo social nacional. Mientras que la guerra de Estado fue equivalente a una medida de higiene o a la aplicación de un remedio. Los ejemplos son múltiples, pero uno obligado es cuando a comienzos 1912

⁴³⁹ “Muecas de Actualidad. Despertar Democrático”, *Multicolor*, 9 de noviembre de 1911, año I, núm. 26, p.

4.

⁴⁴⁰ *Loc. cit.*

⁴⁴¹ *Loc. cit.*

El Mañana anunció que estaba próxima a aprobarse una Ley de Suspensión de Garantías en las entidades donde el zapatismo tenía mayor presencia:

Así, pues, la sociedad justamente alarmada ante los desmanes de las hordas del Sur, y temerosa de que la insolencia del zapatismo pudiera llegar a propagarse en la Republica [...] sabe ya que al *mal terrible* corresponde el *remedio heroico*; que éste ha sido dictado, y que va a aplicarse desde luego, sin vacilaciones ni lenidad, abrazando con el cauterio implacable de hierro candente *la enorme úlcera* que *enferma* a una riquísima región nacional [...].⁴⁴²

Desde nuestra perspectiva, lo que podemos observar de la cita previa es nada menos que el apuntalamiento ideológico, lenguaje médico mediante, de lo que Lund define como una de los grandes contradicciones del liberalismo histórico: “la tensión entre los derechos individuales garantizados por la ley y la expansión totalitaria del fundamento ideológico del liberalismo: el modo capitalista de producción”.⁴⁴³ Pues el argumento es que la anulación de las garantías individuales consagradas por el liberalismo es comprendida por la sociedad como un mal necesario, un “remedio heroico”. E inmediatamente después viene la justificación: el zapatismo estaba “enfermando” una “riquísima región nacional”.

Con lo que llegamos al meollo de la cuestión, porque si el zapatismo fue presentado a través de los términos que hemos visto y que en primera instancia buscaban promover la guerra de exterminio en su contra, fue en razón de que el control y la implementación del proyecto político zapatista en la región centro-sur estaban provocando la desarticulación de la columna vertebral del esquema civilizatorio de la modernidad, es decir: el sistema capitalista de producción-consumo.

5.2. *El zapatismo contra la “sociedad honrada” y la Nación*

Contrario a la idea de que el zapatismo fue incapaz de articular un proyecto político trascendente, Arturo Warman propone que en realidad este movimiento campesino sí conformó y, sobre todo, puso en práctica un proyecto político que buscó operar una transformación profunda en el orden de la sociedad mexicana de comienzos del siglo XX en la región centro-sur del país.⁴⁴⁴ Más aún, se trató de un proyecto contrahegemónico en

⁴⁴² “Sangre para lavar culpas. La suspensión de garantías”, *El Mañana*, 16 de enero de 1912, serie IV, núm. 62, p. 1. Las cursivas son mías.

⁴⁴³ Lund, *Op. cit.*, p. 61.

⁴⁴⁴ Arturo Warman, “El proyecto político del zapatismo”, en Friedrich Katz (comp.) y Paloma Villegas traductora, *Revolución, rebelión, revolución*, México, Ediciones Era, 1990, vol. II, p. 9-10.

extremo radical: comunidades autónomas y no individuos como unidad básica de lo social; el municipio libre como instancia política fundamental en detrimento de los gobiernos estatales y federal; soberanía popular efectiva y directa, no reducida a lo electoral; y en la base un modelo de producción que ponía los recursos a entera disposición de las comunidades y no en manos de un grupo reducido de empresas de acumulación. Así en términos generales. “Poder popular estrictamente entendidos, sin mediaciones”.⁴⁴⁵ Y para Warman los documentos generados por los grupos adueñados del poder son una evidencia poco explotada que revela el impacto político del zapatismo: “Pocos movimientos fueron tan encarnizadamente combatidos en la esfera militar y en la ideológica [...] La incompreensión, terror e indignación que provocó el levantamiento del Sur constituye información directa y contextual para la comprensión de los alcances políticos de las propuestas zapatistas”.⁴⁴⁶

En el mismo tenor, Ávila indica que: “la combinación de la violencia de clase contra las estructuras de poder, la expropiación de parte de los bienes de los terratenientes y empresarios, la redistribución de los recursos entre sectores y grupos marginados hicieron que el zapatismo fuera temido y estigmatizado desde un principio por las clases propietarias y por un sector de la opinión pública, acusándolo de ser un movimiento bárbaro [...]”.⁴⁴⁷ Así se explica que desde muy temprano en 1911, aún antes de que el movimiento generalizara y consolidara su esquema político, se haya impulsado una guerra sin cuartel en su contra.

En suma, el zapatismo operó una inversión de las relaciones de poder en las que se hallaba fundada la imposición del esquema civilizatorio de la modernidad capitalista porfiriana en la región centro-sur de México, y luego, en sus dominios, puso en práctica una política que estaba minando las bases del sistema de producción-consumo capitalista, nada menos que el alma de la civilización moderna. En este contexto, y partiendo de una visión conjunta del discurso de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, lo primero que se pone de relieve es que la dicotomía civilización-barbarie también se expresó a través del binomio antitético: zapatismo versus “la sociedad honrada”.

⁴⁴⁵ *Idem.*, p. 22.

⁴⁴⁶ *Idem.*, p. 11.

⁴⁴⁷ Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 24.

Efectivamente, el conflicto entre las comunidades campesinas del centro-sur y la oligarquía porfiriana fue representado mediante el empleo de signos y argumentaciones que definían a los zapatistas como los malos, victimarios, inmorales, irracionales, criminales, enemigos de la patria mexicana, portadores de retroceso, barbarie y de la muerte. Mientras los “hombres honrados” fueron los buenos, las víctimas, los de moralidad, legalidad, racionalidad, unos patriotas y verdaderos mexicanos, artífices del progreso civilizatorio nacional y hasta dadores de vida. Las construcciones en este sentido básicamente son el corpus central del discurso del bárbaro-zapatista en *El Mañana* y *El Ahuizote*, pero hemos tratado de sintetizarlo de forma apropiada.

Hemos visto los términos científicistas con los que se construyó la representación de un zapatismo biológicamente condenado a la barbarie y, aún más, al salvajismo. Mientras que, como veremos, los líderes de la agroindustria morelense y los comerciantes de los centros urbanos como Cuernavaca o Cuautla fueron referidos indistintamente como: los “elementos de energía honrada”, “hombres honrados”, “la sociedad honrada”, las “clases de orden y elementos”, o las “vidas honradas” cegadas por el zapatismo. A la vez que industria y comercio fueron: “los elementos de vida honrada” destruidos por la rebelión, o también el “trabajo honrado” despreciado por los rebeldes. De un lado del conflicto la sub o infra-humanidad y del otro la idealización más rebuscada de lo que para *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* era el único orden civilizatorio posible.

En esta lógica, para *El Mañana*, por ejemplo, el “desorden revolucionario” se había originado en la confluencia de la “obsesión” de las masas por la propiedad ajena y las ambiciones de Madero. Mientras que las consecuencias de esta alianza inmoral recaían en la víctima por excelencia de la agitación rural histórica: “el propietario, el caballo blanco de todas las situaciones difíciles y embrolladas”, el que de común debía soportar “la indefinida amenaza, que se cumple, primero en sus bienes y después en sus personas para que al pueblo no le quede duda de que las transformaciones pregonadas por la revolución llegaran inflexiblemente hasta la última y vistosa práctica de la sangre”.⁴⁴⁸

En una ocasión diferente, pero reflexionando nuevamente sobre el origen de la revolución, *El Mañana* advirtió que se trataba casi de una cuestión de sociología nacional; la tensión

⁴⁴⁸ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 20 de octubre de 1911, serie III, núm. 37, p. 4.

secular entre la sociedad rural tradicional y los impulsos modernizadores otra vez fue definida en términos de un sacrificio perenne que recaía en la abnegada burguesía nacional:

Estamos en plena tragedia. No es la del péplum, ni la de las fieras actitudes; no hay Nerones ni Petronios [...] es una tragedia de familia y color mexicano: el burgués de los campos que acumula silencioso la economía del trabajo rudo, el que forma hermandad con la yunta y con el labriego tardo y aproximado al cuadrúpedo que rasga los surcos, el que instituye una familia de sencillez provinciana [...] el campirano que equilibra la ley económica del capital, de la tierra y del trabajo, el comerciante de los pequeños mercados [...] ese luchador mudo, que es la unidad concurrente de la vida económica, es el que de golpe e inesperadamente, paga en una bella mañana con todos sus bienes y con el honor venerado de su primogénita, los gastos de la democracia y el sufragio [...].⁴⁴⁹

Como vimos en el primer capítulo de esta investigación, para estudiosos del zapatismo como Ávila, Pineda Gómez o Womack, así como también para F. X. Guerra, resulta evidente que hacía los últimos años del porfiriato se había consolidado una alianza entre la élite económica del Estado de Morelos y el poderoso grupo de los “científicos”. Por otra parte, en el Plan de Ayala los conceptos “hacendados” y “científicos” aparecen ligados al despojo territorial de los pueblos.⁴⁵⁰ Con lo que inferimos que la alianza de los grandes industriales de Morelos con la élite política afirmada en el poder en los años postreros del Porfiriato era tan obvia antes como ahora. Sin embargo *El Mañana* también negó este vínculo ente los dos grupos valiéndose del argumento de la nacionalidad; varios terratenientes eran extranjeros, y como tales no se inmiscuían en política nacional. Fueron presentados como resignados trabajadores apolíticos cuyas acciones no eran impulsadas por el interés individual ni por ambición acumuladora, sino más bien por un profundo sentido de moralidad que beneficiaba incluso a los sectores populares que ahora se volvían en su contra:

Zapata [...] jura que los hacendados a quienes ha devastado, son científicos, olvidando este cretino malvado, que entre estos hay extranjeros que carecen de credo político, y que no han sido sino empeñosos trabajadores que han fomentado la riqueza del Estado, dando de comer a todos esos rebeldes impenitentes, y sosteniendo por los impuestos una Entidad Federativa, que sin el elemento agrícola inteligentemente vigilado, ha tiempo que habría desaparecido como Estado de la Federación.⁴⁵¹

Como se ve, los “hombres honrados” no solo eran dignos de la protección de la justicia, sino que la Nación tenía una obligación para con ellos como contribuyentes. Por eso en

⁴⁴⁹ “Locura y Crimen”, *El Mañana*, 25 de agosto de 1911, serie III, núm. 21, p. 1

⁴⁵⁰ Ver el artículo 6º del Plan de Ayala. En Womack, *Op. cit.*, p. 395.

⁴⁵¹ “Zapata es Zapata”, *El Mañana*, 17 de agosto de 1911, serie III, núm. 19, p. 2 y 4.

repetidas ocasiones *El Mañana* y *El Ahuizote* demandaron que el Estado interviniera con las fuerzas armadas. Ningún otro asunto de gobierno era más apremiante que poner término a la rebelión zapatista. Y *El Mañana* sobre todo no desperdició muchas oportunidades para dirigir recriminaciones en este sentido a los funcionarios de la administración interina. Un ejemplo ilustrativo de esto fue cuando en julio de 1911 el Secretario de Gobernación del interinato, Emilio Vázquez Gómez, presentó una iniciativa de proyecto para el desarrollo de la infraestructura hidráulica en el país. En la nota “La agricultura moribunda”, *El Mañana* indicó, con su sarcasmo característico, que mientras dicho funcionario divagaba en proyectos absurdos la realidad del país, y sobre todo la del Estado de Morelos, era grave, y lo que urgía era que el Estado interviniera como durante la “tiranía” de Díaz para proteger a los “hombres honrados” y sus medios de producción con los que contribuían con la empresa de acumulación nacional:

La fantasía del Señor Ministro de Gobernación [...] no ha podido convencer en firme a los hacendados del Estado de Morelos, que no quieren agua, ni presas, ni irrigaciones, ni sifones, ni tifones, ni nada hidráulico de momento, sino que se retire del Estado el Señor General Don Emiliano Zapata con los quinientos valientes de su mando. Están los propietarios hostigados de libertad, y quieren algo de tiranía que les permita trabajar, que dejen tranquilamente a los labradores volver a sus faenas del campo, sin despertarles suspicacias con sufragio y eso, ni removerles sus ambiciones de tierra o de mandos militares; que haya garantías a la propiedad y al trabajo, y que la autoridad les preste la protección a que tienen derecho los hombres honrados, los contribuyentes y los que dan a los mercados un artículo de necesidad ingente [...].⁴⁵²

Como corolario de las líneas anteriores se conminó respetuosamente al presidente interino, Francisco León De la Barra, para que tomara acción respecto al conflicto de Morelos apelando nuevamente a la importancia que la producción agroindustrial tenía como fuente de riqueza nacional: “Tenemos la certeza de que el Señor Presidente de la República [...] es el primero como hombre de alta moralidad, en reconocer la conveniencia de que este divisionario [Zapata] deje de ejercer su influencia nociva en el Estado y de que [...] no perturbe más la regularidad de un trabajo de la importancia que encierra la producción del azúcar en el país [...]”.⁴⁵³

La historia siguiente es conocida; en agosto de 1911 el ejército federal entró en campaña en el Estado de Morelos, y *El Mañana* anunció y comentó esta medida en un tono esperanzado

⁴⁵² “La Agricultura Moribunda”, *El Mañana*, 9 de julio de 1911, serie III, núm. 8, p. 3.

⁴⁵³ *Loc. cit.*

y hasta triunfalista. Por fin se comenzaba a hacer justicia en favor los “hombres honrados” y en contra de las “fieras” zapatistas:

El estado se encuentra en una verdadera expectación con la llegada de las fuerzas federales y con la resistencia de las llamadas libertadoras para su necesario y moralizador licenciamiento. La resolución del Presidente de la Barra es un aliento para los abatidos hijos del Estado. Se creían abandonados y con un futuro tristísimo, como era el de ser regidos por el Bandolerismo que le tiene en la ruina; y muchos hombres de trabajo emigrados por las persecuciones de esas fieras [...].⁴⁵⁴

Con lo visto hasta aquí ya podemos percibir claramente que lo que desde nuestra perspectiva es una disputa por los recursos productivos de la región centro-sur entre dos órdenes políticos no solo diferentes sino contrapuestos, es decir, el de la modernidad capitalista y el “tradicional” del que provenía el zapatismo, fue representado por *El Mañana* como una lucha entre hombres civilizados y hombres bárbaros. Pero las publicaciones que analizamos fueron aún más explícitas indicando que en dicho trance se jugaba la continuidad de la civilización o el advenimiento del régimen de la barbarie.

Así, por ejemplo, cuando apenas habían transcurrido dos meses desde la violenta irrupción de los sectores populares del campo morelense, *El Mañana* dirigió un vehemente llamado a los “hombres honrados” para que se organizaran y opusieran resistencia a la rebelión campesina con el objeto de evitar un escenario verdaderamente apocalíptico. A la derrota del orden capitalista y el predominio zapatista sobrevendría el des-orden, el caos, la anarquía. En suma, el retroceso de civilización a barbarie y de ésta al salvajismo. Antes de la irrupción zapatista progreso, producción y riqueza boyantes:

Pero ahora, el organismo guerrero de cerebro incipiente [Zapata] es el dueño de las haciendas, sin necesidad de títulos de dominio [...] Hemos llegado a los extremos de la desorganización política y social, y si los hombres honrados, los de moralidad y trabajo no constituyen la fuerza de resistencia para estas agresiones al derecho y a la justicia, veremos muy pronto la anarquía con todos sus horrores, en que el enemigo mayor del hombre será el hombre mismo, en que el ciudadano será el vago recuerdo de instituciones perdidas, y en que regresaremos a estados rudimentarios de civilización, en los cuales la suprema lucha será conservar la bestia sin ilusiones de perfeccionamientos, a los que no hemos podido ser acreedores.⁴⁵⁵

⁴⁵⁴ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 14 de agosto de 1911, serie III, núm. 18, p. 4.

⁴⁵⁵ “El amago sigue en pie. Actualidades en el Estado de Morelos”, *El Mañana*, 6 de julio de 1911, serie III, núm. 7, p. 1 y 2.

En *El Ahuizote* la visión fue la misma: en el conflicto del Sur el México civilizado y verdadero era representado por un grupo minoritario: las élites agroindustrial y comercial del Estado de Morelos. Así lo expresó en octubre de 1911 cuando la militarización de Morelos comenzó a declinar, en una nota pesimista que además culminaba señalando a Madero como el culpable del fracaso. El título fue “El Ejército juguete de Zapata”, y se recurrió al lenguaje médico para presentar la imagen de un México civilizado moribundo y sobre el que además caía la desesperanza porque la “dosis medicinal”, o sea la militarización, había resultado contraproducente por la interferencia de Madero que coartó la labor del general (¿o doctor?) Victoriano Huerta:

En suma, la justicia prometida por los apóstoles de la revolución, quedará como siempre befa y escarnecida para satisfacción del maderismo militante e imperante, y para desconsuelo de los mexicanos que han puesto en el trabajo y en la ley toda esperanza de redención. Los comerciantes de Cuautla, Jonacatepec y de Jojutla y de todas las poblaciones que han sufrido la presión humillante del Sultán de Villa de Ayala, los hacendados que han visto repartir sus propiedades entre los zapatistas, México civilizado (que es tan pequeño) debe sentir el desaliento del desahuciado a quien un sacamuelas ha prometido aliviar y ve que a la primera dosis medicinal se le gangrena medio cuerpo.⁴⁵⁶

En suma: el sistema de producción-consumo capitalista como significado de la civilización y de la mexicanidad. El paradigma civilizatorio de la modernidad capitalista como la base cognitiva que hacía posible tejer las cadenas de significados esenciales del discurso del bárbaro-zapatista en los órganos de prensa que nos ocupan. Creemos que la transparencia en este punto resulta innegable. Empero, a tal grado fue radical el espíritu anti-moderno y contrahegemónico del movimiento zapatista que tanto *El Mañana* como *El Ahuizote*, reacios como eran a conceder un palmo a la revolución maderista, definieron la dicotomía civilización-barbarie incluso en el seno mismo del denominado “desorden revolucionario”. Efectivamente, desde la perspectiva de estas publicaciones entre las mismas fuerzas revolucionarias había dos facciones: una bárbara de la que los representantes más destacados eran los zapatistas y otra civilizada, representada por Pascual Orozco y sus seguidores.

En la nota editorial de primera plana titulada “Pascual Orozco y Zapata. Las intrigas de Madero”, *El Mañana* fue muy claro: la violencia revolucionaria civilizada era la que no se dirigía en contra de los fundamentos institucionales del sistema capitalista, comenzando por

⁴⁵⁶ “El Ejército juguete de Zapata”, *El Ahuizote*, 21 de octubre de 1911, año I, núm. 22, p. 6.

el más importante que era la integridad de la propiedad privada individual, y la que además era protagonizada por individuos-propietarios privados y no por las corporaciones tradicionales del mundo rural. La nota se publicó en octubre de 1911, cuando desaparecía la esperanza puesta en la campaña de Morelos y la mayor parte de la prensa capitalina señaló a Madero como culpable de proteger al zapatismo. *El Mañana* reprobó a Madero por mostrar actitudes diferentes para cada líder: Zapata había sido abrazado a pesar de las acusaciones en su contra, mientras que a Pascual Orozco —el verdadero autor de la caída de Díaz a juicio de esta publicación— se le restaban méritos para que su brillo no rivalizara con el del coahuilense. Pero la Historia debía hacer justicia y poner a cada quien en su lugar:

La historia dirá más. Dirá que la revolución efectiva, a mano armada, tuvo dos aspectos, el honrado y el leal que en Chihuahua levantó a los pequeños propietarios, los enfrentó con los soldados federales y los hizo combatir contra jefes del valer de García Cuellar y de Eugía Liz, sin robos, sin incendios, sin asesinatos; y el siniestro y repugnante que abrió las cárceles y liberó a los galeotes, les lanzó contra la propiedad privada, al pillaje, al atropello de mujeres, a la matanza de extranjeros, al bochorno de la civilización: el primero representado por la postura viril de Pascual Orozco, y el segundo por la sombra demoniaca de Zapata.⁴⁵⁷

El Ahuizote, por su parte, incidió más veces que *El Mañana* en esta distinción entre la civilización y la barbarie revolucionarias representadas por orozquismo y zapatismo respectivamente. La primera ocasión a comienzos de mayo de 1912 con motivo del estallido de la rebelión en Juchitán, Oaxaca. El semanario político ilustrado, marcó una diferencia entre orozquistas que “peleaban” en el Norte y los movimientos bárbaros, o más bien, salvajes como “africanos”, del Sur del país, que se lanzaban contra la propiedad bajo un grito de guerra común: “¡Mueran los hacendados!”.

Mientras los orozquistas pelean en el Norte y los zapatistas acaban con los hombres en el Sur, después de acabar con las propiedades, en Oaxaca se enciende una gran hoguera de anarquía. En seguida de la guerra civil no faltaba sino eso [...] Después de la revolución política, la revolución social. Después de la sangre derramada en nombre de la ley, el saqueo y el incendio en nombre de la anarquía al grito de ¡Mueran los hacendados! Ya tenemos de todo. Nuestros impulsos africanos encuentran un ancho cauce por donde correr.⁴⁵⁸

Y con lo que vemos en la cita anterior se nos presenta la oportunidad de hacer un paréntesis para subrayar ésta que es una constante en el discurso de las publicaciones que nos ocupan: la barbarie que amenazaba a la civilización tras la revolución de 1910 no se reducía al

⁴⁵⁷ “Pascual Orozco y Zapata. Las intrigas de Madero”, *El Mañana*, 2 de octubre de 1911, serie III, núm. 32, p. 1.

⁴⁵⁸ “Después de la Revolución, Anarquía”, *El Ahuizote*, 26 de mayo de 1912, año II, núm. 49, p. 1.

zapatismo, éste era únicamente su manifestación más aguda. Porque, en concreto, la barbarie era percibida como el común denominador de las masas anti-modernas, y la violencia bárbara (guerra contra el Estado y la oligarquía) era claramente percibida como una realidad activa en algunos casos y siempre latente en lo general. Tal vez esta sea la razón de que *El Ahuizote* señalara a los orozquistas como los verdaderos modelos de la identidad nacional mexicana.

En este sentido, cabe señalar que en *El Ahuizote* se advierte un marcado celo nacionalista desde el comienzo. Así, por ejemplo, durante las primeras semanas de circulación predominó una actitud de respaldo a la revolución de 1910, pero porque se concebía que ésta había derrocado del poder a los “científicos”, grupo al que este semanario acusaba como aliado de los grandes capitales extranjeros que se repartían los recursos del país en detrimento de los capitales nacionales. En el mismo sentido, a partir de 1912, en la primera plana a un lado del título de la publicación se imprimió el lema “México para los mexicanos”. Sólo un par de ejemplos de una marcada línea nacionalista que regía su producción.

Luego, el nacionalismo de *El Ahuizote* resulta relevante para nosotros cuando recordamos tres hechos: primero, que ante la destrucción de las comunidades tradicionales, implícita en el proceso de nacionalización de lo social, el nacionalismo es poco más que una narrativa indispensable para generar un nuevo sentimiento de comunidad entre los individuos y cohesionarlos en torno de una determinada empresa nacional de acumulación, México en este caso; en segundo lugar, que hacía finales del siglo XIX las élites políticas e intelectuales mexicanas comenzaron a definir la identidad nacional como “mestiza”, a la vez que la idea de mestizaje implicaba más el grado de integración al proyecto nacional de acumulación que un porcentaje de mezcla biológica; y en tercer lugar, que si se trata de asimilación a la sociedad nacional en estos términos, los orozquistas eran más mestizos y mexicanos que los zapatistas.

Así lo advirtió, por ejemplo, Friedrich Katz: en Chihuahua la rebelión armada fue liderada por “la clase media urbana y agrícola”,⁴⁵⁹ en cambio, el zapatismo fue una facción

⁴⁵⁹ Friedrich Katz, “Las rebeliones rurales a partir de 1810”, en Friedrich Katz (coomp.) y Paloma Villegas traductora, *Revolución, rebelión, revolución*, México, Ediciones Era, 1990, vol. II, p. 199.

revolucionaria “muy distinta de los elementos revolucionarios del triángulo norteño [porque] no hubo ninguna alianza con los terratenientes ni con la clase media local”.⁴⁶⁰ La familia Orozco específicamente tenía como patrimonio un rancho, algunas cabezas de ganado caballar que empleaban en la arriería, una tienda de abarrotes y una mina pequeña, con lo que incluso daban empleo a cerca de setenta personas. A decir de Pedro Siller, quien proporciona los datos anteriores: “A medida que se revisa la biografía de Pascual [Orozco], cada vez es más evidente que no era un simple arriero ignorante como muchos quisieron representarlo, sino que era un miembro respetable de la pequeña burguesía local [...]”.⁴⁶¹

A partir de estas consideraciones es posible comprender mejor el significado de un par de comentarios publicados por *El Ahuizote* a mediados de 1912, cuando la rebelión orozquista comenzó a retroceder ante las fuerzas federales comandadas por Huerta. En ambos casos el objetivo central fue promover el cese de las hostilidades contra los rebeldes orozquistas. La primera ocasión fue con motivo de la decisiva victoria federal en la batalla de Rellano; *El Ahuizote* dejó implícito que era hora de que el gobierno pasara de la violencia a la diplomacia. Según este semanario, tratar de ocupar Ciudad Juárez o la ciudad de Chihuahua no era lo correcto, porque los hombres a los que se combatía en el Norte eran mexicanos modelo y héroes populares cuya estrella solamente ascendería más alto si caían en batalla:

Si Chihuahua y Ciudad Juárez caen en poder de las fuerzas federales; esas figuras broncíneas que son Orozco y Campa y Salazar y Cheché Campos, dignos hijos de una tierra de valientes, dignos herederos de una bizarría muy mexicana y muy gloriosa porque está sancionada en todas ocasiones y porque es un timbre de orgullo para todos los descendientes de Cuauhtémoc; si esos Caballeros Tigre de la valentía popular caen vencidos en la suprema lucha, la desbandada se hará, las guerrillas se extenderán más allá de Sonora y Sinaloa y lo que en un principio fue una serie de combates dentro de las prácticas militares aceptadas, será después una lucha sin cuartel [...].⁴⁶²

Poco tiempo después, en agosto de 1912, cuando ya se había establecido el diálogo y una tregua entre el gobierno y los orozquistas, *El Ahuizote* publicó una nota editorial titulada “El Sr. Madero debe tener un bello gesto clásico que salve a la República”, en donde básicamente se advirtió un dilema, porque Orozco exigía la renuncia de Madero para deponer las armas, mientras éste obstinadamente se negaba a apartarse del poder ejecutivo.

⁴⁶⁰ *Idem.*, p. 202.

⁴⁶¹ Pedro Siller, “Pascual Orozco”, en *Relatos e historias en México*, año III, núm. 86, octubre de 2015, p. 53.

⁴⁶² “La incógnita. Cómo va a resolver el Gobierno el problema actual”, *El Ahuizote*, 15 de junio de 1912, año II, núm. 52, p. 1.

Todo apuntaba a que la campaña contra los “revolucionarios civilizados” se reanudaría, cuando lo que en realidad resultaba apremiante era concentrar toda la fuerza del Estado en la campaña de Morelos para terminar con los “crímenes” de la política zapatista:

El Gobierno, tratando con la revolución y haciéndole concesiones que la Nación reclama, pondría sobre los ensangrentados campos del norte, una estela bendita con un *pax* de renacimiento a la vida de la prosperidad. Concentraría sus fuerzas, hasta ahora dispersas por las necesidades de la turbulencia general, en el Estado de Morelos, nido de víboras que nos deshonran ante los ojos del mundo civilizado, y extinguiría sin duda aquella bandolería insolente cuyos crímenes parecen creaciones imaginativas [...].⁴⁶³

En el mismo mes de agosto, ante la desbandada del orozquismo que ahora sí perpetró ataques en contra de la propiedad privada, incluida la de algunos colonos americanos, la actitud de *El Ahuizote* y *El Mañana* difirió un poco; el primero exculpó a los orozquistas señalando que los ataques a la propiedad eran naturales porque el movimiento estaba tratando de sobrevivir, y en cualquier caso la responsabilidad del viraje que había dado la violencia de los revolucionarios norteños recaía en Madero, que se rehusaba a renunciar la presidencia de la República. Mientras que *El Mañana* publicó una nota en donde sí se censuró al caudillo chihuahuense, pero en un tono completamente diferente al de las construcciones con las que se representaba la lucha zapatista. El “error” era, básicamente, que los orozquistas habían atacado la propiedad de ciudadanos americanos, y los Estados Unidos estaban a la expectativa de un motivo con el cual justificar sus ambiciones intervencionistas en México. Empero, fuera de estos hechos aislados, a juicio de *El Mañana* la revolución de Orozco había demostrado de formas diferentes ser “una guerra civilizada”.⁴⁶⁴

Finalmente el campeón de buena parte de la prensa capitalina ya no pudo recuperarse de la derrota en Rellano ni la posterior en Bachimba. Mientras que las campañas primero de

⁴⁶³ “El Señor Madero debe tener un bello gesto clásico que salve a la República”, *El Ahuizote*, 24 de agosto de 1912, año II, núm. 62, p. 1.

⁴⁶⁴ “Nunca hemos tenido reticencias en confesar que la revolución orozquista se había manejado con notable disciplina, con una organización perfecta y con visibles deseos de atraerse la pública simpatía con su espíritu de orden y respeto a vidas e intereses de nacionales y extranjeros [...] el tratamiento dado por Orozco a los prisioneros federales, acabó de hacer patente que el guerrillero fronterizo [...] hacía una guerra civilizada. Todavía a raíz de la retirada de Bachimba, cuando Orozco y los suyos creyeron indispensable dividirse para emprender la campaña de guerrillas, el jefe revolucionario, contra los pronósticos de casi toda la prensa, no dejó que sus partidarios se entregaran a cometer actos vandálicos [...]”; “El gran error de Pascual Orozco. Lo primero es ser mexicanos”, *El Mañana*, 2 de agosto de 1912, serie V, núm. 119, p. 1.

Huerta y luego de Juvencio Robles en el Estado de Morelos no habían servido más que como catalizadores para que el zapatismo extendiera su influencia a los Estados de México, Guerrero, Puebla, Oaxaca, y al sur de la Ciudad de México en Milpa Alta y Xochimilco.

El zapatismo se mantenía como la fuerza dominante en la región centro-sur y como consecuencia de esto el funcionamiento del sistema capitalista de producción-consumo en dicha región se hallaba obstaculizado. Este contexto definió otra característica del discurso del bárbaro-zapatista en *El Mañana* y *El Ahuizote*, a saber: la abundancia de construcciones en las que el colapso del engranaje capitalista provocado por el predominio regional del zapatismo se representó como el derrumbe de un pilar de la “riqueza nacional” y como la agonía de la vida civilizada en el territorio morelense y otros colindantes. Y específicamente observamos que estas publicaciones coincidentemente enfatizaron tres grandes problemas económicos concretos derivados de la hegemonía regional zapatista: 1) la “usurpación” de la propiedad privada y la “destrucción del bien raíz” que el movimiento estaba poniendo en práctica con menoscabo de la propiedad de las élites económicas; 2) la escasez de fuerza de trabajo; 3) y como consecuencia de los anteriores, el entorpecimiento del trabajo y la producción agroindustrial, que a su vez repercutía en el estancamiento de la circulación mercantil y de la circulación de capital en general.

En esta lógica *El Mañana*, por ejemplo, se lamentaba porque habían transcurrido más de dos meses desde el estallido de la rebelión y aún no se había vuelto a la normalidad: Zapata —acusaba el bisemanal en julio de 1911— “continúa dominando el Estado de Morelos, con radicación en Cuautla [...] disponiendo de un ejercicio de poder local, que no representó ni quince minutos, de la vida tiránica que se le quiera imputar al General Díaz”.⁴⁶⁵ La consecuencia de esto era que el trabajo en todos los niveles se hallaba paralizado:

El pobre, carece de trabajo [...] y el rico se encuentra desposeído por los “sin trabajo” a quienes les ha caído un maná de caña que la providencia les ha deparado, por la mediación democrática del Señor Madero. Siguen, pues, las usurpaciones de la propiedad raíz y en las fincas donde la dinamita ha podido dejar algo en pie de las máquinas productoras de azúcar, se perciben el tristísimo silencio de la soledad y del abandono. Ya los trapiches fuentes inagotables de una importante riqueza nacional, no entonan sus himnos al trabajo, y el año

⁴⁶⁵ “El amago sigue en pie. Actualidades en el Estado de Morelos”, *El Mañana*, 6 de julio de 1911, serie III, núm. 7, p. 1.

corriente ha de cerrarse en la producción azucarera, con un quebranto que además de retrasar el capital fecundante y vigorizador, elevará un artículo de primera necesidad [...].⁴⁶⁶

En otro momento *El Mañana* reconoció indirectamente que había dos proyectos políticos disputándose los recursos productivos del territorio: de un lado la modernidad y del otro la política bárbara puesta en marcha por el zapatismo. Entonces fue más explícito indicando claramente que la “vida civilizada” era una sola y su funcionamiento y vigencia dependían de la agroindustria tanto como de las transacciones comerciales. Por desgracia, el zapatismo aún continuaba con su *praxis* política, “su civilización”. La paz no se había consolidado y se estaban suscitando “éxodos” fuera del Estado de Morelos:

Tales éxodos [...] han perturbado necesariamente el mecanismo agrícola, el movimiento comercial y las relaciones inherentes a todo movimiento de vida civilizada, que produce una corriente de vitalidad hoy paralizada por el esfuerzo de los libertadores, que en nombre de su civilización revolucionaria, quieren imponer el despojo de la propiedad, la destrucción del bien raíz, y el deshonor de la familia [...].⁴⁶⁷

El Ahuizote, por otra parte, nos ofrece un ejemplo de las mismas preocupaciones, pero desde una perspectiva más general. Porque, como indicamos, tanto esta publicación como *El Mañana* identificaron la barbarie revolucionaria a lo largo del territorio nacional, pero con unos focos de violencia más agudos y amenazantes que otros. En este sentido, *El Ahuizote* dedicó un espacio central de su producción a los sucesos de la revolución en Oaxaca, los cuales desde su perspectiva eran idénticos a los de la rebelión de Morelos, e incluso potencialmente más peligrosos aquellos que los que se desarrollaban al sur de la capital; Juchitán demostraba, a juicio de *El Ahuizote*, que el gobierno de Madero sería un rotundo fracaso, porque apenas se cumplía un mes de inaugurada la nueva administración y ya se había perdido el control en una región conflictiva que ahora se sumaba a Morelos y Sonora como otra porción del territorio nacional en el que el sistema capitalista de producción-consumo se estaba desplomando “bajo las hordas”:

Ahora se trata de Oaxaca. Un gobernador apegado a la ley designa para Juchitán una autoridad política. Los juchitecos quieren a Ché Gómez. Como no se les atiende se levantan en armas [...] Comienzan los saqueos, característica de los caudillos caribes que se han repartido los Estados; los asesinatos, el bandidaje y la rebeldía armada dominan el sur de Oaxaca [...] Entre tanto, bajo las hordas, siguen muriendo gentes, arruinándose comercios y

⁴⁶⁶ *Loc. cit.*

⁴⁶⁷ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 1 de septiembre de 1911, serie III, núm. 23, p. 4.

sembrados y reproduciéndose las escenas de canibalismo peculiares a los secuaces de los redentores Zapata y Banderas y otros beneméritos.⁴⁶⁸

Por otro lado, desde la perspectiva de *El Ahuizote* y, sobre todo, de *El Mañana*, la otra grave consecuencia de que el zapatismo se hallara como la fuerza predominante en el centro-sur del territorio nacional era que la producción industrial estaba desplomándose debido a la escasez de la fuerza de trabajo. Una preocupación central que tal vez se comprenda mejor si retomamos las aportaciones de la crítica marxista, que resalta la importancia del trabajador asalariado como la verdadera unidad concurrente de la vida económica en el sistema capitalista; el actor social del que depende todo el proceso de acumulación capitalista porque sobre éste recae el peso de la generación del plusvalor en la producción, y además porque la circulación mercantil del capital requiere de una mayoría de individuos expropiados que solamente sean propietarios de su fuerza de trabajo, que se hallen desprovistos de cualquier otro medio para satisfacer sus necesidades materiales vitales y, por esta razón, se vean obligados a ingresar en la economía de mercado.⁴⁶⁹

Consideramos que estas determinaciones intrínsecas al proceso de acumulación capitalista explican en buena medida por qué *El Mañana* enfatizó desde sus primeras ediciones que un problema crítico derivado del conflicto zapatista era la ausencia de fuerza de trabajo asalariado. Un fenómeno que, desde su perspectiva, se había originado básicamente por el cambio de ocupación de “jornaleros” a revolucionarios:

La resonancia de esta política zapatista, se ha prolongado hasta hoy, porque los ingentes jornaleros, que dicho sea de lance, ahora no pueden comer honradamente, no quieren regresar a sus labores temerosos por un lado, de los proyectiles libertadores, y ambiciosos por el otro de quedarse con las haciendas, o asegurar por lo menos un jornal elevado que económicamente es imposible pagarles.⁴⁷⁰

Bajó la misma lógica, el bisemanario reprobó la actitud de Madero porque todo indicaba que le convenía mantener activo al zapatismo, “aun cuando para ello tengan que

⁴⁶⁸ “La gran desgracia. México es una patria de dictadores”, *El Ahuizote*, 2 de diciembre de 1911, año I, núm. 29, p. 1.

⁴⁶⁹ Karl Marx, “La llamada acumulación originaria”, *El capital. Crítica de la economía política. Antología*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 315-364.

⁴⁷⁰ “La agricultura moribunda”, en *El Mañana*, 9 de julio de 1911, serie III, núm. 8, p. 3.

sacrificarse cuantiosos capitales, innumerables jornaleros y factores económicos que no ha de reparar el caudillo, ni con veinte años de una ideal presidencia”.⁴⁷¹

En otro momento *El Mañana* comentó los “desconsoladores informes sobre la situación de Morelos” en los siguientes términos: la conversión del jornalero en zapatista impedía el desarrollo de la única vida común posible, es decir, la que discurría dentro del paradigma civilizatorio de la modernidad capitalista:

Como las condiciones fundamentales de estabilidad, ya sean las generales del país, o las particulares de aquellas localidades, no se modifican en sentido alguno, resulta naturalmente que la inquietud de los habitantes, la falta de brazos en las haciendas y la holganza de los ayer trabajadores y hoy revolucionarios, impiden, no digamos ya el progreso, que es mucho ambicionar en estos momentos, sino la existencia rutinaria de la vida común [...].⁴⁷²

En ocasión diferente *El Mañana* acusó que en Morelos la agricultura (industrial) estaba paralizada y la producción del año se había perdido ya. La casusa que se arguyó fue la misma que en los ejemplos anteriores:

No hay trabajadores, los brazos se ocupan de cargar la canana y la vida de holganza y de comunidad en la que los vicios son un incentivo para los labradores, hacen que no haya fuerza moral posible, ni de convencimiento; para que tornen a sus antiguas labores [...] porque los peones que ahora son libertadores, tienen un pré [sic.] de un peso diario que el señor Madero les ha fijado a cargo de los fondos públicos, y como muchos de ellos han recibido grados militares, su remuneración es de gran atractivo y difícilmente renunciarán a ella por el trabajo honrado y silencioso del campo.⁴⁷³

Como se observa, constantemente se indicó que el problema crítico de la fuerza de trabajo se originó en la conversión del jornalero en zapatista. Con lo que cabe preguntarse, ¿en qué medida el campesino zapatista era un “jornalero”, es decir, el individuo dueño únicamente de su fuerza de trabajo que hace de basamento de todo el sistema capitalista? La respuesta es ambigua: podríamos decir que en el momento del estallido de la rebelión zapatista la sociedad rural de Morelos se hallaba en medio del proceso de transformación en la masa de individuos expropiados de todo y obligados a venderse a sí mismos como fuerza de trabajo para la producción industrial, a la vez que forzados a cubrir sus necesidades materiales por medio de la economía de mercado.⁴⁷⁴ Sin embargo, es innegable que los actores sociales

⁴⁷¹ *Loc. cit.*

⁴⁷² “Política Barataria. Morelos”, en *El Mañana*, 20 de julio de 1911, serie III, núm. 11, p. 4.

⁴⁷³ “Política Barataria. Morelos”, en *El Mañana*, 23 de julio de 1911, serie III, núm. 12, p. 4.

⁴⁷⁴ “En el caso de Morelos, las relaciones agrarias capitalistas constituían la forma predominante de las relaciones sociales de producción, particularmente en la producción y comercialización de caña de azúcar, la

que protagonizaron el movimiento zapatista fueron los pueblos; el campesino que asumía la bandera del Plan de Ayala peleaba por (y desde) la tierra, montes y aguas de los pueblos (territorio), así como por el derecho a la autodeterminación en la administración de los recursos productivos, y no por conquistas laborales como le correspondería a un productor expropiado (jornalero). De hecho, en el citado plan no se contempla ninguna medida en relación con los jornales.

Tomando en cuenta estas consideraciones, podemos inferir que las reiteradas referencias al problema de la fuerza de trabajo por la conversión del “jornalero” en zapatista revelan una visión de lo social inmersa por completo en el paradigma de la modernidad capitalista. Porque *El Mañana* y *El Ahuizote* no conciben a la sociedad rural más que como fuerza de trabajo para la agroindustria. Y más aún, como fuerza de trabajo cuyo potencial aún no había sido explotado a plenitud. Así creemos verlo confirmado a través de una nota donde *El Mañana* argumentó que el zapatismo estaba conformado por “el proletariado de los campos”. Siendo que luego describió a los miembros de esa supuesta clase proletaria mediante los mismos prejuicios con los que históricamente las élites modernizantes liberales representaron las formas tradicionales de sociabilidad que no estaban regidas por el paradigma de la acumulación, las cuales además eran vistas como parte de la identidad de lo indio. Esto es: el otrora “proletariado” del campo —ahora zapatismo— despreciaba el trabajo; eran holgazanes, inmorales, viciosos y, lo peor, de “mezquinas necesidades”.⁴⁷⁵ La nota a la que nos estamos refiriendo discurría sobre la composición social del zapatismo; *El*

actividad económica más importante de la región desde la época colonial”. Empero: “El predominio de la hacienda azucarera no había terminado con la existencia de pueblos campesinos libres, aunque había subordinado a muchos de ellos y ocupaba una parte de su fuerza de trabajo de manera estacional y asalariada”. Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 21-22.

⁴⁷⁵ Consideramos que esta alusión de *El Mañana* respecto las “mezquinas necesidades” de la sociedad rural morense guarda una estrecha relación con la referencia a la “desnudez de australiano” del pueblo bajo de Morelos enunciada por la misma publicación (*El Mañana*, 10 de noviembre de 1911, serie III, núm. 43, p. 4.). A la vez que estas dos ideas traducen la urgencia de las élites modernizantes porfirianas por consolidar el mercado interno nacional. Una preocupación ligada además a la idea del “problema indio”, según lo observado por Lund, quien propone que cuando los intelectuales porfirianos como Luis Alva aludían a la “desnudez del indio”, en buena medida se trataba de una metáfora que indicaba la necesidad de hacer del indio, además de jornalero, consumidor. Pues Alva sostenía que había que obligar por ley a los indios a vestirse y a calzarse, confiando en que la obligación después se haría costumbre, lo que daría lugar al surgimiento de un mercado nacional: “Cuando el indio tenga necesidades, será consumidor; y siendo consumidor aumentara los rendimientos de los capitales y de las industrias, aumentara la riqueza pública [...] y contribuirá así a la grandeza de su patria, a la prosperidad nacional, a la redención de su noble raza”. En Lund, *Op. cit.*, p. 53-54.

Mañana afirmaba que el movimiento campesino estaba formado por dos grandes contingentes: primero, “los presidiarios de todas las cárceles que él [Zapata] puso en libertad”. Mientras que la otra mitad de las fuerzas rebeldes la constituía “el voluntario”:

Representado por el proletariado de los campos, que poco brega para su mejoramiento, pues bien sabido es que cuando el factor bracero ha escaseado en las explotaciones agrícolas, y por ley económica de la demanda se ha elevado el salario, entonces, los eternos querellantes del despotismo del amo, reducen sus labores para recibir la misma cantidad que antes, con la que satisfacen sus mezquinas necesidades, y el tiempo que defraudan lo aplican a la holgazanería y a los vicios, cuando no a la inmoralidad y al delito.⁴⁷⁶

Podemos notar que en estas líneas se estaba expresando la necesidad vigente de erradicar hasta el último atisbo de “la holgazanería” y las “mezquinas necesidades” de una sociedad rural que aún no estaba consagrada por completo a la producción en el sentido capitalista. La prosperidad económica de la empresa nacional dependía de ello de forma crucial.

Por otra parte, la amenaza que el zapatismo representaba para la robustez de la riqueza nacional (por sus atentados contra la propiedad, por provocar la escasez de fuerza de trabajo y por entorpecer la producción industrial y la circulación mercantil) era una problemática derivada del predominio de su poder en la región centro-sur, es decir: uno de los territorios en donde la economía moderna se encontraba más desarrollada y reportaba más riqueza a la empresa nacional. Por esta razón, otro rasgo fundamental de la representación del bárbaro-zapatista es la territorialización o “nacionalización discursiva” (si se puede llamar así) de la región que se hallaba en disputa. Esto sobre todo en el discurso de *El Mañana*, que definió la región centro-sur como un enclave privilegiado de industria y comercio que representaba una fuente importantísima de riqueza nacional.

Un ejemplo ilustrativo de este hecho se produjo en el contexto de la militarización del Estado de Morelos, cuando *El Mañana* afirmó que la noticia del envío de fuerzas federales brindaba la esperanza de volver al orden en una región en donde las inversiones de capital eran cuantiosas y la producción industrial repercutía notablemente en beneficio de la economía nacional: “El Estado abriga la esperanza de que el Sr. Lic. de la Barra lo salve del zapatismo para poderse dedicar tranquilamente al trabajo para evitar la paralización de los

⁴⁷⁶ “Zapata es Zapata”, en *El Mañana*, 17 de agosto de 1911, serie III, núm. 19, p. 2.

grandes capitales invertidos en la producción azucarera, que tanta influencia tiene como elemento económico y como riqueza nacional”.⁴⁷⁷

Un par de días después *El Mañana* exaltó nuevamente la figura del presidente interino por su resolución de enviar fuerzas federales a Morelos, puesto que estaba rescatando en beneficio de la Nación una región en donde la economía moderna tenía un bastión:

El señor Lic. de la barra, que es la personificación de la ley, desentendiéndose de influencias torcidas y de presiones [...] ha fijado su vistazo aquilino, su mirada perspicaz en una región que tan ampliamente colabora a la riqueza nacional, y tan digna de protección por los cuantiosos elementos económicos que encierra, como fuentes perennes de bienestar y de trabajo [...].⁴⁷⁸

Más tarde, en noviembre de 1911, cuando la militarización ya había fracasado, volvió el pesimismo y la alarma porque la paralización de la producción industrial se mantenía vigente y en prejuicio de la economía nacional:

La prolongada situación, anormal pletórica de inmoralidades y de delitos impunes en el Estado de Morelos, la paralización de importantes labores agrícolas en los feraces campos de la tierra caliente y por último la inevitable cesación del trabajo industrial que complementa la interesante producción del azúcar, ha puesto en estado desesperante al cuantioso capital raíz que tiene su aplicación benéfica en el desenvolvimiento de un artículo que tanto influye para la multiplicidad de operaciones comerciales en los mercados de la República.⁴⁷⁹

En otro momento resulta claro que lo que para el zapatismo era el legítimo territorio de los pueblos, para *El Mañana* es antes que nada una entidad federativa cuya existencia política y administrativa era posible sólo gracias “al tributo de las haciendas y de la producción azucarera”.⁴⁸⁰ Y que la propiedad territorial del Estado tal como se hallaba configurada, es decir, con las haciendas controlando los recursos productivos, respondía “por su importancia al movimiento de la riqueza pública nacional”.⁴⁸¹

Pero resulta aún más significativo el hecho de que estas construcciones relacionadas con el territorio que el zapatismo le disputaba a la Nación varias veces fueron profundizadas evocando la idea del “bandolerismo” o “bandidaje”, sintetizada, a su vez, a través de la

⁴⁷⁷ “Política Barataria. Morelos”, en *El Mañana*, 10 de agosto de 1911, serie III, núm. 17, p. 4.

⁴⁷⁸ “Política Barataria. Morelos”, en *El Mañana*, 14 de agosto de 1911, serie III, núm. 18, p. 4.

⁴⁷⁹ “La grave cuestión del Estado de Morelos. Protesta oportuna”, en *El Mañana*, 4 de noviembre de 1911, serie III, núm. 41, p. 1.

⁴⁸⁰ “Política Barataria. Morelos”, en *El Mañana*, 1º de septiembre de 1911, serie III, núm. 23, p. 4.

⁴⁸¹ *Loc. cit.*

histórica figura de *Los Plateados*. En este punto la secular historia de agitación rural en la región “Tierra Caliente”⁴⁸² adquirió el lugar protagónico y ancló la figura del bárbaro-zapatista en la memoria de las élites modernizantes porfirianas.

Porque *El Mañana* partió explícitamente de lo escrito previamente por las élites decimonónicas (sobre todo en la literatura), y tras contrastar los aportes de autores como Barreto, McGowan, Vanderwood, Lund y Ávila, así como las obras de intelectuales porfirianos como Altamirano o Payno, resulta evidente que lo que aquellas definían como “bandolerismo”, en relación con la región en cuestión, designaba no sólo una práctica delictiva relacionada con el latrocinio, sino una compleja una dinámica social de larga duración protagonizada por la sociedad rural de la Tierra Caliente;⁴⁸³ una realidad histórica

⁴⁸² Es importante observar que en la literatura del Porfiriato la región “Tierra Caliente” (conformada por los territorios que después serían parte del Estado de Morelos) adquiere el significado principal de bastión de la producción industrial y la modernidad económica dentro de un contexto nacional más amplio. Pues además de la industria azucarera se resalta lo prolífico de otras explotaciones y relaciones comerciales. En este sentido, cabe recordar las reiteradas ocasiones que Manuel Payno enfatizó la importancia de la producción de frutos tropicales, además de alcohol, café, cacao y dulces manufacturados que, provenientes de las haciendas de la Tierra Caliente, ponían en marcha la circulación mercantil en el Valle de México y en la capital. Un ejemplo que sintetiza estos significados ligados a la Tierra Caliente lo encontramos en la introducción del capítulo XLV de *Los Bandidos de Río Frío*: “Lo que en la capital de México se llama Tierra Caliente, lo componían antiguamente la cañada de Cuernavaca y el plan de Cuautla [...] Hoy de esos ricos territorios se ha formado el Estado de Morelos [...] y a medida que se desciende a la costa todo es caliente y la tierra propia para la producción de la caña de azúcar, el café y el cacao [...] las haciendas con sus imponentes edificios y sus altas chimeneas, elevando sus espesas y rectas columnas de humo negro perdiéndose y desvaneciéndose en el éter azul; sus campos de caña de un deslumbrante y sedoso verde, y cristalinos apantles refrescando y humedeciendo la tierra sedienta y ardiente”. Manuel Payno, *Los Bandidos de Río Frío*, México, Editorial Porrúa, 2014, p. 819-820. Una descripción muy similar de la región Tierra Caliente la hizo Altamirano en el primer capítulo de *El Zarco*, donde nuevamente el principal significado que se le asignó al territorio fue de enclave de producción y modernidad económica que se articulaba con el mercado nacional. Y a decir de Lund, Yautepec sintetiza este significado de la región como escenario en donde la expansión capitalista estaba esbozando el mestizaje cultural que se quería consolidar como esencia de lo nacional: “Cuando Altamirano describe Yautepec como una suerte de pueblo mestizo y luego sugiere que este espacio es un punto importante dentro de un proyecto más amplio de desarrollo nacional, está describiendo de modo bastante preciso la distribución de la tierra en el México de la década de 1870. El Yautepec de Altamirano era justo el tipo de encrucijada regional donde la heterogeneidad y la mezcla culturales explotaron a medida que el incipiente proceso histórico de descampesinización cobraba fuerza a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX e iba vaciando el campo, en toda su diversidad cultural, hacia las ciudades”. En Lund, *Op. cit.*, p. 78. Ver también: Ignacio Manuel Altamirano, “Yautepec”, en *El Zarco*, México, Editorial Porrúa, 2018, p. 3-4.

⁴⁸³ Sobre esta relación ver: Carlos Agustín Barreto, “Los Plateados en Morelos: un ejemplo del bandolerismo en México durante el siglo XIX”, en *Takwá*, núm. 11-12, Primavera-Otoño 2007, p. 105-129; Gerald McGowan, *La separación del Sur o cómo Juan Álvarez creó su estado*, México, El Colegio Mexiquense, 2004; Paul J. Vanderwood, “Los rurales. Una mirada a los orígenes de la policía mexicana”, en *Renglones*, revista del ITESO, núm. 51, Mayo-Agosto de 2002, p. 73-83; Lund, “La carga de Altamirano”, en *Op. cit.*, p. 57-107; Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 62-68; Ignacio Manuel Altamirano, *Op. cit.*; Manuel Payno, *Op. cit.*

definida por la agitación y resistencia de los sectores populares del campo frente a las élites económicas regionales y el poder del centro nacional que se remontaba a los primeros años de vida independiente, pero que se agudizó sobre todo hacía la segunda mitad del siglo XIX y persistió hasta avanzado el porfiriato.⁴⁸⁴

En este sentido, y corriendo el riesgo de caer en un exceso reduccionista, diremos en suma que en la historia y las reflexiones que las élites políticas e intelectuales decimonónicas desarrollaron sobre el tema de *Los Plateados*, convergieron, explícita e implícitamente, otras tantas historias: las de una serie de fenómenos conflictivos cuyo común denominador fue el conflicto entre la sociedad rural mayoritaria y las élites económicas regionales de la Tierra Caliente que se disputaban y competían por los recursos productivos del territorio.

Consideramos que esta relación entre *Los Plateados*, la idea de “bandolerismo” y la agitación social histórica de la región Tierra Caliente puede ilustrarse a través de un caso revelador: la sangrienta revuelta del pueblo de Xochitepec en contra de las haciendas de San Vicente y Chiconcuac en 1856, la cual culminó con la ejecución de varios miembros de la familia del administrador, de origen español, suscitando una crisis diplomática con aquella nación⁴⁸⁵ y trascendiendo a la literatura en *Los Bandidos de Rio Frio* de Manuel Payno.⁴⁸⁶ Alrededor de este acontecimiento confluyeron distintas acepciones de una misma realidad efervescente y problemática para el proyecto de la oligarquía regional: por un lado la histórica tensión entre los pueblos y las haciendas que convergían en los valles de Cuautla y Cuernavaca, la cual se agudizó a partir de la década de los cincuenta del siglo XIX como consecuencia de la política liberal; en coincidencia con el auge del descomunal poder regional acumulado por el cacique de la Costa Grande, Juan Álvarez, con base en su

⁴⁸⁴ Ávila indica que tras la victoria de la Revolución de Ayutla, Juan Álvarez se vio obligado a dimitir su cargo como presidente de la República porque muchos de sus propios correligionarios concebían a sus seguidores como “hordas semibárbaras”. Liberales más moderados quedaron en posesión del poder y se reanudó la ofensiva en contra de la propiedad comunal y la autonomía municipal través de la Ley Lerdo, lo que repercutió en un aumento de la agitación y la violencia popular contra las élites económicas regionales y el poder del centro en las décadas posteriores. En Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 62-68.

⁴⁸⁵ Para los detalles de este conflicto diplomático: Barreto, “Los Plateados en Morelos: un ejemplo del bandolerismo en México durante el siglo XIX”..., p. 10. Ver también la respuesta del propio Juan Álvarez ante la acusación de su responsabilidad en los sucesos de San Vicente y Chiconcuac: Juan Álvarez, “Manifiesto a los pueblos cultos de Europa y América”. De: <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/7/3116/16.pdf>. Fecha de consulta: 10 de julio de 2019.

⁴⁸⁶ En el capítulo “LII. San Vicente y Chiconcuac”, Payno describe el asalto de “*Los Dorados*” (su versión de *Los Plateados*) a dichas haciendas. En Payno, *Op. Cit.*, p. 910-914.

declarada alianza con los sectores populares del campo, factor que le permitió alcanzar el poder central tras acaudillar la Revolución de Ayutla, lo mismo que ejercer presión sobre las élites económicas y políticas de la región para segregar los amplios territorios de los Estados de México, Puebla y Michoacán con los que se erigió el Estado de Guerrero en 1849. Y aunque el proyecto ideal de Álvarez contemplaba también la anexión de los distritos de Cuernavaca y Cuautla,⁴⁸⁷ este ambicionado territorio no formó parte de “su Estado”, como lo define McGowan. Pero sí permaneció como uno de los bastiones más importantes de su influencia y fuerza debido a que continuó respaldando la resistencia de los pueblos en aquellas comarcas.⁴⁸⁸

Con lo que resulta, en términos generales, que las distintas referencias y valoraciones de las élites decimonónicas respecto a la matanza de San Vicente y Chiconcuac ubican tal acontecimiento en un punto del contexto político-social en donde vemos yuxtaponerse la ambición de tierra y el “odio al rico” que supuestamente eran inherentes a la psique de los sectores populares del campo; la ambición de Álvarez por extender su dominio a los valles de Cuautla y Cuernavaca, lo mismo que su abierta hostilidad contra los hacendados de dichos distritos; también la convicción de que los sucesos de San Vicente y Chiconcuac eran una consecuencia de la Revolución de Ayutla; de la misma manera que dicho suceso

⁴⁸⁷ En el decreto de erección del Departamento de Acapulco, emitido por Nicolás Bravo y Juan Álvarez en 1841, por primera vez se esbozaron los límites que tendría el Estado de Guerrero, contemplando las prefecturas de: “Acapulco, Chilapa, Taxco en el Departamento de México; Tlapa y Ometepec en el departamento de Puebla, la subprefectura de Huetamo en el departamento de Michoacán”. Y se añadía que la anexión de la prefectura de Cuernavaca en el departamento de México quedaba a disposición de la voluntad popular. De manera que: “Se reivindicaba una extensión mucho mayor que el actual estado de Guerrero con la pretensión de llevarse ambas márgenes de los ríos Balsas Y Cutzamala (origen de un conflicto que duró hasta el porfiriato) y anexarse lo que llegó a ser el actual estado de Morelos”. En McGowan, *Op. cit.*, p. 41.

⁴⁸⁸ La alianza entre Juan Álvarez y los pueblos de la región Tierra Caliente fue tan fuerte y radical que aún después de 1849 (cuando el Estado de Guerrero quedó erigido pero sin contar con el territorio de los distritos de Cuernavaca y Cuautla) se suscitó la alarma entre autoridades, élites económicas y prensa nacional y extranjera ante lo que tenía visos de ser el preludio de una guerra de castas, según observa Barreto: “Al término de la Revolución de Ayutla en 1855, punto de coyuntura histórica para el territorio morelense, Juan Álvarez permaneció como un personaje relevante en la región. Desde su participación en la Guerra de Independencia se había mantenido vigente en el territorio y continuó siéndolo con un papel ambiguo y controversial”. Se le acusó de ser autor de robos, secuestros y otras acciones que “a decir de las autoridades y la prensa nacional e internacional, pretendían dos cosas: consumir un complejo plan de exterminio de los españoles a través de una guerra de castas como la que consumía Yucatán y apropiarse de los ricos distritos de Cuernavaca y Morelos [Cuautla]”; Barreto, “Los Plateados en Morelos: un ejemplo del bandolerismo en México durante el siglo XIX”..., p. 110.

llegó a ser referido como el primer gran asalto de *Los Plateados* a las haciendas de los Valles Centrales del futuro Estado de Morelos.

Estas consideraciones nos brindan una aproximación a la profundidad del significado que el concepto “bandolerismo” (en relación con la región en cuestión) tuvo en el contexto cultural de las élites modernizantes del Porfiriato. Se trataba nada menos que de uno de los obstáculos más poderosos y, sobre todo, persistentes para afirmar la soberanía del Estado-nación y consolidar el esquema civilizatorio de la modernidad capitalista en la región centro-sur del país.⁴⁸⁹

Así se refleja el discurso de *El Mañana*, que en una de sus primeras ediciones presentó una construcción en donde primero se acusó a Madero de ser el verdadero líder de las fuerzas zapatistas, que eran una herramienta de presión electoral con rumbo a los comicios de octubre de 1911, y como corolario de la nota editorial se insertó una carta del morelense Ingeniero Agustín Aragón, en donde básicamente el zapatismo fue representado por el autor como la continuación del “bandolerismo” histórico de la Tierra Caliente. El texto de aquella carta comenzaba así: “Cuando el Estado de Morelos no existía y el territorio que hoy lo constituye, formaba parte del antiguo Estado de México, ganó triste celebridad aquella comarca por los hechos de los conocidos plateados, de la tierra caliente, que narra con tanto primor como exactitud, el inolvidable Altamirano en su novela *El Zarco*”. Después —continuaba la carta—, durante el mandato presidencial de Sebastián Lerdo de Tejada volvieron las noticias del bandolerismo en Morelos, cuando el caudillo republicano Francisco Leyva agitó a los campesinos y entró en disputa con los hacendados de Cuautla y Cuernavaca; “Por último, la revolución reciente en su periodo de lucha armada y en el que vino tras él, en seguida, ha impreso en la memoria de muchísimas personas el nombre del Estado que se bautizó con el del más grande de nuestros héroes de la última centuria. Hoy se habla en la Ciudad de México de la cuestión de Morelos, como el problema a la orden

⁴⁸⁹ Lund compara la narrativa de *El Zarco* con algunos escritos políticos de Altamirano y a partir de esto propone que “la problemática social que propulsa la narración de *El Zarco*” no es tanto la criminalidad o la inmoralidad representada por *Los Plateados*, sino sobre todo que sus acciones obstruyen el desarrollo capitalista: “el problema no es sólo que los bandidos sean criminales, sino que están trabando los engranajes de la expansión capitalista. Los primeros capítulos de *El Zarco* están llenos de referencias a la inseguridad que acecha la agricultura, el tránsito, el comercio y las carreteras, una amenaza para la vida y el sustento tanto de trabajadores como de propietarios”. Lund, *Op. cit.*, p. 94.

del día”.⁴⁹⁰ Como se ve, la continuidad del problema resultaba evidente para el autor, y la realidad amarga. Así concluía la carta:

Revolucionario hubo que me dijo: “Nosotros no tenemos la culpa de que el Estado de Morelos sólo produzca bandidos”. Como se ve, el criterio de verdad es el personal interés o la pasión. No son esos los caminos del patriotismo. Si es cierto que el Estado de Morelos sólo produce bandidos, el deber de los virtuosos es educarnos, mejorarnos, redimirnos, y si ni esos actos de caridad merecemos, que nos abandonen los virtuosos, empezando por Emiliano Zapata.⁴⁹¹

Cuando a finales de octubre de 1911 la militarización del Estado de Morelos comenzó a reportar un resultado adverso, *El Mañana* acusó la probable incidencia del general Francisco Leyva, personaje al que las élites regionales decimonónicas identificaron como seguidor de Álvarez, a la vez que ligado al liderazgo de *Los Plateados*.⁴⁹² No obstante lo cual, Leyva mantuvo su influencia en la región cultivando alianza con los pueblos, con lo que impulsó la erección del Estado de Morelos y se consagró como su primer gobernador de 1869 a 1877.⁴⁹³ De tal suerte que el zapatismo adquirió la connotación de un “socialismo” regional histórico, razón por la cual era tan difícil erradicarlo:

Para los agitadores locales, [el conflicto de Morelos] representa, como dijimos en otro artículo, la realización de un sueño despótico largamente alimentado y que ahora es ilusión senil, para dejarla de herencia a nuevos desequilibrados que reciban el mando de alimentar el fuego del socialismo burdo, ya iniciado desde antaño por los salteadores heroicos y por los legendarios plateados que esmaltan las viejas novelas de Don Manuel Payno.⁴⁹⁴

Igualmente, a través de las líneas anteriores podemos observar cómo ante la expansión del zapatismo que siguió a la militarización del territorio la idea del bandolerismo de *Los Plateados* esboza su complejidad, pues además de ser una metáfora de latrocinio, inmoralidad, etcétera, aquí está designando la dinámica social histórica de la región. En este punto la criminalidad zapatista casi tiene forma de proyecto político: “socialismo burdo”.

No obstante, en otras ocasiones *El Mañana* cuestionó la validez de definir la práctica del zapatismo mediante el concepto “socialismo”. Porque ciertamente no se quería ni mencionar la posibilidad de que el zapatismo tuviera un objetivo político. Por eso, cuando

⁴⁹⁰ “Política Barataria. Morelos”, en *El Mañana*, 16 de julio de 1911, serie III, núm. 10, p. 3-4.

⁴⁹¹ *Loc. cit.*

⁴⁹² Barreto, “Los Plateados en Morelos: un ejemplo del bandolerismo en México durante el siglo XIX”..., p. 110-111.

⁴⁹³ Ver: Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 86-88.

⁴⁹⁴ “Política Barataria. Morelos”, en *El Mañana*, 20 de octubre de 1911, serie III, núm. 37, p. 4.

Manuel Calero, “en representación del poder ejecutivo federal”, declaró en la Cámara de Diputados que “en Morelos existe un problema social de carácter agrario”,⁴⁹⁵ *El Mañana* lo refutó con una hipérbole; arguyó que la única diferencia entre el bandolerismo de *Los Plateados* y el de sus sucesores zapatistas era que estos últimos tenían la pretensión de encubrir sus acciones criminales con una bandera política, y lo peor era que había personajes, como Calero, que les daban crédito:

Jamás, antes como ahora, en el Estado de Morelos se había invocado para hacer uso de las armas un apoyo tan desprovisto de veracidad, pues ni en los tiempos de los famosos “Plateados” el bandolerismo tomó como bandera las reivindicaciones que apunta el Ejecutivo Federal. El problema de Morelos ciertamente no es agrario ni económico, sino sencillamente efecto de la impunidad de que han disfrutado los autores de las más graves transgresiones de la ley penal [...].⁴⁹⁶

La parte final de la cita anterior da entrada a nuestro siguiente punto de análisis, porque, como se observa, hay una negación tajante del carácter agrario de la insurrección campesina del centro-sur. Y consideramos que éste, que es otro rasgo elemental del discurso del bárbaro-zapatista en *El Mañana* y *El Ahuizote* quizá obedecía a que el objetivo político del zapatismo era una amenaza y un serio cuestionamiento que exhibía la profunda contradicción fundamental del sistema de producción-consumo capitalista.

5.3. ¿Nueva Guerra de Castas? La negación absoluta del carácter agrario del conflicto zapatista

Las publicaciones que nos ocupan en esta investigación nunca se refirieron al conflicto zapatista empleando el concepto “guerra de castas”. Sin embargo, siempre que hubo que reflexionar y discutir sobre el origen político y el carácter agrario de la insurrección campesina de Morelos, tanto *El Mañana* como *El Ahuizote* repitieron las ideas con que la prensa y las élites liberales decimonónicas explicaron o, mejor dicho, negaron el origen político de las grandes rebeliones campesinas que se sucedieron a lo largo del siglo XIX. Esto es: 1) atribuyendo la violencia de las masas campesinas simplemente al profundo odio (“odio fanático” en palabras de Sierra O’Rilley⁴⁹⁷) que la raza india sentía por los ricos

⁴⁹⁵ “La grave cuestión del Estado de Morelos. Protesta Oportuna”, en *El Mañana*, 4 de noviembre de 1911, serie III, núm. 41, p. 1.

⁴⁹⁶ *Idem.* p. 4.

⁴⁹⁷ Justo Sierra O’Rilley arguyó enfáticamente que la única causa de la Guerra de Castas de Yucatán era el odio de la raza india para con los blancos: “Yo quisiera hoy que desapareciera esa raza maldita y jamás

como consecuencia de su psique primitiva a la vez que como resultado de los abusos del régimen colonial, lo que se traducía en el rencor y el afán de venganza que supuestamente impulsaban estos movimientos, que más que insurrecciones fueron conceptualizados como guerras de exterminio. 2) Afirmando que las masas campesinas se lanzaban a la guerra movidas por la “pasión” primitiva o salvaje que sentían por la tierra.⁴⁹⁸ 3) A la vez que enfatizando la incidencia de las disputas políticas entre las mismas élites como coyunturas que propiciaban la ruptura del orden, o que incluso lo promovían directamente, porque era sabido que el tema de la tierra era un recurso infalible y simple para que un político o caudillo cualquiera consiguiera tropa. Con lo que se reproducía la creencia común de que esas insurrecciones eran provocadas y manipuladas por agentes extraños a las comunidades indias. Así observó Laura Caso Barrera estas argumentaciones generales en su estudio sobre la visión de los historiadores liberales sobre la Guerra de Castas de Yucatán:

A pesar de que los historiadores liberales yucatecos reconocieron ciertos elementos de la política liberal que originaron el movimiento indígena, como la enajenación de los ejidos de los pueblos y terrenos baldíos, para ellos estas causas fueron secundarias, pues prefirieron subrayar el carácter rencoroso y vengativo de los indígenas, resultado de la política colonial. Asimismo, le dieron mayor importancia a la separación y enfrentamiento de la élite, que propició la incorporación de los indígenas en sus luchas.⁴⁹⁹

Empero, este no fue solamente el significado del conflicto de Yucatán, sino el significado común que las élites liberales asignaron a todas las grandes rebeliones campesinas que proliferaron durante el siglo XIX sobre todo en el centro y sur del país: “Para los liberales las guerras de castas eran resultado de tres siglos de abusos coloniales y la falta de

volviese a aparecer entre nosotros. Lo que hemos hecho para civilizarla se ha convertido en nuestro propio daño [...] ¡Bárbaros! Yo los maldigo por su odio fanático y por su innoble afán de exterminio”. Citado en: Laura Caso Barrera, “Entre Civilización y Barbarie. La visión de los historiadores liberales sobre la Guerra de Castas de Yucatán”..., p. 166.

⁴⁹⁸ El pensamiento del intelectual porfiriano José López Portillo y Rojas ilustra claramente cómo el significado de las guerras de castas estaba estrechamente relacionado a la idea de una “pasión por la tierra” intrínseca a la naturaleza del indio. Aunque este personaje se mostró optimista por la *pax* porfiriana y hacía los últimos años del Porfiriato afirmó que la “pasión por la tierra” ya había desaparecido de entre las clases rurales. Irónicamente, a decir de González Navarro, la “pasión por la tierra” volvió a irrumpir poco tiempo después: “José López Portillo y Rojas [...] en 1898 no veía peligro en la heterogeneidad racial: las clases rurales, ‘nervio’ nacional, nada tenían en común con la incuria indígena (con su rencor reivindicativo y ‘pasión feroz por la tierra’) [...] En 1904 insistió que había desaparecido todo peligro de guerra de castas; sobre todo porque la división verdadera no era racial, sino cultural. Ignoraba que la ‘pasión feroz por la tierra’ contribuiría a destruir la hacienda [...]”. González Navarro, “Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910”..., p. 580.

⁴⁹⁹ Caso Barrera, “Entre Civilización y Barbarie. La visión de los historiadores liberales sobre la Guerra de Castas de Yucatán”..., p. 168.

propiedad individual entre los indígenas. En su opinión, estas rebeliones no expresaban ningún objetivo y su único propósito era exterminar a los blancos y despojarlos de sus propiedades [...]”.⁵⁰⁰

Consideramos que este paralelismo entre el discurso de *El Mañana* y *El Ahuizote* que negaba el carácter agrario del conflicto zapatista y el de la prensa decimonónica que hizo lo propio en relación con las llamadas guerras de castas no es casual, sino más bien normativo. Porque el zapatismo, al igual que las rebeliones que en el siglo XIX fueron definidas como guerras de castas, se originó esencialmente como reacción de las comunidades campesinas tradicionales ante el despojo territorial y la presión económica de los impulsos modernizantes del liberalismo.⁵⁰¹ Lógicamente, como dijimos, las élites liberales de aquella centuria no estuvieron dispuestas a reconocer que dichas rebeliones eran consecuencia de una honda contradicción del proyecto político que concebían como la única forma posible de civilización. Misma razón por la que sus homologas del Porfiriato tampoco reconocerían el origen político del zapatismo

Y creemos que esta esmerada defensa del argumento de la no-política del movimiento zapatista en el discurso de las publicaciones que nos ocupan, así como antes en el de la prensa decimonónica en relación con las llamadas guerras de castas, se comprenderá mejor si retomamos un cuestión clave planteada por Lund:

¿Qué son esas guerras de razas? ¿Guerras por las razas? No. Son guerras por la tierra... vueltas inteligibles (o no) mediante la raza. Tradicionalmente se ha pensado a la raza en términos de personas, pero en última instancia (y en sus orígenes) su política se vuelve comprensible sólo cuando se examina en términos territoriales: la raza es siempre, de manera más o menos explícita, la racialización del espacio, la naturalización de la segregación.⁵⁰²

⁵⁰⁰ *Idem.*, p. 153.

⁵⁰¹ Ver, por ejemplo, el análisis comparativo de Katz sobre las rebeliones rurales de los siglos VIII y XIX en la región centro-sur de México. El autor indica que la principal diferencia es el protagonismo de la cuestión de la tierra. ¿Qué ocasiona la diferencia? A decir de Katz: “Uno de los factores más obvios que dio creciente relevancia al problema de la tierra fue que el Estado mexicano no podía ni quería imponer el mismo tipo de restricciones a los hacendados que había impuesto el dominio español. Por el contrario, la Ley Lerdo, aprobada por los liberales en 1856, sancionaba la disolución de la propiedad comunal, lo que inevitablemente conducía a la expropiación de las tierras campesinas. No hay indicios, sin embargo, de que las rebeliones motivadas por la cuestión de la tierra o similares, como los derechos de aguas, fueran más frecuentes después de 1856 que antes”. Friedrich Katz, “Las rebeliones rurales a partir de 1810”..., p. 187.

⁵⁰² Lund, *Op. cit.*, p. 114-115.

En efecto: la clave de la correspondencia que liga el discurso de la guerra de castas y el discurso del bárbaro-zapatista a través de las ideas del odio, el rencor, la pasión, la manipulación y, en suma, el argumento de la no-política, es la tierra, o más concretamente, la lucha por la tierra, que implícitamente también era una lucha por mantener un modo de producción que no era el modo de producción capitalista o que lo era deficientemente.⁵⁰³ Así, la lucha por la tierra se nos presenta como otro elemento decisivo que definió la virulencia del antizapatismo de la prensa. Porque la propiedad de la tierra es nada menos que la base del proceso de acumulación en la modernidad capitalista. Motivo por el cual Lund afirma que la diferencia entre el lema “sufragio efectivo, no reelección” y el “tierra y libertad” es que el primero resulta un tanto superficial (“técnico”) cuando se le compara con el segundo, que confronta lo político “en su forma más inmediata”, es decir, en su fundamento: la desigualdad en la distribución de los recursos productivos.

Si “sufragio efectivo, no reelección” es el lema constitucionalista, un tanto técnico, de la burguesía terrateniente que se alza en armas contra el Porfiriato en 1910, una voz más visceral, relacionada con el activismo campesino del sur zapatista, podía leerse en un lema complementario: “tierra y libertad”. En su simple elegancia, el lema “tierra y libertad” constituyó el modesto reclamo para que el liberalismo cumpliera sus propias promesas populistas [...] Alzar la pancarta de “tierra y libertad equivalía, por ende, a confrontar lo político en su forma más inmediata: la distribución profundamente desigual de los recursos”.⁵⁰⁴

Pero para comprender mejor el porqué de afirmar que la lucha por la tierra equivale a la inmediatez y a la esencia misma de lo político en la modernidad, y para entender, por ende, el porqué de la negación o la omisión del carácter agrario del zapatismo en el discurso de las publicaciones que nos ocupan, consideramos necesario retomar algunos elementos de la teoría crítica marxista. Específicamente del capítulo vigésimo cuarto de *El Capital*, titulado “La llamada acumulación originaria”.

Dicho texto es una crítica mordaz de la idea de “acumulación originaria” planteada por Adam Smith y reproducida por otros economistas políticos europeos, la cual consiste básicamente en presentar la división de la sociedad en propietarios y proletarios (condición

⁵⁰³ Así lo observa Lund: “La generación de estadistas de Alva, que residía en un país donde los modos de producción estaban hasta cierto punto diferenciados, se tropezó con la aporía en su origen mismo. De hecho, las cuestiones de producción estaban en el centro de los levantamientos indígenas y campesinos que ellos buscaban contener: esas ‘rebeliones’ articulaban sus demandas consistentemente en términos de justicia económica; eran –y todavía son– llamados a la libertad y contra la coerción productiva”. *Idem.*, p. 55.

⁵⁰⁴ *Idem.* p. 34.

sine qua non del sistema capitalista) como un proceso que se generó de forma espontánea, además de romántica porque apela a los valores emblemáticos de la modernidad capitalista: el trabajo y el ahorro. Así conceptúa Marx esta versión idílica del proceso de acumulación originaria de capital: “En tiempos remotos hubo, por un lado, una élite aplicada, inteligente y, ante todo, ahorradora, y, por otro, unos golfos haraganes que dilapidaban en juergas todo lo que tenían y más [...] Así ocurrió que los primeros acumularon riqueza y los últimos no tuvieron al final nada más para vender que su propio pellejo”.⁵⁰⁵ Tal fue el “pecado original” que originó la pobreza de las masas que trabajan y la riqueza de una minoría que ya ha dejado de hacerlo.⁵⁰⁶ Sin embargo, el trabajo crítico del filósofo alemán consistió en contrastar esta versión idealizada con su investigación sobre la historia del proceso de acumulación originaria en diferentes países europeos, pero principalmente a través del caso inglés. Advirtiendo en la parte introductoria de dicho capítulo lo que el lector vería: “En la historia real [de la acumulación originaria] tienen, como es sabido, papel de protagonistas la conquista, el sometimiento, el asesinato, la violencia, dicho brevemente [...] En realidad los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos”.⁵⁰⁷

Luego, si el trabajo y el ahorro son un mito y la *praxis* es la conquista y la violencia, ¿en qué consiste entonces la acumulación originaria? ¿Cómo se gestó el polo minoritario de capitalistas monopolizadores de los recursos productivos y el otro masivo de vendedores de pura fuerza de trabajo que son el requisito irrenunciable del proceso de acumulación?⁵⁰⁸ Por respuesta Marx nos recuerda que la sociedad capitalista emergió de entre la estructura económica de la sociedad feudal, donde el poder del señor feudal no dependía de “la largura de su lista de rentas, sino del número de sus súbditos, y este último dependía del número de campesinos económicamente autónomos”.⁵⁰⁹ En otros términos: la burguesía emergente y pujante heredó en el ámbito rural una multiplicidad de productores directos,

⁵⁰⁵ Marx, “La llamada acumulación originaria”, en *Op. cit.*, p. 315.

⁵⁰⁶ *Idem.*, p. 316.

⁵⁰⁷ *Loc. cit.*

⁵⁰⁸ Así plantea Marx el dilema de la acumulación originaria: “La acumulación del capital presupone, en efecto, la plusvalía, la plusvalía la producción capitalista, más ésta presupone la presencia de masas de capital y fuerza de trabajo en las manos de productores de mercancías. Todo este movimiento parece, pues, girar en un círculo vicioso del que no salimos más que si suponemos una acumulación ‘originaria’ previa a la acumulación capitalista (*previous accumulation* de Adam Smith), una acumulación que no sea resultado del modo de producción capitalista, sino punto de partida suyo”. *Idem.*, p. 315.

⁵⁰⁹ *Idem.*, p. 320-321.

autónomos, dueños en buena medida de su trabajo y de medios de producción propios. E inmediatamente se materializó el obstáculo crucial:

[...] el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo, la cooperación, la división del trabajo, la aplicación en grande de maquinaria, etc., son imposibles sin la expropiación de los trabajadores y la correspondiente conversión de sus medios de producción en capital. En interés de la llamada riqueza nacional se buscan medios para producir la pobreza popular.⁵¹⁰

Por consiguiente: “La llamada acumulación originaria no es, pues, nada más que el proceso histórico de separación de productor y medios de producción”;⁵¹¹ “la expropiación del productor rural, el campesino, de su tierra constituye el fundamento del entero proceso”.⁵¹² Y es en este punto donde se derrumba el mito del trabajo y el ahorro: “la historia de esta expropiación queda inscrita en los anales de la humanidad con trazos de sangre y fuego”;⁵¹³ implicó las maniobras “legales”: abolición de la constitución feudal de la tierra y múltiples leyes de deslinde de la tierra comunal. Pero también implicó la usurpación y el despojo puros y duros, “sin observar mínimamente la etiqueta legal”, ejecutados “con descarado terrorismo”, a través de la criminalización, la guerra, la recolonización, la esclavitud, el colonialismo, el genocidio, entre otros tantos procesos reales de acumulación originaria, los cuales: “conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporaron la tierra al capital y procuraron a la industria urbana el suministro necesario de proletariado despojado de todo”.⁵¹⁴

A partir de este contraste Marx afirma que sostener la versión idílica de la historia de la acumulación originaria —que es también la historia de la desigualdad social— es un engaño burdo, una “puerilidad desabrida”. Sin embargo, observa que cuando se pone en juego la cuestión de la propiedad, para la cultura hegemónica burguesa resulta “deber sagrado” mantener el punto de vista infantil, es decir, se vuelve obligado apuntalar la versión apologética.⁵¹⁵ Y esto mismo es lo que creemos observar también en el discurso de las publicaciones que nos ocupan, y especialmente en el caso particular de *El Mañana*. Lo que nos induce a considerar seriamente que la versión idealizada de la idea de la acumulación

⁵¹⁰ *Idem.* p. 347.

⁵¹¹ *Idem.*, p. 317.

⁵¹² *Idem.*, p. 319.

⁵¹³ *Idem.*, p. 318.

⁵¹⁴ *Idem.*, p. 333.

⁵¹⁵ *Idem.*, p. 316.

originaria es un paradigma que permea no sólo la visión de los economistas políticos europeos de los siglos XVIII y XIX (cuyo pensamiento es el objeto de la crítica de Marx), sino también la visión de todas las élites modernizantes alrededor del mundo desde aquella época hasta la actualidad.

En esta lógica, consideramos que el argumento de la no-política, es decir, la negación del carácter agrario del conflicto zapatista, obedecía a que esta bandera contradecía la idea idílica y paradigmática de la historia de la riqueza y la pobreza: acusaba los abusos, el despojo, los métodos reales de acumulación originaria. Además, lógicamente, que los zapatistas lograran —como lo estaban haciendo— cumplir sus reivindicaciones, recuperando el territorio y la autonomía, implicaba la inviabilidad del sistema de producción-consumo capitalista, columna vertebral del esquema civilizatorio de la modernidad.

Así, apostando por este marco interpretativo basado en de la crítica marxista, podemos decir que en lo tocante al argumento de la no-política del zapatismo y el apuntalamiento de concepción idealista de la historia de la desigualdad, la producción de *El Mañana* fue por mucho la más prolífica y, sobre todo, la más compleja en cuanto a la reflexión en comparación con la de *El Ahuizote*. Hemos seleccionado los ejemplos más significativos.

Por ejemplo, cuando el bisemanario alertó sobre el peligro que implicaba someter a revisión los títulos de propiedad territorial de la élite económica del Estado de Morelos, sobre todo cuando tal iniciativa provenía del gobierno interino de la entidad. Juan Carreón, el gobernador maderista de Morelos, denunciaba el artículo: “ha nombrado una comisión que revise los títulos —lean ustedes bien, que revise los títulos— de todas las fincas azucareras del Estado de Morelos. Es la primera medida hacia el socialismo de Estado [...] Como medida pase, pero como atentado a los derechos y a las garantías constitucionales no se le debe dejar avanzar ni un milímetro [...].”⁵¹⁶

Lo primero que observamos del fragmento anterior, y que corroboraría el carácter paradigmático de la visión idealizada del origen de la desigualdad social moderna, es que, como Marx sugirió, cuando se pone en juego la cuestión de la propiedad, la cultura hegemónica moderna —la del México porfiriano en este caso— percibe un peligroso

⁵¹⁶ “Ignorancia y audacia”, en *El Mañana*, 29 de julio de 1911, serie III, núm. 5, p. 2. Cursivas son originales.

cuestionamiento del *statu quo* y se ve instada a apuntalar la versión blanca de la historia. Así creemos que lo demuestra la enfática demanda de *El Mañana* para no dejar avanzar “ni un milímetro” la revisión de los títulos de propiedad de los grandes terratenientes del Estado de Morelos.

Bajo esta misma lógica, en las líneas posteriores el bisemanal aseveró que esa no era la solución para el conflicto de Morelos, y denunció que lo que en realidad perseguía Carreón promoviendo tal iniciativa era: “atraerse a los desheredados que han sido el sustento bestial de la nueva y desesperante tiranía”.⁵¹⁷ Como se ve, aquí la no-política del zapatismo se expresa e través de la histórica creencia de que las insurrecciones campesinas se originaban en la manipulación de la clase política; en este caso la facción maderista, que apelaba al infalible tema de la tierra para utilizar a las masas rurales en función de sus intereses. De suerte que si los políticos maderistas seguían recurriendo a medidas como la del gobernador Carreón, concluía *El Mañana*: “Vendrán después los viajes de comunidades indígenas cotizándose al centavo para el rábula que los patrocine, se levantarán expedientes sobre derechos coloniales y mercedes de Don Sancho el Hermoso [...]”.⁵¹⁸

Igualmente, otro elemento significativo que se pone de relieve en las líneas anteriores es que la cuestión de la propiedad de la tierra se revela íntimamente ligada a la idea de lo indio. Pero quizá lo más relevante es que ésta no fue la única vez que *El Mañana* expresó esta relación, sino por el contrario: el tema de “la cuestión agraria” casi siempre suscitó la reflexión del bisemanario en torno al carácter indio o no del movimiento zapatista. Algunas veces afirmándolo y otras negándolo, según convenía a la argumentación general de esta o aquella nota editorial.

Por otra parte, uno más de los rasgos fundamentales del argumento de la no-política zapatista fue la operación que transcribió la resistencia de los pueblos frente al proceso de acumulación originaria en términos de odio contra los ricos, pasión por la tierra y dormidos deseos de venganza. Para *El Mañana* cualquier tipo de declaración que no condenara las acciones del zapatismo no era más que un motivo para que “los degenerados de la muchedumbre conserven las lamparitas de su odio contra los ladrones metafísicos que nada

⁵¹⁷ *Loc. cit.*

⁵¹⁸ *Loc. cit.*

le han hecho al pueblo sufrido y trabajador [...]”.⁵¹⁹ Pero, ¿con qué objeto se azuzaba el odio del campesinado contra los ricos? A juicio del bisemanario esto obedecía a que las masas rurales eran el principal instrumento del poder conquistado por los políticos maderistas: “Y aquí está el grano; se necesita que la masa ayude a la defensa y colabore a la venganza, y fácil es que en esta red caigan algunos peces ciegos, como ha sido ciego este movimiento bárbaro [el zapatismo], que nos ha exhibido con un salvajismo, casi imposible de civilizar”.⁵²⁰ Por un lado, entonces, como se advierte en los fragmentos anteriores, los “ladrones metafísicos que nada le han hecho al pueblo”, es decir: la negación de los métodos reales de la acumulación originaria. Y por otra parte, como extensión de lo anterior, el zapatismo “ciego”. En suma: la sinrazón de la lucha de los pueblos.

Por ocasión diversa, cuando hubo que apuntalar ideológicamente la guerra de Estado contra el zapatismo en agosto de 1911 *El Mañana* nuevamente puso en el centro de la discusión pública el argumento de la no-política con el objetivo de que no se cuestionara lo acertado de la medida impulsada por el gobierno interino. En esta lógica, la citada publicación arguyó que el único motivo del conflicto en Morelos era el afán de venganza de los campesinos y no ningún tipo de principio político:

Debemos hacer a un lado ese convencionalismo de representación, que los legítimos triunfadores y la prensa venal han querido darle a los hombres que, encubiertos en el manto metafísico de un principio político que no han comprendido ni llegaran jamás a comprender, se aventuraron a la guerra fratricida con el solo aliciente de ejercer venganzas, practicar latrocinios y usurpar honores [...].⁵²¹

Tampoco se debía definir el conflicto zapatista como una revolución, sino como guerra de la barbarie versus la civilización, es decir, el zapatismo contra la “sociedad honrada”: “El caso presente, que todavía se quiere imponer como un hecho revolucionario, no es claramente sino el enfrentamiento de la sociedad honrada contra un bandido que lleva su insolencia hasta el extremo de pretender disculpar sus crímenes [con una bandera política]”.⁵²²

⁵¹⁹ “Conspiración y no”, en *El Mañana*, 20 de julio de 1911, serie III, núm. 11, p. 2.

⁵²⁰ *Loc. cit.*

⁵²¹ “Zapata es Zapata”, *El Mañana*, 17 de agosto de 1911, serie III, núm. 19, p. 2.

⁵²² *Loc. cit.*

A las líneas que acabamos de citar seguían unas que ya hemos analizado, donde *El Mañana* indicó que las fuerzas zapatistas consistían de dos grandes contingentes: los criminales liberados de las cárceles por la mano de Zapata y el recluta voluntario, “representado por el proletariado de los campos”. Este último —continuaba la nota—, el “proletario” del campo que se sumaba a Zapata voluntariamente, lo hacía, a juicio de *El Mañana*, porque “su pasión favorita” era la tierra, y el caudillo les presentó la oportunidad de satisfacer esta pulsión de su psique primitiva o degenerada: “Este es el segundo grueso de la fuerza con que cuenta Zapata, y al que le ha halagado su pasión favorita, ofreciéndole y poniéndole en práctica la usurpación de la propiedad para que la disfrute impunemente y apoyada por la fuerza bestial de las armas, que se disparan contra el que pretenda defender sus intereses”.⁵²³

En una ocasión distinta, al reflexionar sobre los sucesos de la revolución en Morelos, *El Mañana* volvió a reiterar que el origen de ese conflicto no había sido político, es decir, agrario, sino simplemente una consecuencia lógica de la retórica populista que había despertado las pasiones dormidas de las masas rurales semisalvajes:

La revolución con su socialismo embrionario, con sus dolosas falsedades sobre soñadas madureces del pueblo para democracias mitológicas, no hizo más que despertar los dormidos sentimientos de la bestia humana, en las colectividades ignaras y regresivas, y ahora no tiene ni voluntad, ni elementos, ni buena fe para limitar ese brusco sacudimiento de los anhelos criminales, que serán la prolongada amenaza de los intereses legítimos y del principio de autoridad honrado.⁵²⁴

En septiembre de 1911, cuando la campaña federal en el Estado de Morelos principiaba y la esperanza de volver al orden aún estaba intacta, *El Mañana* publicó en su primera plana la nota editorial titulada “¡El jacobino! ¡He ahí el enemigo!”, en la cual se observa claramente cómo el encono se relajó un poco y el argumento de la no-política zapatista se expresó evocando la imagen del buen salvaje; el campesinado morelense insurrecto fue presentado aquí como “el indio” al que su mentalidad primitiva e inmutable le impedía comprender que habían transcurrido siglos y la tierra ya no era suya. Anteriormente el bisemanario había señalado al zapatismo como un movimiento ligado al socialismo y al anarquismo, pero en esta ocasión negó que la naturaleza de la rebelión de Morelos tuviera algo que ver

⁵²³ *Loc. cit.*

⁵²⁴ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 25 de agosto de 1911, serie III, núm. 21, p. 4.

con aquellas ideologías. En cambio afirmó que el campesino zapatista solamente obraba en consecuencia de su atraso mental, que ciertamente implicaba el odio al rico y la pasión por la tierra, pero esta situación, a juicio de *El Mañana*, era hasta cierto punto manejable. El verdadero caos sobrevendría si ésta, que era una determinación más bien biológica, continuaba siendo capitalizada por los políticos “jacobinos”:

Lo que llamamos zapatismo, no es en abstracto de procedencia anárquica: en teoría, no ha llegado a condenarse como una aspiración ni como una protesta socialista. En la conciencia del indio, para el cual el tiempo corre en vano y nada modifica, está vivo el concepto de que pide lo suyo y no lo ajeno: se juzga poseedor de la tierra, por derecho, y despojado de ella injustamente en la parte que desde antaño le perteneciera. Tal pretensión, tradicional y reforzada por la conveniencia, no es de origen anárquico. En este punto, nada importará al yaqui el triunfo de los indios de Morelos, ni a éstos los de aquel.⁵²⁵

Empero, advertía el bisemanario: “El zapatismo, que ahora no procede más que por odio al rico, ya por salvaje instinto, ya por depravación o por venganza que hace extensiva sin distinción de clases, será más que el azote, el agente de la desolación y el exterminio en toda la República, cuando pueda llamarse jacobino: cuando desprecie la autoridad que hoy reconoce”.⁵²⁶

También cabe destacar que en esta nota editorial *El Mañana* retomó la imagen del indio como víctima del régimen colonial a través de un párrafo en el que se enumeraron las transacciones de la propiedad territorial que se realizaron durante el Antiguo Régimen y que, según este bisemanario, sentaron las bases de la situación contemporánea del campesinado morelense. Lo que desde nuestra perspectiva es otra estrategia para sostener la versión idealizada de la historia de la riqueza y la pobreza, porque el despojo y la expropiación territorial sí estaban siendo reconocidos como orígenes del zapatismo, pero únicamente en su faceta pre-liberal, pre-nacional; el proceso de acumulación originaria que continuaba en marcha y que incluso se había intensificado durante el Porfiriato fue omitido por completo. Más aún: el bisemanario afirmó que el problema de la tierra habría sido eventualmente resuelto por la clase dirigente porfiriana sino hubiera sido complicado por “el jacobino”.⁵²⁷

⁵²⁵ “¡El jacobino! ¡Eh ahí el enemigo!”, *El Mañana*, 6 de septiembre de 1912, serie V, núm. 19, p. 1.

⁵²⁶ *Idem.*, p. 2.

⁵²⁷ *Loc. cit.*

No obstante, una semana más tarde, *El Mañana*, sin retractarse explícitamente, aseguró que la cuestión zapatista sí era “socialismo en bruto”, en una nota cuyo objetivo central fue censurar a la prensa que daba cabida a las ideas “socialistas” que buscaban consolidar el despojo disfrazándolo de principio político. Poner a circular públicamente este tipo de ideas era, desde la visión del bisemanario, una irresponsabilidad que manchaba “el nombre de un poder, dedicado por su instituto, a la propaganda de la civilización”. Concluyendo que: “Causa sincera pena que a pesar del fallo que la opinión ha dictado contra los bandoleros del Estado de Morelos, haya todavía quienes insistan en que este vandalismo representa simpatías y la conciencia recta de los buenos hijos del Sur [...]”.⁵²⁸

Más adelante la reflexión se profundizó; para *El Mañana* la sustitución de Juan Carreón por el caudillo maderista Ambrosio Figueroa en el gobierno del Estado de Morelos era más de lo mismo: una maniobra política que buscaba “remover el odio bajo del pueblo indigente contra el propietario laborioso, y señalarlo como usurpador del bien de los pobres, para hacer impune y numerosa la detentación que en muchos casos se ha practicado [...]”.⁵²⁹ E incluso al final se dirigió un tibio reclamo en el mismo sentido a los “hombres honrados” de Morelos, que movidos por “altruismo” habían alentado las aspiraciones “socialistas” de los pobres y los indios al permitirles disponer de la tierra en arrendamiento.⁵³⁰

Después, a mediados de octubre de 1911, cuando el zapatismo comenzó a recuperar las posiciones que había perdido al inicio de la campaña militar de Morelos exhibiendo una fuerza superior a la de la fase previa, *El Mañana* publicó una nota editorial sumamente reveladora línea por línea en lo tocante a la reproducción paradigmática de la idea de una acumulación capitalista idílica. Así, en primer lugar se condenó a “la prensa del zapatismo” y las teorías del maderismo por acusar los métodos reales del proceso de acumulación, o sea, por señalar al gran industrial como el expropiador y al campesino zapatista como el expropiado:

⁵²⁸ “El socialismo en bruto”, *El Mañana*, 2 de octubre de 1911, serie III, núm. 32, p. 1.

⁵²⁹ *Loc. cit.*

⁵³⁰ “Por artículo diverso, los mismos hacendados en parte por altruismo, y en parte por conciliación con las pequeñas ambiciones del desheredado, han tenido el tino de favorecer aspiraciones si se quiere un poco exigentes, facilitando contratos módicos de aparecería, y permitiendo en muchos casos el uso gratuito de las tierras a los notoriamente insolventes o a comunidades indígenas, que colectivamente viven en el proletariado”. *Loc. cit.*

Renace la revolución del sufragio y eso, y paralelamente al homicidio y al robo, la prensa del zapatismo atiza para la más rápida y numerosa comisión de delitos, y hace sus inversiones democráticas para que el hacendado resulte bandido y el salteador integérrimo. Se conoce ya muy a fondo el axioma maderista, de que el propietario que lucha, trabaja y aventura su capital es el opresor, el déspota y el feudal, y que el merodeador, el vicioso y el ladrón, es víctima que lleva treinta años de auscultar en el vacío la hora ansiada de la suprema redención.⁵³¹

Seguido de este fragmento vino la reflexión “objetiva” sobre la causa del fracaso de la campaña de Morelos. Como era lógico se omitió por completo la posibilidad de que el zapatismo hubiera logrado sobrevivir y expandir su influencia debido, primero, a la estrategia de contrainsurgencia del ejército federal, y en segundo lugar por las solidaridades que el campesinado morelense consolidó entre pueblos de otras entidades que también estaban enfrentando la agudización de los embates modernizadores. En cambio, *El Mañana* apuntó a la valoración de siempre: el conflicto de Morelos era tan persistente debido a la suma de la primitiva pasión por la tierra inherente a la naturaleza del indio, más la manipulación de caudillos populistas, en este caso específico, la del viejo general Francisco Leyva: “Ahondando un poco la psicología de esa amarga situación en el Estado [de Morelos], se percibe que las ambiciones insanas del indígena y su reconocida voracidad por la tierra, están desde hace tiempo sostenidas por interesados intrigantes que alimentan la avaricia popular y le dan retroactividades al progreso, tan lento y tan difícil entre nosotros”.⁵³²

Las líneas subsecuentes son igualmente sugerentes; la histórica dinámica de alianzas entre caudillos militares y los sectores populares del campo en la región de la Tierra Caliente nuevamente ocupó el lugar central de la reflexión sobre el origen no-político del zapatismo, relegando a segundo término la incidencia del maderismo. El poder que el general Leyva ostentó en la región con base en la manipulación populista de las clases inferiores del campo —decía *El Mañana*— fue truncado por el general Díaz, sin embargo el primero no se dio por vencido y durante los años de régimen porfiriano continuó perseverando con la propaganda “socialista” y removiendo el odio de las masas contra el rico y “el ibero” a través de “la eterna leyenda de las propiedades comunales”. Como se ve, indirectamente se

⁵³¹ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 16 de octubre de 1911, serie III, núm. 36, p. 4.

⁵³² *Loc. cit.*

aduce que el viejo caudillo preparó durante muchos años el estallido de una formidable guerra de castas en el Estado de Morelos:

El Sr. Leyva, mal capacitado para enfrentarse con el poder del General Díaz y con la energía moralizadora del Coronel Alarcón, limita sus actividades a una propaganda socialista de carácter familiar, que dejaba siempre una gruesa semilla que ha llegado a fructificar. El primer aprovechamiento de su labor incansable fue cuando se presentó la candidatura del Señor D. Pablo Escandón. La historia es muy reciente, y ya vimos como el General Leyva, instigó a la plebe rural con la eterna leyenda de las propiedades comunales, como removió su pasión violenta contra el ibero y como los sentimientos de anarquía tuvieron manifestaciones reveladoras de odio intenso, del odio eterno contra el rico [...] De ahí nació el zapatismo, porque en el Estado de Morelos, no fue la revuelta maderista la que agitó los fondos del pueblo; fueron las viejas teorías del redentor Leyva, que encontraban sujeto para su aplicación exacta y sin falla.⁵³³

A diferencia de la nota publicada al inicio de la campaña de Morelos, cuando se indicó que el zapatismo no era un movimiento socialista ni anarquista, ahora, ante el fracaso tangible de la militarización, *El Mañana* aseguró que si la rebelión en aquella entidad no había podido ser sofocada sino que, por el contrario, se avivaba cada vez más, era porque el “sufragio efectivo y la no reelección” del maderismo no significaban nada para la sociedad rural morelense que luchaba por instaurar el “socialismo”; clave en la que se transcribió, otra vez, la histórica dinámica de resistencia de la sociedad rural de aquella región:

En todos los estados, el bandolerismo del sufragio ha ido desapareciendo por la ingeniosa prestidigitación de los licenciamientos o por medios políticos de más o menos costo, que poco a poco han tranquilizado a los habitantes del campo; sólo en Morelos existe la guerra fratricida, sólo allí no se apaga, sino más bien se recrudece como si tuviera un inagotable combustible, soliviantado por los ambiciosos de poder y de tierra. No; allí no ha llegado el histrionismo de las democracias simples, ni de los sufragios pinistas; lo que late, lo que palpita intensamente es el socialismo, que ha tomado ya su carta de naturalización [...].⁵³⁴

El Ahuizote, por otra parte, no formuló reflexiones complejas sobre el porqué no del carácter agrario del conflicto zapatista. Pero sí demostró que compartía la idea bien extendida de que la insurrección campesina del Estado de Morelos no era nada más que un instrumento de los políticos maderistas. Así con ocasión de las declaraciones de José González Salas, Ministro de la Guerra del gobierno interino, quien a finales de octubre de 1911 declaró que los rebeldes de Morelos depondrían las armas una vez que Madero tomara posesión como presidente de la República. Para el semanario político ilustrado esta fue una

⁵³³ *Loc. cit.*

⁵³⁴ *Loc. cit.*

confesión involuntaria que confirmaba que el zapatismo no era autónomo, sino que dependía de Madero, quien lo utilizaba como herramienta de presión. En suma, el conflicto zapatista no era más que un teatro sangriento, y los campesinos no eran movidos por ningún conflicto agrario, sino por hilos, como “marionetas trágicas”:

No se necesita ser un lince para sacar la consecuencia terrible de tales declaraciones. Quiere decir que Zapata, Banderas y compañía, no son sino marionetas trágicas movidas por voluntades superiores. Quiere decir que en las manos de los altos jefes de la política actual, estaba el cese de tantas calamidades, y que si no lo otorgaron fue para que el pueblo, ignorante de los manejos de esa horrible diplomacia, creyera en la magia negra del señor Madero [...] Está bien. Al Finalizar Noviembre, la República estará en paz. Habrá concluido el Guignol sangriento [...] ¿Y los daños causados? ¿Y los bienes robados? ¿Y las honras mancilladas por los sans-culottes de la horda zapatista? ¿Y la sangre que corrió —que corre aún— a torrentes? [...].⁵³⁵

Los jefes de la política maderista tendrían que responder a estas preguntas: “Y mentirán a sabiendas, porque el bandolerismo del Sur no puede encubrirse con el antifaz político. Zapata no es más que el sucesor de Santanón, con más títulos a la horca que el salteador veracruzano. Zapata representa, no ya la demagogia de huarache, sino el latrocinio con todas sus agravantes de ley”.⁵³⁶

Por otra parte, también es importante destacar que las declaraciones de Manuel Calero en la Cámara de Diputados, en las cuales, como mencionamos, reconocía que en Morelos había un conflicto social de carácter agrario, fueron el acontecimiento que suscitó las reflexiones más extensas de *El Mañana* en torno a la no-política del zapatismo. Una reacción consecuente con la gravedad del hecho: la versión de la historia que denunciaba el abuso de poder, la coerción económica y el despojo territorial como orígenes del zapatismo había sido aceptada por un funcionario del gobierno y éste, encima, la puso a discusión en la Cámara de Diputados. Así, en una primera ocasión *El Mañana* refutó a Calero definiendo la lucha del zapatismo como un burdo proyecto de “comunismo” que implicaba un agravio para el régimen legal del Estado-nación, el cual únicamente sancionaba la existencia de la propiedad privada individual de la tierra:

La tesis verdad del Estado de Morelos, es el comunismo grosero de los que quieren apropiarse de la propiedad ajena, porque no existiendo lo que se llama el ager público, no pueden existir derechos comunales sobre el bien privado, y esto lo demuestra la estadística

⁵³⁵ “Las Marionetas Trágicas”, *El Ahuizote*, 28 de octubre de 1911, año I, núm. 23, p. 1.

⁵³⁶ *Loc. cit.*

del movimiento de terrenos baldíos, conforme a las leyes relativas, en la cual no aparece operación alguna de los mismos baldíos, por estar legal y claramente fijado el dominio del particular sobre el bien raíz del Estado.⁵³⁷

Desde nuestra perspectiva, las líneas anteriores coinciden con un lugar común de la paradigmática versión idílica del proceso de acumulación capitalista que Marx conceptualizó en tono sarcástico de la siguiente forma: “En la suave economía política dominó siempre el idilio. Derecho y *trabajo* fueron desde siempre los únicos medios de enriquecerse, con la excepción, en cada caso, como es natural, de *este año*”.⁵³⁸ Extrapolando este enunciado al ejemplo anterior, podemos observar cómo la excepción “de este año” a la legalidad y al trabajo, es decir, la violencia, la coerción y el despojo sistemáticos con los que la propiedad comunal tradicional fue convertida en bien privado individual moderno, se omitió.

Más tarde, *El Mañana* volvió sobre las declaraciones de Calero. Esta vez se negó nuevamente que el zapatismo fuera de origen socialista, anarquista o comunista, mucho menos “cuestión agraria”, sino que se trataba de criminalidad llana y pura, así como de violencia absolutamente irracional:

En el artículo anterior aventuramos la idea de que el caso Zapata no era ni político, ni agrario, ni aún siquiera socialista, sino un fenómeno consecuente con una revolución sin objeto y que hubimos de llamarle comunismo por honor al movimiento que lo produjo, pero que, en realidad, no es sino un monstruoso latrocinio a mano armada con todas las agravantes que el Código exige [...].⁵³⁹

En el siguiente epígrafe de esta trabajo veremos cómo al inicio de la campaña militar de Morelos *El Mañana*, inmerso en el optimismo que despertó la noticia, publicó una nota editorial en la que pugnó por que no se ejecutara sumariamente a los jefes zapatistas, y en cambio pidió que éstos fueran procesados y condenados a prisión por todos sus crímenes, para sentar así un ejemplo y demostrar que no había nada por encima de la Ley. Sin embargo, a mediados de noviembre de 1911 cuando se publicaron las líneas que citamos arriba, el tono de *El Mañana* fue diferente. La militarización había producido un resultado completamente adverso, y en este momento para el bisemanario resultaba evidente que el zapatismo no terminaría si no era por medio de la guerra. ¿Por qué? La respuesta es

⁵³⁷ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 10 de noviembre de 1911, serie III, núm. 43, p. 4.

⁵³⁸ Marx, “La llamada acumulación originaria”, en *Op. cit.*, p. 316.

⁵³⁹ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 14 de noviembre de 1911, serie III, núm. 44, p. 4.

sumamente significativa: el bisemanario reconoció indirectamente que en el origen del movimiento zapatista sí estaba la “cuestión agraria”, y que ésta, a su vez, efectivamente estaba ligada a las grandes empresas de acumulación del Estado: las haciendas. Mientras éstas existieran el zapatismo existiría también sin importar el gobierno en turno:

El zapatismo no podrá aniquilarse, si no es con patibulos o con ametralladoras. Para esos cuervos de la regeneración sufragista la dictadura de Díaz y la tiranía de Madero son dos marañas metafísicas que jamás podrán explicar fuera de la bestialidad de sus actos. Mientras existan las haciendas de caña con la producción intensiva que se conoce, la llamada cuestión agraria estará en pie como una muda y perpetua interrogación a la justicia [...].⁵⁴⁰

Como se ve de lo anterior, para *El Mañana* la rebelión del zapatismo contra el recién inaugurado gobierno de Madero no indicaba que el conflicto era profundamente político, agrario, sino por el contrario, confirmaba la no-política de la insurrección. Así lo reafirmó en otra ocasión: “Hoy se percibe que la revolución en aquella fecunda tierra de producción no fue política, ni de principios [...]”. Zapata —concluía— “jamás ha sido un rebelde político ni se conmueve por los principios esos [del maderismo]”.⁵⁴¹

También como repuesta a las declaraciones de Calero, a finales de 1911 *El Mañana* publicó una breve serie de artículos en los que se exponían múltiples datos relativos al trabajo asalariado en el Estado de Morelos con el objetivo explícito de demostrar que la insurrección campesina no se había originado como consecuencia del sistema económico. En este sentido, nos interesa destacar uno de los ejemplos más sugerentes de esta argumentación. Donde además nuevamente se pone de relieve que la idea de lo indio y lo mestizo se definía en función del grado de penetración capitalista en el ámbito de lo social, puesto que aquí el bisemanario arguyó que el campesinado zapatista no era indio porque procedía de aquel enclave de modernidad económica que era la Tierra Caliente, en donde los jornales eran “los más altos del país”:

En las propiedades de la tierra fría donde el cultivo se practica por el indio y el buey en una mancomunidad intelectual indestructible, los jornales no alcanzan un máximo de treinta centavos [...] La degeneración de una raza regresiva, viciosa, estoica y cruel, no permitirá en quién sabe cuántas centurias o en qué número de evoluciones etnológicas, mejorar la condición individual del jornalero [...] Las zonas de la tierra cálida, por las naturales condiciones de su suelo, difieren por completo de aquellas en todos sus pormenores, pues a partir del trabajador que ya no es un indígena puro, y que por consiguiente alienta un poco

⁵⁴⁰ *Loc. cit.*

⁵⁴¹ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 21 de noviembre de 1911, serie III, núm. 46, p. 4.

más en aspiraciones, hasta la diversidad del producto y el procedimiento de la labor, los resultados que pueden apreciarse distintamente en la balanza de consumo, son otras tantas enseñanzas prácticas que echan por tierra las teorías de los embaucadores de la política.⁵⁴²

Adelante se insertaron los detalles sobre jornales por temporada y actividades. El balance final fue el siguiente: “En punto a jornales, puede llegarse a la conclusión satisfactoria de que los más altos de la República, son los que se pagan en el Estado de Morelos [...]”. Luego, lógicamente, *El Mañana* concluyó que los conflictos en aquella región: “no responden a causas económicas; radican esencial y únicamente en las turbulencias políticas, que han removido los sedimentos sociales, pretendiendo destruir el capital benéfico o más bien, detentarlo para el reparto comunista entre los bribones y los audaces”.⁵⁴³

Semanas después de que se publicaran las líneas anteriores *El Mañana* retomó nuevamente lo dicho por Calero. Ahora porque el general Arnoldo Casso López, sucesor de Huerta en el mando de las fuerzas federales destacadas en Morelos, hizo pública la queja de que los hacendados del estado impedían el acceso al agua a los pueblos, afectando de paso a la tropa federal. La acusación se negó a secas, pero agregando que declaraciones como aquella únicamente reproducían la falsa e insidiosa idea de que el conflicto de Morelos era “cuestión agraria”: “Aseverar que los hacendados entorpecen a los pueblos el uso del agua [...] es confirmar el concepto ampuloso del señor Calero, sobre el agrarismo de la cuestión morelense, y es fomentar [...] la distribución de la propiedad particular entre los pobres sufrientes que saquearon las ciudades de Cuautla, Yautepec y Jojutla”.⁵⁴⁴

Fue hasta el día 19 de diciembre de 1911, en su edición número 54, cuando *El Mañana* comentó el Plan de Ayala. En una nota editorial de primera plana que quizá revela más por lo que omitió que por lo que dijo, pues en ningún párrafo se discutieron los puntos fundamentales del plan. En cambio, esta publicación se limitó a escarnecer a Madero recordando que en la edición 39 ya se había predicho que las mismas promesas de tierra con las que el caudillo había movilizó a las masas serían su ruina porque era imposible cumplirlas. En este sentido, el bisemanario únicamente citó textualmente el fragmento del documento en el que se explicaban los motivos por los que el movimiento campesino buscaría el derrocamiento de Madero, donde la palabra “promesas” se repetía dos veces. De

⁵⁴² “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 5 de diciembre de 1911, serie IV, núm. 50, p. 2

⁵⁴³ *Loc. cit.*

⁵⁴⁴ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 29 de diciembre de 1911, serie IV, núm. 56, p. 4.

lo que se concluía que Madero tuvo una “ensoñación infantil” al creer que podría controlar la rebelión y hacer que depusieran las armas, siendo la única realidad el peligro de hacer estallar una guerra que permaneció latente durante los años de *pax porfiriana*; “lo único real y positivo era el peligro de la tolerancia, los riesgos inminentes de la lenidad, del natural rebelde, el delincuente volviéndose contra el que comete la torpeza de disimularle, la mano del cabecilla empujando la puerta de las revoluciones, que estuvo cerrada treinta años y que el señor Madero tuvo la desgracia de abrir”.⁵⁴⁵

Como corolario de este epígrafe traeremos a cuenta otra sugerente reflexión publicada en *El Mañana* a comienzos de 1912 con motivo de la suspensión de garantías individuales que el gobierno maderista decretó para los distritos en donde el zapatismo tenía mayor presencia. En una nota de primera plana el bisemanario afirmó que la Ley de Suspensión de Garantías había sido bien recibida por la sociedad en razón del peligro potencial de que el zapatismo se extendiera entre el polo mayoritario de productores rurales expropiados o en camino de serlo:

La persecución resuelta del bandidaje que, a la sombra de algo semejante a un movimiento de comunismo agrario, causa los estragos más horribles en el Sur de la República, es una necesidad urgente e inaplazable. La sociedad entera, en un impulso de propia conservación, reclama la ley que se ha dado o cualquiera otra que la defienda eficazmente del zapatismo; y la atroz perspectiva de que el criminal movimiento anti-social pudiera difundirse en un país en que las tres cuartas partes de los habitantes nada poseen ni son dueños de nada, es suficientemente aterrador para que se discuta o difiera a cortar el mal de raíz.⁵⁴⁶

Por otra parte, y con esto damos paso nuestro siguiente punto de análisis, en el discurso de nuestras fuentes se pone de relieve que este temor ante la posibilidad de que la rebelión se extendiera entre las masas populares de la sociedad estaba ligado a la cuestión de la soberanía del Estado-nación. Porque ciertamente estos sectores mayoritarios de la sociedad además de ser pobres y, por ende, celosos del rico, eran actores sociales históricamente reacios a reconocer y aceptar la autoridad del Estado-nación liberal.

⁵⁴⁵ “La sumisión de Zapata. Lo habíamos previsto ya”, *El Mañana*, 19 de diciembre de 1911, serie IV núm. 54, p. 1.

⁵⁴⁶ “Grandes culpables y oscuros sacrificios. La suspensión de garantías”, *El Mañana*, 19 de enero de 1912, serie IV, núm. 63, p. 1.

5.4. “Zapata no tiene más gobierno que sus pistolas”. La soberanía de los pueblos versus la soberanía nacional

En su estudio clásico sobre el Porfiriato, François X. Guerra señaló que: “El problema esencial del México del siglo XIX, como también el de todos los países latinoamericanos, es un problema de legitimidad”, referida al origen del poder aceptado por una sociedad.⁵⁴⁷ Es decir, se trata del dilema secular de la soberanía nacional, que no solamente estuvo relacionado con las intervenciones extranjeras, sino sobre todo con el hecho de que el régimen político liberal, así como el Estado encargado de organizar a la sociedad en el sentido de dicho esquema político, eran profundamente contrarios a los principios reales que ordenaban a la sociedad tradicional mayoritaria. Luego, la autoridad que las élites gobernantes necesitaban ejercer resultaba muy inestable en la práctica.⁵⁴⁸ Aunado a esto, la consumación de la independencia implicó el debilitamiento del poder del Estado, a la vez que un periodo de mayor autonomía para una sociedad que ante la adversidad de los embates modernizantes provenientes del Estado liberal se organizaba en torno de autoridades e instituciones tradicionales para oponer resistencia, e incluso para dirimir sus propios conflictos internos. Siendo que a esta dinámica respondieron fenómenos que definieron la historia del siglo XIX mexicano, como la sucesión de guerras civiles, las grandes rebeliones campesinas que cruzaron aquella centuria, el fenómeno del bandidaje y, en general, la permanente agitación social en el ámbito rural.⁵⁴⁹

En este sentido, el Porfiriato representa el primer periodo histórico en el que la soberanía del Estado liberal, el Estado-nación de la modernidad, se impuso con mayor efectividad como principio rector de lo social, a través de diferentes métodos que ciertamente no se reducían a la coerción. Por ejemplo, Guerra subrayó la importancia que tuvo para la aceptación de la autoridad y la legitimidad del régimen porfiriano el establecimiento de un “compromiso con la sociedad”, que se traducía básicamente en un “pacto” entre el Estado y dos actores sociales protagónicos del espacio rural: la Iglesia y los pueblos. Aunque

⁵⁴⁷ F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 182.

⁵⁴⁸ “La paradoja reside en el hecho de que un país que se encuentra entre los más tradicionales [...] adopta el régimen político más contradictorio con los principios de su sociedad [...] Esta distancia entre la sociedad y la ideología del Estado, que es patente para todo observador atento a la realidad mexicana, es difícilmente formulable sin desencadenar pasiones, pues pone implícitamente en duda la legitimidad que reclama para sí la élite en el poder [...]”. *Idem.*, p. 184-185.

⁵⁴⁹ *Idem.*, p. 194-202. Ver también: Katz, “Las rebeliones rurales a partir de 1810”..., p. 185-187.

paradójicamente dicho pacto sí implicó sacrificar en parte la soberanía nacional, porque se basó en la moderación de la aplicación de los puntos más conflictivos de las Leyes de Reforma.⁵⁵⁰

Con todo, decíamos, el Porfiriato representó la época de mayor ascendente de la soberanía del Estado-nación como entidad rectora de lo social en el sentido de la modernidad capitalista hasta ese entonces; las élites conservadoras asumieron la derrota militar y, con esto, también su papel como “oposición domesticada”; grandes rebeliones indígenas como la de Yucatán o la liderada por Manuel Lozada en Jalisco, habían entrado en decadencia al inicio del Porfiriato y fueron ultimadas por el régimen;⁵⁵¹ en el campo, como sostiene Katz, la agitación disminuyó sobre todo en alcance, las insurrecciones y revueltas se produjeron en ámbitos locales reducidos, ya no se desarrollaron vastas coaliciones ni se extendieron por largos periodos de tiempo;⁵⁵² en el norte del país poco a poco se fue conquistando el territorio a los pueblos nativos, mientras que en el centro los caminos, las haciendas y el comercio comenzaron a ser librados de la constricción del bandidaje;⁵⁵³ los municipios gradualmente perdieron autonomía y cayeron bajo el control del poder del centro y, hacia los años postreros del régimen, la escuela había ganado para la ideología nacional más terreno que nunca.⁵⁵⁴

Empero, esta estabilidad inédita vino a ser interrumpida otra vez por la revolución de 1910, y la expresión más aguda del nuevo estado de crisis para la soberanía del Estado-nación entre los años 1911 y 1913 la encarnó el zapatismo al desacatar la orden de licenciamiento y al rebelarse también contra el gobierno emanado de la revolución.

En este contexto, el discurso del bárbaro-zapatista de *El Mañana* y *El Ahuizote* perfiló la nueva crisis de la soberanía nacional expresando coincidentemente las siguientes preocupaciones centrales: 1) la urgencia de reestablecer el imperio de la Ley, del contrato social moderno sintetizado en la Constitución política de México que debía garantizar los derechos del hombre y el ciudadano (individuo-propietario privado); 2) el surgimiento de

⁵⁵⁰ *Idem.*, p. 219-220.

⁵⁵¹ *Idem.*, p. 212-217.

⁵⁵² Katz, “Las rebeliones rurales a partir de 1810”..., p. 190-191.

⁵⁵³ F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 212-217.

⁵⁵⁴ *Idem.*, p. 416-431.

Morelos y las regiones colindantes como un gran espacio de excepción donde el influjo de las leyes e instituciones del liberalismo se había debilitado o incluso había sido francamente subvertidos como principios rectores de lo social; 3) cuestiones centrales que además, como resultaba lógico, suscitaron la reflexión de *El Mañana* y *El Ahuizote* en torno a la cuestión del nacionalismo y la mexicanidad.

En este sentido, *El Mañana*, por ejemplo, desde muy temprano manifestó preocupación porque el zapatismo representaba una doble trasgresión a la legalidad: primero porque había violado la Constitución al atacar contra la propiedad, y en segundo lugar porque este crimen continuaba impune. Así lo indicó en su tercera edición citando concretamente el fragmento del artículo 27 constitucional que señalaba que: “la propiedad de las personas no puede ser ocupada sin su consentimiento, sino por causa de utilidad pública y previa indemnización. La ley determinará la autoridad que debe hacer la expropiación y requisitos con que ésta haya de verificarse”; y otro fragmento del artículo 442 del Código Penal, que indicaba: “el que haciendo violencia física a las personas, o empleando la amenaza ocupare una cosa ajena inmueble, o hiciere uso de ella, o de un derecho real que no le pertenezca, será castigado con la pena que corresponda a la violencia o a la amenaza [...]”.⁵⁵⁵

Lo anterior nos insta nuevamente a tomar en cuenta una serie de planteamientos formulados por F. X. Guerra con respecto a la importancia que las leyes y los textos constitucionales tenían para las élites liberales en relación con la ambicionada consolidación de la soberanía nacional. Puesto que a partir de la independencia y la ruptura de la soberanía del Antiguo Régimen, solamente quedaron dos alternativas: un poder *de facto* o la “soberanía del pueblo”. Prevalció la primera forma, como era natural, pero sin que las élites liberales renunciaran a la segunda.⁵⁵⁶ El gran dilema del liberalismo mexicano era que el pueblo no podía ser soberano porque no se trataba del pueblo moderno de la teoría liberal, conformado por individuos-propietarios privados adscritos y respetuosos del contrato social expresado en la Constitución y cohesionados por el sentimiento de pertenencia a una comunidad política con una historia común, sino por el contrario, lo que existía en realidad era una sociedad tradicional ordenada por valores e instituciones de tipo antiguo. Pero con

⁵⁵⁵ “Prolegómenos de derecho para enseñanza del pueblo. Casos de aplicaciones prácticas de la Ley”, *El Mañana*, 22 de junio de 1911, serie III, núm. 3, p. 4.

⁵⁵⁶ F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 192.

todo, dice Guerra, “los textos constitucionales no son juguetes o fachadas destinadas a ocultar un poder *de hecho*”, sino que “constituyen una necesidad absoluta, el fundamento de la nueva legitimidad del pueblo político”, a la vez que son “una búsqueda perpetua del modo de cerrar el foso que separa a la sociedad de la ideología de la élite, y un esfuerzo por transformar y reestructurar la sociedad según las líneas principales de su ideología”.⁵⁵⁷

Estos sugestivos planteamientos quedan corroborados una y otra vez en el discurso de las publicaciones que nos ocupan. Así, por ejemplo, para *El Mañana* la gravedad del conflicto en el Estado de Morelos radicaba en que: “no hay tribunales, en que se transa con el delito, en que los particulares dictan sentencias de muerte y legislan con la canana, sin conceder ni recursos legales, ni auxilios espirituales”.⁵⁵⁸ Empero, según el citado periódico, la solución era muy simple: reestablecer el imperio del contrato social, hacer efectivos los derechos del hombre y el ciudadano.

La sencillísima solución de las dificultades y de los daños, causados y provocados a los hacendados de Morelos, no es de estudio muy laborioso: cumplir con la ley, procesar a los usurpadores de la propiedad, no invadir las esferas del poder judicial, ni resolver administrativamente cuestiones de orden jurídico que tiene que resolverse por sentencia ejecutoriada. Suma: dar garantías al hombre y al ciudadano y proteger a las personas honradas contra los bandidos, sea cual fuere la bandera con que quieran amparar sus latrocinios.⁵⁵⁹

En otra oportunidad el bisemanario reiteró la “sencillísima” solución, que era también una demanda moderada por parte de la élite económica de Morelos; obligar el cumplimiento del contrato social que consagraba los derechos del ciudadano (individuo-propietario privado): “Los propietarios del Estado de Morelos, ajenos siempre a la política y al debate de los hombres que viven de los puestos públicos [...] no han pretendido en todos los casos de la vida nacional, más que el cumplimiento de la ley en sus relaciones mercantiles, y las garantías naturales que forman la base del pacto político, que protege a todos los ciudadanos”.⁵⁶⁰

⁵⁵⁷ *Idem.*, p. 193.

⁵⁵⁸ “El gravísimo conflicto en el Estado de Morelos. Aclaraciones importantes”, *El Mañana*, 22 de junio de 1911, serie III, núm. 3, p. 2.

⁵⁵⁹ *Loc. cit.*

⁵⁶⁰ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 1º de septiembre de 1911, serie III, núm. 23, p. 4.

Mientras que en *El Ahuizote*, por otra parte, también se puede observar que la cuestión de la soberanía nacional fue central desde el principio. Así, por ejemplo, en agosto de 1911 el semanario de caricaturas publicó un par de comentarios que eran, a la vez, una condena porque, a pesar de que la revolución de 1910 había concluido oficialmente, el zapatismo mantenía su desafío contra el Estado y las instituciones al desobedecer la orden de licenciamiento, así como un reclamo para que el gobierno interino interviniera y obligara a los rebeldes a deponer las armas. En el primero de aquellos comentarios el desacato del campesinado rebelde ante la orden de licenciamiento se transcribió en los duros términos del evolucionismo: “Los chimpancés del gorila Emiliano Zapata se congregan alrededor de su caudillo para resistir las disposiciones del gobierno y volver a producir las hecatombes que son ya crímenes de lesa Patria y atentados nefandos contra la sagrada vitalidad nacional [...]”.⁵⁶¹ Mientras que en el segundo comentario se acusó con indignación que: “El caso de Zapata, por típico, es el más elocuente. Zapata, no de ahora, sino a raíz de la orden de licenciamiento, aseguró con gesto bravucón, que él no tenía más gobierno que sus pistolas [...] ¡Sus pistolas! Allí está, efectivamente, en Cuautla, atendiendo a sus pistolas y a sus hombres”.⁵⁶² La conclusión fue que si Madero temía o simpatizaba con Zapata, la responsabilidad de anular la rebelión era del presidente interino de la República.

Como hemos repetido, a comienzos de agosto de 1911 dio inicio la militarización del Estado de Morelos, y la respuesta inmediata del movimiento zapatista fue hacer público un documento en donde se enumeraban las condiciones para reanudar el licenciamiento, en un acto que para Ávila representa el “inicio de una identidad”.⁵⁶³ Las demandas eran, en líneas generales, las que siguen: respeto a la soberanía del Estado; remoción del gobernador Juan Carreón por estar vinculado a los “científicos” y por haber sido impuesto; nombramiento de un nuevo gobernador con base en la voluntad de los pueblos y de los jefes rebeldes; la salida inmediata del ejército federal del territorio del estado; renovación de funcionarios

⁵⁶¹ “Testerazos. Emilio y Emiliano”, *El Ahuizote*, 19 de agosto de 1911, año I, núm. 13, p. 8.

⁵⁶² “El licenciamiento de tropas. Las pistolas de Zapata y la energía del Presidente interino”, *El Ahuizote*, 19 de agosto de 1911, año I, núm. 13, p. 3.

⁵⁶³ Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 162-163.

públicos conforme la voluntad de los pueblos; y que la nueva legislatura se dedicara desde luego a resolver el problema agrario.⁵⁶⁴

Condiciones que desde la perspectiva de *El Mañana* no fueron más que una “insolencia”, un desafío y una amenaza para la soberanía nacional. En la nota titulada precisamente “Insolencia de palafreneros”, el bisemanario tradujo las demandas zapatistas como signos opuestos a la soberanía nacional, enfatizando sobre todo la representación de la autoridad regional de Zapata a través de los símbolos del despotismo (señor feudal, sátrapa y emperador, específicamente), y subrayando el peligro de que el Estado de Morelos pudiese quedar fuera de la órbita del poder de la Federación al punto de derivar en una entidad independiente de México:

¿Qué pretende Zapata? Poca cosa: que las fuerzas federales no puedan entrar al Estado de Morelos, convertido en feudo orgiástico suyo; que el Gobernador sea removido, sustituyéndolo por otro que designe el tinterillo que administra el criterio de Zapata [...] que las elecciones se hagan bajo presión brutal de los forajidos que Zapata extrajo de las cárceles; que las usurpaciones a la propiedad raíz continúen y que la atonía de las industrias se perpetúen con notorio daño del erario local y federal y finalmente, que el Estado de Morelos constituya una entidad independiente en el seno de la República, en la cual gobierne como supremo impertator el libidinoso rebelde [...].⁵⁶⁵

Hacia los primeros días de septiembre de 1911, como recordaremos, el zapatismo había comenzado a retroceder ante las primeras acciones del ejército federal en alianza con las fuerzas figueroístas del Estado de Guerrero. Y fue con motivo de este hecho que *El Mañana* publicó la nota que habíamos mencionado antes, en donde instaba a que no se perpetraran ejecuciones extrajudiciales contra los jefes zapatistas, sobre todo por parte de las fuerzas paramilitares de Guerrero que días antes habían ocupado Jojutla con mucha violencia. En este orden de cosas, el bisemanario —preñado de optimismo— consideró que la mejor manera de acabar con el conflicto de Morelos era a través de la autoridad y el poder del Estado y las leyes consagradas en el “pacto federal”. El apoyo de las fuerzas maderistas de Guerrero no era deseable ni necesario. La Ley debía liquidar a los bárbaros zapatistas, solamente así se reafirmaría la soberanía nacional y triunfaría la civilización:

O somos un país civilizado en el que las leyes deben imperar aun tratándose de los crímenes más atroces, o al contacto con la revolución hemos regresado a un periodo de salvajismo en

⁵⁶⁴ *Idem.*, p. 162.

⁵⁶⁵ “Insolencia de Palafraneros”, *El Mañana*, 21 de agosto de 1911, serie III, núm. 20, p. 3.

el que nos hayamos a merced de los bandidos. Creemos, acaso cándidamente, que estamos todavía en el primer caso, y pretendemos hacer todo esfuerzo para demostrar que en el conflicto que existe en el Estado de Morelos, el imperio de la ley, y no la violencia, es lo único que puede servir para solucionarlo de hoy para siempre, y como ejemplar saludable para que actos semejantes de refinada delincuencia y atentatorios al pacto federal, no se repitan en otros puntos de la República, amenazando a la Nación con un desmembramiento.⁵⁶⁶

En las líneas subsecuentes se reprobaron con brevedad los ajusticiamientos paramilitares llevados a cabo por los figueroístas, y se reiteró que a pesar de que Zapata merecía sobradamente la “última pena” por el delito de “traición”, “por pretender la separación del Estado de Morelos del resto de la Federación”, su muerte no debía acaecer con “el fusilamiento inmediato, ni el ataque despiadado, ni la celada infame, sino el juicio sereno, el proceso escrupuloso, la aplicación en suma de la ley [...]”.⁵⁶⁷ Y en la conclusión de la nota simplemente se reafirmaron las ideas anteriores; sólo imponiendo el imperio de la Ley y el predominio de las instituciones se reestablecería “el principio de autoridad”, la soberanía nacional: “La labor pacificadora del Estado de Morelos, no es de ametralladoras, ni de fusiles, ni de estrategias; es obra de simple policía judicial. Restituir a los sentenciados a sus encierros, iniciar los procesos que surgen contra los responsables de delitos comunes e impedir la comisión de nuevos atentados [...]”. De no seguir este camino, “no esperemos que el orden, el imperio de la ley, el principio de autoridad se reestablezca en esas regiones hoy azotadas por una ráfaga de anarquía [...]”.⁵⁶⁸

En octubre de 1911, cuando *El Mañana* publicó aquella nota editorial en donde acusó a Madero por intrigar contra Orozco, también se puso de relieve que la simpatía por el jefe de la revolución en Chihuahua no obedecía únicamente a que hacía una revolución “honrada” protagonizada por “pequeños propietarios”. Sino también a que el caudillo norteño había accedido a transferir su soberanía al nuevo gobierno una vez que se consumaron los acuerdos de Ciudad Juárez. A diferencia de Zapata, que nunca desistió de su desafío al Estado. Por esto, ante el juicio de la historia que pondría a cada uno de estos personajes en su lugar:

Como sugestivo detalle no se podrá omitir que mientras el valiente fronterizo, una vez cumplido lo que él creyó su deber, volvía a la antigua vida humilde, sin honores ni riquezas,

⁵⁶⁶ “La complacencia con el delito”, *El Mañana*, 1º de septiembre de 1911, serie III, núm. 23, p. 2.

⁵⁶⁷ *Loc. cit.*

⁵⁶⁸ *Loc. cit.*

y afirmaba su adhesión a la autoridad constituida, el chacal del sur pedía al Gobierno la bolsa o la vida, lo estafaba con cuatro licenciamientos sucesivos, y lo amagaba, insolente como un vándalo, con la revuelta interminable. Entonces el señor Madero volvió la espalda a Orozco, que ya no le era útil, y sin una repulsión de honor ni náusea de asco, fue a estrechar la mano sucia de Zapata. Eso, la Historia no lo olvidará.⁵⁶⁹

Finalmente, a manera de conclusión para el tema de la soberanía nacional en el discurso del bárbaro-zapatista de nuestras fuentes, analizaremos dos notas más, una publicada por *El Ahuizote* y la otra por *El Mañana*. En las cuales los temas de la educación y la soberanía aparecen íntimamente relacionados. Un vínculo que creemos puede ser mejor comprendido a partir de los planteamientos de F. X. Guerra sobre la correspondencia entre las vicisitudes de la soberanía nacional y el problema de la incultura de las masas de la sociedad. Porque, como apunta el antedicho autor, la mayoría de la sociedad no compartía los ideales políticos de las élites ni la cultura de la Ilustración de la que éstas abrevaban, sino que, antes bien, esta sociedad poseía una cultura predominantemente tradicional opuesta en lo fundamental al proyecto político del liberalismo. No obstante, el fundamento de la soberanía del régimen liberal seguía siendo “el pueblo”, la Nación, a pesar de que en el México decimonónico no existía ese pueblo de la teoría liberal ni la conciencia nacional era una realidad consolidada. Luego, la respuesta que vislumbraron las élites liberales fue operar “un cambio masivo de valores” en la sociedad, y para eso la única vía era la educación:

Para los liberales victoriosos de la República restaurada, los que han experimentado en la guerra de Reforma y durante el Imperio la distancia entre sus convicciones y los sentimientos de una población a la que mueven otros valores, la necesidad de educar al pueblo y de formar la nación aparece con una urgencia renovada. Sin embargo, como esas declaraciones repetidas lo muestran, cuando estos hombres del siglo XIX hablan de educación o de instrucción, no hablan esencialmente de conocimientos, de alfabetización, ni de ciencias útiles; hablan, sobre todo, de un tipo de hombre que se identifica, en espíritu, con el arquetipo del hombre liberal.⁵⁷⁰

La escuela era, pues, la clave para formar individuos “industriosos” y “ciudadanos leales a la Nación”. Dos acepciones de la misma unidad política: el “ciudadano”, el “hombre nuevo” que es la base de lo social en la modernidad, el individuo-propietario privado que

⁵⁶⁹ “Pascual Orozco y Zapata. Las intrigas de Madero”, *El Mañana*, 2 de octubre de 1911, serie III, núm. 32, p. 1.

⁵⁷⁰ F. X. Guerra, *Op. cit.*, vol. I, p. 395.

ha interiorizado el comportamiento que demanda el espíritu del capitalismo y que ha asumido su lugar dentro del proyecto de acumulación de la empresa nacional.

Empero, a pesar de que el régimen porfiriano había avanzado en la tarea de crear al pueblo moderno por medio de la educación, la distancia que se mantenía entre la cultura de las élites liberales porfirianas y la de la mayoría de la sociedad volvió a reportar un desafío de gran envergadura a la soberanía nacional, siendo el zapatismo el ejemplo más claro de esto.

Así lo ilustra claramente la nota editorial titulada “México para los mexicanos”, que fue publicada por *El Ahuizote* en febrero de 1912. En lo que diríamos que es una reflexión sobre la “ignorancia” de la sociedad de la que se concluía que el nacionalismo y la mexicanidad eran ficticios en razón de que el hombre liberal ideal, el ciudadano moderno, no existía en México. Lo que había era una masa ignorante, inmersa en la “servidumbre” y sin derechos:

Volvamos al lema de EL AHUIZOTE. México sería para los mexicanos si estos existieran, civilizados y fuertes [...] México no puede ser para los mexicanos, porque los mexicanos no existen. Ese ochenta y cinco por ciento de nuestra población total, que no sabe leer, que vive en plena servidumbre, que no tiene derechos sino obligaciones, cambiará solamente de amo si el territorio nacional pasara a ser gobernado por los Estados Unidos [...] y esos siervos no pueden llamarse mexicanos ni poseer México mientras no se les levante y se les diga: “Esto es tuyo”. Y esto, que prometió el señor Presidente y que no ha cumplido ni podrá cumplir [...] es la explicación y quizás la justificación del zapatismo.⁵⁷¹

En las líneas que seguían, y que eran las finales del texto, nuevamente resulta evidente que la idea de la mexicanidad y de nacionalismo o patriotismo estaban relacionadas con el tipo de lucha, es decir, la diferencia que hemos señalado entre “sufragio efectivo y no reelección” —ideales de los que *El Ahuizote* se mostró más respetuoso que *El Mañana*— y la lucha por “tierra y libertad”. Porque el zapatismo demostró que no luchaba por aquellos que eran principios políticos, sino por la tierra; era pues, como vimos, una guerra no-política contra la sociedad. Empero, los zapatistas (abrevando de una tradición cultural casi secular) utilizaron el lenguaje del liberalismo y de la Nación para fundamentar su lucha.⁵⁷² Hecho que para *El Ahuizote* fue una tergiversación de significados, originada —como podríamos deducir— en la “ignorancia” de ese ochenta y cinco por ciento de la población al que había hecho referencia. Así concluía aquel texto editorial: “La revolución, que ha sido

⁵⁷¹ “México para los mexicanos”, *El Ahuizote*, 10 de febrero de 1912, año II, núm. 39, p. 1.

⁵⁷² Ver el análisis del Plan de Ayala en: Womack, *Op. cit.*, p. 387-397.

convulsión social más que política, no ha hecho más que empezar. Zapata, al reclamar Morelos para los zapatistas, grita: México para los mexicanos”.⁵⁷³

Por su parte, *El Mañana* publicó en diciembre de 1912 una extensa nota editorial dedicada a discutir “la cuestión agraria”, esta vez con motivo de la iniciativa de “reconstitución de ejidos de los pueblos”, presentada en por el diputado Luis Cabrera en la Cámara de Diputados con el objetivo de solucionar el conflicto zapatista. De esta nota, lo primero que se pone de relieve es la incapacidad del autor para pensar en un modo de producción que no fuera el modo capitalista; cualquier propuesta para solucionar el problema agrario debía, a su juicio, perseguir la producción intensiva y comercial: “Supongamos ahora que a un pobre campesino se le dan diez hectáreas en Morelos o en Tlahualilo; la caña y el algodón son plantíos costosos, requieren maquinarias especiales de gran precio y córrense riesgos que arruinarían en breve al pequeño agricultor”.⁵⁷⁴ Adelante se reiteraron las mismas ideas: “No cabe duda que existen grandes haciendas, que fraccionadas y bajo cultivo intensivo, multiplicarían su producción; que aún sembradas de maíz, llevarían el bienestar a numerosas familias [...] pero el labriego no necesita sólo la tierra y el agua, sino también una pareja de bueyes, un arado, y un fondo para vivir mientras viene la cosecha”.⁵⁷⁵

Luego, *El Mañana* anticipó la posible respuesta para del dilema que había formulado: se fundarían bancos y otros fondos para el desarrollo del campo. Pero para el bisemanario esta no era una solución posible cuando el problema de fondo era que la sociedad se rebelaba contra el gobierno y las élites económicas por “ignorancia”, idea que claramente sugiere aquí la indiferencia y el rechazo que ésta manifestaba respecto al proyecto político de las élites modernizantes porfirianas. Por esta razón —decía *El Mañana*— antes que los bancos y fondos para el campo: “necesitamos escuelas rurales que modifiquen los hábitos de la raza, que despierten el amor a la propiedad, que aviven los espíritus y estimulen el esfuerzo;

⁵⁷³ “México para los mexicanos”, *El Ahuizote*, 10 de febrero de 1912, año II, núm. 39, p. 1.

⁵⁷⁴ “La persistencia de un engaño y la crueldad de un problema”, *El Mañana*, 10 de diciembre de 1912, serie VI, núm. 156, p. 1.

⁵⁷⁵ *Loc. cit.*

necesitamos **crear la familia campesina**, con su modesto confort; necesitamos imponer el respeto a la ley y el culto a la Patria”.⁵⁷⁶

De lo anterior se dedujo que el origen del “problema agrario”, lo mismo que todos y cada uno de los problemas sociales, no era el esquema político, sino la Escuela, o más específicamente, el maestro:

Y llegamos a la base: (a grandes rasgos esbozados, pues es materia para un libro y no para un artículo de periódico) la Escuela. Uno de los signos mayores de nuestro atraso, una de las causas, mejor dicho la causa única de este espantoso derrumbamiento que presenciamos, es la falta de cultura de nuestro pueblo [...] Y véase por donde el problema agrario, como todos los problemas económicos, como todos los fenómenos sociológicos, como todos los conflictos políticos, tiene este origen: el maestro de primeras letras [...].⁵⁷⁷

A continuación el autor afirmó que era cierto que el trabajo humano y la técnica podían transformar cualquier terreno improductivo en uno fértil. Pero repitió que el problema de fondo era la necesidad de consolidar la unidad nacional: “No se comienza por el fin, ni basta trazar cuadrículas sobre un plano. Primero es crear, en labor lenta y firme, el alma nacional”.⁵⁷⁸

Desde nuestra perspectiva, la conclusión de este artículo puede ser leída nuevamente como la urgencia de reestablecer la soberanía del Estado-nación e inculcar el civismo, en razón de que ser un buen ciudadano equivalía a asumir con resignación el lugar que a cada quien le correspondía dentro del proyecto de acumulación de la empresa nacional. En este caso, el campesinado rebelde del centro-sur del país debía aceptar y abrazar su lugar como “proletariado”: “Es preciso que pase y se extinga esta borrachera de sangre y exterminio, que el proletario se persuada que no puede llegarse el bienestar por el despojo y la violencia, y prefiera labrar su terruño y prefiera su humilde vivienda en la paz de la tarde, después de las faenas del día, a repartirse la riqueza ajena [por la fuerza]”.⁵⁷⁹

5.5 “Zapata está a las puertas de Roma”. *La barbarie rural versus la civilización urbana*

Hasta ahora hemos visto que la representación del bárbaro-zapatista en *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, en términos generales, traducía lo que la insurrección campesina de

⁵⁷⁶ *Loc. cit.* Negritas son originales.

⁵⁷⁷ *Loc. cit.*

⁵⁷⁸ *Loc. cit.*

⁵⁷⁹ *Loc. cit.*

la región centro-sur implicaba como movimiento social profundamente opuesto al sistema de producción-consumo capitalista (espíritu del esquema civilizatorio de la modernidad), no solamente porque estaba desarticulando la producción industrial y el comercio, sino también porque su lucha por la tierra comprometía las bases todo el proceso de acumulación. Y lo que implicó también en su calidad de grave cuestionamiento del poder del Estado, de la soberanía nacional.

A estas características principales debemos agregar una igualmente importante, la cual obedeció al paradigma del urbanicismo inherente al proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista. A saber: las múltiples construcciones que dejan ver que para la intelectualidad que animaba la producción de estos órganos de prensa, la revolución, no sólo la del centro-sur sino en general, era una guerra de la barbarie rural contra la civilización urbana. Aunque ciertamente el zapatismo sí fue tratado como el foco más amenazante de dicho conflicto. Y creemos que en esto la proximidad del movimiento zapatista con la Ciudad de México ejerció una influencia decisiva. Además de que también es de destacar el significado que estas publicaciones asignaron al espacio urbano como bastión y materialización de la cultura moderna, como asiento del poder político y centro neurálgico de la circulación mercantil.

En este sentido, primeramente analizaremos las notas y los artículos de *El Mañana* y *El Ahuizote* en los que se expresa la visión de que la revolución era antes que nada un conflicto de la barbarie rural contra la civilización representada por el espacio urbano.

Con este objeto, es preciso resaltar una nota publicada por *El Mañana* a finales de 1911, la cual comenzaba comentando los levantamientos de yaquis, juchitecos y huicholes. A lo que seguía una reflexión sobre la degeneración de la “raza india” y su relación con la propagación de la revolución, de lo que se concluyó que: sin lugar a dudas “la existencia mexicana tiene límites, al sur en Tlalpan y, al norte, en la Villa de Guadalupe”.⁵⁸⁰ La civilización nacional se reducía a los estrechos límites de la Ciudad de México.

⁵⁸⁰ “La obra maestra perece. O nublados o fantasmas”, *El Mañana*, 12 de diciembre de 1911, serie III, núm. 52, p. 1.

En cambio, la “provincia”, el mundo rural, era para *El Mañana* la fuente de la crisis en la que se estaba hundiendo México a raíz del estallido de la revolución de 1910. De ahí procedían los caudillos y los políticos advenedizos que eran unas eminencias en sus pueblos, pero que una vez instalados en el centro de la vida nacional, la ciudad que por mucho era la más relevante del país, de a poco iban demostrando que no estaban a la altura de la civilización que se materializaba a la vista por doquier en los modernos espacios públicos de la Ciudad de México. Específicamente, el bisemanario indicó que temía que este patrón se repitiera en la persona del Lic. Emilio Vázquez Gómez, el tamaulipeco que había sido designado como Ministro de Gobernación del gobierno interino en las negociaciones que tuvieron lugar entre la dirigencia maderista y los representantes del régimen porfiriano:

Tememos que con aquel funcionario [Emilio Vázquez Gómez] pase algo semejante a lo que todos los días estamos viendo con los prohombres de los Estados, que salvo raras excepciones, al contacto del asfalto metropolitano, de la luz eléctrica que abriga nuestras avenidas y de la muchedumbre que invade nuestras calles, se turban y se descomponen al extremo de que bien aquilatados, los que eran lumbreras resplandecientes en su pueblo, aquí no dan más luz que la linterna de un gendarme.⁵⁸¹

Desde la perspectiva de *El Mañana*, el mejor ejemplo de este fenómeno que padecían las personalidades del mundo rural tras su contacto con la Ciudad de México era el caso de Zapata:

No es necesario ir tan lejos si tenemos a la mano, como quien dice, la colosal figura del Generalísimo de los Ejércitos Libertadores —Don Emiliano Zapata— Este caballero, era un ciudadano agrícola de Tenextepango. Su aspecto indiferente y un tanto somnoliento, hacía que todos los que lo trataban, lo considerasen como un ser inofensivo; pero que suena la hora santa de las reivindicaciones y el hombre siente arder en su hígado —que lo tiene enfermo— todo el fuego del patriotismo y se lanza a la revuelta. Su historia, hecha en el terruño, erecta aún las cabelleras de los calvos y causaría pánico al propio vencedor de Waterloo.⁵⁸²

No obstante —continuaba con sarcasmo el artículo—, nada más bastó con que Zapata arribara a la Ciudad de México y todas sus “hazañas” militares se convirtieron en un mito. Resultando que no era un fiero guerrero como contaban los vecinos de Morelos: Zapata

⁵⁸¹ “Asuntos Breves. Celebridades de Provincia”, *El Mañana*, 6 de julio de 1911, serie III, núm. 7, p. 2.

⁵⁸² *Loc. cit.*

“viene a México, celebra dos conferencias con el simple ciudadano [Madero] y queda aclarado; que no es tan malo como dicen, que casi es una oveja de las de Horacio [...]”.⁵⁸³

Tiempo después *El Mañana* publicó otro artículo en el que nuevamente quedó implícito que la revolución era un conflicto de lo rural contra lo urbano. En dicho artículo, cuyo tono totalmente sarcástico se anunció desde el título, “Metropolitanismo censurable”, el bisemanario tomó postura en “defensa” de un personaje al que se refiere únicamente como el “Lic. G”, otro nuevo funcionario público que, según esta publicación, estaba siendo criticado porque su título profesional había sido emitido por una “facultad de provincia”. Para *El Mañana* no había más que recordar que la situación que “disfrutaban” los lectores a raíz de la revolución había brotado de las provincias. Nuevamente Zapata era uno de los ejemplos mejores para replantearse si era cierto que el progreso únicamente podía emanar de la gran ciudad:

Y aquí nos preguntamos nosotros: ¿qué importa que el hoy alto funcionario [Lic. G] deba el título a una facultad de provincia, bien conocida por la simplificación que introdujo en los estudios profesionales? ¿Solamente la capital de la República produce sabios? Hay que acabar con ese Metropolitanismo ofensivo. Vamos a ver: ¿de dónde nos ha venido encima el rico cosechero de Parras [Madero]? Pues de Parras ¿De dónde nos vino el Plan de San Luis? Pues de San Luis ¿De dónde vinieron el ministro irrigador y su hermano, el de los pólipos [Emilio y Francisco Vázquez Gómez]? Pues de Tamaulipas ¿De dónde, por último, nos vino el dulce, dulcísimo Zapata? Pues de... de... seguramente de muy lejos, de alguna apartadísima provincia. Si todo lo que significa hoy para nosotros, felicidad, bienestar y progreso nos ha venido de las desdeñadas provincias ¿por qué fijar la atención en la procedencia extra capitalina del título profesional de un elemento nuevo de nuestra redención?⁵⁸⁴

El Ahuizote, por su parte, también publicó, en julio de 1911, algunas líneas en las que advirtió amenazante que Madero iba a “perecer” junto a los ladrones que comandaban su ejército revolucionario, como eran Gabriel Gavira, Camerino Mendoza, Emiliano Zapata y Alfonso Miranda. Porque los habitantes de los centros urbanos no iban soportar más que estos personajes continuaran acosando las ciudades, y pasarían a la ofensiva: “Los hombres de las ciudades no vamos a estarnos ahí con los brazos cruzados cuando viene un Zapata y nos hace que le llevemos a nuestra cuñada, o un Camerino y hace lo que se le pega la gana,

⁵⁸³ *Loc. cit.*

⁵⁸⁴ “Asuntos Breves. Metropolitanismo censurable”, *El Mañana*, 27 de julio de 1911, serie III, núm. 13, p. 2.

o un Gavira y entra a saco en una capital, o un Alfonso Miranda y se declara dueño y señor de un Estado”.⁵⁸⁵

En enero de 1912, tras el fracaso de la campaña federal en Morelos y ante la agitación creciente en otros puntos del país, *El Mañana* meditó estos sucesos y publicó unas líneas escritas por el ex gobernador del Distrito Federal, Gabriel García Granados, donde éste, en vista del panorama de inestabilidad general, afirmó que el gobierno de Madero ya había hecho patente su debilidad y esbozado su derrumbe, porque únicamente tenía el control de los centros urbanos. No así del ámbito rural, que se hallaba fuera de control, y no sólo eso sino que ahí se estaba propagando el desafío a la autoridad: el gobierno “ha logrado mantener el control, tan sólo en los grandes centros de población, pero en los pequeños poblados y en el campo, se ha perdido toda noción de respeto a la autoridad”.⁵⁸⁶

Por otra parte, sobre todo durante los meses de junio y julio de 1911, *El Mañana* dedicó varias columnas al tema de los combates por la ciudad de Cuautla ocurridos entre los días 12 y 21 de mayo de aquel año entre las fuerzas federales, defensoras de la ciudad, y los atacantes zapatistas. Un hecho de armas que ha sido definido como una operación de sitio o asedio, donde las fuerzas zapatistas, en amplia superioridad numérica, utilizaron dinamita para avanzar sobre las posiciones del regimiento federal atrincherado en la ciudad, provocando una gran destrucción en los edificios del centro de Cuautla. Además de que una vez que los rebeldes consiguieron entrar volvieron a reproducir los actos que Ávila ha definido como violencia de clase: saqueos de casas y comercios, destrucción de archivos y apertura de cárceles e incendio de edificios públicos y privados.⁵⁸⁷

También, como siempre, la prensa acusó que cuando los zapatistas se apoderaron de Cuautla se produjeron ejecuciones de vecinos y violaciones de mujeres. Sin embargo, resulta revelador que cuando *El Mañana* denunció y se lamentó por la destrucción de esa ciudad, los asesinatos y las violaciones no se mencionaron. En cambio la destrucción material ocupó el lugar central. Lo que nos remite indudablemente a la importancia simbólica que el espacio urbano tenía para este bisemanario. Así, por ejemplo, se habló de

⁵⁸⁵ “Los sucesos de Jalapa. Don Francisco Madero, para completar su papel de redentor, perecerá en medio de ladrones”, *El Ahuizote*, 8 de julio de 1911, año I, núm. 7, p. 11.

⁵⁸⁶ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 9 de enero de 1912, serie IV, núm. 60, p. 4.

⁵⁸⁷ Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 126.

la tristeza que invadía a los que habían tenido la oportunidad de contemplar la destrucción de Cuautla, lo que contrastaba con las declaraciones de Zapata, que en entrevista para la prensa de la capital había declarado que sus fuerzas no habían dinamitado la ciudad:

En un reportazgo que el Señor General Don Emiliano Zapata tuvo con todos los diarios de la ciudad, dice bajo su honor militar, que es mentira que se haya dinamitado la ciudad de Cuautla. Uno de los periódicos que hace esa aseveración, dice en otro párrafo, que da lástima ver el estado en que quedó aquella ciudad, y que al contemplarla se sale sin sentir de los labios, la frase “aquí fue Cuautla”. Son en realidad tremendas las pruebas mudas, pero mientras y para que no se disguste el Sr. General Zapata, convendremos interinamente en que la ciudad de Cuautla conserva su integridad de construcción, y su alegría vecinal.⁵⁸⁸

Algunos días después de que se publicaron las líneas anteriores *El Mañana* habló nuevamente de la destrucción de Cuautla, y escribió, en un tono que combinaba la indignación con el agrio sarcasmo, que estos “crímenes monstruosos” muy probablemente quedarían impunes porque Madero, que había prometido castigarlos, se conformó con las excusas de Zapata, quien negaba que sus fuerzas hubiesen sido las autoras de estos hechos:

El simple ciudadano Francisco I. Madero al ver la ruina de Cuautla y los estragos de la dinamita, manifestó una inmensa pesadumbre y protestó enérgicamente contra tales desmanes; y que a hacer posible, exigiría inmediatamente responsabilidades, lo cual no quería decir que estos crímenes monstruosos quedaran sin castigo.

Estábamos muy animados por ese probable triunfo de la justicia, pero después de que el Señor General Zapata rindió sus declaraciones ante el público, diciendo que ni él ni sus fuerzas habían consumado ni aún siquiera actos irregulares en Cuautla, comprendimos lo difícil que va a ser para el simple ciudadano, llegar a averiguar en dónde están los culpables.

Es muy probable, y esta es opinión que tenemos y que tímidamente se la presentamos al público, que la ciudad de Cuautla haya hecho explosión espontánea y en vía de regocijo, por la entrada de sus libertadores en el día más glorioso de nuestra historia.⁵⁸⁹

Además de los ejemplos anteriores, a lo largo de los años que *El Mañana* se mantuvo en circulación las menciones y referencias breves sobre la destrucción de Cuautla fueron recurrentes, e irrumpían en textos en donde se trataban temas diferentes. Esta publicación nunca perdonó ni olvidó la violencia que el bárbaro-zapatista ejerció contra la ciudad de Cuautla. Y una nota que apareció en sus páginas a principios de julio de 1911 nos ayuda a vislumbrar la importancia y los significados que el bisemanario dirigido por Jesús M. Rábago asignó a este espacio urbano que había sido “destruido”.

⁵⁸⁸ “Transacción”, *El Mañana*, 22 de junio de 1911, serie III, núm. 3, p. 3.

⁵⁸⁹ “Asuntos Breves. Castigo próximo”, *El Mañana*, 25 de junio de 1911, serie III, núm. 4, p. 2.

Dicha nota era una “Hoja de servicios del Sr. General Zapata”, hecha pública con el objeto de que se conocieran los méritos militares del caudillo suriano, según se indicaba al comienzo. Después venía un largo listado de los sucesos acaecidos durante los días de combate y tras la enterada de las fuerzas zapatistas. Siendo que en la primera parte de la lista se enfatizaron los ataques contra los establecimientos comerciales, que en su mayoría eran propiedad de ciudadanos españoles:

He aquí las acciones de la guerra de Cuautla, y las que tuvieron lugar inmediatamente después de concluido el combate con las fuerzas federales: Estación de F. C. Interoceánico, saqueada e incendiada. Las Novedades, Mercería y Juguetería [...] saqueada e incendiada. Oficina de Correos y Botica del Sr. Arroyo [...] saqueadas y quemadas [...] Casa del español señor Juan Martínez, calle de Galeana, saqueada. Hotel Providencia, calle de Galeana, saqueado y quemado [...] La Puerta del Sol, Tienda de Abarrotes, propiedad del español Alberto Vega, esquina de Galeana e Ingenieros, saqueada. Las Playas de América, Cajón de ropa [...] propiedad del súbdito francés señor Alejandro Caire, saqueada. El Puerto, Tienda de Abarrotes [...] propiedad del español señor Félix Díaz, saqueada. Hotel Morelos, esquina de los Bravo [...] saqueado y destruido totalmente por el fuego.⁵⁹⁰

Mientras que en la última parte de este listado se destacó la destrucción de diferentes edificios públicos. Comenzando por el Palacio Municipal, que no era relevante solamente por su belleza arquitectónica, sino sobre todo porque era el centro de la modernidad política:

Palacio Municipal, hermoso edificio que embellecía la población y en el cual se hallaban instaladas las oficinas de la Jefatura Política, Juzgado de 1ª Instancia, Tesorería Municipal, sala de Cabildos, Registro Civil, Juzgados Menores, Telégrafos del Estado y Cárcel Pública, totalmente destruido por el fuego, y presentando hoy a los espantados ojos de la población, un desconsolador aspecto de ruindad.⁵⁹¹

Finalmente, se resaltó la destrucción de dos importantes recintos culturales de aquella ciudad: “Colegio de Niñas, bellissimo edificio construido a todo lujo por el Coronel Don Manuel Alarcón, destruido en gran parte por el fuego [...] Fue también quemada una gran parte del teatro Carlos Pacheco y saqueadas las casa particulares de los señores Guillermo Rodríguez, José Cuello, Vda. De Arroyo, Luis Topete, jr. y otras muchas que sería prolijo enumerar”.⁵⁹²

⁵⁹⁰ “Hoja de servicios del Sr. General Zapata”, *El Mañana*, 9 de julio de 1911, serie III, núm. 8, p. 1-2.

⁵⁹¹ *Loc. cit.*

⁵⁹² *Loc. cit.*

En suma, lo que el texto anterior pone de relieve es que este espacio urbano, la ciudad de Cuautla, representaba un núcleo de civilización, primero porque era punto nodal de la circulación mercantil, además de ser el centro de la modernidad política, y, finalmente, porque era también un reducto de la cultura moderna, no solamente porque sus edificios y espacios eran en sí una manifestación estética, sino también porque ahí estaban los establecimientos culturales, tales como los teatros y los colegios.

Con estas consideraciones podemos formarnos una idea más nítida del impacto que suscitó entre las élites metropolitanas la noticia de los hechos violentos que tuvieron lugar en esa importante ciudad del sur del país a mediados de mayo de 1911. De la misma manera que aproxima a comprender mejor la enorme preocupación que despertó en éstas la proximidad espacial que existía entre el zapatismo y la Ciudad de México. Puesto que se trataba nada más ni nada menos que de la rebelión más amplia (entre los años 1911 y 1913) y la menos política (luchaba por la tierra) formando una pinza sobre la ciudad capital de la República. Otro motivo por el cual el bárbaro-zapatista ocupó el lugar protagónico en la producción de la prensa capitalina por encima de los otros “bárbaros” alzados en diferentes puntos del país.

En este sentido, lo que observamos al analizar el discurso de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* es que a partir de octubre de 1911, a raíz de los hechos que ya conocemos (el fracaso de la campaña militar en Morelos y la expansión de la rebelión zapatista catalizados por esa medida), comenzaron a ser recurrentes las construcciones que reflejan el temor ante la proximidad geográfica entre la barbarie rural por antonomasia y el centro urbano más importante de México.

Por ejemplo, según lo que hemos visto hasta ahora podemos inferir que para *El Mañana* el zapatismo resultaba amenazante y “repugnante” siempre. Pero en los días finales de octubre de 1911 cuando los campesinos rebeldes de Morelos consiguieron la adhesión de sus homólogos de los pueblos que conformaban la municipalidad de Milpa Alta en la Ciudad de México, estos calificativos se agravaron: La campaña de Morelos —decía la nota— había fracasado porque Madero se encargó de entorpecer la misión del general Huerta; “Mientras tanto, Zapata se rehacía, reclutaba gente a la que ha prometido la repartición de las

haciendas, y más amenazador, más cínico, más repugnante que nunca, llega ya a Milpa Alta, es decir, a pocos kilómetros de la capital”.⁵⁹³

Por su parte, *El Ahuizote* publicó por aquellas mismas fechas la nota editorial titulada “Las Marionetas trágicas”, en la cual se comentaron las declaraciones del Secretario de Guerra, José González Salas, que ante el resurgimiento zapatista había afirmado que la insurrección de Morelos solamente depondría las armas hasta que Madero tomara posesión como presidente de la República. Como vimos antes, estas declaraciones fueron interpretadas por el semanario de caricaturas como una confesión del contubernio entre Madero y Zapata. Pero si esto no era suficiente para despertar la indignación nacional, sí debía serlo el hecho de que el zapatismo cada vez se aproximaba más a la capital del país. Así concluía esa nota:

Para terminar, declaramos que en cualquier pueblo culto en que por modo incomprensible se acercara una horda de bandidos a una jornada de la Capital, se levantaría la nación en masa a pedir la dimisión inmediata y vergonzosa del Ministro de la Guerra. En nuestro país, que llaman con razón bárbaro todos los extranjeros, se ha dado un abominable caso de complicidad entre el presidente electo, el bandido Zapata y el Ministro de Guerra.⁵⁹⁴

La perspectiva de *El Mañana* no era diferente en este sentido, pues también pensó que el peligro que implicaba la proximidad del zapatismo con la capital debía ser un motivo para que la sociedad “honrada” se uniera para exigir al gobierno que tomara medidas para prevenir un posible asedio de la ciudad. En la nota editorial de primera plana titulada “Amaga la barbarie. La defensa social”, el bisemanario indicaba que por fortuna esta movilización defensiva ya había comenzado a esbozarse:

La situación apremiosa y alarmante, creada por el incremento del zapatismo y por la insolencia de las hordas que lo integran han llegado a las goteras de la capital, ha determinado un vigoroso movimiento de defensa en la sociedad honrada, que ante el brutal amago de los forajidos se levanta movida por el instinto de conservación, para preguntar a los que pueden saberlo, qué recursos han puesto en juego con el objeto de dejar a la colectividad a salvo de la posible embestida de los bandoleros.⁵⁹⁵

Empero, continuaba la nota, las autoridades no atinaron más que responder con “circunloquios”. Por lo que *El Mañana* hizo un llamado a “los vigores sanos” para enfrentar esta amenaza por cuenta propia, porque lo que estaba en juego no era poco; se

⁵⁹³ “Zapata contra Madero. La lealtad de los bandidos”, *El Mañana*, 27 de octubre de 1911, serie III, núm. 39, p. 1.

⁵⁹⁴ “Las marionetas trágicas”, *El Ahuizote*, 28 de octubre de 1911, año I, núm. 23, p. 1.

⁵⁹⁵ “Amaga la barbarie. La defensa social”, *El Mañana*, 30 de octubre de 1911, serie III, núm. 40, p. 1.

trataba de salvar el orden, la cultura y la civilización. Si los elementos “sanos” de la sociedad no se unían de esta forma el destino de la Ciudad de México sería el mismo que el de Bizancio cuando cayó bajo Mahomet, emperador de los otomanos:

Este es el provenir descarnado y tremendo reservado al país, si todos los vigores sanos y todos los intereses nobles no se congregan, sin ruindades de partido ni diferencias de bandera, para hacer frente al enemigo común [...] los instantes son trágicos y es forzoso que todos, gobierno, ejército, capital, prensa, se unan, en simultaneo esfuerzo para salvar el orden y la cultura [...] Y que el riesgo inminente, si se presenta, nos encuentre con voluntad maciza de civilizados, formando un todo homogéneo y no divididos ni mezquinos, divagados en las miserables querellas y en los distingos teológicos de Bizancio bajo el alfanje de Mahomet.⁵⁹⁶

Antes hablamos de la nota en la que *El Mañana* publicó algunas líneas del Plan de Ayala (específicamente aquellas en las que el zapatismo se declaraba en rebelión contra el gobierno de Madero) siendo claro que el objetivo central de ese texto editorial era escarnecer la imagen del coahuilense. Empero, en la introducción de aquella nota el primer personaje que fue objeto de la burla y el sarcasmo fue José González Salas, el Secretario de Guerra que se había mostrado igual de ciego o ingenuo que Madero al declarar, en octubre, que el zapatismo se rendiría ante el nuevo gobierno a pesar de que para aquel entonces ya era innegable que este conflicto se les había salido de control, y la prueba era que la rebelión se había extendido y estaba estrechándose sobre el espacio geográfico de la capital:

En las postrimerías del gobierno interino del señor licenciado de la Barra, cuando la ferocidad zapatista extremó sus rigores y azotó con flagelos de maldición cuatro estados de los vecinos al Distrito Federal, cuando la insolencia del bandolerismo suriano llegó al extremo de atacar las municipalidades de Xochimilco y de Milpa Alta, y cuando desde las azoteas de la ciudad podía verse, por las noches, la serranía del Ajusco coronada por las fogatas de los forajidos [...] el Secretario de Guerra declaró con ingenuidad que [el zapatismo] terminaría a los tres días de inaugurado el nuevo gobierno.⁵⁹⁷

Y exactamente un mes después de este anuncio —continuaba la nota—, el día 25 de noviembre, comenzó a circular el documento en el que los zapatistas le declaraban la guerra al nuevo gobierno. Otra vez podemos inferir que para *El Mañana* el zapatismo era “feroz” e “insolente” de por sí, pero como se ve de la cita anterior, estos significados se agravan por

⁵⁹⁶ *Loc. cit.*

⁵⁹⁷ “La sumisión de Zapata. Lo habíamos previsto ya”, *El Mañana*, 19 de diciembre de 1911, serie IV, núm. 54, p. 1.

la proximidad entre los bárbaros-zapatistas y la Ciudad de México. Pero además nos interesa destacar otro importante elemento de esa construcción: la referencia al Ajusco.

Consideramos que esta mención es un recurso retórico para incrementar el impacto en el público lector, pues es de notar que el significado que *El Mañana* le asignó a esta cadena montañosa fue el de una frontera que dividía los espacios de la civilización y la barbarie. Creemos que esto es así por diferentes motivos: primero, porque el mismo párrafo que contenía la imagen del Ajusco coronado por las fogatas indicaba antes que los zapatistas ya habían alcanzado Xochimilco y Milpa Alta, es decir, ya habían cruzado la frontera. Más aún, podríamos decir que los zapatistas estuvieron sobre aquella frontera incluso antes de que Emiliano Zapata se levantara en armas, pues debemos recordar que Genovevo de la O fue el líder de los pueblos de la región del Ajusco y este caudillo se lanzó a la revuelta casi un mes antes de que lo hiciera Zapata⁵⁹⁸ y pronto su nombre se volvió conocido entre la población urbana por la beligerancia que mantuvo siempre en esa zona. Además, debemos agregar que aquella no fue la última vez que *El Mañana* habló de zapatistas amenazando con cruzar la frontera; en febrero de 1912 el bisemanario nuevamente empleó esta retórica, esta vez en una nota titulada “La ropa sucia del maderismo”, la cual era básicamente un recuento de las dificultades políticas que enfrentaba el gobierno de Madero, destacando la cuestión zapatista y la desavenencia con Orozco. De lo que se concluía: “La ropa sucia se acumula. Quiera el destino que el señor Madero la lave pronto y bien, antes de que Zapata aparezca en el Ajusco y que la nube preñada de presagios reviente en la Frontera”.⁵⁹⁹

Luego otra vez en marzo del mismo año de 1912, en una nota editorial que hablaba sobre una proclama emitida por el Ayuntamiento de la Ciudad de México, y secundada por el Gobernador del Distrito Federal, en la que se conminaba a los vecinos a disponer de armas en previsión de una posible incursión zapatista. *El Mañana* señaló que este comunicado había causado una enorme alarma entre los habitantes de la ciudad, “especialmente entre los extranjeros”, al punto de que “las gentes subían a las azoteas para ver si Zapata aparecía

⁵⁹⁸ Ávila, *Los orígenes del zapatismo...*, p. 108-109.

⁵⁹⁹ “La ropa sucia del maderismo”, *El Mañana*, 6 de febrero de 1912, serie IV, núm. 68, p. 1.

sobre el Ajusco, como en un tiempo las romanas trepaban las murallas para espiar la llegada de Aníbal”.⁶⁰⁰

Finalmente, veremos algunas notas cómicas publicadas por *Multicolor* en las que nuevamente se pone de relieve que a partir de octubre de 1911 el temor por la posibilidad de que el bárbaro-zapatista entrara en la Ciudad de México ya no desapareció. Así, en febrero de 1912 esta revista presentó algunas columnas con el título “Semana Cómica. Zapata ad Portas”, las cuales simplemente sentenciaban, en un tono completamente satírico, que ante la incapacidad del gobierno para acabar con la rebelión del Sur lo único que podía hacer la población urbana era resignarse y prepararse para lo peor:

A juzgar por el éxito decisivo que ha obtenido el gobierno maderista al perseguir bélicamente a las mesnadas del señor general Zapata, y tomando en consideración las admirables disposiciones estratégicas de Ché González Salas, lo mejor que podemos hacer en esta metrópoli es apresurarnos a recibir la visita del integérrimo suriano y su dignísimo sequito. La tal visita no está muy lejana. El día menos pensado está uno cortándose los callos o escribiéndole un soneto a Chopo Suave, cuando sin previo anuncio y sin pasar tarjeta, se presenta la maritornes y nos dice: -Oig’aste: que ai’sta ya don Emiliano en la plaza ¿no?... ¿Onde meto a los niños? [...].⁶⁰¹

Tiempo después, en una de sus últimas ediciones, *Multicolor* publicó unos versos satíricos en un tono muy parecido al de la nota anterior, esbozando un panorama casi de histeria ante el temor perenne de que de un momento a otro los zapatistas incursionaran en la capital:

¿Quién ha de escribir versitos/ahora que esto está tan feo?/No se oyen más que rumores horribles/de que si entra Zapata/que si viene Genovevo/que si está a pocos pasos de la Capital de México, que.../y siguen la mar de chismes/y cuentan la mar de cuentos/de esos que aunque uno no quiera/ponen de punta los pelos [...] Es tal la preocupación que yo vengo padeciendo/que a toda partes que miro puros chilapeños veo, y cananas y pistolas y fusiles y horripilantes caras [...] Si llegaran a entrar ¡Dios mío!/¿Qué sería de nuestros huesos? [...] Con las ganas atrasadas que tienen los bandoleros/de entrar a la capital/y además de darse

⁶⁰⁰ “Los peligros existen. Hay que estar preparados”, *El Mañana*, 12 de marzo de 1912, serie IV, núm. 78, p. 1. *El Ahuizote*, por su parte, nos brinda un elemento más para sostener que las referencias al Ajusco eran un recurso retórico para acentuar las emociones de la población urbana, puesto que este semanario ilustrado publicó una nota casi idéntica a aquella en donde *El Mañana* habló de las fogatas zapatistas en las cumbres del Ajusco y lo hizo casi seis meses antes que el bisemanario dirigido por Rábago. Empero, debemos decir que en este caso la sierra no representa una frontera entre civilización y barbarie, sino simplemente es una frontera natural, pues debemos recordar que *El Ahuizote* mostró simpatía por la revolución en sus primeras ediciones; a comienzos de junio de 1911 esta publicación aún no hacía distinciones entre Norte y Sur; habló en tono triunfalista de que Ciudad Juárez, Ojinaga y Aguaprieta habían caído en poder de los revolucionarios, y de que en el Sur “las avanzadas rebeldes de Morelos han adelantado tanto sobre la Capital, que por la noche, sobre la falda del Ajusco, se ven sus luminarias [...]”. *El Ahuizote*, 3 de junio de 1911, año I, núm. 2, p. 12.

⁶⁰¹ “Semana Cómica. Zapata ad Portas”, *Multicolor*, 15 de febrero de 1912, año II, núm. 40, p. 2.

vuelo/yo no sé qué pasaría... seguro que nada bueno. Yo confieso que estas cosas/me hacen sentir tal “canguelo”/ que desde hace varios días/apenas pruebo el sueño/ya ni como ni fumo/ y ni charlo... solo bebo/ para apagar esta sed/que creo que produce el miedo. En los escasos instantes/que dromito, sólo sueño/que entró aquí el “ñor” Zapata/junto con don Genovevo/y ¡ay Dios santo! que desmoche/y ¡ay Dios Eterno!⁶⁰²

Por último, en otro de los números postreros de la revista *Multicolor* se publicó la noticia de que Genovevo de la O había estado en la capital y nadie se había enterado de tal suceso. En una nota que satirizaba la presencia de este bárbaro-zapatista en la ciudad de México contrastando el salvajismo del personaje con la civilización de los espacios públicos y de la vida cotidiana en la capital. A continuación presentamos una cita *in extenso* de dicho texto:

Genovevo de la O estuvo en México, según declaraciones oficiales, hechas con una sangre fría, que deja frío a cualquiera, porque de mi sé decir que la noticia me causó escalofríos de miedo, de ese mismo miedo que se experimenta cuando se atraviesa una calle y un segundo después se rompe el alambre del tranvía y mata instantáneamente al buen transeúnte que venía tras de nosotros.

Genovevo de la O es el único General zapatista, cuya efigie no han publicado los periódicos. Su faz permanece incógnita, aunque la fantasía la revista con todas las características de la fiera llevada a su máximo. Y por esta razón no habernos imaginado ni remotamente que teníamos tan honroso huésped, su presencia pasó desapercibida en la Capital para todos los habitantes, incluso para el administrador del hotel donde se hospedara el siniestro general, que, claro, al inscribirse en el registro puso otro nombre bien distinto al suyo, Pacífico Ramírez, pongo por caso, no logrando inspirar sospechas ni por sus corvas uñas, ni por el distintivo de la solapa de su... camisa, que debe haber sido una calavera.

Nadie sospechó la presencia de don Genovevo en nuestras avenidas y quién sabe si cuando yo cenaba beatífico en el café del Principal, a mi vera estaba el tremendo personaje tomando nota de mis señas personales, para escabecharme en la primera oportunidad, porque le hubiese sido antipática mi manera de trinchar el bistec, pongo por caso.

Quien sabe en cuantos lugares, sin sospecharlo siquiera, ¡Dios mío! nos codeamos con don Genovevo o con alguno de los miembros de su Estado Mayor. Verdaderamente la presencia de don Genovevo en la metrópoli es altamente intranquilizadora, porque nadie puede ya garantizarnos que el mejor día no se instale a nuestro lado en el tranvía el propio don Emiliano o su hermano Eufemio, lo cual es tremendo, porque si por sorprender a uno proclamas revolucionarias en su casa, se le consigna al Ejército, por viajar al lado del Emperador del zapatismo en un tranvía la consignación no puede ser más cerca que al otro mundo.⁶⁰³

Como se puede ver, a diferencia de *El Mañana*, la preocupación de *Multicolor* en relación con la cercanía del bárbaro-zapatista con la Ciudad de México es más inmediata: la muerte.

⁶⁰² “Versos... y no”, *Multicolor*, 30 de julio de 1914, año III, núm. 164, p. 6.

⁶⁰³ “Comentarios”, *Multicolor*, 28 de agosto de 1914, año III, núm. 117, p. 4.

En el caso de esta revista ilustrada la posible destrucción material de este espacio urbano así como los saqueos pasaron a segundo término.

En este punto concluimos el análisis y la interpretación del discurso textual de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* sobre el bárbaro zapatista. Y en el siguiente capítulo haremos lo propio ahora con la dimensión gráfica de esta representación cultural. Veremos, pues, cómo el repudio por la práctica política del zapatismo y el temor por la guerra que esta liga de pueblos habían declarado a la oligarquía se expresó a través de trazos de lápiz o en la superficie de la piedra litográfica.

VI. UN ANÁLISIS ICONOLÓGICO DE LAS CARICATURAS DEL ZAPATISMO EN *EL AHUIZOTE Y MULTICOLOR*

Como sabemos, de las tres publicaciones que nos ocupan en esta investigación, dos contienen un discurso gráfico paralelo o complementario al discurso textual; tanto *El Ahuizote* como *Multicolor* eran semanarios ilustrados con caricaturas de carácter político que desempeñaban una función de comentario y evaluación de los sucesos políticos de actualidad en medio de la coyuntura revolucionaria entre los años 1911-1914. En este sentido, a la par del discurso escrito sobre el bárbaro-zapatista que analizamos en el capítulo precedente, *El Ahuizote* y *Multicolor* desarrollaron un discurso gráfico sobre este mismo personaje a través de decenas de caricaturas en las que Zapata o el tema del zapatismo se distinguen claramente de las imágenes de otros personajes y conflictos políticos del momento que también fueron satirizados por los citados semanarios ilustrados.

Empero, al enfrentarnos a las imágenes de Zapata y el zapatismo en *El Ahuizote* y *Multicolor*, la primera cuestión que se nos planteó fue ¿cómo articular metodológicamente un análisis que además de la descripción de los acontecimientos históricos a los que hacen referencia nos ofrezca una aproximación a la historia de la cultura en la que estas creaciones artísticas encontraron su significación e inteligibilidad plena, y que además arrojará luz sobre su historicidad como representaciones culturales? Como respuesta encontramos la pertinencia de hacer un análisis de tipo iconológico de las caricaturas del bárbaro-zapatista.

6.1. Iconología. Historia del arte como Historia cultural

Siguiendo a Rafael García Mahiques, partimos de entender la iconología no cómo una teoría del arte, sino como una estrategia o método para vincular la historia del arte con el conjunto amplio de disciplinas y temas de estudio que convergen en la Historia cultural. Pues como agrega con lucidez el citado autor, el historiador no debería limitarse a develar el proceso de cambios en los campos de la forma y de la técnica, es decir, en el ámbito del estilo, sino que, además de la aproximación a la historia del estilo, es indispensable, o más bien primordial, tener en consideración que las imágenes son productos culturales de una

época específica, que tuvieron una finalidad comunicativa, cumpliendo así una “función cultural”.⁶⁰⁴

Esta postura teórica parte de reflexiones anteriores desarrolladas por destacados precursores del método iconológico. Y el ejemplo obligado de estas determinantes contribuciones es el del autor que sistematizó el método de la iconología. Nos referimos a Erwin Panofsky, quien afirmó que:

la historia del arte no es concebible, en su más alto sentido, sin una abierta y generosa relación con la historia íntegra, con la teoría estética, con la filosofía y la cultura toda. La obra de arte es una entidad de la que parten, como los filamentos de las neuronas, conexiones con las creencias, la situación histórica de los hombres que las crearon. Y el historiador no puede prescindir de esas conexiones si no quiere quedarse en las manos con un seco residuo, deshecho en polvo el impulso creador que sirve de explicación a la existencia de la obra de arte misma [...].⁶⁰⁵

En otros términos, esto quiere decir que las imágenes forman parte de una “cultura total”, y no pueden entenderse en un sentido profundo, próximo a su significado original, si no se tiene conocimiento de esa cultura. Lo mismo que indicó un autor anterior a Panofsky: Jacob Burckhardt, quien inmerso en el pensamiento idealista kantiano emprendió sus estudios sobre el arte del Renacimiento enfocando la historia del arte como historia de la cultura “al considerar que todos los fenómenos del Renacimiento se encontraban conectados entre sí y participaban de un mismo “espíritu”, en el sentido idealista del término”, es decir, entendiendo el “espíritu” como *Zeitgeist*, equivalente a “espíritu de la época”, y también como *Volkgeist* o “espíritu nacional”.⁶⁰⁶

Otro ejemplo necesario de esta visión de la historia del arte precursora del método iconológico es el que ofrece Emile Mâle, autor de finales del siglo XIX que “abrió la iconografía al nivel de disciplina científica según una moderna metodología en donde se primaba el planteamiento histórico frente al temático tradicional”, llegando a establecer que: “El arte de cada época estaba en relación con las creencias, las doctrinas y las

⁶⁰⁴ García Mahiques, *Op. cit.*, vol. I, p. 13.

⁶⁰⁵ Erwin Panofsky, *Estudios sobre iconología*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. XII.

⁶⁰⁶ García Mahiques, *Op. cit.*, vol. I, p. 54.

necesidades de cada época. Por ello tenía sentido considerar las obras de arte en relación con los textos contemporáneos”.⁶⁰⁷

En el mismo sentido, están también los aportes de Aby Warburg, otro historiador del arte que a través de sus estrategias de investigación esbozó las líneas fundamentales que seguiría la metodología iconológica sistematizada por Panofsky en su obra *Estudios sobre iconología* (1939).⁶⁰⁸ Warburg también concibió la obra artística como “una manifestación en donde se decantaban las actitudes dominantes de un periodo, una nación o un grupo social en un momento histórico concreto”.⁶⁰⁹ Convicción que lo llevo a ahondar en la relación entre imágenes y textos poéticos, entre la creación plástica y el lenguaje hablado.⁶¹⁰

Consideramos que con estos ejemplos perfilamos un panorama histórico general pero suficiente de las visiones y reflexiones que surgieron en el seno de la Historia del arte y culminaron con la sistematización de la iconología como una metodología en sentido estricto, la cual, más que enfocarse en el devenir del estilo, busca vincular la historia del arte a la historia cultural. Así, pues, en el siguiente epígrafe abordaremos ahora los principios fundamentales y conceptos claves de dicha metodología, los cuales son nuestra guía para interpretar las caricaturas del zapatismo en *El Ahuizote* y *Multicolor*.

6.2. Principios básicos del método iconológico

Para aproximarnos a las características esenciales de la estrategia iconológica lo primero que debemos hacer es reconocer que la iconología es indisociable de la iconografía. Siendo que el análisis iconográfico invariablemente constituye el primer nivel del análisis iconológico. Relación que resulta más clara cuando se comparan las bases epistemológicas y los orígenes intelectuales de ambos conceptos.

⁶⁰⁷ *Idem.*, p. 45.

⁶⁰⁸ García Mahíques, *Op. cit.*, vol. II, p. 257-258.

⁶⁰⁹ *Idem.*, p. 72-73.

⁶¹⁰ *Idem.*, p. 100.

En este tenor, García Mahiques nos recuerda que el vocablo “iconografía” siempre ha implicado descripción y clasificación de las imágenes.⁶¹¹ Agregando a manera de ejemplo que:

La iconografía es la disciplina que nos permite conocer el contenido de una figuración en virtud de sus caracteres específicos y su relación con determinadas fuentes literarias. La que permite entender la figura de una mujer que contempla su rostro en un espejo mientras exhibe una serpiente, como la representación de la virtud de la Prudencia, por ser convencional dicha imagen en la tradición cultural; la que certifica también el reconocimiento de un busto del emperador Adriano, en virtud de haber relacionado sus facciones con las de otras representaciones del mismo tipo; o bien, la escena de la Anunciación del ángel Gabriel a María, tras poner en relación lo figurado con las fuentes evangélicas.⁶¹²

Mientras que por otra parte el concepto de “iconología”, cuyo sufijo deriva del griego *logos*, implica los términos: palabra, razón, revelación, discusión, juicio. Volcándose así a lo conceptual y lo especulativo, pero sin poder prescindir de la fase descriptiva. De esta suerte, iconología: “Equivale a interpretar, convirtiéndose en la disciplina cuyo cometido propio es la interpretación histórica de las imágenes, es decir la comprensión de éstas como algo que se relaciona con situaciones y ambientes históricos en donde tales imágenes cumplieron una función cultural concreta; como documentos que nos permiten aproximarnos a la Historia cultural”.⁶¹³

Así, en suma, podría decirse que la iconografía es constatación, mientras la iconología es explicación. La iconografía se ocupa de la descripción analítica y comparada, y la iconología, partiendo del examen de esta descripción, plantea el problema de su interpretación en función del contexto histórico general de la obra.

Panofsky (quien como anticipamos fue el autor que sistematizó el método de la iconología en su ensayo *Estudios sobre iconología*) estableció incluso tres niveles de interpretación del significado de una obra de arte, a través de los cuales queda definido de forma más puntual cuál es la relación de complementariedad que obligadamente debe existir entre iconografía e iconología. Según esto, el primer nivel, llamado pre-iconográfico, implica simplemente el reconocimiento de objetos (seres humanos, animales, plantas, instrumentos, lugares, etc.) y situaciones (la interacción entre los objetos que han sido identificados). Posteriormente, el

⁶¹¹ García Mahiques, *Op. cit.*, p. 21.

⁶¹² *Loc. cit.*

⁶¹³ *Idem.*, p. 27.

segundo nivel, llamado propiamente iconográfico, es el que nos permite reconocer los objetos y situaciones como portadores de un significado “convencional”; reconocer, por ejemplo, que un grupo de trece hombres reunidos alrededor de una mesa con vasos y algunos alimentos es una representación de la Última Cena, gracias a que hemos leído sobre la Última Cena de Jesús en las fuentes evangélicas reunidas en el Nuevo Testamento, y porque sabemos que la Última Cena suele pintarse siguiendo un patrón más o menos definido (por ejemplo, con Jesús en el centro de la composición). Y finalmente, el tercer nivel de interpretación es el iconológico, que consiste en indagar en los supuestos culturales de un momento histórico concreto que hicieron posible la creación de una obra, y que “revelan la actitud básica de una nación, un periodo, una clase, una creencia religiosa o filosofía”.⁶¹⁴

Consideramos que estas definiciones de los conceptos complementarios de iconografía e iconología son suficientes por ahora. Y pasaremos a explicar la distinción que retoma García Mahiques entre los conceptos de visión/visivo y visualidad/visual puesto que esta diferenciación nos conduce directamente a la comprensión de que las creaciones gráficas de los seres humanos se hallan irremediabilmente mediadas por la cultura.

En este orden de cosas, primero hay que tener en claro que visión y visualidad no son sinónimos, sino que: “la visión es un proceso físico/fisiológico por medio del cual la luz impresiona los ojos y crea sensaciones vivas”, mientras que “la visualidad se refiere a un desarrollo mental a través del cual se procesan conceptos o significados a partir de lo percibido por medio del sentido de la vista”.⁶¹⁵ En otros términos: lo visual y la visualidad equivalen al proceso de significación de lo puramente visivo, lo propio de la visión; un proceso determinado por modelos o convenciones sociales. Por lo que se ha afirmado que “la visualidad es la visión socializada”.⁶¹⁶

Cabe subrayar que la “convención social” de la que emerge una visualidad determinada puede ser entendida como código cultural o imaginario social. De lo que se deduce que entre el sujeto perceptor y el mundo percibido por medio del sentido de la vista (visión)

⁶¹⁴ Panofsky, *Op. cit.*, p. 17.

⁶¹⁵ García Mahiques, *Op. cit.*, vol. I, p. 28.

⁶¹⁶ *Idem.*, p. 29.

invariablemente priva la mediación de la cultura. Norman Bryson explica así esta determinación:

Cuando miro, lo que veo no es simplemente luz, sino una forma inteligible: los rayos de luz son atrapados en... una red de significados [...] Para que los seres humanos orquesten colectivamente su experiencia visual conjunta es preciso que cada uno de ellos someta su experiencia retiniana a la descripción o descripciones socialmente acordadas de un mundo inteligible [...] Entre el sujeto y el mundo se inserta la entera suma de discursos que constituyen la visualidad, esa construcción cultural, y que hace que la visualidad sea algo distinto de la visión [...] Cuando veo socialmente, es decir, cuando empiezo a articular mi experiencia retiniana con códigos de reconocimiento que provienen de mi(s) medio(s), entro en sistemas de discurso visual que vieron el mundo antes que yo, y que seguirán viéndolo cuando yo ya no lo vea.⁶¹⁷

A partir de estas apreciaciones se concluye que la imagen de la que se ocupa la historia del arte a través del método iconológico es, además de una creación estética, “fenómeno visual mediatizado”. Más aún por el hecho de que las creaciones artísticas, a diferencia de las percepciones provenientes de la naturaleza, son “comunicaciones intencionales, codificadas, [...] representaciones de algo”.⁶¹⁸

Pero además es importante no perder de vista que en el terreno de lo artístico lo visual no se reduce a la imagen, sino que existen otros tantos fenómenos visuales como lo es la arquitectura, por ejemplo. No obstante, de las distintas manifestaciones artísticas que constituyen lo visual existe una que resulta especialmente relevante para la estrategia iconológica: nos referimos a la escritura, o más propiamente, a la literatura y la poesía. Y para esclarecer este interés de la iconología respecto a la escritura García Mahiques retoma una acepción de la definición del concepto de imagen que establece el *Diccionario de la Academia*, como: “representación figurada de temas o asuntos y conceptos [...] representación viva y eficaz de una intuición o visión poética por medio del lenguaje”.⁶¹⁹

De la definición anterior se observa claramente que el concepto de imagen se desplaza de lo visual al lenguaje, y el historiador que emplea la iconología debe poner central atención en este desplazamiento; en la relación que guardan el arte gráfico y la literatura. Esto debe ser así porque, como advierte atinadamente García Mahiques: “la imagen *verbal* —oral o escrita—, es decir la imagen literaria, se encuentra en el mismo contexto cultural que la

⁶¹⁷ *Idem.*, p. 29-30.

⁶¹⁸ *Idem.*, p. 30.

⁶¹⁹ *Idem.*, p. 33.

imagen *gráfica*, o *plástica*, y ambas participan del mismo latido cultural, por lo que ambas deben ser consideradas en el mismo plano de igualdad de cara a la Historia cultural, como meta a la que se dirige la iconología”.⁶²⁰

Igualmente, se debe tener en cuenta que en el arte gráfico occidental existe, desde “la revolución del arte clásico” que ocurrió en Grecia entre los siglos VII y IV a. C., una tendencia respecto a la representación narrativa. Es decir, que en cuanto a la producción gráfica del arte occidental el impulso creador se haya profundamente determinado por la voluntad de que la representación sea narración fiel de los fenómenos del mundo.⁶²¹ Hecho que reafirma la importancia de que la iconología centre su atención tanto en la imagen como en la palabra, pues ambas son las herramientas humanas de la comunicación y, por ende, los medios más importantes de reproducción de la cultura. Además de que en el contexto occidental son productos culturales complementarios, puesto que: la imagen literal “es analítica y basa su procedimiento en la imagen mental, en la imaginación detallada de lo que se narra” y lo que se describe, mientras que el arte figurativo “es sintético, dispone de la imagen en sentido objetivo, pero tiene enormes dificultades a la hora de expresar la transitoriedad de los acontecimientos”.⁶²² Así: “Literatura y arte visual son medios de narración *defectuosos* para cumplir con la función cultural que se les encomienda, pero complementarios, ya que cada uno suple el defecto principal del otro, y ésta es la razón por la cual se hayan compenetrado a lo largo de muchos siglos”.⁶²³ Por lo anterior, García Mahiques concluye que el arte occidental no se concibe sino en función de un discurso que comunicar:

⁶²⁰ *Idem.*, p. 33-34.

⁶²¹ Se ha afirmado que el ámbito de estudio propio de la iconología es el “arte conceptual” o “arte simbólico”, en donde la representación figurativa se define como “representación icónica”, la cual puede definirse como: “formación de imágenes que tratan de traducir enunciados o declaraciones de contenidos de la conciencia; concreciones artísticas que traducen visualmente determinadas *representaciones intelectuales*, tomando como modelo formal lo observado en el mundo”. Pero la representación icónica se presenta como algo ligado en sus orígenes a la religiosidad mágica desde se produjo la “revolución del arte clásico” en Grecia, entre los siglos VII-IV a. C., cuando la representación icónica buscó ser cada vez menos mística, y más narración fiel de fenómenos y acontecimientos. Para lo cual se apoya en la “imitación”, es decir, en el perfeccionamiento de una técnica que quiere producir “la ilusión o apariencia de lo que es la misma naturaleza o el mundo”. Recurso que “ha regido toda la producción artística occidental durante siglos, desde el periodo arcaico griego, y solamente impugnada de modo intencionado y consciente a partir de las vanguardias del siglo XX”. *Idem.*, p. 54-55 y 56-57.

⁶²² *Idem.*, p. 93-94.

⁶²³ *Idem.*, p. 94.

El arte visual necesita del discurso analítico para llegar a ser efectivo; y viceversa, la literatura necesita del auxilio de la imagen para poder así apoyar la *imaginación* del lector para que éste pueda gozar con mayor provecho del discurso [...] Las imágenes artísticas están, pues, integradas en el contexto cultural cumpliendo una función que, en última instancia, constituye su íntima razón de existir. Es por todo ello que tenga importancia comprender que el arte visual clásico funcione vinculado siempre a la narración, contenido, o discurso.⁶²⁴

En este punto resulta claro que las imágenes artísticas no comportan únicamente un valor estético, sino que también llevan implícito un contenido que es reflejo de un contexto cultural general. Pero debemos abundar otro tanto en esta distinción entre la forma y el contenido de una obra, porque este enfoque se constituye como la piedra angular del método iconológico.

Con este objeto, retomaremos lo expuesto por Enrique Lafuente en su “Introducción a Panofsky”, donde indica que el contenido es opuesto al puro motivo o tema de una obra, es decir, el contenido como algo distinto al conjunto de objetos y situaciones en los que hemos identificado un significado convencional (una Última Cena, por ejemplo). Puesto que Panofsky definió el contenido como: “aquello que una obra delata, pero no exhibe”. De manera que, como observa Lafuente: “El contenido es, en esta interpretación, como lo que Ortega llamaba lo *consabido* en el momento de la creación, los supuestos de los que parte el artista y que son, para su época, obvios, pero que la historia o la crítica de una época posterior tienen que esforzarse por hacer patentes”.⁶²⁵

Esta distinción entre la forma y el contenido de una creación artística nos remite de nuevo a la distinción que hemos subrayado entre los conceptos de iconografía e iconología, siendo precisamente que las formas constituyen el saber de la iconografía, a través del reconocimiento y descripción de objetos, situaciones y temas; un nivel básico de análisis que parte del empirismo y la experiencia práctica elemental (para reconocer, por ejemplo, un objeto, un animal, un lugar o una situación únicamente necesitamos haberlos visto antes en el ámbito de lo cotidiano), aunque posteriormente sí exige cierto bagaje cultural para poder descifrar cual es el tema que la formas componen. En términos más simples, las formas son el terreno de la pre-iconografía y la iconografía. Mientras que el contenido ya es competencia exclusiva de la iconología; un nivel superior de interpretación en el que ya no

⁶²⁴ *Loc. cit.*

⁶²⁵ Enrique Lafuente, “Introducción a Panofsky”, en Panofsky, *Op. cit.*, p. XXI.

basta el empirismo ni la familiaridad con las formas y el tema de una obra. Pues, según aludimos antes, el contenido es, por definición, intrínseco, y para poder aproximarnos a él es indispensable profundizar en “las circunstancias de lugar y tiempo, según las creencias, supuestos y contextos consabidos dentro de una religión, de una ideología, una época, una cultura”.⁶²⁶ O en palabras del propio Panofsky, el contenido: “lo percibimos indagando aquellos supuestos que revelan la actitud básica de una nación, un periodo, una clase, una creencia religiosa o filosófica —cualificados inconscientemente por una personalidad y condensados en una obra”.⁶²⁷

Partiendo del razonamiento anterior sobre el significado intrínseco o el contenido de una imagen artística, García Mahiques plantea que para la iconología ni siquiera interesa el arte en sí mismo, “sino las personas que lo crean con la intención de comunicar”. O lo que es lo mismo, que importa menos el arte que los artistas, y cabría afirmar esto porque: “Con el fin de comunicar, el arte supone una interpretación, puesto que el artista trata de ajustarse siempre al modo de entender de sus potenciales interlocutores, dentro del contexto cultural en el que se halla inmerso”.⁶²⁸ Por ese motivo, la tarea del historiador como iconólogo es tratar de situarse en el contexto del artista, “ponerse en su lugar”.

Luego, con el objetivo de aproximarse lo más posible al contexto de la creación de la obra y develar su contenido o significado implícito, el principio de interpretación de la iconología distingue dos planos de influencia que la cultura de un contexto determinado ejerce en el artista; uno que sería diacrónico, y que parte de la comprensión de que toda imagen es “una interpretación realizada con base a referentes culturales anteriores, lo que obliga a tener en cuenta la existencia de una cadena de referencias, que en sí constituye la *tradicón cultural*”; y otro sincrónico, puesto que entiende que todo artista “se convierte en interprete de algo en relación con su entorno inmediato y contemporáneo, un producto inserto en un dialogo entre el artista y la sociedad en la cual se encuentra integrado. Este entorno es también un referente, o mejor, un conjunto articulado de referencias con arreglo a las cuales

⁶²⁶ *Idem.*, p. XXVI.

⁶²⁷ *Idem.*, p 17.

⁶²⁸ García Mahiques, *Op. cit.*, vol. I, p. 234.

instituye el artista su discurso”.⁶²⁹ Este último plano de influencia de carácter sincrónico ha sido definido como el “ámbito conceptual e imaginario”.

Estos dos planos de influencia contextual histórica constituyen las bases fundamentales de las que parte el ejercicio interpretativo e intuitivo de la iconología. Por ello se puede decir que realizar un buen análisis iconológico es más probable mientras más se dominen los contextos, es decir: el ámbito conceptual e imaginario y la tradición cultural convencionalizada de los que emerge una obra. Lo que también equivale a decir que una buena interpretación iconológica es más probable si respaldamos nuestras intuiciones en la máxima cantidad de referencias.

Pero, más específicamente ¿a qué se le puede definir como un correcto dominio de los contextos?, ¿cuál es el tipo de referencias que deberían respaldar la práctica analítica del historiador del arte? Lafuente propone la siguiente respuesta a un cuestionamiento de este orden: el historiador del arte como iconólogo

estará tratando siempre de ampliar el campo de su información para que su apreciación *intuitiva* esté respaldada por el más amplio *background* de conocimientos, capaz de afinar sus observaciones [...] La historia general, la teoría estética, las ideas religiosas y su formulación teológica y literaria, las situaciones sociales y espirituales, las fórmulas iconográficas y sus fluctuaciones, toda la gama de las humanidades que pueda enriquecer su penetración en lo consabido, en los supuestos de la obra de arte para reconstruir su contexto y sus implicaciones y hacer su apreciación más rica y refinada, entran en ese *background* deseable.⁶³⁰

Lo mismo que antes planteará Panofsky; la interpretación de la iconología es ante todo intuitiva, y como tal será más confiable si se parte del conocimiento puntual de las características del contexto cultural general de la obra:

El historiador del arte tendrá que comprobar lo que él cree que es el significado intrínseco de la obra, o grupo de obras, a las que dedique su atención, contra lo que él crea que es el significado intrínseco de tantos documentos de civilización relacionados históricamente con aquella obra o grupo de obras, como pueda dominar: documentos que testifiquen sobre las tendencias políticas, poéticas, religiosas, filosóficas y sociales de la personalidad, periodo o país en el que se estén investigando.⁶³¹

⁶²⁹ *Idem.*, p. 235. Cursivas originales.

⁶³⁰ Lafuente, “Introducción a Panofsky” ..., p. XXII.

⁶³¹ Panofsky, *Op. cit.*, p. 24.

No obstante, independientemente de que se tenga un amplio dominio del contexto cultural, para el historiador que emplea la estrategia iconológica resulta obligado admitir que el conocimiento de la iconología será siempre en buena medida intuido o inferido, de carácter aproximativo y nunca definitivo; siempre provisional y susceptible de ser reformulado. Por esta razón, reconocemos, con García Mahíques, que: “el único principio de control que tiene nuestra actividad es la lógica de situación de cada asunto en su contexto y, en cualquier caso, la opinión de los colegas”.⁶³²

Consideramos que una advertencia como la anterior respecto al carácter intuitivo, aproximativo y provisional del conocimiento iconológico es más necesaria aún para un análisis como el que desarrollaremos en las páginas siguientes en relación con las caricaturas del zapatismo publicadas por *El Ahuizote* y *Multicolor*, puesto que en esta investigación abordamos el discurso de estos periódicos en sus dos vertientes: textual y gráfica. Es decir, que no se trata de una investigación consagrada por entero al estudio de la imagen, lo que invariablemente repercute en un menor número de referencias respecto a lo que podría ser la tradición cultural convencionalizada de la que forma parte la representación del zapatismo en las caricaturas publicadas por los periódicos mencionados. En este sentido únicamente hemos indagado de forma un tanto somera en la producción gráfica de publicaciones de finales del Porfiriato como *Cómico* y *La Risa*, así como en algunos contenidos gráficos de importantes órganos de la prensa posrevolucionaria de los años veinte, con el objetivo de atisbar una probable tradición cultural convencionalizada a partir de la cual debería hacerse inteligible la historicidad de las caricaturas del zapatismo que aparecieron en las páginas de *El Ahuizote* y *Multicolor* entre 1911 y 1914.

Por otra parte, en lo tocante al contexto cultural sincrónico (ámbito conceptual e imaginario) de las imágenes que analizaremos, contamos con un respaldo referencial ciertamente más sólido, constituido por el contexto cultural que en su lugar definimos como paradigma al que respondía la dicotomía civilización-barbarie que ordenaba en lo esencial el discurso textual del bárbaro-zapatista en *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*. Paradigma que, como argumentamos en su momento, no es otro que el de la modernidad

⁶³² García Mahíques, *Op. cit.*, vol. I. p. 16.

capitalista, en su concreción histórica particular del México de finales del siglo XIX y comienzos del XX.⁶³³

Además, el contexto cultural sincrónico (o ámbito conceptual e imaginario) de las caricaturas de *El Ahuizote* y *Multicolor* sobre el bárbaro-zapatista también se halla sustentado en nuestra investigación por el mismo discurso de estas publicaciones periódicas, el cual fue el tema del capítulo anterior. Y cabe sostener esto porque, como veremos a continuación, la producción gráfica de los caricaturistas de estos semanarios ilustrados no solamente se hallaba determinada por el paradigma de la modernidad, por la cultura urbana e ilustrada del México porfiriano de principio del siglo XX, sino que además estos artistas se vieron instados a ilustrar la línea política general de dichas publicaciones. Motivo por el que el significado de la representación gráfica del bárbaro-zapatista coincidió, o mejor dicho, ilustró el significado de la representación textual del bárbaro-zapatista que analizamos en el apartado precedente.

Con todo, y una vez señalados los que consideramos son los aspectos débiles y fuertes de los que partirá nuestro análisis iconológico, trataremos de enriquecer las bases de los contextos culturales diacrónico y sincrónico de las caricaturas del bárbaro-zapatista esbozando, respectivamente, una historia de la gráfica satírica de la prensa mexicana decimonónica, con lo que buscamos poner de relieve que estamos ante una manifestación artística vinculada desde sus orígenes al liberalismo político y al desarrollo del capitalismo. Y también una historia sobre el oficio de los caricaturistas en las postrimerías del Porfiriato, enfocándonos en los artistas que crearon las caricaturas de los semanarios ilustrados que nos ocupan en esta investigación, con el objetivo de destacar que la suya es una producción artística determinada por los requerimientos de la expansión capitalista y por la exigencia de reproducir la idea de una modernidad nacional urbana, cosmopolita e ilustrada.

6.3. Una breve historia de la gráfica satírica de la prensa capitalina decimonónica

Es un hecho innegable que la sátira gráfica de la prensa mexicana del siglo XIX surgió como una imitación de la sátira gráfica que durante aquella misma centuria se desarrolló en el ámbito de la prensa europea, y especialmente la francesa, atravesando evidentemente por

⁶³³ Vid. *supra*. Capítulo III.

un proceso de adaptación al contexto político-social mexicano. Según esto, tendríamos el primer indicio la matriz cultural en el que nació esta manifestación gráfica que después será propiamente definida como caricatura política. Y como lo advierte Peter Burke, este origen ciertamente puede rastrearse en las coyunturas históricas de las revoluciones burguesas del siglo XVIII europeo: “En Inglaterra, la aparición de las ilustraciones de carácter político hacia 1730 ha sido puesta en relación con el nacimiento de una oposición oficial al gobierno [...]”, mientras “en Francia, esas caricaturas se relacionan con la Revolución de 1789, en otra guerra de imágenes en la que se produjeron más de 6000 grabados [...]”.⁶³⁴ Con lo cual, agrega Burke, se expandió el ámbito de lo público a la población general y, quizá más trascendente que lo anterior, prácticamente se había creado un nuevo género de representación gráfica: la propaganda política. Por lo que cabe sostener que: “A partir de 1789 la propaganda visual ha ocupado un lugar importante en la historia política moderna”.⁶³⁵

Esta relación histórica entre la gráfica satírica de la prensa, el liberalismo y el paradigma de la modernidad en general puede verificarse tanto en sus raíces técnicas como en sus temas, como elocuentemente lo pone de relieve Esther Acevedo cuando incide en la naturaleza litográfica de las primeras ilustraciones “satiricopolíticas” que aparecieron en México: “Con la palabra modernidad y progreso por delante, llegó a México —como muchas de las novedades— por las costas del Atlántico y de manos de extranjeros la litografía”;⁶³⁶ técnica inventada por el alemán G. A. Senefelder hacia 1796 que implicó una revolución sobre todo en términos de productividad, puesto que implicó la impresión múltiple de imágenes.

En cuanto a los temas, el ejemplo de la imagen que es considerada como la primera caricatura política publicada en México resulta una confirmación del carácter de la caricatura como una expresión artística gestada en las entrañas del liberalismo histórico. Se trata de una litografía publicada en *El Iris* de Claudio Linati en abril de 1826, la cual fue una representación de la “Tiranía” que provocó la clausura de esta publicación y la incautación de la prensa litográfica de Linati por disposición del gobierno de Guadalupe

⁶³⁴ Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Biblioteca de Bolsillo, 2005, p. 99.

⁶³⁵ *Loc. cit.*

⁶³⁶ Esther Acevedo Valdés, *Historia de la caricatura en México*, España, Editorial Milenio, colección Historia del Humor Gráfico, 2011, p. 15.

Victoria, o más específicamente, por la presión que la facción conservadora de dicha administración habría ejercido para que “no se creara una opinión pública que forzase al Gobierno de Guadalupe Victoria a adoptar las medidas radicales que exigía el sector liberal incrustado en ese gobierno de conciliación”.⁶³⁷

La prensa litográfica confiscada a Linati fue cedida a la Academia de San Carlos y durante varios años fue la única prensa de este tipo en México. En los años posteriores la publicación de imágenes de sátira política fue ínfima. Empero, como apunta Acevedo, “el naciente empresariado” mexicano, al no tener acceso a la única prensa litográfica del país, realizó esfuerzos por conseguir prensas propias, de forma que los talleres privados comenzaron a prosperar en la década de los cuarenta del siglo XIX, y con éstos también se registró el primer auge de la gráfica satírica de la prensa periódica mexicana.⁶³⁸ En este sentido, para Acevedo el parteaguas lo marcó la aparición de *El Gallo Pitagórico* en 1845, cuya producción gráfica tenía como finalidad: “buscar y mostrar las lacras, los tumores cancerosos que la Colonia heredó al México Independiente y cómo lo mantenían inmovilizado”.⁶³⁹ Mientras que, por otra parte, Leticia Bonilla Reyna valora que “fue hacia finales de la década de 1840 cuando se introdujo el uso de la caricatura política de forma regular como parte integral de las publicaciones periódicas”, destacando en este sentido la aparición y la producción de *El Calavera* y *Don Bullebulle*.⁶⁴⁰

Sin embargo, distintos autores coinciden señalando la década de los sesenta del siglo XIX como el periodo de la consolidación real de la gráfica satírica como parte integral del discurso de la prensa mexicana. Para Acevedo, por ejemplo, esto obedeció en parte al fin de la Guerra de los Tres Años y el triunfo liberal.⁶⁴¹ Lo que viene a reiterar que la caricatura política, como expresión artística ligada desde sus orígenes a la modernidad y al liberalismo, marcha en México al ritmo en el que estos paradigmas se afirman como principios ordenadores de lo social. Constituyéndose gradualmente como una herramienta central dentro de las luchas por el poder político, primero en contra del partido conservador

⁶³⁷ *Idem.*, p. 16.

⁶³⁸ *Idem.*, p. 17.

⁶³⁹ *Idem.*, p. 27.

⁶⁴⁰ Fausta Gantús, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la Ciudad de México, 1876-1888*, México, El Colegio de México-Instituto Mora, 2009, p. 22.

⁶⁴¹ Acevedo, *Op. cit.*, p. 41.

y sus aliados europeos y después en el contexto de las luchas de facciones dentro del mismo partido liberal, como acertadamente lo observa Fausta Gantús.⁶⁴²

Desde nuestra perspectiva, este paralelismo entre la consolidación de la caricatura política en la prensa y la consolidación del liberalismo en México no hace sino confirmar la estrecha relación que creemos que existe entre este tipo de imágenes y el paradigma de la modernidad capitalista en su actualización mexicana. Y Acevedo nos ofrece elementos para sostener este planteamiento cuando indica que: “La producción de la caricatura política, como un lenguaje de confrontación entre la realidad del país y un proyecto ideal para formarlo, se efectuó desde las distintas perspectivas de los grupos que aspiraron al poder de un Estado capitalista en formación”.⁶⁴³ Agregando que: “El desarrollo de la caricatura, a partir de 1861, va a la par de la incipiente consolidación del liberalismo” y de su proyecto civilizatorio que tenía como ejes centrales: “el nacionalismo, la democracia, la libre empresa, la separación del Estado y la Iglesia, todo ello a nombre del progreso y la modernidad”.⁶⁴⁴

En las décadas posteriores al auge de los años sesenta, durante el tercio final del siglo XIX, el paralelismo entre la producción de publicaciones con caricaturas y el ámbito de los proyectos políticos del liberalismo se mantuvo; las luchas partidistas y el ambiente político en general definieron el cuándo, cuánto y cómo de la producción gráfica satírica. Dicha relación de correspondencia ha sido estudiada mejor que nadie hasta ahora por Gantús, y con base en su detallado análisis podemos distinguir algunos momentos generales, como lo sería la década de los setenta, marcada por la proliferación de periódicos de caricaturas de talante partidista o faccioso que impulsaban a las personalidades políticas más relevantes de aquellos años: Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias y Porfirio Díaz, principalmente.⁶⁴⁵

En la década de los ochenta del siglo XIX, con la consolidación de Díaz en el poder, comenzó una etapa nueva en la historia de la gráfica satírica de la prensa nacional, definido por el desplome en la producción de caricaturas políticas como resultado una combinación

⁶⁴² Gantús, *Op. cit.*, 66-67.

⁶⁴³ Acevedo, *Op. cit.*, p. 43.

⁶⁴⁴ *Idem.*, p. 45.

⁶⁴⁵ Gantús, *Op. cit.*, p. 67.

de factores: el afianzamiento de una paz social inédita, la asimilación de las facciones lerdistas e iglesistas al porfirismo triunfante, es decir, la práctica erradicación de las disputas partidistas, y la reforma del artículo séptimo constitucional que sometía a juicio federal los “delitos de imprenta”.⁶⁴⁶ Aunque, ciertamente, esta situación precaria respecto a la producción de caricaturas políticas no persistió mucho tiempo, pues al finalizar la década de los ochenta la gráfica satírica retornó al sendero de la prosperidad, pero ahora bajo designios un tanto distintos: durante las dos décadas finales del Porfiriato la gráfica satírica de corte político dejó de ser un instrumento de las facciones liberales para convertirse sobre todo en una herramienta de crítica a las contradicciones del régimen porfiriano. Representantes por excelencia de este nuevo ejercicio de la crítica periodística serán las publicaciones creadas por Daniel Cabrera y Jesús Martínez Carrión: *El Hijo del Ahuizote*, *El Ahuizote Jacobino* y *El Colmillo Público*.

Llegados a este punto cabe preguntarnos si la caricatura política, este producto cultural de las élites políticas liberales del mundo occidental, verdaderamente tenía como finalidad fomentar “la participación de la gente sencilla en los asuntos del Estado”, como lo plantea Burke⁶⁴⁷ incidiendo en una valoración común que básicamente considera a la caricatura política como la forma que históricamente ha tenido la prensa para llegar a los sectores analfabetas de la población. Pues bien, hemos de decir que nosotros consideramos que esta apreciación es inexacta, y que además urge de ser matizada porque para tener una idea clara de lo que las imágenes querían comunicar primero deberíamos saber a quién se lo querían comunicar.

Las reflexiones de Gantús en este sentido son muy relevantes y bien pueden ser extrapoladas al caso concreto de las caricaturas de la prensa mexicana de comienzos del siglo XX. Esta autora nos recuerda, en primer lugar, que las caricaturas no eran las únicas imágenes impresas, sino que también existían, por ejemplo, las hojas sueltas con grabados o litografías entre otros impresos que sí estaban expresamente orientadas a un público popular mayoritariamente analfabeta. Mientras que los periódicos políticos, incluidos los que contenían caricaturas: “estaban dirigidos a públicos más acotados, definidos en función

⁶⁴⁶ *Idem.*, p. 61.

⁶⁴⁷ Burke, *Op. cit.*, p. 100.

de su vinculación con la esfera política”.⁶⁴⁸ Lo anterior, aunado al hecho de que cualquier imagen implica distintos niveles de lectura y que, en razón de esto, la lectura de una caricatura política por parte de un público analfabeta muchas veces podría quedarse en un nivel meramente pre-iconográfico, llevan a la citada autora a concluir con tino que la finalidad principal de las caricaturas políticas de la prensa mexicana decimonónica fue la de propaganda, que hacía las veces de herramienta en las disputas por el poder:

Se puede comprender mejor el destacado papel que los protagonistas políticos de mediados de siglo [XIX] le concedían a las publicaciones ilustradas como instrumentos propagandísticos de sus causas en los enfrentamientos por la asunción del poder político, pues no sólo las consideraban el canal de transmisión de sus idearios sino, más importante aún, la forma que ayudaba a moldear la opinión de los lectores. Lograr consolidar una determinada percepción respecto de ciertos personajes si bien no garantizaba el éxito sí influía en su logro.⁶⁴⁹

Finalmente, concluiremos este breve repaso de la historia de la gráfica satírica de la prensa mexicana decimonónica retomando algunas precisiones de estilo hechas por Juan Manuel Aurrecoechea y Armando Bartra, que refieren concretamente a la íntima relación que existe entre imagen y texto, esto es: entre la gráfica satírica y la sátira verbal. Así como la observación que realizan en torno a los “personajes” o “arquetipos” que sintetizan en imágenes la compleja dinámica social del país, es decir, una serie de representaciones que prefiguran los tipos gráficos de los que abrevará la prensa político-satírica de la segunda década del siglo XX.

Burke llama “iconotexto” a los textos que se emplean en las imágenes y cuya función principal sería la de establecer un mayor control sobre la polisemia que toda imagen presupone y que implica un riesgo para la integridad del mensaje que el creador quiere comunicar. En esta lógica, los iconotextos han demostrado ser centrales en las imágenes de propaganda, y la caricatura política es el mejor ejemplo de este hecho. El caso concreto de las caricaturas del bárbaro-zapatista en *El Ahuizote* y *Multicolor* no es la excepción; la gráfica satírica del zapatismo en estas publicaciones es indisociable de los iconotextos que enfatizan el mensaje que los autores querían comunicar. Lo que Aurrecoechea y Bartra nos aportan es que los caricaturistas de los semanarios ilustrados que nos ocupan estaban partiendo de una tradición técnica y estilística previa:

⁶⁴⁸ Gantús, *Op. cit.*, p. 27.

⁶⁴⁹ *Idem.*, p. 38.

La caricatura política decimonónica no es un género puramente gráfico. Aunque la distancia nos lleve a valorar, sobre todo, sus aspectos plásticos y menos coyunturales, la intención satírica no se agota en el dibujo, está también en los textos que ilustra, y con frecuencia sólo se capta en una doble lectura [...] la gráfica de intención política supone, casi siempre, una asociación entre texto e imagen [...] La simbiosis entre texto y caricatura puede adoptar diferentes formas: en ocasiones los dibujos se limitan a ilustrar una crónica o relato, en otras, el texto aparece como pie de caricatura y frecuentemente dentro de la propia viñeta se incluyen textos aclaratorios que identifican personajes y símbolos o representan sus expresiones verbales.⁶⁵⁰

Por lo anterior, Aurrecoechea y Bartra concluyen que: “debemos reconocer que en su momento el texto asociado a la gráfica política tuvo tanta popularidad e importancia como la imagen”.⁶⁵¹

Igualmente, los antedichos autores ubican las raíces de la relación entre el texto satírico y la imagen en la sátira verbal de la época colonial. Pero observan que sólo hasta el siglo XIX se amalgamaría plenamente con la imagen a la vez que comenzaría a adquirir un carácter “plebeyo” retomado del lenguaje popular a través del empleo de refranes, canciones, la escatología, el albur o el apodo —este último “una suerte de caricatura verbal”, pues “mientras la gráfica satírica exagera los rasgos físicos, su complemento, el mote burlesco, resalta los defectos morales”.⁶⁵² Así como también la ironía y la “leperada”, elementos todos que se constituyeron como parte integral de un humorismo “autóctono”. En suma, la búsqueda de “estilo nacional” que se inscribe en el proyecto más amplio de construcción de una cultura nacional impulsado por las élites intelectuales liberales, como también lo observó Acevedo:

La caricatura mexicana buscó, a pesar de la influencia europea, ser singular y crear sus características propias, para lo cual utilizó formas simbólicas unidas a una tradición de la historia nacional, basada tanto en refranes como en canciones mexicanas [...] Nadie o casi nadie ha explotado desde entonces el refranero nacional como aquí ellos. El uso de lo mexicano fue un recurso aprovechado por los literatos para la construcción de una conciencia nacional que fuera forjando el tipo de sociedad que deseaban.⁶⁵³

Empero, en la prensa satírica ilustrada mexicana la búsqueda de lo “propio” no se acotó al iconotexto, sino que sobre todo hacía la segunda parte del siglo XIX comenzaron a configurarse “arquetipos” gráficos (como los definen Aurrecoechea y Bartra). Los cuales

⁶⁵⁰ Aurrecoechea y Bartra, *Op. cit.*, p. 54.

⁶⁵¹ *Loc. cit.*

⁶⁵² *Idem.*, p. 56.

⁶⁵³ Acevedo, *Op. cit.*, p. 48-49.

sintetizaban en imágenes la “lucha de clases” que subyacía en la dinámica política y social general de México:

Vista en su conjunto la sátira política de esos años constituye una versión farsica [sic.] de la turbulenta historia mexicana del siglo XIX [...] En esta gran metáfora burlesca, la historia es representada estrictamente como lucha de clases. Los poderosos siempre son vistos como opresores, son llamados por nombre o representados por arquetipos reconocibles como el gobernante déspota, el prepotente militar, el catrín, etc., mientras que las masas anónimas también son representadas por tipos populares: el indio, el chinaco, el lépero, el tinterillo [...].⁶⁵⁴

Estos “arquetipos” también los reconoceremos hacia los años finales del siglo XIX; el lépero, el indio o el charro serán imágenes sintetizadoras de los sectores populares de la sociedad mexicana, cada uno de los cuales guarda una convención formal y un significado también convencional, que discurren en la misma ambigüedad con la que las élites liberales percibían a dichos sectores sociales; oscilando entre la idealización y, sobre todo, la estigmatización peyorativa. Estos y otros tipos gráficos fueron retomados, consciente o inconscientemente, por los caricaturistas que ilustraron las páginas de publicaciones como *El Ahuizote* y *Multicolor* para articular su representación gráfica del bárbaro-zapatista, entre otros personajes del acontecer político. Sobre esta consideración volveremos después.

Ahora resulta preciso esbozar una biografía intelectual y profesional de los artistas que animaron la producción de *El Ahuizote* y *Multicolor* como un primer paso para aproximarnos a lo que la iconología define como el ámbito conceptual e imaginario de la obra artística; el contexto cultural sincrónico que implica concebir al artista como un intérprete inserto en un dialogo con el grupo social y la cultura a la que perteneció. En el mismo sentido, profundizaremos en lo sucesivo este contexto histórico indagando en el ámbito profesional en el que estos artistas desarrollaron su actividad, con lo cual se pondrá de relieve que su interpretación artística de la coyuntura revolucionaria en general y del zapatismo en lo particular se hallaba determinada por su pertenencia a la cultura urbana y cosmopolita de la Ciudad de México en las postrimerías del Porfiriato y, quizá de forma más decisiva, porque su actividad profesional en la prensa dependía completamente de la industria editorial comercial, la cual, a su vez, se encontraba íntimamente vinculada al poder político del Estado porfiriano y al poder del capitalismo nacional.

⁶⁵⁴ Aurrecochea y Bartra, *Op. cit.*, p. 57.

6.4. Los ilustradores profesionales de comienzos del siglo XX en México. Consideraciones sobre la producción artística de los caricaturistas de *El Ahuizote* y *Multicolor*

En las páginas de los semanarios ilustrados *El Ahuizote* y *Multicolor* convergieron los artistas gráficos más relevantes de las décadas finales del Porfiriato; el primero dispuso de talentos como el de José Clemente Orozco, Rafael Lillo, Ernesto García Cabral y Santiago R. de la Vega, entre otros de los que no se tienen datos. Mientras que el equipo de la revista *Multicolor* incluyó “lo más granado de los dibujantes satíricos del momento”:⁶⁵⁵ García Cabral, Lillo y de la Vega fueron los caricaturistas de planta, después, a partir 1912, “el chango” García Cabral fue sustituido por Atenedoro Pérez y Soto, mientras que como colaboradores figuraron los nombres de Clemente Islas Allende y Fernando Bolaños Cacho, entre otros prácticamente desconocidos.

Sin embargo, antes de reseñar las biografías de estos personajes debemos aclarar que menos de la mitad de las caricaturas sobre el zapatismo que hemos recuperado para nuestra investigación fueron firmadas por su autor. Un hecho sobre el que únicamente podemos hacer suposiciones, siendo lo más probable que los autores de estas imágenes prefirieran el anonimato debido al estado de guerra en el que se hallaban inmersos y por eludir posibles represalias por parte del gobierno maderista. En el mismo sentido, resulta necesario indicar que existen ocho firmas que aparentemente no corresponden a ninguno de los artistas que citamos antes y de las cuales no encontramos referencias en los textos que consultamos: “RMP”, “E. Dales”, “R. Moreno”, “Ameya” y “Flores” por parte de *El Ahuizote*, y “P. M.” o “R. M.”, “Favis” e “Ybarra” por *Multicolor*. Por lo demás, las restantes imágenes firmadas fueron autoría de Lillo y Orozco en *El Ahuizote*, y de García Cabral, De la Vega y Atenedoro Pérez y Soto en *Multicolor*.

Con todo, a pesar de desconocer a más de la mitad de los autores de las caricaturas que son nuestro objeto de análisis, consideramos que no dejan de ser útiles las semblanzas biográficas de los que sí conocemos, puesto que ciertamente el bárbaro-zapatista del discurso de la prensa capitalina se materializó en un tipo gráfico convencionalizado que, como tal, no difirió mucho ni siquiera tratándose de publicaciones diferentes, como tampoco lo hizo entre artistas diferentes. Además de que, como veremos, las biografías de

⁶⁵⁵ *Idem.*, p. 141.

estos personajes dibujan paralelismos que nos permiten observar que su actividad no era la caricatura de combate o de crítica política como lo fue la de los caricaturistas de la prensa decimonónica, sino que se trató más bien de ilustradores profesionales que desempeñaron esta actividad básicamente como medio de subsistencia y no como finalidad última de su carrera ni como expresión de ideales políticos, puesto que en todos los casos —salvo el de Santiago R. de la Vega— su formación profesional como artistas gráficos apenas comenzaba en las aulas de la Academia de San Carlos, de forma paralela a su participación en el ámbito de la prensa. Luego, con el estallido de la revolución de 1910, estos artistas asalariados, dependientes de la prensa comercial y bajo la influencia de aquel sector de la élite porfiriana que dirigía los destinos del país a comienzos del siglo XX, animaron la producción de las publicaciones que han pasado a la historia por su gráfica demoledora en contra de Madero y los hombres de la revolución. Por último, tras el fin del conflicto armado, los paralelismos persistieron: muchos de estos personajes se reincorporaron a la vida pública participando en las empresas periodísticas más importantes de la primera parte del siglo XX, y algunos, como García Cabral u Orozco, quedaron vinculados a las grandes empresas culturales del México posrevolucionario.

1. Ernesto (“el chango”) García Cabral nació en 1890. Aurrecoechea y Bartra indican que su actividad como caricaturista e ilustrador empezó a temprana edad, cuando aún era un prometedor alumno de la Academia de San Carlos. A los diecinueve años, en 1909, se registra su participación en las páginas del semanario humorístico *La Tarántula*.⁶⁵⁶ Por aquellos años también participó en *El Alacrán*, en *La Risa* bajo la dirección de José F. Elizondo, y en *Frivolidades*, dirigida por Mario Vitoria, el mismo personaje que en 1911 invitaría a García Cabral, quien contaba con veintiún años, a formar parte de la planta de caricaturistas de *Multicolor*, en donde su gráfica satírica mordaz dirigida en contra de Francisco I. Madero y otros personajes de la revolución de 1910 le valieron, irónicamente, una beca para estudiar en Francia.

⁶⁵⁶ *Idem.*, p. 107.

García Cabral partió a Europa a comienzos de 1912, y en París realizó colaboraciones para las revistas más importantes de aquella ciudad: *Le Rire*, *La Vie Parisine*, *La Baionnette* y *Mundial*.⁶⁵⁷

Regresó a México cuando el conflicto revolucionario había llegado su desenlace, en el año de 1919, y de inmediato puso en práctica sus aprendizajes realizando portadas en estilo Art Nouveau y Art Decó en la importante *Revista de Revistas* y en las páginas del *Excelsior*, entre otras publicaciones. Tan sólo un par de ejemplos de los firmes pasos con los que “el chango” Cabral regresó a México, los cuales, como subraya Acevedo, lo llevaron pronto a vincularse al poder del Estado posrevolucionario: “Desde la década de los veinte, Cabral se convirtió en un hombre institucional, vinculado al poder, a través de la bohemia, la fiesta, la superficialidad”.⁶⁵⁸

Ligado también a las empresas culturales más importantes del México posrevolucionario, García Cabral incluso incursionó en el cine nacional como actor en dos filmes: *Activismo* y *Escandalo social*, ambas del director Sáenz de Sicilia. Aventuras histriónicas que no trascendieron tanto como sus múltiples cárteles para distintas películas de “la época de oro” del cine mexicano, destacando sobre todo los trabajos que realizó para los filmes de Tintan.⁶⁵⁹

En 1929 García Cabral fundó la revista *Fantoche*, una publicación que apareció para romper la monotonía de la prensa humorística que había desterrado de sus contenidos la sátira política. Empero, como lo indica Acevedo, la línea editorial de esta nueva publicación estuvo lejos de la crítica al Estado posrevolucionario, sino por el contrario; la producción de Cabral en *Fantoche* “adquirió el discurso conservador y un anticomunismo bastante burdo”.⁶⁶⁰ En el mismo sentido, la citada autora define así el tono de *Fantoche*: “Cabe decir que tuvo una sutil y permanente crítica a los opositores del naciente partido de la Revolución, el mismo que gobernaría México, absolutamente, hasta el año 2000”.⁶⁶¹

⁶⁵⁷ Acevedo, *Op. cit.*, p. 138.

⁶⁵⁸ *Idem.*, p. 139.

⁶⁵⁹ *Loc. cit.*

⁶⁶⁰ *Loc. cit.*

⁶⁶¹ *Idem.*, p. 161.

Durante las tres décadas siguientes “el chango” Cabral se mantuvo como una de las personalidades más importantes de la industria periodística y la cultura mexicana. Hasta su muerte en el año de 1868.

2. Rafael Lillo, o “Rafelillo” como lo denominaban chanceramente sus compañeros de oficio en *Multicolor*, fue uno de los artistas gráficos más prolíficos y reconocido de los primeros años del siglo XX y, sin embargo, es muy poco lo que se sabe de él.

Aurrecoechea y Bartra no definen la fecha de su nacimiento, pero sí reconocen que era de origen catalán. Emigrado a México a temprana edad, se lo halla como alumno de la Academia de San Carlos desde principio del siglo XX, y también, desde 1904, aparece como uno de los ilustradores recurrentes en las publicaciones del emporio periodístico de Rafael Reyes Spíndola. Sobre su abundante trabajo en estas publicaciones, los citados autores observan que “a juzgar por el número y la frecuencia de sus publicaciones, es un dibujante de trazo fácil y velocidad pasmosa”.⁶⁶²

En poco tiempo Lillo se volvió dibujante de planta de *El Mundo Ilustrado*, otra gran empresa de Spíndola, en donde hacía viñetas y portadas, y en donde fue compañero de otros jóvenes talentos, como el poblano Diego Rivera.⁶⁶³

3. Atenedoro Pérez y Soto pasó de ser colaborador de *Multicolor* a caricaturista de planta a principios de 1912, tras la salida de García Cabral. Empero, igual que en el caso de Rafael Lillo, la información sobre su biografía es escasa.

Acevedo indica que nació en 1883 en Acayucán, Veracruz y que migro a la capital del país para realizar estudios en la Academia de San Carlos. También se sabe que pronto realizó trabajos para *Sucesos Ilustrados*, *La Semana Ilustrada*, *La Sátira*, *El látigo*, *Anáhuac* y el diario católico *El País*.⁶⁶⁴

⁶⁶² Aurrecoechea y Bartra, *Op. cit.*, p. 111.

⁶⁶³ Desafortunadamente desconocemos cuál fue el destino de Lillo tras la caída del régimen de Huerta y luego de concluido el conflicto revolucionario.

⁶⁶⁴ Acevedo, *Op. cit.*, p. 141.

“Se dice que con García Cabral y de la Vega, [Pérez y Soto] formó el triángulo de artistas más populares de esa época”.⁶⁶⁵ Y su brillante técnica empleada en una gráfica satírica brutal dirigida en contra de Madero y los hombres de la revolución en general a través de las páginas de *Multicolor* de 1911 a 1914 le valió ser exiliado a Cuba tras la caída de Huerta y el triunfo de la revolución constitucionalista.

Según Acevedo, en el país caribeño Pérez y Soto habría llegado a ser director de *La Política Cómica*, de La Habana. Empero, la autora no señala el periodo de tiempo que desempeñaría tal cargo. Ni sabemos cuándo exactamente regresó a México. Sobre esto únicamente nos dice que dejó de practicar la caricatura e “ingresó como dibujante en el departamento editorial de la Secretaría de Educación Pública, además de dedicarse a la docencia”.⁶⁶⁶

4. En cuanto al conjunto de imágenes que forman la muestra de nuestro análisis, José Clemente Orozco es autor del menor número de representaciones, pero de entre los artistas que ocupan nuestra atención es el que cuenta con más investigación de tipo biográfico. La razón es obvia: la brillante obra de Orozco como pintor, tanto la mural como la de caballete, trascendió formidablemente las fronteras de tiempo y espacio. Hemos tratado, pues, de sintetizar lo mejor posible una semblanza de este destacado personaje atendiendo a los fines de nuestro análisis de la imagen.

En 1883 José Clemente Orozco nació en Ciudad Guzmán, Jalisco. Desconocemos en dónde se formó como artista durante sus primeros años, pero sí sabemos que en 1906 comenzó a trabajar como caricaturista para *El Mundo Ilustrado* de Spíndola, en cuyos talleres se halló bajo la dirección de Carlos Alcalde. En 1908 inicio estudios en la Academia de San Carlos, y por aquella época también colaboraría para la revista *Frivolidades*, de Mario Vitoria.

Al estallido de la Revolución Mexicana participo en los importantes semanarios ilustrados *El Ahuizote* y *Ojo Parado*. Y tras la caída del régimen de Huerta se integró al equipo de *La*

⁶⁶⁵ *Loc. cit.*

⁶⁶⁶ *Loc. cit.*

Vanguardia bajo la dirección de Gerardo Murillo (Dr. Atl), una publicación que, como indica Acevedo, respaldaba a Venustiano Carranza.⁶⁶⁷

Finalmente, sus últimas caricaturas las creó en las páginas de *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano. Mientras que de su relación con el Estado posrevolucionario da cuenta, sobre todo, su abundante obra mural. José Clemente Orozco falleció en 1949.

6.5. *La prensa de entretenimiento de la Ciudad de México a comienzos del siglo XX*

Antes hemos retomado el planteamiento de Gantús respecto a la transformación que experimentó la gráfica satírica de la prensa mexicana hacia las dos décadas finales del siglo XIX, la cual habría consistido básicamente en un cambio en el ejercicio de la crítica, que pasó de ser instrumento de la lucha entre facciones del liberalismo a ser una herramienta de crítica de las contradicciones entre los principios ideales del liberalismo y la *praxis* del régimen porfiriano desde la posición de un sector de artistas e intelectuales liberales radicales que se agruparon sobre todo en publicaciones como *El Hijo del Ahuizote*, *El Ahuizote Jacobino* y *El Colmillo Público*. Empero, intencionalmente enfatizamos que esta fue una transformación en lo tocante a la gráfica satírica de índole política, puesto que a partir de esta época, pero sobre todo desde la década de los noventa del siglo XIX, es necesario distinguir entre ésta y la gráfica satírica sin más, ya que paralela a las caricaturas de combate de semanarios como los que hemos aludido comenzó a proliferar una gráfica humorística sin carga política y más bien destinada al entretenimiento y la propaganda comercial.

Ahondar en las particularidades históricas de esta producción gráfica propia de la prensa comercial de las postrimerías del Porfiriato nos resulta obligado en razón de que todos los autores de las imágenes que nos ocupan se desempeñaron como caricaturistas e ilustradores profesionales en esta prensa moderna, y en ésta se penetraron y reprodujeron una tradición visual convencionalizada que algunos años más tarde sería su referente para crear la representación gráfica del bárbaro-zapatista.

En este orden de cosas, lo primero que hay que destacar es que la moderna prensa comercial se gestó en México gracias sobre todo al patrocinio de la clase dirigente

⁶⁶⁷ *Idem.*, p. 145.

porfiriana. Concretamente por la anuencia y el apoyo que recibió por parte de la élite política y económica de los “científicos”. Y Rafael Reyes Spíndola es el personaje clave en el surgimiento de la prensa mexicana de índole comercial, puesto que su ideal no era discutir sobre política, en cambio su meta era: “vender periódicos, no difundir ideas; obtener ganancias, y no simples subsidios”.⁶⁶⁸ Objetivos que coincidían con la filosofía positivista de los directores del régimen, razón por la cual el impulso al proyecto de Spíndola sucedió de forma natural y en 1896 nació *El Imparcial*.

Empero, Aurrecochea y Bartra resaltan el hecho de que la relevancia de Spíndola en el desarrollo de la moderna prensa comercial no se reduce a *El Imparcial*, sino que, en realidad, este personaje consolidó un consorcio periodístico que incursionó con el mismo éxito en todas las líneas de la industria editorial, incluido el ámbito de la prensa de entretenimiento y humorística ilustrada, con publicaciones como *El Mundo Ilustrado*, *Actualidades*, *Revista Universal*, *Ilustración Popular* y *Cómico*.⁶⁶⁹ Títulos en los que participaron casi todos los artistas gráficos que en la segunda década del siglo XX serían autores de las caricaturas sobre el zapatismo en *El Ahuizote* y *Multicolor*.

No obstante, a pesar de su relevancia, ciertamente el emporio de Spíndola no tuvo el monopolio absoluto de los artistas gráficos, debido a que a la par de las publicaciones del empresario oaxaqueño surgieron otras grandes empresas periodísticas ilustradas, como *El Tiempo Ilustrado*, filial del diario católico *El Tiempo*. Así como otras de menor envergadura pero de abundante contenido gráfico y cuya inspiración directa provenía de la prensa humorística ilustrada europea como *Le Rire* de París, *Pasquino* de Italia, la *Punch* británica, aunque también de las norteamericanas *Puck*, *Judge* y *Life*.⁶⁷⁰ De este último tipo son las publicaciones mexicanas *Cómico*, *La Risa*, *La Broma* o *Frivolidades*, e incluso *Multicolor* y *El Ahuizote*.

En cuanto a la distinción de sus contenidos, podemos sintetizarlos de la siguiente manera: los grandes semanarios ilustrados, como *El Mundo Ilustrado* y *El Tiempo Ilustrado*, pretendían cubrir los intereses del ámbito familiar con secciones para caballeros, damas y

⁶⁶⁸ Aurrecochea y Bartra, *Op. cit.*, p. 91.

⁶⁶⁹ *Idem.*, p. 94.

⁶⁷⁰ *Idem.*, p. 97.

niños. Mientras que la prensa humorística, como *Cómico*, *La Risa*, *Frivolidades*, etc., discurría fundamentalmente entre la crítica de costumbres, el teatro de revista, la farándula, humor blanco y humor sicalíptico rayano en pornografía, por lo que podemos suponer que estaba pensada para un público masculino.

La popularidad de esta prensa ilustrada enfocada predominantemente al entretenimiento como resultado de la influencia de la prensa europea y estadounidense se inscribía innegablemente en las preferencias de una élite urbana que tenía el cosmopolitismo como ideal de la vida moderna y civilizada, como acertadamente lo notan Aurrecoechea y Bartra: “La nueva burguesía no se cree autóctona sino universal y para lograr su propósito imita la arquitectura, música, modas, costumbres. La prensa, gran instrumento de modernidad, se torna también mimética [...]”;⁶⁷¹ y adelante complementan:

Publicaciones como *Frivolidades*, *Cómico*, *La Risa* y sus semejantes van dirigidas a catrines, currutacos y lagartijos y son el complemento cultural y periodístico del aire europeo que los dandies autóctonos intentan asumir a fuerza de jaquet, corbata de plastrón, sombrero de bola y zapatos de charol con polainas. Son revistas para comprarse en Plateros y leerse en las mesas del Café Colón, colocadas, muy a la francesa, sobre la banqueta del Paseo de la Reforma, los Campos Elíseos mexicanos.⁶⁷²

Para nosotros, desde la perspectiva de la iconología, el fragmento anterior confirma que el contexto cultural sincrónico, o ámbito conceptual e imaginario, de las caricaturas sobre el zapatismo de *El Ahuizote* y *Multicolor* era el de las élites urbanas porfirianas de principio del siglo XX, especialmente de la Ciudad de México. Era esta la sociedad y la cultura a la que pertenecían los autores de estas imágenes, con la que compartían un código cultural y con la cual mantenían un diálogo a través de sus obras.

Por otra parte, para complementar este panorama contextual del ámbito cultural sincrónico de las imágenes que estudiamos también resulta importante enfatizar el hecho de que la prensa comercial en la que se desarrolló la actividad de estos artistas era una industria capitalista en sí misma, cuya oferta era de información y entretenimiento para lectores y de publicidad para comercios e industrias. A la vez que otros empresarios vieron a la prensa comercial como la mejor herramienta para disseminar la propaganda gráfica de sus

⁶⁷¹ *Loc. cit.*

⁶⁷² *Idem.*, p. 107.

productos y servicios, con lo que se estableció una relación de interdependencia que Aurrecoechea y Bartra describen así:

La publicidad periodística no nace con la prensa moderna, pero la nueva concepción del periodismo revoluciona la forma y el contenido de la propaganda comercial [...] la publicidad se transforma en un elemento vivo del periodismo y evoluciona en él. Los anunciantes se apropian de los nuevos estilos gráficos, ponen al servicio de sus productos la vocación europeizante de sus potenciales consumidores [...] se aventuran, en fin, por vez primera, en las prácticas de la mercadotecnia moderna. Y los editores no solamente ofrecen espacio en sus páginas, también le venden al anunciante el estilo de su publicación y los servicios de la planta de colaboradores gráficos que, con frecuencia, realiza los anuncios.⁶⁷³

Luego, como se ve de la cita anterior, la actividad de personajes como García Cabral, de la Vega, Lillo, Pérez y Soto u Orozco en tanto dibujantes satíricos y como ilustradores en general de la prensa de índole comercial y de entretenimiento, se definió esencialmente como un servicio; entre los artistas y los editores de publicaciones periódicas mediaba una relación de empleado-empendedor, mientras que su obra adquirió el carácter de mercancía.

Esta explosión de grafismo periodístico genera una gran demanda de dibujantes y fotógrafos. A fines del siglo XIX y principios del presente [XX] los profesionales de la plástica que trabajan sistemáticamente para la prensa se cuentan por docenas [...] la mayoría de los artistas plásticos son jóvenes estudiantes de pintura que descubren la posibilidad de subsistir comercializando su habilidad y se transforman en trabajadores permanentes de las publicaciones o en vendedores eventuales de dibujos. Este dibujante profesional es un personaje de nuevo cuño [...] Como la prensa, las viñetas se han transformado en una mercancía y el dibujante se vuelve un profesional que trabaja por encargo y, en general, al servicio del mejor postor.⁶⁷⁴

En suma: era el de los autores de las imágenes del bárbaro-zapatista en *El Ahuizote* y *Multicolor* un contexto cultural sincrónico (ámbito conceptual e imaginario) definido por su pertenencia a la cultura de orientación modernizante y cosmopolita de las élites urbanas de la capital del país a comienzos del siglo XX, y determinado también de forma decisiva por su lugar como empleados de la industria editorial comercial y de entretenimiento, así como por el mecenazgo de los capitales nacionales que habían prosperado bajo la égida del régimen porfiriano. Era así como estaban sentadas las bases de su actividad artística en la prensa cuando sobrevino la coyuntura revolucionaria, por esta razón su obra gráfica satírica resulta un diáfano reflejo de los temores, los odios y los intereses de las élites dirigentes porfirianas amenazadas por el maderismo en armas. Con la ruptura de la *pax* porfiriana su

⁶⁷³ *Idem.*, p. 117.

⁶⁷⁴ *Idem.*, p. 101.

obra, además de mercancía, se convirtió, otra vez como en décadas anteriores, en herramienta de lucha por el poder; devino nuevamente en propaganda política, esta vez del liberalismo positivista afianzado en la cima del poder del régimen porfiriano y en contra de los que pretendían subvertir este orden establecido:

Los diarios de mayor circulación y los semanarios sicalípticos y humorísticos abandonan su frivolidad y se politizan. La gráfica periodística, que se había orientado al humorismo intrascendente, recupera rápidamente su tradición satírico-política. Pero ahora la mayor parte de los dibujantes trabaja para grandes consorcios periodísticos, y estos son los pilares del sistema oligárquico y fieles a Porfirio Díaz. La nueva oleada de caricatura resulta, entonces, abrumadoramente reaccionaria y al servicio de una ideología de derecha, que al principio del movimiento armado es conservadora y al triunfo de la revolución maderista adopta posiciones abiertamente restauradoras.⁶⁷⁵

Lo que no cambió con la ruptura de la *pax* porfiriana fue el público que consumía los contenidos gráficos de la prensa comercial y humorística. Los lectores que rieron, rabiaron, reflexionaron y comentaron las caricaturas del zapatismo publicadas por *El Ahuizote* y *Multicolor*, entre otras tantas publicaciones del mismo estilo, fueron de preferencia los miembros de la burguesía urbana capitalina que ante la nueva situación “acogen con simpatía la politización contrarrevolucionaria de su prensa”.⁶⁷⁶

En este orden de cosas, la representación gráfica del bárbaro-zapatista, preñada de prejuicios, odio, miedo, monstruosidad, muerte y sangre, debería ser entendida como un producto de la coyuntura revolucionaria que amenazaba a esta élite social, pues entre 1910 y 1914, como hemos visto y como lo advierten también Aurrecoechea y Bartra: “la población rural del centro y del centro-sur del país se hace zapatista”, y los ejércitos campesinos acosaron y se cernieron desafiantes sobre la Ciudad de México. Por esta razón: “si a Madero se le carga la mano por su debilidad, la caricatura de Zapata —el ‘Atila del Sur’— como aterradora bestia de presa, refleja el temor de los ciudadanos ante las ‘hordas’ campesinas, el espanto de la ‘civilización’ urbana ante la ‘barbarie’ rural”.⁶⁷⁷

Como lo advierten con agudeza los autores de *Puros cuentos* en el fragmento anterior —esbozando una interpretación que se aproxima a la iconología sin que esta fuera su finalidad—, la representación del bárbaro-zapatista en las páginas de la prensa humorística

⁶⁷⁵ *Idem.*, p. 135.

⁶⁷⁶ *Idem.*, p. 143.

⁶⁷⁷ *Idem.*, p. 149.

capitalina es esencialmente una representación gráfica de la barbarie rural del México porfiriano, y en cuanto tal forma parte de una tradición cultural convencionalizada que define su historicidad. Porque el mundo rural no fue percibido como lugar de la barbarie sólo por las élites porfirianas de la capital del país a comienzos del siglo XX, sino que civilizar la barbarie rural fue el gran proyecto de las élites liberales mexicanas desde los primeros años de la era independiente y sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

6.6. La “iconografía de la barbarie rural” y las caricaturas del zapatismo

En este sentido, las imágenes tanto gráficas como verbales de aquella sociedad rural que las élites liberales querían transformar en un pueblo moderno no pueden ser tenidas como un registro objetivo de los vaivenes de este proceso, ni fueron sólo un complemento o un accesorio de su proyecto político y civilizatorio, sino que más bien fueron su esencia misma, pues, como hemos señalado, entre el ver y el saber la relación es íntima;⁶⁷⁸ la percepción que las élites modernizantes decimonónicas mexicanas tenían de los grupos que componían a la sociedad rural anti-moderna que querían ordenar según el paradigma de la modernidad capitalista se materializó en tantas imágenes como la que registran la plástica y la literatura costumbristas, la fotografía antropológica y etnológica o la fotografía de prensa, entre muchas otras expresiones gráficas que conformaron lo que bien podríamos definir como “iconografía de la barbarie rural” de México.

Escapa de nuestros objetivos y de nuestras capacidades hacer un análisis iconográfico de todas estas imágenes. En cambio, queremos enfocar nuestra atención en dos de los íconos más relevantes de lo que nos hemos atrevido a definir como la iconografía de la barbarie rural: el charro y el indio. ¿Por qué? La respuesta es simple: antes vimos cómo la representación textual del bárbaro-zapatista en el discurso de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* refleja una ambigüedad respecto a su carácter; ya es un movimiento social indio, otras veces no-indio, y quizá en lo general era un movimiento híbrido.⁶⁷⁹ Y al analizar

⁶⁷⁸ “Todo arte depende de ciertos convencionalismos en donde el ver es inseparable del saber; es decir, no existe el *ojo inocente* que percibe el mundo de manera espontánea, sin guía alguna de la cultura”. García Mahiques, *Op. cit.*, vol. I, p. 67.

⁶⁷⁹ Así lo llegó a proponer *El Mañana* a comienzos de 1912 cuando trataba de buscar una explicación objetiva al fracaso de la campaña de Morelos y el fortalecimiento zapatista: No se explica de dónde saca el

sistemáticamente las imágenes del zapatismo en estas publicaciones se hace evidente que dicha ambigüedad respecto a la composición social del zapatismo se hizo extensible a la dimensión gráfica de su discurso. De suerte que tanto en las páginas de *El Ahuizote* como en las de *Multicolor* las imágenes de Zapata y el zapatismo oscilan entre y combinan los atributos del ícono charro o ranchero y los del ícono indio. Sostenemos que es en esta convergencia en donde su historicidad se hace inteligible, y hemos de tratar de demostrar esta hipótesis a través de un análisis breve de la gráfica satírica del charro y del indio en las páginas de los semanarios humorísticos *Cómico* y *La Risa*. Esbozando también su posterior desarrollo en la prensa del periodo posrevolucionario inmediato mediante un par de ejemplos concretos que nos ofrecen los primeros *comics* mexicanos.

Luego, la segunda y última parte de nuestro análisis consistirá en destacar lo que hemos definido como “elementos iconográficos coyunturales”, esto es: los elementos que hacen de las caricaturas del charro-Zapata y del indio-Zapata/zapatista una representación distinta de otras imágenes satíricas del charro y del indio. Los cuales elementos hemos distinguido en tres grupos: primero el tipo gráfico-Zapata, es decir, una serie de rasgos faciales que hacen que Zapata sea distinguible del resto de los personajes de actualidad; en segundo lugar los personajes políticos que son parte integral de las caricaturas del bárbaro-zapatista y a partir de los cuales el movimiento campesino es significado como responsabilidad política de actores políticos como Francisco I. Madero; y en tercer lugar las calaveras, la sangre, la monstruosidad características de esta representación y que son la concreción gráfica de la emotividad y los significados con los que las élites modernizantes porfirianas percibieron la guerra de los pueblos del centro-sur del país.

Sobra agregar que en ambas partes del análisis estaremos desarrollando inferencias sobre el significado intrínseco de estos elementos constitutivos de la representación del bárbaro-zapatista en las caricaturas de *El Ahuizote* y *Multicolor* a partir del contexto cultural que

zapatismo los recursos para mantenerse en pie de guerra [...] ciertos optimistas argumentan que aquel grueso de mestizos, bien poco necesita para su subsistencia, porque con el maíz que nunca falta en tierras pródigas y los saqueos periódicos a las haciendas, la vida rural de esos bandidos se va haciendo posible y pasadera. Tal vez así suceda, pero de cualquier modo resulta una impotencia para el Gobierno que acabará por resignarse a que el zapatismo sea la guerra de cien años que devora existencias como algún feroz Huitzilopochtli de tiempos modernos”. “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 09 de enero de 1912, serie IV, núm. 60, p. 4.

hemos definido en capítulos previos y en los epígrafes anteriores de éste. Es decir que, en cada caso, realizaremos una interpretación iconológica.

6.7. *El charro-Zapata*

¿Por qué comenzar con el análisis de la imagen del charro en la gráfica satírica de la prensa humorística porfiriana? Como respuesta diremos que, al estar siguiendo la estrategia iconológica, precisamos tener una aproximación a la cadena de referencias previas de las que partieron los artistas que crearon las caricaturas del zapatismo en *El Ahuizote* y *Multicolor* para tratar de comprender cómo fue que se codificó dicha representación y que nuestro estudio verdaderamente pueda arrojar luz sobre la historia de la cultura a la que pertenecieron estas imágenes y para que tengamos conciencia de su historicidad. Sin embargo, la representación caricaturizada del bárbaro-zapatista no proviene de una cadena de referencias propia. Es decir, por arzones obvias, no hay caricaturas del zapatismo previas al periodo 1911-1914.

Empero, si bien en la tradición de la gráfica satírica de la prensa capitalina no existe una cadena de referencias previa del bárbaro-zapatista, sí existe en función de otros íconos de la sociedad rural, y una de ellas es la del charro. Luego, basta con percatarnos en un simple análisis pre-iconográfico de que la “forma básica” predominante de la representación del bárbaro-zapatista en *El Ahuizote* y *Multicolor* es la del charro para que, a partir de la interpretación de Aurrecoechea y Bartra, —quienes infieren que desde la perspectiva de las élites urbanas del Porfiriato tardío este ícono significa un aspecto de la barbarie de la sociedad rural— sostengamos que la gráfica satírica del charro en la prensa de entretenimiento es la referencia inmediata anterior de la que provino el esquema fundamental a partir del cual se codificó la imagen del bárbaro-zapatista.

En este orden de reflexiones, primero es hacer notar que a finales del siglo XIX, en el ámbito de la cultura de las élites porfirianas la imagen mental del charro se desplaza entre dos extremos no sólo diferentes, sino contrapuestos: entre el imaginario de la mexicanidad y la emotividad nacionalista, por un lado, y la representación peyorativa que evoca graves problemáticas nacionales como, los vicios, la inmoralidad, así como también el fenómeno del bandidaje, la agitación permanente del ámbito rural y, en suma, la anti-modernidad.

Ciertamente no disponemos de las referencias gráficas o plásticas para corroborar lo anterior, pero estas dos dimensiones de la imagen conceptual del charro son sobre todo evidentes en las obras cumbre del subgénero de bandidos en la literatura mexicana decimonónica: *Los Bandidos de Río Frío* y *El Zarco*.

Manuel Payno, por ejemplo, en el capítulo XXXIII de *Los Bandidos de Río Frío*, nos ofrece esta imagen del charro con pretexto de señalar las pretensiones de Relumbrón, personaje que a pesar de tener condición y costumbres de “catrín” capitalino se ostentaba de charro para tratar de ganarse el respeto de los hombres del campo, en particular de los del pueblo de Tepetlaxtoc [sic.], para que éstos sirvieran en sus planes de conformar una fuerza paramilitar para “robar en grande” a los ricos de la República:

Relumbrón era hombre de a caballo, es decir, de esos elegantes que la echan de rancheros y de conocedores de los buenos caballos, que montan vistosamente ataviados con su calzonera de paño fino pegada a la pierna y cerrada en los costados con una serie de botones de plata, su chaqueta larga de color oscuro, su ligero sombrero jarano, blanco, con toquillas negras en forma de culebra enroscada, con la cabeza de oro, los ojos de brillantes y la cola de plata; la reata en los tientos, la espada con una fina cubierta de cuero labrado, bien colocada entre el arción y debajo de la pierna izquierda. Nada iguala a este tipo singular de caballeros, exclusivamente mexicanos.⁶⁸⁰

Empero, adelante en el mismo capítulo que contiene la descripción anterior se manifiesta la otra dimensión de la imagen del charro, no ya la que exalta la nacionalidad mexicana, sino la que evoca los vicios, la inmoralidad y, en síntesis, la idea de bandidaje: dos misteriosos charros llegan a avecindarse en el próspero pueblo de Tepetlaxtoc, se adueñan de la otrora alegre y vistosa pulquería Xóchitl y a partir de aquel momento el pueblo comenzó a llenarse de “gente sospechosa” y se convirtió en “una nueva colonia de ociosos y desalmados”. La pulquería devino en antro de vicios y violencia y poco tiempo pasó para que, un noche, los “hombres de a caballo” de la pulquería organizaran una cuadrilla para ir a solicitar un “favor” a la hacienda La Grande, propiedad de Don Pepe Cervantes, personaje afable y generoso al que Tepetlaxtoc debía su prosperidad previa. Y como desenlace del capítulo la consumación del pacto entre el charro de ocasión Relumbrón, el ranchero Don Pedro Cataño, y los charros de Tepetlaxtoc para conformar la fuerza paramilitar que debía ser el terror de los ricos de México.

⁶⁸⁰ Payno, *Op. cit.*,

Por su parte, la prosa de Ignacio Manuel Altamirano es aún más transparente en lo tocante a la equivalencia entre la imagen del charro y la idea de lo que era un bandido (con las implicaciones morales que el autor sintetizó en la personalidad del Zarco):

El jinete [el Zarco] estaba vestido como los bandidos de esa época, y como nuestros *charros*, los más *charros* de hoy. Llevaba chaqueta de paño oscuro con bordados de plata, calzoneras con doble hilera de chapetones de plata, unidos por cadenillas y agujetas del mismo metal; cubríase con un sombrero de lana oscura, de alas grades y tendidas, y que tenían tanto encima como debajo de ellas una espesa cinta de algodón de plata bordada con estrellas de oro; rodeaba la copa redonda y achatada una doble toquilla de plata, sobre la cual caían a cada lado dos chapetas también de plata [...] Sobre el cinturón se ataba una canana, doble cinta de cuero a guisa de cartuchera y rellena de cartuchos de rifle, y sobre la silla un machete de empuñadura de plata metido en su vaina, bordada de lo mismo [...] Sobre el baquerillo negro, de hermoso pelo de chivo, y pendiente de la silla, colgaba un mosquete, en su funda también bordada [...].⁶⁸¹

Empero, Altamirano es menos romántico en cuanto a la imagen del charro. Para él, otro miembro de la élite intelectual liberal, la cultura del charro, plasmada en su indumentaria, no es motivo del entusiasmo nacionalista que se atisba en Payno, sino por el contrario, le resulta de mal gusto: “Era mucha plata aquella, y se veía patente el esfuerzo para prodigarla por donde quiera. Era una ostentación insolente, cínica y sin gusto”.⁶⁸² Sobra decir que para el literato de originario de Tixtla, el mexicano ideal es representado por el indio herrero Nicolás y por el ranchero Martín Sánchez Chagollan, este último un charro bueno porque es trabajador y respetuoso de la autoridad civil.

No obstante, en la prensa humorística ilustrada de las postrimerías del Porfiriato la dimensión idealizada de la imagen del charro está ausente en lo general; en revistas como *Cómico*, *La Risa*, *Frivolidades* y otras del mismo tipo —las mismas que estaban dirigidas a “catrines” y pensadas para ser leídas en mesas del Café Colón en el Paseo de la Reforma— la gráfica satírica del charro y de otros íconos de la sociedad rural y del lumpenproletariado urbano casi siempre es despectiva y escarnecedora, como lo hacen notar Aurrecochea y Bartra: “[En estas publicaciones] el México rural y proletario sólo aparece como escenografía y objeto de sátira burlesca. El primitivismo del gañan y del charro o la

⁶⁸¹ Altamirano, *Op. cit.*, 20-21

⁶⁸² *Idem.*, p. 21.

proverbial afición al pulque del lépero o el pelado son motivo de escarnio y referencia contrastante que ratifica las diferencias y hace más europea a la *gente bien*".⁶⁸³

Instados por la observación anterior realizamos una indagación parcial sobre la representación gráfica del charro en los semanarios ilustrados *Cómico* y *La Risa*, con lo cual confirmamos la validez de los planteamientos de Aurrecoechea y Bartra, a la vez que obtuvimos una aproximación a los antecedentes gráficos inmediatos anteriores de la representación del charro-Zapata. Así pudimos percatarnos de que la anti-modernidad, el salvajismo, los vicios, la inmoralidad, el bandidaje y, en fin, la barbarie rural que, como sostenemos, constituye el significado intrínseco o consabido del charro-Zapata en las caricaturas de *El Ahuizote* y *Multicolor*, está previamente presente en la gráfica satírica del charro, y se le añadirían elementos que evocaban la guerra en contra de la oligarquía.

En este orden de reflexiones debemos destacar una composición gráfica en la que es de notar cómo la imagen del charro ya aparece ligada a las ideas de criminalidad y robo. Se trata de una caricatura publicada por el semanario *Cómico* en octubre de 1899, donde podemos observar a dos personajes; el del lado izquierdo es un charro que lleva el jorongo embozado hasta los ojos, y el que está de lado derecho parece, por su atuendo, representación de un lépero urbano. El iconotexto al pie de la imagen indica un diálogo de doble sentido entre ambos personajes: “— ¿Vamos a tomar alguna cosa? — ¿A quién?” [Fig. 1].

Por orden diverso, también resulta obligado destacar el ejemplo de la caricatura titulada “Huéspedes de Semana Santa” publicada en *Cómico* en abril de 1899; la escena ocurre dentro de un restaurante, donde un charro regordete y de rasgos faciales toscos, por no decir grotescos, se halla sentado a la mesa, al tiempo que devuelve con la mano el juego de cubiertos al camarero que se encuentra de pie frente a él. El iconotexto denota la anti-modernidad que rige la escena. El charro dice: “Mire... hágame favor de llevarse esto y de traerme mejor tortillas” [Fig. 2].

Lo que se ve del ejemplo anterior es una constante en el discurso gráfico de *Cómico*: el charro es representado siempre como el *otro* ajeno al mundo de las élites capitalinas

⁶⁸³ Aurrecoechea y Bartra, *Op. cit.*, p. 107. Cursivas entrecomillas en original.

porfirianas; un sujeto que proviene de la barbarie rural y que por esta razón es protagonista de situaciones humillantes como la anterior y como otras tantas en las que sufre el abuso de los ladronzuelos urbanos que se aprovechan de su rusticidad. Por ejemplo, una caricatura en la que aparece un charro frente a un jovencillo de la plebe urbana, el cual sostiene una sombrilla que ofrece al charro, mientras que el pie de imagen nos remite al diálogo que sostienen ambos personajes: “— ¿Cuánto vale tu paraguas? —Para los de México cinco pesos y dos para los fuereños. —Toma los cinco pesos... (si estará creyendo este amigo que yo soy fuereño)” [Fig. 3].

Y para finalizar con las referencias de este tipo en las páginas del semanario *Cómico* queremos destacar la historieta titulada “Un suriano en México”, la cual se compone de seis viñetas en las que el protagonista es un charro ebrio, como lo denota su expresión facial y las posturas. Las escenas se desarrollan sobre una banqueta sobre la cual camina el charro, y dos niños complementan en el segundo plano junto con una manguera que sale del suelo. En la tercera viñeta los niños arrojan la manguera sobre el charro; en la cuarta vemos al charro sorprendido enredado con la manguera. Finalmente, en la quinta viñeta el charro sostiene su cuchillo en la mano y está apunto de enterrarlo en la manguera para liberarse de su constricción. Podemos intuir que nunca había visto una manguera y que tal vez pensó que se trataba de una serpiente, porque en la última viñeta cae de espaldas sorprendido cuando ve que está saliendo agua del punto que perforó su cuchillo [Fig. 4].

Por otra parte, *La Risa*, versión mexicana de la parisina *Le Rire*, es otra fuente prodiga de referencias sobre la imagen del charro como figuración de la anti-modernidad y la barbarie rural. Por ejemplo, la ilustración titulada “Fiestas del Centenario”, en la cual el vicio es el protagonista, pues vemos a cinco charros, tres en primer plano y dos más en el segundo, andando a tumbos por encontrarse seriamente ebrios. El charro del centro entre el grupo de tres que aparece en primer plano lleva en la mano izquierda senda botella de alcohol y arrastra lo que parecer ser su jorongo. La firma es de Santiago R. de la Vega [Fig. 5].

O por ocasión diversa, otra caricatura muy significativa en la que nos volvemos a percatar de la identidad entre el dibujo de un sombrero de alas anchas y un jorongo y la imagen conceptual de un bandido en la imaginación de las élites urbanas es la titulada “Pánico”; en dicha imagen figuran dos personajes, podemos intuir que uno es un charro, dibujado con

unos cuantos trazos muy esquemáticos, puesto solamente se compone de un sombrero, seguido del jorongo que le cubre la cara y se une a la base del sombrero, complementado por las piernas y una mano muy grande que sale del jorongo. Frente a este personaje aparece otro de menor estatura que porta indumentaria de “catrín”: va vestido con traje urbano, un pequeño sombrero y lleva un perrito faldero sujeto con una correa; mira al charro frente a él y su reacción es dar un salto acompañado de un grito de terror pánico confirmado por el iconotexto: “¡Ay mamá! ¡¡Santanón!!” [Fig. 6].

En una composición diferente vemos al charro como síntesis de salvajismo e incivilidad; se trata de una escena nocturna en la que los personajes del primer plano son un par de gendarmes que platican sin percatarse de que detrás de ellos se desarrolla tamaña trifulca entre un grupo de charros que se hallan revueltos y difusos, de forma que lo que más sobresale son sus cuchillos. El iconotexto del pie de la imagen remite un dialogo entre los gendarmes: “—Dicen que en el invierno cain las hojas. —Es cierto, compañero. Y cain al pelo con amargo” [Fig. 7].

Igualmente, otro ejemplo del salvajismo y la brutalidad del charro en la gráfica satírica de la prensa humorística porfiriana lo hallamos en una caricatura en la que vemos a un charro en posición dinámica propinando una paliza a su mujer, que yace en el suelo apoyada sobre sus manos y rodillas. Los versos que complementan la imagen y que funcionan como remate sarcástico del chiste rezan: “Pues bien: Yo necesito decirte que te quiero/decirte que te adoro/con todo el corazón” [Fig. 8].

Finalmente, para terminar con las referencias de este tipo en las páginas de *La Risa*, destacaremos otro interesante ejemplo de la barbarie implícita en la gráfica satírica del charro. Se trata de una secuencia de tres escenas en extremo sangrientas y grotescas protagonizadas por cuatro personajes, tres de los cuales obviamente son charros. La imagen se titula “Versos Celebres” y cada escena ilustra un verso de Julio Flores; en la primera los tres charros aparecen con una sierra con la que parten por la mitad la cabeza del cuarto personaje que se encuentra arrodillado frente a ellos con las manos atadas por detrás de la espalda. Los versos que acompañan la escena dicen: “Le aserraron el cráneo”. En la segunda escena los tres charros rascan el cerebro expuesto del cuarto personaje, denotando placer en sus expresiones faciales, y los versos rezan: “Le estrujaron los sesos”. Finalmente,

en la última escena uno de los charros monta a caballo y sostiene un lazo con el cual está jalando el corazón del pecho del cuarto personaje que yace sentado en el suelo atado por detrás de la espalda a una pequeña estaca clavada en el suelo. Aún observamos que tiene la cabeza partida y el cerebro expuesto. Los otros dos charros tiran del caballo con otro lazo para ayudar a sacar el corazón mientras miran a su víctima y ríen. El verso final: “Y el corazón ya frío... le arrancaron del pecho” [Fig. 9].

Esta última caricatura que hemos descrito bien podría ser tenida como una representación de guerrilleros zapatistas —más aún porque ciertamente el charro de a caballo, que aparece ser el líder de la cuadrilla, es parecido al tipo gráfico de Zapata. Pero esta imagen fue publicada el 23 de julio de 1910, es decir, cinco meses antes del estallido de la revolución maderista y un año antes de que la prensa capitalina comenzara su campaña de propaganda antizapatista. No obstante, una vez que la revolución campesina nacida en el Estado de Morelos se hizo temer de las élites porfirianas y de la prensa capitalina Zapata y el zapatismo hicieron su irrupción en este *continuum* iconográfico del charro. Y aquí cabe reiterar que no en todas las imágenes que son objeto del presente análisis Zapata aparece representado con los atributos del charro; en algunas aparece con una apariencia más cercana a la del indio, en otras aparece disfrazado ya de escolar, de Don Juan Tenorio, de centurión romano o de gladiador. Empero, a pesar de esto aún es posible afirmar que la en la mayoría de las caricaturas Zapata es un charro [figs.12, 15, 16, 17, 19, 24, 27, 34, 37, 41, 43, 45, 48 y 49].

Incluso, con ocasión del ataque encabezado por Amador Salazar a un tren en la localidad de Ticumán, el zapatismo fue representado no ya por el charro-Zapata, sino por el charro-Salazar, quien aparece de espaldas al lector, apuntando sus armas a las cabezas de los periodistas Ignacio Herrerías y Humberto Levi Strauss, y portando el traje de típico dibujado con gran detalle y con un trazo más cercano al naturalismo que a la caricaturización. El ángulo nos impide ver la faz de Salazar, y por esta razón el protagonista es ante todo un charro, al que únicamente distinguimos como el jefe zapatista gracias al iconotexto en el sombrero. La imagen se tituló “El Maderismo y el Zapatismo tienen el mismo criterio”, y se compone de dos viñetas en las que se comparó la actuación del

gobierno maderista que despedía periodistas con las muertes de los citados periodistas como consecuencia del ataque de los rebeldes surianos [fig. 30].

Así, retomando el hilo de nuestra propuesta, hemos de decir que esta representación coyuntural del charro reflejará los síntomas de tal situación histórica; el charro-Zapata de las caricaturas de *El Ahuizote* y *Multicolor* será un charro de apariencia enfáticamente feroz y se caracterizará por la profusión de atributos que aluden a su barbarie guerrera y, más aún, a su monstruosidad (moral, sobre todo). Pero estos serán los aspectos a valorar en la segunda parte de nuestro análisis. Ahora nos interesa destacar algunas propuestas de Aurrecoechea y Bartra en lo que respecta al devenir de la imagen del charro en la caricatura de la prensa del periodo posrevolucionario, principalmente en la década de los veinte, con el objeto de complementar el panorama de la tradición cultural convencionalizada en la que creemos que se inscriben las imágenes del charro-Zapata, para de esta manera hacer inteligible su historicidad, no tanto en lo que respecta a su devenir formal, sino más bien en cuanto al devenir de su significado implícito.

Así, debemos de situarnos al inicio de la década de los años veinte del siglo XX; la paz gradualmente se reestablecía en México, el zapatismo, que durante los años de guerra se constituyera como la más extensa y poderosa liga de los pueblos tradicionales en la región centro-sur del país y como una de las fuerzas protagónicas de la revolución en la fase constitucionalista; el movimiento campesino que mantuvo en vilo durante casi ocho años a las élites sociales de la Ciudad de México, por fin había sido derrotado militarmente. El Estado-nación posrevolucionario se irguió sobre las cenizas del zapatismo vencido, pero hubiera sido imposible que consolidara la legitimidad de su soberanía sin adoptar un discurso político que evocara las demandas de los sectores rurales de la población.

En el ámbito de la producción cultural de las nuevas élites dirigentes, como apuntan Aurrecoechea y Bartra, esta exigencia se tradujo en una invocación permanente e inéditamente enfática de distintos aspectos de la cultura popular como esencia de una renovada conciencia nacional. En este contexto la imagen del charro adquirió un lugar central entre los “tipos nacionales” y devino en símbolo de lo que era un mexicano.⁶⁸⁴ Mientras que por su parte la imagen de Zapata, quizá el charro por antonomasia en la

⁶⁸⁴ *Idem.*, p. 186.

cultura del México posrevolucionario, entró en una segunda etapa de su propio devenir iconográfico, en el cual los elementos coyunturales con los que por primera vez lo presentará públicamente la prensa porfiriana quedaron atrás; la monstruosidad, la inmoralidad, la profusión de sangre y las alusiones a la muerte de la gráfica satírica de la década anterior quedaron en el olvido como vestigios del régimen porfiriano y en su lugar vino la construcción del héroe nacional, el símbolo del agrarismo del Estado posrevolucionario.⁶⁸⁵

No obstante, al margen de la mitificación heroica de la imagen de Zapata —que irradia sobre todo desde el ámbito del discurso político oficial—, el protagonismo y la idealización nacionalista de la imagen del charro en general en la producción cultural del México posrevolucionario discurrió paralela a las connotaciones latentes que continuaban denotando a este ícono como signo de la anti-modernidad o barbarie rural. En este sentido, la gráfica humorística de la prensa posrevolucionaria de los años veinte nos ofrece dos ejemplos claros y reveladores a través de las primeras historietas estilo *comic* norteamericano: *Don Catarino y su apreciable familia*, publicada por *El Heraldo* a partir de 1921 con dibujos de Salvador Pruneda y guion de Carlos Fernández Benedicto. Y *Mamerto y sus conocencias*, que apareció en febrero de 1927 en la edición dominical de *El Universal*, con idea y textos de Jesús Acosta y monos de Hugo Tilghmann.

El argumento básico de ambas historietas es el prácticamente el mismo: un ranchero o charro que migra de su localidad rural a la Ciudad de México. El recurso elemental del humorismo también es muy similar: los guionistas abrevan principalmente del contraste entre el primitivismo del charro y la modernidad urbana satirizando las dificultades que enfrentan los protagonistas para adaptarse a la vida en la gran ciudad.

Así, Aurrecoechea y Bartra parten del pensamiento de Jesús Acosta, cuando éste describe a Mamerto como “el tipo de campirano adinerado que viene a México por primera vez y tras tirar la careta de la hipócrita conveniencia del campo, se nos muestra con todos sus defectos y todas sus virtudes [...] charrito modernista que viene a ‘ilustrarse’ con sus amigotes de la

⁶⁸⁵ Sobre el devenir de la imagen conceptual de Zapata desde la Revolución Mexicana hasta la actualidad ver: Felipe Arturo Ávila Espinosa, “De forajido a prócer, o cómo El Atila del Sur devino símbolo del agrarismo”, en Mónica Blanco y Paul Garner (coords.), *Biografía del personaje público en México. Siglos XIX y XX*, México, Facultad de Economía-UNAM, 2012, p. 25-57.

provincia [...]”,⁶⁸⁶ para realizar una aguda reflexión que, desde nuestro punto de vista, también podría ser válida como intuición sobre el significado implícito de *Don Catarino*:

La declaración de Acosta es reflejo implícito de uno de los fenómenos culturales más importantes de la década de los veintes: el temor de los capitalinos al México rural. Tradicionalmente la capital había despreciado a la provincia y sus rústicos habitantes. Pero cuando la Revolución sacó al mundo agrario de su letargo y los ejércitos campesinos acosaron a la ciudad, el desprecio se transformó en temor. En efecto, en esos años la emigración masiva de campesinos a las ciudades es la prolongación pacífica de la ominosa amenaza rural de la década anterior. Los capitalinos se sienten invadidos por los inmigrantes, y si no pueden obligarlos a que permanezcan alejados en su remoto mundo agrario, intentan, por lo menos, afirmar la superioridad urbana frente a la rusticidad campirana, reduciendo a sangrientas caricaturas todo aquello que huele a campo, a rancho o a huarache. Este es el esquema ideológico que subyace en *Mamerto y sus conocencias*.⁶⁸⁷

6.8. *Lo indio en la gráfica del bárbaro-zapatista*

Hemos expuesto la ambigüedad con la que se trató el tema de lo indio con respecto al zapatismo en el discurso textual de las publicaciones que nos ocupan en esta investigación, destacando sobre todo el caso de *El Mañana*, bisemanario que, como también señalamos, desarrolló las reflexiones más profundas en este sentido, especialmente cuando el tema de fondo era la cuestión de si existía o no un conflicto agrario relacionado al origen del zapatismo. Y aunque sin la misma profundidad en la reflexión, de cuando en cuando también *El Ahuizote* y *Multicolor* dejaron ver que en su imagen conceptual o mental del zapatismo estaba presente su idea de lo indio.

Esta correspondencia entre las imágenes conceptuales de lo que era indio y lo que era el zapatismo tuvo su extensión en la representación gráfica. En este sentido, una de las imágenes más explícitas fue publicada por *El Ahuizote* a mediados de septiembre de 1912, en el contexto de la campaña de la prensa capitalina en contra del general Felipe Ángeles por su estrategia conciliadora en la campaña de Morelos y sus desfavorables declaraciones sobre las campañas anteriores en la misma región. En realidad, no se trata de una caricatura propiamente dicha, sino más bien de un grabado que formó parte de una sección gráfica titulada “Galería artística de El Ahuizote”, la cual consistía en reproducciones de obras pictóricas famosas pero adaptadas a la actualidad política, con las cuales, además, el lector podía conformar una colección.

⁶⁸⁶ Aurrecochea y Bartra, *Op. cit.*, p. 231.

⁶⁸⁷ *Idem.*, p. 232.

La imagen a la que nos referimos era una copia de la obra *Fray Bartolomé de las Casas, defensor de los indios*, del pintor Félix Parra; la versión de *El Ahuizote* se intituló “Fray Bartolomé de los Ángeles, defensor de los zapatistas”, y el rostro del obispo de Chiapas fue sustituido por el de Felipe Ángeles, mientras que, en la parte inferior de la composición, la faz del indio que yace en el suelo sobre sus espaldas y sangrando la cabeza fue reemplazada por el rostro de Zapata, como lo reitera el iconotexto en la prenda que cubre la parte baja del torso. Finalmente, el lugar de la india que se encuentra a los pies del fraile dominico y se estrecha suplicante contra sus piernas fue ocupado por “Catalina Espejo”, como lo indica el iconotexto en sus ropas, muy probablemente en alusión a Josefa Espejo, esposa de Zapata, a la que por yerro se le habría cambiado el nombre por el de Catalina [fig. 31].

Empero, al margen del grabado que describimos en el párrafo anterior, las restantes alusiones a lo indio del zapatismo en la gráfica de *El Ahuizote* y *Multicolor* ya no son tan explícitas, sino por el contrario, las reconocemos como tales porque así nos lo confirman referencias externas a las imágenes. Esto es así porque están inscritas en la indumentaria; Zapata será representado en distintas ocasiones con prendas como la camisa blanca, el calzón o pantalón blanco y descalzo. Igualmente, hubo una ocasión en la que el zapatismo, que no Zapata, fue representado a través de un personaje dotado de estos mismo atributos, salvo por el calzado, puesto que dicha figuración del zapatismo lleva huaraches.

En este orden de reflexiones, Tenorio Trillo nos ofrece una de las referencias más ilustrativas sobre el hecho de que estos elementos del vestido constituían una parte fundamental de la imagen mental que las élites porfirianas tenían acerca de lo indio, además de que nos indica que su percepción de este atuendo era negativa debido a que se le relacionaba con los precarios hábitos de consumo de los sectores populares. Así —dice el citado autor— cuando en 1889 Antonio de Medina Ormaechea, fundador de la Sociedad Mexicana de Consumo, planteó el proyecto de organizar una exposición universal en la Ciudad de México, uno de sus argumentos fue que tal evento tendría

benéficos efectos en la educación, pues mientras las exposiciones de México en ciudades estadounidenses o europeas mostraban el progresismo de la élite mexicana al mundo, una exposición universal en México ayudaría a educar y modernizar a los indígenas, quienes “se

conforman con una camisa y un calzón de manta para cubrir sus carnes, con unos huaraches para calzar sus pies [...]”.⁶⁸⁸

Ya en el terreno de la imagen gráfica, Thelma Camacho Morfín nos brinda otra referencia que reitera el pensamiento anterior. Las imágenes corresponden a una de las historietas publicitarias de la tabacalera El Buen Tono, la cual precisamente versa sobre la relación entre los elementos del vestido que hemos señalado y la idea del zapatismo en el contexto de la Ley de Suspensión de Garantías decretada por el gobierno maderista para las regiones en las que el zapatismo tenía bases de apoyo a comienzos de 1912:

En Chimalhuacate el Prieto, el presidente municipal propone una ley para uniformar a los habitantes de esa población con el fin de diferenciarlos de los merodeadores zapatistas. La ley en cuestión establece la pena de muerte para aquellos que no usen pantalón y sombrero de copa alta. El miedo de ser ejecutados obliga a los habitantes del pueblo a integrar su a su indumentaria tradicional las prendas obligatorias; en la imagen vemos mujeres y niños con sombrero de copa alta y hombres vestidos con camisa de manta, huaraches y en lugar de calzón de manta y el sombrero de palma, pantalón y sombrero de copa alta.⁶⁸⁹

El nudo humorístico de la narración sobreviene cuando: “un hombre pobre, que viste camisa y calzón de manta raídos, llega de visita al pueblo y e inmediato lo condenan a la pena de muerte por sospecha de ser guerrillero”. Lo que a juicio de Camacho Morfín es una crítica “a la brutal represión con la que se enfrentó al movimiento zapatista; la ironía de presentar una situación hipotética en la que los pueblos pacíficos se distinguen de los guerrilleros por el atuendo urbano y propio de las clases altas, indica que el hecho de ser pobre y vestir como indígena volvía sospechoso a cualquier habitante rural [...]”.⁶⁹⁰

Por otra parte, no sólo los huaraches eran un signo de lo indio en el pensamiento de las élites urbanas, sino que indio era también andar descalzo. En este sentido, en la gráfica del semanario *Cómico* encontramos otra valiosa referencia. Se trata de una serie de viñetas en las que se ilustran con caricaturas algunos fragmentos extraídos del discurso de un diputado de apellido “Mateos”; en una de las secuencias el protagonista es un indio, que en la primera escena vemos en posición de alejarse de la puerta de una iglesia al tiempo que gesticula rechazo con las manos y volviendo el rostro en dirección opuesta a la entrada del

⁶⁸⁸ Tenorio Trillo, *Op. cit.*, p. 76-77.

⁶⁸⁹ Thelma Camacho Morfín, *Las historietas de El Buen Tono (1904-1912). La litografía al servicio de la industria*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2013, p. 153.

⁶⁹⁰ *Idem.*, p. 153-154.

recinto religioso, mientras el fragmento del discurso que ilustra dice: “Sí, Ciudadanos Diputados, el fanatismo huye derrotado y triunfan los libres-pensadores; apenas el indio se pone zapatos... y ya no va a misa”. Finalmente, en la siguiente escena vemos al mismo personaje, ya con zapatos y además ahora portando levita, mientras el iconotexto complementa: “cuando [el indio] se pone levita ya no cree en Dios” [Fig. 10].

A partir de estos referentes consideramos que en ciertas caricaturas del zapatismo en *El Ahuizote* y *Multicolor* subyace la idea de lo indio. Por ejemplo, la imagen titulada “Un caso de catalepsia”, en la que Zapata aparece al centro de la composición portado un sombrero de alas anchas sin ninguna decoración, por lo que podemos intuir que no se trata de un sombrero de charro, sino de uno de palma propio de los sectores populares del campo, el cual era conocido como sombrero “chilapeño”, además de una camisa sencilla blanca, un pantalón blanco e igualmente sencillo y, detrás del ataúd que él junto con Gustavo A. Madero están sacando de la tierra y en cuyo interior se encuentra el cadáver de la “Dictadura”, podemos ver que asoma uno de sus pies desnudos [Fig. 26].

Los mismos atributos que podemos observar en la historieta “Los dos príncipes” publicada por *El Ahuizote* a finales de 1911. La historieta se compone de doce viñetas acompañadas cada una de iconotexto y narra la ruptura entre los príncipes “Maderini” y “Piramidini” (Madero y Emilio Vázquez Gómez). Las viñetas finales satirizan la actuación de Madero respecto al conflicto zapatista. Así, vemos en la novena viñeta al príncipe “Maderini” abrazando a un Zapata que viste el sombrero simple (“chilapeño”), la camisa blanca y el “calzón” blanco, mientras los pies están descalzos. El iconotexto en esta escena indica que: “Maderini fue a visitar a uno de sus más integérrimos amigos”. Después, en la penúltima viñeta nuevamente vemos a Zapata portando la indumentaria que ya indicamos y notamos que está apunto de ejecutar a un hombre. El iconotexto en la parte inferior de la escena señala: “El integérrimo amigo se burló de él y siguió en su notable tarea”. En la última viñeta el protagonista también es Zapata, quien aparece recostado bocabajo haciendo un ademán de burla, pero ya lleva zapatos, mientras el iconotexto nos revela a través del sarcasmo de qué se ríe Zapata: “Y los ejércitos del príncipe batieron al integérrimo con tanta eficacia que dieron cuenta con él” [fig. 26].

Un tercer ejemplo es la caricatura “Las transformaciones de Júpiter Pandero” publicada por *El Ahuizote* en enero de 1912 en el contexto del decreto de suspensión de garantías para la región centro-sur. La firma es de Rafael Lillo, y consiste de dos viñetas: en la primera vemos a Madero personificado como el dios Júpiter emergiendo de entre las nubes y dejando caer piezas de oro sobre la figura de Zapata, quien se halla en la parte inferior recostado, entre cabizbajo y somnoliento, haciendo un gesto de rechazo con la mano ante lo que le ofrece desde el cielo “Júpiter Pandero”. Versos al pie de la imagen describen la escena: “Cuando Júpiter reía, el buen Zapata lloraba/en tanto que desdeñaba el oro que recibía”. Mientras en la segunda escena ambos personajes ocupan las mismas posiciones y lo único que cambia son sus expresiones, puesto que ahora vemos a “Júpiter Pandero” iracundo y preparándose para dejar caer rayos (Suspensión de Garantías) sobre Zapata, quien esta vez está riendo a carcajadas. Los versos explican el cambio de actitud de los personajes: “Y hoy, que Júpiter le envía sus rayos más formidables, /ríe de fusiles y sables y de toda... ‘Garantía’”. En las dos escenas de esta imagen Zapata aparece portando el sombrero de alas anchas sin decoración, una camisa blanca y pantalón blanco; los pies están desnudos, y los únicos accesorios de esta indumentaria son el chalequillo negro, la canana que cruza el torso y una pistola enfundada que cae por el costado [fig. 28].

Finalmente, otra imagen en la que nuevamente convergen estos atributos del vestido, pero no en Zapata, sino en un personaje prototípico que representa al zapatismo, como lo indica el iconotexto en su sombrero. Se trata de una de las caricaturas más mordaces y más llena de odio, miedo y prejuicios. Fue publicada por *Multicolor* en septiembre de 1913 y en el centro de la composición vemos a un personaje de constitución raquíca y con rasgos faciales desmesuradamente grotescos, en exageración terrible de los rasgos típicos del indio en la gráfica satírica de la prensa de finales del siglo XIX y principios del XX, el cual lleva sombrero “chilapeño”, viste camisa y calzón blancos andrajosos, al tiempo que calza unos huaraches pobrísimos que apenas se ajustan al pie con unas cuerdas muy delgadas [fig. 50].

Hasta aquí las alusiones claras a lo indio del zapatismo. Empero, por último quisiéramos destacar un caso que nos resulta más ambiguo: la caricatura “El Amolador”, pues en la imagen vemos a Zapata vistiendo un sombrero poco estilizado y sin decoración, y una camisa blanca también simple; no lleva chaqueta, ni corbata de charro, y el pantalón si bien

es blanco luce ajustado a las piernas y no holgado como comúnmente se representa el calzón de manta, además de que no está descalzo ni porta huaraches, sino zapatos de color negro [fig. 19].

Finalmente, a manera de corolario para los epígrafes sobre el charro-Zapata lo indio en la gráfica del zapatismo, nos interesa retomar ciertos planteamientos de Burke que vendrían a reiterar que la del zapatismo en la caricatura de *El Ahuizote* y *Multicolor*, en cuanto a su significado implícito, es una representación de la barbarie rural. Pero no sólo desde la perspectiva de las élites modernizantes porfirianas, sino que puede ser entendida como un eslabón de una cadena visual más larga que se remonta a los orígenes de la consolidación de la modernidad capitalista como esquema civilizatorio de carácter universal y nos remite a la perenne dicotomía de lo urbano versus lo rural, entre modernidad y tradición. Pues coincidimos con Burke cuando indica que en Europa las representaciones urbanas de los habitantes de la zona rural empiezan a definirse como representaciones despectivas de forma paralela a la afirmación del urbanicismo: “a partir del siglo XII, pastores y labradores aparecerían en las imágenes occidentales representados de manera grotesca”. Añadiendo que: “la divulgación de esas representaciones negativas de los campesinos durante los siglos XV y XVI indica que la distancia entre la ciudad y el campo fue aumentando de la mano de la urbanización”.⁶⁹¹

6.9. La ferocidad del Atila del Sur. El tipo gráfico facial de Zapata.

En la historia de la gráfica satírica mexicana se han conformado tipos gráficos muy representativos de personajes públicos. Tal es el caso de Benito Juárez, quien hacia los últimos años de su mandato comenzó a ser caricaturizado regordete, con extremidades raquílicas, unas cejas ridículamente largas que hacían las veces de antenas para que el conjunto evocara la imagen de un insecto. O también Sebastián Lerdo de Tejada, quien adquirió la apariencia de ave mediante la exageración del ángulo de su nariz, los ojos desbordados de sus órbitas y la desmesurada proporción de su cabeza. Lo mismo que

⁶⁹¹ Burke, *Op. cit.*, p. 173. Finalmente, Burke observa que hacia el siglo XIX se inauguró una nueva vertiente en la representación que los grupos urbanos creaban de las sociedades rurales, puesto que en el contexto del surgimiento de los Estados-nación y la expansión de la homogeneización capitalista los campesinos comenzaron a ser exaltados como portadores de elementos de identidad nacional. *Idem.*, p. 174.

ocurrió con la representación de Francisco I. Madero, quien se volvió inconfundible en la gráfica satírica de la época por su tamaño diminuto y la enorme cabeza calva que lo asemejaban a un niño pequeño.

Con la representación de Zapata en las caricaturas de *El Ahuizote* y *Multicolor* (y no sólo en las de éstos) ocurrió un proceso análogo; una serie de rasgos volvieron inconfundible la representación de Zapata, de forma que en algunas ocasiones incluso lo podemos reconocer como Zapata a pesar de que no exista un iconotexto que lo identifique explícitamente. Los rasgos recurrentes de esta representación que conformarían un tipo más o menos bien definido y compartido por distintos caricaturistas de diferentes publicaciones serán: las cejas arqueadas que convergen en un ceño gravemente fruncido, unos ojos muy pequeños que en muchas ocasiones parecen rasgados, nariz grande y unas fosas nasales que nos dan la impresión de que Zapata resopla como un toro, unos pómulos angulosos muy marcados, bigotes larguísimos y ondulantes. Siendo que el conjunto daba al rostro del Zapata caricaturizado una apariencia de ferocidad y de malignidad que no se observa en ningún otro personaje de los que fueron objeto de la producción de la prensa satírica ilustrada de la época.

Dos ejemplos básicos de este esquema son, por un lado, la caricatura “Los cinco problemas actuales”, una composición en la que vemos cinco círculos negros sobre fondo blanco, cada uno de los cuales contiene a un personaje político representado con muy pocos trazos; los dos de la parte superior son Bernardo Reyes y Madero, los dos debajo son De la Barra y Jorge Vera Estañol y el último en la parte inferior es Zapata, representado sólo con unos trazos que esbozan el cabello sobre su frente, dos para las cejas fruncidas en el ceño, y un par de bigotes muy largos [fig. 39]. Mientras que la otra versión básica del dicho esquema es “El mero D. Emiliano”, en la que también vemos a Zapata evocado a través de unos cuantos trazos que esbozan el rostro feroz sólo mediante ceño, fosas nasales y bigotes, complementado con sombrero, cananas, cuchillo, pistola, y calzado [fig. 35].

Menos esquemáticas que las anteriores y difiriendo en algunos detalles pero la mayoría de representaciones de Zapata sigue este patrón gráfico, por lo que quizá resulte más práctico destacar los casos en los que los artistas no siguieron la pauta y crearon caricaturas que no se parecen mucho a Zapata ni tampoco al tipo gráfico de Zapata según lo hemos descrito.

Una de las imágenes más originales en este sentido es la titulada “La pipa del Atila”, en la cual vemos el busto de dos personajes, un ranchero y una mujer —a la que reconocemos como tal únicamente gracias al iconotexto, pues es tan fea que a primera vista podríamos obviar que se trata de un hombre. El charro lleva puesto su sombrero y un poncho. Fuma de una pipa rematada con el rostro de Francisco León de la Barra. Solamente el iconotexto al pie de imagen nos ayuda a reconocer al charro como Zapata, puesto que más que caricatura parece un retrato y ciertamente no se parece a Zapata, ni tampoco están presentes las cejas y ceño fruncidos, los pómulos angulosos o las fosas nasales dilatadas de su tipo gráfico. Lo que sí vemos son unos ojos pequeños y los bigotes exageradamente largos y desaliñados. La ferocidad tampoco se refleja, en cambio el personaje parece estar sonriendo, y el iconotexto nos da una idea del por qué: ella pregunta “¿Qué antes no era blanca tu pipa?”, en alusión al mote de De la Barra, (“el presidente blanco”), y Zapata le responde: “Sí; pero a última hora se me ocurrió ‘culotearla’ [sic]” [fig. 45]. Pero también podemos citar la composición titulada “Refranes en acción”, donde vemos a un enjuto charro cuyo sombrero indica que es Zapata, aunque su faz no esboza los rasgos de la ferocidad y malignidad de los que hemos venido hablando, sino que éste también sonríe dejando ver una gran dentadura [fig. 43]

De forma opuesta, hay caricaturas en las que el tipo gráfico de Zapata nos hace reconocerlo así aun cuando no hay iconotexto explícito que lo indique. Aunque sí es cierto que en estos casos el iconotexto que resulta determinante es el que describe sucesos de la actualidad política. Además de que existen elementos simbólicos, como la calavera, que son atributos característicos de Zapata y que, por esta razón, complementan el tipo gráfico facial de Zapata.

Una vez hemos hecho esta interpretación de carácter puramente iconográfico, resulta necesario profundizar y plantear ahora una interpretación iconológica; nos interesa formular una hipótesis sobre el posible significado implícito en el tipo gráfico de Zapata. Con este objeto, debemos indicar que creemos que dicho esquema gráfico en su conjunto denota ferocidad y aún malignidad y crueldad, al tiempo que evoca, quizá, un aspecto oriental o mongólico que estaría en sintonía con la imagen conceptual del llamado “Moderno Atila”.

En cuanto a la apariencia feroz, maligna y cruel podemos comenzar asiéndonos de las múltiples referencias que confirman que entre las élites porfirianas de comienzos del siglo XX, inmersas en el paradigma del racionalismo positivista, existía la creencia de que el grado de evolución humana y la índole moral de individuos y grupos era algo que podía y debía ser reconocido y clasificado a través de los caracteres físicos. Determinación que puede explicarse en razón de la popularidad que la antropología criminal y la antropología física tuvieron en el ambiente intelectual de las élites porfirianas. En este sentido, debemos recordar que las masas rurales y en particular los grupos indígenas eran tenidos por la intelectualidad porfiriana como seres humanos semi salvajes, como eslabones a media distancia entre la animalidad y la humanidad plena representada por las sociedades de raza blanca. De ahí probablemente la ferocidad gráfica del llamado “salvaje de las cañas”,⁶⁹² el “tipo de ferocidad humana quintaesenciado”, como se refirieron a Zapata.⁶⁹³ De la misma manera que cabe traer a cuenta que para esta misma clase dirigente, que concebía la sociabilidad capitalista como el único modo de vida civilizada y verdaderamente humana, Zapata representó la máxima expresión de inmoralidad, luego, su faz debía forzosamente reflejar esta perversión de su espíritu.

También podemos añadir que la ferocidad, malignidad y crueldad en tanto cualidades morales inmateriales no devienen en representaciones gráficas sólo en función del racionalismo positivista de las élites porfirianas, sino que el afán de hacer observable en una representación icónica simbólica lo moral se remonta muy atrás en el pasado de la tradición visual de la cultura occidental. Siendo un ejemplo ideal de este fenómeno la *Iconología* de Cesare Ripa, quien establece las siguientes pautas gestuales para representar la Ferocidad: “Mujer joven y revestida con armadura, de altanero semblante y gesto lleno de ira. Teñido de amenazas [...]”;⁶⁹⁴ o así para la Malignidad: “Mujer pálida y fea, [...] Se ha de pintar muy fea en razón de que las acciones de las gentes malignas son igualmente horribles, ariscas y contrarias a todo trato y relación civil y ciudadana”;⁶⁹⁵ también, por ejemplo, la Crueldad: “Mujer de tez encarnada, [...] Tiene una mirada espantosa y de gran

⁶⁹². “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 14 de noviembre de 1911, serie III, núm. 44, p. 4.

⁶⁹³ “El gravísimo conflicto en el Estado de Morelos. Aclaraciones importantes”, *El Mañana*, 22 de junio de 1911, serie III, núm. 3, p. 3.

⁶⁹⁴ Cesare Ripa, *Iconología*, Madrid, Ediciones Akal, 3ª edición, vol. I, 2002, p. 412-413.

⁶⁹⁵ *Idem.*, p. 41.

fiereza [...]”;⁶⁹⁶ o por ocasión diversa, el Homicidio: “Hombre armado y de espantosa apariencia [...] se representa horrible al homicidio porque no sólo es abominable su condición a las personas, sino también y especialmente al sumo Dios [...]”.⁶⁹⁷

Por otra parte, también dijimos que el conjunto de rasgos que componen el esquema que hemos definido como tipo gráfico de Zapata parece evocar o delatar una apariencia mongólica o extremo oriental estereotípica [ver figs. 17, 18, 19, 20, 33, 41, 42 y 49]. Concretamente, esto nos parece muy evidente en la caricatura “En la Escuela Democrática”, donde vemos ocurrir una escena protagonizada por Zapata, Madero y Bernardo Reyes caracterizados como niños escolares. La acción discurre al interior de un aula; el lugar central de la composición lo ocupa Madero, que se encuentra profundamente dormido sobre su pupitre. Detrás de él vemos a Zapata sosteniendo un cerillo encendido y mirando con malevolencia a su “compañerito” dormido, y en la parte inferior está Reyes encucillado y prendiendo fuego a uno de los pies de Madero. El iconotexto al pie de imagen nos remite a un dialogo entre los traviesos personajes, pero no indica a quién corresponde cada línea: “—Buena idea: con estos ‘calambres’ ya verás que brinco pega. —Luego éste es muy hablador y a lo mejor se ‘raja’”. No hay tampoco un iconotexto que nos confirme que el personaje detrás de Madero es Zapata, pero el tipo gráfico es inconfundible: vemos un semblante malicioso, con las cejas formando un ángulo muy pronunciado que converge en el centro, los ojos pequeños y evidentemente rasgados, los pómulos marcados y los bigotes exageradamente largos y delgados [fig. 18].

E igualmente, otra imagen en donde creemos que la apariencia mongólica es evidente es la llamada “El Amolador”, pues vemos otra vez las cejas delgadas dibujando el ceño fruncido; los ojos pequeños claramente rasgados y además siguiendo el mismo ángulo de inclinación que las cejas, los pómulos marcados y los bigotes largos y muy delgados [fig. 19].

Ciertamente carecemos de referencias gráficas con las cuales sustentar que estas imágenes de Zapata siguen un estereotipo facial mongólico o extremo oriental. En este sentido únicamente podemos remitir al lector a una de las historietas publicitarias de El Buen Tono analizadas por Camacho Morfín que narra la historia del patriota Ranilla, quien se disfrazaba

⁶⁹⁶ *Idem.*, p. 246.

⁶⁹⁷ *Idem.*, p. 478-479.

de comerciante chino para averiguar por qué hay una flota estadounidense en una bahía mexicana.⁶⁹⁸ Empero, también es importante no perder de vista que la idea de lo indio es parte integral de la imagen conceptual o mental del zapatismo en el discurso de la prensa capitalina, y ya hemos visto cómo esto se reflejó en la representación gráfica de *El Ahuizote* y *Multicolor*. Por este motivo consideramos que la propuesta de que el tipo gráfico de Zapata evoca una apariencia mongólica se vuelve verosímil cuando retomamos los estudios de Historia cultural que confirman que en el ambiente intelectual de las élites porfirianas se hallaba bien extendido el supuesto de que las llamadas “razas mexicanas” compartían el código genético de las razas asiáticas.

Antes citamos, por ejemplo, el pensamiento de Andrés Molina Enríquez, quien sostuvo que el gobierno más adecuado para indios y mestizos —las razas que supuestamente componían la masa de la sociedad mexicana— era el “régimen de cooperación obligatoria” en manos de gobernantes despóticos como el que empleaban los imperios asiáticos.⁶⁹⁹ En el mismo sentido, Moisés González Navarro observa que cuando la élite del régimen porfiriano declaraba que el aspecto de los japoneses no era “vulgar” había implícito un “autoelogio”, porque “no pocos señalaron las semejanzas entre los indios mexicanos y los japoneses, porque procedían de un tronco común”, como lo evidenciaba el color negro de cabello y ojos y “la oblicuidad de éstos”.⁷⁰⁰

Más referencias hay como la anterior y poco práctico nos resultaría citar otras tantas. Únicamente quisiéramos retomar, por último, los sugestivos planteamientos de la investigación de Karina Sámano Verdura, quien elaboró una tabla con los datos proporcionados por el antropólogo Frederick Starr en su obra *The Physical Characters of the Indians of Southern Mexico* con el objetivo de develar la imagen estereotípica que dicho autor estableció en su estudio, observando que: “podemos darnos cuenta de que la mayoría de las características que son ‘particulares’ de cada grupo [indígena], en realidad están presentes en todos los grupos, por ejemplo, el cabello lacio y oscuro, los ojos oblicuos ‘mongoloides’, la estatura baja, el color de la piel [...], la cabeza corta y ancha

⁶⁹⁸ Camacho Morfín, *Op. cit.*, p. 122.

⁶⁹⁹ *Vid. Supra.* p. 158.

⁷⁰⁰ González Navarro, *Op. cit.*, p. 577-578.

(braquicéfalo) y la nariz aguileña”.⁷⁰¹ Y adelante añade: “la insistencia en los caracteres mencionados de alguna manera podría representar la construcción de un estereotipo de lo que pudo considerarse ‘indio’, así, a pesar de pertenecer a grupos diferentes, los indígenas parecían mantener rasgos estrechamente comunes”, con lo que se volvían un objeto de estudio más manejable, y “al mismo tiempo se reforzaba la idea de un origen asiático observable en algunos rasgos, por ejemplo, la forma de los ojos, la cual en los ‘indios’ se presenta generalmente oblicua, con parecido a los chinos [...]”.⁷⁰²

Hasta aquí hemos sintetizado las propuestas que nos llevan a intuir que en el tipo gráfico de Zapata puede subyacer la idea de lo indio reflejado en una apariencia mongólica o asiática. Sin embargo, en cualquier caso debemos reiterar que la práctica iconológica es aproximativa y bien puede ser reformulada con base en otro orden de referencias.

6.10. “Promesas imposibles” y manipulación. La representación de Zapata y el zapatismo en relación con el contexto político

En su calidad de comentario u opinión gráfica, la materia prima de la caricatura es el contexto político, y las imágenes del zapatismo en *El Ahuizote* y *Multicolor* no son la excepción, pues, además de traducir gráficamente la representación conceptual del bárbaro-zapatista, son también (en el nivel explícito) una evaluación de la actualidad política general. Así, lo que observamos es que estas imágenes de Zapata y el zapatismo son sobre todo el pretexto de la crítica para escarnecer a otros personajes públicos, especialmente a Francisco I. Madero y Gustavo A. Madero.

No obstante, el hecho de que el zapatismo sea representado como responsabilidad política de estos prohombres de la revolución también nos ofrece información sobre los significados de las caricaturas que nos ocupan. En este sentido, creemos que es posible distinguir entre dos dimensiones de dicha representación, las cuales siguen a su vez las claves predominantes del discurso escrito: una que interpreta al zapatismo como el mayor

⁷⁰¹ Karina Sámano Verdura, *Hacia la construcción de un estereotipo del indígena mexicano, 1810-19120. La fotografía y las investigaciones etnográficas de Ales Hardlicka, Frederick Starr, Carl Lumholtz, Leon Diguel, Nicolas Leon y Manuel Gamio*, Tesis de Maestría, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2010, p. 120.

⁷⁰² *Idem.*, p. 121.

problema político de Madero como consecuencia de sus ofrecimientos de tierra, y otra que lo presenta sobre todo como un instrumento del líder de la revolución de 1910.

Entre las imágenes del primer tipo, es decir, donde el zapatismo figura como el primer peligro potencial para la estabilidad del proyecto maderista como resultado de las “predicas demagógicas” sobre la cuestión de la tierra, nos interesa destacar sobre todo la titulada “Navegando en río revuelto”, publicada por *El Ahuizote* en julio de 1911. En esta composición vemos la “Nave del Estado” en medio de unas aguas agitadas y muy distante de la tierra firme (“Democracia”). Sobre la embarcación, de lado derecho, está Madero tratando de manejar el timón, y en el izquierdo vemos a De la Barra caracterizado como una especie de marioneta de madera. Junto a estos personajes observamos un par de bultos que se indican como “nepotismo y compadrazgo” el uno, y “adjudicación de terrenos” el otro. Mientras que en el centro de la imagen vemos una gran caja con el iconotexto “Promesas imposibles”, y sobre ésta una gran bota negra con el nombre “Zapata”; De la Barra parece tener los ojos cerrados, pero Madero sí observa la bota —de la que parece estar saliendo humo como si hubiese un explosivo dentro—, y su expresión es de profundo temor, como lo denota su ceño y el sudor profuso que mana de su frente [fig. 11].

El contexto de esta imagen lo hemos referido en el primer capítulo de forma general, por este motivo nos limitaremos a recordar que en julio de 1911 nos hallamos aún en vísperas del inicio de la militarización del Estado de Morelos, razón por la cual la prensa presionaba a Madero y, sobre todo, a De la Barra para eliminar a la rebelión campesina del Sur. Por otra parte, nuestro interés ahora es proponer una interpretación sobre el significado no explícito de la imagen. En esta lógica, sostenemos que la cuestión de la disputa por la tierra entre dos modos de producción distintos y aún opuestos en sus fundamentos es el conflicto que subyace en esta caricatura de *El Ahuizote*; las promesas de democracia y libertad de Madero obligadamente le estallarían en la faz al chocar con la realidad, porque la realidad era que las comunidades tradicionales como las zapatistas no tenían derecho ni eran libres para trabajar la tierra a través de un modo de producción-consumo que no era el capitalista. Pues como Lund nos recuerda, los ideales del liberalismo encuentran sus límites en donde comienzan los fundamentos del capitalismo: “El liberalismo, como ideología de la libertad y la igualdad, es incapaz de cumplir lo que nos enseña a exigir cuando nos enfrentamos con

el chauvinismo de su propio fundamento económico, es decir, su compromiso con un solo modo de producción: el capitalismo”.⁷⁰³

Desde esta misma perspectiva, lo que podemos ver en la caricatura “Tempestad Deshecha”, publicada por *El Ahuizote* en octubre de 1911, es una predicción gráfica respecto a las promesas que serían la ruina del proyecto maderista. En la composición observamos otra vez el motivo de la nave del Estado en medio no ya de las aguas agitadas del “rio revuelto”, sino de un mar tempestuoso en cuya parte inferior podemos ver la “imposición Pino Suárez” y una ola que está comenzando a llenar la barca con el iconotexto “desaciertos políticos”, mientras que la cresta de la ola que se eleva sobre Madero indica “Ruptura Vázquez Gómez”, siendo el negro túnel de esa gigantesca ola el “zapatismo”, que amenaza con tragarse la frágil embarcación y a su tripulante. El pie de la imagen enfatiza lo dramático de la escena: “¡No hay puerto...!” [fig. 22].

Un dilema que guarda correspondencia con el discurso textual de nuestras fuentes. Como *El Ahuizote*, por ejemplo, que al señalar la necesidad de consolidar el licenciamiento de tropas en la región Sur en julio de 1911, mencionó el tema de la tierra, pero no de forma reflexiva sino simplemente para dejar implícito que ese era un tema muy complicado, que “merece un artículo aparte”, y que era éste el principal obstáculo para el licenciamiento.⁷⁰⁴ O también *El Mañana*, que en varias ocasiones vaticinó que las promesas de tierra contenidas en el Plan de San Luis serían motivo de inestabilidad permanente y causa de la caída de Madero; por ejemplo, en junio de 1911: Madero —advertía el bisemanal— “ha prestado alientos a los ambiciosos de la tierra, asegurando que han sido despojados de sus propiedades [...] Lanzó a los cuatro vientos [...] la teoría socialista más disolvente y que hará imposible la paz en la República”.⁷⁰⁵ O también hacia finales de septiembre de 1911, refiriéndose a los “ofrecimientos de socialismo rural y agrícola” emanados del Plan de San Luis, *El Mañana* predecía que dicho principio del plan revolucionario “amargará mucho el

⁷⁰³ Lund, *Op. cit.*, p. 24.

⁷⁰⁴ “El licenciamiento de tropas. Estamos frente a una incógnita terrible”, *El Ahuizote*, 1º de julio de 1911, año I, núm. 6, p. 1.

⁷⁰⁵ “El gravísimo conflicto en el Estado de Morelos. Aclaraciones importantes”, *El Mañana*, 22 de junio de 1911, serie III, núm. 3, p. 2.

poder del señor Madero y su caída llegará obediente, si hemos de creer en los preceptos de la lógica [...]”.⁷⁰⁶

En otro orden de cosas, las imágenes en las que Zapata o el zapatismo son representados como un instrumento de Madero constituyen la otra dimensión del discurso gráfico que presenta al movimiento campesino del centro-sur como una responsabilidad política de Madero. En el quinto capítulo de esta investigación profundizamos en la posibilidad de que la negativa de la prensa para reconocer que el zapatismo tuviera un proyecto propio obedecía a que se subestimaba a las clases rurales. Y consideramos que dichos argumentos valen también como una interpretación del significado intrínseco de caricaturas como “Vaya una cuña”, donde aparece Madero sosteniendo un hacha por sobre su cabeza y a punto de partir el tronco que está debajo de él y que representa al “Estado de Morelos”, golpeando la cuña “Zapata”. El iconotexto al pie de la imagen describe lo que va a pasar: “Es duro el palo, pero al fin entrará la cuña” [fig. 14].

En el mismo sentido, una de las imágenes más significativas en las que se insinúa claramente la connivencia entre Madero y el zapatismo es la titulada “Sansón y Dalila”. En dicha imagen el “Ejército”, representado por Sansón, yace sobre un lecho mullido de ropajes; despertó de su sueño y su expresión es de sorpresa y enfado al sentir que ha perdido su cabellera. Dalila (Madero) frente a él sostiene por lo alto con una de sus manos el cabello que le cortó al mítico guerrero, y en la otra lleva las tijeras con las que realizó la tarea; el iconotexto en esta herramienta señala al ministro de Guerra “González Salas”. En el segundo plano, detrás de Sansón y Dalila vemos aproximarse a cuatro personajes con sombrero “chilapeño” y embozados hasta los ojos con jorongo; se pierden por detrás de Sansón, por lo que intuimos que muchos más siguen a los cuatro que podemos ver acercándose. Dos sostienen visiblemente sus fusiles y todos llevan inscrito en el sombrero “zapatismo” [fig. 32]. Sobra decir, para contextualizar la imagen, que ésta fue publicada a comienzos de noviembre de 1911, cuando era evidente que la militarización de Morelos había fracasado y la opinión pública señalaba a Madero como culpable.

Don “Panchito” Madero fue sin duda el blanco principal de los ataques de la prensa ilustrada, pero después de él, Zapata, junto a Gustavo A. Madero fueron quizá los

⁷⁰⁶ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 29 de septiembre de 1911, serie III, núm. 31, p. 4.

personajes más vilipendiados por periódicos como *El Ahuizote* y *Multicolor*. Hemos argumentado el porqué de esta representación del zapatismo, y sabemos que una de las razones por las que la prensa se ensañó con el hermano menor del líder de la revolución de 1910 fue que Gustavo habría financiado a un grupo clandestino de choque para acosar a los animadores de las publicaciones anti maderistas. Esta equivalencia entre el temor y el desprecio que la opinión pública prodigaba a estos dos personajes, Zapata y Gustavo A. Madero, también tuvo concreción gráfica, y aún sin que entre ellos existiera una relación comprobada, en muchas caricaturas aparecen juntos, como aliados y colaboradores de Francisco I. Madero.

El mejor ejemplo de lo anterior es la caricatura “Un caso de catalepsia”, publicada en *El Ahuizote* en diciembre de 1911; la escena discurre en un cementerio, y vemos a Gustavo A. Madero sumando fuerzas con Zapata para sacar de la tumba a la “Dictadura”, mientras Francisco, de pie frente a ellos, espera denotando la ansiedad de tenerla en sus manos. El iconotexto nos da una idea de los planes que el caudillo prepara para la “dama” que ha sido desenterrada: “¿No decían que estaba muerta? Ya verán como resucita ¿no?” [fig. 25]. Pero también cabe destacar la caricatura titulada “El Carro vencedor”, en la que vemos a Madero en el centro de la imagen representado como un César romano que monta en su carro de guerra tirado por un par de cuadrúpedos con las cabezas de Sánchez Azcona y Jesús Urueta, y a la derecha un perro con el rostro de José María Pino Suárez. Delante del carro marchan encadenados la “Tranquilidad pública”, el “Sufragio Efectivo” y el “Pueblo”, y delante de éstos van Zapata y Gustavo A. Madero representados como gladiadores, cargando en sus espaldas grandes bultos; el del primero con la leyenda “Licenciamientos”, mientras el segundo lleva inscrita la cifra “700, 000. 00” en alusión al préstamo que Gustavo solicitó al gobierno a mediados de 1911 [fig. 33].

Otras imágenes en las que Zapata aparece como compañero y hasta amigo de Gustavo A. Madero son la historieta “Los dos príncipes” de José Clemente Orozco, en cuya primera viñeta vemos a ambos personajes, y a Jesús Urueta, sosteniendo sobre sus hombros una silla y a Francisco I. Madero sobre ella, mientras el pie de la escena indica “Por fin el príncipe fue llevado al trono”. Después, la quinta viñeta nos muestra dos cajas de seguridad vacías y el iconotexto indica irónicamente que “Las arcas del tesoro, antes vacías, se

llenaron rápidamente”, y la siguiente viñeta nos explica el porqué; observamos a Zapata, Gustavo A. Madero y a Jesús Flores Magón marchándose fuera de escena con grandes bolsas marcadas con el signo de dólar en las espaldas, mientras el pie de imagen reza: “porque los financieros que lo ayudaron en su labor eran notables” [fig. 27]. Igualmente, por último, la caricatura “Tal para cual”, también de Orozco, donde simplemente vemos a los dos personajes abrazados amistosamente. El pie de la imagen reitera la equivalencia entre ambos personajes: “Ay! qué dos... ay! qué dos... ay! qué dos tan...” [fig. 24].

6.11. Calaveras, sangre, armas, monstruosidad. Los símbolos de la guerra y del miedo

En la primera parte de este análisis iconológico de las caricaturas del zapatismo en *El Ahuizote* y *Multicolor* propusimos que estas imágenes forman parte de una cadena de referencias anterior más amplia en la que la sociedad rural del México de fines del siglo XIX y principio del XX es representada como encarnación de la barbarie. Lo que nos lleva a entender la caricatura del bárbaro-zapatista como una versión coyuntural de esta tradición cultural convencional. En este sentido, simplemente debemos recordar la intensidad y las proporciones de la guerra que el zapatismo hizo a la oligarquía porfiriana, así como la radicalidad de su práctica revolucionaria para comenzar comprender por qué las calaveras, la sangre, los fusiles y psitolas, cuchillos, la mutilación y la antropofagia son los símbolos que caracterizan las caricaturas del bárbaro-zapatista en los citados semanarios ilustrados. En los párrafos siguientes ahondaremos en esta relación entre el contexto de una guerra que los pueblos del centro-sur parecían estar ganado entre 1911-1914 y los dichos símbolos.

Las calaveras son el motivo más recurrente en las caricaturas del zapatismo de *El Ahuizote* y *Multicolor*; las observamos casi siempre como elemento accesorio, ya colgando del cinturón de Zapata en “El Amolador” [fig. 19]; decorando la orilla de su sombrero charro en múltiples ocasiones [figs. 17, 37, 41 y 45]; así también en su casco de centurión romano en la caricatura “Dos fechas”, donde por este motivo (y por el tipo gráfico facial) lo podemos diferenciar de los otros centuriones que contemplan a la “Patria” que han clavado en la cruz [fig. 20]. Observamos una calavera como empuñadura de su espada cuando García Cabral lo representó como “Don Juan Tenorio” ilustrando los versos: “Por donde quiera que fui/la razón atropellé/a la justicia burle/y a las mujeres vendí. Yo a las cabañas bajé/yo a los palacios subí/yo a los claustros escalé/y en todas partes dejé memoria amarga

de mí” [fig. 44]. También vemos una gran calavera negra en el centro de su poncho en la imagen subtitulada “Zapata colgó la bocina...” [Fig. 18]. Un Sol-calavera ocultándose detrás del horizonte en la imagen subtitulada “Versos célebres” [fig. 47]; y una más en la empuñadura del cuchillo de la grotesca representación del zapatismo publicada por *Multicolor* en septiembre de 1911 [fig. 50]

En el mismo tenor, las calaveras distinguen a Zapata y al zapatismo del resto de los hombres de la revolución que son objeto de la sátira gráfica de *El Ahuizote* y *Multicolor*. Así lo demuestra claramente la imagen “Artes y oficios”, composición que sigue el esquema de la lotería y a cada personaje público le corresponde un oficio que alude a su actuación política; Emilio Vázquez Gómez, por ejemplo, es “El Aguador” y se lo representó con los elementos de dicho oficio además de una regadera en la mano en alusión a su proyecto para modernizar la infraestructura hidráulica del país; Reyes fue “El Amolador” y lo vemos girando la piedra del oficio, afilando su espada para evocar el enfrentamiento que se creía que tarde o temprano ocurriría entre él y Madero. Mientras que los zapatistas son definidos como “Los zapateros”, a pesar de que, a diferencia del resto de los personajes representados como oficios, no llevan ningún zapato u horma ni nada que los distinga como zapateros; en cambio resaltan las grandes calaveras que están detrás de Zapata, quien aparece apoyado en su rifle y con el pie sobre un cráneo mientras recibe de uno de sus hombres una bomba de dinamita [fig. 16].

En la caricatura “Un Atlas que ya no puede” el protagonista es Madero y sus dificultades políticas, entre las cuales se encuentra el zapatismo que nuevamente se distingue por las calaveras. En la imagen, Madero, representado como el titán Atlas, está doblándose bajo el peso del mundo de problemas políticos entre los que vemos el “reyismo”, la incertidumbre de su relación con Orozco y también el “De la barrismo”, “Plan de San Luis”, “candidatura”, “vazquistas”, “complots”, “sufragio efectivo”, “no reelección” y una parte que dice “Partido Católico” que es apuntalada por un par de autoridades religiosas que están detrás del débil titán. Éstas entre otras cuestiones políticas. Y en la parte superior de este globo de conflictos vemos una fracción con el iconotexto “Morelos R. I. P.”, así como una bandera negra en jirones y una calavera en la parte superior. También, podemos observar que del cuello del Atlas Madero cuelgan un rosario, un hacha, un colmillo, una

corona y un cuchillo cuya hoja lleva el nombre “Zapata” y en el remate de la empuñadura una calavera [fig. 21].

Igualmente, en la caricatura “Flan de San Luis” se repite el motivo de la calavera como distintivo de Zapata. Vemos las manos de Francisco, Gustavo y Ernesto Madero, y las de Manuel Calero, Juan Sánchez Azcona, Zapata y Jesús Urueta. Todas y cada una de estas manos empuña un cuchillo con el que raja el “Flan de San Luis”, pero solamente el cuchillo de “Zapata” es diferente, únicamente el suyo parece estar forrado y cuenta con un remate en el mango, que es una calavera [fig. 29].

Empero, no todas las imágenes son tan sutiles como las que hemos mencionado hasta hora en cuanto al empleo del motivo de la calavera. Existen otras caricaturas en las que la profusión de este símbolo es notable, por no decir grotesca. Como, por ejemplo, la titulada “El Problema de la irrigación”, en la que vemos a Zapata, a Cándido Navarro y a otro personaje no identificado sobre un montículo con el iconotexto “República Mexicana”, y a la vez sobre esta elevación de tierra un recubrimiento de calaveras que se pierden en el horizonte de la imagen. Zapata domina la composición al frente de este camino de cráneos blancos (en algunos de los cuales podemos leer el nombre de las ciudades de “Silao”, “Jalapa”, “Puebla”, “Agua Prieta”, y el del Estado de Yucatán) [fig. 12].

Otro ejemplo de la macabra profusión de calaveras es la imagen “Juegos Malabares”; la escena ocurre en un cementerio, con las cruces de las lápidas y un mausoleo de fondo, debajo de un cielo negro y tormentoso, donde un pequeño y pusilánime Madero mira con temor a Zapata, que se halla erguido sobre un montículo de calaveras al tiempo que lo vemos ejecutar malabares por sobre su cabeza con cuatro de ellas a la vez [fig. 15].

Menos macabra, pero igualmente abundante en calaveras es la caricatura “Modelo Emiliano”, donde el caudillo suriano aparece representado con un atuendo muy extraño, en el cual, de entrada, no reconocemos el accesorio de la cabeza. Por lo demás, parece llevar puesto un delantal de carnicero, el cual está cubierto por todas partes con dibujos de calaveras y tibias cruzadas. Mientras que los otros accesorios de este “modelo” son también símbolos de la coyuntura: el fusil, la pistola, una bolsa repleta de cuchillos y bombas y, en la mano izquierda, un abanico de cuchillos que sostiene a la altura del pecho [fig. 42].

La recurrencia y profusión del motivo de la calavera en las caricaturas del zapatismo de *El Ahuizote* y *Multicolor* no se repite en las representaciones de ningún otro personaje (salvo, quizá, por el caso de Madero). El contexto, repetimos, nos da una idea del por qué; podemos intuir el miedo que animaba entre autores y receptores de estas imágenes ante la violenta irrupción de los campesinos del centro y sur del país. Pero para hacer una primera aproximación de orden iconológico al significado latente de estas imágenes nos interesa destacar algunas definiciones de la calavera en cuanto símbolo.

Con este objeto primero debemos señalar que distintos diccionarios de iconografía y simbología coinciden en que la calavera posee una carga semántica compleja y variable según las distintas culturas. Por este motivo hemos de seguir el consejo de Gombrich para que la polisemia de los símbolos no extravíe nuestras interpretaciones: no perder de vista el contexto.⁷⁰⁷ Así, en vista de que la representación del zapatismo en las publicaciones que nos ocupan puede ser entendida esencialmente como propaganda política negativa en un contexto de guerra, diremos que la acepción del significado de la calavera más acorde al caso es la que la define como “representación abreviada de la muerte [y] alusión a la condición precedera del ser humano”;⁷⁰⁸ también: “símbolo de la fugacidad de la vida”,⁷⁰⁹ o “emblema de la caducidad de la existencia”.⁷¹⁰ Además, el *Diccionario de iconografía y simbología* complementa que en la actualidad su empleo se ha banalizado como: “indicador de cualquier peligro mortal”.⁷¹¹

Resta agregar que la calavera no fue el único símbolo de la muerte que la sátira gráfica empeló como motivo característico del bárbaro-zapatista, sino que existen tres imágenes en las que la Muerte personificada fue representada como *alter ego* del zapatismo. Una de estas imágenes es “Don Panchito en Cuautla”, en donde el arco del triunfo por el que va cruzando el diminuto Madero está formado por dos estatuas colosales erguidas sobre un par de calaveras; a la izquierda un personaje que puede ser Zapata, desnudo y portando una canana que le cruza el pecho y una más en la cintura, una hoja cubriendo la parte baja del

⁷⁰⁷ García Mahiques, *Op. cit.*, vol. II, p. 405.

⁷⁰⁸ Federico Revilla, *Diccionario de iconografía y simbología*, Madrid, Ediciones Catedra, 8ª ed., 2012, p. 126-127.

⁷⁰⁹ José Luis Morales y Marín, *Diccionario de iconología y simbología*, Madrid, Taurus Ediciones, 1986, p. 82.

⁷¹⁰ Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de Símbolos*, Anzos, España, Editorial Siruela, 2010, p. 122.

⁷¹¹ Revilla, *Op. cit.*, p. 126.

torso y un fusil en la mano derecha, mientras a la derecha vemos a un esqueleto⁷¹² colosal que sostiene una flor marchita en la mano derecha: sobre el macabro arco se posan un trio de buitres, y parece que muchos más se aproximan desde el horizonte. El buitre como símbolo también es polisémico, pero es obvio que aquí figura únicamente como reiteración de la idea de la muerte [fig. 38].⁷¹³

La segunda imagen de este tipo es la titulada “Refranes en acción”, composición en la que aparecen diferentes personajes acompañados de un refrán que alude a su situación política; a Porfirio Díaz, por ejemplo, le tocó el refrán “Malo vendrá que bueno te hará”, mientras a Los hermanos Vázquez Gómez y a Zapata los acompaña el refrán “cada oveja con su pareja”. Así, podemos ver a los políticos tamaulipecos juntos y al líder de los campesinos del centro-sur sujetando entre sus brazos —con los dedos manchados de sangre— a la Muerte, que en esta ocasión fue representada a través de la convención clásica: como esqueleto animado cubierto por una túnica.⁷¹⁴ La Muerte y Zapata se sonríen mutuamente [fig. 43].

La tercera imagen en la que la Muerte aparece como *alter ego* del zapatismo ya la hemos comentado antes en relación con la representación de lo indio del movimiento campesino suriano, en donde vemos al personaje estereotípico del zapatismo caminando delante de un par de esqueletos que yacen en el suelo junto a la inscripción “Morelos” formada por huesos y calaveras. La Muerte, dibujada como esqueleto animado con túnica y tan grande que su cráneo salió del cuadro de la composición, marcha detrás del “zapatismo” y muy cerca de él, además de que con el brazo y la mano descarnados le indica la dirección por la que debe marchar. La “Patria” demacrada y envuelta también en una túnica los mira con desconsuelo. En el fondo complementan la imagen un cielo nublado y tormentoso y murciélagos que sobrevuelan a los siniestros personajes [fig. 50].

⁷¹² Algunas acepciones del esqueleto como símbolo de la Muerte: “Estado del cuerpo tras la fase del descarnamiento. Debido a que conserva la forma anterior, el esqueleto humano ha sido utilizado reiteradamente como imagen de la Muerte”, en Revilla, *Op. cit.*, p. 278; “Emblema de la muerte”, en Morales y Marín, *Op. cit.*, p. 142; y el *Diccionario de símbolos* indica sobre el esqueleto que: “En la mayoría de alegorías y emblemas, es la personificación de la muerte”, Cirlot, *Op. cit.*, p. 203.

⁷¹³ El buitre posee una carga simbólica dual, muerte y renacimiento, es el caso de Egipto y la cultura maya. Pero en occidente su principal evocación es muerte. Ver: “Buitre”, en Revilla, *Op. cit.*, p. 116-117; y Cirlot, *Op. cit.*, p. 114.

⁷¹⁴ Ver: “Muerte”, en Revilla, *Op. cit.*, p. 512.

La violencia de clase perpetrada en los centros urbanos, la ejecución de jefes políticos, de dependientes de algunas haciendas, de propietarios de comercios (muchos de los cuales eran extranjeros) y prácticas como dinamitar vías de ferrocarril para volcar los trenes sin duda se hallan detrás de la recurrencia y la abundancia de los símbolos de la muerte en estas imágenes. Empero, consideramos que una interpretación del significado no-explícito de dicha representación no puede omitir la relación que existe en el discurso textual de periódicos como *El Mañana* o *El Ahuizote* entre el concepto “vida” y su campo semántico y los conceptos capital, comercio e industria. Pues a través de esta relación el zapatismo es representado intrínsecamente como la muerte del sistema capitalista de producción-consumo en la región centro-sur.

Basta con recordar cuando *El Ahuizote* acusó a los hombres como Madero y Zapata que movidos por personales ambiciones habían lanzado a la lucha al pueblo sin importarles que así se destruyera “la riqueza pública” y “el crédito que es la vida misma para una Nación joven”.⁷¹⁵ O cuando *El Mañana* se lamentó porque debido a las “usurpaciones” de la propiedad que estaban teniendo lugar en Morelos la producción industrial sufriría pérdidas que estancarían la circulación del “capital fecundante y vigorizador”;⁷¹⁶ reiterando en ocasión diferente que los zapatistas “han destruido todos los elementos de vida honrada”.⁷¹⁷ También cuando tras el fracaso de la primera embestida militar en contra del zapatismo *El Ahuizote* presupuso que comerciantes y hacendados (o sea “México civilizado”) debían sentir “el desaliento del desahuciado”;⁷¹⁸ prediciendo con indignación que los zapatistas volverían a perpetrar sus “atentados contra la sagrada vitalidad nacional”.⁷¹⁹ Así como la ocasión que *El Mañana* se refirió a los “grandes negocios industriales y agrícolas” de Morelos como “los elementos que prestan vida a la desolada región”;⁷²⁰ o cuando señaló que industria y movimiento comercial eran “una corriente de vitalidad hoy paralizada por el

⁷¹⁵ “Lo que opina el público. La revolución y sus consecuencias”, *El Ahuizote*, 1º de junio de 1911, año II, núm. 50, p. 10-11.

⁷¹⁶ “El amago sigue en pie. Actualidades en el Estado de Morelos”, *El Mañana*, 6 de julio de 1911, serie III, núm. 7, p. 1-2.

⁷¹⁷ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 16 de julio de 1911, serie III, núm. 10, p. 3.

⁷¹⁸ “El Ejército juguete de Zapata”, *El Ahuizote*, 21 de octubre de 1911, año I, núm. 22, p. 6.

⁷¹⁹ “Testerazos. Emilio y Emiliano”, *El Ahuizote*, 19 de agosto de 1911, año I, núm. 13, p. 8.

⁷²⁰ “Entre la espada oficial y la pared zapatista”, *El Mañana*, 22 de octubre de 1912, serie V, núm. 142, p.1.

esfuerzo de los libertadores”;⁷²¹ y también cuando definió al “comercio, el profesionismo y la burocracia del Estado” como los elementos “de indispensable vitalidad para la existencia de las sociedades” que no tenían lugar en el Morelos zapatista.⁷²²

Por orden diverso, la sangre es otro de los motivos más recurrentes y enfatizados en las caricaturas del bárbaro-zapatista de los semanarios ilustrados que nos ocupan en esta investigación. Y el hecho de que tanto *Multicolor* como *El Ahuizote* contaran con ilustraciones impresas a color contribuyó a incrementar el impacto de algunas de estas imágenes, como creemos que lo demuestra la caricatura “El problema de la irrigación”, de la que hemos hablado antes, pero sin llamar la atención sobre los arroyos de sangre carmesí que manan debajo del camino de calaveras y caen por la orilla del promontorio de tierra indicado como “República Mexicana”. Mientras los iconotextos complementan el motivo central de la sangre, pues vemos en la parte izquierda de la imagen a Emilio Vázquez Gómez con una mano sobre sus circulares de irrigación, y un globo de texto frente a él explica “Don Emilio Vázquez Gómez se ocupa de una irrigación metafísica”. Luego, el globo debajo de los pies de Zapata funge como el remate satírico de la imagen “Pero el problema ya estaba resuelto” [fig. 12].

Los colores también poseen cargas simbólicas complejas, y el rojo, entre sus implicaciones principales, invariablemente evoca la sangre.⁷²³ En esta lógica, podemos argüir que otra de las imágenes en las que observamos profusión de sangre es la subtitulada “Zapata colgó la bocina”, donde además de la sangre que gotea del cuchillo de Zapata vemos montañas de color rojo que dividen al líder campesino y a Madero (quien yace de rodillas en el suelo desconsolado por la ruptura de las negociaciones telefónicas que efectivamente tuvieron lugar a finales de agosto de 1911), las cuales quizá están teñidas de ese color por la sangre que cae del dicho cuchillo. De la misma manera que llama poderosamente la atención el rojo vivo del gran poncho con el que se cubre Zapata [fig. 17].

⁷²¹ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 1º de septiembre de 1911, serie III, núm. 23, p. 4.

⁷²² “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 20 de octubre de 1911, serie III, núm. 37, p. 4.

⁷²³ Algunas acepciones principales del color rojo: “Color dotado de muy importantes simbolismos, debido a su energía cromática: vida, acción, sangre, pasión, guerra, triunfo, etc.”, en Revilla, *Op. cit.*, p. 644; “Es el color de la sangre, de la pasión y del sentimiento [...] También del fuego y de los sentidos vivos y ardientes, expresando sangre, herida, agonía y sublimación.”, en Morales y Marín, *Op. cit.*, p. 100; el Diccionario de símbolos indica que entre las asociaciones psíquicas más importantes del color rojo están: “sangre, herida, agonía y sublimación [...]”, en Cirlot, *Op. cit.*, p. 140.

Nuestra afirmación de que en la imagen anteriormente descrita hay profusión de sangre a pesar de que ésta en tanto líquido esté representada sólo en la hoja del cuchillo se confirma a través de otras dos imágenes, las cuales a pesar de ser blanco y negro evocan lo sanguinario del zapatismo a través de la palabra “rojo/roja”. Y así el motivo de la sangre, como el de la calavera, se constituyó en elemento distintivo de Zapata con respecto a otros personajes. Una de estas caricaturas es la titulada “Fórmulas presidenciales”, en donde vemos cuatro fórmulas indicadas cada una con un color diferente: Francisco León de la Barra y Manuel Calero son la fórmula “Blanca” (en alusión al mote del primero), Vera Estañol y Jesús Flores Magón son la “Negra” (alusión al apodo del segundo), Félix Díaz y Manuel Mondragón son la “Verde” (quizá en alusión a su fallido golpe de Estado contra Madero) y Eufemio y Emiliano Zapata son la fórmula “Roja” [fig. 48]. Mientras en la segunda de estas imágenes, titulada “Mares”, se repite el esquema de la sátira; hay cuatro personajes y cada uno lleva el nombre de un mar en alusión a sus atributos morales y políticos: Emilio Vázquez Gómez es el “Mar Negro”, De la Barra el “Océano Pacífico”, Querido Moheno es el “Golfo de México” y Zapata el “Mar Rojo” [fig. 49].

Nuevamente podemos inferir fundadamente que la guerra y la violencia protagonizada por los campesinos del centro-sur en contra de autoridades políticas, miembros de la élite económica y habitantes de los centros urbanos se hallan simbolizadas en la sangre que vemos en estas imágenes. Pero quizá también nos sugiera, de forma no-explicita, el miedo al “odio” y la “venganza” que tantas veces se señalaron como los principales móviles de la rebelión zapatista en el discurso textual de periódicos como *El Mañana* y *El Ahuizote*. E incluso podría ser un reflejo en buena medida inconsciente de la preocupación de las élites modernizantes porfirianas por la cuestión de la consolidación de la unidad social y la conciencia nacional.

Una imagen sangrienta y muy sugestiva en este sentido es la que lleva por título “La Hora de las Reivindicaciones”, en la cual vemos a Zapata disfrazado como una extraña especie de ángel; está desnudo, salvo por las hojas que se sujetan de la cuerda que rodea su cintura y cubren la parte baja del torso, lleva un tocado como aureola y hay una estrella radiante sobre su cabeza, además de que luce unas alas que se parecen más a las de una mariposa que a las de un ángel. La inclinación de la cabeza, los ojos mirando hacia arriba y la postura

de las manos son retomados de la iconografía cristiana y nos remiten a una actitud contemplativa. Igualmente, podemos notar que tiene las manos empapadas de sangre y gotean el vital suero, lo mismo que en sus extremidades inferiores ensangrentadas hasta debajo de las rodillas. A la derecha de Zapata se observa un enorme machete manchado de sangre en la punta y rodeado todo por una guía espiral de flores, mientras que en su hoja podemos leer los versos: “Si esta bibora te pica no ballaz a la votica [sic.]”. Sobre la empuñadura del machete hay dos pajarillos juntando sus picos en una actitud amorosa. Y sobre los pajarillos vemos a un pequeño Cupido suspendido en el aire, el cual parece haber disparado una de sus flechas a la espalda de Zapata. El iconotexto al pie de la imagen complementa la idea del amor inocente evocada por el Cupido⁷²⁴ de la parte superior: “... se ha calumniado a Don Emiliano. No ha sido más que un amoroso servidor de la causa...” [fig. 46].

La clave para interpretar el significado implícito de esta imagen, publicada en las páginas de *Multicolor* a mediados de noviembre de 1911, nos la dan los iconotextos, puesto que ciertamente el concepto de las “reivindicaciones”, la “redención” o, como equivalente a las anteriores, la idea de venganza y “odio dormido”, se repite (y se reitera) también en el discurso textual de *El Mañana* y *El Ahuizote*. Así lo vimos, por ejemplo, en la nota “Celebridades de provincia” en la que el bisemanal satirizó sobre la carrera militar de Zapata arguyendo que antes de 1910 el caudillo era un simple “ciudadano agrícola de Tenextepango” de aspecto pacífico e inofensivo; “pero que suena *la hora santa de las reivindicaciones* y el hombre siente arder en su hígado [...] todo el fuego del patriotismo y se lanza a la revuelta”.⁷²⁵ Otro ejemplo, esta vez tomado de *El Ahuizote*, fue cuando tras el fracaso de la primera campaña federal en Morelos el semanario de caricaturas culpó a Madero de connivencia con Zapata acusando que pudo y debió capturar al jefe rebelde y entregarlo a un consejo que lo condenara a muerte para pagar por “las innumerables vidas

⁷²⁴ Ver: “Cupido”, en Revilla, *Op. cit.*, p. 202.

⁷²⁵ “Asuntos Breves. Celebridades de provincia”, *El Mañana*, 6 de julio de 1911, serie III, núm. 7, p. 2. Cursivas son mías.

que él y los suyos han sacrificado en aras de *reivindicaciones demagógicas*”,⁷²⁶ pero no lo hizo.

Empero, para comprender qué supuestos ideológicos subyacen en estos enunciados y en la caricatura de la que venimos hablando consideramos preciso retomar un par de planteamientos de Echeverría y de Lund en relación con la conflictiva dinámica que existe entre la violencia fundacional de los Estados-nación modernos y la expansión de su fundamento económico (el capitalismo) por un lado, y la consolidación de la paz social y la unidad nacional por el otro.

Echeverría nos recuerda en este sentido que la homogeneización de lo humano dentro del paradigma civilizatorio de la modernidad capitalista forzosamente implica la destrucción violenta de la diversidad inherente a lo humano, “la humanidad del hombre en general sólo puede construirse con los cadáveres de las humanidades singulares”.⁷²⁷ Mientras que Lund retoma las reflexiones de Ernest Renan en su ensayo *¿Qué es una nación?* (1882) y pone de relieve que en la crítica a la raza llevada a cabo por el autor francés también se atisba (sin que esta fuera su intención) una crítica a la modernidad, puesto que Renan afirma que la esencia y el fundamento de una Nación no era la homogeneidad racial, sino más bien el consenso. Esto es así porque Renan reconoció que una Nación moderna invariablemente se erguía sobre una multiplicidad de “razas”, y que la homogeneidad y la unidad nacional eran producto de la imposición y la conquista. Por esta razón el olvido devino en un aspecto central de su idea de Nación: “las naciones más fuertes —arguyó Renan— son aquellas que han olvidado sus orígenes heterogéneos y fragmentarios. Se sienten homogéneas, fraternales, nacionales”. Y a lo anterior se debí agregar otro nivel de olvido más importante: “el olvido de la violencia que convirtió lo que alguna vez fue heterogéneo en algo que ahora es más o menos homogéneo, nacional”.⁷²⁸ “Para el bien de todos es mejor olvidar”, concluyó el citado autor francés.

En este orden de reflexiones, sostenemos que “La Hora de las Reivindicaciones” es una imagen cuyo significado intrínseco nos remite al proceso de violencia fundacional del

⁷²⁶ “Una requisitoria formal y enérgica”, *El Ahuizote*, 25 de noviembre de 1911, año I, núm. 28, p. 3. Cursivas son mías.

⁷²⁷ Echeverría, *La modernidad de lo barroco...*, p. 27.

⁷²⁸ Lund, *Op. cit.*, p. 179.

régimen porfiriano que no logró consolidar por completo la homogeneidad de la sociabilidad capitalista ni tampoco el sentimiento de unidad nacional y que, por tal motivo, se vio interrumpido por la violencia contrahegemónica de aquellos sectores de la sociedad que resistieron los embates modernizadores durante la *pax* porfiriana, pues, ciertamente —como advierte con acierto Lund— podemos entender esta época de “paz” más bien como un *impasse*, un periodo de guerra latente (o de baja intensidad) entre las élites modernizantes y la sociedad tradicional mayoritaria.⁷²⁹

Un hecho que queda confirmado en las mismas páginas de *El Mañana*, puesto que este bisemanario reconoció explícitamente que fue gracias a “la paz sepulcral y tiránica” del Porfiriato que el capitalismo pudo experimentar un desarrollo amplio y prolongado en el Estado de Morelos; gracias a que “la mano de hierro” de Díaz contuvo “el bandolerismo que existía latente”.⁷³⁰ De lo que podemos deducir que las élites porfirianas tenían conciencia plena de que en el proceso de modernización de la región centro-sur la violencia estaba implícita, y quizá ésta fue la razón de que una y otra vez se arguyera que la insurrección zapatista tenía como origen “la pasión comprimida”, los “despechos innobles”, los “sentimientos de odio dormido” y “el aliciente de ejercer venganzas”. El campesino zapatista era, como lo dijo *El Mañana* con intención sarcástica: “víctima que lleva treinta años de auscultar en el vacío *la hora ansiada de la suprema redención*”.⁷³¹ Y quizá por esto se persuadía encarecidamente para dejar de lado el tema de la “cuestión agraria” hasta “que se extinga la borrachera de sangre y exterminio”, y en cambio se exigía concentrar la atención en restaurar la paz y reanudar el proceso de construcción del “alma nacional”.⁷³²

Las armas, por otra parte, son otra serie de elementos iconográficos coyunturales que definen la representación del bárbaro-zapatista en las caricaturas de *El Ahuizote* y *Multicolor*; símbolos que remiten a la guerra que los pueblos del centro-sur habían declarado a la oligarquía regional porfiriana y que traducen el significado con el que éstas percibieron el conflicto. En este sentido, concretamente observamos la recurrencia de

⁷²⁹ *Idem.*, p. 16-17 y 59.

⁷³⁰ “Las regresiones del hombre y los progresos del ciudadano”, *El Mañana*, 16 de agosto de 1912, serie V, núm. 123, p. 1.

⁷³¹ “Política Barataria. Morelos”, *El Mañana*, 16 de octubre de 1911, serie III, núm. 36, p. 4.

⁷³² “La persistencia del engaño y la crueldad de un problema”, *El Mañana*, 10 de diciembre de 1912, serie VI, núm. 156, p. 1.

motivos como la canana (cinturón de cartuchos de bala), así como el cuchillo y el fusil o la pistola, pero también vemos repetirse, aunque en menor medida, el machete y la espada.

Las cananas son quizá el motivo más común en cuanto a las armas, lo podemos observar cruzando el torso de Zapata en diferentes imágenes, como “Juegos Malabares” [fig. 15]; también como parte central del esquema en la imagen “El mero D. Emiliano” [fig. 35], donde cuatro trazos esbozan dos cananas formando una “X” en el pecho del caudillo; la misma disposición, aunque esta vez con trazos menos abstractos, que vemos en la caricatura “A la hora de la comida” [fig. 37]; dos más de estos cinturones para cartuchos en la imagen que acompaña los versos “Al Excelentísimo Señor General Don Emiliano Zapata” [fig. 34]; igualmente, dos cananas y una hoja funcionan como el único atuendo del personaje colosal que, junto con un esqueleto, conforma el arco del triunfo dedicado a Madero en la imagen “Don Panchito en Cuautla. Un arco triunfal” [fig. 38]; de la misma manera que podemos ver dos cananas como elemento central de los accesorios de moda del “Modelo Emiliano” [fig. 42]; o también una canana cruzando el pecho del grotesco personaje que representa al zapatismo en la caricatura publicada por *Multicolor* en septiembre de 1913 [fig. 50]; una más en la imagen “Las transformaciones de Júpiter Pandero” [fig. 28] y, finalmente, una canana a los pies de Zapata en una caricatura sin título que el citado semanario ilustrado publicó en septiembre de 1911 [fig. 40].

Como se ve de lo anterior, resulta evidente que aquel cinturón para cartuchos es un motivo recurrente, y en orden de realizar una interpretación sobre el significado intrínseco de este hecho nos remitimos al discurso textual de *El Ahuizote* y *Multicolor*, donde se pone de relieve que las cananas adquieren el carácter de símbolo opuesto a la democracia y al orden legal liberal, y como símbolo que traduce la soberanía de los pueblos (defendida por éstos con las armas) como despotismo. Tal como lo demuestra, por ejemplo, la dura recriminación que *El Ahuizote* dirigió contra Madero y Francisco León de la Barra en agosto de 1911, en el contexto de la resistencia zapatista ante la orden de licenciamiento, cuando la citada publicación cuestionó a ambos personajes cuál sería su respuesta ante dicho desafío; “¿O es que el Estado de Morelos está condenado a sufrir el espectáculo ya repugnante de los hombres-canana, y lo que es más, la amenaza que pesa sobre vidas e

intereses?”.⁷³³ Mientras que, por su parte, *Multicolor* se refirió a la práctica política del zapatismo como la “ley de las cananas” a través de la cual Zapata ejercía un poder despótico (“feudal”) que atentaba contra el orden legal liberal: “El Atila del Sur (que honra para la familia) apareció orlado por los tintes fantásticos de la leyenda; era don Álvaro o don Pedro Cabeza de Buey de los tiempos medioevales, un señor feudal que, con la ley de sus cananas [...] se permitía arrancar los tributos a sus siervos para ‘correrla’ entre oles y jícaras de curado”.⁷³⁴

Y esta interpretación vale también como propuesta del significado implícito en los motivos del fusil y la pistola que se repiten en la gráfica del bárbaro-zapatista de *El Ahuizote* y *Multicolor*; las armas de fuego, junto con las cananas, eran el símbolo del poder conquistado por el campesinado rebelde a las élites regionales, la herramienta con la que se había subvertido el orden e instaurado la barbarie. Así creemos que lo denota la percepción de *El Mañana* a través del sarcasmo en la nota “Agricultores guerreros”:

En la época de Virgilio los pastores, entre tanto apacentaban a sus ganados, lanzaban al aire las notas de la flauta [...]; en Ítaca, los labriegos entonaban cantos para acompañar la tarea fecunda de los bueyes, y en Morelos van arando la tierra —los usurpadores de la propiedad ajena, gracias a la munificencia del agregio Zapata— con el rifle terciado, por si se terciara, echar abajo la cabeza del administrador de la finca expoliada que por ahí aparezca. ¡Oh maderismo glorioso y succulento que has devuelto a nuestra Patria la brillantez y tesura de los tiempos helénicos!⁷³⁵

En el mismo sentido, en la imagen “Elecciones a base de rifle”, publicada por *El Ahuizote* en julio de 1911, se reitera que las armas de fuego en la representación gráfica del bárbaro-zapatista simbolizan fundamentalmente la antidemocracia y el despotismo que las élites porfirianas percibían como significado del poder regional del movimiento campesino. En el centro de dicha composición vemos a un personaje que personifica al zapatismo apuntando una gigantesca pistola a la fila de hombres (vestidos todos a la moda urbana) que acuden a votar, al tiempo que con una mano también exageradamente grande indica con gesto autoritario la urna en la que deben depositar el voto. El iconotexto al pie indica que: “Se prohíbe en Morelos otra candidatura que la de Madero-Vázquez Gómez-Zapata” [fig. 13].

⁷³³ “El licenciamiento de tropas. Las pistolas de Zapata y la energía del Presidente interino”, *El Ahuizote*, 19 de agosto de 1911, año I, núm. 13, p. 3.

⁷³⁴ “La semana de Zapata”, *Multicolor*, 7 de septiembre de 1911, año I, núm. 17, p. 3.

⁷³⁵ “Asuntos Breves. Agricultores guerreros”, *El Mañana*, 27 de julio de 1911, serie III, núm. 13, p. 3.

Por ocasión diversa, el cuchillo es otro motivo constante y protagónico de la representación del zapatismo en las caricaturas de las publicaciones que nos ocupan. Vemos un cuchillo ensangrentado en el puño derecho de Zapata en la imagen “Zapata colgó la bocina” [fig. 17]; un cuchillo con empuñadura de calavera representa a Zapata en la caricatura “Un Atlas que no aguanta” [fig. 21]; observamos también un pequeño cuchillo en el cinturón del dibujo abstracto de Zapata [fig. 35]; un cuchillo de tamaño exagerado a los pies del temible caudillo en la caricatura “A la hora de la comida” [fig. 37]; un abanico de cuchillos como accesorio de moda para su atuendo [fig. 42]; y un cuchillo ensangrentado en la mano izquierda de la horripilante personificación del zapatismo publicada por Multicolor en septiembre de 1913 [fig. 50].

En suma, como se ve de lo anterior, el cuchillo es un motivo muy recurrente e importante en la representación gráfica del bárbaro-zapatista de *El Ahuizote* y *Multicolor*, pero cabe preguntarse por qué. Y nosotros de entrada descartamos la posibilidad de que esta característica sea una referencia al hecho de que Zapata fuera inseparable de su cuchillo. En cambio, ensayando una interpretación desde la perspectiva iconológica, creemos que, junto con el motivo de la sangre, el cuchillo en estas imágenes del zapatismo implica la idea de que el combustible de la rebelión campesina del centro-sur era el odio y el deseo de venganza en contra de la “sociedad honrada” (creencia que, a su vez, como hemos dicho, implica que la violencia fundacional intrínseca al proceso modernizador porfiriano es un hecho consabido por creadores y público). En tal sentido, basta con observar un par de definiciones de este objeto como símbolo para comprender de donde parte nuestra interpretación: “la simbología del cuchillo está relacionada con la idea de la ejecución judicial, de muerte o de venganza”;⁷³⁶ “símbolo que constituye la inversión de la espada, asociado a las ideas de venganza y muerte [...] La corta hoja del cuchillo representa analógicamente la primariedad del instinto que lo maneja, como la altura de la espada —inversamente— expone la altura espiritual de su poseedor”;⁷³⁷ o también la caracterización de la Venganza en la obra de Ripa:

Mujer provista de armadura y vestida de rojo que empuña un puñal al desnudo con la diestra [...] Se representa a la venganza con un puñal en mano para mostrar el acto espontaneo que

⁷³⁶ Morales y Marín, *Op. cit.*, p. 112.

⁷³⁷ Cirlot, *Op. cit.*, p. 163.

se produce en la voluntad cuando corre a tomar venganza de las injurias recibidas; tomando dicha venganza con gran efusión de sangre, razón por la que se pone revestida de rojo.⁷³⁸

La espada, por su lado, es un elemento menos recurrente que el cuchillo en las caricaturas del zapatismo que constituyen nuestra muestra, quizá porque esta arma, como lo indican algunos diccionarios de simbología, tiene una connotación predominantemente positiva. Sin embargo no resulta superfluo recordar que en la tradición de la caricatura política de la prensa nacional del Porfiriato, específicamente de publicaciones críticas del régimen como *El Hijo del Ahuizote*, *El Ahuizote Jacobino* y *El Colmillo Público*, el motivo de la espada exageradamente grande se convirtió en símbolo del autoritarismo y el militarismo que los liberales “jacobinos” achacaban al presidente Porfirio Díaz.⁷³⁹ Así, podríamos sostener que la senda espada que cuelga del personaje que personifica al zapatismo en la imagen “Elecciones a base de rifle” sirve como complemento de la enorme pistola y reitera la idea implícita del despotismo y la subversión del orden democrático [fig. 13]. Misma interpretación que podría valer para la larga espada que cuelga pesadamente del cinturón de Zapata y hace juegos con tres pistolas en una imagen de García Cabral [fig. 34], o para la espada ridículamente grande que arrastra Zapata en la caricatura “Refranes en acción” [fig. 43].

Por último, también es de destacar que el machete es un motivo gráfico que vemos repetirse en tres de las imágenes del bárbaro-Zapata que conforman nuestra muestra, ocupando, además, un lugar central en dichas composiciones: primero en la caricatura “El Amolador”, en donde podemos observar al caudillo afilando un gran machete contra la piedra que hace girar Madero [fig. 19]; en segundo lugar, vemos un machete ensangrentado y cubierto por una guía de flores complementando el sangriento dibujo de Zapata en la imagen “La Hora de las Reivindicaciones” [fig. 46]; y finalmente podemos notar otro machete con sangre clavado en un tronco en la caricatura “Versos célebres” [fig. 47].

Es posible que el machete, herramienta para el trabajo del campo, fuera empleado como arma por los guerrilleros zapatistas. No obstante, detenernos en este razonamiento sobre el significado de la presencia del machete en las imágenes que aludimos arriba no nos dice nada sobre la historicidad de dichas representaciones culturales. Por este motivo queremos

⁷³⁸ Ripa, *Op. cit.*, p. 390.

⁷³⁹ Ver por ejemplo el análisis de Gantús: “Porfirio Díaz: la espada”, en *Op. cit.*, p. 157-165.

aventurar una interpretación sobre el significado implícito o subyacente de este hecho; proponemos que aquí el machete reitera que la tradición cultural convencionalizada en la que se inscriben estas imágenes es la de la iconografía de la barbarie rural, y que quizá pueda ser visto también como otra forma de evocar lo indio del zapatismo.

Una interpretación que parte, por ejemplo, de los aportes de Nelson Reed, quien subraya que el machete fue el arma común de las milicias *cruzoob* durante la Guerra de Castas de Yucatán, y que sus enemigos “blancos” y “ladinos” sabían que un machete en manos diestras era un arma letal aún contra armas de fuego.⁷⁴⁰ En el mismo sentido —remontándonos a la historia regional del Sur— es sabido que Vicente Guerrero contó entre sus fuerzas (que después serían lideradas por el “Patriarca del Sur” Juan Álvarez) con un cuerpo de élite conocido como los “negros macheteros”.⁷⁴¹ Por último, vale citar también el pasaje de los *Bandidos de Río Frio* en el cual se narra cómo dio comienzo el asalto de los bandidos capitaneados por Evaristo a la hacienda de San Vicente en la Tierra Caliente: Un dependiente de la hacienda fue capturado a las afueras de ésta y se le obligo a pedir a los del interior que abrieran las puertas; la víctima no tuvo alternativa, y cuando las puertas se abrieron: “Una irrupción de demonios con machete en mano y disparando pistolas ocupó inmediatamente el patio”, a lo que siguió una torbellino de violencia y saqueo.⁷⁴²

Con lo visto hasta aquí se hace comprensible que otro género recurrente de imágenes coyunturales del bárbaro-zapatista en *El Ahuizote* y *Multicolor* sea el de las representaciones monstruosas, en las que la antropofagia y el salvajismo traducen la sub o infra-humanidad del zapatismo. Pues como advierte con agudeza Burke, “cuando se produce un encuentro entre culturas distintas, lo más probable es que las imágenes que una hace de la otra sean estereotipadas”,⁷⁴³ y en el caso de las caricaturas del zapatismo no sobra recordar que el encuentro entre las dos culturas distintas (la moderna y cosmopolita de los autores y la tradicional del zapatismo) fue una guerra. Así, lógicamente, observamos cómo estas imágenes del movimiento campesino se inscriben en lo que Burke considera el tipo de estereotipación visual más grave: aquella que implica “la presunción de que

⁷⁴⁰ Reed, *Op. cit.*, p. 69.

⁷⁴¹ McGowan, *Op. cit.*, p. 40.

⁷⁴² Payno, *Op. cit.*, p. 912.

⁷⁴³ Burke, *Op. cit.*, p. 158.

‘nosotros’ somos humanos o civilizados, mientras que ‘ellos’ apenas se diferencian de los animales [...] Así se convierten los otros en ‘el Otro’. Seres exóticos, distantes de uno mismo. Incluso pueden ser convertidos en monstruos”.⁷⁴⁴ Siendo el ejemplo “clásico” de estas representaciones extremas el caso de las “razas monstruosas” de los griegos, entre las cuales precisamente se hallaban los antropófagos, que a su vez guardan correspondencia con “el mito del caníbal”, representación que el citado autor define elocuentemente como una metáfora que deshumaniza.⁷⁴⁵ Concluiremos este epígrafe sobre los elementos gráficos coyunturales de la representación del bárbaro-zapatista en las publicaciones que nos atañen con la interpretación de este tipo de imágenes del zapatismo.

Un ejemplo de este género de representaciones del zapatismo salvaje en las páginas de *El Ahuizote* lo hemos visto ya en la historieta “Los Dos Príncipes”, exactamente en la onceava viñeta, donde a los pies de Zapata observamos una cabeza, una tibia, una pierna y una mano cortadas, al tiempo que notamos que el caudillo se dispone a desmembrar también al hombre que está a su lado hincado y con gesto suplicante [fig. 26].

Otra imagen de un Zapata monstruoso e inhumano, es la titulada “Anuncios conocidos”, en la que observamos al líder de los campesinos del centro-sur representado con la indumentaria de carnicero; con el delantal profusamente manchado de sangre y sosteniendo un cuchillo con el que lo vemos desollar a un hombre que cuelga de cabeza frente a él. Debajo de la víctima hay una tina en la que su sangre está siendo recolectada y la cual despide el vapor del suero aún caliente. En la esquina superior izquierda de la composición notamos el emblema de la “empresa” de Zapata, que lleva por nombre: “Gran Carnicería [sucursal ilegible]” [fig. 36].

Igualmente, una poderosa y grotesca imagen del monstruoso “Atila del Sur” es “A la hora de la comida”; composición en la que podemos contemplar a un Zapata de dimensiones gigantes sentado en una roca casi a ras de suelo. Entre sus piernas hay un gran recipiente repleto de huesos semi descarnados y vemos al caudillo comiendo la carne de uno que sostiene en su boca con un par de manos enormes que parecen terminar en garras. El gesto

⁷⁴⁴ *Idem.*, p. 159.

⁷⁴⁵ A través del mito del caníbal: “una cultura (no siempre la occidental) deshumaniza a otra afirmando que sus miembros se comen a la gente”. *Idem.*, p. 169.

del rostro es enfáticamente feroz. Y en el suelo notamos una mano y un pie cortados a lado de un gran cuchillo que lleva la inscripción “E. Z. Sirbo [sic.] a mi dueño”. En el fondo se observa una muralla que puede ser la delimitación de una ciudad o quizá una finca azucarera, mientras que sobre la muralla vemos buitres, y las mismas aves sobrevolando la escena debajo de un cielo nublado. El iconotexto nos indica quienes son las víctimas preferidas de este monstruo: “Estaba más sabrosa la pata de hacendado que me comí en el almuerzo” [fig. 37].

En la imagen que acabamos de describir también podemos notar la presencia de un pequeño personaje detrás de Zapata; parece ser la representación de una persona negra, la cual está mirando horrorizado al siniestro charro. Este personaje quizá es un elemento que enfatiza la monstruosidad exacerbada de del caudillo mediante la insinuación de que hasta los negros, los seres semi-humanos y caníbales por antonomasia, se horrorizan ante el antropófago Zapata. Y omitimos a propósito mencionarlo en el párrafo anterior debido a que queríamos abordarlo por separado y relacionarlo con otra imagen que confirmaría nuestra hipótesis sobre su papel como elemento de énfasis: nos referimos a una viñeta que apareció debajo de la sección de anuncios en la parte interior del forro de *El Ahuizote*, donde vemos a dos aborígenes negros en actitud de conversar, y el iconotexto lo confirma: “Querido Kalikaluhani, acabo de escribirle una carta a Zapata, felicitándolo. Es de los nuestros”. Lo que nos remite a la equivalencia entre antropófagos: el infra-humano Zapata y los sub-humanos de raza negra [fig. 23]. El racismo del discurso de la prensa prodigado por partida doble.

La representación grotesca se repite nuevamente en una caricatura sin título publicada por *Multicolor* en septiembre de 1911; la escena ocurre las calles de una ciudad, con la pulquería “La Piedad” de fondo. Fuera del establecimiento vemos a Zapata y a Madero; el primero está de pie junto a varias extremidades desmembradas al tiempo que sostiene una cabeza ensangrentada entre sus manos. Madero, a su lado, lo mira horrorizado y temblando del miedo. El texto a pie de imagen nos muestra un dialogo entre ambos personajes: “Madero. —Pero ¿qué hace usted Zap...? Zapata. —Pacificando, D. Panchito, pacificando” [fig. 40].

Pero también existe una imagen de *Multicolor* en la que no vemos desollamientos ni miembros separados del cuerpo, sino que la infra-humanidad de Zapata se expresa esta vez mediante versos que lo coparan con monstruos célebres como Pedro el Cruel, Nerón, Atila, Calígula, Jesús Negrete, Chucho el Roto y el mismo Lucifer, los cuales: “al oír relatar los atropellos/En Cuautla y en Jojutla ejecutados/Sintieran erizar sus cabellos/Y a la vez cohibidos y humillados/A la tumba retornaran todos ellos” [fig. 41].

Por último, también en *Multicolor* apareció en diciembre de 1911 una caricatura en la que vemos a Zapata ataviado con lo que parece una armadura pectoral. Sostiene por lo alto una cabeza separada del busto con la mano izquierda, mientras que su mano derecha descansa sobre un machete que, a su vez, está enterrado en lo que parece ser un tronco cortado; la sangre chorrea de este objeto y detrás de él podemos observar el cuerpo al que perteneció la cabeza que Zapata sostiene por los cabellos. Versos de Antonio Plaza acompañan esta imagen en la parte inferior: “Si mi sueño de sangre realizara/de un tajo, humanidad, te dividiera/en tu sangre maldita me bañara/y tu sangre maldita me bebiera” [fig. 47].

CONCLUSIONES

Al momento de plantear el problema principal que debía guiar esta investigación sobre el discurso (textual y gráfico) que *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* produjeron con respecto a la rebelión zapatista entre los años 1911-1914, partimos de la comprensión o el supuesto teórico de que dicho discurso era una representación, es decir, un producto cultural propio de aquel contexto histórico y social específico; una construcción intelectual posible e inteligible gracias a la convergencia del contexto sociopolítico coyuntural (la Revolución Mexicana) con las ideas y las corrientes de pensamiento que en aquel momento constituían la base cognitiva que determinaba la percepción que las élites sociales porfirianas —a quienes tenemos como emisoras y receptoras de dicha representación cultural— tenían respecto de lo social, y no sólo de esto, sino también del mundo y la vida en general (cosmovisión). Así, la cuestión central que buscábamos resolver era el identificar cuáles habían sido las posibles influencias culturales, tanto sincrónicas como diacrónicas, que dieron lugar a la representación del zapatismo según las características que observamos en los dos últimos capítulos de esta investigación; cuáles las bases epistemológicas, conceptuales y teóricas que hicieron posible que periódicos como los que nos ocupan hablaran en sus páginas de un zapatismo bárbaro que se hallaba en guerra con la civilización nacional.

Nuestra hipótesis inicial, que formulamos a raíz de nuestras primeras aproximaciones parciales al discurso del bárbaro-zapatista en *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, fue que dicha representación cultural del zapatismo era fundamentalmente un reflejo de la visión de la “otredad indígena” que permeaba el pensamiento de las élites intelectual y política del Porfiriato. La cual visión, a su vez, se definía —sostuvimos— en función de la influencia que entre las élites sociales porfirianas ejercían: 1) la filosofía positivista; 2) el evolucionismo, 3) la antropología jurídica que se debatía en distintos espacios intelectuales del México porfiriano; 4) los principios del liberalismo teórico; 5) los fundamentos del liberalismo económico, es decir, el modo de producción-consumo capitalista ; 6) y la representación del indio-bárbaro que la prensa decimonónica construyó en torno a las rebeliones campesinas que proliferaron sobre todo hacia la segunda mitad de aquella centuria.

Luego, pues, a partir de lo expuesto a lo largo de esta investigación y de manera particular en los dos últimos capítulos, sería impreciso afirmar simplemente que nuestra hipótesis se confirmó. Antes bien, diríamos que los resultados de esta investigación profundizaron y ampliaron los supuestos teóricos a partir de los cuales formulamos la hipótesis inicial.

Y esto fue así, debido, básicamente, a que en un momento posterior a la formulación de la hipótesis original incorporamos al andamiaje teórico algunos planteamientos de la crítica a la modernidad, concretamente a partir de las reflexiones desarrolladas por Bolívar Echeverría (quien a su vez retoma las líneas esenciales del pensamiento crítico de Max Horkheimer y Theodor Adorno). De suerte que al ocuparnos del análisis del discurso sobre el zapatismo en *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* resultó evidente para nosotros que la modernidad capitalista, entendida como esquema civilizatorio de carácter universal, fue la base epistemológica en función de la cual fue posible que este tipo de órganos de prensa construyeran la representación de un zapatismo bárbaro, radicalmente opuesto a la civilización; en el espíritu de los textos y de las imágenes advertimos el influjo de los principales ejes paradigmáticos o “rasgos característicos” que dicho modelo de civilización impone a la cultura y la sociabilidad modernas (el racionalismo, el progresismo, el urbanicismo, el economicismo, secularización de lo político o materialismo político y, como extensión del anterior, el individualismo con su complemento: el nacionalismo).

En consecuencia, diremos, en primer lugar, que ya no consideramos del todo certero sostener que la visión de la “otredad indígena” de las élites intelectual y política porfirianas fungió como una suerte de esquema básico a partir del cual se habría configurado la representación del bárbaro-zapatista a través del discurso de las publicaciones que nos ocupan. Pues hemos tratado de demostrar que es la ambigüedad la actitud predominante cuando se trata de definir la composición y el carácter social, luego racial, del zapatismo en dichos órganos de prensa. No obstante, en cualquier caso, sí nos parece evidente que la idea de lo indio se halla de forma implícita en la base del discurso del bárbaro-zapatista de los periódicos que analizamos. Y creemos que esto obedece a que dichas publicaciones hacían eco del pensamiento de la clase dirigente porfiriana, en el cual el concepto de “indio” adquirió la connotación de categoría de análisis político, puesto que designaba sobre todo a los sectores de la sociedad menos integrados al proyecto nacional de desarrollo económico.

Por esta razón, si hemos de hablar sobre la visión de la alteridad o de la “otredad” que permea el discurso del bárbaro-zapatista en periódicos como *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, es más certero decir que se trata de una representación cultural de lo indio como aquello “otro” opuesto a la civilización, es decir: que la representación del zapatismo bárbaro en el discurso de este tipo de prensa responde sobre todo al carácter radicalmente anti-moderno y contra-hegemónico de su lucha y de su práctica política, a la vez que se hace evidente que distintos aspectos de esta anti-modernidad zapatista —los que definen al zapatismo como un movimiento bárbaro desde la perspectiva las publicaciones que nos ocupan— invariablemente guardan correspondencia con la idea de lo indio o, más bien, del “problema indio”, dilema histórico del liberalismo mexicano.

Por otra parte, también sostuvimos que esta visión de la “otredad” que subyacía en la representación cultural del bárbaro-zapatista se definía en función de la influencia que el positivismo, el evolucionismo, la antropología jurídica, los principios del liberalismo económico y del liberalismo político, así como la representación del indio-bárbaro de la prensa del siglo XIX, ejercían en el pensamiento de las élites sociales porfirianas que produjeron y consumieron este discurso. Y los resultados de nuestra investigación confirmaron nuestras intuiciones; efectivamente pudimos percibir que el discurso del bárbaro-zapatista de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor* denota la influencia de tales saberes, corrientes de pensamiento, creencias e ideas. Empero, limitarnos a indicarlo de esta manera también resulta estéril, puesto que en realidad lo más valioso de esta investigación es que nos permitió observar los matices respecto al verdadero influjo de tales ideologías, a la vez que arrojó luz sobre otros tantos aspectos y determinaciones culturales de los que no sospechábamos, pero que también definieron las características de la representación del zapatismo en las páginas de las publicaciones que nos ocupan.

Así, pues, primero es decir que la influencia del evolucionismo se hace patente en el nivel léxico a través de los conceptos que definen a los zapatistas como sub-humanos, primitivos, salvajes, antropófagos o caníbales, equivalentes a animales medio humanos como los gorilas o chimpancés, y a los que son símbolo de ferocidad como los jabalíes, hienas, chacales o víboras, por ejemplo; a la vez que su organización militar fue definida a través de términos que evocan la organización tribal de los pueblos supuestamente menos

evolucionados: fueron las hordas o simplemente “las tribus desbandadas”. Empero, en este nivel textual el evolucionismo no fue la única fuente de conceptos, sino que también se puso de evidencia —para sorpresa nuestra— la decisiva influencia de la medicina (sobre todo en la producción de *El Mañana*), a través, concretamente, de un lenguaje que traducía la dicotomía civilización (modernidad porfiriana) versus barbarie (zapatismo) en términos de una lucha de tipo biológico entre un organismo viviente y una enfermedad, un “mal”, la intrusión de un “elemento insano” o de “gérmenes”. De la misma manera que la guerra de Estado en contra del zapatismo fue transcrita en clave de remedio o intervención médica. Lo mismo que destaca, en el caso de *El Mañana*, la alusión constante a patologías del cerebro como el cretinismo y la imbecilidad para remitir al intelecto pretendidamente atrofiado y/o degenerado de los campesinos rebeldes del centro-sur y, en consecuencia, a la irracionalidad de sus actos.

Por otra parte, la investigación nos demostró también que la influencia del evolucionismo en el discurso del bárbaro-zapatista discurre íntimamente ligada al influjo de otra corriente de la teoría biológica vigente por aquella época en el mundo occidental: el organicismo. En efecto, como dijimos en su momento, una de las características comunes al discurso de las tres publicaciones que investigamos es la visión profundamente organicista de lo social y, por ende, del conflicto zapatista. Lo cual se puso de relieve en distintas ocasiones a través de la operación que traducía el *statu quo*, el orden social vigente en el Porfiriato como un “orden positivo”, en el que, como cualquier organismo vivo, cada componente particular y cada órgano tenían designado un lugar y una función específica, por lo que tratar de modificar dicho *statu quo* —como lo estaban haciendo los zapatistas en la región centro-sur del país— era, prácticamente, un atentado *contra natura*, equivalía a “poner de cabeza los principios positivos” que regían a las sociedades.

En el mismo sentido, también es de destacar la forma en la que estos órganos de prensa discutieron sobre el tema de la igualdad y la desigualdad social, pues, en lo general, condenaron a Francisco I. Madero por predicar sobre igualdad entre los sectores populares, ya que al actuar así había demostrado que ignoraba o que subestimaba las “leyes sociológicas” que regían la convivencia humana. Siendo que dichas “leyes sociológicas” refieren claramente a la convicción de que la jerarquía de las especies propuesta por el

darwinismo aplicaba para el orden de lo social entre los seres humanos. Así, vimos que lo que este tipo de periódicos definían como “sociología” remitía a la supuesta probidad “científica” de la relación entre los antedichos supuestos darwinistas y la dinámica social de la modernidad. En consecuencia, la rebelión de los pueblos del centro-sur fue tratada como una aberración del orden “natural” y “científicamente” comprobado de lo social; luego, su predominio regional fue materialización del des-orden, de la barbarie.

Por ocasión diversa, también suponíamos que los principios fundamentales del liberalismo económico, es decir, del sistema de producción-consumo capitalista, habían sido determinantes como condición de posibilidad y para definir las características de la representación del bárbaro-zapatista de *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*. Y efectivamente vimos confirmada esta intuición, pero de una forma que superó nuestras expectativas y enriqueció nuestra visión a través de los matices que salieron a la luz, permitiéndonos conocer las preocupaciones y los intereses específicos de las élites sociales porfirianas. Así, pues, lo primero que resulta obligado resaltar es el hecho de que la discusión sobre los problemas económicos que se derivaban de la insurrección y la práctica política de los campesinos del centro-sur fue el *corpus* central del discurso antizapatista de *El Mañana* y *El Ahuizote*; efectivamente, en lo que al zapatismo se refiere, este fue el tema que convirtió al movimiento campesino en el centro de atención de la prensa capitalina y, sin lugar a dudas, el que despertó más preocupación y encono.

De esta suerte, es posible afirmar que la dicotomía civilización-barbarie que rige el discurso del bárbaro-zapatista en las publicaciones que nos incumben se presenta esencialmente a través de la oposición: zapatismo versus la modernidad capitalista porfiriana; es esta la fórmula básica a través de la cual vemos que se van hilando las cadenas de significados opuestos que definieron esta representación. En este sentido, es de notar, primero, que el conflicto social real entre las comunidades campesinas del centro-sur y las élites económicas regionales es traducido como una lucha entre los bárbaros y la “sociedad honrada”, donde los primeros son definidos como los malos, los victimarios, criminales, inmorales, irracionales, portadores del caos y de la muerte, mientras los segundos son los buenos, las víctimas, los de legalidad, moralidad, racionales, artífices del orden y dadores de vida. Se trata, pues, de un discurso sin puntos medios, es la oposición de extremos

antípodas, hecho que indudablemente obedece al carácter profundamente anti-moderno y contrahegemónico del zapatismo. Y así creemos que lo confirma un hecho que no intuimos inicialmente: fue tal la preocupación y la aversión que estos rasgos del zapatismo suscitaron entre las élites porfirianas que incluso publicaciones tan críticas de la revolución de 1910, como *El Mañana* o *El Ahuizote*, definieron la dicotomía civilización-barbarie en el seno mismo del “caos” revolucionario; distinguieron entre revolucionarios civilizados y barbaros, representados por el orozquismo y el zapatismo respectivamente.

Por otra parte, pudimos observar que, concretamente y en términos generales, son tres los temas que más se discutían en *El Mañana* y *El Ahuizote*; tres las problemáticas económicas derivadas de la rebelión de los pueblos del centro-sur que evidenciaron que la visión de ambas publicaciones se hallaba hondamente influida por el economicismo característico de la modernidad: 1) el temor y el rechazo ante la destrucción y desaparición de la gran propiedad privada individual (la hacienda) en la región centro-sur; 2) la escasez de fuerza de trabajo en la agroindustria; 3) por último, como extensión de los problemas anteriores, el entorpecimiento de la producción agroindustrial y, por ende, el estancamiento de la circulación mercantil de los capitales en la región controlada por el zapatismo.

En el mismo sentido, observamos un hecho muy sugestivo que confirma la profunda visión economicista de lo social que determinaba la producción de *El Mañana* y *El Ahuizote*, pues cuando éstos denunciaban las grandes problemáticas económicas provocadas por la insurrección zapatista, cuando defendían los intereses de la oligarquía regional, lo hacían sobre todo en pos de salvar la “riqueza nacional”. Y en este punto de nuestra investigación pudimos advertir que se había operado una “territorialización” de la región centro-sur (sobre todo en el discurso de *El Mañana*), pues lo que para el zapatismo era el legítimo territorio de los pueblos, para este bisemanario era, antes que nada, una fracción del territorio nacional, una entidad federativa y, lo más importante, un bastión de la industria moderna nacional y un enclave de comercio activo. Finalmente, actuó en sorpresa nuestra el hecho de que esta “territorialización” de la región centro-sur evocara la historia regional a través de comparaciones entre los “bandidos” zapatistas del siglo XX y los Plateados que habían asolado la Tierra Caliente en el siglo previo. Con lo cual se puso de relieve una larga

historia de agitación social regional, en la cual convergen hechos que pueden parecer disímbolos, pero que en realidad se hallan íntimamente relacionados.

En orden diferente de ideas, otra de nuestras hipótesis iniciales fue que el discurso del bárbaro-zapatista de periódicos como *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, evidenciaba el influjo del discurso de la prensa decimonónica sobre las rebeliones indígenas y las llamadas “guerras de castas”. En este sentido, el resultado fue afirmativo, y valioso no por este simple hecho, sino porque pudimos advertir cuáles eran los puntos de convergencia, las bases de los paralelismos entre ambas representaciones (la del “indio” rebelde decimonónico y la del bárbaro-zapatista). Así, podemos decir que la base de dicha correspondencia es una negación; tanto la prensa nacional del siglo XIX como la prensa porfiriana de la época que nos ocupa coinciden en el acto de negar que las rebeliones llamadas indígenas y la rebelión zapatista, respectivamente, tuvieran un origen político, esto es: en ambos casos se negó que el despojo territorial, la coerción productiva y la pérdida de autonomía política (que databan de la época colonial y permanecían vigentes e incluso más agudos bajo el régimen liberal) fueran la causa de las rebeliones campesinas.

Siendo además que los términos de dicha negación también son coincidentes; en ambos casos se arguyó que estos fenómenos sociales obedecían a: 1) el profundo odio que los “indios” sentían por la raza blanca, lo que se explicaba por los abusos del régimen colonial que no habían sido olvidados y, desde un enfoque más “positivo”, por algún fenómeno degenerativo de su psiquis (como la aludida “pasión” por la tierra, que es una idea que se enuncia en el siglo XIX y vemos repetirse en el discurso de la prensa que nos ocupa). Luego, a este razonamiento responde que la idea de la “venganza” fuera un lugar común de la discusión sobre las rebeliones campesinas, y que en ambos casos éstas fueran definidas como guerras de “exterminio” contra la raza blanca (contra los ricos en el caso del zapatismo); 2) y por último, como consecuencia de lo anterior, destaca el hecho de que tanto en la prensa liberal decimonónica como en la prensa porfiriana se hace patente la convicción de que estos movimientos no eran autónomos, sino siempre producto de la manipulación política. En el caso del zapatismo, la paternidad y el liderazgo del movimiento se le adjudicó principalmente a Madero o ya al viejo general juarista Francisco Leyva.

Igualmente, cabe recordar que esta característica del discurso del bárbaro-zapatista de *El Ahuizote* y, sobre todo, de *El Mañana*, para nosotros es una evidencia más de que estas publicaciones reflejan una visión completamente inmersa en el paradigma de la modernidad capitalista, pues a través de algunos planteamientos de la teoría marxista tratamos de demostrar que la negación del origen político del zapatismo era tan radical en razón de que reconocer tal origen implicaba, en primer lugar, aceptar que el sistema político que se creía perfecto adolecía de hondas contradicciones, y en segundo lugar, pero más importante aún, porque la expropiación de la tierra a las comunidades campesinas tradicionales y su conversión en gran propiedad privada individual constituye la base y la condición fundamental de todo el proceso de acumulación capitalista.

Por otra parte, también supusimos que los principios del liberalismo político fueron otro factor decisivo para dar lugar a la representación del zapatismo bárbaro en el discurso de la prensa que analizamos. Y en este sentido lo que pudimos observar es que *El Mañana* y *El Ahuizote* convergen en una actitud de repudio al zapatismo porque este movimiento representaba una nueva y aguda crisis de la soberanía nacional (problemática secular del México independiente). Siendo, concretamente, dos las cuestiones centrales que se debatían en ambas publicaciones: por un lado la urgencia de reestablecer el régimen legal, el imperio del contrato social (la Constitución mexicana) en la región controlada por el zapatismo; y por otro lado el hecho de que el Estado de Morelos era, en efecto, un espacio de excepción al orden legal, lo que provocó la indignación de esta prensa, e hizo patente su preocupación ante la posibilidad de que tal situación se prolongara y exacerbara al grado de que Morelos deviniera prácticamente en una entidad política independiente de México. Cuestiones que, a su vez, suscitaron la reflexión de *El Mañana* y *El Ahuizote* sobre las vicisitudes del nacionalismo y la mexicanidad.

Finalmente, el análisis del discurso textual sobre el bárbaro-zapatista en las tres publicaciones que nos ocupan puso de manifiesto un rasgo que al inicio de la investigación no estábamos en condición de prever, a saber: la determinación que el ideal del urbanicismo (intrínseco al paradigma de la modernidad) ejerció en su percepción de la rebelión zapatista y de la revolución en general. En efecto, lo que se reveló fue, en primer lugar, que para *El Mañana*, *El Ahuizote* y *Multicolor*, la revolución en general y el

zapatismo en particular eran un conflicto del bárbaro mundo rural en contra del mundo urbano y civilizado; en segundo lugar (sobre todo en el caso de *El Mañana*), que la destrucción material de la ciudad de Cuautla como consecuencia de los combates entre el ejército federal y los rebeldes zapatistas en mayo de 1911, fue uno de los hechos que más despertó la indignación de esta prensa. Y se puso de relieve que fue así no sólo por la violencia de los zapatistas contra la población urbana, sino también, y de manera fundamental, porque el espacio urbano era símbolo de modernidad; punto nodal de la circulación mercantil, asiento del poder político y espacio de la cultura de la Ilustración; por último, en tercer lugar, también se puso de evidencia que uno de los factores que más contribuyeron a definir la representación del bárbaro-zapatista en los términos tan radicales que hemos visto fue el profundo temor que provocó la proximidad geográfica entre el movimiento campesino y el centro urbano más importante del país: la Ciudad de México.

En cuanto a la dimensión gráfica del discurso sobre el bárbaro-zapatista en *El Ahuizote* y *Multicolor*, hemos de reconocer que se trata, quizá, de la parte en la que nuestras conjeturas fueron más apresuradas. Sobre todo porque nuestra indagación respecto a la posible cadena visual de referencias (tradicción cultural convencionalizada) de la que partió la representación del zapatismo en las caricaturas de estos semanarios ilustrados no fue lo suficientemente profunda, según lo indicamos en su momento. Sin embargo, no podemos omitir las conclusiones a las que llegamos a través de ensayar un análisis iconológico de dichas imágenes. Y en este sentido lo primero es decir que nuestra investigación nos dejó observar que las caricaturas del zapatismo de las publicaciones que nos ocupan deben ser entendidas como un producto cultural en cuyo contexto de creación convergen: la historia del liberalismo mexicano y su dinámica histórica de lucha por el poder político, la *praxis* de una economía capitalista que se hallaba en plena expansión durante las últimas décadas del Porfiriato, así como la cultura cosmopolita en la que se hallaban inmersos y con la que mantenían dialogo los autores de estas imágenes.

Igualmente, destacaríamos que: 1) la representación del zapatismo en las caricaturas de *El Ahuizote* y *Multicolor* se inscribe en una tradición visual mucho más amplia, en la cual la sociedad rural del país es representada como la encarnación de la anti-modernidad, la inmoralidad y hasta del salvajismo; 2) la representación del zapatismo en estas imágenes

incorporó y combinó elementos visuales de dos iconos de la barbarie rural: el charro y el indio; 3) la primera de tres características o rasgos coyunturales que distinguen la representación del bárbaro-zapatista de las otras imágenes que expresan la barbarie rural de la sociedad nacional es un tipo gráfico facial de Zapata en el cual creemos ver reflejada la ferocidad, la inmoralidad y la malignidad que se le atribuía a este personaje en el discurso escrito de la prensa capitalina, y que posiblemente evoque una apariencia “mongólica” o extremo oriental estereotípica que respondería a la creencia común de que las razas mexicanas se hallaban emparentadas con las razas asiáticas; 4) por otra parte, la segunda característica coyuntural también denota paralelismos con el discurso escrito de esta misma prensa, puesto que define al zapatismo en relación con el contexto ya como uno de los problemas políticos más graves del régimen maderista como consecuencia de las promesas de tierra, o ya como un instrumento de Francisco I. Madero; 5) por último, el tercer rasgo coyuntural de esta representación gráfica del bárbaro-zapatista son una serie de símbolos a través de los cuales creemos ver sublimado el miedo y el repudio que la guerra y la práctica política de los pueblos del centro-sur suscitó entre las élites porfirianas de la capital del país, a saber: la recurrencia del motivo de las calaveras como alusión a la muerte, no sólo en el orden biológico, sino quizá también a la “muerte” del sistema capitalista de producción-consumo en la región centro-sur; la sangre, posiblemente como evocación de las ideas de venganza y odio; y la representación monstruosa que traducía la inmoralidad y la infra-humanidad que se le atribuía al zapatismo.

Con todo, no sobra recordar que el procedimiento de la iconología es intuitivo y aproximativo; así, las conclusiones anteriores son bien susceptibles de reformulación con base en un distinto orden de referencias, sobre todo —reiteramos— porque nuestra investigación carece de una muestra amplia de referencias gráficas en función de la cual se enriquecería el conocimiento con respecto a la cultura visual de la que se deriva la representación del bárbaro-zapatista de las caricaturas de publicaciones como *El Ahuizote* o *Multicolor*. En consecuencia, consideramos que esta es una veta de investigación que no explotamos a plenitud. Más aún si tomamos en cuenta que la muestra de caricaturas del zapatismo que fueron nuestro objeto de estudio en esta investigación no representa el total de imágenes que sobre este movimiento publicaron *El Ahuizote* y *Multicolor*, puesto que en orden de no hacer más extensa la parte de este trabajo dedicada propiamente al análisis del

discurso, hemos tenido que seleccionar las imágenes que consideramos más relevantes y significativas en cuanto al significado intrínseco que contienen. Huelga decir que las caricaturas del zapatismo de los dos semanarios que nos ocupan, representan, a su vez, una fracción del total de caricaturas que en esa época publicó la prensa ilustrada de la capital del país.

APENDICE DE IMÁGENES



--¿Vamos á tomar alguna cosa?
--¿A quién?

[1]. *Cómico*, 15 de octubre de 1899, Hemeroteca Nacional Digital de México.



--Mire...hágame favor de llevarse esto y de traerme mejor tortillas.

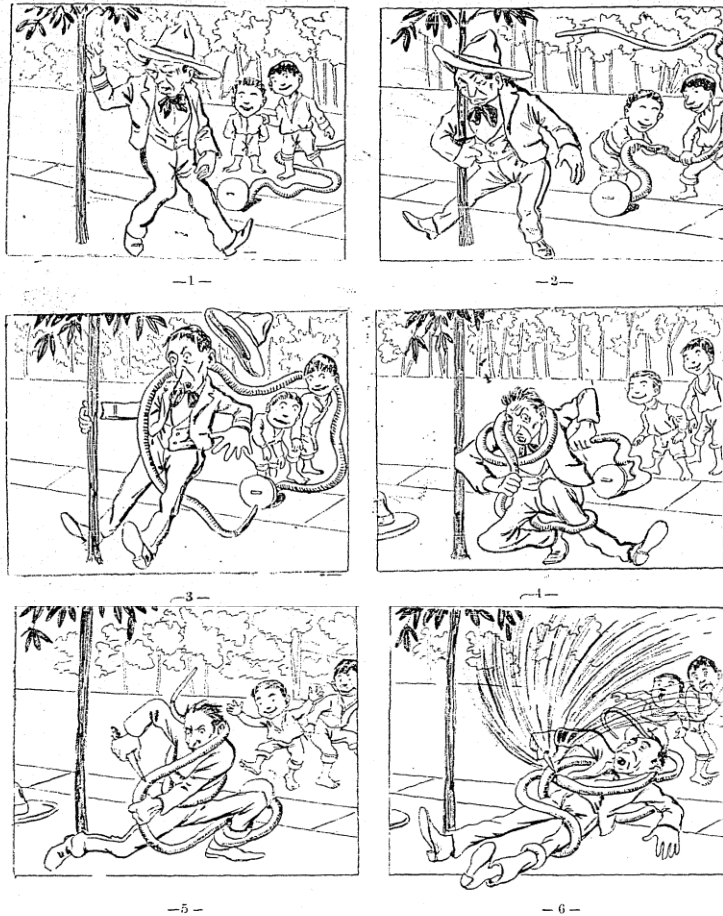
[3]. "Huéspedes de Semana Santa", *Cómico*, 2 de abril de 1899. Hemeroteca Nacional Digital de México.



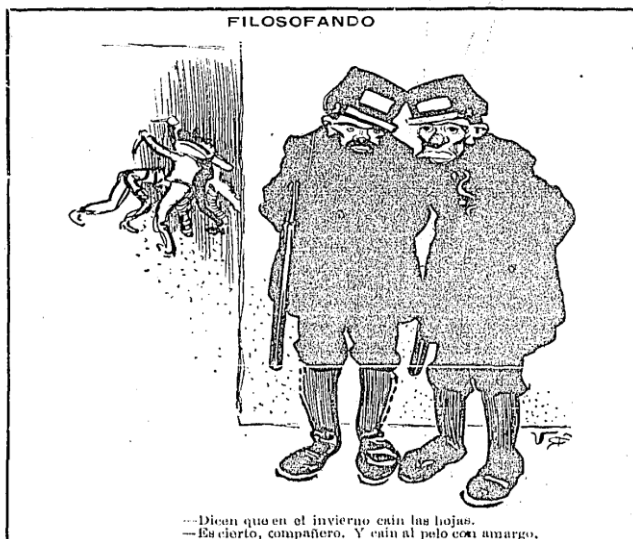
--¿Cuánto vale tu paraguas?
--Para los de México cinco pesos y dos para los fuereños.
--Toma los cinco pesos..... (si estará creyendo este amigo que yo soy fuereño).....

[2]. "Democracia", *Cómico*, 23 de abril de 1899. Hemeroteca Nacional Digital de México.

UN SIRIANO EN MÉXICO

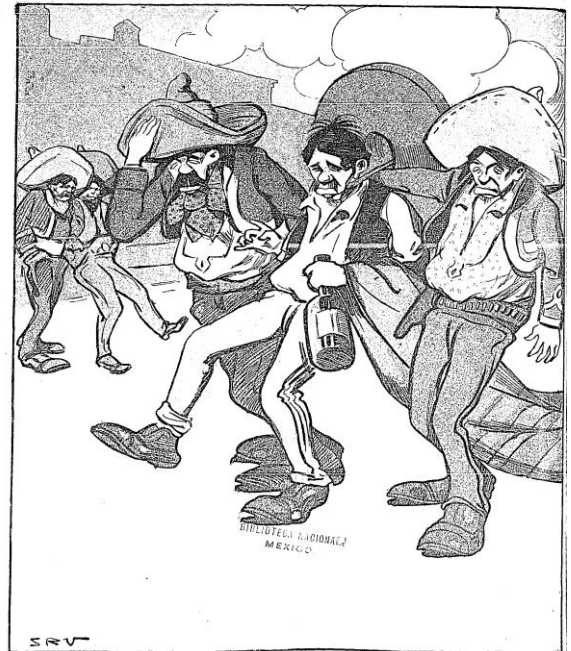


[4]. "Un siriano en México", *Cómico*, 16 de septiembre de 1900. Hemeroteca Nacional Digital de México.



[7]. "Filosofando", *La Risa*, 05 de noviembre de 1910. Hemeroteca Nacional Digital de México.

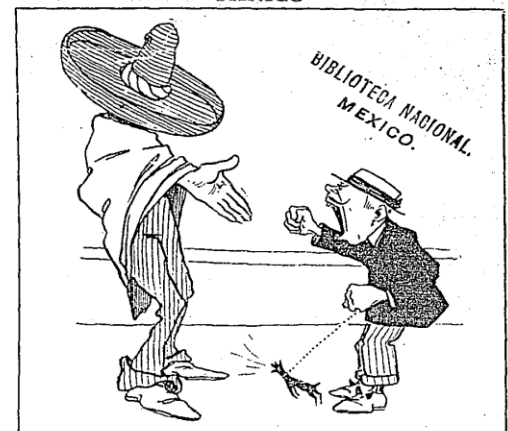
FIESTAS DEL CENTENARIO



La Iluminación

[5]. Santiago R. de la Vega, "Fiestas del Centenario", *La Risa*, 10 de septiembre de 1910. Hemeroteca Nacional Digital de México.

PANICO



¡Ay, mamá! ¡¡Santanón!!

[6]. "Pánico", *La Risa*, 20 de agosto de 1910. Hemeroteca Nacional Digital de México.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO.



Pues bien: Yo necesito
decirte que te quiero,
decirte que te adoro
con todo el corazón.

MANUEL ACUÑA.

[8]. "Versos Célebres", *La Risa*, 16 de julio de 1910.
Hemeroteca Nacional Digital de México.



La serraron el cráneo,

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO.

Le estrujaron los sesos

Y el corazón ya frío

Le arrancaron del pecho.

Julio Flórez.

[9]. "Versos Célebres", *La Risa*, 23 de julio de 1910. Hemeroteca Nacional Digital de México.



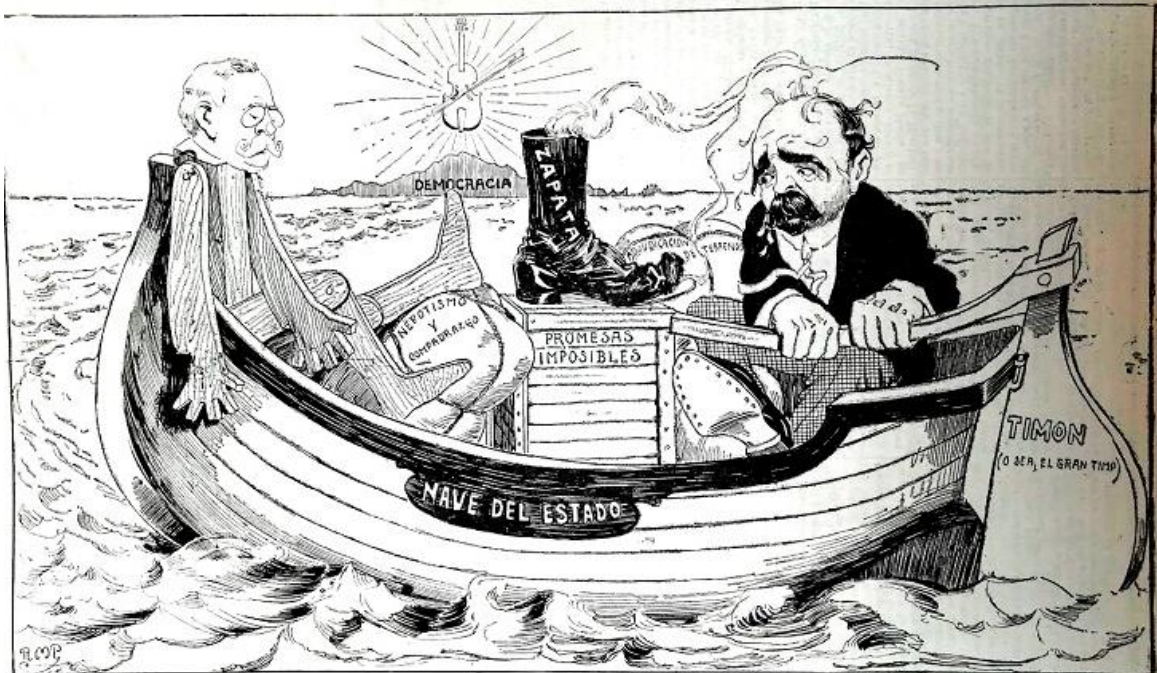
Sí, Ciudadanos Diputados! El fanatismo huye derrotado y triunfan los libre-pensadores; apenas el diablo se pone zapatos..... ya no va a misa.....



Cuando se pone la levita..... ya no cree en Dios.

[10]. "Fragmentos del último discurso de Mateos en la Cámara de Diputados", *Cómico*, 21 de mayo de 1899. Hemeroteca Nacional Digital de México.

Navegando en Río Revuelto.

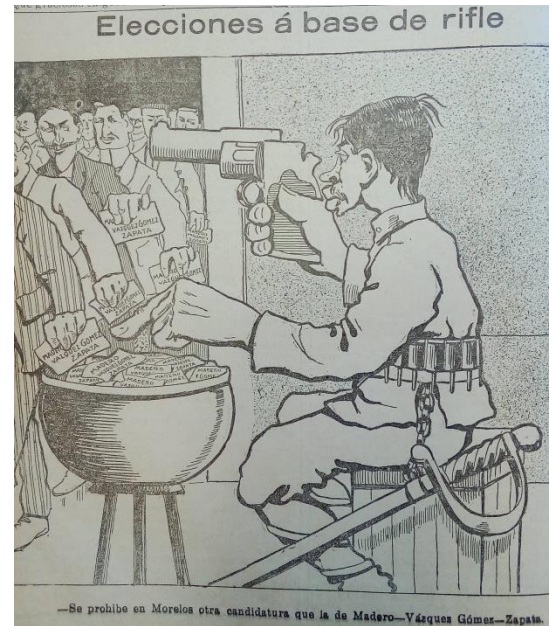


Madero es el de la Barra y el de la Barra..... está hecho un madero.

[11]. "RMP", "Navegando en Río Revuelto", *El Ahuizote*, 08 de julio de 1911. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.



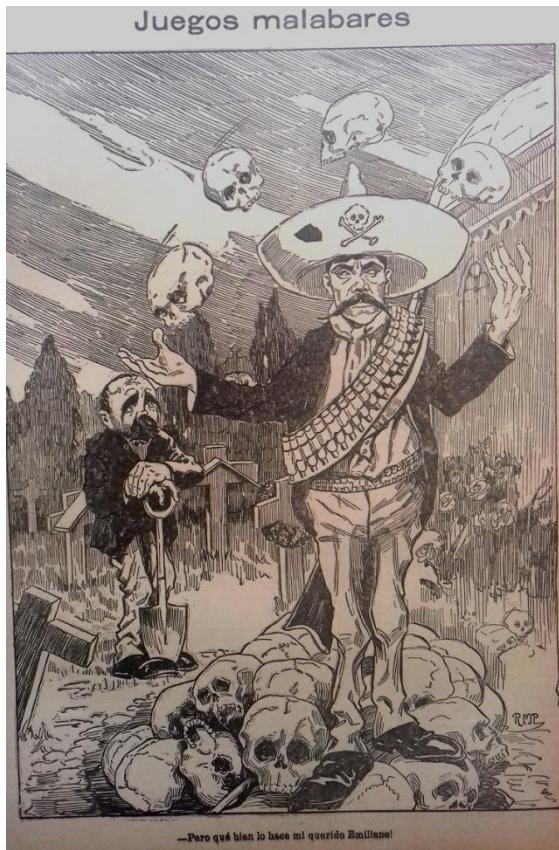
[12]. "Flores", "El Problema de la irrigación", *El Ahuizote*, 29 de julio de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



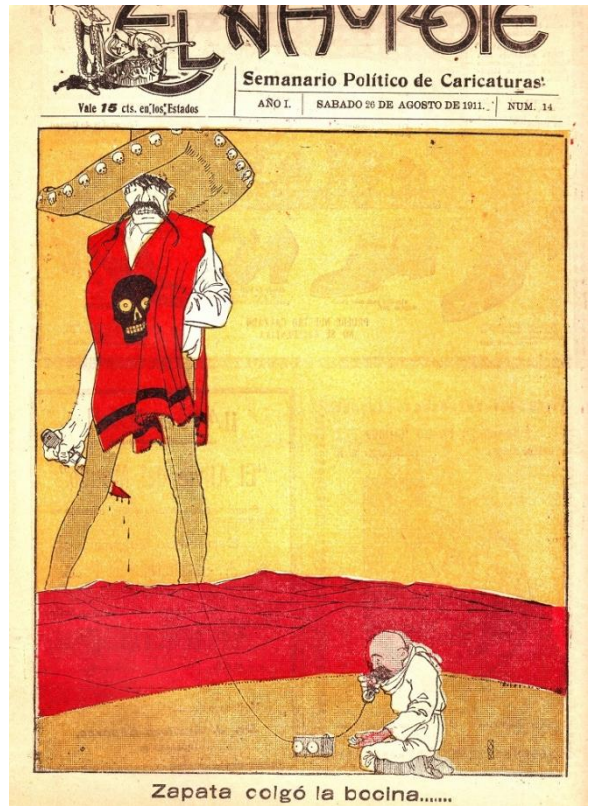
[13]. "Elecciones a base de rifle", *El Ahuizote*, 29 de julio de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



[14]. "Vaya una cuña!", *El Ahuizote*, 29 de julio de 1911. Hemeroteca Nacional Digital de México.



[15]. "RMP", "Juegos Malabares", *El Ahuizote*, 29 de julio de 1911. Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre las Revoluciones de México.



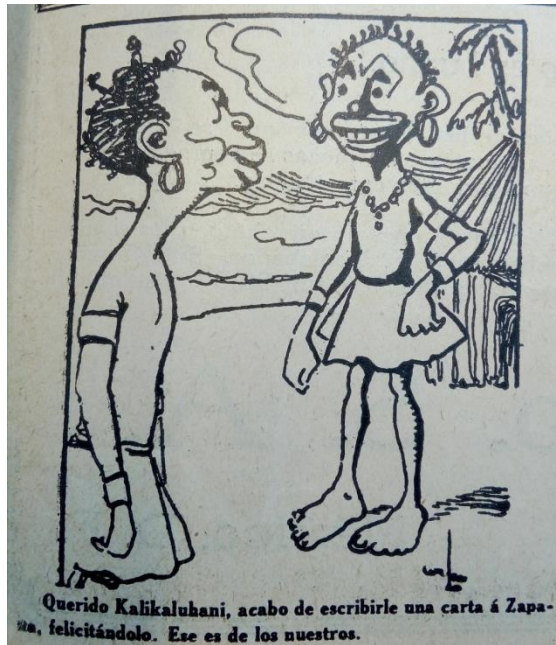
[17]. "Zapata colgó la bocina...", *El Ahuizote*, 26 de agosto de 1911. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.



[16]. "Artes y Oficios", *El Ahuizote*, 26 de agosto de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



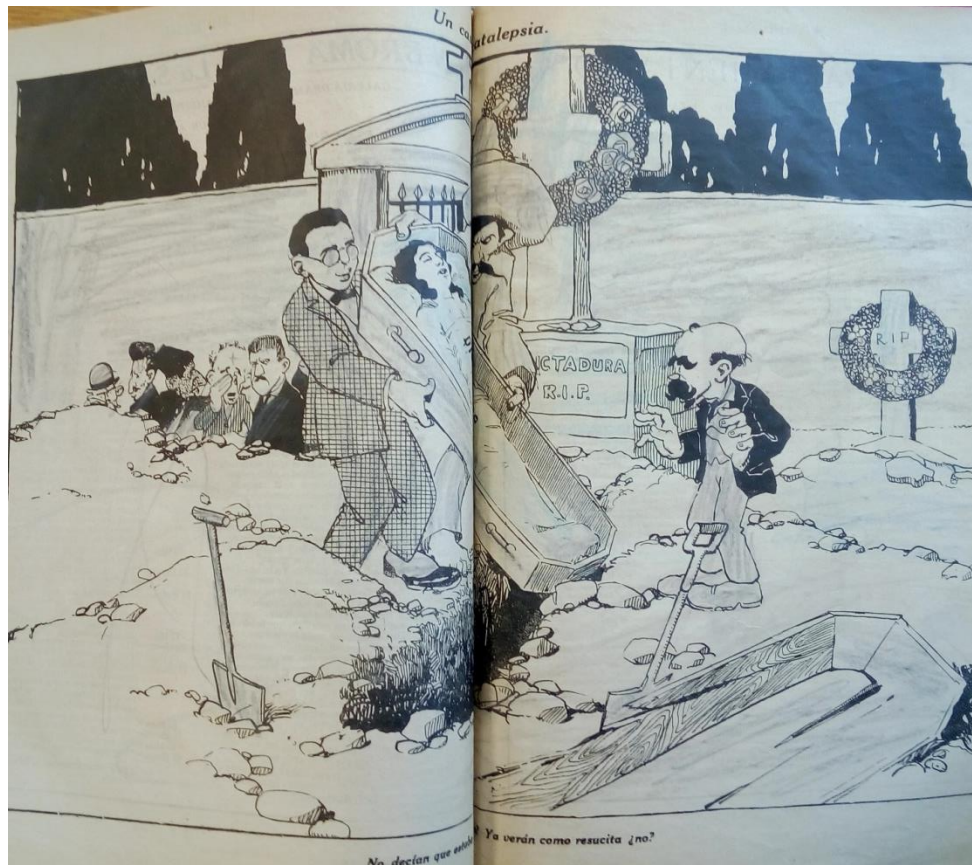
[18]. "En la Escuela Democrática", *El Ahuizote*, 02 de septiembre de 1911.



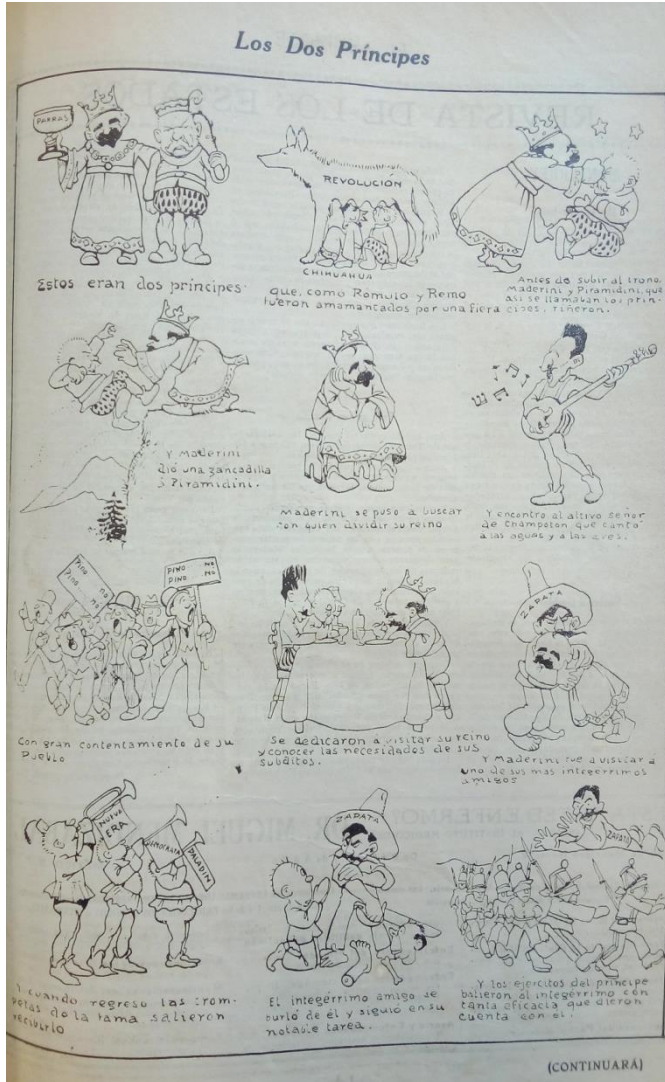
[23]. *El Ahuizote*, 28 de octubre de 1911. Hemeroteca Nacional Digital de México. Fondo Reservado.



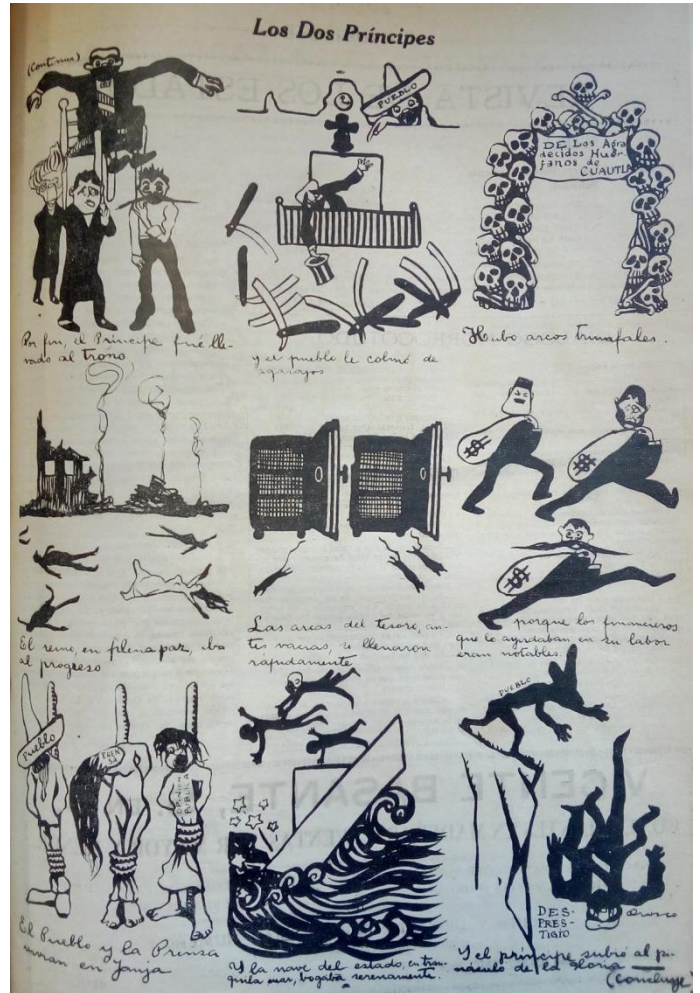
[24]. José C. Orozco, "Tal para Cual", *El Ahuizote*, 25 de noviembre de 1911.



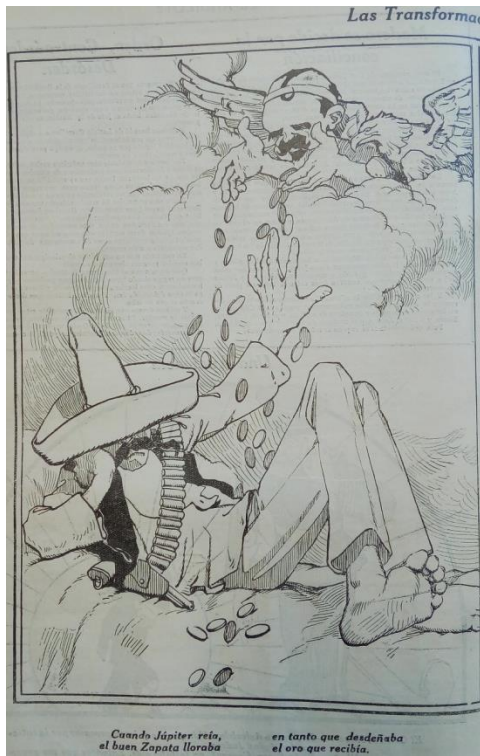
[25]. "Un Caso de catalepsia", *El Ahuizote*, 09 de diciembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



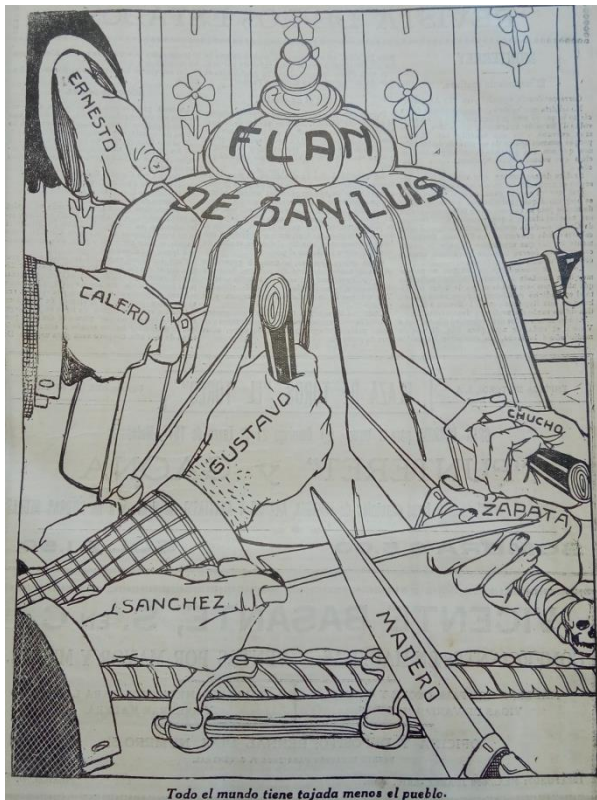
[26]. "Los Dos Príncipes", *El Ahuizote*, 16 de diciembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



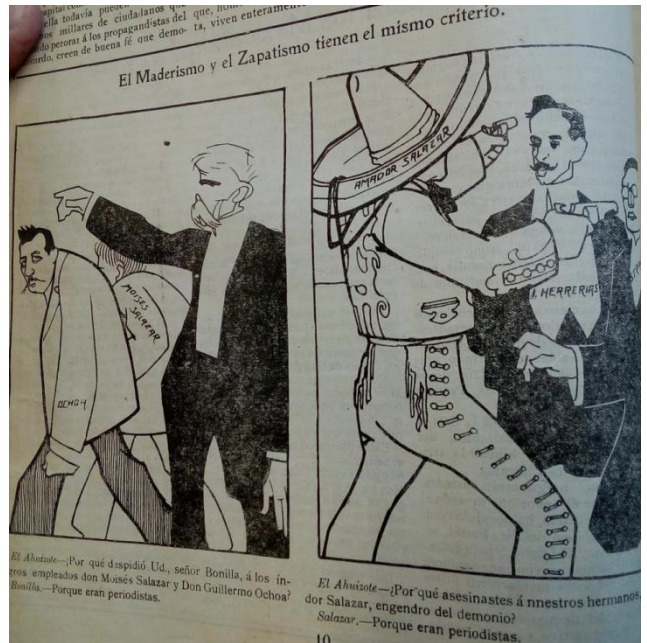
[27]. José C. Orozco, "Los Dos Príncipes", *El Ahuizote*, 23 de diciembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



[28]. Rafael Lillo, "Las transformaciones de Júpiter Pandero", *El Ahuizote*, 20 de enero de 1912. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.

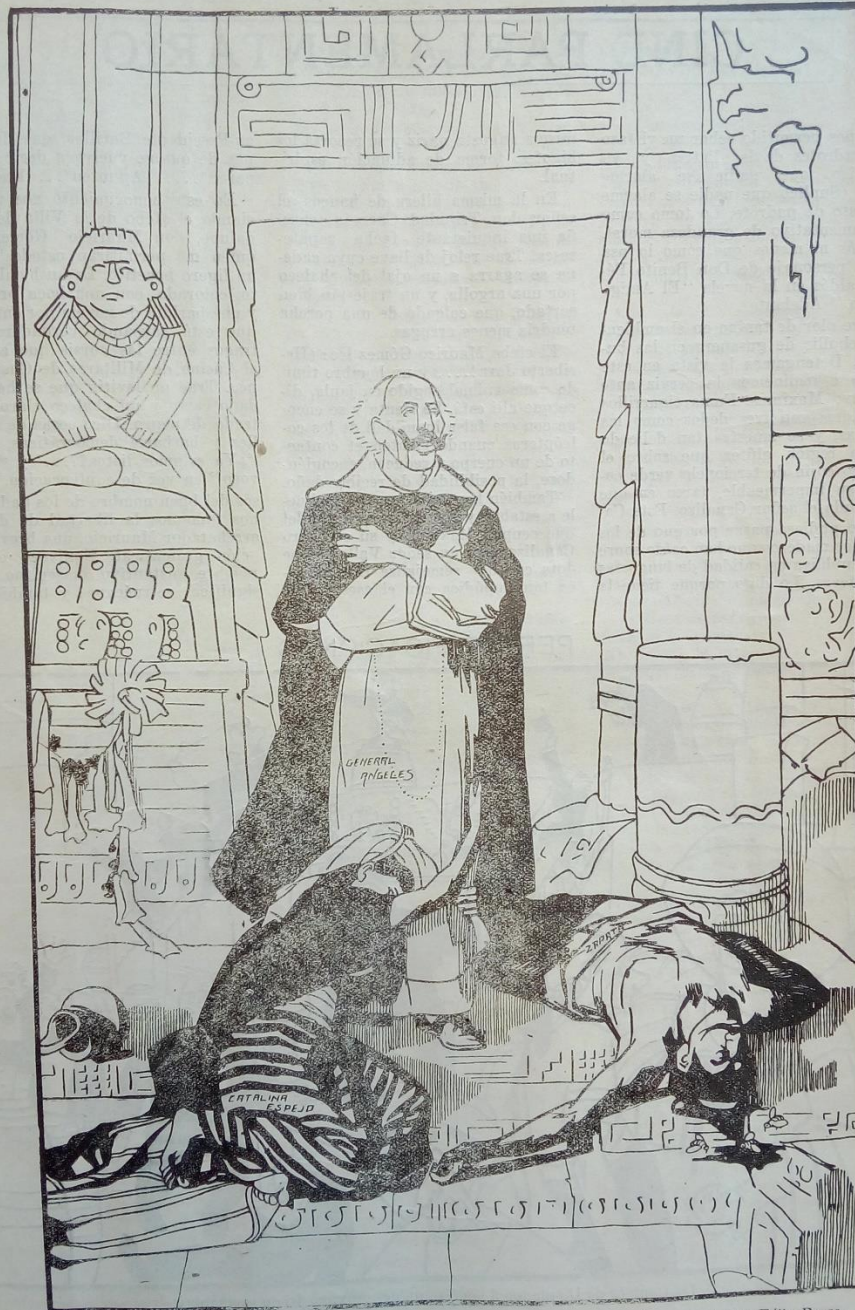


[29]. "Flan de San Luis", *El Ahuizote*, 20 de enero de 1912. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



[30]. "El Maderismo y el Zapatismo tienen el mismo criterio", *El Ahuizote*, 24 de agosto de 1912. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.

Galería artística de "El Ahuizote"



Fray Bartolomé de los Angeles, protector de los zapatistas. (Cuadro del pintor mexicano Félix Parra. Se conserva en la A. de San Carlos.)

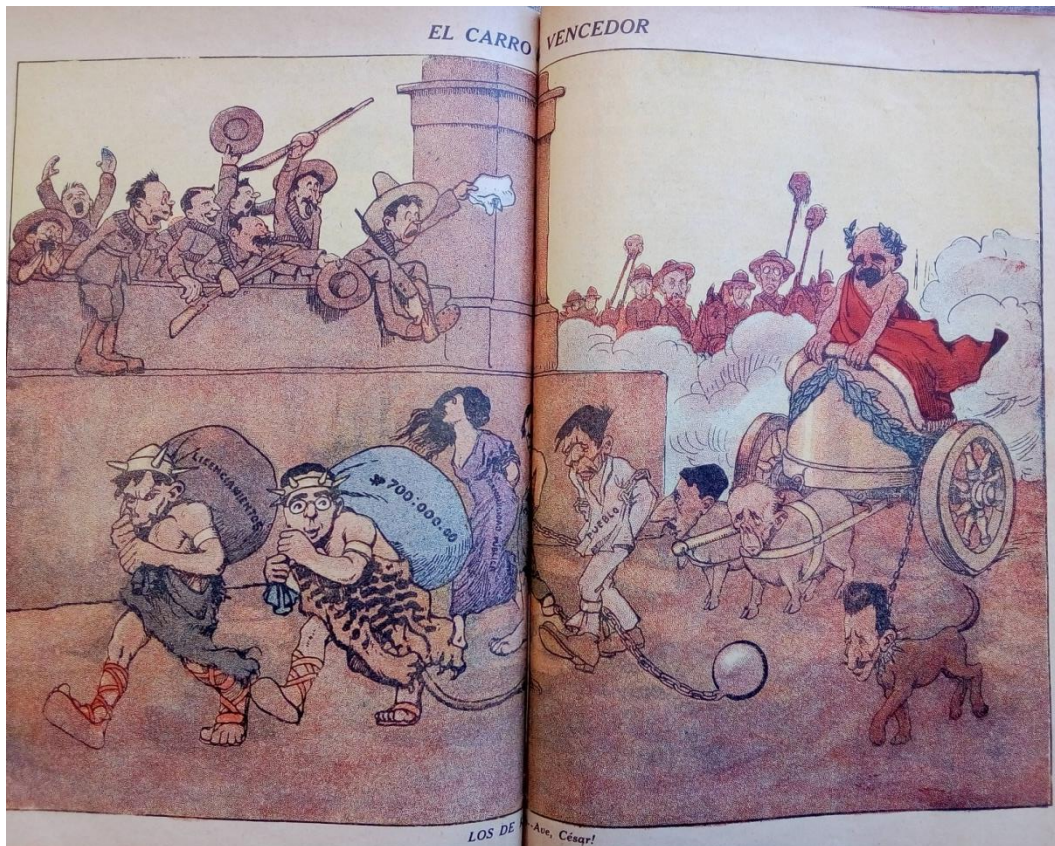
[31]. "Fray Bartolomé de los Ángeles, protector de los zapatistas", *El Ahuizote*, 14 de septiembre de 1912. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.

SANSON Y DALILA

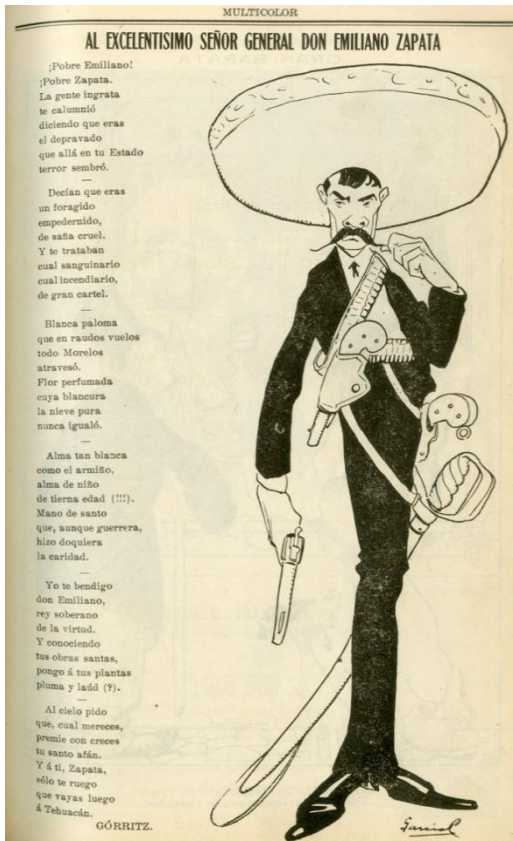
HEMEROTECA NACIONAL
MEXICO



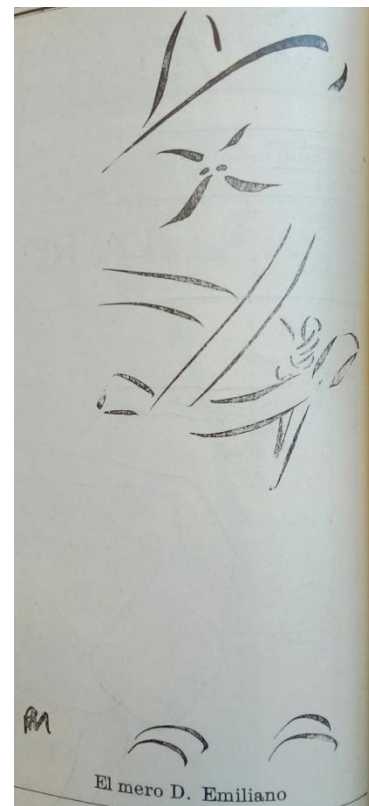
[32]. Rafael Lillo, "Sansón y Dalila", *El Ahuizote*, 04 de noviembre de 1912.



[33]. "El Carro Vencedor", *El Ahuizote*, 11 de noviembre de 1912. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



[34]. García Cabral, "Al Excelentísimo Señor General Don Emiliano Zapata", 29 de junio de 1911. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.



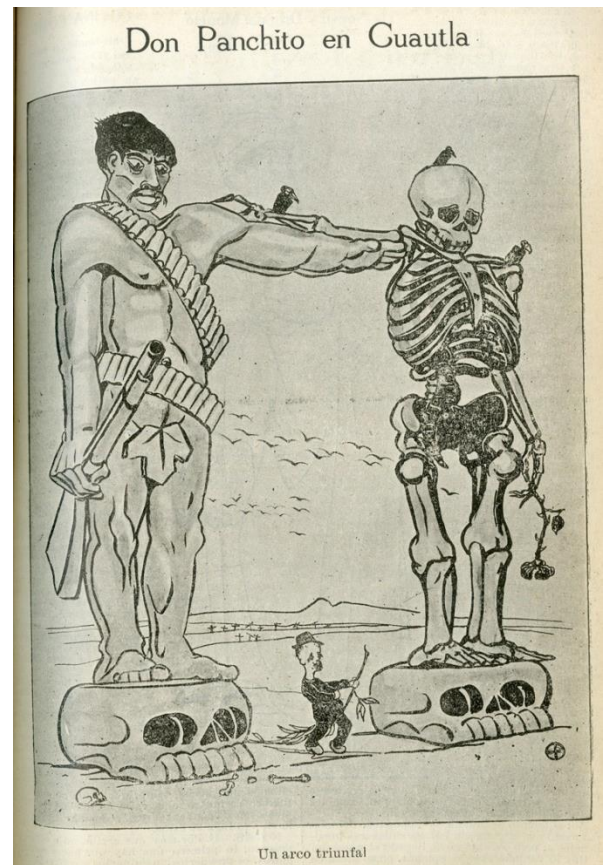
[35]. "El mero D. Emiliano", *Multicolor*, 03 de agosto de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



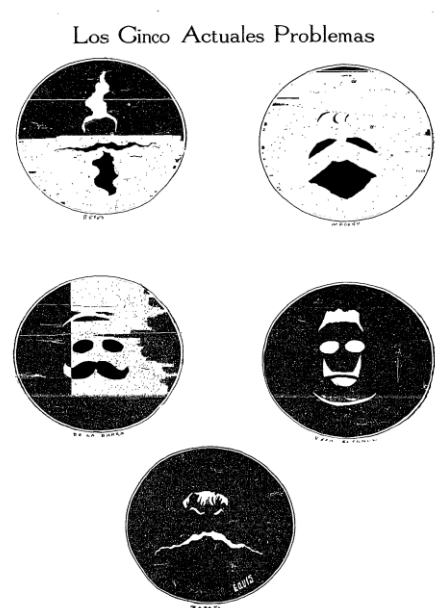
[36]. "Anuncios Conocidos", *Multicolor*, 17 de agosto de 1911.



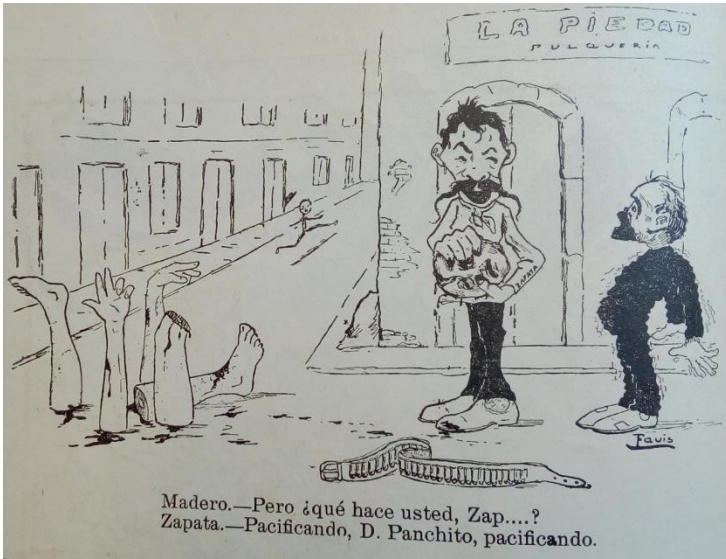
[37]. "A la hora de la comida", *Multicolor*, 24 de agosto de 1911. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.



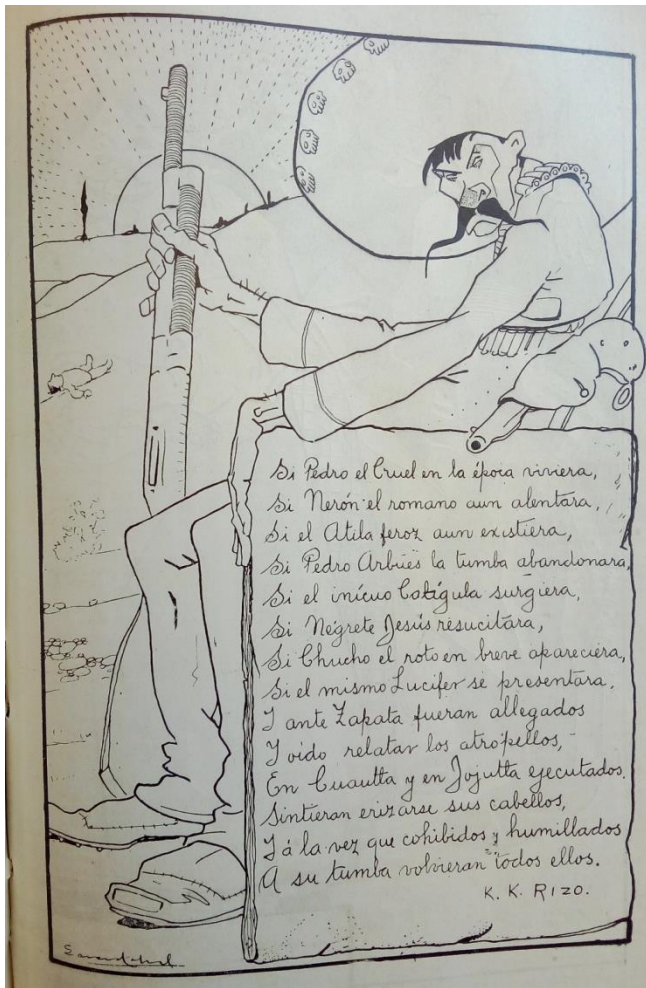
[38]. "Don Panchito en Cuautla", *Multicolor*, 31 de agosto de 1911. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.



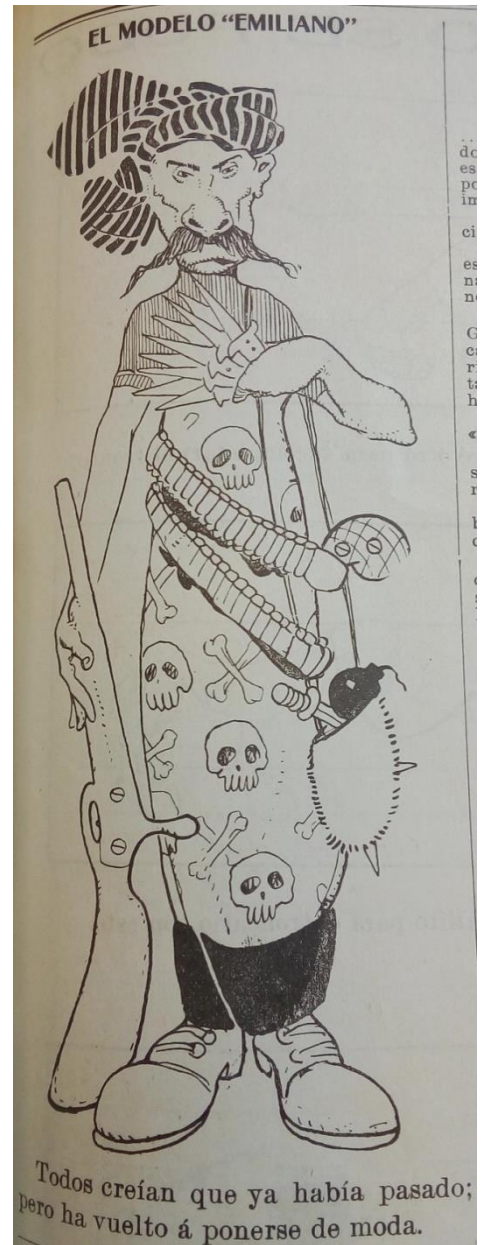
[39]. "Los Cinco Actuales Problemas", *Multicolor*, 31 de agosto de 1911. Hemeroteca Nacional Digital de México.



[40]. "Favis", *Multicolor*, 07 de septiembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



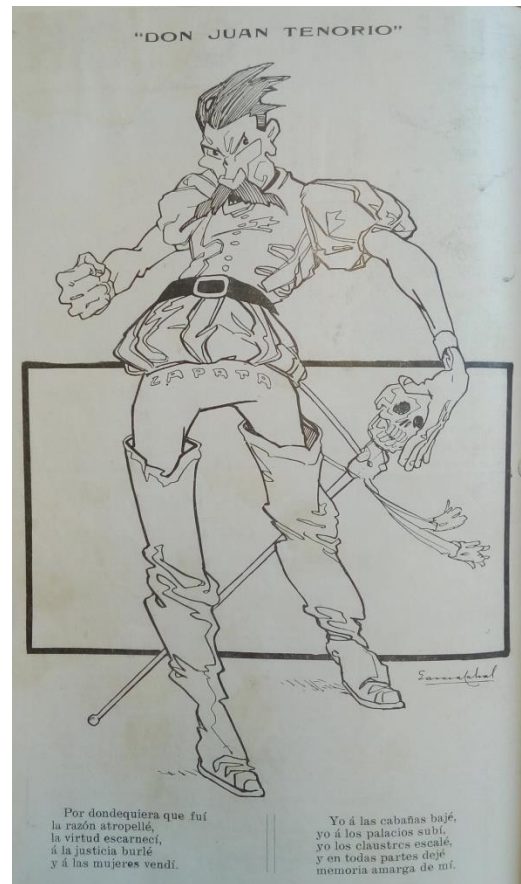
[41]. García Cabral, *Multicolor*, 07 de septiembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



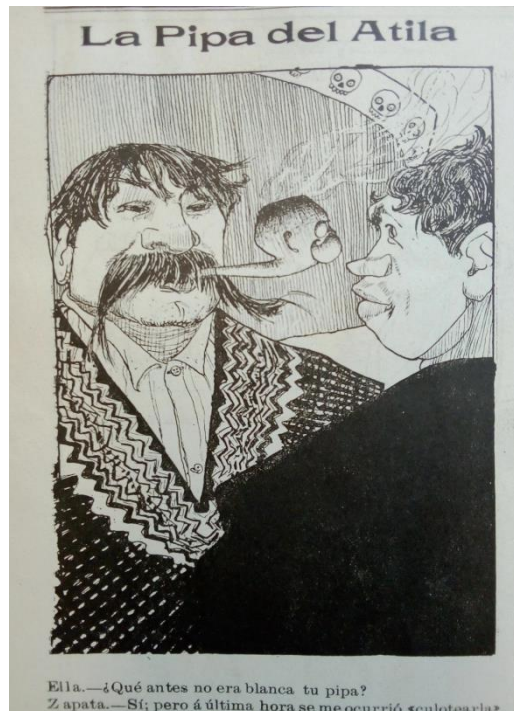
[42]. "Modelo Emiliano", *Multicolor*, 19 de octubre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



[43]. "Refranes en Acción", *Multicolor*, 26 de octubre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.

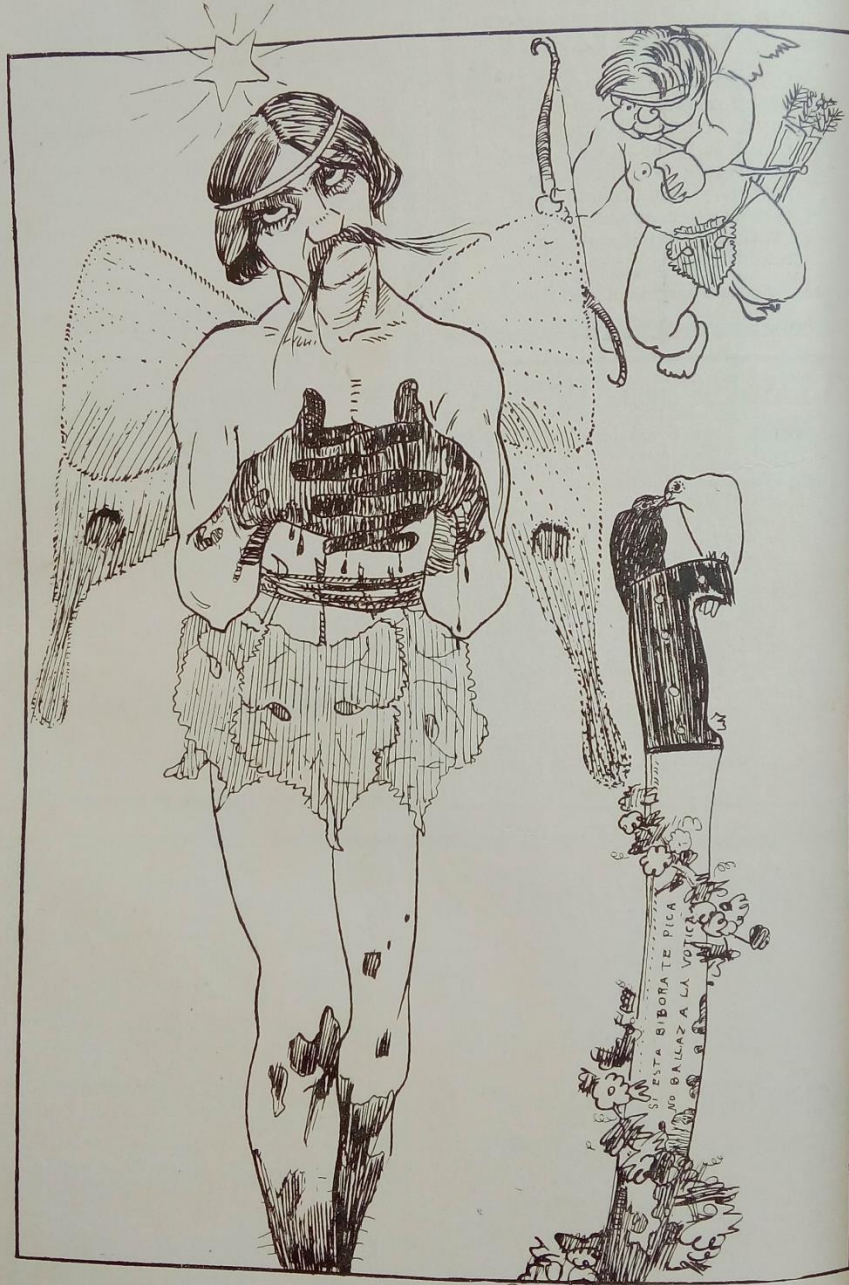


[44]. García Cabral, "Don Juan Tenorio", *Multicolor*, 02 de noviembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



[45]. "La Pipa del Atila", *Multicolor*, 09 de noviembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.

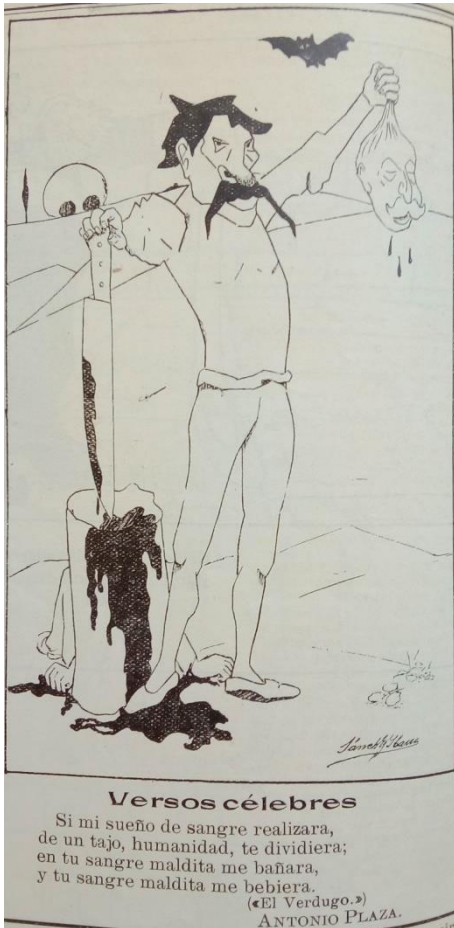
La Hora de las Reivindicaciones



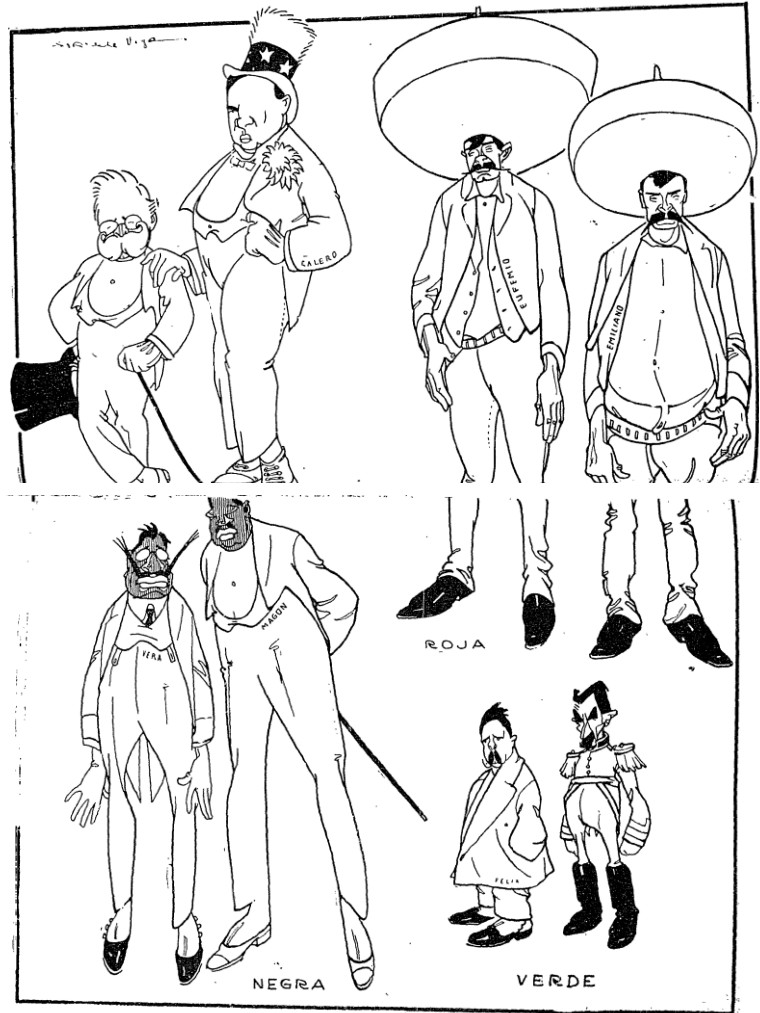
« se ha calumniado á D. Emiliano. No ha sido más que un amoroso
servidor de la causa. . . . »

[46]. "La Hora de las Reivindicaciones", *Multicolor*, 16 de noviembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.

Fórmulas Presidenciales



[47]. "Ybarra", "Versos Célebres", *Multicolor*, 07 de diciembre de 1911. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.



[48]. "Fórmulas Presidenciales", *Multicolor*, 19 de junio de 1913. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.

MARES



El Mar Rojo.



El Mar Negro.

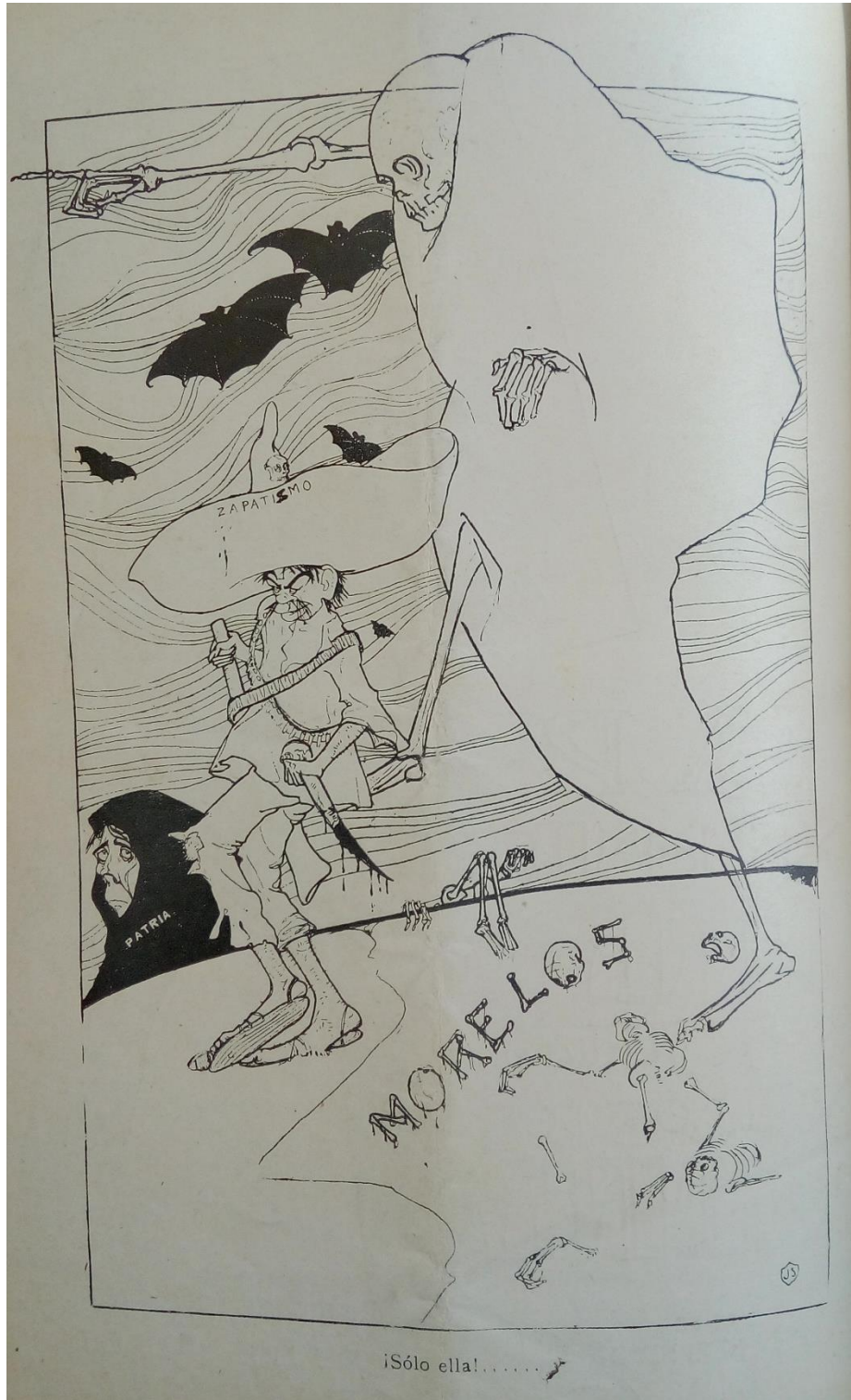


El Oceano Pacífico



El Golfo de México.

[49]. Atenedoro Pérez y Soto, "Mares", *Multicolor*, 14 de agosto de 1913. Hemeroteca Nacional Digital de México.



[50]. *Multicolor*, 20 de septiembre de 1913. Hemeroteca Nacional de México. Fondo Reservado.

FUENTES

Hemerografía

El Ahuizote. Semanario político de caricaturas. 1911-1912.

El Mañana. 1911-1913.

Multicolor. Semanario humorístico ilustrado. 1911-1914.

El Correo Español. 1914

El Diario. 1909

El Imparcial. 1900 y 1910

Bibliografía mínima

Arnal Ariel, *Atila de Tinta y Plata. Fotografía del zapatismo en la prensa de la Ciudad de México entre 1910 y 1915*, México, INAH, 2010, 165 pp.

Ávila Espinoza Felipe Arturo, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México/IIH-UNAM, 2001, 332 pp.

_____, *Entre el porfiriato y la Revolución: el gobierno interino de Francisco León de la Barra*, México, IIH-UNAM, 2005, 228 pp.

_____, “De forajido a prócer, o cómo El Atila del Sur devino símbolo del agrarismo”, en Mónica Blanco y Paul Garner (coords.), *Biografía del personaje público en México. Siglos XIX y XX*, México, Facultad de Economía-UNAM, 2012, p. 25-60.

Acevedo Valdés Esther, *Historia de la caricatura en México*, España, Editorial Milenio, colección Historia del Humor Gráfico, 2011, 223 pp.

Altamirano Ignacio Manuel, *El Zarco*, México, Editorial Porrúa, 2018.

Aurrecoechea Juan Manuel y Armando Bartra, *Puros cuentos. La historia de la historieta en México, 1874-1934*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Museo Nacional de Culturas Populares, Grijalbo, 1988, 291 pp.

Bartra Armando, “El periodismo gráfico en las dos primeras décadas del siglo: de la subvención a la restauración con intermedio escapista”, en Aurora Cano Andaluz (coord.), *Las publicaciones periódicas y la historia de México*, México, UNAM-IIB, 1995, p. 89-103.

Bartra Armando (coord.), *De haciendas, cañeros y paraestatales. Cien años de la agroindustria cañero-azucarera en México: 1880-1980*, México, UNAM, 1993, p. 15-60.

Bonfil Batalla Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, Editorial Debolsillo, 2014, 250 pp.

Barreto Carlos Agustín, “Los Plateados en Morelos: un ejemplo del bandolerismo en México durante el siglo XIX”, en *Takwá*, núm. 11-12, Primavera-Otoño 2007, p. 105-129.

Borrat Héctor, *El periódico, actor político*, Barcelona, Editorial Gustavo Gilly, 1989, 167 pp.

Burke Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Biblioteca de Bolsillo, 2005, 272 pp.

Bartra Roger, *El salvaje en el espejo*, México, Era-UNAM, 1992, 219 pp.

Comte Augusto, *Discurso sobre el espíritu positivo*, España, Globus Comunicación, 2013, 186 pp.

Caso Barrera Laura, “Entre civilización y barbarie. La visión de los historiadores liberales sobre la Guerra de Castas de Yucatán”, en Yael Bitrán (coord.), *México: historia y alteridad. Perspectivas multidisciplinares sobre la cuestión indígena*, México, Universidad Iberoamericana, 2001, p. 149-177.

Cardozo Christian, “Breves consideraciones acerca de la problemática del signo y de las nociones de verdad y realidad en la Lógica-Semiótica de Charles Sanders Peirce y en el Pragmatismo Filosófico de Richard Rorty”, en Mariana Gómez y Tamara Liponetzky (compiladoras), *Sociosemiótica. Análisis de los discursos sociales*, Córdoba, Editorial Brujas, 2006, p. 13-46.

Cruz García Ricardo, *Nueva Era y la prensa en el maderismo*, México, IIH-UNAM, 2013, 320 pp.

Casares Julio, *Diccionario ideológico de la Lengua Española*, Barcelona, Editorial Gustavo Gilly, 1997.

Cirlot Juan Eduardo, *Diccionario de Símbolos*, Anzos, España, Editorial Siruela, 2010.

Chassen-López Francie, “Las revueltas contra los impuestos de 1896: La guerra de los pantalones”, en *Oaxaca. Entre el liberalismo y la revolución. La perspectiva del sur (1867-1911)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa-Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 2010, p 457-465.

Camacho Morfín Thelma, *Las historietas de El Buen Tono (1904-1912). La litografía al servicio de la industria*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2013, 203 pp.

Chartier Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1995, 286 pp.

Diccionario de escritores mexicanos del siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y Novelistas de la Revolución hasta nuestros días, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, tomo VI (N-Q), 2002.

Diccionario de la Lengua Española, Madrid, Editorial Espasa Calpe, vol. II, 22ª edición, 2001.

Echeverría Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, México, Ediciones Era, 2ª edición, 2000, 231 pp.

_____, *Modernidad y blanquitud*, México, Ediciones Era, 2016, 243 pp.

_____, “El problema de la nación desde la crítica de la economía política”, en *Cuadernos Políticos*, número 29, México D. F., Editorial Era, julio-septiembre de 1981, p. 25-35.

Elizundia Pérez-Rayon Nora, *México 1900: Percepciones y valores en la Gran Prensa capitalina*, México, UAM-Azcapotzalco/Miguel Ángel Porrúa, 2001, 399 pp.

El Larousse de bolsillo. Lengua y cultura, México, Ediciones Larousse, 2008.

Foucault Michel, *El orden del discurso*, México, Fábula Tusquets Editores, 2015, 76 pp.

_____, *Genealogía del racismo. De la guerra de razas al racismo de Estado*, Argentina, Editorial Altamira, 2013, 224 pp.

Gilly Adolfo, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la decena trágica*, México, Era, 2013, 198 pp.

Gonzalbo Aizpuru Pilar, Anne Staples y Valentina Torres Septién (editoras), *Una historia de los usos del miedo*, México, COLMEX-UIA, 2009, 327 pp.

Gantús Fausta, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la Ciudad de México, 1877-1888*, México, El Colegio de México, 2009, 441 pp.

Guerra François Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, vol. I y II, 2008.

Gómez Izquierdo José Jorge, “Nacionalismo, racismo y autonomía indígena”, José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Plaza y Valdés Editores, 2005, 97-107.

Gomis Lorenzo, *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*, México, Paidós, 1991, 213 pp.

García Mahiques Rafael, *Iconografía e Iconología*, Madrid, Editorial Encuentro, vol. I y II, 2008.

González Navarro Moisés, “Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910”, en *Historia Mexicana*, vol. 37, Núm. 4, abril-junio 1988, ISSN 2448-653, p. 565-583.

Gran Diccionario de la Lengua Española (prólogo de Francisco Rico), Barcelona, SEPES Editorial, 2001.

Hernández Bolaños Irma, *Manuel Martínez Gracida y su visión del indio oaxaqueño*, México, tesis de maestría en historiografía, UAM-Azcapotzalco, 2010.

Hernández Casillas Horacio, *Racismo y poder: la negación del indio en la prensa del s. XIX*, México, INAH-CONACULTA, 2007, 444 pp.

Herrerías Guerra María, *Construcciones de género en la historiografía zapatista (1911-1919)*, México, Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género-Heroico Congreso de la Unión, 2010, 224 pp.

_____, *Las construcciones de la idea del indio rebelde en la prensa del siglo XIX: el caso de Manuel Lozada*, (tesis), UNAM/ Facultad de Filosofía y Letras, México 2007.

_____, “El zapatismo visto desde la modernidad en la prensa de la época, 1911-1919”, en Celia del Palacio Montiel (coord.), *La prensa como fuente para la historia*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001, p. 171-185.

Joas Hans, (Bernardo Moreno traductor), *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*, Barcelona, Paidós, 2005, 296 pp.

Jasso Espinosa Miguel Ángel, *Semblanza de Miguel Ordorica Castillo (1884-1963). “El periodista non de América”*, México, Cámara de Diputados/LXI Legislatura, 2010, 54 pp.

Krauze Enrique, *El amor a la tierra. Emiliano Zapata*, México, FCE, colección Biografía del Poder, 2002, 129 pp.

Katz Friedrich, “Las rebeliones rurales a partir de 1810”, en Friedrich Katz (coomp.) y Paloma Villegas traductora, *Revuelta, rebelión, revolución*, México, Ediciones Era, 1990, vol. II, p. 177-213.

Lund Joshua, *El Estado mestizo. Literatura y raza en México*, México, Malpaso Ediciones, 2017, 263 pp.

McGowan Gerald (presentación de María del Carmen Salinas Sandoval), *La separación del Sur o cómo Juan Álvarez creó su estado*, México, El Colegio Mexiquense, 2004, 250 pp.

Mandujano Jacobo Pilar, “El periodismo humorístico y satírico en la primera etapa de la Revolución Mexicana” en, Blanca Aguilar Plata y Laura Navarrete Maya (coord.), *La prensa en México. Momentos y figuras relevantes (1810-1915)*, Argentina-México, Addison-Wesley Longman, p. 179-194.

Marx Karl, “La llamada acumulación originaria”, *El capital. Crítica de la economía política. Antología*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 315-364.

Morales y Marín José Luis, *Diccionario de iconología y simbología*, Madrid, Taurus Ediciones, 1986.

Méndez Reyes Jesús, “La prensa opositora al maderismo, trinchera de la reacción. El caso de el periódico *El Mañana*”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM-IIH, n.21, enero-junio, 2001, p. 31-56.

Núñez Becerra Fernanda, “La degeneración de la raza a fines del siglo XIX. Un fantasma ‘científico’ recorre el mundo”, en José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Plaza y Valdés Ed., 2005, pp. 67-88.

Ordoñez Aguilar Manuel, “Principios básicos del análisis historiográfico”, en Manuel Ordoñez Aguilar (coord.), *Introducción al análisis historiográfico: problemas generales de teoría y filosofía de la historia y estudios de caso*, México, UNAM-FES Acatlán, 2010, 289 pp.

Ortega y Medina Juan A., “¿Bestias u Hombres?”, en Juan A. Ortega y Medina, *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1987, p. 29-48.

Panofsky Erwin, *Estudios sobre iconología*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, 350 pp.

Pineda Gómez Francisco, *La irrupción zapatista. 1911*, México, Era, 1997, 247 pp.

_____, “La representación del indio. Fiesta y guerra de la oligarquía”, en *Cuicuilco*, vol. 9, núm. 24, enero-abril 2002, ISSN 1405-7778, México, UAEM, p. 1-26.

Payno Manuel, *Los Bandidos de Rio Frío*, México, Editorial Porrúa, 2014, 998 pp.

Pérez Monfort Ricardo, “La imagen del régimen maderista en el periódico *El Mañana*”, en *Sólo Historia*, no. 6, octubre-diciembre, 1999, p. 35-41.

Pruneda Salvador, *La caricatura como arma política* (facsimilar), México, INEHRM, 2003, 455 pp.

Revueltas Andrea, “Modernidad y tradición en el imaginario político mexicano”, en Carmen Nava y Mario Alejandro Carillo (coordinadores), *México en el imaginario*, México, Universidad Pierre Mendès France y UAM, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Política y Cultura, 1995, p. 249-273.

Raiter Alejandro, “Representaciones sociales”, en Alejandro Raiter, et. al., *Representaciones Sociales*, Buenos Aires, Eudeba, 2002, p. 11-29

Ripa Cesare, *Iconología*, Madrid, Ediciones Akal, 3ª ed., vol. I, 2002,

Revilla Fernando, *Diccionario de iconografía y simbología*, Madrid, Ediciones Catedra, 8ª edición, 2012.

Rayón García Víctor, *El gobierno maderista. Ideas y debates en la Gran Prensa capitalina*, tesis de doctorado en historia, Facultad de Filosofía y Letras-IIIH, 2012.

Rodríguez Kuri Ariel, “El discurso del miedo: El Imparcial y Francisco I. Madero”, *Historia Mexicana*, XL, 4, 1991, p. 697-740.

Reed Nelson, *La Guerra de Castas de Yucatán*, México, Ediciones Era, 2016, 297 pp.

Santoyo Antonio, “Indios vs progreso y nación. Visiones de la cuestión indígena en los hombres de letras durante la consumación del triunfo liberal en México (1867-1880)”, en Yael Bitrán (coord.), *México: historia y alteridad. Perspectivas multidisciplinarias sobre la cuestión indígena*, México, Universidad Iberoamericana, 2001, p. 179-210.

Speckman Guerra Elisa, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México-UNAM, 2002, 357 pp.

Sánchez González Agustín, *Diccionario biográfico ilustrado de la caricatura en México*, México, Editorial Limusa, SMC, 1997.

Sánchez Pacheco David Ruslam, “Construcción del imaginario en tiempos de la razón instrumental, un análisis desde Adorno y Horkheimer”, en Mauricio Pilatowski coordinador, *La configuración de la nación mexicana: un proyecto de inclusión y exclusión*, México, Ediciones Acatlán, 2013, p. 99-141.

Siller Pedro, “Pascual Orozco”, en *Relatos e historias en México*, año III, núm. 86, octubre de 2015, p. 48-63.

Sánchez López Evelyn, “Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados”, *Nuevo mundo – Mundos nuevos*, CERMA, 2007, p. 1-16.

Sámano Verdura Karina, *Hacia la construcción de un estereotipo del indígena mexicano, 1810-19120. La fotografía y las investigaciones etnográficas de Ales Hardlicka, Frederick Starr, Carl Lumholtz, Leon Diguel, Nicolas Leon y Manuel Gamio*, Tesis de Maestría, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2010.

Tenorio Trillo Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998, 409 pp.

Uribe Cualla Guillermo, “Exposición médico-legal sobre la acepción precisa de los conceptos: demencia, imbecilidad, idiotismo y locura furiosa, que preceptúa el artículo 1504 del código civil y el artículo 8º de la ley 95 de 1890”, en *Revista de la Facultad de Medicina-Bogotá*, p. 706-709.

Urías Horcasitas Beatriz, “De la inferioridad a la desigualdad: el estudio etnológico de las razas en la Sociedad Indianista Mexicana (1910-1914), en Yael Bitrán (coord.), *México: historia y alteridad. Perspectivas multidisciplinares sobre la cuestión indígena*, México, Universidad Iberoamericana, 2001, p. 213-241.

_____, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político del siglo XIX*, México, ISS-UNAM, 1996,

_____, *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México 1871-1921*, México, UIA, 2000, 223 pp.

Urraco-Solanilla y Gema Nogales-Bermejo, “Michel Foucault: El funcionamiento de la institución escolar propio de la modernidad”, en revista *Anduli*, Universidad de Extremadura, no. 12-2013, 2013, p. 153-167.

Van Dijk Teun, *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 2000.

_____, *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona, Paidós, 1997, 320 pp.

Villoro Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición, 2014, 268 pp.

Vanderwood Paul, “Los rurales. Una mirada a los orígenes de la policía mexicana”, en *Renglones*, revista del ITESO, núm. 51, Mayo-Agosto de 2002, p. 73-83.

Warman Arturo, “El proyecto político del zapatismo”, en Friedrich Katz (coomp.) y Paloma Villegas traductora, *Revuelta, rebelión, revolución*, México, Ediciones Era, 1990, vol. II, p. 9-23.

Womack John, *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 8ª edición, 2008, 443 pp.

Weber Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, España, Globus Comunicación, 2013, 379 pp.

Zea Leopoldo, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona, Anthropos, 1988, 286 pp.